Fray LUIS DE GRANADA, O. P.
Licenciado LUIS MUÑOZ

VIDAS DEL PADRE MAESTRO JUAN DE AVILA

II-2
Av553vi

JUAN FLORS, Editor

Llamarse Luis es buena patente para escribir sobre Juan de Ávila. ESPIRITUALES ESPAÑOLES se honra hoy presentando las dos VIDAS clásicas del Apóstol de Andalucía, escritas por dos Luises, *Fr. Luis de Granada* y el *Lic. Luis Muñoz.*

El P. Granada, íntimo del P. Ávila y su discípulo, escribió la *Vida* de su santo amigo, ya al fin de su propia vida. Es una biografía llena de recuerdos entrañables, en que ha aprovechado los memoriales que le enviaron los hijos espirituales del Maestro, y también sus escritos, todavía entonces con la tinta fresca, en que él acierta a ver en las letras muertas la imagen viva del gran predicador. A propósito de Ávila, Granada hace un dibujo acabado de lo que debe ser el Predicador evangélico. Y, al pintarlo, tiene un ojo puesto en su P. Ávila, y el otro, en su común modelo, en la oratoria sagrada y en el estilo de vivir, Pablo de Tarso.

El Lic. Luis Muñoz es un seglar, relator del Consejo Real y hiógrafo insigne, hombre devoto, que tiene una manera de escribir que conmueve por su gracia e ingenuidad. Admirador de Fr. Luis de Granada, cuya biografía había asimismo de esbozar, quiso también él escribir una *Vida* del Mtro. Ávila. Tuvo a su disposición el riquísimo tesoro de los procesos de beatificación, que acababan de llevarse a cabo. Una mina que él explota con sabiduría, junto con otras muchas fuentes sobre los discípulos del P. Maestro, que hoy han desaparecido. Divide la historia de Ávila en tres partes: en la primera, nos narra su vida; en la tercera, pondera sus virtudes, su muerte y sus milagros; en la segunda, cuenta la vida y las virtudes de toda una constelación de hijos en espíritu de Ávila, sin los cuales apenas se entendería lo que el Apóstol de Andalucía significó en su siglo y en España: esta parte tiene todo el encanto de unas "florecillas".

Un tercer Luis, el profesor Sala Balust, codirector de esta colección, presenta en una introducción breve y orientadora las vidas de Granada y de Muñoz. También él es biógrafo de Ávila. En el primer tomo de la edición crítica de sus *Obras completas*, editadas por la B.A.C., nos ha dado una versión nueva de Juan de Ávila hasta un año clave en la historia avilina: 1556, en que se edita en Alcalá su *Audi, filia*, publicado por él mismo como n.º 10 de estos ESPIRITUALES ESPAÑOLES. Esperamos que pronto, en el último volumen de las *Obras*, nos dé el final de su biografía, definitiva y apasionante.

VIDAS DEL PADRE MAESTRO JUAN DE ÁVILA

ESPIRITUALES ESPAÑOLES

Biblioteca patrocinada por el «Centro de Estudios de Espiritualidad» de la Universidad Pontificia de Salamanca

Directores:

PEDRO SAINZ RODRIGUEZ
De las RR. Academias Española y de la Historia

LUIS SALA BALUST
Catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca

Serie A

TEXTOS

Tomo XIV

FRAY LUIS DE GRANADA, O. P.
LICENCIADO LUIS MUÑOZ

VIDAS DEL PADRE MAESTRO JUAN DE AVILA

FRAY LUIS DE GRANADA, O. P.
LICENCIADO LUIS MUÑOZ

VIDAS DEL PADRE MAESTRO JUAN DE AVILA

LIBRARY OF PRINCETON
JUN 9 1980
THEOLOGICAL SEMINARY

Presentación y edición
por
LUIS SALA BALUST

JUAN FLORS, EDITOR
BARCELONA
1964

© JUAN FLORS, Editor - Barcelona, 1964

DEPÓSITO LEGAL. B. 3.825 - 1963
N.º R.º 5876 - 63

IMPRESO EN ESPAÑA

EGS - BARCELONA

A todos mis buenos
amigos sacerdotes.

SUMARIO

INTRODUCCION, por Luis Sala Balust. 1
I. La Biografía del P. Granada. 1
II. La Biografía del Lic. Luis Muñoz. 10

VIDA DEL P. MTRO. JUAN DE ÁVILA Y LAS PARTES QUE HA DE TENER UN PREDICADOR DEL EVANGELIO, POR EL P. FR. LUIS DE GRANADA, O. P.

A don Juan Ribera, Arzobispo de Valencia y Patriarca de Antioquía. 21
Al cristiano lector 24

Cap. I. De los principios de su vida. 27

PRIMERA PARTE. Virtudes y gracia que Nuestro Señor le concedió para el oficio de predicador. 30
Cap. II. De cómo nuestro predicador procuró imitar al Apóstol Pablo en el oficio de la predicación, y de las principales partes que para este oficio se requieren. . 30
1. Del amor de Dios que ha de tener el predicador, y el que tenía este padre. 31
2. Del fervor y espíritu con que se ha de predicar, y el que tuvo este padre. 34
3. Del sentimiento que debe tener de los que caen en pecado, y el que tuvo este padre. 37
4. Del amor que se ha de tener y mostrar a los prójimos, y del que tenía este predicador. 40
5. De la elocuencia y lenguaje de nuestro predicador. 42
Cap. III. De la especial lumbre y conocimiento que a este siervo de Dios fue dado. 45
1. De la excelencia de sus cartas. 46
2. De la altura de sus conceptos. 50
3. Lo que sentía del oficio de la predicación. 52
4. Lo que sentía de la dignidad del sacerdote. 53
5. Lo que sentía del aparejo para celebrar. 55
6. De la caridad y amor para con Dios. 58
7. De la virtud de la penitencia y dolor de los pecados. 60
8. De la verdadera humildad y conocimiento de sí mismo. 63
9. De la virtud de la confianza y de la grandeza del beneficio de nuestra Redempción, en que ella se funda. 69

10. Del singular conocimiento que el padre tenía del misterio de Cristo 75
11. Del don que tenía de consejo y de descripción de espíritus 77

SEGUNDA PARTE. De las virtudes personales y particulares de este padre 80
1. De su oración 80
2. De la modestia en su conversación. 82
3. De la virtud de la pobreza. 85
4. De la virtud de su abstinencia 88
5. De la paciencia en las enfermedades. 90
6. De la paciencia en las injurias. 93
7. De la devoción que tenía a Nuestra Señora. . . . 96
8. De la devoción que tenía al Santísimo Sacramento del altar 97

TERCERA PARTE. Del fruto de su predicación, y medios con los cuales se consiguió.
Cap. IV. De la predicación de este siervo de Dios, y el fruto que con ella hizo. 102
1. De cómo predicó en Granada 105
2. Predicación en Baeza. 107
3. Predicó también en Montilla. 109
4. De algunos señalados llamamientos de personas principales por la doctrina de este padre. 113
5. De la señora doña Sancha. 113
6. De doña Leonor de Inestrosa. 116
7. De otra señora, doña María de Hoces, y de don Antonio de Córdoba, don Diego de Guzmán, padre de Ramírez y san Juan de Dios. 118
Cap. V. De los medios con los cuales se consiguió el fruto y aprovechamiento de las ánimas, de que hasta aquí se ha tratado 124
Cap. VI. Santa muerte del P. Ávila. 130

VIDA Y VIRTUDES DEL VENERABLE VARON EL P. MTRO. JUAN DE AVILA, PREDICADOR APOSTÓLICO. CON ALGUNOS ELOGIOS Y VIRTUDES Y VIDAS DE ALGUNOS DE SUS MAS PRINCIPALES DISCÍPULOS, POR EL LIC. LUIS MUÑOZ.

A las santas iglesias metropolitanas y catedrales de los reinos de Castilla y León en su congregación. 139
A la venerable Congregación de los sacerdotes naturales de esta noble villa de Madrid, a proseguir la beatificación del P. Mtro. Juan de Ávila. 143
Prólogo al lector. 146
Aprobación del muy Rvdo. P. Lorenzo de Aponte, de la sagrada religión de los Clérigos menores. 152
Aprobación del señor don Fray Juan Bravo de Laguna, del orden de San Agustín, obispo que fue de Ugento, en el reino de Nápoles, ya difunto, varón de gran talento, letras y virtudes, de consumada erudición en todo género de estudios, insigne predicador, digno de toda veneración y una memoria loable. 152

Suma del privilegio. 153
Fe de erratas 153
Tasa. 153
Oración que usaba el venerable P Mtro. Juan de Ávila, compuesta por su devoción. 154
Dedicatoria de la segunda edición: Al Card. don Pascual de Aragón. 154

LIBRO PRIMERO. Vida y predicación del P. Mtro Juan de Ávila. 157
Cap. 1. De la patria del P. Mtro. Juan de Ávila. 157
Cap. 2. Padres, nacimiento y niñez del P. Mtro. Juan de Ávila. 161
Cap. 3. Sus estudios 164
Cap. 4. Ordénase de sacerdote. 166
Cap. 5. Determina dejar a España, y su suceso. 168
Cap. 6. Denuncian del P. Mtro. Ávila en el Santo Oficio, y su proceso. 172
Cap. 7. De la gran eminencia de la predicación del P. Mtro. Ávila, y de los grandes talentos que tuvo para ella 179
Cap. 8. Prosigue la materia del capítulo pasado, de los dones sobrenaturales que Nuestro Señor le dio en orden a la predicación. 182
Cap. 9. Su predicación en Córdoba, y lo que sucedió en esta ciudad. 189
Cap. 10. Pasa a predicar a Granada. 195
Cap. 11. Predica las honras de la Emperatriz y buen efecto de su sermón en el Marqués de Lombay. 198
Cap. 12. Prosiguen otros sucesos en Granada 202
Cap. 13. Prosigue su estancia en Granada. Conversión del Bto. Juan de Dios. Breve discurso de su vida antes de ella 206
Cap. 14. Llevan al Bto. Juan de Dios a la posada del P. Mtro. de Ávila, y lo que con él pasó. 210
Cap. 15. Envía el P. Mtro. Ávila a visitar al Bto. Juan de Dios, y lo demás que pasó con él. Un sumario de las virtudes de este santo 213
Cap. 16. Predicación del P. Mtro. Ávila en Zafra y Extremadura, y sucesos que allí hubo. 219
Cap. 17. Su predicación en Ecija. 224
Cap. 18. Prosiguen sucesos de Ecija. Sumario de la conversión de doña Sancha Carrillo. 227
Cap. 19. Nueva vida y virtudes de doña Sancha Carrillo. . 231
Cap. 20. Predicación del P. Mtro. Ávila en Baeza, y sucesos de esta ciudad. 237
Cap. 21. De lo mucho que procuró que se fundasen colegios y seminarios en que se criase la juventud. . 242
Cap. 22. Su predicación y asistencia en Montilla 247
Cap. 23. Sumario de la vida de doña Ana Ponce de León, Condesa de Feria, y la mucha parte que el P. Mtro. tuvo en sus virtudes 250
Cap. 24. Prosigue la materia del capítulo pasado. 255
Cap. 25. Lo que pasó el P. Mtro. Ávila con la Marquesa de Priego. 259
Cap. 26. Sumario de las virtudes de la Condesa de Feria. . 262

Cap. 27. Consulta santa Teresa de Jesús al P. Mtro Ávila y su respuesta. 268
Cap. 28. De una carta que el glorioso san Ignacio de Loyola escribió al P. Mtro. Ávila, cerca de la razón que tuvo para defenderse en la persecución que los de la Compañía tuvieron en Salamanca. 275
Cap. 29. De lo mucho que el P. Mtro. Juan de Ávila se ocupó en confesar, y el provecho que de ello se siguió. 279

LIBRO SEGUNDO. Elogios y vidas de algunos de sus discípulos. 283
Introducción al segundo libro. 283
Cap. 1. De los padres Juan de Villarás, doctor Bernardino de Carleval y doctor Pedro de Ojeda 284
Cap. 2. Del Mtro. Hernán Núñez. 289
Cap. 3. De otros ejemplares sacerdotes discípulos del P. Mtro: Alonso de Molina, Alonso Fernández, Pedro Rodríguez, Bernardo Alonso, licenciado Núñez, Marcos López, Juan Sánchez, Pedro Fernández de Herrera. 291
Cap. 4. Elogios de los venerables padres Mtros. Luis de Noguera, Hernando de Vargas y Juan Díaz. . . . 296
Cap. 5. De otros discípulos del P. Mtro. Ávila de singular santidad. Del Padre Esteban de Centenares. . 305
Cap. 6. Resumen de la vida del padre Mateo de la Fuente, discípulo del P. Mtro. Ávila. 312
Cap. 7. Del padre Diego Vidal. 321
Cap. 8. De algunas personas religiosas, discípulos del P. Mtro. Ávila; en particular, del P. Fray Luis de Granada, su grande amigo. 325
Cap. 9. De los religiosos de la Compañía de Jesús que fueron discípulos del P. Mtro. Ávila. De los padres Diego de Guzmán, Gaspar Loarte y Antonio de Córdoba 334
Cap. 10. Prosigue la materia del capítulo pasado. De los padres Francisco Gómez, Alonso de Bárcena, Hermano Gaspar Pareira 340
Cap. 11. Sumario de la vida del padre Juan Ramírez. . . 347
Cap. 12. Vida y virtudes del venerable padre el doctor Diego Pérez de Valdivia. 353
Cap. 13. Pasa a Barcelona. Queda de asiento en esta ciudad. 360
Cap. 14. Prosigue la materia del pasado. Sus escritos y virtudes 367
Cap. 15. Vida y virtudes del siervo de Dios, el P. Hernando de Contreras 377
Cap. 16. De los ministerios en que ocupaba sus discípulos. 387
Cap. 17. De sus libros. 394

LIBRO TERCERO. Virtudes y feliz tránsito del P. Ávila. . 401
Advertencias para este libro. 401
Cap. 1. Del conocimiento que alcanzó del amor que tiene Dios a los hombres, de donde se originó el que el venerable Mtro. tuvo para con Dios. 402
Cap. 2. De su fe y esperanza 408

Cap. 3. De su amor a los prójimos. 415
Cap. 4. Del desprecio de las cosas de la tierra y afecto a la pobreza. 419
Cap. 5. Del celo de la honra de Dios y de la salud de las almas 427
Cap. 6. De la humildad del P. Mtro. Ávila. 435
Cap. 7. Del particular conocimiento que tuvo del misterio de Cristo 441
Cap. 8. De su penitencia y abstinencia. 449
Cap. 9. De su compostura y modestia exterior. 453
Cap. 10. De la virtud de la castidad. 456
Cap. 11. Del don de consejo y prudencia. 461
Cap. 12. De la gracia de discreción de espíritus y don de profecía. 470
Cap. 13. Del particular don que tuvo de consolar y de quitar tentaciones. 476
Cap. 14. De su oración 481
Cap. 15. De la devoción que tuvo al Santísimo Sacramento del altar y particularmente en la Misa. 488
Cap. 16. En cuanto procuró se celebrase con devoción la procesión del Corpus, y una aparición notable. . 494
Cap. 17. De lo que el venerable Mtro. Ávila sentía de la frecuencia de las comuniones. 502
Cap. 18. Exórnase con algunos lugares la doctrina del P. Mtro. Ávila cerca de las comuniones, en particular la cotidiana 511
Cap. 19. De lo que sentía el P. Mtro. Ávila de la disposición para celebrar, y de las consideraciones que él usaba para ello. 535
Cap. 20. De lo que sentía de la dignidad del sacerdocio. . 539
Cap. 21. Pláticas del P. Mtro. Ávila para sacerdotes. . . 543
Cap. 22. De sus enfermedades. 560
Cap. 23. De su feliz tránsito. 566
Cap. 24. Entierro y sepulcro del P. Mtro. Ávila, y sentimiento que hubo por su muerte. 573
Cap. 25. De las revelaciones de su gloria y estimación de sus reliquias y sepulcro. 577
Cap. 26. De esta estima y crédito de santidad que el P. Mtro. Juan de Ávila ha tenido cerca de hombres graves y santos 585
Cap. 27. La estimación que tuvo con las naciones extranjeras el P. Mtro. Ávila. 595
Cap. 28. Algunos milagros que Nuestro Señor ha obrado por la intercesión del P. Mtro. Ávila. 599

OBRAS DEL PADRE MAESTRO IVAN DE AVILA, PREDICADOR EN EL ANDALVZIA.

Aora de nueuo añadida la Vida del Autor, y las partes que ha de tener vn predicador del Euangelio, por el padre fray Luys de Granada, de la Orden de Santo Domingo, y vnas reglas de bien biuir del Autor.

Dirigidas al Sereniſsimo Principe, y Reuerendiſsimo Cardenal Alberto, Archiduque de Auſtria.

En la quinta hoja ſe veran las materias contenidas en eſta obra.

CON PRIVILEGIO.

En Madrid, en caſa de Pedro Madrigal. 1588.

Eſta taſſado à tres marauedis el pliego.

Portada de la edición de las *Obras* del P. Mtro. Avila (Madrid, 1588), en que se publica por vez primera la *Vida* escrita por Fr. Luis de Granada.

INTRODUCCION

Publicamos en este tomo las dos biografías clásicas del padre Maestro Juan de Ávila: la que escribió Fray Luis de Granada, su discípulo y amigo, y vio la luz en 1588, a los 19 años de la muerte del Maestro; y la que publicó en 1635 el licenciado Luis Muñoz, a raíz de los procesos para la beatificación (1623-1625), que él conoce y utiliza.

Son dos *Vidas* bellísimas, llenas de unción, debidas a la pluma de estos dos Luises, maestros ambos del bien decir y de la hagiografía hispana. Los nombres de uno y otro figuran en el «Catálogo de autoridades de la Lengua» de la Academia Española.

I. La biografía del padre Granada

Fray Luis de Granada y el padre Maestro Juan de Ávila debieron conocerse en Córdoba en 1535. Ávila venía ahora de Sevilla, recién salido de la prisión inquisitorial y «liberado sin nota alguna». Granada había llegado el año anterior del Colegio de San Gregorio de Valladolid y era vicario del convento de Santo Domingo de Escalaceli. Ávila contaba unos treinta y cinco años y Fray Luis, treinta y uno. Ambos tendrán en adelante trato muy familiar en Córdoba, Granada, Constantina y Montilla, donde asisten a comunes amigos. Por los años de 1551 a 1552 coinciden los dos en Zafra y Priego, con ocasión de la enfermedad y muerte del Conde de Feria, don Pedro Fernández de Córdoba. También están allí otros dos buenos discípulos de Ávila, que entrarán

más adelante en la Compañía de Jesús: don Diego de Guzmán, hijo del Conde de Bailén, y su ayo y compañero, el doctor Gaspar Loarte.[1]

Pasados unos lustros después de la muerte del padre Ávila (1569), había de ser precisamente don Diego de Guzmán, ahora jesuíta, quien apremiase a Fray Luis de Granada para que escribiera la vida de su común maestro. A las instancias de don Diego contestaba el padre Granada desde Lisboa el 15 de abril de 1585:

> Pídeme V. R. —le dice— que escriba la vida del P. Maestro Ávila. Bien veo cuánta razón hay para que tal vida se escribiese; mas yo estoy ya tan inhábil con la edad para el trabajo del escribir, que no sé lo que podré. Y era menester que algunos de los que más familiarmente le trataron me enviasen algunos memoriales de las cosas que ellos saben. Y su vida será más dificultosa de escribir, porque sus virtudes eran más espirituales que corporales, porque con sus enfermedades y continuo uso de predicar, no podía hacer las abstinencias del P. Ignacio, que son de las que el mundo más se admira.
>
> Tampoco sé los principios de su vida y los nombres de sus padres, y el lugar donde nació, y dónde estudió, y dónde comenzó a predicar. Todo esto es menester que se escriba, y el P. Loarte, si es vivo, y el P. Río sabrán algo desto, y el Padre que copiló sus epístolas, las cuales también declaran mucho de su espíritu y de la orden de su vida; a lo menos la tercera epístola del primer tomo, donde reparte las obras y ejercicios del día, bastantemente declara que no diera él aquellos consejos ni aquella orden de vida si él no la guardara para sí. Si yo tuviese todos estos memoriales que aquí digo, por ventura me esforzaría a escribir esta vida, la cual ayudaría mucho para la inteligencia de su doctrina....[2]

1 Para estos datos nos referimos a las clásicas biografías de Fr. Luis: F. Diago, *Historia de la vida y muerte de Fr. Luis de Granada* (Barcelona 1605); L. Muñoz, *Vida y virtudes del V. P. M. Fr. Luis de Granada* (Madrid 1788); J. Cuervo, *Biografía del V. P. Fr. Luis de Granada* (Madrid 1896); P. Quiros, *Reseña histórica de algunos varones ilustres de la Provincia de Andalucía* (Almagro 1915); G. de Arriaga, *Historia del Colegio de San Gregorio de Valladolid*, t. II (Valladolid 1931), ed. de M. de los Hoyos; sobre todo, al excelente trabajo de A. Huerga, *Fr. Luis de Granada en Escalaceli. Nuevos datos para el conocimiento histórico y espiritual de su vida*, en «Hispania», 9 (1949 I), 434-479; 10 (1950), 293-335. También nos permitimos citar nuestra *Introducción biográfica* de las *Obras completas del Bto. Mtro. P. de Avila*, t. I (Madrid, BAC, 1952). Asimismo son útiles los datos autobiográficos que da Fr. Luis en la *Vida del P. Mtro. Juan de Ávila* (Madrid 1588), y lo que nos cuenta Martín de Roa en su *Vida de doña Ana Ponce de León, condesa de Feria*[2] (Sevilla 1615) y varias testificaciones del proceso de beatificación de Juan de Ávila (Arch. Segr. Vat., Arch. Congr. SS. Rit., Proc. 3.173), muchas de ellas recogidas por L. Muñoz, *Vida y virtudes del V. varón el P. Mtro. Juan de Ávila...* (Madrid 1635).

2 *Obras*, XIV, p. 502 s.

El 28 de marzo del año siguiente, Granada acusa recibo de «un pedazo de la vida del padre Ávila» que le había enviado don Diego de Guzmán, y le ruega que active el envío de los otros memoriales pedidos.

> ... Cuanto a lo que V. R. manda de escribir la vida del padre Ávila, al principio me quisiera excusar con mis ocupaciones y falta de fuerzas, y agora se me ofrece otro mayor impedimento, porque, trahendo a la memoria sus cosas y leyendo sus epístolas, hallo en lo uno y en lo otro tan grandes virtudes, que las pierdo de vista y me hallo insuficientísimo para escribir la vida de un hombre todo sobrenatural y todo divino. Porque me parece que estaba tan transformado en Cristo, que todo lo humano estaba oprimido con la gloria del espíritu. Mas todavía eso poco que puede alcanzar mi dureza, entiendo que no carecerá de fructo para todas las personas que tienen por instituto aprovechar las ánimas, porque ciertamente aquí hallarán los tales un perfectísimo dechado en que vean lo que han de hacer y lo que les falta; mas para esto se requiere que V. R. me ayude con sus oraciones muy de veras, pues sólo él ha sido el motivo de tomar yo este trabajo.
>
> Y, demás de esto, escriba V. R. a esos Padres que saben algunas cosas de su vida, de que V. R. hace mención en su carta, para que ellos me envíen los memoriales, para juntar con lo que V. R. escribe y con lo que yo sé, por haber tratado muchas veces con este varón de Dios, y particularmente en Zafra, donde moraba con él en una misma casa y mesa, y también en Pliego, donde vi a V. R. muchos años ha enseñando la doctrina a los niños.[3]

Poco tiempo después le llegaron los memoriales de dos discípulos del P. Ávila, el P. Juan de Villarás, que había vivido con él dieciséis años,[4] y el P. Juan

3 *Obras de Fr. Luis*, XIV, 503 s. El autógrafo de esta carta se conserva en la R. Academia de la Historia, leg. 11-10-1/19. Fr. J. Cuervo no lo conoció; da el texto según una «copia de don Ramón Cabrera, archivero de la casa de Alba a principios del siglo XIX, el cual la sacó de otra tomada por don Juan B. Muñoz del original que existía en la Biblioteca de la Universidad de Granada».

4 «Se acuerda este testigo que por fin del año de 82 o principio del de 83 [hay aquí error de fechas] escribió el P. Fr. Luis de Granada, de la Orden de Santo Domingo, al dicho P. Juan de Villarás desde Lisboa una carta, avisándole que desde Roma le habían escrito (y a lo que este testigo se quiere acordar, el duque de Gandía) que escribiese la vida del V. P. Juan de Ávila, y lo quería poner por obra, y que, pues había vivido en su compañía tantos años, que le ayudase con algunos avisos y cosas de tantas notables como podía saber suyas, para que saliese la obra que le pedía como se debía a tan gran varón. Y se acuerda este testigo que al tiempo que recibió el P. Villarás esta carta estaba enfermo en la cama, y llamó a este testigo y el dijo que hiciese oficio de secretario para aquellos memoriales por no estar él para escribir, y pidió a este testigo que le trajese un canasto blanco que tenía encima de los

Díaz, deudo suyo. También el P. Pedro de Rivadeneira, S. I., aportó sus datos al Granatense.[5] El 21 de diciembre de aquel año de 1586 anunciaba Fr. Luis a Juan Díaz que tenía ya «escrito un gran pedazo de la vida de nuestro santo P. Ávila, y pienso que pasará de veinte pliegos de escritura, según lo mucho que hay que decir de este santo varón. Y el mérito de esto es de V. R., pues me dio la historia tan aparada y concertada, que me dio mucho alivio. Creo que antes de cincuenta días se acabará»...[6] Por una nueva carta de Fr. Luis de Granada a Juan Díaz, de 13 de junio de 1587, sabemos que éste había leído por estas fechas la biografía del P. Ávila. «Yo confieso a vuestra merced —se excusa Granada— quedó ella muy baja para lo que yo siento de él; mas, como yo estoy tan viejo y tan quebrado, no tuve fuerzas para apurar más la materia, como lo hiciera si me tomara con más fuerzas».[7]

En su prólogo «Al christiano lector» declara Fr. Luis las fuentes de su historia: 1) «Los *memoriales* que me dieron dos padres sacerdotes, discípulos muy familiares suyos, que hoy día son vivos, que fueron el P. Juan Díaz y el P. Juan de Villarás, que perseveró dieciséis años en su compañía hasta la muerte»; 2) «*lo que yo supiere* por haber tratado muy familiarmente con este Padre, como dije, donde nos acaeció usar algún tiempo una misma casa y mesa»; 3) «*sus escrituras*, las cuales estos padres susodichos sacaron a luz, mayormente sus cartas».

El 5 de octubre de 1588 salió de las prensas de Pedro Madrigal, en Madrid, un grueso volumen que contenía la primera edición de las «Obras del P. Maestro Ivan de Ávila, predicador en el Andalucía. *Aora de nuevo añadida la vida del Autor, y las partes que*

libros, y se lo trajo a la cama, de donde iba sacando papeles y dictando lo que este testigo iba escribiendo por sus puntos, y sabe que se encaminó a Lisboa al P. Fr. Luis de Granada» *(Proc. Madrid*, decl. del licenciado Juan de Vargas, f. 37 r; cf. *ib.*, ff. 650 v - 651 r).

5 Parece que el P. Rivadeneira había pensado en escribir una vida del Mtro. Ávila. Fray Luis de Granada le escribe, con fecha 21 de diciembre de 1586: «Recibí la de V. P., y ya yo sabía lo que en ella me escribe del P. Ávila, junto con la parábola del niño y del gigante, que V. P. abrevió. Yo la tengo más extendida, y no tome V. R. pena por haber yo escrito la historia de este Padre, porque le certifico que, si algo tiene bueno, es de lo que yo me aproveché de la historia de V. P...» *(Obras*, XIV, 505, s.).

6 *Obras*, XIV, 506.

7 *Obras*, XIV, 508.

ha de tener vn predicador del Euangelio, por el padre fray Luis de Granada, de la orden de Santo Domingo, y unas reglas de bien biuir del Autor».[8] En el subtítulo se indica claramente la idea que ha dirigido a Granada en la composición de su *Vida,* que es, según indica él mismo en el prólogo, «aprovechar a los hermanos, y especialmente a los que están dedicados al oficio de la predicación. Porque en este predicador evangélico verán claramente, como en un espejo limpio, las propiedades y condiciones del que este oficio ha de ejercitar». En alguna manera podríamos decir que Fr. Luis ha aprovechado la oportunidad que le brinda la redacción de la biografía de Ávila para poner ante los ojos de los predicadores un modelo vivo del ideal del orador sagrado que él mismo había trazado pocos años antes, al publicar en latín su *Ecclesiasticae Rhetoricae, sive de ratione concionandi libri sex* (Lisboa, 1576), libro que sería vertido al castellano dos siglos más tarde (Barcelona, 1770).[9]

Sabido es que no fue ésta la única hagiografía que salió de sus manos. Recordemos la de Fr. Bartolomé de los Mártires, arzobispo de Braga; la del arzobispo de Evora y luego rey de Portugal, el Cardenal Infante don Enrique; la de Sor Ana de la Concepción, monja francisca de Lisboa; la de la noble doña Elvira de Mendoza, mujer de don Fernán Martínez de Mascareñas; la de la devota mujer Melicia Hernández. Todas ellas tienen una finalidad pastoral y ejemplar, como la de Ávila; en ellas presenta el ideal de obispo reformado, de príncipe perfecto, de religiosa modelo, de perfecta casada, de mujer devota, etc.[10]

8 Véase la descripción que hicimos de esta edición en el artículo *Ediciones castellanas de las Obras del Bto. Mtro. Juan de Ávila,* en «Maestro Ávila», 1 (1946), 60-61. La biografía de Ávila comprende 2 ff. prels. y los ff. 1 r--75 v.

9 Cf. M. Llaneza, *Bibliografía del V. P. Mtro. Fr. Luis de Granada,* t. IV, nn. 2.842, 2.869.

10 *Vida de don Fr. Bartolomé de los Mártires, arzobispo de Braga, de la Orden de Santo Domingo,* ed. por Juan López en la *Cuarta parte de la Historia general de Santo Domingo y de su Orden de predicadores* (Valladolid 1615), f. 655 v-688 r; *Historia de las virtudes y oficio pastoral del Serenísimo Cardenal don Enrique, arzobispo de Evora, que después fue gloriosísimo rey de Portugal,* ed. por J. Cuervo, *Obras,* XIV (Madrid 1906), 467-397; *Vida de soror Ana de la Concepción, monja en el monasterio de Nuestra Señora de la Esperanza en la ciudad de Lisboa, de la Orden del glorioso*

No debemos silenciar otra biografía del P. Granada que acaba de publicarse en esta misma colección: la *Historia de la admirable vida de Sor María de la Visitación, religiosa dominica*, la famosa priora de la Anunciada, fingidora de santidad, que sorprendió la buena fe de Fr. Luis.[11] Esta biografía se escribió a la par que la *Vida* del P. Ávila, pues se empezó poco antes de principios de 1585 y debió terminarse a primeros de 1588. Debido a las contradicciones hechas contra la monja y sus maravillosas virtudes, mercedes y llagas, que culminaron en la condenación de la priora por la Inquisición el 7 de noviembre de 1588, el P. Granada se fue haciendo cada vez más cauto en todo lo que tuviese un tono de milagrosísimo sospechoso. Sin duda esta debe ser la explicación del por qué no quiso utilizar para la *Vida* del P. Ávila todo el material que se le había enviado en los memoriales de los discípulos del Maestro. Así nos lo viene a decir el licenciado Juan de Vargas en el proceso de beatificación:

> Después de haber salido a la luz la *Vida del P. Maestro*, preguntó este testigo al P. Juan de Villarás si se habían puesto en ella todas las cosas que se pusieron en los memoriales que se enviaron al P. Fr. Luis de Granada, y respondio el P. Juan de Villarás a este testigo que no las había puesto por parecerle al P. Fr. Luis que no estaban autorizadas.[12]

padre San Francisco, ed. ibid., 400-410; *Vida de la muy ilustre señora doña Elvira de Mendoza, mujer que fue del muy ilustre señor don Fernán Martínez Mascareñas*, ed. ibid., 411-422; *Vida de una devota mujer por nombre Melicia Hernández, natural de la villa de Castelo Blanco, ama que fue de la señora doña Cecilia de Meneses*, ed. ibid., 423-434. De otras personas del círculo de Granada sabemos por *Dos cartas inéditas del V. P. Luis de Granada*, publicadas por B. Velado Graña en «Revista de espiritualidad», 7 (1948), 339-356. Esperamos que algún día se publique la magnífica tesis de Sister John Emmanuel Schuyler, S. S. J., sobre Fr. Luis de Granada biógrafo.

11 Luis de Granada, *Historia de Sor María de la Visitación*, ed. de A. Huerga, Sister John Emmanuel Schuyler y B. Velado Graña (Barcelona, Juan Flors, 1962). Reproduce el ms. J. II. 14 de la Bibl. de El Escorial.

12 *Proc. Madrid*, f. 53 v. El mismo testigo nos ha conservado dos casos eliminados por F. Luis de la *Vida* de Ávila: «Dijo el P. Juan de Villarás a este testigo que cierto caballero, que vivía muy sensual y escandalosamente con una deuda suya, de oír un sermón al P. Mtro. Juan de Ávila, este caballero quedó tan trocado y resuelto de no ofender más a Dios que luego que salió del sermón se fue a su casa, y sin pararse a comer se encerró en una sala y, muy compungido de la vida pasada y resuelto a no volver más a ella, comenzó a traer a la memoria las ofensas que a Dios había hecho, y con ánimo de irse a confesar con el P. Mtro. Juan de

Cabe preguntarnos cómo recibieron esta biografía granadina los contemporáneos, particularmente los discípulos de Ávila. Debemos decir que en parte les defraudó. Esperaban más de quien había sido tan íntimo discípulo y amigo del Apóstol de Andalucía. Había quedado muy corto, sin aprovechar siquiera, como acabamos de decir, todos los papeles recibidos. Además, con haberla escrito él, había «quitado la impresa de escrebir la *Vida* a quien estuviese mejor

Ávila; y estando en esto solo en su sala, entró un hombre de muy buena disposición y ornato de persona; saludáronse, y el huésped fingió ir a tratar con el caballero negocio de peso y, a pocas palabras, el huésped trujo a la plaza al P. Mtro. Ávila, y el caballero comenzó a decir grandes alabanzas de su doctrina y santidad, y la grande fuerza que tenían sus palabras para encaminar almas al cielo, a que respondió el hidalgo de la visita: Mucho me admira que un hombre tan entendido como vuestra merced se haya persuadido a creer esta santidad fingida de este hipócrita engañador, y otras razones a este modo, para divertirlo del propósito que tenía. Pero el buen caballero, que tan embebido tenía en su ánimo el impulso del Espíritu Santo comunicado por la doctrina del gran siervo de Dios, con ella conoció la falsedad de la que le querían persuadir, y al punto dijo al caballero: Váyase vuestra merced de mi casa, y prosiguió diciendo y santiguándose: Jesús, Jesús, ¡válgame Jesucristo, que haya hombre que tal diga! Y en medio de esta admiración sonó un ruido como de un viento que sopla recio en algún humero y dio un golpe muy grande la puerta de la sala, todo en un punto; y quedóse el caballero solo, el cual, habiendo conocido que era el demonio, tuvo por más cierta vocación y cobró más esfuerzo para proseguir su intento. Fuese luego a dar cuenta al santo varón Mtro. Ávila de todo lo sucedido desde el sermón hasta aquel punto y el V. Padre le aconsejó al caballero cómo se había de haber en semejantes tentaciones, aunque no fuesen tan manifiestas, y cómo se había de disponer para la confesión que pretendía. Hízolo con el P. Maestro. Vivió el caballero, y acabó con grandes muestras de santidad. Ésta es una de las cosas que este testigo escribió por mandato del P. Juan de Villarás en el memorial que el dicho padre escribió a Fr. Luis de Granada. Lo mismo sucedió a otro caballero de Córdoba (cuyo nombre de éste ni de otras personas en casos semejantes no los decía el P. Villarás, para que no se conociesen las personas que habían tenido otra vida que la que a cada uno le veían vivir tan ejemplarmente), a la cual dicha persona, después de haber sido discípulo del P. Mtro. Ávila y de los muy aprovechados en su doctrina, estando un día solo, repasando por la memoria los santos consejos que el P. Maestro le había dado, y las mercedes que Dios le había hecho por haberlos tomado, vido entrar un jumento prieto, grande de cuerpo y muy lanudo, por el aposento donde estaba, y apenas lo vido cuando le pareció y sintió que le habían metido una mano en la boca y tirado tan recio hacia una oreja, sintiendo tan grande dolor que le pareció le habían desquijarado. Acudió con su mano al socorro de la parte ofendida y juntamente diciendo: ¡Ay Jesús!; y súbitamente desapareció la bestia y quedó el caballero sin lesión. Fuese el buen discípulo a su Mtro. Ávila, contó lo referido, de quien recibió doctrina tan conveniente que nunca más tuvo semejantes inquietudes ni tentaciones. Esto ansimesmo se escribió al P. Fr. Luis de Granada» (ff. 47 r-49 r). Estos casos los recogió más tarde el licenciado Luis Muñoz en la *Vida y virtudes del venerable varón el P. Mtro. Juan de Ávila, predicador apostólico* (Madrid 1635), l. 1, c. 16.

en todos los casos particulares, o a persona que estuviese más cerca de los originales, pues el P. Mtro. Fr. Luis de Granada la escribió en Portugal, donde asistió muchos años».[13] Así nos consta ciertamente que ocurrió con el doctor Bernardo Alderete, quien pretendía escribir con más amplitud la biografía del P. Ávila;[14] y el mismo licenciado Luis Muñoz, de quien hablaremos en seguida, al publicar la suya en 1635, se creyó obligado a justificar largamente el haberse «atrevido a tocar adonde puso la pluma el santo y venerable padre Fr. Luis de Granada».[15]

Fray Luis dedicó su *Vida* del P. Ávila a un común amigo, el santo arzobispo de Valencia, Juan de Ribera, con el cual estaba manteniendo por ahora una frecuente correspondencia epistolar. El mismo Granada se lo había explicado en carta a Juan Díaz, por junio de 1587. Se creía obligado a ofrecérsela a Ribera por existir «una estrechísima amistad entre nos, y muy largas mercedes que me ha hecho y hace para sustentar mis escribientes».[16] «Por medio de vuestra señoría —le dice al Arzobispo en la dedicatoria— recibirán mucha consolación todas las personas que aprovecharon con la doctrina de este Padre, entre las cuales no puedo dejar de contar a la señora Condesa de Feria, que tanto aprovechó con su doctrina; la cual deseó mucho que yo tomase a cargo esta historia».[17]

Si queremos apuntar una impresión de esta preciosa biografía, «en la cual se nos representa una

13 *Proc. Andújar*, decl. del P. Andrés de Cazorla, S. I., ff. 1.472 r-v, 1.479 v.

14 «Dijo que, por la devoción que siempre tuvo y tiene este declarante al dicho santo P. Maestro, algunas veces trató con el dicho P. Juan de Villarás de escribir la *Vida* de su Maestro y ponerla más a la larga que la que escribió el P. Fr. Luis de Granada, y el dicho P. Juan de Villarás lo impidió, diciendo que, aunque había que añadir en dicha *Vida*, pero que el haberla escrito un tan eminente varón como el dicho P. Mtro. Fr. Luis suplía lo que más se pudiera decir, y que aquello estaba bien dicho y escrito: lo cual decía con tan profunda humildad como la había visto en su santo Maestro. Con lo cual este declarante hizo mayor estima de lo que dejó escrito el dicho P. Fr. Luis de Granada, y por lo que le dijo el dicho P. Juan de Villarás; en cuya conformidad dice y tiene por cierto y verdadero todo lo que en su *Vida* escribió el dicho P. Fr. Luis» (*Proc. Córdoba*, decl. del Dr. Bernardo Alderete, f. 336 r).

15 *Vida*, «prólogo al lector», ff. prels; aquí: p. 146 ss.

16 *Obras*, XIV, 509.

17 *Vida*, «A don Juan de Ribera, arzobispo de Valencia y patriarca de Antioquía», ff. prels.

perfecta imagen del predicador evangélico», desde un punto de vista más bien histórico, diríamos que si el P. Granada, escribiendo su historia, no «desnuda, sino acompañada con alguna doctrina», logra trazar de mano maestra la silueta del P. Ávila como *predicador* apostólico, la figura *total* del Mtro. Juan de Ávila, con todo lo que este nombre significaba en el ambiente espiritual e histórico de nuestro XVI, queda harto desmedrada y pobre. Apenas hay cronología; la escuela sacerdotal del Maestro está muy vagamente esbozada; nada se dice del reformador, no mucho del hombre; poquísimo de sus estudios, sus colegios, su doctrina..., si no es el subrayar con rasgos muy fuertes su concepción paulina del Misterio de Cristo. Hemos verificado las citas y alusiones a las cartas del Mtro. Ávila que hay en toda la biografía, y nos ha sorprendido constatar que, de las 148 cartas que comprendía el *Epistolario* impreso al escribir Granada su *Vida*, éste no utiliza más que unas 13 de la primera parte (las cartas 1-8, 11-13, 20, 44). Con todo, debemos manifestar que los datos históricos que encontramos en la obra de Fr. Luis son seguros: o habla como testigo de vista, refiriéndonos sus impresiones, o reproduce los memoriales de los discípulos, hoy desaparecidos, los cuales creemos descubrir en el capítulo 1, en la parte segunda, y en los capítulos 4 y 5 de la tercera parte.[18]

La última edición española de esta *Vida* es la segunda del Apostolado de la Prensa de 1941, hoy agotada. Existen de la misma varias traducciones: St. Jure, S. I., la tradujo al francés (París 1641), M. Cuvelier, S. I., al latín (Constanza 1650), y el Cardenal A. Albani la trasladó al italiano (Roma 1746).[18 bis]

18 Recordemos lo que le decía a Juan Díaz: «... me dio [V. R.] la historia tan aparada y concertada, que me dio mucho alivio». Los capítulos 2 y 3 de la primera parte son clarísimamente hechura del P. Granada; en el 2 pinta la imagen del «predicador» y ve cómo se realizó en el Beato *(Del amor de Dios que «ha de tener» el predicador y el que «tenía» es Padre; del fervor y espíritu con que «se ha de predicar», y el que «tuvo» este Padre; del sentimiento que «debe tener»...)*; en el 3 apenas hace otra cosa que ofrecer un manojo de textos selectos de sus cartas o del *Audi, filia* sobre diversos puntos espirituales *(Lo que sentía del oficio de la predicación: ... de la dignidad del sacerdocio...; del aparejo para celebrar; de la caridad y amor [para con los prójimos]; de la virtud de la penitencia y dolor de los pecados...)*.

18 bis Véase nuestra *Introducción biográfica*, en *Obras completas*, t. I, p. 20. Cf. también la *Biografía* del P. Llaneza.

II. La biografía del licenciado Luis Muñoz

La segunda de las *Vidas* clásicas del P. Ávila que presentamos en este volumen es la del licenciado Luis Muñoz, autor, como el propio Fr. Luis, de una serie de biografías de personas santas, de las cuales la del Apóstol de Andalucía (1635) es la tercera en el orden cronológico. Antes había escrito las de san Carlos Borromeo (1626) y de doña Luisa de Carvajal y Mendoza (1632). Después elaboraría todavía otras cinco: una, sobre Fr. Luis de Granada (1639); otra, sobre Gregorio López, el místico de Nueva España (1642); la tercera fue la *Vida* de la V. Mariana de San José, fundadora de las agustinas recoletas (1645); la cuarta trató de Fr. Bartolomé de los Mártires (1645); y la última, editada después de su muerte, ocurrida en 1646, fue consagrada a San Camilo de Lelis (1653). En total, ocho obras hagiográficas escritas por un seglar, relator del Consejo Real y Contaduría mayor de Hacienda, hombre insigne en piedad y gran limosnero.[19]

En su «Prólogo al lector» de la *Vida* del P. Ávila dice con humildad:

> Sea la regla general que lo que al lector le pareciere bien, téngalo por del P. Fr. Luis de Granada o de otros; lo que mal (que no puede ser mucho), eso es mío. Hablo con esta limitación, porque casi cuanto va en este volumen es ajeno; porque en las informaciones [del proceso de beatificación] han dicho muchos religiosos graves de la Compañía de Jesús, algunos doctores de la Universidad de Baeza, sacerdotes y otras personas pías, de cuyos libros se ha tejido esta labor, usando de sus palabras, de manera que apenas tengo más en esta obra que haber puesto en el lugar que mereció las cosas que, en sí buenas, habrán podido perder por esta causa: que muchas veces las flores se ajan en las manos de quien las compone.

Sólo habiendo leído los procesos para la beatificación de Ávila, de los que hablaremos luego, puede alcanzarse hasta qué punto son verdad estas palabras, a primera vista de ritual modestia.

Según confesión del propio licenciado Muñoz, su *Vida* del padre Maestro Juan de Ávila ha sido escrita, teniendo a la vista las siguientes fuentes: a) lo que

19 Cf. N. Antonio, *Bibl. Hisp. Nova*, t. II. p. 5.

escribió el *padre Granada* —«que va esparcido por este volumen, y porque tenga alguna sazón, uso ordinariamente de sus palabras»—; 2) los «*procesos informativos*», que «por mi devoción al santo Maestro Ávila o, lo más cierto, por entretenerme un rato deseé ver»; y 3) varios documentos, que no han llegado hasta nosotros, referentes a los discípulos del Maestro Ávila,[20] a quienes dedica toda la segunda parte y varios capítulos de la primera. Solamente para los datos de este último apartado, y por la calidad de los documentos en que se basa, la biografía de Muñoz conserva todavía hoy el carácter de fuente para el estudio del padre Ávila.

El criterio histórico del licenciado Muñoz es bastante seguro. Sus afirmaciones están respaldadas, o por mejor decir, son muchísimas veces reproducción literal de las fuentes que utiliza. Ello tiene por consecuencia que en los casos de discrepancia, al limitarse a reproducir una de las variantes, falte el juicio del historiador que discierne la sustancia del hecho de los detalles con que le adornó la tradición, lo cierto de lo verosímil. Por otra parte, ante la dificultad de la cronología,[21] el licenciado Muñoz pre-

20 *Vida*, «Prólogo al lector». En la introducción al l. 2, «Elogios y vidas de algunos de sus discípulos», escribe: «Fue mi intento al principio hacer unos elogios breves, que en dos o tres capítulos rematasen el libro 1. En el discurso que esta obra se iba haciendo, han venido a mis manos papeles tan importantes, que han podido formar un libro entero. Parece lo ha dispuesto así la divina Providencia, que tiene contados los cabellos de los buenos, para que virtudes tan apostólicas, hazañas tan heroicas, no quedasen sepultadas en olvido. Son los elogios más o menos largos, según ha habido materia; no dudo que podían escribirse de muchos más dilatados discursos. Si a alguno le pareciere esta digresión muy larga, considere que es estilo en las corónicas de los santos padres de las religiones escribirse las virtudes de sus hijos, y que de esta calidad es la del P. Mtro. Ávila, y que, si sus discípulos perdían esta ocasión de acompañar a su Maestro, apenas podían ofrecerse otra que diese noticia de quién fueron y de lo que obraron. Esta historia tiene algo de universal del tiempo del P. Mtro. Ávila y los suyos, que merecen por sus virtudes y vida una memoria inmortal» (f. 68 v).

21 «No puede fácilmente averiguarse la mudanza que fue haciendo de unos lugares a otros ni las veces que estuvo en cada uno, *ni importa mucho saberse*, más que de Sevilla pasó a otros lugares de su arzobispado...» (Muñoz, *Vida*, l. 1, c. 9, f. 17 v). En una sola ocasión se decide a hacer el licenciado Muñoz una disquisición cronológica: versa sobre el año del nacimiento del P. Ávila. Cf. *Vida*, l. 3, c. 23, f. 226 v. En el c. 17 del l. 1, «Su predicación en Écija» se plantea expresamente el problema: «El tiempo que llegó a esta ciudad, como a las demás, ha sido dificultoso averiguarse después de tantos años; y cuando pudiéramos ajustarlo, no era la importancia mucha, como ni las veces que estuvo en cada parte; porque

fiere, como Granada, encuadrar los hechos más bien en torno a los lugares por donde discurrió la vida del padre Ávila, con el inconveniente palmario de la falta de perspectiva, que yuxtapone y subordina a veces sucesos inconexos o que sucedieron con una distancia de tiempo de varios decenios. Sin embargo, era esto lo único que podía hacer el licenciado Muñoz con las fuentes que tuvo a las manos. Y acertó a hacerlo con un estilo lleno de galanura y encanto.

Debemos decir algo más sobre esa fuente de interés relevante utilizada por Muñoz, que son los «Autos y trasumpto de los procesos hechos en las villas de Madrid, Almodóvar del Campo y Montilla, ciudades de Granada, Córdoba, Jaén, Baeza y Andújar, para la causa de beatificación y canonización del venerable padre Maestro Juan de Ávila».[22]

El 18 de julio de 1623 la V. Congregación del Apóstol San Pedro de Prebíteros Naturales de la Villa de Madrid había conferido poderes a su fundador, el licenciado don Jerónimo de Quintana, y otros individuos de ella, para que se hiciesen los procesos informativos, los cuales se llevaron a cabo por comisión del Cardenal Infante de España, don Fernando, en la villa de Madrid, y en los demás lugares, con autoridad ordinaria, durante los años de 1624 y 1625, concluyéndose definitivamente los procesos en mayo de 1528.

en las ciudades en que dejamos escrito que predicó, no fue una sola sino muchas veces, corriendo ya a una y otra parte, volviendo adonde había estado primero, como entendía que era mayor servicio de Dios y provecho de las almas; si bien ha parecido juntar los sucesos de un lugar por mayor claridad, y evitar la confusión que resultara de escribir cada cosa en su tiempo, cuando fuera posible. Esto advierto, porque algunos de los sucesos que hemos de escribir en Écija precedieron a muchas de las cosas que dejamos vistas. En tanta descuridad hemos escogido el método que haga menos molestos los discursos. La verdad hemos procurado ajustar en todo sin atender a tiempos» (f. 35 v-36 r).

22 Arch. Segr. Vaticano, Arch. Congr. SS. Rit., Proc. 3.173. Estos procesos informativos no fueron presentados en Roma a la Sagrada Congregación de Ritos hasta el 22 de noviembre de 1731. Otros procesos importantes son los que se conservan en el Arch. Congr. Rit. 239 y se hicieron en la Inquisición española, en la Universidad de Baeza, y en búsqueda de escritos en Córdoba, Granada, Madrid y Toledo, Priego, Sigüenza, Sevilla, Archivo de la Curia S. I. de Roma, Archivo del Castillo de Sant'Angelo y Archivo Secreto Vaticano. Una descripción de los diversos procesos puede verse en el t. I de las *Obras completas* (Madrid 1952), p. 16-19; una breve historia de esta causa de canonización: L. Sala Balust, *La causa de canonización del Bto. Mtro. Juan de Ávila. Bosquejo histórico*, en «Rev. Española Derecho Canónico», 3 (1948), 847-882.

En estos procesos deponen hasta 147 testigos, de los cuales cuatro corresponden a Madrid (1-4),[23] 30 a Almodóvar del Campo, patria del padre Ávila (5-33),[24] cinco a Córdoba (34-39),[25] 28 a Granada (40-67; el 41 y el 62 son una misma persona),[26] 47 a Montilla (68-114; son testificaciones colectivas: 108-110 y 112-114),[27] siete

23 1. Lic. Juan de Vargas. 2. Lic. Francisco de Texada. 3. Don Antonio de Pimentel, conde de Benavente. 4. P. Pedro de Vargas, S. I.

24 5. Alonso del Olmo, familiar del Santo Oficio. 6. Francisco Muñoz Cejudo. 7. Alférez Antonio García Xixón. 8. Lic. Cristóbal Mesía, Pbro. 9. Lic. Cristóbal Romero, Pbro. 10. Diego Ruiz de Bartolomé Ruiz. 11. Antonio de Escobar. 12. Pedro del Olmo, alcalde de la Santa Hermandad. 13. Andrés de Mirantes. 14. Antonio López Rico. 15. Lic. Juan Bta. de la Fuente, abogado. 16. Alonso Xixón. 17. H. Antonio Giménez del Arcediano, ermitaño. 18. Lucía Martínez Xixón. 19. Doña Catalina del Olmo. 20. Diego de Ayala. 21. Isabel Ruiz de Negreda. 22. Ana López, religiosa. 23. Lic. Juan Delgado, Pbro. 24. Ana Ruiz, mujer de Pablo López. 25. Miguel Martín Pimienta. 26. Juan de Zamora. 27. María López, mujer de Alonso García Moreno. 28. José de Vozmediano. 29. María Ramírez. 30. Catalina Fernández, religiosa. 31. Francisca Ramírez, viuda de Juan Delgado. 32. Juana Ruiz, viuda de Fernando Xixón. 33. Catalina Xixón, viuda de Ambrosio Xixón. 34. Lic. Fernán Pérez de Torres, Pbro.

25 35. Dr. Bernardo Alderete, canónigo. 36. Lic. Juan Bta. de Navarrete, Pbro., catedrático de Teología Moral en la iglesia de Córdoba. 37. Don Pedro de Peralta. 38. Lic. Felipe de Pareja, Pbro. 39. Diego de las Casas, platero.

26 40. Juana de San Gregorio, religiosa de la Encarnación. 41. Melchora de Jesús, monja de la misma casa. 42. Juana de Santiago, lo mismo. 43. Don Gaspar de Barriotafur, vecino de Córdoba. 44. Doña María de Góngora, viuda del Dr. Jerónimo de Torres Navarro. 45. Fr. Miguel de San Jerónimo, O. S. H. 46. Juan Martín de Zárate, de corona. 47. Antonio de Escobar. 48. Ana de Jesús, abadesa de la Encarnación. 49. Juana de San Sergio, monja allí también. 50. Pedro Ximénez. 51. P. Francisco de Alemán, rector del Colegio S. I. 52. P. Antonio Fernández, S. I. 53. H. Antonio de Aguilar, S. I. 54. P. Melchor de Gadea, S. I. 55. Juan Lobo, escribano. 56. Alonso de Vives Farfán. 57. Lic. Jerónimo Ramírez, Pbro. 58. Doña Gracia de Ávila. 59. Doña María Núñez. 60. Lic. Juan Pretel, abogado. 61. Lic. Pedro Zurrillo de Vaga, capellán real. 62. Melchora de Jesús, monja de la Encarnación. 63. María de León, religiosa de Santa Isabel la Real. 64. Ana de León, igualmente. 65. Dr. Juan Ximénez Romero, canónigo magistral. 66. Maestro Bernabé Ruiz. 67. Doña Isabel de Robledo.

27 68. Lic. Bartolomé de Madrid, Pbro. 69. Doña Teresa de Figueroa Trillo, hija de Gaspar de Figueroa. 70 Juan Muñoz de Cañasveras. 71. Lic. Cristóbal de Luque Ayala, Pbro. 72. Lic. Hernán Gómez de Espejo, Pbro. 73. Pedro Sánchez Arriero. 74. Francisco Jiménez Halao. 75. Bartolomé Ruiz Burgueño. 76. Miguel Lozano Albañil. 77. Marcos López de Guadalupe. 78. Antón de Castro Sastre. 79. Francisco Sánchez Cardador. 80. Martín de Palma. 81. Acisclos Muñoz Cañasveras. 82. Pedro García de Molina, el viejo. 83. Agustín de Herrera. 84. Sebastián de Arroyo Sastre. 85. Martín Gómez Muñoz. 86. Benito Venegas de Saavedra. Pbro. 87. Lic. Diego Ruiz de Aguilar, Pbro. 88. Juan de Moya, procurador. 89. Lic. Juan de Peñalosa Gámez, Pbro. 90. Joan Gómez del Baño. 91. Gonzalo Cabrera Chirinos. 92. Lic. Hernán Sánchez de Abendaño, Pbro. 93. Lic. Antonio Ruiz Hidalgo Cubides, Pbro. 94. An-

a Jaén (115-121),[28] 21 a Baeza (122-142),[29] y cinco a Andújar (143-147).[30]

Exceptuando a los testigos de Córdoba y al testigo número 4, todos los demás se acomodan en las deposiciones a un *interrogatorio* de 38 puntos, en que se pregunta: 1) el lugar donde nació; 2) padres; 3) nacimiento; 4) niñez; 5) estudios; 6) virtud de la fortaleza; 7) culto divino; 8) esperanza; 9) caridad; 10) deseo de ser mártir; 11) oración; 12) fruto que hizo; 13) fe, esperanza y caridad y demás virtudes de paciencia, humildad y mortificación; 14) prudencia; 15) obediencia; 16) castidad; 17) pobreza; 18) desprecio de sí mismo y del mundo; 19) celo del sacerdocio; 20) don de consejo y consuelo; 21) provecho de sus obras y escritos; 22) compostura y mansedumbre; 23) fruto de su predicación y ejemplo; 24) su doctrina y cómo la estimaron; 25) autores que han escrito en su abono; 26) composición de amistades; 27) sus fundaciones de colegios; 28) favores di-

tón Martín el Rubio. 95. Joan Pérez Cabello. 96. Lic. Cristóbal Ramiro, Pbro. 97. Lic. Diego Pérez de Aguilar, Pbro. 98. Pedro Luis de León. 99. Lic. Francisco Pérez del Campo, el viejo, Pbro. 100. Joan Díez de Morales, escribano. 101. Luis Fernández de Abendaño. 102. Hermano Rodríguez del Campo. 103. Lic. Joan Pérez de Aguilar, Pbro. 104. Lic Joan Ramírez de Mesa, clérigo. 105. Lic. Joan Policarpo de Valenzuela, clérigo. 106. Lic. Juan Rubio de Valdivia, clérigo. 107. Don Luis Manuel Fernández de Córdoba, hijo de don Pedro Fernández de Córdoba y Figueroa. 108. Seis Padres de la Compañía de Jesús. 109. Ocho religiosos del convento de San Agustín. 110. Clero de Montilla: 15 teólogos, 11 juristas, 41 sacerdotes. 111. Lic. don Pedro Maldonado de Carrasquilla, juez. 112. Cabildo y Ayuntamiento. 113. Letrados de Montilla. 114. Familiares del Santo Oficio de Montilla.

28 115. Lic. Bernabé de Hortigosa. 116. H. Sebastián de Escabias, S. I. 117. Dr. Blas Rodríguez de Pancorbo. 118. Dr. don Diego de Jodar Pacheco, Pbro. 119. Lic. Alonso de Marciáñez, Pbro. 120. Dr. Martín Yáñez Dávila, Pbro. 121. Mtro. Luis de Molina, Pbro.

29 122. Mtro. Juan de Cisneros, Pro. 123. Lic. Alonso Díaz Reyes Carleval, Pbro. 124. Mtro. Alonso Pérez de Andrada, canónigo extravagante. 125. Mtro. Juan de Salcedo, Pbro. 126. Bach. Bernardino de Rus Calatrava, Pbro. 127. Diego de Ayala, veinticuatro. 128. Bartolomé Gutiérrez Serrano, clérigo. 129. Lic Francisco de Briviesca, Pbro. 130. Lic. Pedro Díaz, Pbro. 131. Rodrigo Pérez de Velasco. 132. Mtro. Alonso Lechuga, Pbro. 133. Lic. Miguel de Valcárcel, clérigo. 134. Luis de Gámez Godoy. 135. Luis de Robres Mesía. 136. Mtro. Francisco de Quadros Alférez, Pbro. 137. Rodrigo de Moral. 138. Mtro. Pedro de Lomas, Pbro. 139. Lic. Pedro Ruiz, Pbro. 140. Juan Antonio Muñiz, Pbro. 141. Dr. Francisco Ibáñez de Herrera, Pbro., patrono de la Universidad. 142. P. Juan de Vicuña, S. I.

30 143. P. Andrés de Cazorla, rector del Colegio S. I. 144. Mtro. Juan Alonso Palomino, vicario y juez eclesiástico. 145. Dr. don Juan de Carranza y Cárdenas, Pbro. 146. Andrés Mellado, 147. Dr. Eufrasio Maroto, Pbro.

vinos y visiones; 29) don de profecía, raptos, revelaciones y discreción de espíritus; 30) persecuciones del demonio; 31) milagro que le sucedió con salteadores; 32) artículo de la muerte; 33) muerte; 34) imitadores después de muerto; 35) fama de santidad en vida y muerte; 36) veneración a sus sepulcro y reliquias; 37) milagros en vida y muerte; 38) «si saben que todo lo susodicho ha sido, fue y es público y notorio, pública voz y fama».[31]

De los 147 testigos, antes mencionados, 27 son *oculares*, que conocieron y trataron al maestro Ávila. Recordemos entre ellos a Diego de las Casas, platero de Córdoba, que va a consultarle a Montilla y negoció en Almodóvar con algunos parientes del Beato;[32] al maestro Bernabé Ruiz, quien oyó de él unas lecciones de artes durante los días que el Maestro suplió en Baeza la ausencia del doctor Diego Pérez;[33] Pedro García de Molina, el barbero que asiste a su muerte;[34] Pedro Luis de León, el monaguillo de aquel clérigo a quien se acercó Ávila, mientras celebraba, para rogarle que tratase bien a Hijo de tan buen Padre;[35] el licenciado Alonso Díaz Reyes Carleval, a quien, siendo niño, llevaba el padre Ávila de la mano por el gran amor que tenía a su tío, el doctor Carleval,[36] etc., etc.

Otros 77 testigos lo son de los dichos *de sus discípulos*, cuyos nombres y circunstancias manifiestan en las declaraciones, o de personas *contemporáneas* del Maestro. Uno de éstos es el licenciado Juan de Vargas, criado del padre Villarás, por cuya mano escribe éste los memoriales para la *Vida* que quería escribir fray Luis de Granada;[37] otro, Francisco Muñoz Cejudo, que nos habla de un Juan de Ávila que vive en Almodóvar en la casa donde nació su tío, el Apóstol de Andalucía;[38] un tercero, Isabel Ruiz de Negreda, con cuya madre acostaron al niño Juan de Ávila cuando la madre de éste lo dejó en casa de

31 Se contiene en los ff. 7 r - 21 v.
32 *Proc. Córdoba*, f. 348 r.
33 *Proc. Granada*, f. 495 r.
34 *Proc. Montilla*, f. 818 r.
35 *Proc. Montilla*, ff. 945 v - 946 r.
36 *Proc. Baeza*, f. 1.229 v.
37 *Proc. Madrid*, f. 37 r.
38 *Proc. Almodóvar*, f. 148 r.

su vecina para ir en peregrinación a Guadalupe,[39] etc., etc.

Entre estos discípulos de discípulos hay algunos sumamente representativos, por conservarnos la tradición de algún discípulo inmediato. Tales son el ya mencionado licenciado Juan de Vargas, que nos transmite los recuerdos de Villarás; el licenciado Cristóbal de Luque Ayala, heredero de las noticias del hermano Baltasar de los Reyes, criado que fue de Ávila y Villarás;[40] Hernando Rodríguez del Campo, confidente y cuñado del cordobés Juan Rodríguez, criado también del Maestro Ávila;[41] el padre Andrés de Cazorla, S. I., quien fue amanuense del padre Villarás y representa la tradición oral y escrita del Colegio de la Compañía de Montilla.[42] El hermano Sebastián de Escabias, S. I., que vivió tres años en casa del padre Alonso de Molina, es abundantísimo en detalles que le proporcionó éste, uno de los primeros discípulos cordobeses del Maestro.[43] Este hermano jesuita es el autor de los *Casos nobles de la ciudad de Córdoba*.[44] Completa la tradición de Córdoba el licenciado Fernán Pérez de Torres, que representa a don Diego de Guzmán, licenciado Francisco Navarrete, licenciado Alonso Fernández de Córdoba y su hermana doña Leonor de Córdoba, al padre Juan Sánchez, a doña Inés de Hoces, hija de la célebre doña María de Hoces, (a la que libró Ávila, con gran osadía, de las manos de un poderoso eclesiástico, con quien vivía amancebada), y también al padre Villarás, al hermano Baltasar de los Reyes y al padre Alonso de Molina.[45] En Baeza hay tres testigos de mayor excepción: el licenciado Alonso Díaz Reyes Carleval, ya nombrado, sobrino del doctor Carleval; el maestro Pedro de Lomas, familiar del doctor Pedro de Ojeda,[46] y el maestro Juan de Cisneros, que nos transmite las palabras del doctor Juan de Córdoba.[47]

39 *Proc. Almodóvar*, f. 264 r.
40 *Proc. Montilla*, f. 604 r.
41 *Proc. Montilla*, f. 1.006 r.
42 *Proc. Andújar*, ff. 1.468 v ss.
43 *Proc. Jaén*, f. 1.124 v.
44 Cf. L. Sala Balust, *El H. Sebastián de Escabias, S. I., autor desconocido de los «Casos notables de la ciudad de Córdoba»*, en «Hispania», 9 (1949), 266-296.
45 *Proc. Córdoba*, ff. 323 v ss.
46 *Proc. Baeza*, f. 1.367 r.
47 *Proc. Baeza*, f. 1.217 r.

Como puede apreciarse Muñoz ha utilizado una fuente de particular valor para la biografía de Ávila; pero en cuya utilización era necesaria una crítica seria: hay varios testigos que no lo son más que de oídas; otros se contentan con repetir casi a la letra las fórmulas del interrogatorio; otros dejan entrever un fondo verdadero, que el tiempo y la devoción fueron idealizando. Fue lástima que Muñoz no reparara en la diversa autoridad de cada uno de los testimonios que utiliza, porque no todos tienen ni deben tener para el historiador el mismo valor.

La última vez que esta *Vida* de Ávila escrita por Muñoz se publicó íntegra fue en la edición de las *Obras* del Apóstol de Andalucía que sacó a luz en Madrid la Imprenta Real, de 1792 a 1806. Algunas partes, publicó Fernández Montaña en sus dos ediciones de 1894-1895 y 1901. Existe traducción italiana, hecha por un jesuita, impresa en Milán, en 1667.[48]

48 Cf. nuestra *Introducción biográfica*, en *Obras completas*, t. I, p. 20 s.

[VIDA DEL PADRE MAESTRO JUAN DE ÁVILA Y LAS PARTES QUE HA DE TENER UN PREDICADOR DEL EVANGELIO, POR EL PADRE FRAY LUIS DE GRANADA, DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO. Madrid, Pedro Madrigal, 1588]

A DON JUAN DE RIBERA, ARZOBISPO DE VALENCIA Y PATRIARCA DE ANTIOQUÍA.

f. [+7] r.

Cuán anejo sea a los perlados el oficio de la predicación, ya lo tendrá V. S. notado en lo que los Apóstoles hicieron, pues no quisieron ocuparse por sí en el cuidado de las viudas y de los pobres, porque esta ocupación, aunque santa y necesaria, no les fuese impedimento de otras más importantes, que era la predicación de la palabra de Dios. Y así, encomendando este cargo a otros, tomaron para sí el oficio de la predicación y oración[1]

Y conforme a este decreto apostólico, leemos en el Concilio Cartaginense IV, ordenado que el obispo encomiende a alguna de las principales personas eclesiásticas el cuidado de los pobres, y que él se ocupe en las mismas dos cosas que los Apóstoles tomaron para sí; añadiendo a éstas la tercera, que es la lección de las Santas Escrituras, para que ellas le den materia de lo que ha de predicar; de / la cual no te- v.
nían los Apóstoles necesidad, pues tenían al Espíritu Santo por maestro.

Duró esta observancia mucho tiempo en la Iglesia. Porque en tiempos de san Agustín era estilo en la Iglesia occidental que nadie predicase donde estaba el obispo; mas dispensó en esto el santo obispo Valerio, el cual, contra este estilo, hizo que san Agustín predicase en la iglesia, no haciendo caso de los dichos de los murmuradores, viendo que san Agustín hacía este oficio más perfectamente que él.

Esto, señor, se usaba en aquellos tiempos; en los cuales los Sumos Pontífices predicaban, como lo ha-

1 Cf. Act. 6, 4.

cía san Gregorio, y san León, papa, y otros tales. Mas como con los tiempos se mudan las cosas humanas, así ésta en parte se ha mudado. Porque muchos perlados, contentos con administrar justicia en sus tribunales, cometen este oficio a otros ministros; siendo cierto que mucho más huelgan y reconocen las ovejas la voz de su legítimo pastor, y mucho más fruto hace en ellas que las de todos los otros.

Mas, con todo esto, no tiene Nuestro Señor tan desamparada la Iglesia, que no haya muchos perlados que, acordándose de aquellos dichosos tiempos de la primitiva Iglesia, y de la obligación de su oficio, no trabajen por imitar aquellos Pontífices antiguos, dando por sus mismas personas pasto saludable de dotrina a sus ovejas. Y en este número no puedo dejar de contar a V. S., pues, habiendo tantos años que tiene oficio de pastor, siempre procuró que por su mano recibiesen este pasto sus ovejas; y esto con tanta instancia y tan a la continua, que muchas veces se levantaba del confesionario y se subía al
f. [+8] r. púlpito a predicar, no / teniendo por cosa indigna de su autoridad hacer el oficio que el Hijo de Dios hizo en la tierra, cuyos vicarios son todos los predicadores.

Por tanto, habiendo escrito esta vida del padre Maestro Juan de Ávila, en la cual se nos representa una perfecta imagen del Predicador evangélico, no se me ofreció a quién con más razón la pudiese ofrecer que a quien tantos años ha que ejercita este oficio, no con espíritu humano, sino con entrañable deseo de la salvación de los hombres, y de apartarlos de los pecados. El cual deseo manifestaba V.S. en sus sermones, diciendo algunas veces con grande afecto estas palabras: «Hermanos, no pequemos ahora, por amor de Dios». Las cuales palabras, salidas de lo íntimo del corazón, herían más los corazones de los oyentes que cualesquier otras más sutiles razones, que para esto se pudieran traer. Porque cierto es que no hay palabra que más hiera los corazones que la que sale del corazón; porque las que solamente salen de la boca no llegan más que a los oídos.

De estas palabras hallará V. S. muchas en la dotrina de este siervo de Dios, que aquí se escriben; y junto con esto verá una perfectísima imagen y fi-

gura de las partes y virtudes y espíritu que ha de tener el Predicador evangélico. Y aunque hay cosas de mucha edificación y provecho en esta historia, una de las que yo tengo por muy principal son los conceptos que este varón de Dios tenía de todas las cosas espirituales, explicadas y declaradas en las cartas suyas que andan impresas. Porque la lumbre del Espíritu Santo, que lo escogió para ministro del Evangelio, le dio el conocimiento del valor y dignidad de las cosas espirituales, las cuales él estimaba y pesaba, no con el peso engañoso de Canaán, que es el / juicio falso del mundo, sino con el peso del San- v.
tuario, que nos declara el precio verdadero de estas cosas.

Reciba, pues, V. S. este pequeño presente con la caridad y rostro que suele recebir las cosas de este su siervo. Y por medio de V. S. recebirán mucha consolación todas las personas que aprovecharon con la dotrina de este padre; entre las cuales no puedo dejar de contar a la señora Condesa de Feria, que tanto aprovechó con su dotrina; la cual deseó mucho que yo tomase a cargo esta historia; a cuya santidad y méritos esto y mucho más se debía.

Y more siempre Nuestro Señor en el ánima de V. S. y la enriquezca con la abundancia de su gracia y dones del Espíritu Santo.

Siervo y capellán de V. S.,

Fray Luis de Granada / f. 1 r.

AL CRISTIANO LECTOR

Por algunas personas devotas he sido muchas veces importunado, que conocieron al padre Maestro Juan de Ávila y se aprovecharon de su dotrina, quisiese escribir algo de su vida, como persona que lo trató y conversó mucho tiempo. Y con ser esta petición muy justa, y entender yo que resultaría de aquí mucha edificación a sus devotos, todavía me pareció cosa que sobrepujaba a la facultad de mis fuerzas. Porque, después que me puse a considerar con atención la alteza de sus virtudes, parecióme cierto que
v. ninguno podría competentemente / escribir su vida, sino quien tuviese el mismo espíritu que él tuvo. Porque sus virtudes son tan altas que claramente confieso que las pierdo de vista; y como me hallo insuficiente para alcanzarlas, así también para escribirlas. Mayormente que para esto tengo de desviar los ojos de las comunes virtudes que agora vemos en nuestros tiempos, y subir a otra clase más alta de otros nuevos hombres, en quien, por estar la carne muy mortificada, reina el espíritu de Dios más enteramente; el cual hace los hombres semejantes a sí, y diferentes de los otros que de la alteza de este espíritu carecen.

Y para decir algo de lo que siento, leyendo la vida de los santos pasados y mirando la de este siervo de Dios, que Él quiso enviar en nuestros tiempos al mundo, aunque confieso que en ellos habría más altas virtudes, pues están puestos por un perfetísimo dechado de ellas en la Iglesia, me parece que trató de imitarlos con todas sus fuerzas. Porque
f. 2 r. vi en él una profundísima humildad, / una encendidísima caridad, una sed insaciable de la salvación de las ánimas, un estudio contínuo y trabajo para adquirirlas, con otras virtudes suyas que adelante se verán.

Pues, por exceder esta materia tanto mis fuerzas, quisiera, como dije, excusarme, mas venció la caridad y el deseo de aprovechar a los hermanos, y especialmente a los que están dedicados al oficio de la predicación. Porque en este Predicador evangélico verán claramente, como en un espejo limpio, las propiedades y condiciones del que este oficio ha de ejercitar.

Y porque la principal cosa que en las historias se requiere es la verdad, diré luego de qué fuente cogí todo lo que aquí escribiré. Primeramente aprovechéme de los memoriales que me dieron dos padres sacerdotes, discípulos muy familiares suyos, que hoy día son vivos, que fueron el padre Juan Díaz y el padre Juan de Villarás, que perseveró dieciséis años en su compañía / hasta la muerte; cuyas pala- v.
bras, que pasó con el dicho padre, me será necesario referir aquí algunas veces cuando la historia lo pidiere.

Ayudarme he también de lo que yo supiere, por haber tratado muy familiarmente con este padre, como dije, donde nos acaeció usar algún tiempo de una misma casa y mesa; y así pude más cerca notar sus virtudes y el estilo y manera de su vida.

También ayudarán para lo mismo sus escrituras, las cuales estos padres susodichos sacaron a luz, mayormente sus cartas, en las cuales descubre el espíritu y celo que tenía de la salvación de las ánimas. Y como sean muy diferentes las materias que en ellas se tratan, así descubre él más la luz y experiencia que en todas ellas tenía. Y porque no todos tendrán estas cartas, me será necesario engerir aquí algo de lo que en ellas sirviere para nuestro propósito.

También me pareció no escribir esta historia desnuda, sino acompañada con alguna /dotrina, no traí- f. 3 r.
da de fuera, sino nacida de la misma historia. Ca no es de todos los ingenios saber ponderar las cosas que leen, y sacar de ellas la dotrina que sirve para la edificación de sus almas; en lo cual es razón que provea el historiador, pues es *deudor* a todos los hombres, *sabios y ignorantes.*[2] / v.b.; f. 4 r.

2 Rom. 1, 14.

COMIENZA LA VIDA DEL PADRE MAESTRO JUAN DE ÁVILA.

Capítulo I

De los principios de su vida.

Aquel solícito Padre de familias que a todas las horas del día anda cogiendo obreros para cultivar su viña, jamás deja pasar edad alguna que no despierte algunos muy señalados obreros, que con su trabajo y industria ayuden a esta labor. Entre los cuales fue Él servido de llamar este nuevo obrero, cuya vida comenzamos a escribir para gloria del mismo Padre de las familias y de este obrero que Él escogió, suplicando al mismo Padre que, pues este siervo suyo con tantos trabajos procuró su gloria, me de Él parte de su espíritu y palabras con que yo pueda dignamente glorificar a este tan grande glorificador suyo; pues es justo que sea glorificado en la tierra el que tanto procuró todo el tiempo que vivió glorificar al que reina en el cielo.

Y aunque va poco en saber el origen de los padres / que los siervos de Dios tuvieron en la tierra, v.
pues tienen a Dios por Padre en el cielo, todavía se suele esto escribir para gloria de la tierra que este fruto produjo, y de los padres que lo engendraron. Fue, pues, este siervo de Dios natural de Almodóvar del Campo, que es en el arzobispado de Toledo. Sus padres eran de los más honrados y ricos de este lugar y, lo que más es, temerosos de Dios; porque tales habían de ser los que tal planta habían de producir; y no tuvieron más que sólo este hijo.

Siendo él mozo de edad de catorce años, le envió su padre a Salamanca a estudiar Leyes, y poco tiempo después de haberlas comenzado le hizo Nuestro Señor merced de llamarle con un muy particular

llamamiento. Y, dejado el estudio de las Leyes, volvió a casa de sus padres; y como persona ya tocada de Dios, les pidió que le dejasen estar en un aposento apartado de la casa, y así se hizo, porque era extraño el amor que le tenían. En este aposento tenía una celda muy pequeña y muy pobre, donde comenzó a hacer penitencia y vida muy áspera. Su cama era sobre unos sarmientos, y la comida era de mucha penitencia, añadiendo a esto cilicio y disciplinas. Los padres sentían esto tiernamente; mas no le contradecían, considerando, como temerosos de Dios, las mercedes que en esto les hacía. Perseveró en este modo de vida casi tres años. Confesábase muy a menudo, y su devoción comenzó por el Santísimo Sacramento, y así estaba muchas horas delante de él; y de ver esto, y la reverencia con que comulgaba, fueron muy edificados así los clérigos
f. 5 r. como / la gente del lugar. Pasando por allí un religioso de la Orden de San Francisco, y maravillado de tanta virtud en tal edad, aconsejó a él y a sus padres que lo enviasen a estudiar a Alcalá, porque con sus letras pudiese servir mejor a Nuestro Señor en su Iglesia y así se hizo.

Ido a Alcalá, comenzó a estudiar las Artes, y fue su maestro en ellas el padre fray Domingo de Soto, el cual, vista la delicadeza de su ingenio, acompañada con mucha virtud, lo amaba mucho; y sus condiscípulos eran muy edificados con su ejemplo. Y en este tiempo se llegó a su amistad y compañía don Pedro Guerrero, arzobispo que después fue de Granada, que en este estado fue siempre muy su devoto y favorecedor de sus cosas.

Antes que acabase sus estudios fallecieron sus padres; y después de acabados y saliendo de los más aventajados de su curso, así por su buen ingenio como por la diligencia del estudio, siendo ya de edad competente se ordenó de Misa; la cual, por honrar los huesos de sus padres, quiso decir en su lugar; y por honra de la Misa, en lugar de los banquetes y fiestas que en estos casos se suelen hacer, como persona que tenía ya más altos pensamientos, dio de comer a doce pobres y les sirvió a la mesa y vistió y hizo con ellos otras obras de piedad.

Mas, dejados aparte estos principios, comenzare-

mos a tratar de lo que toca al oficio de su predicación. Y porque es estilo de Nuestro Señor, cuando escoge una persona para algún oficio, darle todas las partes y virtudes que para él se requieren, declararemos aquí las que a este siervo suyo fueron concedidas; / en las cuales verá el cristiano lector la v.
imagen de un Predicador evangélico, que es lo que yo en esta historia pretendo declarar con ayuda de aquel Señor que estas partes y gracias le concedió. Lo cual otros escritores hicieron, aunque en diferentes materias. Porque Jenofonte, clarísimo orador y filósofo de Grecia, escribe la historia de Ciro el Mayor, que es el que restituyó los judíos a su tierra después del cautiverio de Babilonia, cuyas vitorias y triunfos escribe no solamente Herodoto, sino, lo que más es, el profeta Isaías muchos años antes que él naciese; en la cual historia trabaja por dibujar las virtudes que un muy acabado y perfeto rey ha de tener. Y porque este rey, aunque muy valeroso, no las tenía todas, y ésas que tenía no eran verdaderas virtudes, sino aparentes, suple él y pone de su casa lo que a él le faltaba. Mas yo aquí entiendo formar un Predicador evangélico con todas las partes y virtudes que ha de tener, mas no poniendo yo nada de mi casa, sino mostrándolo en la vida y ejercicios de este nuestro predicador.

Y para llevar algún orden en esta historia, trataré *primero* de las virtudes y gracia que Nuestro Señor le concedió para este oficio; y *luego*, de las virtudes especiales de su persona; y *después*, del oficio de su predicación y fruto de ella, que de todo lo susodicho se siguió. / f. 6 r.

PRIMERA PARTE

[VIRTUDES Y GRACIA QUE NUESTRO SEÑOR LE CONCEDIÓ PARA EL OFICIO DE PREDICADOR]

Capítulo II

De como nuestro predicador procuró imitar al apóstol san Pablo en el oficio de la predicación, y de las principales partes que para este oficio se requieren

Pues, habiéndose determinado este siervo de Dios de emplearse en el oficio de la predicación, para la cual tantos años había trabajado en las letras, deseando por este medio procurar, no honras ni dignidades, sino la salvación de las ánimas, la primera cosa que hizo fue procurar las expensas que para este oficio se requieren. Y éstas eran las que el Salvador declaró cuando dijo: *Si alguno no renunciare todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo.*[3] Lo cual cumplió él tan enteramente que, venido a su patria, repartió toda la herencia, que de sus padres le había quedado, con los pobres, sin reservar más para sí que un humilde vestido de paño bajo; en lo cual cumplió lo que el mismo Señor dijo a sus discípulos, cuando los envió a predicar, mandándoles que no llevasen ni bolsa ni alforja,[4] sino sola fe y confianza en Dios, porque con esta provisión nada les faltaría. Lo cual también se cumplió en nuestro predicador, porque, todo el tiempo que vivió, ni tuvo nada ni quiso nada, ni nada le faltó, mas antes, siendo pobre, remedió a muchos pobres, y así pudo decir aquello del Apóstol: Vivimos *como pobres*,

3 Lc. 14, 33.
4 Cf. Lc. 9, 4.

mas enriquecemos a / muchos; y como quien nada v.
tiene y todas las cosas posee.[5]

Asentado ya este fundamento, determinó buscar un guía a quien seguramente pudiese seguir y no halló otro más conveniente que el apóstol san Pablo, dado por predicador de las gentes. Ni esto tuvo por soberbia, pues el mismo Apóstol a esto convida a todos los fieles diciendo: Hermanos, *sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo.*[6] Y aunque este ejemplo sea tan alto que nadie pueda llegar a él, mas, como dice un sabio, más alto subirán los que se esforzaren por subir a lo alto que los que, perdida la esperanza de esto, se quedaron en lo bajo. Y cuán bien haya sucedido a este padre poner los ojos en este dechado, adelante se verá.

§ 1. *Del amor de Dios que ha de tener el predicador, y el que tenía este padre.*

Comenzando, pues, por las principales partes y virtudes que el perfeto predicador ha de tener, si alguno hay que llegue a serlo, la primera es amor grande de Dios. Lo cual se entiende por las palabras y ceremonia con que el Salvador encomendó a san Pedro el oficio de apacentar sus ovejas, preguntándole si le amaba más que los otros sus compañeros, repitiendo tantas veces esta pregunta, que el mismo Apóstol se angustió con ella; y a cada una de ellas añadía: *Apacienta mis ovejas.*[7] Pues con la repetición de estas preguntas del amor de Dios, nos da el Salvador a entender que la primera y más principal parte que se requiere para la salvación de las ánimas es el amor de Dios, cuando está muy encendido, / por f. 7 r.
las grandes ayudas y fuerzas que para este oficio nos da. Lo cual por sus pasos contados iremos declarando en el proceso de esta historia. Y por esto, escogiendo el Salvador al apóstol san Pablo para este misterio, le infundió una tan grande caridad y amor de Dios, que, como él dice, ninguna cosa de cuantas había criadas, que él allí cuenta por menudo,

5 2 Cor. 6, 10.
6 1 Cor. 4, 16; 11, 1.
7 Jo. 21, 15-17.

había de ser parte para apagar la llama de este divino amor que en su corazón ardía.[8] Y éste fue el que le hizo salir vencedor en tantas batallas y contradiciones del mundo, y el que nunca le pudo atapar la boca ni atar la lengua, estando atado y preso, para dejar de predicar el nombre de Cristo.

Entendía también esta dotrina nuestro predicador, el cual, siendo preguntado por un virtuoso teólogo qué aviso le daba para hacer frutuosamente el oficio de la predicación, brevemente le respondió: «Amar mucho a Nuestro Señor». Esto dijo como quien tenía experiencia de cuántas ayudas nos da este amor para ejercitar este oficio. Porque de este amor primeramente nace una sed insaciable de la gloria de Dios; y porque Él es glorificado con la santidad y pureza de vida de sus criaturas, de aquí les nace un tan entrañable deseo de esta pureza, que de día y de noche otra cosa no piensan ni sueñan, y no hay trabajo ni peligro a que no se ofrezcan alegremente por ella, teniendo por ganacia perder la vida por salvar un ánima. Lo cual nos muestra el Apóstol en su persona, no sólo por los inmensos trabajos y persecuciones que padeció, sino más particularmente por aquellas palabras que escribe a los fieles de Corinto, donde dice: *De muy buena voluntad*
v. *me / entregaré y ofreceré de todo corazón por vosotros a la muerte, aunque amándoos yo más, sea menos amado de vosotros.*[9] Y en otro lugar: *Si yo,* dice él, *fuere sacrificado y padeciere muerte por haberos predicado el Evangelio, en esto me gozaré y alegraré juntamente con vosotros; y vosotros también os alegrad conmigo, dándome el parabién de esta gloria.*[10] Tal es, pues, el amor para con los prójimos que de este amor divino procede, y tal el deseo de la salvación de ellos que bastó para hacer que el Apóstol se ofreciese a ser *anatema* de Cristo por amor de ellos.[11] Y este mismo amor y deseo hizo que corriese por todo el mundo, cercando la mar y la tierra, y se ofreciese a todos los peligros y trabajos por esta causa, como él lo declara cuando dijo: *Todas las cosas sufro por amor de los escogidos, por-*

8 Cf. Rom. 8, 37-39.
9 Cf. 2 Cor. 12, 15.
10 Cf. Phil. 2, 17-18.
11 Cf. Rom. 9, 3.

que ellos alcancen la heredad que Dios les tiene aparejada.[12]

Este es, pues, el principal instrumento que sirve para este oficio. Porque como el amor de los padres para con los hijos les hace trabajar y sudar para criarlos y sustentarlos, y a veces ir hasta el cabo del mundo, atravesando los mares, por buscarles remedio de vida, así el amor sobrenatural que el Espíritu Santo infunde en los corazones de los que han de ser padres espirituales, les hace ofrecer aún a mayores trabajos y peligros con deseo de aprovecharles. Porque no es menor ni menos eficaz este amor espiritual que el carnal para este oficio; lo cual testifica san Ambrosio por estas palabras: «No es menor el amor espiritual que tengo a los hijos que engendré con la palabra del Evangelio que si corporalmente los engendrara; porque no es menos poderosa la gracia que la naturaleza».[12 bis] / f. 8 r.

Esto, pues, veremos agora verificado en nuestro predicador. Porque estaba tan encendido y transformado en este amor y deseo de salvar las ánimas, que ninguna cosa hacía ni pensaba ni trataba, sino cómo ayudar a la salvación de ellas. Lo cual hacía él con sus continuos sermones y confesiones, y exhortaciones y públicas lecciones, ayudando a los presentes con la dotrina y a los ausentes con sus cartas. Y no sólo por su persona, sino por medio de los discípulos que había criado a sus pechos, enviándolos a diversas partes para que hiciesen esos mismos oficios. Y para esto determinaba de criar ministros que a su tiempo diesen fruto y pasto de dotrina al pueblo. Para lo cual procuraba que en las principales ciudades del Andalucía hubiese estudios de Artes y Teología; y él proveía de lectores adonde no los había. Y en otras partes, donde se ofrecía más comodidad, procuraba que hubiese Colegios de teólogos para lo mismo. Y no contento con esto, también se extendía su providencia a dar orden cómo se diese dotrina a los niños, para que, juntamente con la edad, creciese en ellos la piedad y el conocimiento de Dios. Todas estas obras y industria eran centellas vivas que procedían de aquel fuego de amor que ardía en su co-

12 Cf. 2 Tim. 2, 10.
12 bis S. Ambrosio, *De officiis*, lib. I, c. 7, 24: ML 16, 34.

razón y le causaba este deseo. De lo cual todo se trata adelante más en particular.

§ 2. *Del fervor y espíritu con que se ha de predicar, y el que tuvo este padre.*

De este mismo amor y deseo procedía también el grande fervor y espíritu con que predicaba. Porque decía él que, cuando había de predicar, su princi-
v. pal / cuidado era ir al púlpito «templado». En la cual palabra quería significar que, como los que cazan con aves procuran que el azor o el falcón, con que han de cazar, vaya «templado», esto es, vaya con hambre, porque ésta le hace ir más ligero tras de la caza, así él trabajaba por subir al púlpito, no sólo con actual devoción, sino también con una muy viva hambre y deseo de ganar con aquel sermón alguna ánima para Cristo; porque esto le hacía predicar con mayor ímpetu y fervor de espíritu. Este deseo es un especialísimo don del Espíritu Santo, sin cuya virtud nadie, por mucho que haga, lo podrá alcanzar. El cual deseo nos representa los dolores de parto que tenía aquella misteriosa mujer que san Juan vio en su revelación, de la cual dice que padecía grandes tormentos por parir;[13] lo cual nos representa el ardor y deseo que los amadores de la honra de Dios tienen de engendrar hijos espirituales, que lo honren y glorifiquen. Y este mismo deseo es el que les da no sólo fervor y eficacia para predicar, sino también les enseña cosas con que prendan y hieran los corazones.

Y porque somos tan de carne que no entendemos la dignidad y peso de las cosas espirituales sino por ejemplo de las carnales, imaginemos agora lo que haría una madre si supiese cierto que un solo hijo que tenía quisiese ir a desafiar a otro hombre y matarse con él. Pregunto, pues: ¿en este caso qué haría? ¿qué diría? ¿con qué lágrimas, con qué ruegos, con qué razones procuraría revocar al hijo de tan mal camino? ¿y cuán ingeniosa y elocuente la haría para esto el amor de él? Pues por aquí entenderemos la que obra en los grandes amadores de Dios el deso de la salvación de las ánimas y el do-
f. 9 r. lor / de su perdición, y cuántas y cuán eficaces razo-

13 Cf. Apoc. 12, 2.

nes les trae para esto a la memoria este mismo amor y dolor.

Y quien quisiere entender algo de este espíritu, lea los profetas, que fueron los predicadores que Dios escogió para reprender los pecados del mundo y señaladamente los primeros capítulos del profeta Hiremías, y verá en ellos tanta elocuencia divina que ni Tulio ni Demóstenes supieron usar de tanta variedad de figuras y sentencias y exclamaciones para afear y encarecer la ingratitud y malicia de los hombres, como este profeta lo hace; porque la indignación y sentimiento que el Espíritu Santo criaba en sus corazones le daba cosas que decir, con que confudiese los hombres desconocidos y rebeldes a Dios.

Y este mismo espíritu y sentimiento tenía nuestro glorioso padre santo Domingo, de quien se escribe que ardía su corazón como una hacha encendida por el dolor de las ánimas que perecían. Y este dolor le hacía decir cosas maravillosas cuando predicaba, para confundir y mover los corazones de los que lo oían. Y así, preguntándole una vez dónde había leído aquellas cosas tan excelentes que predicaba, brevemente respondió que en el librico de la caridad; porque el deseo tan encendido que tenía de la conversión de las ánimas le enseñaba a decir estas maravillas para convertirlas.

Pues en este librico, que para todos está abierto, había también leído en su manera este siervo de Dios; y éste le hacía predicar con tan grande espíritu y fervor, que movía grandemente los corazones de los oyentes; porque las palabras, que salían como saetas encendidas del corazón que ardía, hacían también arder los corazones en los otros. Ca es tan grande la fuerza de este espíritu, / y excede tanto el v.
común estilo y lenguaje de los predicadores, que como los magos de Faraón, vistas las señales que hacía Moisés, entendieron que allí entrevenía el dedo de Dios,[14] que es la virtud y fuerza sobrenatural suya, así, cuando este padre predicaba, movido con este grande soplo y espíritu de Dios, luego entendían los hombres que aquellas palabras salían de otro espíritu más alto que el humano.

14 Cf. Ex. 8, 19.

Pues el que de veras y de todo corazón desea aprovechar y mover los corazones de los otros, pida él a Nuestro Señor le dé el afecto y sentimiento que quiere causar en ellos. Lo cual nos enseñan los mismos maestros de la elocuencia, aunque en diferente materia. Uno de los cuales, tratando de la manera que el orador ha de mover los corazones de los que le oyen, comprende en pocas palabras cómo esto se ha de hacer, diciendo que la suma de todo este artificio consiste en que esté dentro de sí movido el que quiere mover a los otros. Quiere, pues, decir este maestro de la elocuencia, que de tal corazón y sentimiento salgan las palabras, cual es el que quiere imprimir en los ánimos de los otros; porque de otra manera, ¿cómo podrá mover a dolor, quien no se duele con lo que me dice? ¿Y cómo podrá mover a ira y indignación el que me quiere mover a ella, si
f. 10 r. él no la tiene? ¿Cómo / haré llorar a los otros, si yo, que esto pretendo, tengo los ojos enjutos? No es posible; porque no calienta sino el fuego, ni nos moja sino el agua, ni cosa alguna da a otra color que ella no tiene. Esto escriben los que enseñan de la manera que habemos de mover los corazones de los que nos oyen; sin lo cual, como este autor dice, nunca se moverán.

Mas este afecto no se despierta en nosotros con las reglas que ellos dan, porque éste es, como dijimos, un especialísimo don del Espíritu Santo, el cual por ninguna arte ni regla se puede alcanzar; porque no basta toda la facultad y industria humana para hacer lo que obra el Espíritu divino. Y porque no todos los predicadores tienen este Espíritu, ni mueven los corazones ni los apartan de los vicios. Ca por experiencia vemos cuán lleno está el mundo de predicadores, y no vemos esa mudanza de vida en los oyentes. Lo contrario de lo cual mostraremos adelante cuando trataremos del fruto de los sermones de este padre.

Aquí es bien avisar que una de las cosas que más enciende este deseo de aprovechar es haber ya aprovechado, sacando algunos de pecados, o haciéndolos mudar la vida de bien en mejor. Porque no se puede ofrecer lance de mayor ganancia que la salvación de una ánima, ni hay trabajo más bien empleado

que el que obra lo que la sangre de Cristo obró. Pues cebado el predicador con este tan grande fruto de su trabajo, y alegre con ver un ánima librada de las gargantas del dragón infernal y restituída a su Criador, procura en sus sermones enderezar todas las cosas a este fin, y concibe en su ánima una nueva alegría y confianza en su salvación, esperando que no permitirá Nuestro Señor que se pierda / quien a otros v.
libró de la perdición. La mujer del patriarca Jacob, después que se vio parida de tres hijos, se alegró mucho, diciendo: *Agora me querrá más mi marido, porque le he parido tres hijos.*[15] Pues, según esto, ¿cuánta alegría y confianza tendrá el que con el oficio de la predicación hubiera engendrado no tres, sino muchos hijos espirituales para gloria de Cristo? Pues este cebo tan dulce anima tanto a nuestro predicador, que le hacía noche y día trabajar por esta caza; y éste le daba fervor y espíritu con que predicaba, y le hace encaminar todas las palabras y razones que predicaba a este fin.

§ 3. *Del sentimiento que debe tener de los que caen en pecado, y el que tuvo este padre.*

Mas porque, como es cierto que no hay amor sin dolor, como el amor de los prójimos nos hace procurar con estas ansias la salud de sus ánimas y alegrarnos con el remedio de ellas, así, por el contrario sus caídas son a los tales amadores materia de tan gran dolor, que no les alegra tanto la salud de los que se convierten, cuando les aflige la tristeza de los que caen.

Con este dolor llora el Apóstol la caída de algunos de los fieles de Corinto, por estas palabras: *Con mucha tribulación y angustia de mi corazón os escribí y con muchas lágrimas; no para daros penas, sino para que veáis el amor que os tengo*, el cual me es causa de este dolor.[16] Y más adelante, en la misma carta renueva esta querella, diciendo: *Tengo temor de que no os hallaré de la manera que yo querría, y que cuando viniere a vuestra tierra halle pasiones y disensiones entre vosotros / y con esto me humille* f. 11 r.

15 Cf. Gen. 29, 34.
16 2 Cor. 2, 4.

Dios, y llore los pecados de los que le han ofendido y no han hecho penitencia de ellos.[17] De esta manera lloraba y sentía este piadoso padre las caídas de sus hijos, teniéndolas por suyas propias; y por esto decía que le humillaba y afligía Dios con ellas. Pero aún más claramente muestra él este sentimiento en la carta que escribió a los de Galacia porque se habían desviado de la sinceridad del Evangelio; lo cual fue para el santo Apóstol un intolerable tormento; y heridas sus piadosas entrañas con este golpe, parece que se estaba deshaciendo por sacarlos de este gran error. Y así les dice: *Hijuelos míos, que os vuelvo agora de nuevo a engendrar con dolores de parto, para que sea formado y renovado Cristo en vuestros corazones.* Y porque por carta no podía sinificar la grandeza de este su dolor, añade luego diciendo: *Quisiera hallarme agora con vosotros y mudar mi voz, porque me confunde esta vuestra caída.*[18] Y decir «mudar mi voz» es decir: querría dar mil semblantes y figuras, y usar de todos cuantos medios y razones pudiese, y tentar todas las vías posibles, ya con ruegos, ya con lágrimas, ya con temores y amenazas de la divina Justicia; y finalmente, querría deshacerme todo delante de vosotros para libraros de tan grande mal. Todo esto comprende aquella breve palabra «mudar mi voz».

Este es, pues, el dolor y sentimiento que tienen los espirituales padres cuando ven que los hijos que ellos engendraron a Cristo cayeron en alguna culpa, y con su caída entristecieron los ángeles y alegraron los demonios.

Pues de esta manera sentía este imitador y discípulo de san Pablo las caídas de sus espirituales
v. hijos,/ como él lo declara en una carta que escribe a un predicador,[19] cuyas palabras por ser mucho para notar, me pareció engerir aquí. Pues en esta carta, después de haber explicado los trabajos que se pasan en la criación de estos hijos para que no mueran, dice así:

> Porque si mueren, créame, padre, que no hay dolor que a éste se iguale; ni creo que dejó Dios otro género de martirio tan lastimero en este mundo, como el tormento de la

17 Cf. 2 Cor. 12, 20.
18 Cf. Gal. 4, 19-20.
19 Carta 1: *Obras completas*, ed. Sala Balust, I, 261 s.

muerte del hijo en el corazón del que es verdadero padre. ¿Qué le diré? No se quita este dolor con consuelo temporal ninguno; no con ver que, si unos mueren, otros nacen; no con decir lo que suele ser suficiente consuelo en todos los otros males: *El Señor lo dio, el Señor lo quitó; su nombre sea bendito;* [20] porque como sea el mal del ánima, y pérdida en que pierde el ánima a Dios, y sea deshonra del mismo Dios y acrecentamiento del reino del pecado, nuestro contrario bando, no hay quien a tantos dolores tan justos consuele. Y si algún remedio hay, es olvido de la muerte del hijo; mas dura poco, porque el amor hacer que cada cosita que veamos y oyamos, luego nos acordemos del muerto; y tenemos por traición no llorar al que los ángeles lloran en su manera, y el Señor de los ángeles lloraría y moriría, si posible fuese. Cierto, la muerte del uno excede en dolor al gozo de su nacimiento, y bien de todos los otros.

Por tanto, a quien quisiere ser padre conviénele tener un corazón tierno y muy de carne para haber compasión de los hijos, lo cual es muy gran martirio; y otro de hierro para sufrir los golpes que la muerte da; porque no derriben al padre, o le hagan del todo dejar el oficio, o desmayar, o pasar algunos días que no entienda sino en llorar, lo f. 12 r.
cual es inconveniente en los negocios de Dios, en los cuales ha de estar siempre solícito y vigilante; y aunque esté el corazón traspasado de estos dolores, no ha de aflojar ni descansar; sino habiendo gana de llorar con unos, ha de reír con otros; y no ha de hacer como hizo Aarón, que, habiéndole Dios muerto dos hijos, y siendo reprendido de Moisés porque no había hecho su oficio sacerdotal, dijo él: *¿Cómo podía yo agradar a Dios en las cerimonias con corazón lloroso?* [21] Acá, padre, mándannos que siempre busquemos el agradecimiento de Dios y pospongamos lo que nuestro corazón querría; porque, por llorar la muerte de uno, no corran por nuestra negligencia peligro los otros.

De arte que, si son buenos los hijos, dan un muy cuidadoso cuidado, y si salen malos, dan una tristeza muy triste. Y así, no es el corazón del padre sino un recelo continuo y una continua oración, encomendando al verdadero Padre la salud de sus hijos, teniendo colgada la vida de la vida de ellos, como San Pablo decía: *Yo vivo, si vosotros estáis en el Señor.*[22]

Hasta aquí son palabras de la dicha carta, tan sentidas y dignas de ser impresas en nuestros corazones, como ellas lo muestran. Las cuales bastantemente declaran el espíritu y el celo que este siervo de Dios tenía de la salvación de las ánimas, pues tanto sentía sus caídas.

20 Job. 1, 21.
21 Lev. 10, 19.
22 Cf. 1 Thess. 3, 8.

§ 4. *Del amor que se ha de tener y mostrar a los prójimos, y del que tenía este predicador.*

Y no sólo imitaba al Apóstol en este doloroso sentimiento susodicho, sino también en otra cosa que grandemente ayuda a la edificación de los prójimos, que es en la ternura del amor que el santo Apóstol
v. tenía y mostraba a sus hijos, / con que robaba y cautivaba sus corazones, y hacía que amasen y estimasen la dotrina, por ser de la persona que amaban y estimaban; porque, cuando la persona es agradable, todas sus cosas también lo son. Este amor muestra el Apóstol en todas las cartas que escribe a sus espirituales hijos. Y así en la que escribe a los de Tesalónica dice así: *Habéimonos hecho como niños entre vosotros, y como una ama que cría y regala sus hijos, amándoos con tan grande amor, que quisiéramos ofreceros no sólo el Evangelio, sino también nuestras vidas, por la grandeza del amor que os tenemos.*[23] Y en otra que escribe a los fieles de la ciudad de Filipis, encendido con este amor, concluye su carta con estas palabras: *Por tanto, hermanos míos amantísimos y muy deseados, gozo mío y corona mía, perseverad, carísimos míos, en el Señor.*[24] Y a los de Corinto, después de haber echado perlas preciosas por aquella boca santísima, en cabo, dice así: *Nuestra boca está abierta para enseñaros a vosotros los de Corinto, y nuestro corazón está dilatado y ensanchado con la caridad y amor que a todos vosotros tengo, y así todos cabéis en él, y no estrecha, sino holgadamente; mas vuestro corazón está para mí estrecho.*[25] En las cuales palabras este divino amador, con unos santos celos se queja que no corresponden ellos con amor a la grandeza del amor que él les tenía; porque, cabiendo todos ellos holgadamente en su corazón, él no cabía con esta anchura en el de todos ellos. Pues de esta manera este amoroso padre, así en estos lugares como en otros de sus cartas, mayormente a los principios de ellas, trabaja como
f. 13 r. prudente ministro / del Evangelio por aficionar los

23 Cf. 1 Thess. 2, 7-8.
24 Phil. 4, 1
25 Cf. 2 Cor. 6, 11-13.

corazones de los fieles a su persona, porque de esta manera los aficionase a su dotrina.

Pues, siendo este cebo de amor un medio tan eficaz para cazar las ánimas, no era razón que a este nuestro cazador, y tan solícito imitador del Apóstol, faltase este mismo cebo. Y lo que de esto puedo, en suma, decir es que no sabré determinar con qué ganó más ánimas para Cristo, si con las palabras de su dotrina, o con la grandeza de la caridad y amor, acompañado de buenas obras, que a todos mostraba. Porque así los amaba y así se acomodaba a las necesidades de todos, como si fuera padre de todos, *haciéndose*, como el Apóstol dice, *todas las cosas a todos por ayudar a todos*.[26] Consolaba los tristes, esforzaba los flacos, animaba los fuertes, socorría a los tentados, enseñaba los inorantes, despertaba los perezosos, procuraba levantar los caídos, mas nunca con palabras ásperas, sino amorosas; no con ira, sino *con espíritu de mansedumbre*, como lo aconseja el Apóstol.[27] Todas las necesidades de los prójimos tenía por suyas, y así las sentía y les procuraba el remedio que podía. Con esto se juntaba una singular humildad y mansedumbre, que son las dos virtudes que hacen a los hombres más amables; y, sobre todo, era tan señor de ira, que no pienso, por cosas que acaeciesen, que jamás le viese nadie airado; afligido, sí, por los males ajenos, gozándose con los que se gozan y llorando con los que lloran.

Esta caridad y amor para con todos muestra él en el principio de sus cartas, declarando el amor y memoria que tiene de aquellos a quienes escribe, y el deseo de su / aprovechamiento, y cuidado de en- v.
comendarlos a Nuestro Señor. Mas no aprendió él esto de los preceptos de los retóricos, que así mandan que se haga cuando quieren algo persuadir, sino aprendiólo del espíritu de la caridad que en su corazón ardía, la cual hacía saltar estas centellas de amor afuera; porque lo que abundaba en el corazón salía por la boca. En lo cual también imitaba a su maestro san Pablo, que lo mismo hace al principio de sus cartas, como ya dijimos, porque el Espíritu Santo, que enseñaba al Apóstol comenzar sus cartas

26 Cf. 1 Cor. 9, 22.
27 Gal. 6, 1.

declarando la memoria y el cuidado y amor que tenía a aquellos a quien escribía, enseñó a éste, su imitador y dicípulo, hacer lo mismo. De esta manera, pues, mostraba este siervo de Dios a los presentes con palabras, y a los ausentes con cartas, el amor entrañable que a todos tenía; lo cual de tal manera se persuadían los que con él familiarmente trataban, que cada uno pensaba que él era el más privado de todos, o singularmente amado. Porque así amaba a todos, como si para cada uno tuviera un corazón; lo cual es propio del amor que se funda en Dios; porque lo que se ama por interés, cesando éste, cesa el amor; mas lo que se ama por Dios, que es por hacer su santa voluntad, mientras ésta dura, siempre se ama.

Pues con estas muestras y obras de amor aficionaba a sí los ánimos de aquellos con quien trataba. Porque, como no hay cosa que encienda más un fuego que otro fuego, así no hay cosa que encienda más un amor que otro amor. Y aficionados a sí los corazones, se aficionaban también a todas sus palabras y obras, y de esta manera leían sus cartas. Por
f. 14 r. donde el que recebía / una suya, la preciaba más que un gran tesoro. De esta manera, pues, el prudente ministro, con este amor ablandaba la cera de los corazones, y con la palabra de Dios imprimía el sello de la dotrina en ellos.

§ 5. *De la elocuencia y lenguaje de nuestro predicador.*

Con todo lo que hasta aquí está dicho no habemos aún llegado a lo que más de cerca sirve al oficio de la predicación, que es la ciencia y elocuencia que para este oficio son necesarias: la una, para saber las cosas que se han de predicar, y la otra, para saber cómo se han de explicar. Y si dijéremos que estas dos facultades nos da también la caridad, como todo lo demás que hasta aquí se ha dicho, no erraremos en ello. Porque, cuanto a la primera, que es la ciencia, también ésta en su manera nos enseña la caridad, como el Apóstol lo sinifica cuando escribiendo a los fieles de la ciudad de Filipis dice así: *Esto pido,*

hermanos, a Nuestro Señor, *que vuestra caridad más y más abunde en toda sabiduría, y en todo buen sentido y juicio, para que sepáis escoger lo mejor* y lo que más os conviene.[28] En las cuales palabras vemos cómo el Apóstol atribuye a la caridad el conocimiento de las cosas que pertenecen a nuestra salud.

Mas yo aquí, demás de la virtud de la caridad, añado que este ministro de Dios tuvo particular don de ciencia y elocuencia para este ministerio. Y en declarar lo que toca a la elocuencia no me detendré mucho; porque bastará decir / que los que entienden v.
en qué consiste la suma de la verdadera elocuencia, no la echarán de menos en las escrituras de este padre. Porque no consiste la fuerza de esta facultad en multiplicar muchas palabras que signifiquen lo mismo, ni en algunas florecicas de metáforas y vocablos exquisitos; porque, como dice un gran maestro de este artificio, quiere decir: «Con mayor ánimo ha de abrazar el hombre la elocuencia; la cual, si tuviere el cuerpo esforzado y valiente, no hará caso de tener cortadas las uñas y el cabello muy peinado». Pues esta manera de verdadera y sólida elocuencia se verá en muchos lugares de las escrituras de este padre, mayormente en sus cartas. En las cuales unas veces consuela los tristes, otras esfuerza los pusilánimes, otras exhorta a padecer por Dios trabajos, otras mueve los ánimos al menosprecio del mundo, al dolor de los pecados, a poner toda su confianza en Dios, y otras a otros afectos y virtudes semejantes. Lo cual hace con tanta fuerza de razones y consideraciones, y testimonios y ejemplos de la Santa Escritura, que deja al hombre consolado y esforzado y persuadido en lo que él pretende.

Y para prueba de esto, no quiero alargar los plazos, sino véase la segunda carta del primer tomo de su *Epistolario*, en la cual esfuerza a un predicador a no hacer caso de las persecuciones de los malos. Lo cual le persuade con tanta fuerza de razones, que bastarían para persuadir y convencer un corazón de piedra. ¿Pues, cuál otro es el fin de la verdadera elocuencia sino éste? Porque como el fin de la medicina es sanar, así el de la elocuencia es persuadir. / f. 15 r.
De donde se sigue que, como aquel será mejor mé-

28 Phil. 1, 9.

dico que más enfermos sanare, así aquel será más elocuente que con mayor eficacia persuadiere. Y los que esto pretenden hacer con solas palabras, sin los nervios de las razones, son como árboles cargados de hojas y de flores sin fruto alguno; y por eso podría ser que éstos deleiten los oídos, mas no moverán los corazones.

Ni tampoco en el lenguaje de las palabras con que explica sus conceptos, que es la menor parte de la elocuencia, carece de ella. Para prueba de esto, alegaré el ejemplo de Demóstenes, príncipe de los oradores de Grecia, el cual es alabado entre todos los oradores, porque, siendo sus razonamientos y oraciones muy estudiadas, no mostraba algún linaje de artificio y estudio, por ser su lenguaje tan propio y tan natural, que, si la naturaleza hablara, parece que de aquella manera hablara. Pues este lenguaje, ajeno a toda afectación y artificio, que basta para explicar el predicador sus conceptos, es el que más conviene para persuadir y mover los corazones. Y si algunas veces usa de metáforas, son de las que más al propio explican las cosas que quiere declarar, nacidas de las mismas cosas que trata, y no acarreadas de fuera. Porque los predicadores que hacen lo contrario y pretenden mostrarse elegantes y buenos romanticistas, sepan que muy poco aprovecharán. Porque los oyentes que tienen algun juicio, entienden que el que así predica se va escuchando y saboreando y floreando en lo que dice, pretendiendo más mostrarse muy buen hablador que deseoso de aprovechar. Y cuanto más elegante fuere, tanto menos aprovechará; porque verdadera es aquella sentencia de
v. los retóricos que dice: *Iacent sensus in / oratione, in qua verba laudantur;* quiere decir, que pierden los hombres la atención a las cosas cuando son muy elegantes las palabras, porque éstas hurtan la atención a las sentencias, y no miran lo que se les dice por mirar cómo se les dice. Lo bueno que tienen los tales predicadores es que siempre salen con lo que pretenden; ca su intención principal es agradar más a los oídos que herir los corazones, y desear más las alabanzas del pueblo que la gloria de Cristo. Mas el que desea cumplir con Él, y no pende del decir de los hombres apasionados, sino del testimonio de Dios

y de su conciencia, procure que su lenguaje sea como el de este padre, ajeno de toda curiosidad y vanidad y artificio; y así obrará más con sus buenas razones que con elegantes y polidas palabras.

Y el que quisiere ver algunos lugares de sus escritos tratados con grande elocuencia, lea en el *Audi, Filia,* en el capítulo 32, el cual va impreso con este tratado, de la manera que amplifica la divina misericordia, y la facilidad con que perdonó al rey Ezequías, revocando la sentencia que estaba ya promulgada. Y lea también en este mismo libro el capítulo 68, donde trata este lugar de los Cantares: *Salid, hijas de Sión, y veréis al rey Salomón con la corona que le coronó su madre,* etc.[29] y no deseará más elocuencia que la que aquí verá; mas ésta no salida de los preceptos y reglas de los retóricos, aunque muy conforme a ellos, sino de la caridad y de las entrañas de compasión que este amador de Cristo le tenía. Porque propiedad es de todos los afectos y pasiones, cuando son vehementes, hacer a los hombres elocuentes, mayormente el amor / y el dolor. f.16 r.
Y de estas dos fuentes procedió aquí la elocuencia de este lugar; en el cual la pluma escribía lo que el amor y el dolor, o, por mejor decir, el Espíritu Santo, le dictaba.

Capítulo III

De la especial lumbre y conocimiento que a este siervo de Dios fue dado

Hasta aquí hemos tratado de la elocuencia de nuestro predicador; agora será razón tratar de lo que importa más, que es la ciencia y la especial lumbre de Nuestro Señor que para este oficio le fue dada. Y porque de esto no tenemos revelación, mostrarse ha por las conjecturas y indicios que esto nos testifican.

Entre los cuales, el primero es el fruto admira-

29 Cant. 3, 11.

ble y extraordinario, sobre todo lo que se puede explicar, que hizo con sus sermones en muy gran parte del Andalucía, sacando muchas ánimas de pecado, y esforzando a otras a mudar la vida, de lo cual trataremos adelante. Porque, siendo propio de *la palabra de Dios no volver a Él vacía*, como el profeta dice, mas antes *acabar prósperamente todo que pretende*,[30] argumento es que eran palabras de Dios dadas a este su siervo las que éste tan excelente efecto hacían.

Mas pasemos a otro mayor indicio de esta gracia,
v. que es la facilidad y presteza que tenía, así en el / estudio de los sermones como en las cartas que escribía. Porque él me decía que la noche que precedía el día del sermón le bastaba para estudiarlo. Y con ser tales los sermones, y frecuentados de tantos oyentes, que las más veces duraban dos horas, no le costaban más que el estudio de una noche; de modo que más tiempo se gastaba en predicarlos que en estudiarlos, costando a otros el trabajo de una semana y el revolver unos y otros libros. Mas, como se dice del grande Antonio, que tenía la memoria por libros, así él tenía por libros en su pecho la lumbre del Espíritu Santo, que le enseñaba todo lo que había de decir. Mas en un tiempo, determinando ser más breve en los sermones, me decía que estudiaba más para esto. En lo cual entenderemos que eran tantas las riquezas y tanta la afluencia de las cosas que su buen espíritu le ofrecía, que tenía necesidad de más estudio, no para hallar qué decir, sino para acortar lo que se le ofrecía que decir.

Mas de la eficacia de sus sermones ya dije que trataríamos adelante; agora diremos de sus cartas, en las cuales no es menos admirable que en los sermones.

§ 1. *De la excelencia de sus cartas.*

Y primeramente, como este siervo de Dios, según que al principio dijimos, determinó cumplir lo que el Apóstol nos pide, que seamos *imitadores suyos como él lo era de Cristo*, viendo él,[31] como el santo Após-

30 Cf. Is. 55, 11.
31 Cf. 1 Cor. 11, 1.

tol, no sólo con palabras en presencia sino con cartas en ausencia, pretendía atraer todos los hombres a / Cristo, así este humilde discípulo y imitador suyo f. 17 r. de ambas cosas se aprovechaba, para que presente y ausente siempre tratase este mismo negocio. Y así, entre cuantos predicadores hubo en su tiempo, él solo se señaló en esta diligencia, escribiendo tantas maneras de cartas para diversas necesidades como vemos agora impresas. Las cuales nunca él imaginó que saliesen a la luz como agora han salido por industria y diligencia de sus fieles discípulos, que de diversas partes las recogieron. Y así, como hombre transformado en este deseo de salvar las ánimas, en todo tiempo y lugar trataba de él; en casa y fuera de casa, predicando en público y escribiendo en secreto.

Pues en estas cartas veremos la especial facultad y gracia que Nuestro Señor le había dado. Porque siendo tantas y tan diferentes las materias sobre que escribía cuantas eran las necesidades que se le ofrecían, a todas acudía tan de propósito como si en solas aquellas estuviera resoluto. De esta manera consuela los tristes, anima los flacos, despierta los tibios, esfuerza los pusilánimes, socorre a los tentados, llora a los caídos, humilla a los que de sí presumen. Y es cosa de notar ver cómo descubre las artes y celadas del enemigo, qué avisos da contra él, qué señales para conocer los hombres su aprovechamiento o desfallecimiento; cómo abate las fuerzas de la naturaleza; cómo levanta las de la gracia; con qué palabras declara la vanidad del mundo, y la malicia del pecado y los peligros de nuestra vida; cuán copioso y continuo es en exhortarnos a la confianza en la Providencia paternal de Dios, y en los méritos y sangre de Cristo.

Y como sea verdad lo que el Apóstol dice, que todas / las Escrituras santas sirven *para nuestra doc-* v. *trina, para que, por la paciencia y consolación* que nos dan, *se esfuerce nuestra esperanza,*[32] es cosa para notar cuánta eficacia tienen sus palabras para movernos a la paciencia en los trabajos, para alegrar los tristes y para consolar los desconsolados. En las cuales cosas es tan extremado, que puede él en su mane-

32 Rom. 15, 4.

ra decir aquellas palabras del profeta: *El Señor me ha dado una lengua discreta para que sepa yo con mis palabras sustentar a los flacos para que no cayan.*[33]

Y no contento con esto, avisa también a las personas de diversos estados lo que deben hacer, imitando al Apóstol, que al fin de sus cartas hace lo mismo. Y conforme a esto, da sus documentos a los señores de vasallos para cumplir con la obligación de sus estados; así también da sus avisos a los sacerdotes para que dignamente celebren, y a los predicadores para que frutuosamente prediquen, y a las vírgenes desposadas con Cristo para que guarden con todo estudio el tesoro de su pureza virginal, y así a todos los demás. En lo cual parece que el pecho de este padre era una espiritual botica, donde el Espíritu Santo había depositado las medicinas necesarias para la cura de tantas enfermedades como padecen nuestras ánimas; que sin duda son más que las de los cuerpos.

Y aunque lo dicho sea cosa notable, mas a mi rudeza confieso que espanta más la facilidad y presteza con que estas cartas se escribían. Porque, con ser ellas tales y tan acomodadas, y, si decir se puede, armadas con razones tan fuertes para persuadir lo
f. 18 r. que pretende, era tan fácil / en escribirlas, que sin borrar ni enmendar nada, porque no le daban sus ocupaciones lugar, como salían de la primera mano las enviaba. Los hombres de ingenio, cuando quieren escribir una cosa bien escrita, la dan mil vueltas, leyéndola y releyéndola, quitando y poniendo y pesando cada palabra; del cual trabajo no estaba libre Demóstenes, maestro de la elocuencia, porque por esto se decía que sus oraciones «olían a candil». Y con ser esto así, siendo las cartas de este Padre tales cuales habemos dicho, no le costaban más trabajo que el de la primera mano. Por donde pudiera él, en su manera, decir aquello del Profeta David: *Mi lengua es pluma de un escribano que escribe muy apriesa.*[34] Lo cual dice, porque así él, como los otros profetas, que escribían inspirados por el Espíritu Santo, no estaban deliberando ni pesando las palabras, sino

33 Cf. Is. 50, 4.
34 Ps. 44, 2.

como órganos suyos, abrían su boca y Él meneaba la lengua como le placía. Lo cual en su manera vemos en este siervo de Dios, pues así le corría la vena de lo que había de escribir con la facilidad que está dicho.

En las cuales cartas se debe también notar que, como muchas de ellas se escriban a grandes señores y otras a otros medianos, también hay otras escritas muy de propósito a personas bajas, a las cuales con la misma caridad escribía él muy largo y muy de propósito, según que la necesidad lo pedía, reconociendo con el Apóstol que era *deudor a sabios y inorantes*.[35] Y siendo condición natural de los hombres avisados y discretos holgar de hablar con otros tales, y no con personas bajas y de groseros entendimientos, este siervo de Dios, tan de propósito y tan largo escribía a estos como a los discretos y grandes señores; / como persona que no miraba en los hombres v.
más que a sólo Cristo, que los redimió con su sangre, de donde les viene la verdadera nobleza, en cuya comparación toda otra nobleza es nada.

Concluyendo, pues, esta materia, digo que cualquier hombre prudente que leyere estas cartas y notare lo que aquí habemos apuntado, que es la variedad de las materias, la alteza de las sentencias, la fuerza de las razones y lugares de la Escritura con que se tratan y, sobre todo, la facilidad y presteza con que se escribieron, luego entenderá que el dedo de Dios entrevenía aquí.

Y lo que entre estas cosas más nos maravilla es que no sólo tenía esta facultad y gracia en la materia de las cosas espirituales, de que él tenía experiencia, sino también en las que pertenecen al buen gobierno de una república cristiana, como claramente se ve en una larga carta que escribió al asistente de Sevilla, en la cual le da tantos avisos y documentos para el buen gobierno de ella, como si toda la vida hubiera gastado en negocios de república. Los cuales, si se guardasen, tendríamos una república más bien ordenada que la que trazó Platón. Ni se espante de esto nadie; porque del espíritu que este Padre tenía se escribe que es *unicus et multiplex*,[36] esto es, que, con

35 Rom. 1, 14.
36 Sap. 7, 22.

ser sencillo, es múltiple, porque todas las cosas entiende y penetra por su pureza y sutileza. Y es de creer que esta facultad y conocimiento alcanzó él por medio de su oración, que él tenía luego por la mañana, como adelante trataremos. Y así vemos cumplido en él lo que el Eclesiástico dice, que el varón justo luego *por la mañana entrega su corazón al Señor que le crió; y que abrirá su boca en la ora-*
f. 19 r. *ción y pedirá perdón de sus / pecados.*[37] Y añade luego el fruto de esta oración, diciendo: *Porque si el gran Dios y Señor quisiere, henchirlo ha de espíritu de sabiduría, y él así lleno de este espíritu derramará como lluvia las palabras de su sabiduría. Y' alabarán muchos esta sabiduría y eternalmente nunca será olvidada.*[38] Vemos, pues, los que hoy somos vivos el cumplimiento de estas palabras y favores de Dios; pues oímos, cuando él vivía, su dotrina, y agora cuán alegre y suave es la memoria de él en los corazones de los que con ella aprovecharon cuando lo oyeron, y agora aprovechan y aprovecharán siempre cuando la leyeren.

§ 2. *De la alteza de sus conceptos.*

Sobre estos indicios tenemos otro mucho mayor y más digno de ser advertido que los pasados, que es la alteza de los conceptos que tenía de las virtudes y de todas las cosas espirituales. Por donde un insigne teólogo, que había leído algo de sus obras, se maravillaba de ver cuán bien había entendido este varón de Dios el negocio de la cristiandad. Y pensando yo en la causa de esto, hallo que la vida muy alta y muy extraordinaria del común de los otros hombres virtuosos, necesariamente ha de tener los conceptos de las virtudes y de las cosas divinas más altos que ellos, porque haya proporción y correspondencia entre las virtudes y los conceptos de donde ellas proceden; como la que hay entre la imagen que dibuja el pintor y la forma que él tiene concebida en su entendimiento; porque de esta interior, como

37 Cf. Eccli. 39, 6-7.
38 Cf. Eccli. 39, 8-12.

de causa formal, procede la figura exterior que él dibujó.

Pues, para la inteligencia de esto, que grandemente / nos importa, será necesario referir aquí algunos v.
conceptos suyos sacados de sus mismas escrituras, y especialmente de sus cartas, en las cuales veremos lo que él sentía de todas estas cosas. Y éste es, a mi juicio, uno de los mayores frutos que de esta historia se pueden sacar, si trabajare el deseoso de la perfición por tener los mismos conceptos y pareceres en todas las cosas espirituales que este varón de Dios tenía. Por esta causa no se espante el cristiano letor que me detenga algo en esta parte, ingiriendo aquí mayores pedazos de sus cartas; porque, demás del fruto susodicho, las cosas que aquí entremetemos contienen sentencias dignísimas de ser leídas.

Para la inteligencia de esto se ha de presuponer que una de las principales partes de la filosofía cristiana es saber estimar y ponderar la dignidad y quilates de todas las cosas espirituales, pesándolas, no con el peso de Canaán, que es el juicio engañoso de los hombres del mundo, que dicen de lo bueno mal y de lo malo bien, sino con el peso del Santuario, que es el juicio de Dios y de sus santos, los cuales dan a cada cosa su peso, y conforme a él, su amor y afición. De esta gracia se gloría la esposa de los Cantares diciendo que el Esposo *había ordenado en ella la caridad*,[39] esto es, que supiese guardar orden en el amor, amando cada cosa como ella merecía ser amada. Lo cual no podía ser sino dándole conocimiento del valor y precio de las cosas, para que así las preciase, y graduase el amor que a cada una se debe dar. Lo cual importa tanto para el estudio de la virtud, que dijo Séneca: *Quid tam necessarium quam pretia rebus imponere?* Esto es: «¿Qué cosa hay tan necesaria como saber el precio y valor de cada cosa?». / f. 20 r.

Pues, volviendo al propósito, digo que uno de los mayores indicios que tenemos de haber recebido este siervo de Dios especial lumbre del Espíritu Santo es la alteza de los conceptos y pareceres que tenía, así de las virtudes como de todas las cosas espirituales. Lo cual veremos a la clara, notando algunos concep-

39 Cf. Cant. 2, 4.

tos que él tenía de estas cosas, explicados por las mismas palabras que leemos en sus escrituras que aquí referiremos.

§ 3. *Lo que sentía del oficio de la predicación.*

Pues, comenzando por la estima y concepto que él tenía del oficio de la predicación, léase la primera carta del primer tomo de su Epistolario, y en ella se verá la estima que él tenía de la alteza de este oficio, y de la pureza de la intención que en él se debe tener, y las oraciones y lágrimas de que el predicador se ha de ayudar, pidiendo a Nuestro Señor la conversión de las ánimas, haciendo más caso de estas que de sus palabras, y el cuidado y trabajo y paciencia que ha de tener en criar y conservar los hijos espirituales que con la semilla de la palabra de Dios hubiere engendrado, y el sentimiento y dolor entrañable que ha de tener cuando algunos de estos viere caídos. Pues quien ésta carta leyere y notare, verá cuán lejos están de este espíritu muchos de los que ejercitan este oficio. Los cuales, aunque, cuando están para subir al púlpito, hacen oración para que les suceda bien el negocio, mas Dios sabe de qué espíritu procede esta oración si del amor propio y temor del mundo, o del amor de Dios y deseo de salvar las ánimas. Porque este amor propio que dentro de
v. nuestro pecho / traemos, es tan sutil que en todas las cosas se entremete; y tan escondidamente, que apenas hay quien lo conozca, y muchas veces miente y engaña a su mismo dueño, como dice san Gregorio.

Pues el predicador que quisiere entender muy de raíz la alteza de este oficio, que sirve a la salvación de las ánimas, para la cual crió Dios todas las cosas y Él mismo se hizo hombre, y murió por ellas, y ejercitó en la tierra este mismo oficio, cuyo sustituto y como vicario es el predicador, lea y pondere esta primera carta, y tendrá el concepto y juicio que de este tan alto oficio, se debe tener; porque, cierto, ella es dignísima de ser leída.

§ 4. *Lo que sentía de la dignidad del sacerdote.*

Pasemos de la dignidad del predicador a la del sacerdote, y veremos cuán diferente concepto y estima tiene este padre de la dignidad sacerdotal, de la que el común de los hombres tiene. Lo cual declara él muy bien en la séptima carta[40] del dicho tomo, respondiendo a un mancebo que le pedía consejo sobre si tomaría órdenes de Misa; cuyas palabras quise referir aquí, que son las que se siguen:

> En otros tiempos, cuando se estimaba el sacerdocio en algo de lo mucho que es, no lo recibía nadie, si no era para ser obispo, o tener cura de ánimas, o alguna persona eminente en la predicación de la palabra de Dios; y los demás que eran eclesiásticos quedábanse en ser diáconos o subdiáconos, o de los otros grados más bajos. Y entonces tenían grados bajos y vida altísima. Todo lo / cual está agora al revés; f. 21 r.
> que los que tienen el grado supremo del sacerdocio, no tienen vida para buenos lectores o ostiarios. Creed, hermano, que no otro sino el diablo ha puesto a los hombres de estos tiempos en tan atrevida soberbia de procurar tan rotamente el sacerdocio, para que, teniéndolos subidos en lo más alto del templo de allí los derribe; ca la enseñanza de Cristo no es ésta, sino hacer vida que merezca la dignidad, y huir de la dignidad; y buscar más santa y segura humildad, aun en lo de fuera, que ponerse en lo alto adonde más y mayores vientos combaten.
>
> ¡Oh, si supiésedes, hermano, qué tal había de ser un sacerdote en la tierra, y qué cuenta le han de pedir cuando salga de aquí! No se puede explicar con palabras la santidad que se requiere para ejercitar oficio de abrir y cerrar el cielo con la lengua; y, al llamado de ella, venir el Hacedor de todas las cosas; y ser el hombre hecho abogado por todo el mundo universo, a semejanza de nuestro Maestro y Redemptor Jesucristo en la cruz. Hermano, ¿para qué os queréis meter en tan hondo piélago, y obligaros a cuenta estrecha para el día postrero; pues, por bajo estado que tengáis, aún os parecerá aquel día gran carga, cuanto más si os cargáis de carga que los hombros de los ángeles temblarían de ella?
>
> Buscad aquel modo de vivir que más segura tenga vuestra salvación, y no que más honra os dé en los ojos de los hombres; que, al fin, este consejo os ha de parecer bien algún día a vos y a cuantos lo contrario os dijeren; los cuales, como no saben qué cosa es ser sacerdote, y como tienen los ojos puestos, no en la cuenta que se ha de pedir, sino en cómo vean un poco honrado en los ojos del mundo a su hermano, primo, o pariente o amigo, meten al pobre en lazo tan temeroso; y / paréceles que quedan ellos en salvo y v.

40 Carta 7: I, 300, ss.

que el otro allá se lo haya con Dios. Consejo es, hermano, éste averiguadamente de carne. Y de aquí vienen muchos a tomar y hacer tomar ese sacrosanto oficio por tener un modo con que mantenerse, y hacerse entender que lo quiere para servir a Dios. ¡Oh abusión tan grande, de evangelizar y sacrificar por comer, ordenar el cielo para la tierra, y el pan del alma para el del vientre! Quéjase de esto Jesucristo nuestro Redentor, porque no le buscan por Él, sino por el vientre de ellos;[41] y castigarles ha como a hombres despreciadores de la Majestad divina. Cierto, mejor sería aprender un oficio de manos, como muchos santos de los pasados lo hicieron, o entrar en un hospital a servir a los enfermos, o hacerse esclavo de algún sacerdote, y así mantenerse, que con osadía temeraria atreverse a hollar el cielo para pasar a la tierra, estándonos mandado por nuestro Dios y Señor lo contrario.

Veis aquí, hermano, lo que os aconsejo que hagáis si queréis agradar a Dios y permanecer en su santo servicio. Y esto es lo que siento del santo sacerdocio, al cual querría más que reverenciásedes de lejos, que no abrazásedes de cerca; y que quisiésedes más esta dignidad por señora que por esposa. Y si algo hubiéredes de hacer, sea tomar grado de Epístola y después de dos o tres años, de Evangelio; y quedaos allí, si no hubiere unas grandes conjeturas del Espíritu Santo, que es Dios servido a levantaros al grado más alto. Y estáis muy bien donde estáis sin blanca de renta, mucho mejor que en Roma con cuanto tiene el que os convida con ella. Sabed conocer la dignidad de los enfermos a quien servís, y sabed llevar las condiciones de aquellos con quien tratáis y haced cuenta que estáis en escuela de aprender / paciencia y humildad y caridad, y saldréis más rico que con cuanto el Papa os puede dar.

f. 22 r.

Hasta aquí son palabras de la carta; en las cuales se ve claro cuán diferente concepto y estima tenía este padre de la dignidad sacerdotal, de la que los hombres agora tienen; los cuales tan sin escrúpulo y aparejo procuran esta dignidad como si fuese algún oficio mecánico, más para buscar mantenimiento para sus cuerpos que remedio para sus ánimas. Y cual es la entrada en este santuario tal es la devoción y reverencia con que lo tratan.

A algunos, por ventura, parecerá riguroso este parecer, tomando para esto por argumento la costumbre de los tiempos presentes; mas este padre pesa las cosas con el peso del Santuario que dijimos. esto es, con la estima que de esta dignidad tuvieron los santos antiguos, por cuyo parecer él se regía, y no por el que la malicia o la mudanza de los tiempos tiene. San Cipriano, en una de sus epístolas, de-

41 Cf. Jo. 6, 26.

claró al pueblo que había hecho lector a un mancebo porque había sido muy constante en la confesión de la fe en medio de los tormentos; y por esto se excusa de no haber tomado su parecer para esto, como era costumbre, diciendo que no era necesario el testimonio y aprobación de los hombres donde entrevenía el de Dios. Digo, pues, que si para dar a uno grado de lector, que es de las órdenes más bajas, tanto consejo era menester, ¿qué será necesario para la dignidad del sacerdote, la cual recusó san Marcos, evangelista, y el glorioso padre san Francisco, y aceptó san Agustín, mas no por su voluntad, sino forzado por obediencia de su obispo? Pues por el parecer de estos se gobernaba este padre, y no por el juicio y estilo de los tiempos. / v.

§ 5. *Lo que sentía del aparejo para celebrar.*

Visto cuán altamente siente este siervo de Dios de la dignidad sacerdotal, síguese que veamos lo que siente del aparejo para celebrar. En lo cual también podremos entender cómo él se aparejaba para este oficio; pues es cierto que un tal varón no había de enseñar a otros lo que él no hacía, antes es de creer que excedía él mucho en lo que a los otros aconsejaba. Y esta consideración pertenece a la historia de las virtudes y vida de este religioso padre de que aquí tratamos; y así con las mismas palabras que él enseñaba a otros, entederemos lo que él tomaba para sí. Y en este ejemplo verán los sacerdotes temerosos de Dios de la manera que se han de aparejar para celebrar. Pues en la séptima carta[42] del primer tomo de su *Epistolario*, entre otras cosas, enseña a un sacerdote de la manera que se debe aparejar para decir misa, por estas palabras:

> Sea —dice él— la primera regla, que en recordando de noche del sueño, le parezca que oye en sus orejas aquella voz: *Ecce sponsus venit, exite obviam ei.*[43] Y pues el haber de recibir a un amigo, especialmente si es gran señor, tiene suspenso y cuidadoso al que lo ha de recebir, ¿cuánto más razón es que del todo nos ocupe el corazón este

42 Carta 8: I, 303, s.
43 Mt. 25, 6.

Huésped que aquel día hemos de recebir, siendo tan alto, y tan a nosotros conjunto, que es adorado de ángeles y hermano nuestro? Y con esta consideración rece sus horas, y después póngase de reposo, a lo menos por hora y media, a más profundamente considerar quién es el que ha de recebir; y espántese de que un gusano hediondo haya de
f. 23 r. tratar tan familiarmente a su Dios y pregúntele: / «Señor, ¿quién te ha traído a manos de un tal pecador, y otra vez al portal y pesebre de Betlén?» Acuérdese de san Pedro, que no se halló digno de estar en una navecica con el Señor; el centurión no le osa meter en su casa; y otras semejantes consideraciones, por las cuales aprenda a temer hora y obra tan terrible, y a reverenciar a tan gran Mejestad. Piense que esto es un traslado de la vida y muerte del Salvador, y de aquella obra cuando el Padre Eterno envió a su Hijo al vientre virginal para que salvase al mundo. Y así viene agora a aplicarnos la medicina y riquezas que entonces nos ganó en la cruz. Luego suplique a nuestra Señora, por el gozo que hubo en la Encarnación, que le alcance gracia para bien recebir y tratar al Señor que Ella recibió en sus entrañas. Acabada la misa, recójase media hora, o una, y dé gracias al Señor por tan gran merced de haber querido venir a establo tan indigno. Pídale perdón del ruin aparejo, y suplíquele le haga mercedes, pues suele Él dar gracia por gracia.

Hasta aquí son las palabras de la primera carta; mas en otra [44] antes de ésta prosigue la misma materia, enseñando a un sacerdote la manera de este aparejo. Y así le dice que la primera cosa que debe considerar, es mirar

que aquel Señor con quien vamos a tratar, es Dios y, junto con esto, considerar la causa por qué al altar viene. Cierto, señor, eficacísimo golpe es para despertar a un hombre considerar de verdad: «A Dios voy a consagrar y a tenerlo en mis manos, y hablar con Él y a recebirlo en mi pecho». Miremos esto; y si con espíritu del Señor esto se siente, basta y sobra para que de allí nos resulte lo que hemos de menester para, según nuestra flaqueza,
v. hacer lo que en este oficio debemos. ¿Quién / no se enciende en amor con pensar: al bien infinito voy a recebir? ¿Quién no tiembla con amorosa reverencia de Aquél de quien tiemblan los poderes del cielo, y no de ofenderle, sino de hablarle y servirle? ¿Quién no se confunde y gime por haber ofendido a aquel Señor que presente tiene? ¿Quién no confía con tal prenda? ¿Quién no se esfuerza a hacer penitencia por el desierto con tal viático? Y, finalmente, esta consideración, cuando anda en ella la mano de Dios, totalmente muda y absorbe al hombre y le saca de sí, ya con reverencia, ya con amor, ya con otros afectos poderosísimos causados de la consideración de su presencia; los cuales, aunque no se sigan necesariamente de esta

44 Carta 6: I, 296, s.;297, s.

consideración, nos son fortísima ayuda para ello, si el hombre no quiere ser piedra, como dicen. Y enciérrense dentro de su corazón y ábralo para recebir aquello que de tal relámpago suele venir. Y pida al mismo Señor que por aquella bondad misma que tal merced le hizo de ponerse en sus manos, por aquella misma le dé sentido para saber estimarlo y reverenciarlo y amarlo como es razón.

Y luego más abajo dice:

¡Oh, señor, y qué siente un ánima cuando ve que tiene en sus manos al que tuvo nuestra Señora, elegida y enriquecida con celestiales gracias para tratar a Dios humanado, y coteja los brazos de ella y sus manos y sus ojos, con los propios! ¡Qué confusión le cae! ¡Por cuán obligado se tiene con tal beneficio! ¡Cuánta cautela debe tener en guardarse todo para Aquel que tanto le honra con ponerse en sus manos, y venir a ellas por las palabras de la consagración! Estas cosas, señor, no son palabras secas, no consideraciones muertas, sino saetas / arrojadas del po- f. 24 r.
deroso arco de Dios, que hieren y trasmudan el corazón, y le hacen desear que, en acabando la misa, se fuese el hombre a considerar aquella palabra del Señor: *Scitis quid fecerim vobis?* [45] ¡Oh, señor, quién supiese *quid fecerit nobis Dominus* en esta hora! ¡Quién lo gustase con el paladar del ánima! ¡Quién tuviese balanzas no mentirosas para lo pesar! ¡Cuán bienaventurado sería en la tierra! ¡Y cómo, en acabando la misa, le sería gran asco ver a las criaturas, y gran tormento tratar con ellas, y su descanso sería estar pensando *quid fecerit ei Dominus*, hasta otro día que tornase a decir misa!

Concluyamos ya esta plática tan buena, y tan propia de ser obrada y sentida y supliquemos al mismo Señor que nos hace una merced, nos haga otra; pues dádivas suyas, sin ser estimadas, agradecidas y servidas, no nos serán provechosas. Antes, como san Bernardo dice, que el ingrato *eo ipso pessimus, quo optimus*. Miremos todo el día cómo vivimos, para que no nos castigue el Señor en aquel rato que en el altar estamos; y traigamos todo el día este pensamiento: «Al Señor recebí, a su mesa me asenté, y mañana estaré con Él»; y con esto huiremos todo mal y esforzaremos el bien.

Hasta aquí son palabras de la carta, las cuales, nos declaran por una parte lo que este varón de Dios sentía del aparejo para tratar este tan alto Sacramento, y por otra nos da materia para llorar, considerando con cuán diferente aparejo celebra el día de hoy la mayor parte de los sacerdotes. Y pues, por falta de este aparejo y reverencia, dice el Apóstol que castigaba / Dios a los fieles de Corinto,[46] no v.

45 Jo. 13-12.
46 Cf. 1 Cor. 11, 30-32.

se maravilla que por esta misma culpa castigue hoy Dios con tantos azotes al pueblo cristiano; pues los que tienen por oficio aplacar a Dios y ofrecerle sacrificios por los pecados del pueblo, lo hacen de tal manera, que han menester quien aplaque a Dios por ellos; y así viene a cumplirse lo que amenaza Dios por su profeta, diciendo: *Busqué entre ellos algún varón que enterviniese por ellos, y me fuese a la mano para que no destruyese la tierra, y no le hallé; y por eso derramé sobre ellos mi ira.*[47]

§ 6. *De la caridad y amor para con Dios.*

Mas, porque el fin, así de esta historia como de todas las escrituras católicas, es inducir los hombres al aborrecimiento de los vicios y amor de las virtudes, de algunas de éstas comencemos agora a tratar, declarando los conceptos que este siervo de Dios tenía de ellas, estimándolas diferentemente de lo que el común de los hombres las estiman. Lo cual tratamos aquí no sólo por entender los conceptos y pareceres de este padre, sino para imitalle, sintiendo de las cosas lo que él sentía.

Dice que en la caridad consiste la suma de toda ley. Pues para cumplir con lo que nos pide esta virtud, nos provee este padre de dos consideraciones en el libro de *Audi, Filia:* la una de las cuales procede de mirar el hombre a sí (cf. cap. 94) y la otra de mirar a Cristo.

La primera se funda en aquella palabra del Eclesiástico, que dice: *De lo que quieras para ti, entiende lo que debes hacer para con tu prójimo.*[48] Pues de esto que pasa en el hombre, así en sentir sus tra-
f. 25 r. bajos como en desear los remedios, / aprenda y conozca lo que el prójimo siente, pues es de la misma naturaleza de él; y con aquella misma compasión los mire, remedie y sufra, con que mira a sí mismo y desea ser remediado. Porque de otra manera, ¿qué cosa puede ser más abominable que querer misericordia en sus yerros y venganza en los ajenos; querer que todos le sufran con mucha paciencia, pareciéndole sus yerros pequeños, y no querer él sufrir

47 Cf. Ez. 22, 30-31.
48 Cf. Eccli. 31, 18.

a nadie, haciendo de la pequeña mota del defeto ajeno una grande viga? Hombre que quiere que todos miren por él y le consuelen, y él ser desabrido y descuidado para con los otros, no merece llamarse hombre, pues no mira a los hombres con ojos humanos, que deben ser piadosos. La Escritura dice: Tener *peso y peso, medida y medida, abominación es delante de Dios;*[49] para dar a entender que quien tiene una medida grande para recibir y otra pequeña para dar, que es desagradable ante los ojos divinos. Y su castigo será que, pues él no mide a su prójimo con la misericordia que quiere que midan a él, que mida Dios a él con la crueldad y estrecha medida que él midió a su prójimo. Porque de otra manera oirá lo que la Escritura dice: que *quien cerrare el oído a la voz del pobre, él llamará y no será oído.*[50] Pobre es todo hombre, y no hay quien no tenga alguna necesidad: miremos, pues, si nos hacemos sordos a ella, que así se hará Dios a la nuestra. Ni piense nadie que le medirá Cristo con otra medida que con la que a su prójimo midiere. No piense alcanzar perdón quien no da perdón. Desgracia hallará el desgraciado, y pesadumbre el pesado, y injuria el injuriador y caridad el caritativo. Porque sembrar espinas en el prójimo y querer coger de Dios higos, / no es posible. v.
Y porque muchos no miran esto, hay pocos que suavemente sean tratados de Dios, y muchos quejosos que Dios se olvida de remediar sus penas. Maravíllanse cómo Dios les envía trabajos de dentro y de fuera, mayormente llamándose misericordioso; los cuales llaman, piden, buscan y no hallan remedio; y de ahí les viene la queja. Mas si no fuesen sordos a la ley que Dios en su Evangelio tiene publicada, diciendo: *Con la medida que midiéreis seréis medidos,*[51] verían que ellos son los que faltan a Dios, y no Dios a ellos. Quéjense, pues, de sí, que no tienen caridad con su prójimo; que Dios mucha tiene; y no es razón ni quiere hacerla con quien [a] su prójimo no la hace.

Después de este motivo de amor, que nace de mirar al hombre a sí mismo, añade dos cristianísi-

49 Prov. 20, 10.
50 Prov. 21, 13.
51 Mt. 7, 2

mas consideraciones que proceden de mirar a Cristo, de las caules trata en los capítulos 95 y 96 del dicho libro. Pues cuanto a la primera de estas consideraciones, dice así:

> Poned los ojos en Cristo, y pensad con cuanta misericordia se hizo el Hijo de Dios hombre por amor de los hombres, y con cuánto cuidado procuró en toda su vida el bien de ellos y con cuán excesivo amor y dolor ofreció en la cruz su vida por ellos. Y así como, mirándoos a vos, mirastes a los prójimos con ojos humanos, así mirando a Cristo los miraréis con ojos cristianos; quiero decir, con los ojos que Él os miró, etc. (cap. 95).

Después de esta consideración primera, que procede de mirar a Cristo, añade otra no menos admirable que la pasada, sacada también de mirar al mismo
f. 26 r. Cristo, en la cual dice así: /

> Aunque sea verdad que de los bienes que nuestro Señor hace a un hombre, no busca ni quiere retorno, pues Él de nada tiene necesidad y por pura bondad hace todo lo que hace; mas el retorno que quiere es para los prójimos, que tienen necesidad de ser estimados, amados y socorridos.

Esta consideración prosigue, aún más altamente, a mi juicio, que la pasada, en el capítulo 96 del dicho libro, adonde remito al cristiano lector; el cual va impreso en este tratado [ed. 1.588], por haber parecido que da testimonio de nuestro predicador, como obra tan admirable suya.

§ [7=] 8. *De la virtud de la penitencia y dolor de los pecados.*

Después de la caridad se sigue que tratemos del dolor de los pecados, que son muerte de esa misma caridad; porque, como la sombra sigue al cuerpo, así el dolor de la ofensa viene del amor del ofendido, y crece y descrece con él; porque mientras uno más ama, más le pesa por haber ofendido al que ama.

Pues, como haya muchas cosas que nos muevan al dolor y aborrecimiento de los pecados, una de las más principales es considerar que ellos pusieron al Hijo de Dios en la cruz; porque si no hubiera pecados, no padeciera Él lo que padeció. Mas para la inteligencia de esto se debe presuponer que el Padre

Eterno, por las entrañas de su infinita bondad y misericordia, pudiendo remediar al mundo por otros muchos medios, si quisiera, escogió el mejor de todos, que fue determinar que su unigénito Hijo fuese nuestro Redentor y suficientísimo reparador y remediador de todos nuestros males, / el mayor de los cua- v.
les era estar enemistado con Él.

Pues la primera y principal obra de este reparador era reconciliarnos con su Padre, y esta reconciliación había de ser satisfaciéndole en rigor de justicia con el sacrificio de su Pasión por todas las deudas, y porque demás de ser gravísimas, por ser contra Majestad infinita, eran también ellas, cuanto es de parte de la especie humana, por tantos beneficios obligada, gravísimas, quiso Él padecer gravísimos dolores y injurias para que fuese más copiosa esta satisfacción. Supuesto este fundamento, procede la fuerza de esta consideración como este padre la escribió a un señor,[52] exhortándole al dolor y arrepentimiento de los pecados, por estas palabras:

> Y si V. S. pregunta: ¿qué pensaré para que me de gana de llorar mis pecados?; dígole yo que lo principal sea, que, por lo que él hizo, mataron a su Padre, que es Cristo. No sé yo qué hijo habría que, por una cosa que hubiese hecho, viniese tanto mal a su padre, que le quitasen la hacienda y la casa y la ropa, dejándole desnudo en camisa, y después le deshonrasen y disfamasen con extremo abatimiento, y no parase en esto el negocio, mas le azotasen y atormentasen y después matasen; y todo esto por lo que el hijo hizo. No sería el hijo tan malo, por malo que fuese, que no le apenase en el corazón lo que había hecho, pues pudiera ligeramente excusar donde tanto mal le vino a su padre.
>
> Dígame, señor: ¿quién empobreció a Cristo? ¿Quién lo deshonró? ¿Quién lo azotó? ¿Quién lo coronó y crucificó? ¿Por ventura hízolo otro que nuestro pecado? Yo le afligí y entristecí con mis malos placeres; yo le deshonré por ensalzarme / malamente; los deleites que yo en mi cuer- f. 27 r.
> po tomé, pararon tal a Él su cuerpo atado a una columna; y porque yo quise vivir vida mala, perdió Él su vida buena. Pues, ¿cómo tenemos alegría, habiéndose hecho tan mala obra a quien tantas buenas nos hizo? ¿Por qué toda criatura no había de vengar los males que contra el Criador hicimos? No se puede echar, señor, más carga ni mayor sobre nuestros hombros para hacernos llorar y aborrecer los pecados, que decirnos que padeció Cristo por ellos lo que padeció. No hay cosa que así nos humille y nos haga estimar en

52 Carta 13: I, 358 ss.

poco, como saber que fuimos causa de la muerte de nuestro Señor. ¡Oh, quién lo supiera antes que hubiera pecado, para morir antes que pecar!

Pensábase el hijuelo que no hacía nada en lo que hacía. Después vino a pesar tanto, que el mismo Dios se puso en la cruz por el contrapeso que el pecado hacía. ¿Cómo podemos mirar al Padre que nosotros pusimos por nuestras locuras en tan grandes trabajos? ¿Y cómo este Padre nos quiere mirar y no nos aborrece como a deshonradores de Él y verdaderos parricidas, y que merecen, no cualesquier tormentos, mas muy crueles? ¡Oh divinal Bondad, y hasta dónde llegas! Espantámonos que estando en la cruz rogaste por quien en ella te puso y deseaste el bien de quien tantos males te hacía. Yo digo que no sólo con éstos te mostraste benigno, mas con todos los del mundo hiciste lo que con aquéllos. Porque, si por los que te crucificaron rogaste, todos te crucificamos; y aquellos pocos y todos te debemos aquella oración; y quizá algunos más que los ignorantes sayones que presentes allí estaban crucificándote. Todos, Señor, conspiramos en tu muerte, y a
v. todos conviene lo que dices, que *no / saben lo que hacen.* ¿Quién, Señor, tan mal te quisiera, que si supiera que el fruto de sus malos placeres tan caro habían que costar a tu Real Majestad, no reventara antes de ponerte en aprieto tan grande? Perdona, Señor, perdona, que no supimos lo que hicimos. ¡Y agora que nos lo has declarado, enseñándonos en tu santa Iglesia que por los pecados moriste, y que lo que burlando yo hice, Tú lo pagas tan de veras, con todo eso, a sabiendas, reiteramos la causa de tu muerte penosa!

No es razón, Señor, que queramos bien a quien a nuestro Padre mató; y pues los pecados le mataron, aborrecellos tenemos si amamos a Ti. David dice: *Los que amáis al Señor, aborreced la maldad*[53] Y tiene razón; porque pecado y Dios, bandos son contrarios, y es imposible contentar a entrambos. Escoja el hombre de cuál quiere ser, que es imposible ser de entrambos; porque cualquiera de ellos quiere servidores leales y que por ellos mueran. ¿Qué escogeremos, señor? ¿El cieno de los aljibes rotos, o la vena de las aguas vivas? Señor, ¿qué escogeremos, ser malos con el mundo, o buenos con Dios? ¿Qué escogeremos, buscar privanzas de criaturas, o del Criador? ¿Arder con los demonios en el infierno, o reinar con Dios en el cielo? *¡Oh hijos de Adán! ¿Hasta cuándo seréis de corazón pesado?*[54] Y convidándoos Dios con la verdad, que para siempre ha de durar, y hace durar a los de su bando, ¿queréis seguir la vanidad que hace parar en nada a los de su bando? ¿Hasta cuándo cosquearéis a una parte y a otra, ya siendo de un bando, ya de otro? Seguid el uno, y sea el de Dios; porque Él solo basta a hacer dichosos a los que le sirven. Ya Cristo ha muerto al pecado, ¿por qué seguís bando de
f. 28 r. muerto, y queréis dar vida / a vuestro capital enemigo? No améis al pecado y no vivirá; mas trabajad de lo des-

53 Ps. 96, 10.
54 Cf. Ps. 4, 3.

hacer con dolor y penitencia, para que se deshaga el mal que hecistes amándolo.

Hasta aquí son palabras de la carta, en las cuales hallará el verdadero penitente un poderoso motivo para aborrecer el pecado y tener entrañable dolor de él.

Otro motivo no menos eficaz escribe él a un sacerdote,[55] diciéndole que

> suplique a nuestro Señor le haga merced de descubrirle los deméritos de su proceso, y le haga entender quién ha sido él en la vida pasada para con Dios, y quién Dios para con él; esto es, qué bienes ha recebido de Dios, comenzando desde que nació, y cuán mal ha respondido a ellos. El cual pensamiento, cuando viene del espíritu humano, solamente hace entristecer el hombre un poco; mas, cuando viene del Espíritu de Dios, es tan lúcido y hace ver al hombre en sí tal indignidad, que le parece milagro sufrirlo la tierra, y cáusale grande admiración, creyendo lo que la fe enseña; y tiene tan grande enojo contra sí mismo por haber así vivido, que si no fuese por ofender al Señor, pondría las manos en sí mismo; y desea que todas las criaturas venguen la injuria hecha al Criador. Lo que aquí se siente cuando Dios descubre al hombre en qué quilates debe estimar lo que ha hecho, no se puede decir, porque es por espíritu sobrehumano.

Hasta aquí son palabras de la carta; en las cuales se debe notar que este sentimiento y dolor de los pecados unas veces viene del espíritu humano y otras del Espíritu divino. Porque es muy familiar dotrina de este padre, en muchos lugares explicada, que los sentimientos y afectos devotos que tenemos, unas veces proceden de nuestro buen espíritu, cuando hacemos lo que es de nuestra parte, mas otras veces proceden / de un especialísimo auxilio y toca- v.
miento del Espíritu Santo, el cual es de tan gran virtud y eficacia que sobrepuja tanto todos los otros sentimientos que por otra parte vienen, que no podrá entender sino quien lo ha experimentado.

§ [8=] 9. *De la verdadera humildad y conocimiento de sí mismo.*

Son muy hermanas entre sí la humildad y la penitencia, y así lo son los humildes y los penitentes;

55 Carta 5: I, 289.

porque los humildes reconocen sus pecados, mas los penitentes los lloran; aquéllos se humillan ante Dios por ellos, mas éstos piden humildemente el perdón de ellos. Y por esta causa, aunque no estoy en esta escritura obligado a guardar orden en las materias que se tratan, sino declarar lo que este siervo de Dios siente en ellas, después de haber declarado lo que él siente de la virtud de la penitencia y dolor de los pecados, apuntaré en breve lo que siente de la virtud de la humildad, según lo que pude colegir de sus escrituras. Y tiene él esta virtud por tan esencial y tan necesaria para nuestra vida, que viene a determinar que casi todas las tentaciones y ceguedades espirituales, y ausencias y desamparos de Nuestro Señor, y aun algunas caídas, son por Él permitidas o enderezadas a fin de hacernos verdaderos humildes, no teniendo por cosa indigna comprar esta joya por tan caro precio.

Y es tan propia esta virtud de la religión cristiana, y estuvo tan lejos de ser conocida de los filó-
f. 29 r. sofos, que ni el / nombre de ella se halla en sus escrituras. Mas este siervo de Dios, que tenía otra lumbre más alta, ninguna otra virtud más veces, como dije, encomienda en sus escrituras. Donde veremos la contradición que hay entre la dotrina de los filósofos, y la de este padre. Porque los filósofos, y los herejes pelagianos, discípulos de ellos, ensalzan cuanto pueden las fuerzas y virtud de la naturaleza humana; mas, por el contrario, todo el estudio de este padre es abatirlas, declarando la flaqueza y malicia del corazón humano, llamándolo un abismo profundísimo que sólo lo conoce aquel soberano Señor, de quien se escribe que *estando sobre los querubines,*[56] desde este lugar tan alto alcanza a ver lo más profundo de todas las cosas criadas, y señaladamente la malicia de nuestros corazones, como Él lo declaró por Hieremías diciendo: *Malvado es el corazón del hombre; y ¿quién lo conocerá? Yo, que soy Dios y escudriño lo íntimo y más secreto de ellos.*[57] Lo mismo nos declara el Eclesiástico, el cual, tratando de la profundidad de la sabiduría de Dios, entre otras alabanzas suyas, dice que penetró

56 Cf. Ps. 79, 2.
57 Cf. Ier. 17, 9-10.

y *entendió lo que había en el abismo y en el corazón del hombre.*[58] En la cual combinación del abismo y corazón humano comprendió en estas dos palabras la profundidad y la flaqueza y malicia de nuestro corazón, comparándolo con el abismo. Y en otro lugar, declarando más la grandeza de esta malicia, dice: *¿Qué cosa más mala que lo que piensa la carne y sangre?*[59] Esto es: ¿qué cosa peor que los pensamientos y deseos del corazón humano, desamparado de la divina gracia, que es donde no hay más que carne y sangre? Y en consecuencia de esto, dice en otro lugar: *¿Qué cosa hay entre todo lo / criado más* v.
mala que el ojo del hombre?[60] Esto dice porque éste es el portero de nuestro corazón, y el que le da materia para todas las codicias y maldades que en él se forjan.

Pues, volviendo a nuestro propósito, en el conocimiento de esta flaqueza y miseria de nuestro corazón se funda en parte la virtud de la humildad, la cual, como san Bernardo dice, «es desprecio de si mismo, el cual procede del verdadero conocimiento de sí mismo». Esta virtud faltó a aquel ángel que fue criado tan hermoso. Por lo cual dice de él Nuestro Salvador que *no estuvo en la verdad,*[16] que es: en la verdadera estima y conocimiento de sí mismo; y por eso dio tan gran caída que del mayor de los ángeles, según la opinión de san Gregorio, fue hecho el mayor de los demonios, y escarmentando en la cabeza de éste, nos aconseja este padre que estemos en espíritu de verdad; y cuál sea este espíritu, declara él en una carta [62] suya por estas palabras:

> ¿Cuál es el espíritu de verdad, sino el que hace que el hombre se descontente y se parezca mal, y de entrañas y de corazón se parezca feo y abominable, y se espante cómo Dios lo sufre sobre la tierra? Y ésta es la verdad en que habemos de vivir, y sin esto en mentira vivimos. Y algunas veces, cuanto más bien parece que tenemos, estamos peores, faltándonos esto. Porque, confiando en esto y en otras cosas, parécenos que somos algo, y no es así delante de los ojos de Aquel que mira los corazones y dice: *Nombre tienes de vivo y estás muerto.*[63] Nombre tiene

58 Cf. Eccli. 42, 18.
59 Eccli. 17, 30.
60 Eccli. 31, 15.
61 Jo. 8, 44.
62 Carta 34: I, 451 ss.
63 Apoc. 3, 1.

de vivo quien no cae en los pecados que el mundo condena por malos; mas, si cae en los que el juicio de Dios condena, ¿qué aprovecha que el mundo absuelva al que el juicio de Dios condena? No sabe el mundo tener por malo,
f. 30 r. / ni castiga a uno que se parece bien a sí mismo, y se contenta de sí con soberbia; mas en el juicio de Dios es tenido por soberbio y ciego el que no se hiede a sí mismo como si tratase un perro muerto a sus narices, y tiene entrañable vergüenza delante los ojos de su Criador, como quien estuviese delante un juez de acá, habiendo hecho un feo delito.

Hasta aquí son palabras de esta carta, en la cual no trata de propósito, sino como de paso, de la virtud de la humildad. Mas en estas pocas, junto con las que antes de éstas precedieron, de la virtud de la penitencia y dolor de los pecados, verá el cristiano lector cuán altamente sentía este varón de Dios lo que pertenece a la fineza de esta virtud.

Mas es aquí de saber que, aunque lo propio de la humildad sea despreciarse el hombre y tenerse en nada, pues cuanto es de su parte nada es; mas este desprecio de sí mismo que está en la voluntad, procede del conocimiento de su bajeza y vileza, que está en el entendimiento. Y porque de esta raíz nace la flor hermosísima de esta virtud, síguese que veamos cuán perfetamente siente este padre de esta bajeza y miseria del hombre; porque cuanto mayor fuere este conocimiento, tanto será más profunda la raíz y fundamento de la humildad.

Pues en una carta[64] suya, por un singular modo, declara primeramente la necesidad que tenemos de este propio conocimiento:

lo uno, para la reverencia que a Dios debemos, al cual habemos de mirar con vergüenza, teniéndonos por indignos de ello; lo otro, porque cuando un hombre se olvida de sí, luego se engríe, y como no ve sus faltas, pierde el peso del temor santo y hácese liviano, como nao sin lastre, que pierde las áncoras en tiempo de tempestad, cuyo fin es ser llevada acá y acullá hasta ser perdida.
v. Nunca vi seguridad de ánima, sino en el conocimiento / de sí misma. No hay edificio seguro si no es hecho sobre hondo cimiento. Y es tiempo muy bien empleado al que se gaste en reprenderse a sí mismo; cosa muy provechosa para nuestra enmienda, examinar nuestros yerros.

¿Qué cosa es el hombre que no se conoce y examina,

64 Carta 12: I, 345 ss.

sino casa sin luz, hijo de viuda mal criado, que, por no ser castigado, se hace malo; medida sin medida y sin regla, y por eso es falsa, y, finalmente, hombre sin hombre? Pues quien no se conoce, ni se puede regir como hombre, ni se sabe ni se posee a sí mismo; y como sepa dar cuenta de otras cosas, de sí mismo no sabe parte ni arte. Estos son los que, olvidados de sí, tienen mucho cuidado de mirar vidas ajenas, olvidando las suyas; porque, como las ajenas sean de ellos más de continuo y más de cerca miradas, parecen mayores que las suyas, que las miran de lejos, y así, aunque grandes, parécenles pequeñas; de lo cual vienen a ser rigurosos y mal sufridos; porque, como no miran su propia flaqueza, no han compasión de la ajena. Nunca vi persona que se mirase, que no le fuese ligero sufrir cualquier falta ajena. Si quien maltrata al que cae, testimonio da que no mira sus propias caídas. De manera que, si queremos huir de esta ceguedad tan dañosa, conviénenos mirar y remirar lo que somos, para que, viéndonos tan miserables, caminemos por el remedio al misericordioso Jesús; porque Él se dice Jesús, que es Salvador no de otros, por cierto, sino de los que conocen sus propias miserias, y las gimen y reciben, o no pudiendo, desean recibir los santos sacramentos; y así son curados y salvos.

Y aunque para conocer a nosotros mismos, hayan hablado muchas y muchas cosas Dios y los santos; mas quien quisiere / mirar lo que en sí mismo pasa, hallará tantas f. 31 r.
para desestimarse, que, de espanto de su abismo, diga: «No tienen cabo mis males». ¿Quién hay que no haya errado en lo que más quisiera acertar? ¿Quién no ha pedido cosas, y aun buscádolas, pensando de serle provechosas, que después no haya visto que le han traído daño? ¿Quién podrá presumir de saber, pues innumerables veces ha sido engañado? ¿Qué cosa más ciega que quien aún no sabe lo que ha de pedir a Dios? Como dice san Pablo, que, pidiendo a Dios le quitase un trabajo, pensando que pedía bien, le fue dado a entender que no sabía lo que pedía ni lo que le cumplía.[65] ¿Quién se fiará de su deseo y parecer, pues aquel en quien moraba el Espíritu Santo pide lo que no le cumple alcanzar? Grande, por cierto, es nuestra inorancia, pues innumerables veces erramos en lo que nos conviene acertar.

Y ya que una vez Dios nos enseñe lo bueno, ¿quién no verá cuán flaca es nuestra flaqueza, y cómo damos de rostro en lo que vemos que era razón que no cayéramos? ¿A quién no ha acaecido proponer muchas veces el bien y no haberse caído y vencido en lo que pensó más verse en pie? Hoy lloramos nuestros pecados con intención de los evitar; y si estando las lágrimas en las mejillas, se nos ofrece alguna ocasión, llorando porque caímos, hacemos de nuevo por qué llorar; recibiendo el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo con mucha vergüenza de los desacatos que le hemos hecho, aun habiendo poco que lo tuvimos en nuestro pecho, nos acaece algunas veces por algún pecado echar su gracia de nos.

65 Cf. 2 Cor. 12, 9.

¡Qué caña tan vana, que a tantos vientos se muda! Ya alegre, ya triste; ya devoto, ya tibio; ya tiene deseo del cielo, ya del mundo; ya aborrece y luego ama lo aborrecido; / vomita lo que comió, porque le hacía mal estómago, y luego torna a comer, como si nunca lo hubiera vomitado. ¿Qué cosa puede haber de más variedad de colores que un hombre de esta manera? ¿Qué imagen pueden pintar con tantas haces, con tantas lenguas, como este hombre? ¡Cuán de verdad dijo Job que *nunca el hombre estaba en un estado!*[66] Y la causa es porque al hombre le llaman *ceniza*, y a su vida, *viento*.[67] Muy necio sería el que buscase reposo entre viento y ceniza. No pienso que habrá cosa más espantable de mirar, si mirarlo pudiésemos, que ver cuántas formas toma un hombre en lo de dentro de sí en un solo día. Toda su vida es mudanza y flaqueza y conviénele bien lo que la Escritura dice: *El necio es mudable como la luna*.[68] ¿Qué remedio tenemos? Por cierto, conocernos por lunáticos; y como en tiempos pasados llevaron un lunático a nuestro Señor Jesucristo para que lo curase, ir nosotros al mismo Jesús para que nos cure como a aquél curó. Aquél dice la Escritura que lo atormentaba el espíritu malo, que ya lo echaba en el fuego, ya en el agua de carnalidad, de tibieza y de malicia.[69]

v.

Y si miramos cuántas deudas debemos a Dios de la vida pasada, cuán poca enmienda hay en la presente, diremos, y con verdad: *Rodeádome han dolores de muerte; peligros del infierno me han cercado*.[70] ¡Oh peligro de infierno tan para temer! ¿Quién es aquel que no mira con cien mil ojos no resbale en aquel hondo lago, donde para siempre llore lo que temporalmente rió? ¿Quién no endereza su camino, porque no le tomen por desencaminado de todo el bien? ¿Dónde están los ojos de quien esto no ve, las orejas de quien esto no oye, el paladar de quien esto no gusta? Verdaderamente señal / es de muerto no tener obras de vida. Nuestros pecados son muchos, nuestra flaqueza grande, nuestros enemigos fuertes, astutos y muchos, y que mal nos quieren. Lo que en ello nos va es perder o ganar a Dios para siempre. ¿Por qué entre tantos peligros estamos seguros, y entre tantas llagas sin dolor de ellas? ¿Por qué no buscamos remedio antes que anochezca y se cierren las puertas de nuestro remedio, cuando las doncellas locas den voces y les sea dicho: *No os conozco*?[71] Conozcám[no]s, pues, y seremos conocidos de Dios. Juzguémonos y condenémonos, y seremos absueltos por Dios. Pongamos los ojos sobre nuestras faltas, y luego todo nos sobrará. Consideremos nuestras miserias, y aprenderemos a ser piadosos en las ajenas. Porque, según la Escritura dice: *De lo que hay en ti aprenderás lo que hay en tu prójimo*.[72]

f. 32 r.

66 Cf. Job. 14, 2.
67 Job. 34, 15; 7, 7.
68 Eccli. 27, 12.
69 Cf. Mc. 9, 17, 21.
70 Ps. 17, 5-6.
71 Mt. 25, 12.
72 Eccli. 31, 18.

Hasta aquí son las palabras de las cartas; en las cuales verá el hombre, como en un claro espejo, sus faltas y miserias, para que así se conozca, y conocido se humille, y después de humillado pida socorro al ayudador de los humildes, que es Cristo Jesús.

§ [9=] 10. *De la virtud de la confianza y de la grandeza del beneficio de nuestra Redempción, en que ella se funda.*

Después de estas virtudes, diremos también de la esperanza y confianza en Dios, que es una de las tres virtudes teologales. Digo, pues, que aunque sea grande la estima que este varón de Dios tiene de todas las virtudes y la facultad y gracia para exhortarnos a ella, pero / mucha más en estas cartas se señala v. en alabar la virtud de la confianza en Dios y exhortarnos a tenerla. Esto se verá en sus cartas; las cuales, como por la mayor parte son consolatorias, necesariamente había de aprovecharse de esta virtud para esforzar a los flacos y desmayados con la carga de sus pasiones y pecados, con las sequedades espirituales y ausencias de Nuestro Señor, con las cuales quiere probar la firmeza de su fe y constancia.

Y aunque para animar a esta virtud haya muchos motivos en las Santas Escrituras, pues, como el Apóstol dice, todas ellas sirven para fundar esta esperanza;[73] pero el principal motivo que para esto hay es el beneficio de la Pasión de Nuestro Redemptor, pues nos consta que todo cuanto Él padeció y mereció fue para nosotros, pues Él de nada tenía necesidad. Solos los trabajos y dolores fueron suyos; mas el fruto de ellos todo es nuestro; y con tales prendas seguramente podemos esperar el remedio de nuestros males. Pues de este tan grande motivo se aprovecha este padre en todas las cartas consolatorias que escribe con tanta fuerza y eficacia de razones para esforzar corazones flacos, que puede él en su manera decir aquellas palabras del Profeta: *El Señor me ha dado una lengua sabia y discreta para que sepa yo consolar con mis palabras y los que están caídos y desmayados.*[74]

73 Cf. Rom. 15, 4.
74 Is. 50, 4.

Lo cual señaladamente hace él en una carta, que aquí me pareció engerir, porque es tanta la fuerza de verdadera elocuencia que en ella muestra, y es tan copiosa y tan rica la vena de los misterios que aquí descubre para animarnos a confiar, que ningún hombre habrá tan desmayado, aunque sea como una piedra, que no se esfuerce y cobre espíritu con esta
f. 33 r. carta. En la cual también verá el / cristiano lector la especial lumbre que este padre había recibido de Nuestro Señor para entender la grandeza del beneficio y misterio de nuestra Redempción, de que luego trataremos.

Y esta carta tan notable y tan consolatoria no fue escrita para consolar a algún gran señor, para que sospechemos que había él adelgazado más la pluma que para las otras personas; porque no se escribió sino a una persona de mediano estado. Y para la consolación de ésta le dio Nuestro Señor todas estas perlas preciosas; corriendo la pluma por el papel con tanta presteza y facilidad, como si fuera otro el que dictara y él el que escribiera. Y aquí también se verá claramente cumplida aquella notable sentencia de Salomón, que dice: *Los pensamientos del varón robusto y esforzado serán siempre en abundancia; mas todos los flojos y perezosos viven en pobreza.*[75] En la cual sentencia nos da a entender que los que se esfuerzan a andar con fervor y diligencia por el camino de la perfición cuanto más aprovecharen en este propósito, tanta mayor luz y mayor conocimiento se les da; como lo podremos notar en esta carta, la cual contiene grande copia de sentencias y piadosas consideraciones para nuestro esfuerzo y edificación. Comienza, pues, la carta[76] así:

> No tengáis por ira lo que es verdadero amor; que así como la malquerencia suele halagar, así también el amor reñir y castigar; *y mejores son*, dice la Escritura, *las heridas dadas por quien ama, que los falsos besos de quien aborrece.*[77] Y grande agravio hacemos a quien con amorosas entrañas nos reprende, en pensar que por querernos mal nos persigue.
>
> No olvidéis que entre el Padre Eterno y nosotros es
> v. medianero nuestro Señor / Jesucristo, por el cual somos

75 Prov. 21, 5.
76 Carta 20: I, 380 ss., 384 ss.
77 Prov. 27, 6.

amados y atados con tan fuerte lazo de amor, que ninguna cosa lo puede soltar, si el mismo hombre no lo corta por culpa de pecado mortal. ¿Tan presto habéis olvidado que la sangre de Jesucristo da voces pidiendo para nosotros misericordia, y que su clamor es tan alto, que hace que el clamor de nuestros pecados quede muy bajo y no sea oído? ¿No sabéis que, si nuestros pecados quedasen vivos muriendo Jesucristo por deshacerlos, su muerte sería de poco valor, pues no los podía matar? Nadie, pues, aprecie en poco lo que Dios apreció tanto, que lo tiene por suficiente y sobrada paga, cuanto es de su parte, de todos los pecados del mundo y de mil mundos que hubiera. No por falta de paga se pierden los que se pierden, sino por no querer aprovecharse de la paga por medio de la fe y penitencia y sacramentos de la santa Iglesia.

Asentad una vez con firmeza en vuestro corazón que el negocio de nuestro remedio Cristo lo tomó a su cargo como si fuera suyo, y a nuestros pecados llamó *suyos* por boca de David, diciendo: *Longe a salute mea;*[77] y pidió perdón de ellos sin los haber cometido; y con entrañable amor pidió que los que a Él se quisiesen llegar fuesen amados como si para Él lo pidiera. Y como lo pidió lo alcanzó; porque, según ordenanza de Dios, somos tan uno Él y nosotros, que o hemos de ser Él y nosotros amados o Él y nosotros aborrecidos; y pues Él no puede ser aborrecido, tampoco nosotros, si estamos encorporados en Él con fe y amor; antes por ser Él amado lo somos nosotros; y con justa causa, pues que más pesa Él para que nosotros seamos amados, que nosotros pesamos para que Él sea aborrecido; y más ama el Padre a su Hijo que aborrece / a f. 34 r.
los pecadores que se convierten a Él. Y como el muy Amado dijo a su Padre: *Quiero, Padre, que donde yo estuviere, estén los míos;*[78] porque yo me ofrezco por el perdón de sus pecados, y porque sean encorporados a mí. Venció el mayor amor al menor aborrecimiento, y somos amados, perdonados y justificados, y tenemos grande esperanza que no habrá desamparo donde hay ñudo tan fuerte de amor.

Y si la flaqueza nuestra estuviere con demasiados temores congojada, pensando que Dios la ha olvidado, como la vuestra lo está, provee el Señor de consuelo, diciendo en el profeta Isaías de esta manera: *¿Por ventura puédese olvidar la madre de tener misericordia del niño que parió de su vientre? Pues si aquélla se olvidare, yo no me olvidaré de ti, porque en mis manos te tengo escrito.*[79] ¡Oh escritura tan firme, cuya pluma son duros clavos, cuya tinta es la misma sangre del que escribe, y el papel su propia carne! Y la sentencia de la letra dice: *Con amor perpetuo te amé, y por eso con misericordia te atraje a mí.*[80] Tal, pues, escritura como ésta no debe ser tenia en poco; especialmente sintiendo en sí ser el ánima atraída con dulcedumbre de propósitos buenos, que son señales

77 Ps. 21, 2.
78 Jo. 17, 24.
79 Is. 49, 15.
80 Ier. 31, 3.

del perpetuo amor con que el Señor la ha escogido y amado. Por tanto, no os escandalicéis ni turbéis por cosa de estas que os vienen, pues que todo viene dispensado por las manos que por vos, y en testimonio de amaros, se clavaron en cruz.

Y un poco más abajo dice así:

Y pues nos está mandado de parte de Dios que en ninguna cosa desmayemos, vamos a Él fiados de su palabra, y pidámosle favor, que verdaderamente nos lo dará. ¡Oh
v. hermana, si viésemos cuán caros y preciosos somos / delante los ojos de Dios! ¡Oh si viésemos cuán metidos nos tiene en su corazón! Y cuando nosotros nos parece que estamos alanzados, ¡cuán cercanos estamos a Él! Sea para siempre Jesucristo bendito, que éste es a boca llena nuestra esperanza; que ninguna cosa tanto me puede atemorizar, cuanto Él asegurar. Múdeme yo de devoto en tibio, de andar por el cielo a escuridad y abismo de infierno; cérquenme pecados pasados, temores de lo por venir, demonios que acusen y me pongan lazos, hombres que espanten y persigan; amenácenme con infierno y pongan diez mil peligros delante: que con gemir mis pecados, y alzar mis ojos pidiendo remedio a Jesucristo, el manso, el benigno, el lleno de misericordia, el firmísimo Amador mío hasta la muerte, no puedo desconfiar, viéndome tan apreciado, qu fue Dios dado por mí.

¡Oh Cristo, puerto de seguridad para los que, acosados de las ondas tempestuosas de su corazón, huyen a Ti! ¡Oh fuente de vivas aguas para los ciervos heridos y acosados de los perros espirituales, que son demonios y pecados! Tú eres descanso entrañable, fiucia que a ninguno de su parte faltó, amparo de huérfanos y defensa de las viudas, firme casa de piedra para los erizos llenos de espinas de pecados, que con gemidos y deseos de perdón huyen a Ti. Tú defiendes de la ira de Dios a quien a Ti se sujeta; Tú, aunque mandas algunas veces a tus discípulos que entren en la mar sin Ti, y que desteten de tu dulce conversación, y estando Tú ausente se levanten en la mar tempestades que ponen en aprieto de perder el ánima, mas Tú no los olvidas. Dícesles que se aparten de Tí, y vas Tú a orar al monte por ellos,[81] piensan que los tienes
f. 35 r. olvidados y que duermes, / y estás, las rodillas hincadas, rogando por ellos. Y cuando son ya pasadas las cuatro partes de la noche, cuando a tu infinito saber parece que basta ya la penosa ausencia tuya para los tuyos que andan en la tempestad, desciendes del monte, y como señor de las ondas mudables, andas sobre ellas —que para Ti todo es firme— y acércaste a los tuyos, cuando ellos piensan que están más lejos de Ti, y dícesles estas palabras de confianza: *Yo soy; no queráis temer.*[82]

¡Oh Cristo, diligente y cuidadoso Pastor, cuán engañado está quien en Ti y de Ti no se fia de lo más entrañable

81 Cf. Mc. 6, 46.
82 Mc. 6, 50.

de su corazón, si quiere enmendarse y servirte! ¡Oh si dijeses Tú a los hombres cuánta razón tienen de no desmayar con tal Capitán los que quieren entrar a servirte, y cómo no hay nueva que tanto pueda entristecer ni atemorizar al tuyo, cuanto la nueva de quien Tú eres basta para lo consolar! Si bien y perfetamente conocido fueses, Señor, no habría quien no te amase y confiase, si muy malo no fuese. Y por esto dice: *Yo soy; no queráis temer. Yo soy aquel que mato y doy vida; meto en los infiernos y saco de ellos;*[83] quiere decir: que atribulo al hombre, hasta que le parece que muere, y después le alivio y recreo y doy vida; meto en desconsolaciones que parecen infierno, y después de metidos no los olvido, mas sácolos. Y por eso los mortifico, para vivificarlos: para eso los meto, para que no se queden allá, mas para que la entrada en aquella sombra de infierno sea medio para que después de muertos no vayan allá, mas al cielo.

Yo soy el que de cualquier trabajo os puedo librar, porque soy omnipotente; y os querré librar, porque todo soy bueno; y os sabré librar, porque todo lo sé. Yo soy vuestro abogado, / que tomé vuestra causa por mía; yo v.
vuestro fiador, que salí a pagar vuestras deudas; yo Señor vuestro, que con mi sangre os compré; no para olvidaros, mas engrandeceros, si a Mi quisiésedes servir; porque *fuistes con grande precio comprados.*[84] Yo Aquel que tanto os amé, que vuestro amor me hizo transformarme en vosotros, haciéndome mortal y pasible, el que de todo esto era muy ajeno. Yo me entregué por vosotros a innumerables tormentos de cuerpo, y mayores de ánima, para que vosotros os esforcéis a pasar algunos por Mí, y tengáis esperanza de ser librados, pues teneís en Mi tal librador.

Yo vuestro Padre por ser Dios; y vuestro primogénito Hermano por ser Hombre. Yo vuestra paga y rescate; ¿qué teméis deudas, si vosotros con la penitencia y confesión pedís suelta de ellas? Yo vuestra reconciliación: ¿qué teméis ira? Yo el lazo de vuestra amistad: ¿qué teméis enojo de Dios? Yo vuestro defensor: ¿qué teméis contrarios? Yo vuestro amigo: ¿qué teméis que os falte cuanto yo tengo, si vosotros no os apartáis de Mi? Vuestro es mi cuerpo y mi sangre: ¿qué teméis hambre? Vuestro mi Corazón: ¿qué teméis olvido? Vuestra mi divinidad: ¿qué teméis miseria? Y, por accesorios, son vuestros mis ángeles para defenderos; vuestros mis santos, para rogar por vosotros; vuestra mi Madre Bendita, para seros Madre cuidadosa y piadosa; vuestra la tierra, para que en ella me sirváis; vuestro el cielo, para donde vendréis; vuestros los demonios y infiernos, porque los holléis como a esclavos y cárcel; vuestra la vida, porque con ella ganáis la que nunca se acaba; vuestros los buenos placeres, porque a Mi los referís; vuestras las penas, porque por mi amor sufrís; / f. 36 r.
vuestras las tentaciones, porque son mérito y causa de vuestra corona; vuestra es la muerte, porque os será cercano paso para la vida.

83 Cf. 1 Reg. 2, 6.
84 1 Cor. 6, 20.

Y todo esto tenéis en Mí y por Mí; porque ni lo gané para Mí sólo, pues que, cuando tomé compañía en la carne con vosotros, la tomé en haceros participantes en lo que yo trabajase, ayunase, sudase y llorase, y en mis dolores y muerte, si por vosotros no queda. No sois pobres los que tantas riquezas tenéis, si vosotros con vuestra mala vida no las queréis perder a sabiendas.

No desmayéis, que no os desampararé, aunque os pruebe. Vidrio sois delicado, mas mi mano os tendrá. Vuestra flaqueza hace parecer más fuerte mi fortaleza; de vuestros pecados y miserias saco yo manifestación de mi bondad y de mi misericordia. No hay cosa que os pueda dañar si me amaís y de Mí os fiáis. No sintáis de Mí humanamente, según vuestro parecer, mas en viva fe con amor; no por las señales de fuera, mas por el Corazón, el cual se abrió en la Cruz por vosotros, para que no pongáis duda en ser amados, en cuanto es de mi parte, pues veis tales obras de amor de fuera, y Corazón tan herido de vuestro amor de dentro.

¿Cómo negaré a los que me buscáis para honrarme, pues salí al camino a los que me buscaban para maltratarme? Ofrecíme a sogas y cadenas que me lastimaban, ¿y negarme he a los brazos y corazón de cristianos donde descanso? Dime a azotes y columna dura, ¿y negarme he al ánima que me está sujeta? No volví la faz a quien me la hería, ¿y volverme he a quien se tienen por bienaventurado en la mirar para adorarla?

¿Qué poca confianza es ésta, que viéndome de mi vo-
v. luntad despedazado en manos de perros por amor de / los hijos, estar los hijos dudosos de Mí si los amo, amándome ellos? Mirad, hijos de los hombres, y decid: ¿A quién desprecié que me quisiese? *¿A quién desamparé que me llamase?*[85] ¿De quién huí que me buscase? Comí con pecadores; llamé y justifiqué a los apartados y sucios; importuno yo a los que no me quieren; ruego yo a todos conmigo; ¿qué causa hay para sospechar olvido para con los míos, donde tanta diligencia hay en amar y enseñar el amor?

Y si alguna vez lo disimulo, no lo pierdo, mas encúbrelo por amor de mi criatura, a la cual ninguna cosa le está tan bien como no saber ella de sí, sino remitirse a Mí. En aquella inorancia, está su saber; en aquel estar colgada, su firmeza; en aquella sujeción, su reinar. Y bastarle debe que no está en otras manos sino en las mías, que son también suyas, pues por ellas las di a clavos y cruz: y más son que suyas, pues hicieron por el provecho de ella más que las propias suyas. Y por sacarla de su parecer y que siga el mío, le hago que esté como en tinieblas y que no sepa de sí. Mas si se fía y no se aparta de mi servicio, *librarla he y glorificarla he,*[86] y cumpliré lo que dije: *Sey fiel hasta la muerte, y darte he la corona de vida.*[87]

85 Eccli. 2, 12.
86 Ps. 90, 15.
87 Apoc. 2, 10.

Hasta aquí son las palabras de la carta, las cuales declaran muy bien lo que arriba de ella dijimos.

§ [10=] 11. *Del singular conocimiento que el padre tenía del misterio de Cristo.*

En todo lo que hasta aquí se ha dicho vemos los conceptos que este siervo de Dios tenía, así de la confianza / que debemos tener en Nuestro Señor, f. 37 r.
como de la grandeza del beneficio de nuestra Redempción en que aquélla principalmente se funda, como en esta carta se ha visto. Y como en otras muchas cosas procuraba este varón de Dios imitar en su manera al Apóstol san Pablo, que él había tomado por ejemplo y maestro, así también procuraba imitarle en este conocimiento del misterio de Cristo. Del cual conocimiento se preciaba tanto el Apóstol, que llegó a decir que ninguna otra cosa sabía *sino Cristo, y ése crucificado.*[88] Y con haber él sabido las maravillas y secretos del tercero cielo, y haber allí oído palabras que no era lícito hablar a hombre mortal, con todo eso, dice que no sabía más que a Cristo crucificado; no porque más no supiese, sino porque todo lo demás que sabía era poco en comparación de esta sabiduría; o por mejor decir, porque en este Misterio sabía todo cuanto para nuestra salvación se puede saber, que es todo lo que comprende y trata la Teología cristiana.

Porque esta ciencia tiene dos partes: una especulativa, que principalmente trata del conocimiento de Dios, y otra que llaman prática, que trata de las virtudes y de los vicios sus contrarios. Y todo cuanto comprenden estas dos partes nos enseña más perfetamente el misterio de la cruz, que todos cuantos libros hoy están escritos. Porque, ¿qué cosas me pueden dar mayor conocimiento, así de la bondad de Dios como de las otras perfeciones suyas, que haber querido Él morir en cruz por la salud de los hombres? Y siendo verdad lo que el Apóstol dice, que *Cristo se ofreció a la muerte por librarnos de toda maldad, y fundar un pueblo agradable a Dios, segui-*

88 Cf. 1 Cor. 2, 2.

v. *dor de buenas obras*[89] —que es / ser enemigo de los pecados y amador de las virtudes—, ¿qué cosa se puede escribir más eficaz para aborrecer los pecados y amar las virtudes, que haber el mismo Dios bajado del cielo a la tierra y padecido en cruz por esta causa? Por lo cual, con mucha razón, dice el Apóstol que no sabía más que a Cristo crucificado, porque en esto sabía perfetamente todo cuanto para nuestra salvación y santificación era necesario.

Pues cuán grande haya sido la luz y conocimiento que este varón de Dios tuvo de este misterio, no sé con qué palabras lo pueda explicar. Mas quien notare con atención todo lo contenido en esta carta que acabamos agora de referir, no podrá dejar de entender algo de este misterio; esto es, de la bondad y caridad y misericordia de Nuestro Señor que en él resplandece, y la grandeza del remedio y consolación y salud que por Él nos vino, y los motivos grandes que en Él se nos dan para amar y servir y confiar en Él.

Pero otro indicio más notable hay que éste; el cual es que en todas las cartas que hasta agora se han impreso, que pasan de ciento y cuarenta, no creo que se hallará alguna en la cual no sean las principales razones y consideraciones de ellas, fundadas en este misterio; y así podrá este padre en su manera decir con el Apóstol que no sabía otra cosa *sino a Cristo crucificado*. Y como sea verdad que *lo que abunda en el corazón sale por la boca*,[90] argumento es que estaba en su pecho muy lleno de Cristo, pues así le salía por la boca.

Por donde algunas veces le oí decir que él estaba alquilado para dos cosas, conviene saber: para humillar al hombre y glorificar a Cristo. Porque realmente su principal intento y su espíritu y su filosofía era
f. 38 r. humillar al hombre / hasta darle a conocer el abismo profundísimo de su vileza; y, por el contrario, engrandecer y levantar sobre los cielos la gracia y el remedio y los grandes bienes que nos vinieron por Cristo. Y así muchas veces, después de haber abatido y casi desmayado al hombre con el conocimiento de su miseria, revuelve luego y casi lo resucita de muer-

89 Tit. 2, 14.
90 Mt. 12, 34.

te a vida, esforzando su confianza con la declaración de este sumo beneficio, mostrándole que muchos mayores motivos tiene en los méritos de Cristo para alegrarse y confiar, que en todos los pecados del mundo para desmayar.

Mas cuándo Nuestro Señor le concedió la luz y conocimiento de este misterio, adelante lo apuntaremos en su lugar.

§ [11=] 12. *Del don que tenía de consejo y de descripción de espíritus.*

A la facultad y oficio del perfeto predicador que aquí describimos, conviene tener, demás de lo dicho, don de consejo y de descrición de espíritus, por las muchas cosas de esta calidad que ocurren a él. Y éstos también tuvo este nuestro predicador muy enteramente. Por lo cual de muchas partes acudían a él a pedirle consejo y determinación de las dudas de sus conciencias.

Y por no faltar a tantas cartas que sobre estas materias se le escribían, usaba de esta providencia; que tenía en su aposento un ovillo hincado con clavos a trechos, en la pared, con los títulos de las personas y ciudades de donde le escribían; y así trabajaba por satisfacer a todos. Otros también acudían a él por oír alguna palabra de / edificación. Y por v.
este concurso tan continuo de diversas personas, dijo una persona discreta que este padre entre los siervos de Dios era como señor de salva por la mucha gente que con él negociaba y pendía de su consejo; porque de más de cien leguas venían a él para determinarse en el estado y manera de vida que tomarían; y él a unos aconsejaba que fuesen religiosos de tal o tal Orden, a otros que se casasen, a otros que tomasen órdenes sacros; y así a otros de otras maneras, según la información que le daban. Y con todas estas importunidades no sólo no se cansaba, mas antes, como solícito obrero, decía que ésta era la gloria del predicador, ofrecérsele materia en que pueda aprovechar. Y a veces, cuando acertaba a venir alguna persona, aunque fuese de baja suerte, estando él comiendo, se levantaba de la mesa a oírla; y a

los que de esto se maravillaban decía que él no era suyo, sino de aquellos que lo habían menester.

Mas aquí se ha de notar que ordinariamente en todas las preguntas de cosas graves siempre acudía a la oración, y la pedía también a la persona que pedía consejo; porque como prudente y visto en las Santas Escrituras, se acordaba que está escrito que *los pensamientos de los mortales son temerosos y sus providencias inciertas y dudosas.*[91] Y acordábase también de lo que Salomón dice, que *es grande la aflición del hombre porque ignora las cosas pasadas, y por ningún mensajero puede tener noticia de las venideras.*[92] Pues, como el prudente varón entendía esto, y conocía que el suceso de los negocios que se esperan está por venir, y éste nadie sabe cuál será, sino sólo Dios, por esto tenía por cosa peligrosa dar parecer en esto sin encomendarlo mucho a Nues-
f. 39 r. tro Señor, así por su parte / como del que este consejo pedía. Y para esto alegaba aquella muy celebrada sentencia del rey Josafat, el cual, viéndose en aprieto, hablando con Dios, decía: *Como no sabemos, Señor, lo que nos conviene hacer, sólo este remedio nos queda, que es levantar nuestros ojos a Vos.*[93] Acordábase también del yerro en que cayó Josué y los príncipes del pueblo cuando recibieron en su tierra los Sabaonitas; y la causa del yerro la señala la Escritura, diciendo que esta fue haberse guiado por su propio parecer, *sin haber consultado a Nuestro Señor.*[94] Pues como entendía esto el siervo de Dios, siempre quería que en negocios graves precediese el socorro de la oración.

Acaeció, pues, que un hombre le consultó sobre cierto negocio y no le agradó su respuesta. Mas el día siguiente, este hombre confesó y comulgó; y acabando de comulgar, estando recogido, sintió que interiormente le decían: «A Mí tu voluntad, y a mi siervo tu parecer; y esto no es engaño». Entendió el hombre esto, y otro día fue al padre a pedirle se determinase en lo que había de aconsejar, porque él venía determinado a cumplirlo; y no le dijo por en-

91 Sap. 9, 14.
92 Cf. Sap. 8, 8.
93 2 Par. 20, 12.
94 Jos. 9, 14.

tonces nada de aquel movimiento que había sentido su corazón, más después se lo vino a declarar.

Y como le había dado Nuestro Señor don de consejo, así le dio discreción de espíritus; de lo cual pudiera referir aquí algunos ejemplos, en los cuales declaró no ser cosas de Dios las que por tales eran tenidas; y así entendió que las cosas de Madalena de la Cruz eran del demonio; y esto determinó en tiempo que volaba su fama por todo el mundo; y, estando en Córdoba, nunca se pudo acabar con él que la fuese a ver. / v.

Acaeció también que una gran religiosa, por nombre Teresa de Jesús, muy conocida en esta nuestra edad por grande sierva de Dios, aunque al principio perseguida de muchos que no conocían su espíritu, viéndose tan acosada de algunos, acudió a uno de los señores inquisidores, dándole cuenta de sus cosas para que él las examinase. Más él respondió que al Santo Oficio principalmente pertenecía castigar las herejías que se les proponían; mas que la avisaba que en el Andalucía había un gran siervo de Dios, que era el padre Ávila, y de grande experiencia en las cosas espirituales; que le diese por escrito cuenta de toda su vida, y que se quietase con lo que él respondiese. Ella lo hizo así, y él, después de haber sido muy bien informado del caso, le respondió en una carta que se quietase y entendiese que no había en sus cosas engaño alguno, porque todas eran de Dios. Esta carta vi yo, y no se pone aquí por ser cosa muy larga y tratar de materias muy espirituales y delicadas, que no son para todos. / f. 40 r.

SEGUNDA PARTE

DE ESTA HISTORIA EN LA CUAL SE TRATA DE LAS VIRTUDES PERSONALES Y PARTICULARES DE ESTE PADRE

Hasta aquí habemos tratado, según nuestra rudeza, de las virtudes y facultades que dio Nuestro Señor a este siervo para el oficio de la predicación. Agora será razón tratar de las virtudes particulares de su persona. Y bien se me entiende que esta segunda parte había de ser la primera; pues la orden de las cosas pide que primero se trate de las virtudes de la persona, que de las que pertenecen a su oficio. Porque de esta manera procede la naturaleza en la procreación de las plantas, las cuales no dan fruto hasta estar crecidas y medradas en sí; ni los animales engendran luego en naciendo, sino después que han llegado a perfeta edad. Mas con todo esto no guardamos aquí esta orden, por ver que estas virtudes personales de que aquí queremos tratar, penden mucho de las que pertenecen al oficio; aunque, para decir la verdad, también éstas, en su manera, pertenecen a él.

§ 1. *De su oración.*

Entre los dones y gracias que Nuestro Señor reparte a sus siervos, se encuentra la de la oración, como lo declara el mismo Señor por el profeta Zaca-
v. rías / diciendo que *derramaría sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalén,* que es la Iglesia, *espíritu de gracia y de oración.*[95] Tuvo, pues, nuestro predicador este don; y fue maestro y predicador y encarecedor de esta virtud y de la necesidad que te-

95 Zach. 12, 10.

nemos de ella. La cual tenía por tan necesaria para alcanzar las virtudes, como la tierra de agua para frutificar; y por tal se juzgaba el profeta cuando se hallaba sin ella, y así, hablando con Dios, decía: *Mi ánima, Señor, está como tierra sin agua delante de Ti. Por tanto, Señor, óyeme muy apriesa, porque desfallece mi espíritu.*[96] Pues quien quisiere saber cuán encarecidamente encomienda nuestro predicador esta virtud, lea el capítulo 70 del *Audi, Filia*, y verá lo que este padre sentía de ella. Porque realmente ella es el fundamento de toda la vida espiritual, por tener por oficio pedir siempre la divina gracia, que es el ánima de esta vida. Y aunque los santos sacramentos, especialmente el del altar, sean tan poderosos para dar gracia; pero esto hacen cuando se reciben, que es a sus tiempos debidos; mas la oración es de todos los tiempos y horas, así del día como de la noche, y de todos los lugares. Y por esta causa y por otros muchos frutos que se siguen de esta virtud, la encomendaba este padre, así en sus sermones como en sus cartas, muy encarecidamente.

Y lo que él recomendaba a otros, mucho más lo tomaba para sí. Y así, tratando yo con él familiarmente esta materia, me vino a decir que en el mismo tiempo que predicaba, cercado de tantos negocios, tenía cada día dos horas de oración por la mañana y otras dos en la noche. Mas esta pagábalo el sueño; porque se acostaba a las once y despertaba a las tres de la madrugada; y así tenía / tiempo para esto. f. 41 r.
Mas después que por las muchas enfermedades, que luego contaremos, no continuaba tanto el oficio de predicador, el tiempo que quitaba a la predicación acrecentaba a la oración. Porque en esta disposición tenía esta orden, que toda la mañana hasta las dos de la tarde gastaba con Dios y en la Misa cuando la podía decir; y en este tiempo no admitía negocio alguno por importante que fuese. Mas desde las dos hasta las seis daba audiencia a los que a él venían. Y desde esta hora hasta las diez se recogía y trataba con Dios los negocios de su ánima y de las ajenas; y así eran sus vigilias muy continuas, llenas de dolores y gemidos por los pecados del mundo. Y decía muchas veces, y aun lloraba, viendo cuán pocas viu-

96 Ps. 142, 6-7.

das había en Naím que llorasen los hijos muertos; esto es, cuán pocos sacerdotes que gimiesen por tantas ánimas muertas en pecado. Y en estas vigilias entraban las del jueves y viernes. Ca decía él que quien se acostaba y podía acabarlo consigo de dormir toda la noche del jueves, habiendo sido preso en este día Nuestro Salvador y pasado tal noche, y el viernes, estando muerto, que no correspondía a la obligación de la grandeza de este beneficio. Exhortaba también a la meditación de esta sagrada Pasión, de la cual trató divinamente en el sobredicho libro de *Audi, Filia,* escribiendo allí cosas de grande ternura y devoción, y declarando los grandes y inestimables frutos que de esta santa meditación se coligen.

Acudían a él también muchas personas religiosas, y otros de diversos estados, a tratar con él cosas particulares de esta virtud. Y era cosa muy notable ver la satisfación con que se apartaban de su presen-
v. cia, glorificando a / Nuestro Señor por haberle dado tanta luz y discreción en estas materias, dando consejo y enseñando caminos de grande seguridad, y avisando de los peligros que en ellos puede haber.

Y es familiar consejo y dotrina suya que nos lleguemos a la oración más para oír que para hablar, y más para ejercitar los afectos de la voluntad que la especulación del entendimiento; antes me dijo él una vez que lo ataba como a loco para que no fuese parlero en la oración. Por donde en una carta que escribe a un sacerdote, le declara esto por una comparación, diciendo que «una cosa es hablar con el rey, y otra estar con acatamiento y reverencia en presencia de él»; y así, decía que «una cosa es hablar con Dios, y otra estar con este acatamiento y reverencia y una voluntad amorosa y temerosa delante de Él»; que es un modo fácil y devoto y aparejado para recebir particulares favores de Nuestro Señor, poniéndose el hombre como aquel hidrópico del Evangelio delante de Nuestro Salvador, esperando humildemente el beneficio de su salud.

§ 2. *De la modestia en su conversación.*

Como nunca un vicio anda solo, así no hay virtud que no traiga consigo otra virtud. Y así de la ora-

ción tan continua de este padre procedía la mesura y composición de su hombre exterior, y el modo de tratar de su persona. Porque no se podía hallar reloj más concertado y que más a punto diese / sus horas, f. 42 r.
que lo era su vida; antes me parece que había llegado en esto a tener una participación de la inmutabilidad de los bienaventurados. Porque, entre tanta variedad de negocios y de personas con quien trataba, nunca mudaba aquel semblante y serenidad de su rostro; la cual manifiestamente procedía del recogimiento y composición del hombre interior, que redundaba en el exterior. Porque a no tener tan firmes raíces dentro, fácilmente se alterara y mudara con la variedad de los negocios que se le ofrecían.

Acaeció estar una vez diez o doce días en el Colegio de los Padres de la Compañía de Jesús en Montilla, y nunca, en todo este tiempo, perdió esta su acostumbrada mesura y serenidad, imitando aquella modestia que el santo Job muestra que tenía, cuando dice que *la luz de su rostro no caía en tierra*,[97] queriendo sinificar que nunca perdía la gravedad y mesura de su persona por cosas que acaeciesen. Y como esto notase uno de los padres de aquel Colegio, pensó que esta mesura y gravedad conservara allí por darles buen ejemplo, y así lo dijo a uno de sus familiares discípulos. Mas él le desengañó, diciéndole que esto era perpetuo en aquel padre en todo tiempo y lugar; de modo que aun andando por casas, y lo que más es, estando enfermo en cama, siempre conservaba esta misma serenidad. ¡Tan grande era el hábito que de esto tenía adquirido!

¿Pues qué diré de la mesura de sus ojos? San Vicente, en el tratado de la *Vida espiritual*, aconseja al religioso que no extienda la vista más de cuanto ocupa la estatura de un Crucifijo. Esto parece que había leído este padre; a lo / menos así lo v.
guardaba, porque poco más que esto extendía comúnmente la vista de los ojos.

Acaeció también, estando en Córdoba, entrar con un padre amigo suyo en un jardín muy hermoso, donde había muchas cosas que mirar; mas como él no mudase el semblante y sosiego que solía tener,

97 Job. 29, 24.

díjole el padre que con él iba: «Mire V. R. esto, y mire lo otro». Al cual él respondió, con su acostumbrada mansedumbre: «No hace eso a mi caso». Esto dijo, porque, cuando quería levantar el corazón a Dios, no se ayudaba de esta consideración de las criaturas, teniendo el misterio de Cristo por más excelente motivo para esto. Porque si no podemos en esta vida conocer a Dios sino por sus obras, ¿qué obra más excelente que la sagrada Humanidad para venir por ella en conocimiento de la soberana Deidad? Mas los que no han recebido aún lumbre para conocer la alteza de este misterio, ayúdanse de la hermosura de las criaturas para levantar sus corazones al amor y conocimiento del Criador. Y así aconsejaba él a los que se dan a leer las Sagradas Escrituras, que señaladamente se diesen a la parte de ella que trata de este divino misterio, por la gran ventaja que ésta hace a todas las otras.

Mas volviendo a nuestro propósito, pensando yo cómo podría representar con palabras el semblante y honestidad que este padre tenía en su rostro, se me ofreció una comparación de los pintores, los cuales, teniendo una tablica en la mano, donde están diversos colores, algunas veces juntan tres o cuatro colores y hacen un tercero de todos, proporcionado a lo que quieren pintar. Pues así me parece que el semblante y mesura de este padre no representaba una
f. 43 r. sola virtud, sino una como / mixtura de otras; porque en él se veía una gravedad, no sola, sino acompañada con humildad, mansedumbre y blandura natural. Porque todo esto pudiera notar cualquier hombre prudente que lo mirara, pues está escrito: *Por la manera de la vista se conoce el hombre, y por la figura del rostro, el que es cuerdo y sesudo.*[98] Y en otro lugar dice Salomón que *como resplandecen en el agua los rostros de los que en ella se miran, así ven los varones prudentes los corazones de los hombres.*[99] Porque son nuestros ojos unas como vidrieras, por donde se taslucen mucho los afectos interiores de nuestro corazón.

Y no menos guardaba él esta modestia en sus palabras que en lo demás. Porque palabra de donai-

98 Eccli. 19, 26.
99 Prov. 27, 19.

re nunca se vio en su boca. Y así entendía él aquello del Apóstol, que dice: *Scurrilitas, quae ad rem non pertinet.*[100] La cual palabra glosaba él, diciendo que palabras de chocarrería no pertenecían a la gravedad del instituto de la vida cistiana. Su risa también era tal que, como se escribe de san Bernardo, más necesidad tenía de espuelas que de freno.

De lo dicho puedo yo ser buen testigo; porque si no lo conociera más que por algunas visitaciones, pudiera engañarme con lo que de presente veía; mas como la comunicación fue por muchos días, como al principio dije, usando de una misma casa y mesa, no puede dejar de maravillarme, viendo que en todo tiempo nunca ví en él en una hora más que en otra. Suelen los hombes comúnmente, acabando de comer, soltar la lengua en palabres alegres o risas. Mas yo nunca ví en él otro semblante que el que se ve en un hombre que sale de / una larga y devota oración. v. Lo cual no pudiera perpetuamente conservarse si no fuera por el recogimiento y unión interior que tenía siempre con Dios, con la cual procuraba tener siempre el horno de su corazón caliente, para que al tiempo del recogimiento no fuese menester mucha leña de consideraciones para meterlo en calor.

Pues esta mesura y composición del hombre exterior hacía que todos los que con él trataban le tuviesen una singular reverencia y acatamiento. Y no sólo éstos, sino todos los señores y prelados con quien trataba, le tenían un grande respeto; porque su rostro era un como sobrescrito que declaraba lo que en el hombre interior estaba secreto; por lo cual algunos decían: «Este hombre, con sólo verlo, nos edifica».

§ 3. *De la virtud de la pobreza.*

Cuán aneja sea la virtud de la pobreza a los predicadores evangélicos, claramente lo mostró el Salvador cuando envió a sus discípulos a predicar.[101] Por lo cual, como al principio dijimos, la primera cosa que nuestro predicador hizo cuando se dedicó a este oficio, fue dar toda la hacienda que de sus padres

100 Eph. 5, 4.
101 Cf. Lc. 10, 4.

había heredado a los pobres. Y demás ninguna cosa tuvo ni tomó todo el tiempo que vivió, sino unos pocos de libros y un recaudo para decir Misa. Y acordándose que aquel Señor, que él tanto amaba, murió en la cruz desnudo, de esto sólo que tenía hizo donación a un discípulo suyo por escritura pú-
f. 44 r. blica seis / años antes que falleciese. Y ofreciéndole canonjias y rogándole con ellas, y siendo llamado a la corte por la fama que corría de su vida y dotrina, siempre se excusó con humildad. Y aunque entendía que en la corte se podía hacer más fruto, por estar allí la fuente de la justicia y de todo el gobierno; pero él, de tal manera quería servir al provecho común, que no quería poner a peligro su recogimiento con el ruido de los muchos negocios que en la corte lo inquietarían, tomando él para sí el consejo que daba a sus predicadores, a los cuales solía decir: «No más hijos que leche, ni más negocios que fuerzas».

La hacienda con que se sustentaba era la fe y confianza muy firme que tenía en la Providencia paternal de Nuestro Señor. Y así, leyendo una vez, en Córdoba, a los clérigos, mostró una Biblia pequeña que consigo traía, y llegando a aquel paso del Evangelio en que Nuestro Señor dice: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás os será dado,*[102] dijo que había echado una raya en este lugar, y fiándose de esta palabra y promesa del Salvador, que jamás le había faltado cosa de las necesarias para la vida. Y en confirmación de esto, me dijo una vez que si un ginovés le diera una cédula en que esto le prometiera, se tuviera por bien proveído y seguro de que nada le faltaría, ¿pues cuánto más se debía fiar de la palabra y promesa del mismo Hijo de Dios, la cual es tan cierta, que, como el dice: *Antes faltará el cielo y la tierra que alguna de sus palabras?* [103]

Decía él también a un familiar dicípulo suyo, que había Nuestro Señor cumplido con él a la letra aque-
v. lla / palabra en que promete al que por Él dejare su hacienda, *ciento tanto más en esta vida,*[104] pues

102 Mt. 6, 33.
103 Mt. 24, 35.
104 Cf. Mt. 19, 29.

no solamente nada le había faltado, mas antes le había dado mucho más para ayudar y socorrer a muchas necesidades. Y así pudo él decir con el Apóstol: *Vivimos como pobres, pero enriquecimos a muchos.*[105] Porque era grande el cuidado que tenía de acudir a las necesidades de los pobres y de los hospitales. Y así fue el que dio calor a aquel solemne hospital que se hizo en Granada, junto al monasterio de San Hierónimo. Y demás de esto, todas las personas que se querían convertir o entregar al servicio de Nuestro Señor hallaron en él abrigo o remedio, no sólo para sus ánimas, sino también para sus cuerpos cuando era necesario. Y me acuerdo haberle enviado yo a Granada una de estas personas que se quería apartar del pecado, y él la recibió benignamente y la proveyó de lo necesario, porque para todo le favorecía Nuestro Señor, enriqueciendo aquella pobreza voluntaria que por Él había escogido.

Y no contento con esto, con ser pobre de espíritu, quería también ser pobre de cuerpo. Y por eso holgaba con la ropa pobre y vieja, y pesábale con la nueva. Por donde el Arzobispo de Granada, don Gaspar, mandaba a sus criados que le hurtasen el bonete o el manto viejo, y le pusiesen otro nuevo. Y una señora devota suya tuvo manera con que le hurtasen el manto viejo y le pusiesen otro nuevo. Y como él se levantase por la mañana y no hallase su manto, comenzó a decir: «Denme mi manto, denme mi manto». No hubo nadie que en esto le obedeciese, esperando vencerle con la necesidad; mas ni esto bastó; y siendo víspera de Navidad, se vistió una / sobrepelliz sobre f. 45 r.
la sotana vieja que traía, y de esta manera fue a las vísperas de la fiesta. Y como esto viesen, finalmente le volvieron su manto.

Preguntóle uno de sus familiares dicípulos cómo lo pasaba en Sevilla cuando comenzó a predicar y no era tan conocido como después lo fue. A esto respondió que moraba en unas casillas con un padre sacerdote, sin tener nadie que le sierviese; y cuando iba a decir misa, pedía alguno de los que allí se hallaban que le ayudase a la misa. Y cuanto a la comida, dijo que comía de lo que pasaba por la calle, leche, granadas y frutas, sin haber cosa que llegase

105 2 Cor. 6, 10.

al fuego; mas algunas personas devotas le hacían a veces limosna, con que compraba lo dicho.

Su celda y cama, y todo lo que había para su servicio, estaba todo dando olor de pobreza. Y tan amigo era de esta virtud, por acordarse de la pobreza en que el Salvador, que él tanto amaba, nació, vivió y murió, que deseaba grandemente pedir limosna de puerta en puerta como verdadero pobre, si no le fueran a la mano.

Decíale yo una vez que el bienaventurado san Francisco amó y encomendó tanto la pobreza por dos grandes bienes que hay en ella: el uno es cortar la raíz de todos los males, que es la codicia; y lo otro, porque contentándose el religioso con lo que es puntualmente necesario, lo cual a pocas vueltas se halla, queda libre y desocupado para emplearse todo en la contemplación de las cosas del cielo, como quien no tiene ya trato ni comercio con la tierra. A esto me respondió que no era ésta la principal razón de este glorioso padre, sino el amor grande y muy tierno que tenía a Cristo; y por esto viéndole nacer
v. y vivir tan pobre, que no tenía sobre qué reclinar / su cabeza, y sobre todo morir desnudo en cruz, que no podía él acabar consigo de vivir y morir sino de la manera que su querido y amado Señor vivió y murió.

§ 4. *De la virtud de su abstinencia.*

Hermana muy conjunta y familiar de la pobreza es la abstinencia, porque ni el pobre tiene manjares ricos, ni la abstinencia los consiente: y así se ayudan estas dos virtudes una a otra. La abstinencia de este padre era la que el Apóstol escogía para sí cuando dijo: *Teniendo alimentos y con qué nos cubramos, estamos contentos.*[106] Pues así él tomaba lo necesario para sustentar la vida, mas no para irritar la gula. Y cuando era convidado a comer fuera de su casa y veía algún manjar curioso, decía luego: «Traigan cocina, traigan cocina»; porque no quería más que el comer ordinario que bastase para sustentar las fuerzas que pide el oficio de la predicación. Y aun

106 I Tim. 6, 8.

en esto faltaba muchas veces, esperando más las fuerzas de la Providencia de Nuestro Señor, que de los medios humanos. Por lo cual, estando en Granada algo flaco y con necesidad de comer carne, la señora Marquesa de Mondéjar, viendo por una parte el fruto de sus sermones, y por otra, el impedimento de su flaqueza, decía que le habían de obligar a comer carne en Cuaresma, porque no se perdiese lo más por lo menos. A lo cual él respondió, estando yo presente, diciendo: «Que el predicador testificaba y predicaba que hay favores y / socorros de Dios sobrenaturales; f. 46 r. que es razón que testifique por la obra lo que dice con la palabra, fiándose en muchos casos de Dios, cuando de los remedios humanos se siguen algunos inconvenientes que tienen apariencia de mal, como es comer carne en Cuaresma quien predica la abstinencia de ella».

Ni en las comidas ordinarias decía: «quiero esto o lo otro», sino tomaba lo que le ponían delante, no siendo cosa muy curiosa, como ya dijimos. Acaeció una vez, estando cenando en un monasterio nuestro, que le pusieron primero un cierto manjar, y junto con él unas sardinas que él holgara de comer acabado el primer plato; mas un niño que servía a la mesa, inorantemente levantó este plato. Acudió entonces el padre con su acostumbrada mansedumbre, diciéndole: «Sea así como vos queréis». Esta palabra tan simple da bien en qué filosofar; porque declara cuán resignado estaba este padre y cuán sin voluntad, y tan ajeno de tener querer y no querer; pues no se atrevió a decir a un niño: «deja el plato». Porque, a ser hombre el que servía, no me maravillara tanto de no querer él dar nota de que tenía apetito de algo; mas guardar esta moderación con un niño, esto es lo que más admira.

Bebía el vino muy templado, y probábalo primero para ver si estaba bastantemente aguado, acordándose que san Agustín se acusa, como verdadero humilde, que estando muy lejos de toda embriaguez, alguna vez había excedido los términos de la templanza; por lo cual este siervo de Dios examinaba primero lo que había de meter en casa, para quedar perfectamente señor de sí y no faltar en sus estudios y ejercicios; porque, como / aconseja san Hierónimo, v.

después de comer pueda el hombre leer y orar. Mas en este tiempo aconsejaba él tener silencio, considerando que suelen los hombres desmandarse en palabras o porfias con el calor de la comida.

§ 5. *De la paciencia en las enfermedades.*

Pasemos de estas virtudes a otras de mayor dificultad y merecimiento, cual es la paciencia en las cosas arduas y dificultosas, en la cual se prueba la fineza de la virtud; pues no quiso Nuestro Señor que saliese su siervo de este mundo sin corona de paciencia, ni que caminase por otro camino que Él caminó, que fue de cruz. Y así diremos primero de la paciencia en las enfermedades, y después de la que tuvo en las injurias, que es aún de mayor perfición.

Comenzaron, pues, sus enfermedades poco después de los cincuenta años de su edad. Porque uno de los frutos que cogió del continuo trabajo de predicar, y más tan largos sermones y predicados con tan grande fervor y espíritu que hacía estremecer los corazones, fue estragársele todos aquellos miembros interiores que gobiernan nuestros cuerpos. Porque tenía el estómago muy perdido; y con esto, dolores de hijada y de riñones, y gota artética, con dolores agudísimos en las conjunturas de los brazos y piernas; y junto con esto recías calenturas.

Dijo él a un familiar discípulo que lo curaba, que
f. 47 r. le iba mejor con los dolores, con ser tan recios, que / con las calenturas. Lo uno, y más principal, porque Nuestro Salvador padeció dolores; y lo otro, porque la calentura le ocupaba muchas horas del día, y lo recio de los dolores duraba como seis horas y pasadas éstas, podía rezar y leer y dar audiencia a los prójimos que venían a aconsejarse con él. Y por esto solía el llamar a las calenturas impedimentos o estorbos; no haciendo caso del trabajo que daban sino del tiempo que ocupaban, con que impedían los buenos ejercicios, teniendo esto por mayor mal que el dolor. Y solía él decir en lo más recio de los dolores y de las enfermedades: «¡Señor, más mal, y más paciencia!» Un día estuvo apretadísimo y muy angus-

tiado con los dolores, y decía: «¡Ah Señor, que no puedo!» En este tiempo se le aplicaban remedios de medicina, y rezaban los que allí estaban la letanía, y el dolor no cesaba. Y decía a los que presentes estaban: «Hermanos, esto ha de ser así hasta que Nuestro Señor quiera». Pasado este aprieto, dijo él a uno de sus familiares dicípulos que una noche tuvo un aprieto como éste, y los hermanos que le servían andaban muy cansados, y así estaban durmiendo, y la lumbre se había apagado, y creciendo todavía el angustia, por no despertar a los que le servían, pasaba su trabajo a solas. Y vencido por la fuerza del dolor, pidió a Nuestro Señor se lo quitase, y luego durmió un poco y despertó sin dolor y sin angustia. Dijo entonces a uno de sus dicípulos: «¡Oh, qué bofetada me ha dado Nuestro Señor esta noche!» Palabra es ésta mucho para notar, y lenguaje que no entenderá la carne y la sangre; mas entendíalo este varón de Dios, porque conocía el valor y mérito de la paciencia en los dolores, y veía que con su petición había perdido parte de este me- / recimiento; v. y junto con esto reconocía que Nuestro Señor le había humillado y dado conocimiento de su flaqueza, pues rehusó como flaco llevar la carga. Y filosofando sobre esta materia, dijo un día, cuando le apretaban estas enfermedades: «Tan admirable es Dios con el enfermo al rincón, como con el predicador en el púlpito».

Y quien quisiere saber qué tanto tiempo duraron estas tan graves enfermedades, sepa que duraron por espacio de diecisiete años. Cosa es ésta que me ha puesto grande admiración, y dádome a entender cuánto agradan los trabajos llevados con paciencia a Nuestro Señor; pues habiendo este siervo suyo trabajado tantos años en oficio tan agradable a Dios, como es la predicación, y ganado tantas ánimas, y criado y enseñado tantos discípulos, y fundado tantos estudios, trabajando días y noches, y ganando tantas coronas cuantas ánimas sacó de pecado, a cabo de tantos merecimientos, cuando en su vejez hubiera de descansar de tantos trabajos, le proveyó Nuestro Señor de otros muchos, mayores que los pasados; pues en aquellos había gustos y consolaciones, y en estos gravísimos dolores. Por lo cual entiendo

cuán grande sea el mérito de los dolores; pues tan a manos llenas hinchió Nuestro Señor a éste su siervo de ellos. Séneca prueba que los trabajos y infortunios de esta vida no son malos, por haberlos padecido Catón, que él tenía por virtuoso. Pues, según esto, ¿con cuánta mayor razón probaremos lo mismo, pues tanta parte de trabajos dio Nuestro Señor a éste tan grande siervo suyo?

No consiente Dios que su gracia y sus dones estén ociosos. Los mercaderes no quieren tener su dinero muerto en el arca, donde nada gana, sino negocian
f. 48 r. y tratan con / él para acrecentarlo. Pues conforme a esto, donde Nuestro Señor ve que hay mucho caudal de gracia, procura darle materia en que se emplee; y no hay materia de mayor ganancia que las tribulaciones llevadas con paciencia; pues, como el Apóstol dice: *Las tribulaciones de esta vida, que duran un momento, nos son materia de un eterno y incomprehensible galardón.*[107]

Y entre innumerables ejemplos que de esto hay, no es el menor el de san Lorenzo mártir, el cual, después de tres veces azotado con cruelísimos y diversos azotes, diciendo él: «¡Oh buen Jesús, recibe mi espíritu», oyó una voz de lo alto, que le dijo. «Aún muchas batallas te quedan para pelear». Dijo esto el Señor porque entendía tener el santo mártir fortaleza y gracia para padecer más; y porque no perdiese él este acrecentamiento de su corona, le ofreció materia de más paciencia. Y el argumento y prueba de ser ésta la causa de los trabajos que Nuestro Señor envía a sus siervos, es la paciencia y contentamiento que tienen con ellos; porque el piadoso Señor que provee lo uno, provee también lo otro, como lo vemos en este su siervo.

Mas, sobre todo lo dicho, es de notar que en medio de tantas enfermedades no dejaba él de ayudar las ánimas en todo lo que podía, haciendo exhortaciones en monasterios de monjas, de quien tenía particular cuidado por ser esposas del Señor, consolando y enseñando a muchas personas las cosas necesarias a su salud, escribiendo muchas veces cartas espirituales, en que le dio Nuestro Señor tanta gracia y dicreción de espíritu, que era única medicina para

107 2 Cor. 4, 17.

cualquier suerte de necesidades espirituales y trabajos una carta de su mano; tanto era la gracia y espíritu / y eficacia con que sabía consolar y dar ánimo v.
a quien tenía necesidad de consuelo.

Estas, pues, eran sus ocupacione en medio de sus enfermedades y dolores. Ni se contentaba con esto; mas también cuando venía alguna fiesta grande, particularmente del Santísimo Sacramento, o de Nuestra Señora, de las cuales solenidades era devotísimo, luego se levantaba de la cama, dándole fuerzas aquel Señor que le daba la enfermedad; y predicaba de ordinario ocho sermones, uno en cada día de la octava del Santo Sacramento, y esto con tan buena disposición corporal, que parecía del todo sano; mas luego, pasados los ocho días, volvía como de antes a la misma enfermedad; y esto duró muchos años; y en particular fue más notable su fervor y eficacia en los sermones en lo último de su vida.

§ 6. *De la paciencia en las injurias.*

Y aunque este linaje de paciencia sea de grande merecimiento, otro hay de mucho mayor, que es la paciencia en las injurias. Y por esto no quiso Nuestro Señor que éste su siervo perdiese esta segunda corona de más alta paciencia. Y así lo quiso sellar con su sello, dándole a beber el cáliz que Él bebió cuando dijo: *No es mayor el siervo que su Señor. Si a Mí persiguieron, a vosotros perseguirán; y si calumniaron mis palabras, también calumniarán las vuestras.*[103]

Y así acaeció a este padre; pues sus palabras fueron calumniadas y denunciadas en el Santo Oficio, diciendo de él que cerraba la puerta de la salvación a los ricos, y otras cosas de esta / calidad. Por lo cual f. 49 r.
los señores inquisidores de Sevilla mandaron que estuviese recogido hasta averiguarse su causa. Era entonces vivo el maestro Párraga, regente de nuestro Colegio de Santo Tomás, persona a quien autorizaban mucho letras, edad y santidad. Este, pues, conociendo la virtud y santidad de este padre y el grande fruto que hacía con su dotrina, me contó que le aconsejaba muy ahincadamente que tachase los tes-

108 Cf. Jo. 15, 20.

tigos que habían depuesto contra él; alegando que, como un hombre en su legítima defensión puede matar a su agresor, así puede tachar los testigos que la infaman. Mas ni con esta razón ni con otras pudo acabar con él esto, alegando que estaba muy confiado en Dios y en su inocencia, y que ésta le salvaría; pues Dios Nuestro Señor, como dijo san Agustín, «no ama y desampara», mayormente en el tiempo de la tribulación; antes dice Él en el psalmo, hablando con el justo: *Con él estoy en la tribulación: librarlo he y glorificarlo he.*[109]

Lo cual a la letra cumplió con este su siervo, el cual salió de aquella calumnia más probado y acreditado, ordenando los señores inquisidores que predicase un día de fiesta en la misma iglesia donde antes predicaba, que era en San Salvador, iglesia grande y colegial de Sevilla; y en apareciendo en el púlpito comenzaron a sonar las trompetas, con grande aplauso y consolación de la ciudad. Mas él, por cumplir lo que el Salvador nos aconseja, comenzó el sermón exhortando a los oyentes a que hiciesen oración por los que le habían calumniado.[110]

Mas en el tiempo de este entretenimiento, ni este padre estuvo ocioso, ni Nuestro Señor olvidado de él, pues es tan cierta condición suya consolar a los
v. que por su / amor padecen trabajos, de tal manera, que *a la medida de las tribulaciones* reparte *las consolaciones*, como dice el psalmo.[111] Y así, tratando una vez familiarmente conmigo de esta materia, me dijo que en este tiempo le hizo Nuestro Señor una merced que él estimaba en gran precio, que fue darle un muy particular conocimiento del misterio de Cristo; esto es, de la grandeza de esta gracia de nuestra redempción, y de los grandes tesoros que tenemos en Cristo para esperar, y grandes motivos para amar, y grandes motivos para alegrarnos en Dios y padecer trabajos alegremente por su amor. Y por eso tenía él por dichosa aquella prisión, pues por ella aprendió en pocos días más que en todos los años de su estudio. En lo cual vemos haber hecho Nuestro Señor con este su siervo una gracia muy semejante a la

109 Ps. 90, 15.
110 Cf. Mt. 5, 44.
111 Cf. Ps. 93, 19.

que hizo al profeta Hieremías. Porque estando, por la verdad que predicaba, preso, le consoló Nuestro Señor en la cárcel con una gloriosísima y muy alegre revelación, diciéndole: *Llámame y oirte he, y revelarte he muy grandes y verdaderos misterios que tú no sabes.*[112] Porque allí le reveló la reparación de Hierusalén después del cautiverio de Babilonia, y la renovación del mundo por la venida de Cristo, declarándole todo esto, en el capítulo 33, por grandes y magníficas palabras. Pues de esta manera consoló Nuestro Señor a este su siervo estando preso, dándole especial lumbre y conocimiento del misterio de nuestra redención, que es la más alta filosofía de la Religión cristiana.

Ni faltaron después de ésta otras persecuciones y emulaciones; porque no de valde dijo el Salvador: / f. 50 r. *Si al padre de la familia llamaron Belcebub, ¿cuánto más a los de su casa?*[113] Y si la *envidia* tanto persiguió a este Señor, que lo trajo a la muerte, como Pilato lo entendió,[114] ¿qué maravilla es perseguir ella a los suyos? No sin causa dijo Séneca: *Si nullos tibi inimicos facit injuria, multos facit invidia.* Quiere decir: «Si estás libre de enemigos porque a nadie hiciste injuria, no faltarán otros que lo sean por envidia». Así, pues, le sucedió a este siervo de Dios; ca viendo algunos predicadores la fama y el grande concurso con que sus sermones eran oídos, y viéndose a sí más olvidados, teniendo por injuria propia la prosperidad ajena, eran muy molestados de este gusano, el cual roe las entrañas de donde procede como víbora que rompe los hijares de la madre de donde nace. De estas contradicciones padeció este padre muchas, mayormente en el principio de su predicación, hasta que finalmente, con la prueba y fineza de su virtud, venció la envidia. Mas nunca por estas contradiciones perdió la paz y serenidad de su ánima, que siempre conservaba; y no sólo no habló palabra alguna contra sus émulos, mas antes procuraba por todos los medios que podía aplacarlos y sacarles aquella espina del corazón. Mas con esto que ellos hacían para dañar, daban a este padre materia para

112 Ier. 33, 3.
113 Mt. 10, 25.
114 Cf. Mt. 27, 18.

merecer; porque sabía él, como quien tantas veces lo había escrito y predicado, ser propio de los hijos de Dios hacer de las piedras pan, y medicina de la ponzoña, y crecer en la virtud con lo que otros descrecen. Y así declaró él a uno de sus familiares dicípulos el provecho que estas contradiciones habían
v. causado en su ánima. /

§ 7. *De la devoción que tenía a Nuestra Señora.*

Como este padre era tan amigo del Cordero, así también lo era de la Oveja que lo parió y crió. Quiero decir, que como era tan amigo del Hijo, así lo era de la Madre. Ca es tan grande la unión y liga que hay entre Hijo y Madre, que quien ama mucho al uno ha de amar mucho al otro; pues la carne del Hijo es tomada de la misma sustancia y carne de la Madre; que forzadamente quien mucho ama al Hijo ha de amar mucho a la Madre. Y por aquí entendía la alteza y dignidad de esta Señora, filosofando y haciendo argumento de la dignidad del Hijo para conocer la de la Madre. Porque engrandece la fe católica y toda la teología la humanidad de Cristo Nuestro Señor sobre todo lo que pueden hombres y ángeles comprender. Porque ya que Dios se quiso abajar a tomar nuestra humanidad, tal había de ser ella, que no fuese deshonra, sino grandísima gloria hacerse tal hombre cual se hizo. Pues por aquí también entendemos la dignidad y excelencia de la Madre; porque ya que este Señor quiso tener Madre de que naciese, tal había de ser la Madre, que no fuese deshonra, sino grandísima gloria suya ser Hijo de tal Madre.

Entendía, pues, esto muy bien nuestro predicador, y así era grande la devoción que a esta Señoría tenía. La cual se le parecía bien en la ternura y devoción de los sermones que de ella predicaba. Y aquí cabe decirse una cosa que declara más en particular esta su devoción. Pidiéronle, estando en Granada, que en un sermón encomendase al pueblo ayudase con sus
f. 51 r. limosnas / a la fábrica de la iglesia mayor que entonces se comenzaba, con advocación de Nuestra Señora. Y entre otras razones y persuasiones dijo: «Yo iré

allí, y tomaré una piedra sobre mis hombros para poner en la casa que se edifica a honra de la Madre de Dios». Y dio Nuestro Señor tanta eficacia a esta y otras palabras que sobre esto dijo, que se allegó una copiosísima limosna, mayor de lo que se puede encarecer. Y los pobres que no tenían dinero, vendían en almoneda sus cosas para dar limosna a esta obra. Y todas las veces que la encargó fue ayudada de muchos con mucha largueza.

Aconsejaba siempre y predicaba con maravilloso fervor esta devoción. A las doncellas, aconsejando virginidad y pureza; y así muchas, por su medio, dejaron el mundo, siendo grandes en estado, y hicieron voto de castidad; y otras entraron en religión.

Aconteció en Sevilla que un hombre principal, estando muy tentado de matar a su mujer, por celos que tenía, fue a hablar con este varón de Dios y a tomar con él parecer; y fuéronse a una iglesia que estaba cerca, y oyóle todo lo que tenía que decir en este caso, y después de muchas razones, no estando esta persona convencida, le dijo: «Mucho me duele que os aprovechen tan poco los consejos que os doy; y pues todavía quedáis tan fatigado, os ruego os vais delante de aquella imagen de Nuestra Señora que está allí, y le supliquéis os remedie en tan gran aflición como tenéis». Y esta persona lo hizo así, y sintió luego en su corazón remedio y alivio en su trabajo; y fue luego a decírselo a este padre y ambos glorificaron a Dios por esta merced que les había hecho en habelle librado de esta tan grande aflición y engaño que tenía de su mujer. / v.

§ 8. *De la devoción que tenía al Santísimo Sacramento del altar.*

Declaramos poco antes la especial lumbre y conocimiento que este padre tenía del misterio de Cristo. Pues la misma luz y gracia que Nuestro Señor le dio para el conocimiento del Santísimo Sacramento del altar. Y no es esto de maravillar, por ser tan vecinos entre sí estos dos Misterios, pues el mismo Señor que fue sacrificado en el monte Calvario es el que se sacrifica en la Misa. Y así era admirable la

devoción y reverencia que este varón de Dios tenía a este divinísimo Sacramento, la cual crecía con las consolaciones y gustos que con este pan celestial recibía. Y aunque ambos misterios eran para él de grande edificación y consolación, pero del primero tenía fe, aunque muy viva; mas del segundo, juntamente con la fe, tenía gusto y experiencia, por las grandes y cotidianas consolaciones y favores que con él recebía. Los cuales eran tales, que predicando una vez, dijo que por la gran experiencia que tenía de la virtud y efetos que este divino Sacramento obra en las almas, no sólo no le era dificultosa la fe de este divino misterio, sino antes muy fácil y suave. Y como sea verdadero el común proverbio que «cada uno cuenta de la feria como le va en ella», como a él iba tan bien con el uso de este Sacramento, así predicaba de él cosas altísimas y con grande espíritu.

Y no contento con las alabanzas de la viva voz, escribió también más de cien pliegos de escritura
f. 52 r. sobre el Evangelio de esta / fiesta tan gloriosa, los cuales están en poder de uno de sus muy familiares discípulos.

Mas no se contentó él con comer este bocado a solas, sino partiólo con todos sus hermanos. Quiero decir que predicó muchas veces encomendando la frecuencia de la sagrada comunión y esto en tiempo que no la había en la tierra. Por lo cual padeció muchas persecuciones y contradiciones, así de los perlados como de otras personas que extrañaban este negocio; no porque él fuese nuevo, pues nació con el mismo Evangelio, en tiempo de los Apóstoles, sino porque la malicia y negligencia de los hombres había hecho nueva la cosa más antigua y más provechosa de toda la Religión cristiana. Mas como él no se movía por el sentido del mundo, sino por el espíritu de la verdad que en su corazón moraba, fiado de él, se opuso contra todo el torrente del mundo, teniendo por dichosas las tempestades que por esta causa contra él se levantaron.

Y demás de esto, para despertar la devoción de los fieles, predicaba todos los ocho días de las octavas de su fiesta, como arriba dijimos, y procuraba que la procesión de este día se hiciese con mucha solemnidad.

Y demás de esto, estando en Granada, predicaba todos los jueves en el sagrario de la iglesia mayor, adonde acudía mucha gente, con ser día de trabajo.

Y para mayor acrecentamiento de esta devoción, escribió cartas a los Sumos Pontífices, suplicándoles ordenasen que todos los jueves del año se rezase de santo Sacramento.

Y a los sacerdotes hacia pláticas familiares, declarándoles la devoción y reverencia con que se habían de aparejar para celebrar.

Y a los que de ésto[s] eran predicadores o discípulos suyos, aconsejaba / que exhortasen en sus sermones v.
a la frecuencia de este Sacramento, y por este medio se vinieron a ganar y remediar muchas almas. Y así a él como a todos los suyos hizo Nuestro Señor por aquí grandes mercedes. Mas de tal manera exhortaba él a esta frecuencia, que se tuviese respeto a la vida y costumbres y aprovechamiento de los que lo frecuentaban, y que conforme a esto el prudente confesor alargase o estrechase la licencia para comulgar, como parece por las cartas que él escribió a algunos predicadores sobre esta materia, llenas de prudencia y discreción, como quien tanta experiencia tenía de estas cosas.

Decía él Misa con tantas lágrimas y devoción, que la ponía a los que la oían. Y con decirla de esta manera, dijo una vez a uno de sus discípulos: «Deseo decir bien Misa un día». Y otra vez dijo al mismo, que cuando acababa de recebir a Nuestro Señor en la Misa, no quisiera abrir la boca. Esto puede interpretar cada uno como le pareciere. San Bernardo dice que «la boca es un instrumento muy aparejado para vaciar el corazón»: y por ventura lo diría por esto, deseando atapar la boca del horno para que el fuego de amor, que con este Sacramento se enciende, no saliese a fuera: o también diría esto por parecer a su devoción ser cosa indigna que entrase otra cosa por la boca por donde Dios entró. Decía también que toda su vida deseó morar en una casa que tuviese una ventana para el Santísimo Sacramento. Este deseo era efeto propio del amor, el cual en ninguna parte huelga más que donde está la presencia de la cosa amada. Agora le habrá Nuestro Señor cumplido más enteramente este deseo, pues le verá faz a faz.

f. 53 r. Y si tanto se alegraba / viéndolo debajo del velo que acá se nos muestra, ¿qué será mirado sin velo en su misma gloria y hermosura?

Decíale una vez uno de sus familiares dicípulos: «Señor, ¡si fuera Hierusalén de cristianos, para que nos fuéramos poco a poco allá a vivir y morir en aquellos lugares santos, donde el Salvador obró nuestra redempción!». Oyendo él esto, con su acostumbrada serenidad respondió: «¿No tenéis ahí el Santísimo Sacramento? Cuando yo de él me acuerdo, se me quita el deseo de todo cuanto hay en la tierra».

Este lenguaje no es para todos, sino para aquellos a quien Nuestro Señor ha dado especial gusto de este pan celestial, y particular lumbre para conocer la grandeza de la caridad que el Salvador nos mostró en él, queriendo aquella soberana Majestad que beatifica los ángeles en el cielo, morar con los pecadores en la tierra, y aposentarse dentro de nuestros cuerpos y ánimas para santificarlas y hacerlas semejantes a Sí en la pureza de la vida, y después en la alteza de la gloria. Pues el que esto conoce, no sólo por fe viva, sino también por experiencia y particular lumbre del Espíritu Santo, no es maravilla que el tal hombre dijese que acordándose de este divinísimo Sacramento, se le quitase el deseo de todo cuanto hay en la tierra.

Y era tan grande el deseo que tenía de recebir cada día este pan de los ángeles, y como por las grandes enfermedades y flaquezas que padecía tenía necesidad de comer algo a las dos o a las tres de la mañana, procuró Breve de Su Santidad para poder comulgar antes de estas horas. Y este Breve le alcanzó el padre Salmerón del Papa Paulo IV, año de 1558,
v. informando a Su Santi- / dad de los méritos y enfermedades de este siervo de Dios; en el cual le concedió que después de las doce de la medianoche que pudiese decir Misa, o comulgar de mano de otro que la dijese.

Finalmente, era tan grande la devoción que tenía a este divinísimo Sacramento, que tomó por un linaje de recración y alivio de su enfermedad escribir cosas devotísimas de él. Y como tenía singular devoción a este Sacramento, así la tenía al misterio de Cristo y a su Santísima Madre, como ya dijimos, diciendo

que, aunque toda la vida quisiese escribir de estas tres cosas, nunca le faltaría materia para ellas. Y lo mismo decía del Espíritu Santo; porque como él experimentaba tan a la continua los efectos y influencias de Él en su ánima, de aquí también le procedía grande devoción para con Él, y que ésta también le daría motivo para que nunca le faltase qué decir, así de este divino Espíritu como de las otras cosas susodichas. Porque la devoción, como dicen los Santos, es lengua del ánima; y así vemos que cuando ella está devota, sabe decir cosas muy devotas y cordiales a Ṇuestro Señor; lo cual no sabe hacer cuando no lo está. Por donde no es maravilla que teniendo este padre tan grande devoción a estas cosas susodichas, ella le diese siempre materia que poder decir de ellas. / f. 54 r.

TERCERA PARTE

[DEL FRUTO DE SU PREDICACIÓN, Y MEDIOS CON LOS CUALES SE CONSIGUIÓ]

Capítulo IV

De la predicación de este siervo de Dios, y del fruto que con ella hizo

Del varón justo se escribe que *será como el árbol plantado par de las corrientes de las aguas, el cual dará su fruto en su tiempo y nunca le faltarán las hojas, y en todo lo que hiciere será prosperado.*[115]

Veamos, pues, agora qué fruto dio nuestro árbol plantado par de las corrientes de las aguas de las santas Escrituras, y criado con la lluvia de la gracia, y con el aire y soplo del Espíritu Santo, y cultivado con la labor y ejercicio de las virtudes. Porque llegado a esta perfeción y aprovechado en sí, es razón que comience a dar fruto y aprovechar a los otros.

Y tomando este negocio desde el principio de su predicación es de saber que deseando este padre emplear sus fuerzas y letras en servicio de Nuestro Señor y edificación de las ánimas, parecióle escoger para esto el lugar donde hubiese más trabajo y más necesidad, y menos honra y aplauso del mundo, y así le pareció que debía navegar a las Indias. Para lo cual se le ofreció comodidad, juntándose con el Obispo de Tascala, que lo quería llevar consigo a
v. las / Indias. Vino, pues, para esto a Sevilla, y estaba allí esperando tiempo y aparejándose para la navegación. Mas Nuestro Señor, que lo tenía escogido para otro lugar, y que muchas veces declara su voluntad imposibilitando la nuestra impidió esta jornada por una nueva manera. Porque los días que estaba aguardando por tiempo para su viaje, yendo cada día a decir misa a una iglesia, decíala con tanta devoción y reverencia y con tantas lágrimas, que oyéndola el

115 Ps. 1, 3.

padre Contreras, persona de mucha reputación y virtud, movido con esta ocasión, comenzó a comunicarle y querer saber de él el intento que tenía. Y conocido su propósito, trabajó por apartarle de él, diciéndole que harto había que hacer en el Andalucía sin pasar la mar.

Mas como él no quería desistir de su propósito ni faltar a la compañía, acudió el dicho padre al señor don Alonso Manrique, Arzobispo de Sevilla y inquisidor general, dándole noticia de la persona y del fruto que podía de ella esperar en este su arzobispado, persuadiéndole que le mandase llamar y obligase por obediencia a quedar en él. Llamado, pues, el padre, alegando lo que arriba está dicho, y excusándose todo lo posible, después de muchas razones, finalmente, el Espíritu Santo, que por los Pontífices declara muchas veces su voluntad, de tal manera se aficionó a este padre, que le mandó por precepto de santa obediencia, que se quedase en su arzobispado, y así se quedó. Y luego le mandó que predicase; y aunque él se excusó, como nuevo en aquel oficio, todavía lo hubo de hacer. Y el sermón fue en la iglesia de San Salvador, día de la Madalena, asistiendo allí el Arzobispo con otra gente principal; y fue éste el primer sermón que predicó. / f. 55 r.

Contó después el padre a uno de sus discípulos que se había hallado muy apretado antes que subiese al púlpito, y muy ocupado con vergüenza. Y como así se viese, levantó los ojos a un Crucifijo que allí estaba, diciendo estas palabras: «Señor mío, por aquella vergüenza que Vos padecisteis cuando os desnudaron para poneros en la Cruz os suplico que me quitéis esta demasiada vergüenza y me deis vuestra palabra para que en este sermón gane alguna ánima para gloria vuestra». Y así le fue concedido. Y dijo después el padre a uno de sus discípulos, que había sido éste uno de los grandes sermones que había predicado y de más provecho; y así dejó a los oyentes grandemente maravillados, viendo el espíritu y fervor con que predicó.

Comenzó, pues, a predicar con este mismo fervor como siempre solía, y así movía grandemente los corazones de los que le oían. Aquí se llegó a él el padre Contreras, de que arriba hecimos mención, y

algunos clérigos virtuosos que trataron familiarmente con él y se aprovecharon de su dotrina. Predicaba también en los hospitales y seguíale mucha gente. Comenzó también a dar orden en las escuelas de los niños y a predicar la Dotrina cristiana por las plazas; y en este oficio perseveró en Sevilla por algún tiempo.

Mas porque los predicadores son *nubes*, como los llama Esaias,[116] que andan regando diversas tierras doquiera que la voluntad del sumo Gobernador los encamina, como se escribe en Job;[117] de Sevilla pasó a otros lugares del mismo arzobispado, como fue Alcalá de Guadaira, Jerez, Palma y Écija; gastaría nueve años predicando en estos lugares, comenzando
v. él su predicación de los / veintiocho o treinta años de su edad, y en todos ellos con notable fruto y aprovechamiento y llamamiento de muchos, por muy duros que fuesen. Un día oíle yo encarecer en un sermón la maldad de los que, por un deleite bestial, no dudaban en ofender a Nuestro Señor, alegando para esto aquel lugar de Hieremías: *Obstupescite coeli super hoc*, etcétera.[118] Y es verdad, cierto, que dijo esto con tan grande espanto y espíritu, que me parecía que hacía temblar las paredes de la iglesia. Y sería larga cosa de explicar el fruto que con sus sermones se hacía, aunque adelante trataremos algo de esto en particular.

Después de estos lugares susodichos, vino a Córdoba en tiempo del Obispo don Fray Juan de Toledo, y continuó allí su predicación por muchos días con grande concurso de oyentes y satisfación de todos. Y tendida la red del Evangelio, entraron muchos peces en ella de diversas personas, así de caballeros y clérigos, y de otras personas de menor calidad. Y estuvo también allí en tiempo del Obispo don Cristóbal de Rojas, y por su consejo ordenó de allí un Colegio de clérigos virtuosos, para que de allí saliesen a predicar por los lugares vecinos.

En este tiempo se celebró un sínodo en esta ciudad, en el cual predicó a solos los clérigos apartadamente, a los cuales deseaba él más aprovechar que a

116 Cf. Is. 60, 8.
117 Iob. 37, 12.
118 Ier. 2, 12.

todos los otros, por ser ellos los ministros de los sacramentos y de la palabra de Dios; y con este ardor y deseo les predicó con tan grande fervor y espíritu, que hubo entre ellos muchas mudanzas. Porque unos se determinaron de mudar la vida, y otros de seguir a él y entregarse a él por sus discípulos; y a otros que parecían personas de ingenio, / envió f. 56 r.
a estudiar a Salamanca. Los cuales, acabados sus estudios, y volviendo al padre después de aprovechados con su dotrina y compañía, enviaba a predicar y confesar a diversas partes. Y éstos fueron muchos y de mucho provecho.

En este tiempo ordenó él que en aquella insigne ciudad de Córdoba, afamada de grandes ingenios, hubiese lección de Artes y Teología; y él proveyó de lectores a los dicípulos que tenía; y duró esto hasta que los padres de la Compañía de Jesús fundaron allí un Colegio, los cuales sucedieron en este oficio. Y en este tiempo él leía en las tardes una lección de la Sagrada Escritura, con grande concurso y aprovechamiento de los oyentes. Y era muy notable lo mucho que en esta ciudad trabajaba y lo mucho que lucían sus trabajos.

§ 1. *De cómo predicó en Granada.*

De Córdoba fue a Granada, en tiempo de don Gaspar de Avalos, Arzobispo que era de Ganada, gran Perlado y siervo de Dios. En esta ciudad parece que le renovó Dios su espíritu; porque cebado con el fruto que se había hecho en Córdoba y en otros lugares, y cobrando nueva esperanza con la virtud y santidad del prelado de aquella ciudad, se ofreció de nuevo al trabajo de la predicación. Al principio de ella, entendiendo el buen pastor la excelencia y eficacia de su dotrina, se alegraba de cómo Dios le había dado tal ayudador para descargo de su obligación. Y luego lo aposentó en un cuarto apartado de su misma casa; y de su consejo se ayudaba en todas / las cosas v.
de importancia.

Comenzó, pues, aquí este padre a predicar con nuevo fervor y espíritu, y así respondió el fruto al trabajo; porque aquí se ofrecieron muchos a ser sus

dicípulos; y particularmente se hizo gran provecho en los maestros y doctores del Colegio de esta ciudad, del cual hubo muchos que trataron familiarmente con él, aprovechándose de su dotrina y profesando nueva vida. Y como la ciudad de Granada es tan grande, y hay en ella mucha clerecía y muchos estudiantes, así hubo muchos de éstos aprovechados con su dotrina. A lo cual también ayudaba la religión y santidad del Perlado, que favorecía mucho todas las cosas de virtud; y ayudaba también el ejemplo de muchas personas que se habían señalado en la virtud con la dotrina que oían. Y florecía con esto la frecuencia de los sacramentos. Y de los discípulos había algunos más familiares que comían con él a su mesa en un pequeño refitorio que tenía.

Y hízose también aquí un Colegio de clérigos recogidos para servicio del arzobispado, y otro de niños para enseñar la Dotrina cristiana. Y pudiera referir aquí las personas insignes que fueron tocadas de Nuestro Señor, que después fueron doctores en Teología y muy útiles a la Iglesia con su ejemplo y dotrina; y por ser muchos de ellos vivos, no me pareció referir aquí los nombres de ellos. Y porque en esta ciudad sucedieron prósperamente estas y otras cosas semejantes, alegrándose el padre del fruto de sus trabajos, cuando nombraba esta ciudad la llamaba él «mi Granada», por haber allí lucido tanto su trabajo; porque parece que la mano de Dios en-
f. 57 r. trevenía en este negocio, favoreciendo a este su / fiel siervo, que día y noche no pensaba ni trataba sino de amplificar su gloria.

Viendo, pues, el religiosísimo Arzobispo el fruto que se hacía en su Iglesia con la dotrina de este padre, insistía mucho en tenerlo siempre consigo, así para su consejo como para el bien de las ánimas, y así le decía: «Hermano Maestro, estaos aquí con nos; mirad que aquí servís mucho a Nuestro Señor». A lo cual él respondió: «Reverendísimo señor, todo lo que Nuestro Señor fuere servido haré, como es razón». Mas no contento el Arzobispo con esta respuesta general, le apretó mucho para que le diese palabra de ello. Mas ni toda esta importunidad, ni ofrecerle la canonjía magistral, que entonces vacó, bastaron para obligarle a disponer algo de sí, como

hombre que no era suyo, sino del Señor que lo había escogido para aquel oficio. Y entendía él que los que éste oficio tienen han de atender a la voluntad del Señor, y por ella han de disponer de su asiento y de sus caminos. Por lo cual éste siervo de Dios no se quiso prendar, ni dar palabra de estar en un lugar, como hacen muchos, y por esto es su predicación de poco fruto; porque en un lugar sobra la dotrina y en otros falta; ahitando a los unos con la continuación de ella, y dejando a otros perecer de hambre con su falta. A los cuales, demás de la caridad, debía inclinar a mudar lugar el nuevo gusto y fruto que reciben los nuevos oyentes con el nuevo predicador. / v.

§ 2. *Predicó en Baeza.*

Cultivada ya en Granada, según sus fuerzas, esta viña del Señor, fue a Baeza a predicar y fundar un insigne Colegio, para el cual una persona principal y rica dejó renta suficiente. Y viendo que en la ciudad había bandos antiguos y muy sangrientos entre Benavides y Carvajales, por haber intervenido muerte y sangre entre ellos, tal gracia y fuerza dio Nuestro Señor a la palabra de su siervo, que tan agramente se dolía del perdimiento de las ánimas, que allanó mucha parte de estos bandos; y lo que no había podido hasta entonces el brazo del Rey, pudo el de este pobre clérigo, ayudado de Dios. Y junto con este fruto tan señalado, hubo también particulares llamamientos de caballeros y de señores principales y de otra gente popular; porque la palabra de Dios en la boca de este su siervo, doquiera que predicase, era *fuego* que encendía los corazones y *martillo* que quebrantaba la dureza de muchos; porque por esto le puso Dios estos dos nombres en Hieremías.[119]

Y así sucedió aquí una cosa notable; que en una casa principal donde se hacían las juntas de los que traían bandos y se forjaban las enemistades, vino a fundarse un Colegio muy formado, el cual se hizo después Universidad con gran facultad para poder

119 Cf. Ier. 23, 29.

allí graduarse. Y como este padre fue siempre tan devoto de que en la primera edad, antes que resucitase la malicia, fuesen los niños instruidos en Dotrina cristiana y buenas costumbres, dio orden cómo se hiciese allí un colegio de niños para este efeto. Y porque esta Universidad no sólo fuese escuela de
f. 58 r. letras, / sino también de virtudes, sin las cuales aprovechan poco las letras, trajo el padre para la fundación de esta Universidad los dicípulos señalados que había dejado en Granada. Y porque, como el Salvador dice, *el reino de los cielos es semejante al grano de mostaza, que con ser el más pequeño de las semillas, viene a hacerse árbol,*[120] así se ha visto en la fundación de este Colegio; porque de Colegio particular, se hizo Universidad, a la cual acuden de aquella tan poblada tierra gran número de estudiantes. Y, lo que más es, los maestros fundadores de la Universidad eran hijos legítimos y muy familiares del padre Ávila, criados con leche de su dotrina y instruidos en su manera de predicar; y con esto han hecho mucho fruto en aquella tierra, y tales han procurado hacer a sus discípulos. Y así han salido de esta Universidad hombres señalados en letras y virtud, los cuales, con su dotrina y ejemplo, han hecho mucho fruto en diversos lugares de aquel obispado de Jaén. Y así el grano de mostaza, que era tan pequeño vino a hacerse árbol y extender sus ramas por todas aquellas partes.

Este fue uno de los negocios más deseados y procurados de este padre; porque desde el principio de su predicación siempre entendió que convenía haber dotrina, así para enseñar a mozos como para criar clérigos virtuosos. Y tratando de esto, y viendo que del mundo no se podía esperar este beneficio, solía él decir: «Tengo de morir con este deseo». Mas después que en aquel tiempo llegó a su noticia el instituto de los padres de la Compañía de Jesús, que era conforme a lo que él deseaba, alegróse gran-
v. demente su espíritu, viendo / que lo que él no podía hacer, sino por poco tiempo y con muchas quiebras, había Nuestro Señor proveído quien lo hubiese ordenado tan perfetamente y con perpetua estabilidad y firmeza.

120 Cf. Mt. 13, 31-32.

§ 3. *Predicó también en Montilla.*

Predicó también una Cuaresma en Montilla con tan grande fervor y aprovechamiento, que, como contó la señora doña Teresa, hermana de la señora Marquesa, se hicieron más de quinientas confesiones generales. Y confirmaba lo dicho, añadiendo que esto sabía porque acudían muchos a ellas para que les procurase confesores: tanta era la priesa que había de confesar, y no por vía de jubileo, sino por la impresión que habían hecho las palabras de este siervo de Dios en los corazones de las gentes.

De allí volvió a Córdoba, y de allí partió para Zafra, año de mil y quinientos cuarenta y seis, y allí predicó con el fruto acostumbrado de las ánimas y de los señores de aquel Estado, que aunque eran cristianísimos, todavía recibieron grande edificación con la dotrina y ejemplo de este padre. Y el señor Conde don Pedro, que es en gloria, trataba muy familiarmente con él, y concibió tan grande estima de su discreción y entendimiento, que decía muchas veces que ningún oficio público tratara este padre que no fuera consumado y aventajado en él, por ser su entendimiento universal en todo género de materia; porque tal convenía que fuese el sujeto donde Nuestro Señor había de infundir el / tesoro de sus gracias. f. 59 r.
Y vivía este señor tan cuidadoso de su salvación, que ofreciéndole el cargo de mayordomo mayor del Príncipe, que después fue y es el Rey nuestro señor, cargo principal que tuvo el Duque de Alba, no lo aceptó, aunque fue muy importunado de amigos y deudos. Lo cual hizo, no sólo por sus indisposiciones, sino por recelo de los peligros del ánima que hay en la vida cortesana, y más en semejantes cargos.

Y no menos aprovechó la señora Condesa de Feria con la dotrina de este siervo de Dios; y así platicaba muchas veles con ella en las confesiones y fuera de ellas dándole todos los documentos y avisos que se requieren para una vida perfeta. De modo que, en estado de casada, ya la encaminaba Nuestro Señor a la perfeción de la vida que pensaba tener de monja, si Nuestro Señor dispusiese de la vida del Conde antes de la suya, lo cual amenazaban sus con-

tinuas enfermedades, por las cuales esta señora, mientras fue casada, más fue enfermera que casada.

Perseveró, pues, el padre algún tiempo en esta villa, por la gran devoción que estos señores le tenían y por ver cuan rendidos estaban a su parecer y consejo en todo lo que tocaba al gobierno de su estado y de sus ánimas; y por eso no dejaba de predicar todos los domingos y fiestas. Y aquí procuró que se enseñase la dotrina a los niños; porque en todos los lugares que podía ordenó esto, y así lo encomendaba a sus dicípulos cuando los enviaba a algunos lugares a predicar y confesar.

Y en este mismo tiempo leía cada día una lección de la Epístola Canónica de san Juan Evangelista en la iglesia del monasterio de Santa Catalina; y a esta lección, entre otros oyentes, acudían la señora Mar-
v. quesa y la señora / Condesa, la cual iba más alegre a oír esta lección que si fuera a todas las fiestas del mundo.

Después de esto, acordaron estos señores de irse al marquesado de Pliego, y en esta ciudad de Pliego creció tanto la enfermedad del señor Conde que lo llegó a lo postrero; y a este trabajo, como fiel amigo, acudió el padre Ávila, que se halló presente a este dolor; el cual fue tan grande cuanto yo nunca vi otro mayor, por ser tan grande la pérdida que se perdió en aquel señor de tanto valor, virtud y entendimiento, como a todo el mundo es notorio, y querido de su madre sobre todo los señores sus hermanos.

Quedó, pues, la señora Condesa, que a la sazón estaba enferma con calentura continua, viuda de veinticuatro años; determinada en el propósito que arriba dijimos de ser monja en Santa Clara de Montilla, que es un muy principal y solemne monasterio; y tomó aquel estado y hábito con tanta voluntad y devoción, que después de haberlo vestido me dijo que «su ánima había vestido aquel hábito»; tan de corazón y con tanta alegría lo recibió, por verse despedida del mundo y aposentada en compañía de las esposas de Cristo.

Mas cuando la señora Marquesa la vio vestida del hábito, enternecióse en gran manera, porque allí se le tornó a representar el fallecimiento del hijo tan querido, y la mudanza de la señora Condesa, no me-

nos amada, que no podía contener las lágrimas. Y acudió luego al padre Ávila para que deshiciese lo hecho. Mas como él no se movía por lágrimas de carne, y tenía conocido el intento y propósito de esta señora, después de haberle hablado, la confirmó en su santo propósito, y con-/soló cuanto pudo a la seño- f. 60 r.
ra Marquesa.

Y aquí se me ofrece ocasión para decir algo de esta señora monja, no por lo que a ella toca sino al padre Ávila, cuya historia escribo, por la parte que él tuvo en el propósito y vida de esta señora. Séneca escribe a Lucilio, su familiar amigo, a quien él había instruido y animado a la virtud, y para quien escribe todas sus cartas, estas palabras: «Assero te mihi, meum opus es». En las cuales da a entender que la virtud de aquel su amigo era obra suya, y él era todo suyo, pues su dotrina le había dado aquel tan honroso ser que tenía de hombre virtuoso. Pues conforme a esto, digo que aunque la alteza del linaje y nobleza de condición haya esta señora recebido de sus progenitores; mas el ser espiritual, que es sobrenatural y divino, recibió en muy gran parte de la dotrina y documentos de este siervo de Dios; el cual, visto cuán aparejada era la tierra de su corazón para sembrar en ella la palabra de Dios, hizo aquí el oficio de buen labrador; y acudió la mies de las virtudes con tanta abundancia como a todo el mundo es notorio.

De aquí procedió que considerando ella cómo todo aquel ser espiritual y todos los favores y consolaciones que del Espíritu Santo recibía, le habían venido por la dotrina de este padre, era tan grande la devoción y reverencia que le tenía, y el deseo que Nuestro Señor se lo conservase en la vida, que en cuantas cartas me escribía, esto era lo principal. Porque a los deudos amaba como a deudos de carne, mas a éste como a padre de su buen espíritu. A aquéllos amaba con tasa y con medicina; mas a éste, como a ministro de Dios, con toda devoción. La comunicación y afición para con éstos excusaba y templaba, porque no le/ocupasen el corazón, que ella v.
quería tener desocupado para sólo Dios; mas la de éste procuraba, porque en él amaba al mismo Dios. De donde vino a ser que en naciendo un hijo a la

señora Marquesa su hija, y estando todos alegres con el nuevo heredero que Dios había dado a aquellos señores, me escribió una carta, diciendo: «El idolillo es ya nacido; pida Vuestra Reverencia a Nuestro Señor que no tenga él demasiado lugar en mi corazón».

Por este ejemplo podrá entender el cristiano letor la alteza y dignidad del ser espiritual. Para cuyo entendimiento conviene saber que en el varón justo hay dos maneras de ser: uno natural y otro sobrenatural; el uno procede de la naturaleza, el otro de la gracia; el uno recebimos de nuestros padres, el otro del Espíritu Santo; el uno nos hace hijos de hombres, semejantes a ellos en la vida natural y herederos de sus bienes, mas el otro nos hace hijos de Dios, semejantes a Él en la pureza de la vida, y herederos de su gloria. Bien se ve, pues, aquí la ventaja que hace el un ser al otro ser; pues el uno es humano y el otro divino. Siendo, pues, esto así, no es maravilla que la persona que por la dotrina y ejemplo y oraciones de algún padre ha recibido este ser espiritual, le tenga mayor devoción y respeto que al padre carnal; pues de éste recibió mayor beneficio, y así es justo que le corresponda con mayor devoción y agradecimiento.

De esta señora no puedo decir más sino sólo lo que pertenece a la vida del padre Ávila; pues lo que se dice de los efectos, redunda en gloria de su causa. Mas esto no puedo dejar de decir, que la Emperatriz nuestra señora, estando en la ciudad de Lisboa, me preguntó si conocía a esta señora monja; yo res-
f. 61 r. pondí que sí y de mucho tiempo. / Entonces Su Majestad me dio una carta escrita de su mano para ella y una preciosísima reliquia del sagrado Leño, ricamente engastada y labrada, y puesta en un grande rosario de cuentas, mandándome que le enviase esto, y le pidiese que ella enviase a S. M. alguna cosa suya. Yo lo hice así, y la señora monja me escribió que todo esto había recebido; mas la respuesta de lo que S. M. pedía me parece que la había de poner en confusión; porque excusarse y no obedecer al mandamiento de tal señora era cosa dura; mas darle algo de lo que se pedía como por reliquias de mujer santa, era peligro de vanagloria. Mas en esta perple-

jidad halló un discretísimo medio con que quitó la gloria de sí y la puso en su padre Ávila. Porque en lugar de lo que S. M. pedía de ella, le envió un excelentísimo sermón que el dicho padre había hecho el día de su profesión, treinta años había. Y de esta manera la prudentísima señora hurtó el cuerpo a la honra y satisfizo a la demanda.

Por lo dicho podremos entender cuánto es mayor el precio de la virtud que la alteza del linaje, pues por la virtud mereció esta señora tan gran favor y honra de S. M.

§ 4. *De algunos señalados llamamientos de personas principales por la dotrina de este padre.*

Hasta aquí habemos tratado de los lugares en que este padre predicó, y de la eficacia de su dotrina, y de muchas personas de diversos estados que se ofrecieron a Nuestro Señor por ella; porque la palabra de Dios en / su boca era, como el Apóstol la llama, v.
espada de dos filos,[121] la cual hería muy poderosamente los corazones de los que le oían. Porque los hombres prudentes que le oían, decían que era nuevo lenguaje el suyo, muy diferente de los otros.

Y aunque, contando los lugares en que predicó, apuntamos en común los llamamientos de personas a quienes Nuestro Señor con sus palabras tocó; mas aquí me pareció escribir algunos más señalados que hubo entre ellos; que serán como espirituales triunfos de la palabra de Dios, que se apoderó, no de los cuerpos, sino de los corazones de los hombres, librándolos del cautiverio del príncipe de este mundo.

§ 5. *De la señora doña Sancha.*

Entre éstos pondremos, en el primer lugar, a la señora doña Sancha, hija legítima del señor de Guadalcázar. Esta señora residía en Écija, y estaba para ir a ser dama de la Reina, por tener la discreción y las otras partes que el mundo precia para este esta-

121 Cf. Hebr. 4, 12.

do. Mas Nuestro Señor la tenía ojeada para otro más alto, que era hacerla esposa suya. Y el principio de esto fue determinar ella de confesarse con este padre. Y entrada en el confesonario, comenzó a crujir el manto de tafetán que traía; por lo cual el padre la reprendió agramente, porque, viniendo a confesarse y a llorar sus pecados, venía tan galana; que después, andando el tiempo, decía ella, por donaire, a este padre: «¡Cuál me paraste aquel manto!» Fue esta
f. 62 r. confesión de tan admirable efi- / cacia, que totalmente derribó todo cuanto el mundo en aquel corazón con tan hondos cimientos había fabricado. Y cierto, según fue tan grande y tan súbita la mudanza, podemos con razón decir que fue miraculosa.

El bienaventurado san Bernardo, predicando en Flandes, convirtió a un gran señor de aquella tierra, por nombre Landulfo, a que dejase el mundo y se hiciese monje en el monasterio de Claravalle; y cuando le vino a dar el hábito, dijo el Santo que no era menos admirable entre las obras de Dios la conversión de Landulfo que la resurrección de Lázaro. Y esto mismo podemos con razón decir de la mudanza de esta señora. La cual, recogida en un lugar apartado de la casa de sus padres, hizo una religiosísima vida, perseverando en continua oración, y acompañándola con grandes ayunos, cilicios y diciplinas que después de su fallecimiento se hallaron; haciéndose un holocausto vivo, que todo entero se quema para gloria de Dios. Y porque es estilo infalible de este Señor comunicar su gracia conforme al aparejo y disposición que halla en el ánima, como el aparejo era tan grande, así eran grandes los favores y consolaciones y regalos con que Nuestro Señor la visitaba. Y decía el mismo padre muchas veces cosas muy señaladas de su grande humildad, obediencia y caridad; en confirmación de las cuales virtudes, contaba el mismo padre las grandes mercedes que Nuestro Señor le había hecho; manifestándole secretos admirables, y revelándole su muerte y lo que había de acontecer en su enfermedad.

Y no será razón callar yo aquí una cosa notable
v. que / pasé con ella estando muy enferma en casa de sus padres, por lo cual se verá la fortaleza y alteza de su espíritu. Díjome, pues, que tenía escrúpulo si

por ventura ella había sido causa culpable de aquella grande y larga enfermedad que padecía. Yo respondí que me diese cuenta de la causa, y vista ésta, se entendería si tenía culpa en esta materia. Ella me respondió que de una de dos causas le pareció haber procedido aquella enfermedad. La una fue que, viendo que en aquel año que corría, de treinta y tantos, se detenía mucho el agua lluvia, la cual amenazaba grande esterilidad y hambre, ella se afligió en tanto grado por la compasión de los pobres, que ofreció a Nuestro Señor su salud y vida por ellos, suplicándole que le diese cualquiera enfermedad que fuese servido, a cuenta de remediar aquella presente necesidad. Esto decía que podría por ventura ser la causa de la enfermedad grave que padecía. Otra causa me dijo, dignísima de ser oída para gloria de la gracia de Cristo, y de la fe y religión cristiana, que tanto aborrece el pecado. Y esta fue que siendo poderosamente tentada del espíritu de la fornicación con aquel soplo infiernal con que él hace arder las brasas de nuestras pasiones, viendo ella que esto tocaba a la fe y pureza virginal que ella había ofrecido a su Esposo, concibió en su ánima tan grande indignación contra su carne y contra el espíritu malo, que no contenta con los remedios ordinarios de la señal de la cruz y de la oración, acometió otro más poderoso y más extraordinario. Porque acordándose que san Benito en otra batalla semejante venció al enemigo desnudándose y arrojándose en un zarzal, curándo con las heridas del cuerpo las del ánima y acordándose también / que el glorioso padre san Fran- f. 63 r.
cisco, en otro semejante conflicto, triunfó del enemigo por una nueva manera, que fue desnudándose de noche en medio del invierno, y haciendo una gran pella de nieve, con otras más pequeñas, y diciendo: «Francisco, estas pellas chiquitas son tus hijos, y esta grande es tu mujer; por tanto, abrázala como a tal»; y de esta manera, el santo varón, con el gran frío del cuerpo apagó el fuego que había encendido el enemigo; considerando, pues, nuestra virgen estos hechos heroicos, esforzada con el mismo espíritu, se metió en un grande tinajón de agua fría y de esta manera, con la frialdad de la carne, apagó la llama que el enemigo en ella había encendido, dejándolo avergon-

zado y confuso por verse por tan alta manera vencido, considerando que había dado materia de esclarecida vitoria a quien pensaba vencer en aquella batalla.

Pues por este ejemplo verá el cristiano letor la alteza del espíritu de esta esposa de Cristo; y verá también cuán grande es el temor que los perfetos cristianos tienen de ofender a Dios, y cuán extraño el aborrrecimiento del pecado, pues a tales trances se ponen por no caer en él. Porque sin duda ésta parece haber sido la causa de la enfermedad de esta virgen de Cristo; porque uno de los accidentes de ella era que cargándole cuanto ropa podía sufrir en la cama, no podía entrar en calor; por do parece que aquella gran frialdad de tal manera penetró y se apoderó de todo su cuerpo, que ninguna ropa bastaba para metello en calor.

A esta esposa de Cristo escribió el P. Ávila aquel excelente tratado de *Audi, Filia, et vide*, etc., que es muy acomodado al estado del propósito virginal; el cual estimaba ella en tanto, que lo llamaba «mi tesoro».
v. Mas despu-/és de los días de ella lo acrecentó el padre y enriqueció con tantas y tan graves y devotas sentencias, que con mucha razón se puede llamar un gran tesoro. Esto baste de esta virgen.

§ 6. *De doña Leonor de Inestrosa.*

En la misma ciudad de Écija hubo una señora principal, grande dicípula de este padre, mujer de Tello de Aguilar, que es un mayorazgo noble en aquella ciudad; el nombre de esta señora era doña Leonor de Inestrosa, noble alcurnia de aquel linaje. Mas ella trocó ésta por otra más noble; ca, escribiéndome algunas cartas, se firmaba doña Leonor del Costado, por ser ella devotísima de esta rosa hermosisíma. Posaba en casa de esta señora el padre Ávila, y cumplióse en ella lo que el Salvador promete, diciendo que si en la casa donde fueren recibidos hubiere *algún hijo de paz, descansará sobre él vuestra paz*;[122] quiere decir: hacerse ha participante de vuestros bienes y gracias.

122 Lc. 10, 6.

Dos cosas notables diré de esta señora. La una fue que falleciendo una hijica suya de once o doce años, a mediodía, dije yo, que presente me hallé, que se debía llevar a enterrar aquella tarde, recelando la pena que ella, como madre, recibiría teniendo toda la noche el cuerpo difunto de la hija en casa. A esto respondió ella: «Padre, ¿por qué tengo yo de recelar de tener toda la noche un cuerpo santo en mi casa, como lo era el de esta niña?». Y díjome después que fue tan grande la consolación que su ánima recibió, considerando que aquella niña iba a gozar de Dios, que con ningunas palabras lo podía explicar. Y añadió más, que recibió gran / de pena con las f. 64 r.
señoras que en aquel tiempo acudieron a visitarla, porque le impedían algún tanto el gusto de aquella grande consolación, en la cual quisiera ella estar ocupada noches y días. Este lenguaje, ¿cómo lo entenderá el mundo? Mas entendíalo el Apóstol, el cual aconseja a los cristianos que no imiten a los gentiles, que lloran sus muertos porque no esperan otra vida,[123] mas el cristiano, que participa el espíritu de esta señora, alégrase con la esperanza firme de la vida advenidera.

Otra cosa notable me contó ella, y fue ésta: que estando con dolores de parto, no se halló presente el padre Ávila, que en estos tiempos la socorría, como huésped agradecido, con el favor de sus oraciones. Y como ella se vio desamparada de este socorro, presentóse con el espíritu a Nuestro Señor con una profundísima humildad. Y aquel Señor, que sabe agradecer la huespedería que se hace a sus siervos, asistió en lugar del buen huésped; y me certificó ella en toda verdad que en el punto del mayor dolor que se tiene en los partos, ninguno sintió; porque el Señor, por su especial providencia y amor que tenía a esta buena ánima, dispensó con ella en la pena a que están sentenciadas todas las mujeres en sus partos.

Era esta señora muy temerosa de conciencia; porque, aunque era lenguaje suyo muy usado decir que Nuestro Señor la amaba, dudaba ella de su amor para con Él. Y así este padre le escribía muchas cartas para templar estos demasiados temores y es-

123 Cf. 1 Thess. 4, 13-18.

forzarle su confianza; las cuales cartas andan impresas con las otras suyas, y entre ellas es una excelentísima que está en el fin del primer tomo de su Epistolario, muy eficaz para esforzar a personas desmayadas y desconfiadas. Comulgaba esta señora con
v. mucha devoción, y / decía muy discretamente que tenía gran reverencia el día de la comunión a sus pechos, por haber recibido en ellos tan grande Majestad.

Y con ser tantas sus virtudes, no quiso Nuestro Señor que saliese de esta vida sin una gran corona de paciencia. Porque cinco años antes que falleciese le nació un cancro en el pecho; el cual todo este tiempo iba siempre labrando poco a poco, con un humor tan malino, que le carcomía hasta los mismos huesos del pecho, y en llegando al corazón le acabó la vida. Y la causa por donde Nuestro Señor visita algunas veces su grandes siervos de esta manera, es por no privarlos de la gran corona de la paciencia, cuando la persona tiene virtud y gracia para poder con la carga.

§ 7. *De otra señora, [doña María de Hoces,*[124] *y de don Antonio de Córdoba, don Diego de Guzmán, padre Juan Ramírez y san Juan de Dios].*

Salgamos de Écija y vengamos a Córdoba, donde este padre, entre otras cosas que en su lugar apuntamos, hizo una de las mayores hazañas que se han visto en nuestros tiempos Porque predicaba en sus sermones algunas palabras enderezadas a sacar algunas mujeres que por pobreza estaban en pecado, y repetía aquellas palabras con que los hijos de los profetas daban voces a Eliseo, diciendo: *Mors in olla, vir Dei, mors in olla.*[125] Y así clamaba él diciendo: «¡Pobrecita miserable! ¡La muerte está en la olla! ¡La muerte está en esa olla de que te sustentas! Rejalgar es eso que comes, que trae consigo, no muerte temporal, sino muerte eterna».

Con estas palabras, y con otras semejantes; que

124 Cf. L. Sala Balust, *Introducción biográfica*, en *Obras completas*, I, 109 s.
125 4 Reg. 4, 40.

herían de agudo los corazones, se movió, entre otras personas, una mujer noble, / a la cual su pobreza f. 65 r.
había traído a un estado tan miserable, que estaba envuelta años había con un personaje, de quien tenía ya tres hijos. Mas Nuestro Señor, cuya misericordia no tiene cabo, tocó el corazón de esta mujer con un tan grande tocamiento, que se determinó de todo corazón de salir de aquel estado miserable; mas no hallaba manera para esto por su pobreza y por ser el personaje poderoso y estar muy apoderado de ella con la posesión de tantos años.

Siendo de esto sabidor el padre Ávila, y certificado de la firmeza y propósito de ella, confiado en Dios, se determinó de sacar esta ánima de pecado. Para lo cual era menester mucha industria y fortaleza, y mucha costa para acabar este negocio, por tener un tan poderoso contrario, el cual bramaba como la osa cuando le hurtan los hijos, y amenazaba muertes y otras cosas; y con todo esto el padre llevó adelante su propósito; y de primera instancia la mujer se salió de su casa y se fue al monasterio de Santa Marta; y de ahí la hizo el padre llevar a Montilla, para asegurarla con la autoridad y sombra de la Marquesa de Pliego. Y porque se temían que el personaje, que estaba siempre en espía, saldría con mano armada a saltearla en el camino, fue menester que el padre hiciese oficio de buen capitán y proveyese de gente de a caballo y de un alguacil de justicia para sacarla de Córdoba y llevarla al lugar susodicho.

Y porque ni allí estaba bien segura del enemigo, dio orden como de allí fuese llevada a Granada, adonde, con la dotrina del padre, caminando por sus pasos contados, llegó a tanta perfición, que por consejo del mismo padre, el cual con ser tan limitado en las licencias para comulgar, comulgaba cada día con grande aprovechamiento de su ánima. Y así podemos decir / que donde abundó el delito, abundó v.
la gracia. Y en esta vida perseveró treinta años, acabándola santísimamente: y en todo este tiempo el padre la provechó de todo lo necesario mientras vivió, llevando hasta el fin, con grande constancia y perseverancia y fidelidad lo que había comenzado, sin jamás faltar a aquella alma que, fiada de su pala-

bra, se puso en sus manos, desamparando el regalo en que vivía y lo que más es el amor de las hijas y de un hijico que ella muy tiernamente amaba.

Y aunque en este hecho se ofrecieron al principio grandes dificultades y peligros, y recelos de murmuraciones y juicios del mundo, y mucha costa que para llevar esto adelante era menester; mas el padre, lleno de confianza en Dios, ni paró en la costa, ni receló la infamia, ni temió el peligro, ni rehusó el trabajo; sino, cerrados los ojos a todos los juicios del mundo y abiertos a sólo Dios, acometió esta hazaña tan gloriosa, por sacar una ánima del cautiverio miserable en que vivía, por la cual Cristo diera su sangre, si la pasada no bastara. Y el suceso de este negocio y la santidad y perseverancia de esta nueva Madalena, declara haber sido ésta obra de Dios.

Ni rehusará mi buen amigo y señor don Antonio de Córdoba, hijo de la cristianísima señora Marquesa de Pliego, que lo ponga yo en la lista de estos triunfos, aunque otros también tienen parte en él. Porque estudiando él en Salamanca y tratando familiarmente con los padres de la Compañía de Jesús, le comenzó Nuestro Señor a abrir los ojos para ver la vanidad y engaño del mundo. Y junto con esto, comenzó también a recogerse y darse a la oración y ejercicio de
f. 66 r. penitencia. Fue de esto / avisada la señora Marquesa por los criados que le servían, que muy tiernamente lo amaban por su mucha discreción y virtud. Y refiriéndome esto su señoría, me dijo que había respondídoles por carta: «Dejadle hacer lo que hace, porque eso es medio para que él sea más virtuoso. Porque os digo, padre Fray Luis, que no hay mayor contentamiento en el mundo que ver virtud en quien bien queréis». Vio esta señora la hermosura de la virtud con los ojos que dicen que la miraba Platón; porque ella realmente es la más hermosa cosa del mundo, y por eso dijo estas palabras tan de notar. En este mismo tiempo se vio este señor con el padre Francisco, espejo de toda virtud y santidad y menosprecio del mundo, y le dijo que le quería tomar cuenta de la lumbre que Nuestro Señor le había dado.

Viendo, pues, el padre Ávila la disposición grande que en este señor había le aconsejó que entrase en la Compañía de Jesús, por donde Nuestro Señor le

había comenzado a llamar. Y no fueron menester muchas persuasiones, según él estaba ya movido; y así lo hizo, renunciando todas las esperanzas que el mundo ofrecía a quien tantas partes y tanta nobleza tenía, por seguir la humildad y pobreza de Cristo. Y esto fue en tiempo que el Papa Julio III lo había ya nombrado Cardenal. Y como la entrada fue tan privilegiada de Dios, así lo fue la estada y perseverancia hasta la muerte.

Y entre otras virtudes suyas, era grande amigo de la oración y predicador de ella. Y así encomendando esta virtud en un sermón, se maravillaba cómo los hombres, en vida tan acosada de trabajos y de necesidades y tentaciones, podían vivir sin el socorro de esta virtud. Y discurriendo por todos los estados, decía: / «Mujercica, ¿cómo puedes vivir sin oración? v. Labradorcico, ¿cómo puedes vivir sin oración?». Y repitiendo estas mismas palabras, discurría por todas las otras calidades de personas. Y tenía él, cierto, mucha razón de maravillarse, pues no tenemos otro remedio, después de aquella desnudez en que nuestros padres nos dejaron, sino recorrer con la oración a la misericordia de Nuestro Reparador.

Y no dejaré de decir aquí una cosa que parecerá menuda entre tantas otras virtudes, pero es digna de que sea sabida de los que están obligados a rezar el Oficio divino. Díjome, pues, una vez que rezásemos Maitines; y puesto de rodillas, añadió diciendo: «Algunos convidan a rezar a otros como a oficio de muy poca importancia con estas palabras: Andad acá, digamos *Pater noster* por Prima, o por Tercia, etc. No me parece, dijo él, que se debe comenzar la hora sin alguna preparación interior del ánima, y así lo hagamos agora». Y de esta manera estuvimos ambos de rodillas un razonable espacio, recogiendo el corazón; y esto hecho, comenzamos a rezar muy pausada y devotamente. ¡Pluguiese a Dios que con este mismo espíritu y aparejo rezasen todos los clérigos el Oficio divino! Porque de esta manera serían sus ánimas muy aprovechadas; mas de otra manera es poco el fruto que de aquí se saca, porque es pequeño o ninguno el aparejo con que se reza.

Y por no salir de la Compañía de Jesús, me pareció poner aquí al padre don Diego de Guzmán; hijo,

según la carne, del Conde de Bailén, y según el espíritu, del padre Ávila, y tan devoto suyo y tan agradecido al beneficio de su llamamiento, que por ruegos suyos tomé yo el trabajo de escribir esta historia,
f. 67 r. prometiéndome él ayuda / de sus oraciones y Misas por él; y así confío en Nuestro Señor que sus oraciones habrán suplido mis faltas. Y con todo esto no diré de él más que lo que sé por vista de ojos; y esto es que antes que entrase en la Compañía se juntó con un padre muy virtuoso y docto, y ambos andaban juntos por diversos lugares, sin algún aparato de criados, aprovechando a la salud de las ánimas en todo lo que podían, repartiendo entre sí los oficios; porque el que era teólogo predicaba con grande fervor de espíritu; mas él tomaba a cargo enseñar la Dotrina a los niños, y ayudando con su buen ejemplo y consejo a todos. Y después de haber ejercitádose en este oficio evangélico, ambos entraron en la Compañía de Jesús. Y el uno, después de haber trabajado muchos años en la viña del Señor, con mucha edificación de las ánimas, está ya gozando del denario diurno, que es del premio que el Señor de la viña le prometió por concierto; por ser de los que comenzaron a trabajar a la hora de prima y sufrió todo el peso del calor y del día. Mas esto otro padre hoy día vive, y según entiendo, persevera en el mismo oficio de enseñar la Dotrina a los niños.

También el bendito padre Juan Ramírez fue de los llamados a la hora de Prima; porque de muy pequeña edad comenzó a servir a Nuestro Señor, guiado por el padre Ávila; por cuyo consejo entró en la Compañía después de haber predicado muchos años fuera de ella; en la cual perseveró hasta la muerte, habiendo cuarenta años que predicaba en España en diversas provincias y ciudades, con grandísimo fruto y consolación de las ánimas. Y cual fue la vida, tal fue el fin de ella. Porque estando muy al cabo de una grave enfermedad por la Semana
v. Santa, trayéndole / el miércoles de ella el Santísimo Sacramento, alegróse tanto de verle, que dijo estas palabras muy suyas: «¡Oh Amado, Amado! ¿Es posible, es posible, que yo haya de morir el día que Vos moristes por mi?». Así lo dijo, y así lo pidió a Nuestro Señor, y así se lo concedió, sacándole de esta

vida con este regalo, a la misma hora que el Salvador expiró en la cruz, como todos los que se hallaron presentes lo testifican. Y así su enterramiento fue tan acompañado y tan glorioso, como fue la hora de su acabamiento.

Al fin de todos estos llamamientos pondré el de Juan de Dios, del cual había mucho que decir si no estuviera escrita su vida, y bien escrita. Este hermano fue de nación portugués, natural de Montemayor el Nuevo. Y fue mucho tiempo pastor de ganado, y después soldado, y, al fin, trabajador. Venido a Granada, y oyendo un sermón, al padre Ávila, día de san Sebastián, de tal manera le tocó Nuestro Señor, y de tal manera hirió su corazón, que hizo tan grandes extremos que todos lo juzgaron por loco; pero no creo que lo era por la razón que diré.

Para lo cual es de saber que hay dos maneras de contrición y dolor de los pecados: una común y ordinaria, y otra extraordinaria, cual fue la de la Madalena, que entró en medio del día al tiempo que el Salvador estaba comiendo con sus discípulos y otros convidados, sin hacer caso de tantas cosas como había allí que mirar, porque la violencia del dolor cerró los ojos a todo esto. Y en la vida de nuestro padre san Vicente Ferrer se escribe que, predicando él con aquel grande espíritu que el Señor le había dado, hubo hombres que, heridos con la fuerza de sus palabras, daban voces en presencia del pueblo, confesando sus pecados. Y en el capítulo quinto de san Juan Clímaco, en que trata / de la penitencia, cuenta f. 68 r.
cosas espantosas de las penitencias de aquellos monjes. Y por esto no me escandalizan estos extremos que se vieron en Juan de Dios; mayormente siguiéndose después de esto una tan grande santidad como fue la que de su vida, testificada con la solemnidad admirable con que toda la ciudad de Granada y todas las Órdenes se juntaron a celebrar su enterramiento.

Pues como el principio de la conversión de este hermano fue por la dotrina del padre Ávila, así también lo fue el proceso de su vida, en la cual veremos a la letra cumplido lo que el Apóstol dice, que escoge Dios *los estropajos y heces del mundo*[126] para hacer obras muy grandes; como lo vemos en este hermano,

126 Cf. 1 Cor. 1, 27-28.

el cual quiso Nuestro Señor que, habiendo sido pastor, y trabajador y soldado, fuese autor de una nueva religión para remedio de enfermos y pobres, que se va cada día extendiendo por el mundo, confirmada ya por la autoridad de la Santa Sede Apostólica.

Capítulo V

De los medios con los cuales se consiguió el fruto y aprovechamiento de las ánimas, de que hasta aquí se ha tratado

Visto este fruto tan señalado, o, por mejor decir, estos tan gloriosos triunfos que se siguieron de la dotrina de este evangélico predicador, su historia está pidiendo que declaremos por qué medios alcanzó estos triunfos, para que los que así desean triunfar de nuestro común adversario y del pecado que él trajo
v. / al mundo, sepan el camino. Y aunque esto, en parte, está ya declarado con los ejemplos de las virtudes de este padre que aquí habemos referido, todavía añadiremos algo a lo que está dicho.

Pues entre las ayudas de que él se aprovechó para este efeto, la primera y más principal era la oración, suplicando íntimamente a Nuestro Señor diese virtud y eficacia a su palabra; acordándose que, como la red de san Pedro, *trabajando toda la noche* con fuerzas humanas, *ningún pece había prendido*,[127] mas ayudada con las divinas, hinchió ambas las navecicas de ellos, entendió este varón de Dios que esto mismo acaece a los predicadores en esta pesquería espiritual de las ánimas; y por esto acudía él a Nuestro Señor en la oración, diciéndole que en su nombre tendería la red. Esta era la primera y más principal ayuda de que este pescador se valía para este oficio; afirmando que los hijos espirituales que con la pre-

127 Cf. Lc. 5, 5.

dicación se ganaban, más eran hijos de lágrimas que no de palabras.

La segunda cosa que hacía era ordenar todas las sentencias y razones de su predicación, a fin de sacar las ánimas que estaban caídas y muertas en pecado; y también a dar dotrina para conservar las que estaban ya en pie. Mas lo primero era lo que señaladamente pretendía. Y así, de la manera que cuando un pescador va a pescar, su intento es trabajar por volver a su casa con ganancia, así lo pretendía este padre en sus sermones, y esto le hacía tener por cosas impertinentes las que para este propósito no servían. Y esto mismo le hacía hablar siempre al corazón, sin divertirse a otras materias sutiles o curiosas.

Tenía también otra cosa: que aunque llevaba el sermón / muy bien enhilado, como persona de letras f. 69 r.
y ingenio; mas, yendo de camino y prosiguiendo su intento principal, iba sacando de lo que decía algunos breves avisos y sentencias por diversos propósitos: o para esfuerzo de los tentados, o para consuelo de los tristes, o para confusión de los soberbios, o para personas de diversos estados; de modo que de un camino hacía muchos mandados. Por donde estando yo asentado oyendo un sermón suyo par del licenciado Vargas, que después fue embajador en Venecia, considerando él lo que tengo dicho, acudió él muy bien diciendo que su predicación era red barredera, porque iba dando avisos a todo género de personas. Mas por esta razón yo la comparaba con esta invención que agora la malicia humana ha inventado, encerrando muchas pelotillas en los arcabuces para hacer más mal; pero este siervo de Dios buscaba esta invención para más provechar.

Y porque es común sentencia de los doctores que la dotrina moral predicada en común aprovecha menos, y por eso conviene decender a tratar en particular, así de las obras virtuosas para ejercitarlas, como de las viciosas para evitarlas, por tanto, este sabio predicador decendía muchas veces a tratar de estas obras. Y para declaración de esto, pondré aquí un ejemplo de san León, Papa, en el cual deciende a tocar en particular lo uno y lo otro por estas palabras: «Sean, hermanos, nuestras delicias las obras de piedad, y el uso de los manjares que nos crian

para la eternidad. Alegrémonos en dar de comer a los pobres, y deleitémonos en vestir la desnudez ajena con las ropas necesarias. Sientan nuestra ayuda y humanidad los enfermos, y la flaqueza de los do-
v lientes, y / los trabajos de los desterrados, y el de las viudas desconsoladas; en las cuales cosas ninguno hay tan pobre que no pueda ejercitar alguna parte de caridad; porque no es pequeña la hacienda del que tiene el corazón grande; ni el mérito de la piedad se mide con la grandeza de la dádiva; porque nunca carece de merecimiento, en el que poco tiene, la riqueza de la buena voluntad. Mayores son las dádivas de los ricos y menores las de los medianos; mas no es diferente el fruto de las obras, donde no se diferencia el afecto de los que las hacen. Y en esta oportunidad de ejercitar estas virtudes hay otras que se ejercitan sin menoscabo de nuestros tesoros, y sin disminución de nuestra hacienda: si despedimos de nosotros los vicios deshonestos, si huímos de demasiados comeres y beberes, si se doma la concupicencia de la carne con las leyes de la castidad, si los odios se mudan en caridad, si las enemistades se convierten en paz, si la paciencia paga a la ira, si la mansedumbre perdona la injuria, si de tal manera se ordenan las costumbres de los señores y de los criados, que el poder de aquéllos sea más blando y la diciplina más devota». Hasta aquí son palabras de san León, Papa, las cuales bastan para que se entienda este documento susodicho, que es decender a estos actos particulares; el cual sirve grandemente para que la dotrina del predicador sea más provechosa.[127 bis]

Tenía también nuestro predicador otra cosa: que no se contentaba con mover los corazones al temor y amor de Dios y aborrecimiento del pecado, sino también proveía de avisos y recetas espirituales contra todos los vicios, y especialmente contra el pecado mortal, que comprende a todos. Lo cual es contra
f. 70 r. algunos predicadores, / que, contentos con mover los corazones, no proceden a dar avisos y remedios particulares, conforme a lo que pide estos movimientos. Los cuales compara muy bien Plutarco diciendo que los que exhortan a la virtud y no enseñan los medios

127 bis S. León, *Sermones XL de Quadrag.*, 2: ML 54, 271.

para alcanzarla son semejantes a los que atizan un candil y no lo proveen de aceite para que arda. Lo contrario de lo cual hacen los predicadores cuyo intento es aprovechar de veras, y guiar casi con la mano a los que desean enmendar, como este nuestro predicador lo hacía, el cual trabajaba con todas las fuerzas de su espíritu por sacar los hombres de pecado y instruirlos, como un maestro de novicios, en la carrera de la virtud.

Y para declarar qué manera de remedios eran los que él tomaba contra el pecado, saldré un poco de la historia para declarar esto más de raíz. Es, pues, agora de saber que no nacen los pecados de la inorancia que los cristianos tienen de lo bueno y de lo malo; porque, demás de la lumbre natural con que Dios crió al hombre, esto nos enseña la fe que tenemos y la ley que profesamos; mas procede esto de la corrupción de nuestro apetito sensual, que rehuye lo que la ley le manda; porque, como dice el Apóstol: *La ley es espiritual;* [128] mas yo soy carnal, aficionado a las cosas de la carne, que son contrarias a las del espíritu. De modo que está el hombre carnal como un hombre que tiene postrado el apetito del comer; el cual sabe que le va la vida en comer, y con todo esto no puede arrostrar al manjar. Pues así este hombre, por la parte que tiene fe, entiende que su salvación consiste en guardar la ley de Dios; mas el apetito desordenado de su carne no arrostra a ese manjar, y así se deja morir preseverando en sus pecados. / Ésta dolencia procede de la corrupción del v.
pecado original en que somos concebidos. Porque aquella ponzoña que imprimió la antigua serpiente con su infernal soplo en los corazones de nuestros primeros padres, se derivó también en los de sus hijos; y ésta es la que de tal manera estragó y pervertió nuestro corazón, que le hace aborrecer todo lo que ha de aprovechar, y apetecer todo lo que le ha de dañar, como acaece también a los enfermos que tienen el paladar estragado.

Pues ¿qué remedio? Vemos que contra la ponzoña de las víboras y serpientes inventaron los hombres la medicina, que la llaman del atriarca, la cual dicen que se compone de gran número de materiales aco-

128 Rom. 7, 14.

modados a este remedio. Pues conforme a esto, digo que la dotrina de la Religión cristiana, que es perfetísima, como enseñada por el mismo Dios, entendiendo que el origen de todo nuestro mal nace de este soplo de aquella antigua serpiente, nos provee de otra finísima atriaca contra ella, compuesta de todas las cosas que sirven para remedio de esta ponzoña, que es para contrastar a la corrupción de nuestro apetito, y con esto nos preserva de la muerte del pecado.

Preguntaréis: ¿Pues qué cosas son ésas? Respondo que éstas son: el huir las ocasiones de los pecados, el examen cotidiano de la conciencia, los ayunos, el silencio, la soledad, la guarda de los sentidos, especialmente de los ojos y de la lengua, y la del corazón, resistiendo con toda presteza a la primera entrada y acometimiento del mal pensamiento. Mas entre todos estos remedios, los más principales son los sacramentos de la confesión y de la sagrada comunión, la oración, la lección de la palabra de Dios,
f. 71 r. la meditación / de la muerte, y del juicio divino que se sigue tras de ella, y del misterio y beneficio de la sagrada Pasión, que es el único remedio contra el pecado, pues por desterrarlo del mundo padeció y murió el Hijo de Dios.

De estos postreros seis remedios trata nuestro predicador divinamente en el libro de *Audi, Filia*. Y de estos mismos se aprovecha él en sus sermones, como de remedios y medicinas eficacísimas contra el pecado, y para movernos a todo género de virtud y santidad.

Pues, volviendo al propósito, éstos son los materiales que entran en la composición de esta espiritual triaca que dijimos, con la cual se remedia el daño que de la ponzoña de aquella antigua serpiente se derivó en todos los hijos de Adán. De esta medicina, con todas las partes de que ella se compone, procuraron siempre usar los grandes Santos; la cual aplicaron al remedio de esta ponzoña y con ella de tal manera sanaron, que no sólo se libraron de todos los pecados mortales, sino también de muchos veniales; y no solamente no sentían contradición y repugnancia en la guarda de los mandamientos divinos, sino tan grande suavidad, que podía cada uno

decir con el profeta: *En el camino de tus mandamientos,* Señor, *me deleité, como en todas las riquezas.*[129]

Mas porque no es de todos usar de todos aquellos materiales que dijimos, use cada uno de los más que pudiere; porque cuanto más tomare de ellos tanto más perfetamente sanará, y tanto más libre estará de todo pecado, y más aventajado y medrado en toda virtud.

Esta es, pues, la medicina que se halla en sola la Religión cristiana, donde se enseña y platican los remedios / contra la dolencia de la naturaleza humana, y contra la tiranía y malicia del pecado. De los cuales casi nada supieron los filósofos y sabios del mundo; y por eso, aunque escribieron altamente de los vicios y de las virtudes, y se vendieron por maestros de ellas, mas ni ellos fueron virtuosos, ni hicieron tales a sus discípulos; ni tuvieron mas de la virtud que la barba prolija, y el hábito diferente con que engañaban al mundo. Porque aunque sabían mucho de la naturaleza de las virtudes, pero faltábales esta medicina, sin la cual la carne prevalece contra el espíritu, y el apetito sensual contra la razón. v.

Esto me pareció referir aquí sumariamente, que eran los medios más ordinarios de que este padre usaba para encaminar las ánimas a Nuestro Señor. Mas querer declarar todos los otros modos de que usaba para este fin, nadie sería poderoso para explicarlos, porque éstos eran infinitos, como de hombre enseñado por Dios y que siempre andaba todo absorto en este pensamiento. Porque como un muy diestro capitán, que tiene puesto sitio sobre un castillo muy fuerte y muy proveido de defensores, anda siempre ocupado en pensar por qué vía lo podrá mejor entrar, así este ministro de Dios andaba siempre ocupado en pensar diversos medios con que pudiese apoderarse del corazón humano, que es el castillo más inexpugnable del mundo; mayormente cuando es defendido por aquel *fuerte armado* del Evangelio,[130] que tan a recaudo tiene lo que posee.

129 Ps. 118, 14.
130 Cf. Lc. 11, 21-22.

[Capítulo VI

Santa muerte del P. Ávila]

Ya es tiempo que lleguemos al fin de la jornada, en la cual quiso Nuestro Señor sacar a su fiel siervo de este destierro, y darle la corona merecida por tanto número de ánimas como encaminó a su servicio,
f. 72 r. y por tantos trabajos / con tantas enfermedades de tontos años padecidas, de que tratamos arriba en la segunda parte.

Mas no quiso éste tan largo Remunerador de trabajos que la muerte careciese de nuevos merecimientos con los dolores que en ella padeció. Porque el año de 1569, por el mes de marzo, estuvo este siervo de Dios muy apretado con recios dolores de la hijada y de los riñones; y al principio del mayo siguiente, día de la Aparición del Arcángel san Miguel, su grande devoto, le comenzó un dolor en el hombro y espalda izquierda. Y pareció entonces a un padre que tenía cargo de él, que esta indisposición era muy peligrosa y muy diferente de las pasadas. Y así le preguntó: «¿Siente vuestra merced que Nuestro Señor lo quiere llevar para sí?» Respondió que no.

Otro día por la mañana vino el físico, y después de haberle visitado, entendió que estaba muy al cabo; y así lo dijo al padre susodicho, añadiendo que si tenía de qué hacer testamento lo hiciese. El Padre respondió que no tenía de qué hacerlo, porque como había siempre vivido pobre, así moría pobre. Y llegándose el médico al enfermo, le dijo: «Señor, agora es tiempo en que los amigos han de decir las verdades: vuestra merced se está muriendo; haga lo que es menester para la partida.» Entonces el padre levantó los ojos al cielo y dijo: *Recordare, Virgo Mater, dum steteris in conspectu Dei, ut loquaris pro nobis bona.* Y dijo luego: «Quiérome confesar». Y añadió: «Quisiera tener un poco más de tiempo para prepararme mejor para la partida». Estaba ahí presente la señora Marquesa, y parecióle que debía decir misa el padre susodicho que tenía cargo de él; el cual preguntó al siervo de Dios de

quién quería que dijese misa, si del Santísimo Sacramento, o de / Nuestra Señora, que eran sus especiales v.
devociones. Respondió que no, sino de la Resurrección; como hombre que comenzaba ya a consolarse con la esperanza de ella. Entonces mandó la señora Marquesa traer hachas para darle el Santísimo Sacramento. Y cuando se lo traían dijo: «¡Denme a mi Señor, denme a mi Señor!» Esto sería a las ocho o nueve de la mañana; y el dolor que había comenzado la tarde antes, se pasó a la hijada izquierda, y subió al pecho y al corazón.

Pasada casi media hora después que recibió la sagrada comunión, pidió la extrema unción; y diciéndole que aún no era tiempo, que podía esperar algo más, respondió todavía que fuese luego, porque él quería estar en todo su acuerdo para oír y ver lo que en este sacramento se decía y hacía. Y así se hizo; y esto fue a la hora del mediodía, y el dolor iba creciendo y apretándole el pecho; porque ni éste tan breve espacio quería Nuestro Señor que careciese de merecimiento, pues no había de carecer de galardón eterno.

Preguntóle entonces la señora Marquesa qué quería que hiciese por él. Respondió: «Misas, señora, misas». Llegó entonces el padre rector del Colegio de la Compañía y díjole: «Muchas consolaciones tendrá ahora V. R. de Nuestro Señor». Respondió él: «Muchos temores por mis pecados». No es razón que pasemos de corrida por todas estas palabras, pues todas son de mucha consideración. Porque, sin duda, gran jornada debe ser esta postrera; pues un tal varón, que tan aparejado estaba, pues cada día confesaba y comulgaba, dice que quisiera tener más tiempo para aparejarse; y gran juicio debe ser el de esta hora, pues éste tan grande siervo de Dios teme la tela de él y pide socorro / de misas, que sirven para alivio de las f. 73 r.
penas del purgatorio. Porque ya que tuviese algo que purgar, lo cual no se debe creer de tales virtudes y tal vida ¿no bastaban diecisiete años de tan grandes enfermedades, como está dicho? Mayormente valiendo más un día de los trabajos padecidos voluntariamente en esta vida, que muchos de las penas del purgatorio, que tienen más de necesidad que de voluntad.

Y si nos espantan estos temores en tal persona,

no menos lo deben hacer los de otros grandes Santos que así temían la cuenta de esta hora. Aquel grande Arsenio, grande en el mundo, y mayor entre los monjes del desierto, como mostrase mucho temor en esta hora, y sus discípulos maravillados le dijesen: «Padre, ¿y tú agora temes?», respondió el santo varón: «Hijos, no es nuevo en mí este temor, porque siempre viví con él». Lo mismo preguntaron los discípulos en la misma hora al santo monje Agatón, y él respondió que temía porque sabía que eran muy altos los juicios de Dios, y muy diferentes de los nuestros. San Hilarión, espejo de toda santidad, viendo que su ánima, recelaba la partida, la esforzaba diciendo: «Sal, ánima, sal; ¿qué temes? Setenta años ha que sirves a Cristo, ¿y temes la muerte?» ¿Pues qué diré del pacientísimo y inocentísimo Job, que no tenía par ni semejante en la tierra, cuánto muestra que temía la tela de este juicio, cuando decía: *¿Qué haré cuando se levantare Dios a juzgarme? Y cuando me hiciere cargo de mis culpas, ¿qué le responderé?*[131]

Pues por estos ejemplos entenderá el cristiano que los temores de este padre no sólo no son argumento de imperfección, más antes lo son de grande prudencia y perfección. Porque por esto / dijo el Eclesiástico: *Conserva el temor de Dios, y envejécete en él*[132]; esto es, aunque seas criado viejo y antiguo en la casa de Dios, no por eso dejes este temor. Y Salomón: *Bienaventurado*, dice él, *es el hombre que está siempre temeroso*[133]. Justo era el santo Simeón; mas con toda su santidad y justicia, era temeroso; porque, como dice una glosa, «cuanto más tenía que perder, tanto más tenía por qué temer». Mas en este siervo de Dios, demás de lo dicho, había otra causa para temer, que era una profundísima humildad, en la cual había él echado muy profundas raíces; la cual virtud, cuando hace al hombre tener mayor descontento de sí, tanto más le hace temer mirándose a sí, donde no ve sino defectos y flaquezas. Y con este santo temor acabó la vida este siervo de Dios, dejándonos con este clarísimo ejemplo de su temor la razón que todos tenemos de vivir y morir con él.

v.

131 Job. 31, 14.
132 Eccli. 2, 6.
133 Prov. 28, 14.

Preguntó luego la señora Marquesa dónde quería que se sepultase su cuerpo; porque su señoría y la señora Soror Ana, que lo tenían por padre de sus ánimas, como arriba declaramos, quisieran que se sepultara en Santa Clara. Mas él respondió que no, sino en el Colegio de los padres de la Compañía, a los cuales como había amado en vida, quísoles dejar esta prenda en su muerte.

Era ya la tarde, y el dolor iba subiendo al pecho; y uno de sus discípulos, que tenía un Crucifijo en las manos, se lo entregó; y él lo tomó con ambas manos y besóle los pies y la llaga preciosa del costado con grande devoción, y abrazólo consigo. Y púsole también en la mano una cuenta de indulgencias, que él tenía consigo, para que pronunciase el nombre / de f. 74 r.
Jesús; el cual pronunció muchas veces con el de la Virgen Nuestra Señora. Era ya noche, y apretábale mucho el dolor, y decía a Nuestro Señor: «Bueno está ya, Señor, bueno está». Llegó el dolor hasta las once o doce de la noche, y él perseveraba diciendo, aunque ya con la voz flaca: «Jesús, María; Jesús, María», muchas veces. Un padre le tenía el Crucifijo en la mano derecha, y otra persona la vela en la izquierda. En todo este tiempo ninguna mudanza hizo en su rostro ni en los ojos, de las que suelen hacer algunos enfermos; mas antes la serenidad de rostro, que siempre tuvo en la vida, conservó en la muerte. Y apenas estuvo un cuarto de hora sin habla, con esta paz y sosiego dio su espíritu a Nuestro Señor, pasando de la paz y sosiego de la gracia, a la que recibiría luego en la gloria, junto con la corona merecida con tantos trabajos, y tanto fruto en las almas de los fieles.

Y cuál sea el grado de gloria que allí recibiera, declara Nuestro Señor en el Evangelio diciendo: *Que el que hiciere y enseñare,* esto es, el que guardare los mandamientos de Dios y los enseñare a guardar a otros, *será grande en el Reino de los cielos*[134]. Y por este oficio se debe especial gloria y corona a los que han entendido en ayudar a salvar a otros, conforme a las palabras de Daniel, que dice: *Los que fueren justos resplandecerán como el cielo; mas los que en-*

134 Cf. Mt. 5, 19.

señan a otros a serlo, resplandecerán como estrellas en perpetuas eternidades[135].

Y esto nos pronostica en este siervo de Dios el día en que nació, que fue de la Epifanía, donde la estrella guió aquellos santos Reyes al pesebre del Salvador; pronosticándonos en esto que el niño que ese día na-
v. ció había de ser estrella resplandeciente / en la Iglesia de Dios, que había de encaminar muchas ánimas al servicio de su Criador, como consta por todo lo que hasta aquí se ha dicho. Y como nació en este día que nos representa el oficio para que Dios lo escogía, así murió el día que el santo Job acabó, según la cuenta del *Martirologio Romano*, para dar a entender que no sólo había de recebir corona de doctor, sino también de paciencia, la cual conservó tan enteramente en diecisiete años de las enfermedades que dijimos.

Fue nuestro predicador muy devoto del Apóstol san Pablo, y procuró imitarle mucho en la predicación y en la desnudez, y en el grande amor que a los prójimos tuvo. Supo sus epístolas de coro. Fueron maravillosas las cosas que de este santo Apóstol predicaba y enseñaba. Teníale singularísimo amor y reverencia; y así en las epístolas que nuestro predicador escribió le imita maravillosamente. Y es de ver que todas las veces que se le ofrecía declarar alguna autoridad de este santo Apóstol lo hacía con grande espíritu y maravillosa doctrina, como consta de todos sus sermones y escritos.

Hallará el cristiano lector en esta Vida que habemos escrito muchas cosas de que con razón se pueda edificar y maravillar; y especialmente del fervor y sed insaciable que este varón de Dios tenía de la salvación de las ánimas; la cual por tantos medios y invenciones procuraba, predicando, escribiendo cartas, ordenando Estudios y Colegios, sustentando pobres y respondiendo a todas las horas a los que venían a tomar su consejo.

f. 75 r. Pero de lo que yo más me maravillo es / ver que con toda esta muchedumbre de sus continuas ocupaciones con los prójimos, no por eso perdía aquella acostumbrada mesura y serenidad del hombre exterior, ni tampoco al recogimiento y ejercicio del inte-

135 Dan. 12, 3.

rior. Y la causa de esto parece haber sido la orden de su vida; porque el día daba a los prójimos; mas la noche, a imitación de Cristo, gastaba con Dios. Y además de esto, de tal manera trataba con los prójimos, que no perdía del todo la unión de su espíritu con Él, procurando, como enseña san Juan Clímaco, conservar la quietud interior del ánima entre la variedad y muchedumbre de los negocios del cuerpo, que es obra de varones perfectos.

Y aunque las virtudes y la vida que habemos historiado basta por milagro, pues fue tan diferente de la de los otros hombres, mas todavía sus discípulos cuentan algunos milagros suyos, los cuales no me atreví a escribir por no estar autenticados por los Ordinarios. Murió este Padre a 10 de mayo de 1569. Fue muy sentida su muerte, así de la señora Marquesa, que lo tenía por padre, como de la señora Soror Ana, que en el mismo lugar lo tenía; y toda la clerecía de las iglesias y religiones de San Agustín y San Francisco y los padres de la Compañía de Jesús llevaron su cuerpo a la iglesia de la misma Compañía, donde está sepultado en la capilla mayor, a la parte del Evangelio, y hízose en la pared un arco para poner la caja en que está el cuerpo, y una losa en la cual están escritos estos versos: / v.

MAGISTRO IOANNI AVILAE
PATRI OPTIMO, VIRO INTEGERRIMO, DEIQUE AMANTISSIMO
FILII EIUS IN CHRISTO P.

Magni Avilae cineres, venerabilis ossa Magistri,
Salvete extremum condita ad usque diem.
Salve, dive Pater, pleno cui flumine coelum
Affluxit, largo cui pluit imbre Deus.
Coeli rore satur, quae mens tua severat intus
Mille duplo retulit foenore pinguis ager.
Quas Tagus ac Betis, quas Singilis aluit oras
Ore tuo Christum buccina personuit.
Te patrii cives, te consulturus adibat
Advena; tu terris numinis instar eras.
Quantum nitebaris humi reptare pusillus
Tantum provexit te Deus astra super.

IPSE LECTORI

Avila mi nomen, terra hospita, patria coelum;
Quaeris quo functus munere? messor eram;
Venerat ad canos falx indefessa seniles
Quae Christo segetes messuit innumeras.

A.M.D.G.

Es de la lib.ª el Cob.º de Cuenca el maíz

VIDA
Y VIRTVDES
DEL VENERABLE VARON
EL P. MAESTRO IVAN DE AVILA
PREDICADOR APOSTOLICO.

CON ALGVNOS ELOGIOS DE las virtudes, y vidas de algunos de sus mas principales discipulos.

A LAS IGLESIAS METROPOLITANAS, y Catedrales de los Reynos de Castilla, y Leon en su Congregacion.

Por el Licenciado Luys Muñoz.

Con Privilegio. En Madrid. En la Imprenta Real.

Año M. DC, XXXV,

Portada de la primera edición de la *Vida* del P. Mtro. Avila escrita por el Lic. Luis Múñoz (Madrid, 1635).

VIDA Y VIRTUDES DEL VENERABLE VARON EL P. MAESTRO JUAN DE AVILA, PREDICADOR APOSTOLICO. CON ALGUNOS ELOGIOS DE LAS VIRTUDES Y VIDAS DE ALGUNOS DE SUS MAS PRINCIPALES DISCIPULOS. A LAS IGLESIAS METROPOLITANAS, Y CATEDRALES DE LOS REINOS DE CASTILLA Y LEON EN SU CONGREGACION. POR EL LICENCIADO LUIS MUÑOZ. Con privilegio. En Madrid. En la Imprenta Real. Año de M.DC.XXXV. / v. b.; f. prel. 2 r.

A LAS SANTAS IGLESIAS METROPOLITANAS Y CATEDRALES DE LOS REINOS DE CASTILLA Y LEON EN SU CONGREGACION

La historia del heroico verón el padre Maestro Juan de Avila, tan conocido y amado en estos reinos, dedico a vuestra señoría, o, hablando más propiamente, ella de su propio peso va como a su centro a sus manos; no siendo tanto elección mía (con que se disculpa mi atrevimiento) cuanto acción forzosa, porque, haciéndose en esta corte la Congregación de las santas iglesias de estos reinos, al tiempo que sale la luz la *Vida y virtudes* de este gran eclesiástico, no paréceme que daba libertad para escoger otro dueño más conveniente a esta obra, ni ella hallar acogida más a propósito que el Estado eclesiástico, a quien esta gran junta representa. Las dádivas han de tener proporción a la inclinación y gusto de la persona a quien se ofrece. ¿A quién, pues, podrá ser más agradable la historia de un sacerdote ejemplar, de un predicador apostólico, de un insigne letrado, de un perfecto eclesiástico, que a una Congregación de sacerdotes, donde la santidad, las letras, el espíritu sacerdotal florecen con tan garndes lucimientos, donde muestra en sus personas de lo mucho que queda en sus cabildos de varones de semejantes prendas? Y si los que son buenos desean ser mejores, ¿a quién se podía más acertadamente proponer el raro ejemplo de santidad de este gran eclesiástico, sus heroicas virtudes, sino a la santa Congregación de los mejores eclesiásticos, que tan particular estudio hacen de esta facultad tan importante? Siendo cierto que propuso Dios al Clero de estos reinos a este varón santo, para que le imitasen; porque, habiendo la divina providencia dado a España en nuestros días santos para

ejemplo de prelados, otros, a los religiosos, todos naturales nuestros, no quiso dejar al Estado eclesiástico sin dechado de la primitiva Iglesia, renovadas en nuestros días a nuestros ojos. Reciba, pues, vuestra señoría, este don, mirando el sujeto de que trata, no la cortedad de quien le ofrece, que espero en Dios ha de levantar de esa Congregación santa quien con acertada pluma supla mis faltas, suelde mis quiebras, que los palacios grandes raras veces se edifican de una
v. vez, suplen unos en lo que faltan otros. /

Ha sido también mi intento traer a vuestra señoría a la memoria la plática que se comenzó a mover en la Congregación pasada, cerca de la canonización de este varón apostólico, y darle también noticia del estado que he entendido tiene. En esta ilustre villa de Madrid hay una Congregación de sacerdotes naturales de ella, cuya virtud declaran sus loables ejercicios: acuden al socorro de muchos clérigos pobres, en las cárceles, enfermedades y muertes, y otras obras de gran piedad y religión. Habiendo casi cien años que el santo Maestro Ávila pasó al descanso eterno, les movió Nuestro Señor intentasen la canonización de este varón venerable. Enviaron letras a los prelados del Andalucía, y reino de Granada, donde predicó el padre Maestro, que con notable devoción y afecto acudieron a esta obra. Hiciéronse informaciones jurídicas, cuya sustancia he reducido a este volumen, remitieron la copia auténtica a Roma; ha estado, según tengo entendido, en poder del señor Cardenal Espínola, afectuoso devoto de nuestro santo Maestro; quedaron en poder de alguno de los prebendados que residen en aquella corte a negocios de las Iglesias, o por falta de correspondencia en Roma de esta Congregación, o porque las limosnas que recogen son cortas para las necesidades a que acuden; el negocio está parado, sin haber dado paso en tantos años.

En la Congregación que vuestra señoría tuvo el año de mil seiscientos y veintiocho, se propuso a instancia de un gran devoto de nuestro apostólico varón, que esta santa Congregación favoreciese con Su Santidad su beatificación y canonización. Vuestra señoría admitió con gran gusto la proposición y ofreció (son las palabras de la sesión cincuenta y tres) que la consideraría con mucha atención, para hacer todo lo posi-

ble de su parte, como era debido a varón tan ilustre y sacerdote de nuestro hábito; y para que se tuviese entera noticia del estado en que hoy está, se cometió a las santas Iglesias de Granada, Cartagena, Córdoba, Osma, para que lo supiesen.

Habiendo entendido el señor Cardenal Espínola, arzobispo entonces de Granada, y el cabildo de esta santa Iglesia, que la Congregación había con tanto celo prometido ayudar esta beatificación, lo agradecieron con cartas; y encarece la del cabildo el fruto grande que el venerable Maestro hizo en Granada con su ejemplo y predicación, y cuanto se debe desear su beatificación, y que particularísi- / mamente estimará f.prel.3r. las diligencias que en orden a esto hiciere la Congregación, y que de su parte hará cuantas parecieren convenientes para conseguir este intento; son palabras de la sesión setenta y nueve y noventa y ocho. A que añado, que la santa Iglesia de Córdoba, por el año de seiscientos y veintitres, remitió a Su Santidad de Urbano Octavo un memorial latino muy grave y docto, pidiendo esto mismo, cuya copia tengo en mi poder. Este estado ha tenido hasta ahora este negocio.

Vuelve segunda vez el padre Maestro Juan de Ávila, a presentarse al celo, piedad y religión de vuestra señoría; y que este libro sirva de memorial de servicios que este ilustre varón, honor del Clero de España, hizo a la Iglesia, que son juntamente méritos gloriosos, que le hacen digno de esta honra, que se le pretende. No intento por él que haga vuestra señoría mayor estima de la persona del padre Maestro Ávila; que esa tengo por cierto que es suprema; sólo doy noticia de sus cosas, que apriete las voluntades y avive la devoción. Acudirá también a solicitar esto mismo con vuestra señoría la religiosa Congregación de los sacerdotes naturales de esta villa, a quien en discurso aparte aliento al mismo intento; y, poniendo el hombro todos, den feliz remate a esta empresa tan honrosa, que puede alcanzar a todos la gloria de proseguirse y acabarse.

Muchas veces con los príncipes se suele presentar el desamparo de la persona que pide, para que la falta del valimiento la suplan con su clemencia. A este título puede esta pretensión hallar grande acogida en el religioso pecho de vuestra señoría; solo ha ganado

las voluntades de todos, fomentando el medio de esta generosa y gloriosa hazaña, que, obligando con este medio a este varón tan santo y, como cree la piedad cristiana, tan gran amigo de Dios, le tenga propicio en el cielo, mayormente en los aprietos presentes, en que tanto necesita de abogados en aquella corte. El santo, como tan gran eclesiástico, ha de interceder por los suyos; suyos por tantos títulos. Nuestro Señor prospere a vuestra señoría en su santo servicio, y dé
v. en todo felicísimos sucesos. /

A LA VENERABLE CONGREGACIÓN DE LOS SACERDOTES NATURALES DE ESTA NOBLE VILLA DE MADRID Y EXHORTACIÓN A PROSEGUIR LA BEATIFICACIÓN DEL PADRE MAESTRO JUAN DE ÁVILA

Es condición muy conocida de Dios, Congregación venerable, cuando ve la perdición de algunos tan rematada que no ha de tener reparo, acudir a buscar a otros, con cuyo bien se consuele; repárase su bondad de los daños espirituales de los malos, o las mejoras de sus siervos, descansando en ellos su corazón lastimado del castigo que apercibe a los que por su mal le dejan. Siempre el partido de Dios queda saneado, suelda las pérdidas de los unos con las dichas y ventajas de los otros; de esta verdad hay muchos lugares en la Escritura Sagrada, pruébanla muchos ejemplos en las Historias; bastará este a mi intento.

Arrojó la Picardía en Francia, mejor dijera el infierno, un Juan (con sentimiento habré de decir, Calvino), hombre de tan pérfidas y abominables costumbres, que, siendo cura de su pueblo, un caso infame le obligó a dejarle; pasó a Alemania y otras partes, donde, habiendo bebido los errores que corrían, volvió con esta mercaduría a Francia, donde por sí, y otros hombres perdidos, sus discípulos, sembró lastimosamente sus errores, ningunos más perniciosos. Llenó los campos de armas, sangre y muertes; de almas, el infierno; correspondiendo en todo a su doctrina, su vida abominable, sensual, nefanda.

Por este mismo tiempo puso Nuestro Señor en su querida España otro Juan, nuestro venerable Maestro Ávila, tan opuesto en todo a aquel hereje, que parece fue el consuelo y desahogo de Dios y de su Iglesia, de los aprietos en que le pusieron las maldades de aquel monstruo. Dejó el padre Maestro Ávila su patria con el motivo más alto que puede un sacerdote apostólico; caminó por diferentes partes en provecho de las almas, recuperando en España, por sí y por sus santos discípulos, los estragos que su contrario hacía en Francia; parece sin duda fue su opuesto, como el gran Basilio de Arrio, san Agustín de Pelagio, santo Domingo de los Albigenses. Cuanto mi conjetura ha

alcanzado, no hay tres años de diferencia de cuando el venerable Maestro Ávila comenzó a predicar el Evangelio, o impugnarle su contrario. Persuadiráse fácilmente la verosimilitud de este pensamiento, el que tuviere noticia de los principales errores del heresiar-
f.prel.4 r. ca. Hallarálos tan impugnados en la do- / trina y vida de nuestro santo Maestro, que en las cosas que el enemigo puso más esfuerzo, en estas el padre Maestro Ávila se mostró más acérrimo defensor de la verdad. El mismo cotejo se hallará en las vidas: una correspondencia notable entre los vicios de aquél, virtudes y santidad del nuestro. Ofendería a los oídos católicos referir los encomios y alabanzas que de este maestro de mentira han publicado los suyos, semejantes a él en el error y vida; mas la bondad de Dios, que tan a su cuenta tiene el honrar a sus siervos, no ha querido que los hijos de la luz se dejen aventajar de los de las tinieblas, y con particular providencia ha movido los ánimos de esta venerable Congregación de sacerdotes a procurar al sacerdote apostólico el mayor honor que puede darle el Sumo Sacerdote de la Iglesia, declarándole por santo, empresa que parece ha encargado Nuestro Señor a la piedad y religión de esta Congregación tan ilustre, porque, aunque la obligación de servir y honrar los santos toca a todos, porque se sirve a su dueño, parece faltaba[n] en esta Congregación las consideraciones que concurren en muchas ciudades y comunidades, cabildos y personas ilustres del Andalucía y reino de Granada, a quien el santo varón había obligado con su predicación y el ejemplo de su vida y continuos beneficios; y es cosa muy para repararse que, en casi cien años después las manos en cosa tan sagrada, haya ofrecido de su corto caudal esta pequeña ayuda, cuanto más debe esperarle de dos Congregaciones tan ilustres, en quien la piedad, la religión, el celo, ha de obrar efectos muy felices de la gloria de Dios, que es muy grande en hacer santos, y le es agradable servicio procurar que se declaren los que tuvieron tan gran felicidad, que les escogió Nuestro Señor por sus amigos, para manifestar en ellos sus grandes misericordias; sobre esta Congregación lluevan copiosísimas. En pago de éste mi trabajo pido se acuerden de mí en sus santos sa-
f.[prel.5]r. crificios y oraciones. /

PRÓLOGO AL LECTOR

Este libro, lector católico, trae su recomendación en el título, porque el amor y estima que todos tienen al padre Maestro Juan de Ávila le prometen buena acogida. ¿Quién oye el nombre de este varón apostólico sin un afecto ternísimo? ¿Quién hay que no le tenga un cordial y afectuoso amor? ¿Quién, que no se deshaga en su alabanza? ¿Qué hombre espiritual, que no deba su aprovechamiento a sus escritos? ¿Quién, que no tenga un alto concepto de su santidad? No sólo en las ciudades y pueblos del Andalucía, que deben tanto a su celestial enseñanza, y donde está tan viva y agradable su memoria; empero, en las más remotas partes del orbe cristiano, donde llegan sus libros, se venera su nombre, llamándole todos a boca llena santo, con un común aplauso, con que entro animoso a publicar su vida y sus virtudes, prometiéndome ha de caber alguna parte de tan gran benevolencia al escritor, a todos visos tan desigual y insuficiente.

Mas, ofrécese luego, al primer paso, una dificultad insuperable, un tope casi imposible de vencerse. ¿Cómo hay quien se haya atrevido a tocar donde puso la pluma el santo y venerable padre fray Luis de Granada? ¿Quién, a escribir el argumento mismo? Es la gloria mayor del padre Maestro Ávila, la aprobación más sólida de su santidad, haber merecido tan de su feliz tránsito al cielo, no haya habido en aquellas provincias quien haya hecho un pedimiento para hacer información de su vida, ni dado un paso en obra tan meritoria; reservó Dios a esta Congregación santa empresa tan gloriosa, para que las obras de religión

y caridad en que se ocupan alcanzasen hasta los santos del cielo.

Las gracias de esta obra tan loable no las sabrán dar mis palabras; Dios derramará la suya, y el santo Maestro alcanzará de su divina Majestad, en premio de este servicio, mucho de aquel espíritu que él tan abundantemente gozó. Si bien esta Congregación ha dado principio a esta obra, se ha reconocido siempre por quien ha hecho justa estimación del caso, que la principal obligación tocaba a todo el Estado eclesiástico de España, a todas las iglesias catedrales de estos reinos, siéndoles tan grande honor tener varón tan insigne dentro de su gremio. Esta razón me ha movido a suplicar se prosigan las informaciones que, de orden de esta Congregación, se dieron a las santas
v. iglesias metropolitanas y catedrales de es- / tos reinos en la Congregación que al presente se está haciendo en esta corte. La beatificación de un santo es negocio tan dificultoso como muestra la experiencia; son menester muchas ayudas y fuerzas para llevarle hasta el fin. La autoridad de todas las Iglesias y clero de estos reinos es muy grande y hará gran peso en la consideración del Pontífice; es mucha la mano y correspondencia que tienen en la corte romana; el gasto, cuando fuese alguno, puede hacerse fácilmente con una corta contribución entre tanto número de cabildos y eclesiásticos; tienen agentes en Roma, donde residen algunos prebendados, a quien podrán encomendarlo, con que este negocio ha de tener breve y fácil expediente. A todo esto ha de dar vida la diligencia y cuidado de esta Congregación, instando continuamente con el Estado eclesiástico a proseguir lo comenzado en su Congregación pasada. Y haciéndose esta santa compañía, serán tan copiosas las ganancias, que salgan todos ricos. Espero en Dios ha de mover el corazón de todos a una amigable concordia, para llevar a efecto esta gloriosa empresa. Y esme muy gran motivo a la esperanza el haber dispuesto Nuestro Señor que un seglar, por tantos caminos indigno de poner ilustre coronista, de quien en esta ocasión con toda verdad puede decirse lo que santo Tomás de Aquino cuando halló escribiendo a san Buenaventura la vida de san Francisco: «Dejemos al santo escribir del santo». En opinión de muchos el espíritu del padre fray Luis

de Granada no fue inferior al del padre Maestro Ávila. Muestran cuál fue sus celestiales escritos, por los cuales el oráculo de la Iglesia, Gregorio XIII, no le da menos aprobación que si hubiera dado vista a ciegos, resucitado muertos. Con que no he alcanzado qué pudo ser el motivo del licenciado Martín Ruiz de Mesa, capellán del Consejo, benemérito devoto de nuestro apostólico varón, que, habiendo el año de mil y seiscientos diez y ocho impreso con mucho aumento las obras del padre Maestro Ávila, poniendo al principio esta *Vida*, que escribió el padre fray Luis, no le nombra por autor, con que algunos han pensado / que v.
él fuese, privando al padre Maestro, en su impresión, de esta gloria.

No trato de disculparme en todo, porque conozco mi yerro; sólo quisiera dorarle en parte, si pudiese. El muy reverendo padre fray Luis de Granada, en los discursos que escribió de la *Vida* del padre Maestro Ávila, fue su intento principal describir un predicador apostólico, con las calidades y partes que le componen, sacadas todas de la doctrina, y vida de san Pablo, y probar que todas ellas habían concurrido en el santo Maestro Ávila, y así desde el principio de la obra discurren en este argumento, probando admirablemente que el venerable Maestro fue un retrato del Apóstol (guardaba la proporción debida al Maestro de las gentes). Va poniendo las partes que ha de tener un perfecto predicador, y aplicando la doctrina a nuestro santo; y de segunda intención, da alguna enseñanza a los predicadores, refiere el fruto de los sermones del santo Maestro Ávila, y sus virtudes, sacadas por la mayor parte de sus escritos. Este intento tan felizmente conseguido se ha de venerar con muchos veriles y con muchos velos. Fue digno de la erudición y espíritu del venerable Maestro fray Luis de Granada, a cuya santidad, doctrina y elocuencia es corta la mayor alabanza, ninguna es encarecimiento. Dejando, pues, entero este argumento, que no es de mi profesión y estudios, mi jornada en esta obra va por diferente camino, sin tocar aquella senda, si bien es forzoso ir a su vida, para no perderme a cada paso.

Prosigo en mi descargo. La religiosia Congregación de los sacerdotes naturales de esta noble villa de Madrid, movida de un impulso, al parecer, divino, deseo-

sa de hacer a Dios un gran servicio, ha tratado de la beatificación del santo Maestro Ávila. Escribió a todos los obispos de Andalucía, reino de Granada y Jaén, despachando comisiones, para que se recibiesen testigos de la vida y virtudes de este apostólico varón; hiciéronse con mucha costa suya, que ha remitido a Roma, donde está el negocio, necesitado éste dueño. Recogióse lo que pudo, y que no había puesto en olvido el tiempo, enemigo de que no puede valerse, aun lo más sagrado. Por mi devoción al santo Maestro Ávila, o, lo más cierto, por entretenerme un rato, deseé ver estas informaciones, que me dieron con licencia de recopilarlas. No corresponde la materia al gran volumen, porque son muchos los testigos que deponen uniformemente, si bien fue forzoso verlos todos; hallé cosas dignas verdaderamente de memoria,
f.[prel.6]r. no sólo de las obras y virtu-/des del padre Maestro Ávila, sino también de sus discípulos y de otras personas que llegaron a gran perfección de vida; mies toda que pertenece a este labrador del cielo, fruto de sus sudores. No hallé inconvenientes por entonces en recoger algunas cosas más particulares y notables, merecedoras de la noticia común para nuestro ejemplo, y disponerlas en la forma ordinaria, con que se escriben historias; y [pensé] sería algún servicio a ambos santos, si a aquel retrato del padre Maestro Ávila, si bien perfecto, hecho en lámina pequeña por tan valiente pintor, se le echase un marco, aunque fuese desigual, que sirviese al adorno y la decencia.

Es sin duda que el padre Maestro fray Luis, como él dice en el prólogo, tuvo sólo unas memorias que los padres Villarás y Juan Díaz, discípulos del padre Maestro Ávila, le remitieron a Portugal, donde había mucho tiempo que residía; y aunque tuvo conocimiento antiguo con el padre Maestro Ávila, habían pasado años que no se veían. Reconocióse luego, como lo afirman personas de aquel tiempo, que los memoriales fueron cortos, y que era mucho más lo que dejó de escribirse, si bien por la gran reverencia que justamente tenían al padre fray Luis de Granada, no quisieron que se hiciese por entonces novedad. Aunque hubo un hombre grande, que se ofreció a escribir más dilatada historia, pareció al padre Villarás, que bastaba para el crédito de su Maestro, el haber escrito

cualquiera cosa el padre fray Luis, y juntamente.

No paró aquí el encogimiento de aquel tiempo. No hubo quien intentase que se recibiesen informaciones de la vida del santo Maestro Ávila, que, a hacerse entonces esta diligencia con la presteza que ahora se usa, se reparara un gran daño; porque sin duda se ha perdido un gran tesoro, que, a deponer los discípulos y otras personas que trataron de cerca al santo Maestro, fuera sin duda su historia de las cosas grandes que hubiera en la Iglesia, y así tengo por cierto que es muy poco lo que he escrito, respecto de lo que fuera, a haberse hecho las informaciones cincuenta años antes que se hicieron. Reparar, pues, este daño en la forma que se puede, valiéndonos de las probanzas nuevas, de libros que después han salido, en que se hace mención de algunos hechos del padre Maestro Ávila, no creo que puede parecer atrevimiento, siendo tan diferente el asunto, tan diversos sin duda los argumentos.

Vemos, sobre esto, que es muy ordinario escribirse las vidas de santos por diferentes autores, como se van describiendo, y averiguan- / do sus cosas, sin que v.
se haya reparado en ello; antes se ha estimado, y alabado mucho. Y porque son más notorios los ejemplos modernos (que de lo antiguo se pudiera decir mucho), traeré algunos. Habiendo escrito su vida la gloriosa santa Teresa de Jesús, el padre doctor Ribera, de la Compañía de Jesús, sacó otro volumen muy docto y pío, como lo fue el autor del argumento mismo; y, después, el muy ilustre señor don Diego de Yepes, obispo de Tarazona, publicó un gran libro de la vida de la misma santa, que fue recibido con muy grande aceptación. El padre fray Miguel Salón, de la Orden de San Agustín, compuso el libro de la vida del santo fray Tomás de Villanueva, el limonsero arzobispo de Valencia; y, después de hechas las pruebas para su canonización, dobló el volumen, digno de suma estima y veneración. De san Carlos, en Milán, escribió una historia grave el padre don Carlos Bascapé, y otros fueron sacando diferentes sumarios de las acciones de este gran prelado; no se embarazó con esto el doctor Juan Pedro Guisano, para de todos, y de las informaciones, sacar un gran volumen, con que se tiene muy particular noticia de las cosas del santo Cardenal. De

san Ignacio de Loyola escribió el padre Pedro de Ribadeneira y otros. Ahora el padre Andrés Lucas casi ha doblado la historia. Y más en nuestros términos, habiendo el padre fray Luis de Granada escrito la vida del beato fray Bartolomé de los Mártires, arzobispo de Braga, que anda en la cuarta parte de la *Corónica* de su Religión, los padres fray Luis de Cacegas y fray Luis de Sousa aumentaron pocos capítulos a un volumen de seis libros; poco todo para varón tan grande. Así que esta acción en sí ni es nueva ni reprehendida, antes loable; sólo para la dificultad en la infinita distancia que hay entre las personas, y esto también puede ser parte de descargo, que cuando hay tan gran desigualdad salta la emulación, y otras consideraciones, que suele hacer la acción ociosa, y en mi cortedad sólo ha habido una devoción piadosa, digna de perdón, o de disimularse. No hay que admirar que discurra tanto en esto, que es bocado que no ha podido digerirse en sesenta años.

Ha sido, pues, mi intento poner en forma de historial lo que he podido juntar de las virtudes y vida y maravillosos hechos del santo Maestro Juan de Ávila. No niego ha crecido el cuerpo; no es mucho en tantos años; el alma que le da vida es lo que escribió el padre fray Luis, que va esparcido por todo este volumen;
f. [prel. 7] r. y, porque tenga alguna razón, / uso ordinariamente de sus palabras; y para que también esta historia sepa a algún espíritu. Pudiera ponerlas de diferente letra, para que se leyeran con más gusto; suélense marear muchos con estas diferencias de letras, sin forzosa necesidad. Sea la regla que lo que al lector le pareciere bien, téngalo por del padre fray Luis de Granada, o de otros. Lo que mal (que no puede ser mucho) esto es mío. Hablo con esta limitación, porque casi cuanto va en este volumen es ajeno, porque en las informaciones han dicho muchos religiosos graves de la Compañía de Jesús, algunos doctores de la Universidad de Baeza, sacerdotes y otras personas pías, de cuyos dichos se ha tejido esta labor, usando de sus palabras, de manera que apenas tengo más en esta obra que haber puesto en el lugar que me ha parecido, las cosas que, en sí buenas, habrán podido perder por esta causa; que muchas veces las flores se ajan en las manos de quien las compone.

Ha sido pues mi deseo hacer a Nuestro Señor este pequeño servicio, y a su siervo este agasajo, y obligarle para que el día de la necesidad me sea propicio (es cada día); manifestar la gloria de la religión católica, que produce tales hijos; dar esta honra a España; este ejemplo de virtud al clero; hay poco de los nuestros escrito en este género, no porque no haya habido sacerdotes seglares insignes en virtud, dignos de la memoria de los hombres, mas porque hay pocos que cuiden de estas cosas, y, como no deja familia religiosa, olvídanse presto de ellos.

La verdad de la historia puedo asegurar es grande (ni son materias en que no se haya de usar de sumo rigor en esta parte); no hablo de lo que va inserto en ella, de lo que escribió el padre fray Luis y otros, de que no puede dudarse. Lo demás que va añadido, está probado con número grande de testigos, algunos de vista, que alcanzaron al venerable varón. Raras son las cosas que se apoyan en el dicho de un testigo de oídas, mas a personas de crédito, pero tan ajustadas a lo verosimil, y a lo que fue, que con seguridad me ha parecido ponerlas. A que añado otra razón que convence cualquier juicio, y es que la fuerza de su verdad las ha hecho permanecer tantos años.

Recibe, lector benévolo, este trabajo, y pues de suyo es loable, venza cualquier otro respeto de menor consideración, y por lo menos no juzgues hasta haber leído de todo punto el libro, y si tu alma sintiere algún provecho, da a Dios la gloria y encomienda a su divina Majestad al que ha puesto en esta obra algún desvelo. / v.

APROBACIÓN DEL MUY REVERENDO PADRE LORENZO DE APONTE, DE LA SAGRADA RELIGIÓN DE LOS CLÉRIGOS MENORES.

Por comisión del señor licenciado don Lorenzo de Iturrizarra, vicario general de Madrid, he visto y leído con atención el libro de la *Vida y virtudes del venerable Maestro Juan de Avila*, compuesto por el licenciado Luis Muñoz; y, habiéndola leído con cuidado, he dado infinitas gracias a nuestro Señor, haya despertado tales ingenios a poner otra vez más patente y en claro la vida de un varón santo, de un predicador verdaderamente apostólico, de uno no solo maestro de almas, pero maestro de sus maestros, que por tal siempre le he tenido y respetado, pudiendo dar fe que en sus libros tan excelentes siempre hallé toda la doctrina que buscaba para mi y para las personas que estaban a mi cargo; doctrina, digo, toda llena, y de peso; sus sentencias son columnas fuertes, sobre las cuales puede estribar cualquier edificio. *Manat ab antiquis;* la coge de las fuentes perennes de los apóstoles y santos, y en particular se echa esto de ver en lo que toca a enseñanza de oración y frecuencia del Santísimo Sacramento, digno por esto de toda alabanza, como, por su vida y predicación, honra de toda la clerecía de España; merecedor de que ella ponga los últimos esfuerzos con la Santísima Sede, que le honre en la Iglesia, para que, con la debida y pública adoración, quede calificada vida tan santa, predicación tan apostólica, escritos que tienen más de divino que humano. El autor la escribe con sumo primor, verdad, piedad y elocuencia, sin ningun tropiezo; el cual, con su historia particular, volviéndole en vida, sacándole del rincón de la Andalucía, y proponiéndola a todo el mundo, hará como dice el gran Basilio, *Oratione in Gordianum Martyrem:* «Ut quemadmodum ex igne naturaliter emicat splendor, et ex unguento quoque praestandi difunditur odor, sic ex sanctorum commemoratione gestorum, ad omnes proveniat utilitas». Pues ni tal llama ardiente, como el padre Maestro de Avila, ni tal bujeta de olor suavísimo, como su santa vida, lástima que el mundo de por sí no la oliese ni la conociese. Conózcala ahora por su Historia, digna de toda aprobación y licencia, désela vuestra merced, que bien puede. De Alcalá, enero 15, de 1634 años.

f.[prel.8]r Lorenzo de Aponte, de los Clérigos Menores. /

APROBACIÓN DEL SEÑOR DON FRAY JUAN BRAVO DE LAGUNA, DEL ORDEN DE SAN AGUSTÍN, OBISPO QUE FUE DE UGENTO, EN EL REINO DE NÁPOLES, YA DIFUNTO, VARÓN DE GRAN TALENTO, LETRAS Y VIRTUDES, DE CONSUMADA ERUDICIÓN EN TODO GÉNERO DE ESTUDIOS, INSIGNE PREDICADOR, DIGNO DE TODA VENERACIÓN Y UNA MEMORIA LOABLE.

Por comisión de Vuestra Alteza he visto este libro que el licenciado Luis Muñoz ha escrito de la *Vida del venerable*

Maestro Juan de Avila, predicador o apóstol del Andalucía; cuya es aquella celebrada sentencia: Los escritos son una imagen o retrato del autor. Por la lección de estos conociera yo luego al dueño, en quien ha muchos días reconozco una inclinación piadosa a las vidas de los santos, y que en la diligencia para escribirlas no olvidará el estudio para imitarlas, porque, como dijo san Agustín, nuestro gran padre, es la veneración que ellos más estiman: «Summa religio est imitari quem colis». La materia y forma de esta historia, no solo no contiene cosa contra la fe y buenas costumbres, antes bien es provechosísima, importante, llena de ejemplos y consejos de perfección, con una doctrina segura, espiritual, alentadora a toda virtud. El estilo es limpio, suave, exhortatorio, propio, resuelto y claro, en tanta alteza de argumentos. Persuádome fácilmente que el autor, con este trabajo, obligó al santo Maestro a que le socorriese con su espíritu, como lo suele hacer la divina gracia con los devotos de los santos. Sacará el lector católico, entre otros grandes motivos de dar muchas gracias a nuestro Señor, que a tan alta cumbre de perfección levantó a quien tan desembarazadamente y con tanto fervor le sirvió, como este varón apostólico. Tengo por cierto que la lección de esta vida ha de ser para enmienda de muchas, y para que los que no son espirituales, traten de serlo y los que lo son se perfeccionen, y sobre todo para mucha gloria de nuestro Señor, autor de toda santidad. En Madrid, 17 de marzo de 1634 años.

Fray Juan Bravo de Laguna,
Obispo de Ugento / v.

Suma del Privilegio

Concedióse licencia al licenciado Luis Muñoz para imprimir el libro de la *Vida y virtudes del venerable padre el Maestro Juan de Avila*, y privilegio, por espacio de diez años, para que ninguna persona le pueda vender y imprimir sin su licencia, pena de cincuenta mil maravedís, y las demás penas contenidas en la prematica, como más largamente se contiene en el dicho privilegio, despachado en el oficio de Francisco de Arrieta, escribano de cámara de su Majestad. Su fecha, en Madrid, a diez y nueve días del mes de mayo de mil y seiscientos y treinta y cuatro.

Fe de Erratas

Este libro intitulado *Vida y virtudes del venerable Maestro Avila*, está bien y fielmente impreso con su original. Dada en Madrid, a 9 días de febrero de 1635.

El licenciado Murcia de la Llana.

Tasa

Yo, Francisco de Arrieta, escribano de cámara de su Majestad, y uno de los que en su Consejo residen, certifico y doy fe que, habiéndose visto por los señores del dicho Consejo un libro intitulado *Vida y virtudes del padre Maes-*

tro Juan de Avila, predicador apostólico, compuesto por el licenciado Luis Muñoz, que, con licencia de los dichos señores del Consejo fue impreso, tasaron cada pliego, de sesenta y cuatro que tiene el dicho libro, a cuatro maravedís y medio, que, al dicho precio, monta doscientos y ochenta maravedís con el principio y fin de dicho libro, y que a este precio, y no a más, mandaron se venda, y que esta tasa se ponga al principio de cada uno de los que se imprimieren; y para que de ello conste, de mandamiento de los dichos señores del Consejo, dí el presente en Madrid, a trece días del mes de febrero de 1635.

Francisco de Arrieta.

ORACIÓN QUE USABA EL VENERABLE
PADRE MAESTRO JUAN DE ÁVILA, COMPUESTA POR SU DEVOCIÓN

Todopoderoso y sempiterno Dios, yo protesto delante de vuestra divina Majestad que nada soy y nada valgo, y que si algo tengo, Jesucristo, mi Señor, me lo ganó. Bendito seáis Señor, que me disteis tal Hijo, que me reconcilió con tal Padre. Al arcángel san Miguel pido me alcance gracia para conocer el tesoro que Jesucristo, mi Señor, me ganó. Amén.

[DEDICATORIA DE LA SEGUNDA EDICIÓN]

Al eminentísimo Señor don Pascual de Aragón, cardenal de la santa Iglesia de Roma, del título de Santa Balbina, protector de España, embajador que fue de Roma, virrey y capitán general del reino de Nápoles, Inquisidor General de los reinos de España, y ahora arzobispo de Toledo, primado de las Españas, canciller mayor de Castilla, del Consejo de Estado de Su Majestad, y de la Junta universal del Gobierno etc.

Segunda vez sale a la luz la *Vida del venerable y apostólico varón el padre Maestro Juan de Avila*, que con tanto acierto dio a la estampación el licenciado Luis Muñoz. Y en esta ocasión tendrá mayores lucimientos debajo del patrocinio de vuestra eminencia, esplendor mayor de la Iglesia, y primero de nuestra España. Con tal relevante apoyo y feliz auspicio, es sin duda se avivarán los deseos, se alentarán los afectos, y se animará la devoción, para que sin tanta lentitud se camine en las informaciones de su beatificación, teniendo vuestra eminencia tan a los ojos el ejemplar del excelentísimo señor Pedro de Aragón, duque de Segorbe y Cardona, hermano de vuestra eminencia, que, con tanta solicitud y veneración a sus reyes, consiguió de la clemencia del universal Pastor el culto y aclamación de santo, después de tantos años de olvido, de nuestro santo rey don Fernando, acción tan plausible que quedará inmortalizada en los corazones de todos los españoles. Y si la publicación de la santidad de un rey santo corrió por las instancias de un príncipe secular, vasallo suyo, la de un venerable sacerdote, también santo, hijo del arzobispado de vuestra eminencia, debe correr por las de un príncipe eclesiástico, para que, si la Andalucía con

más estrechos vínculos se ve obligada, por tener el tesoro del cuerpo del santo rey don Fernando, la misma Andalucía duplique su obligación por tener en Montilla el cuerpo del venerable padre Maestro Avila; con que, a un mismo tiempo, rendirá obsequiosa las gracias a dos hermanos que solicitaron sus grandezas, por ser ramas que tejieron las invictas coronas de los Córdobas, y estar el cuerpo del venerable Maestro Avila debajo de la jurisdicción y señorío del excelentísimo señor Marqués de Priego, sangre tan propia de vuestra eminencia; cuya memoria será devoto estímulo para el adelantamiento de causa tan piadosa y que tantos la desean. Solicítanlo y procúranlo con repetidas instancias las muy ilustres y santas iglesias metropolitanas de los reinos de Castilla; todas las de Andalucía, que con influjo inmediato gozaron de sus frutos. Pídelo la venerable Congregación de sacerdotes de esta corte, ¿y quién es el que no lo desea? Y sin temeridad se puede decir, que lo piden a Dios los muchos santos, a quienes con sus consejos prudentes, exhortaciones celosas, espíritu ardiente y predicación apostólica, movió y promovió a serlo tanto que hoy gozan ellos no sólo de la gloria del cielo sino aun también algunos de la accidental que los resulta de la pública aclamación de la Iglesia militante, de que él carece, por falta de diligencias, como una santa Teresa, san Pedro de Alcántara, san Francisco de Borja, san Juan de Dios, y otros muchos que se verán referidos en el hilo de su milagrosa vida.

En esta consideración pongo a los pies de vuestra eminencia esta *Vida*, para que, con su autoridad y grandeza, esfuerce, ampare y patrocine el desempeño ilustre del Estado sacerdotal, que, por tan solo y faltarle comunidades que lo adelanten, quedan muchas santidades y perfecciones sepultadas, por faltarles un Elías celoso, que las resucite. Y pues en el venerable padre Maestro Avila concurrieron tantos, que no sólo fue santo, sino que hizo a muchos santos con su predicación apostólica, como ya los tiene declarados la Iglesia, sea vuestra eminencia el único patrón y abogado, para que tenga el Maestro la gloria y exaltación entre los fieles, que ya gozan y tienen sus discípulos.

El afecto celoso que tengo a varón tan perfecto, me ha parecido dar otra vez a la estampa este libro, teniendo por único y especial interés el que se publiquen sus heróicas virtudes y se dilate por el mundo la noticia de su vida ejemplar, para idea de todos los sacerdotes; y dedicarle a vuestra eminencia para que fomente con instancias su beatificación e infunda en todos sus súbditos esta cordial devoción. Sírvase nuestro Señor de fijar en el corazón de vuestra eminencia este dictamen tan de su servicio y veneración de tan apostólico varón, y se sirva también de guardarle para bien de España, y de su Iglesia, patrocinio de los santos y honra de sus criados, como deseo.

Eminentísimo Señor,

Criado de vuestra eminencia, q. s. p. b.,

Bernardo Sierra. / f. 1 r.

Reproducción del grabado que adorna la *Vida del B. Avila por el Licenciado Luis Muñoz.* Madrid 1635.

[LIBRO PRIMERO]

VIDA Y PREDICACIÓN DEL PADRE MAESTRO JUAN DE ÁVILA

De la patria del padre maestro Juan de Ávila

Capítulo I

Una de las mayores dignidades a que Dios ha levantado al hombre, es hacerle órgano de su divina voz y oráculo del Espíritu Santo; no reparando para cosa tan grande valerse de un instrumento tan vil, como una lengua de carne, obrando por este medio sus grandezas y consiguiendo sus glorias (discurso de nuestro gran Maestro).[1] El primero en quien este espíritu obrador y vivificativo de los ayentes se aposentó llenamente, fue Cristo Nuestro Señor, que, engendrando por la palabra hijos a Dios y muriendo por ellos, mereció aquel ilustre título de *Padre del siglo venidero*.[2] Sus riquezas comunicó a los hombres, sin que hubiese parte de sus tesoros que no les franquease; dióles espíritu para ganar los perdidos, compasión para traer las almas enajenadas de su Criador; comunicóles el don de la palabra viva y eficaz para dar vida a los que les oyesen y para que a gloria suya pudiesen gozar también de aquel honroso título de padres del espíritu y poder decir osadamente con el apóstol san Pablo: *Por el Evangelio os he engendrado*.[3] Las primicias de este soberano don, de esta divina / eficacia de v.
palabras, gozaron los apóstoles sagrados y los doctores de la Iglesia, que fueron el alma del mundo que yacía

1 Cf. Carta 1: *Obras completas*, I, 257.
2 Is. 9, 6.
3 1 Cor. 4, 15.

miserablemente muerto en tantos errores y pecados. Y aunque en todos los siglos ha enviado Dios a su Iglesia maestros y predicadores, que guíen a los fieles en la verdadera religión católica y les enseñen las sendas de la virtud y los despeñaderos de los vicios, mas con particular misericordia en algunas ocasiones ha favorecido a los mortales, enviándolos algunos varones apostólicos de excelente santidad, de poderoso espíritu, que en alguna manera renovasen aquellos siglos de oro de la primitiva Iglesia.

De esta felicidad gozó en la edad de nuestros padres la ilustre provincia de Andalucía, porción más fértil de España, en la predicación del varón divino el venerable Maestro Juan de Ávila, a quien comunicó la liberal benignidad de Dios con larga mano aquella viva y eficaz palabra que gozaron los siglos apostólicos. Su espíritu, su doctrina y santidad encaminaron al cielo innumerables almas y a él le adquirieron inmarcesibles coronas.

Los hechos más señalados de este varón insigne, que no ha podido dar al olvido por su grandeza el tiempo, pretende recoger a este volumen mi corto y débil talento, para la mayor gloria de Dios y de este varón santo. Y porque hazañas tan gloriosas, virtudes tan ilustres, sean también ejemplo a los siglos venideros. ¡Oh, si alguna corta parte de aquel rayo divino, que ilustró el entendimiento de este doctor santo, de aquel espíritu que movió la lengua y mano de este grande orador, de este escritor sagrado, se dignase de favorrecer mi intento, para que mis palabras correspondan en parte a la grandeza del asunto! Suplícote, soberano Señor mío, pues acostumbras para obras grandes valerte de flacos y viles instrumentos[4], me des el vigor de tu espíritu y dirección de tu gracia, para que acierte a describir los hechos y las virtudes heroicas de este gran siervo tuyo, que, confiado en tu misericordia,
f. 2 r. emprenderé hazaña tan desigual a mis fuerzas. /

Fue la patria del venerable Maestro Juan de Ávila la noble y muy leal villa de Almodóvar del Campo, puesta en el de Calatrava, de donde tomó renombre. Es del arzobispado de Toledo, primado de las Españas, población favorecida del cielo. Ha producido va-

4 Cf. 1 Cor. 1, 27.

rones tan ilustres que cualquier de ellos pudiera hacer dichosa la mayor ciudad del orbe. Cuenta esta villa entre sus naturales, o por haber nacido, o traer de allí su origen, a aquella sonora trompeta del Evangelio, el padre fray Alonso de Lobo, de la Orden Seráfica en su primer vigor, varón verdaderamente apostólico, cuya predicación en lo mejor de Europa redujo a mejor vivir innumerables almas; pobló los monasterios y llenó los claustros sagrados; y en los más obstinados pecadores su voz, rayo sagrado, alumbró de manera sus tinieblas que conocieron y siguieron la verdad: no pueden los más encarecidos encomios igualar al gran concepto que comunmente se tiene de este heroico varón.

No es inferior adorno de esta villa el padre Martín Gutiérrez, de la Compañía de Jesús, varón de grande espíritu y letras y superior talento en el gobierno de almas; ocupó los mayores puestos y estima de su religión en la provincia de Castilla. Constó su vida de un ejercicio continuo de todas las virtudes; fue muy devoto de la Santísima Virgen, que le favoreció con mercedes grandes; aparecióle diversas veces; y , siendo rector, le daba avisos de algunas cosas secretas en orden al buen gobierno de sus súbditos; y consolóle en una grande aflicción que tuvo por un testimonio que le levantaron. Siendo prepósito de la casa profesa de Valladolid, fue eligido con otros religiosos para hallarse en la Congregación general que se hacía en Roma, para dar sucesor al excelentísimo duque, después perfecto religioso, el santo Francisco de Borja. Haciendo su jornada por la Francia, fue preso con sus compañeros por unos bandoleros luteranos, y llevados a un castillo, donde los trataron como suelen a los sacerdotes de la Iglesia. En esta prisión, [de] donde no pensaron salir vivos, le dio un dolor de costado, que en cinco días le pasó al cielo. Previ- / nole Dios con v. grandes sentimientos. Mostró en esta ocasión su gran fe, paciencia y constancia. Tuvo ocho días antes revelacióndo su muerte. Dióle la buena nueva su gran Patrona María. Murió cumpliendo su obediencia, confesando entre los enemigos de la Iglesia ser su verdadero hijo. Luego que expiró —caso raro— entró en aquella prisión una matrona venerable que amortajó el cuerpo. Creyóse piadosamente fuese la Virgen San-

tísima, o alguna mujer santa, de orden suya. Enterráronle junto a una iglesia, donde solía estar una cruz: de este lugar treinta años después le sacó la piedad de los suyos y trujo a España, y colocó aquellos huesos venerables al lado del Evangelio de la Casa Profesa de Valladolid, con un honroso epitafio. La gloriosa santa Teresa le vio en el cielo con aureola de mártir y entre los suyos le pone su religión con opinón de hombre santo.

Dio más dilatado vuelo el padre Antonio Critana, de la misma Compañía. Pasó al Japón, donde por espacio de treinta años predicó entre los gentiles la fe de Cristo, a la cual convirtió innumerables almas. En tan largo tiempo padeció grandes persecuciones y trabajos. Hizo copioso fruto, que halló junto en el cielo. Murió en aquellas provincias, perseverando hasta el fin en vocación tan heroisca.

No elogio breve, corta sí será la más dilatada historia que se empleare en aquel varón del cielo, el muy reverendo padre fray Juan Bautista de la Concepción, el primero que renovó la vida de los que profesaron la regla primitiva de la religión sagrada de la Santísima Trinidad. Fue varón apostólico, de admirable caridad, obediencia rara, pobreza singular y prodigiosa penitencia. Fue su vida un cúmulo de todas las virtudes, que en él resplandecieron en grado heroico. Tal convenía que fuese el que había de ser la piedra fundamental de tan ilustre edificio y ejemplar de perfección a tan santa, tan penitente, tan religiosa familia, que en tan breve tiempo ha producido tantos varones de gran santidad. Durmió en el Señor en Córdoba, en
f. 3 r. catorce de febrero de 1631, donde se venera su / cuerpo claro en milagros, como lo fue en virtudes, honor de su patria, la dichosa villa de Almodóvar.

Resplandece entre sus esclarecidos hijos el venerable sacerdote Juan Fernández, que empleaba su vida en enseñar la doctrina cristiana en el reino de Granada a aquellos incrédulos miserables. En la ocasión del infeliz levantamiento, le cogieron los moros y le pasaron una navaja muchas veces por la cara y con ésta y otras inauditas crueldades acabaron aquella santa vida, que se empleaba tan en beneficio suyo, poniendo este mártir santo al lado de tantos confesores que ilustran esta noble villa.

Don Juan Fernández de Portillo, obispo de la Vera Cruz, el doctor Pedro de Almagro, catedrático de Prima jubilado en la Universidad de Baeza, hombres de grandes letras y virtudes, fueron naturales de Almodóvar; y otros doctos y santos varones, a quien pudiéramos —a ser profana esta historia— dar iguales hombres en las armas de la nobleza de esta ilustre villa, que han hecho heroicas hazañas y derramado su sangre en defensa de la santa fe católica y servicio de sus reyes.

Florece la religión cristiana con raras demostraciones en los naturales de esta villa. Son muy dados al culto divino y su celebración. Los sacerdotes imitan las iglesias catedrales. En el resto del pueblo se halla una piedad nativa sustentada en congregaciones pías, con que se alientan a la virtud. De aquí sus dichas, y por ventura su primer origen de una devoción admirable a la Reina de los cielos: consérvase una hermandad más ha de docientos años, dedicada a la Concepción purísima de María. Celebran este misterio con solemnes fiestas, a que exceden las que hacen a Cristo Sacramentado. Tal es el suelo que produjo nuestro varón apostólico, que colmó con sus hechos y virtudes las felicidades de su patria. / v.

Padres, nacimiento y niñez del padre Maestro Juan de Ávila

Capítulo II

Fueron los padres de nuestro venerable Maestro, Alonso de Ávila y Catalina Gijón, de lo más honrado y lustroso de Almodóvar, de familia pura y limpia, sin mezcla de aquella sangre, que una gota dicen que inficiona mucha buena; en nuestro vulgar, «cristianos viejos», de limpieza asegurada, muy bien puestos de hacienda, y, lo que más importa, temerosos de Dios y observantes de su ley, cuales convenía que fuesen los que tal planta habían de producir.

Habían pasado días en su bien conforme matrimo-

nio sin tener hijos. Deteníanse de suerte que pudieron ocasionar grandes deseos en la honesta matrona. Acudió con su piedad al Señor de la naturaleza, que sólo puede alegrar con la fecundidad a las mujeres. Después de muchas devociones y ruegos, tomó por intercesora a la gloriosa santa Brígida, yendo en romería trece días a pie y descalza, con una soga ceñida a lo interior del cuerpo, a visitar una ermita, donde se apareció una imagen de esta santa, puesta en una sierra muy áspera, poco distante de Almodovar. Pedía como otra Ana un hijo, que se dedicase a Dios y a su servicio. A pocos días, después de esta romería, sintió prendas de que Dios la había oído. Concedióle otro Samuel, hijo de lágrimas y oraciones[5], que desde sus tiernos años asistiese en su templo.

Nació el venerable Maestro Ávila día de la Epifanía, Pascua solemne en la Iglesia, en que la estrella guió aquellos santos Reyes al pesebre de Belén, donde conocieron y adoraron al Salvador del mundo, con feliz pronóstico de que el niño que en este día nació había de ser estrella resplandeciente en la Iglesia de Dios, que había de encaminar a muchas almas al servicio de su Criador, como en el discurso de esta historia se irá viendo.

Consérvase hasta hoy la casa en que nació, y se venera la pieza en que gozó de esta luz. Muchos religiosos y seglares, y personas graves que pasan por
f. 4 r. Almodóvar, visitan este aposento, / y, arrodillados con devoción y lágrimas, besan el suelo, dando gracias a Dios, que les ha dejado ver lugar que gozó de tanta dicha.

El día del bautismo, como el año, ha borrado el tiempo; mas, si como es ordinario, fue el octavo, en que celebra la Iglesia el bautismo de Cristo por el gran Bautista —de donde por ventura le llamaron Juan—, no es de menor misterio, porque este dichoso niño había de ser una clamorosa voz de Dios en el desierto del mundo, imitando al mayor de los nacidos en austeridad de vida y predicación, reduciendo a tantos pecadores al bautismo de la penitencia.

Voz es entre su gente recibida que, todo el tiempo que duró el preñado, no podía Catalina comer los

5 Cf. 1 Reg. 1, 1 ss.

jueves y viernes más que una vez al día, y que, si lo intentaba, no lo sufría el estómago y lo volvía; y que, nacido el niño, sola una vez tomaba el pecho estos dos días, novedad que dio pena al principio, temiendo ser enfermedad, hasta que desengañó el tiempo. Esto aseguran los antiguos de Almodovar, y muchas matronas ancianas, que conservan con mayor tenacidad estas piedades. No tuvieron otro hijo. Hizo Dios a Catalino con uno solo fecunda: uno dicen que pare la leona, pero león. Criáronle sus padres cristiana y cuidadosamente en santo temor de Dios, enseñándole la dotrina y obligaciones cristianas, en que su blando natural, como una cera, recibía en lo bueno fácil enseñanza. Vivió niño con tal modestia y cordura que pudo ser ejemplo a los ancianos.

No llamaré virtudes las de la niñez, sino unos impulsos o prisas de la divina gracia, que se anticipa a la naturaleza, y prorrumpía impaciente entre lo imperfecto de la edad. Así lo vemos en los que tiene Dios escogidos para grandes siervos suyos. Experimentóse en nuestro Juan, con quien nacieron de un parto la gravedad de costumbres, la obediencia y rendimiento a sus padres, la penitendia, los ayunos, la misericordia con los pobres, la piedad con Dios, la oración, la inclinación a la Iglesia. Apenas tenía cinco años cuando le hallaban fuera de la cama, / echado en v. unos sarmientos en el suelo, o unas tablas. Desde este tiempo comenzó a usar de este regalado lecho. Si tardaba en recogerse a casa, le habían de hallar sus padres rezando en un rincón de la iglesia. Cuentan que, siendo muy niño, le hizo su madre un sayo de terciopelo negro con guarnición pajiza, que él rehusaba ponerse; yendo a la escuela, encontró un día a un pobrecico de su edad, muy mal parado; vistióle su sayo galano, y tomando el sayo roto del pobre, fue a los ojos de su madre, que le dijo: «Hijo, ¿cómo traes ese sayo?, ¿qué es del tuyo?» El respondió: «Madre, aquel es mejor para aquel niño, y este para mí». En aquella tierna edad se encerraba y tomaba disciplinas, continuaba el ayunar jueves y viernes, que había comenzado desde el vientre. Decía su buena madre, que ignoraba la mano que movía estas acciones: «¿Qué pecados ha podido cometer mi hijo para que haga tanta penitencia?»

Ya mayor era su trato con gente religiosa y docta, frecuentaba con mayor asistencia las iglesias, sacramentos, sermones; mostraba gran inclinación al culto divino, empleándose en obras de virtud; huía de compañías y tropiezos que pudiesen amancillar la candidez de su ánimo y su gran honestidad; de manera que, desde su niñez y tierna edad, comenzó a dar muestras de la gran santidad para que Nuestro Señor le había escogido, sin que jamás se entendiese, en todo el discurso de su vida, hiciese cosa reprehensible, antes todas dignas de muy grande alabanza, y que prometían lo que después se vio con gran colmo cumplido.

Sus estudios

Capítulo III

Habiendo felizmente conseguido los primeros estudios, que abren puerta a los mayores, siendo de catorce años, le envió su padre a Salamanca a estudiar Leyes, con los intentos honrosos que se desvanecen tantas veces. Poco después de haberlos comenzado se le descubrió con mayores resplandores aquella divina luz, que hace santos a los dichosos a quien Nues-
f. 5 r. tro Señor la comunica. Íbale trayendo a / sí con un particularísimo llamamiento, con que le eran poco gustosos los estudios de la jurisprudencia. Acudía a sus lecciones, y mucho más estudiaba la ciencia de los santos, de que solo es Dios maestro. Vivió con gran virtud en Salamanca. Solía decir después, cuando predicador y docto en las ciencias sagradas contaba estos sucesos: «¿Y cómo, o para qué se me daban a mí las negras leyes?».

Volvió a las vacaciones a casa de sus padres, y, como persona tocada de Dios, les pidió le dejasen estar en un aposento apartado de la casa, para con quietud darse del todo a Dios. Concediéronsele sus padres, porque era raro el amor que tenían. En este aposento tenía una celdita muy pequeña y pobre, donde comenzó a hacer vida muy recogida y áspera

penitencia; la cama eran unos haces de sarmientos, continuos los ayunos, la comida poca y desabrida; añadía cilicio y disciplinas y largas horas de oración todos los días; era su vida la de un monje en el desierto. Sus padres sentían tiernamente este tenor de vida, tan contrario al amor que tenían a su hijo; mas no lo contradecían, considerando, como temerosos de Dios, la merced que en esto les hacía. Perseveró en estas costumbres santas casi tres años. Confesábase muy frecuentemente. Comenzó su devoción por el Santísimo Sacramento; y así muy de ordinario asistía muchas horas en oración en su presencia. Comulgaba con mayor frecuencia que se usaba en aquel tiempo, con gran devoción y reverencia. Estas acciones de tan grande ejemplo fueron de suma edificación, así a los clérigos como a los demás del pueblo; que virtud tan grande en tanta mocedad llevó los ojos y los afectos a todos.

Acertó a pasar por Almodóvar un religioso de la Orden de San Francisco, varón de vida ejemplar, que, admirado de tan anciana virtud en tan floridos años, animó al mancebo prosiguiese sus estudios, mudando la facultad, y aconsejó a sus padres le enviasen a estudiar a Alcalá las Artes y Teología, para que con sus letras pudiese mejor servir a Nuestro Señor en su Iglesia.

El consejo pareció del cielo y así lo mostró el suceso. Par- / tió a Alcalá, donde estudió las Artes. v.
Fue su Maestro en ellas el gran padre fray Domingo de Soto, insigne en religión y letras. Mostró con brevedad la gran delicadeza de su ingenio, acompañada de una rara virtud. Ganó el amor de su maestro, que hizo tal estimación de su talento, que decía que, si siguiera las escuelas, fuera de los sujetos aventajados en letras que hubiera habido en España. Fue ejemplo a sus condiscípulos, que estaban edificados de su proceder y modestia. En este tiempo ganó con su virtud la amistad de don Pedro Guerrero, que después fue arzobispo de Granada, ilustre prelado por su santidad y letras. Caminaban a un paso en los estudios, y duróle siempre la efición, y favoreció mucho, cuando arzobispo, las cosas del venerable Maestro, que se lo pagó colmadamente en las admirables advertencias que le dio para el gobierno de su iglesia. Antes de

acabar sus estudios fallecieron sus padres. Prosigiólos; oyó la sagrada Teología; estudióla exactamente; salió de los más aventajados de su curso, así por la grandeza y delicadeza de su ingenio como por la diligencia y cuidado del estudio. Duró en Alcalá por muchos años el buen olor de sus virtudes. Y los mayores maestros y doctores de esta Universidad las proponín por ejemplo a los estudiantes de Almodóvar, cuando no veían en ellos el buen suceso y modestia, que admiraron en el Maestro Juan de Ávila. El que más pregonaba sus virtudes fue el doctor Garnica, obispo que fue de Osma. A varones tan grandes obligó a veneración con sus costumbres.

Ordénase de sacerdote

Capítulo IV

Acabados felizmente sus estudios, trató luego de conseguir el intento a que los había encaminado, de dedicarse a Dios y al servicio de su Iglesia. Tuvo particularísima vocación de Dios al estado santo del sacerdocio. Entró por la puerta de una recta intención de consagrarse al divino culto y ser una hostia viva, agradable a los divinos ojos, por medio de los órdenes sagrados, cumpliendo exactamente las obligaciones que pide dignidad tal alta. No le llevaron los ojos
f. 6 r. las rentas / eclesiásticas al que dejó con brevedad las propias; no conseguir dignidades, teniéndose por colmadamente honrado con la sublime de ser sacerdote de Cristo; no la estimación de los hombres, mas ser familiar a Dios; que los que entran en la Iglesia por aumentos y conveniencias temprales, raras veces son buenos eclesiásticos, ni el principio torcido se endereza: de aquí la ruina de innumerables sacerdotes.

La disposición para recibir los sacros órdenes comenzó desde los años que pudo tener conocimiento de la dignidad sacerdotal y las cosas sagradas, que amó y reverenció desde muy mozo, con una propensión particular al culto divino. Mas la preparación más in-

mediata fueron unos deseos encendidos, con un temor reverencial y un profundo conocimiento de su insuficiencia, con larga oración y penitencias. Recibió los santos órdenes humilde y reconocido, y confiando en Dios le había de dar gracia para el cumplimiento de tan apretadas obligaciones.

Esta preparación fue tan rara y con el tiempo tuvo tan gran nombre, que muchos, a su imitación, con la noticia que tuvieron de lo que en esta ocasión hizo el venerable Maestro, se prepararon para decir la primera Misa con varios ejercicios de oración, actos de humildad, mortificación, recogimiento y penitencias. Y se animaban unos a otros para semejantes ejercicios por este gran ejemplo.

Habiéndose ordenado, quiso decir la primera Misa en Almodóvar, por honrar los huesos de sus padres y consolar sus deudos. Decíanle sus amigos hiciese alguna demostración honrosa, como se acostumbra en estas ocasiones; mas el santo y cuerdo mancebo, el día que dijo su primera misa, como quien tenía más altos pensamientos, trujo a su casa doce pobres, vistiólos, lavóles los pies, dióles de comer cumplidamente, sirviólos a la mesa, agasajólos, hizo con ellos otras obras de piedad, acción que admiró y edificó a todos, juzgando prudentemente que los festejos han de tener proporción con las cosas, por / qué se hacen. Con la v. acción más santa, con el misterio más venerable, con la mesa en que el manjar es Dios, ¿qué conveniencia tienen los banquetes, las más veces profanos, o en que muchos se portan profanísimamente?

Fue el padre Maesto Ávila uno de los grandes, perfectos y santos sacerdotes que ha tenido la Iglesia en nuestros tiempos. Comunicóle el Espíritu Santo una gran luz, con que alcanzó un alto conocimiento, en grado muy excelente, de la dignidad y oficio sacerdotal, la pureza, la santidad que pide, y cuáles son las propias obligaciones de este estado. Éstas cumplió tan perfecta y cabalmente en todo el discurso de su vida, que fue un raro ejemplo de las virtudes sacerdotales. Y cuantos preceptos y instrucciones dan los santos y doctores de la Iglesia a los que han sido llamados a este santo ministerio, las ejecutó exactamente. De esto es comprobación el discurso de esta historia, en particular el libro tercero, donde se describen

sus virtudes, y allí tiene su lugar la estimación que hizo del estado sacerdotal, de su dignidad y su excelencia.

Determina dejar a España y su suceso

Capítulo V

Conociendo el nuevo sacerdote que los talentos que Nuestro Señor le había dado de letras y conocimientos grandes, no ellan sólo en orden a sí mismo, sino para bien de los prójimos, cuya enseñanza en las cosas del espíritu, es oficio propio de los ministros del altar, abrasado de un ardiente celo de la honra de Dios y salud de las almas, deseaba emplear sus fuerzas, letras y talentos en su beneficio y edificación. Cuidadoso deliberaba del lugar en que había de poner por obra sus intentos. Ofreciósele las Indias, mies copiosa, por parte donde había más trabajo, más necesidad, menos honra y aplauso de mundo, y allí emplearse todo en la conversión de la gentilidad con denuedo de entrar por la tierra tan adentro que, en pago de sus servicios, pudiese esperar un glorioso martirio: que el ardor grande de amor que abrasaba ya su corazón, no se contentaba con menor correspon-
f. 7 r. dencia. /

El matalotaje que previno para su jornada fue procurar las expensas evangélicas, que para el oficio de predicador se requieren. Éstas señaló Cristo nuestro bien a los suyos cuando dijo: *Si alguno no renunciare todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo*[6]. Ejecutó el varón apostólico, antes de su partida, este consejo evangélico; vendió toda la herencia de sus padres; repartióla a los pobres, sin reservar para sí más que un humilde vestido de paño bajo. En lo cual también cumplió lo que el Señor dijo a sus discípulos, cuando les envió a predicar por el mundo, mandándoles *no llevasen bolsa, ni alforja*,[7] sino sólo la fe y confianza en Dios; porque con esta provisión nada les

6 Lc. 14, 33.
7 Cf. Lc. 10, 4.

faltaría. Lo cual se cumplió muy bien en el venerable Maestro Ávila, porque, todo el tiempo que vivió, ni poseyó nada, ni quiso nada, ni nada le faltó; mas antes, siendo pobre, remedió a muchos pobres y pudo decir lo del Apóstol: *Vivimos como pobres, mas enriquecemos a muchos*, y *como quien nada tiene y todas las casas posee*[3]. Protestó también con este hecho que no pasaba a las Indias a adquirir hacienda con el Evangelio; que dotrina interesada más llena la bolsa que los cielos. Dio con esto el primer paso de la perfección evangélica, profesaba en su mayor rigor; saliendo vitorioso en el primer combate, vendiendo lo que tenía, dándolo todo a los pobres; con que facilitó seguir desembarazadamente a Cristo, virtud de Dios y su sabiduría, y ejercitar todas las virtudes y en particular aquellas que conducen a la persuasión de la dotrina y son propias del predicador apostólico.

Ofreciósele comodidad para su intento en el pasaje a las Indias del Obispo de Tlaxcala, que gustó llevarle en su compañía. Vino para esto a Sevilla, donde esperaba tiempo para su navegación, a que se iba previniendo; mas Nuestro Señor, que le tenía escogido para diferente empleo, y muchas veces declara su voluntad, imposibilitando la nuestra, impidió la jornada de este modo. En este tiempo que esperaba embarcación, iba todos los días a decir misa a una iglesia de Sevilla; decíala con gran devoción y reverencia y copiosas lágrimas. Concurría en / esta iglesia un ejem- v.
plar sacerdote, su nombre Hernando de Contreras. Florecía a la sazón en la ciudad con gran opinión de santidad; sus virtudes y vida tienen su lugar en esta historia. Reparó este varón santo en la persona del padre Maestro Ávila; arrebatóle los ojos su modo de decir misa. Movido, pues, de lo que veía, y de la modesta gravedad del venerable Maestro, comenzó a comunicarle, visitóle algunas veces, supo el intento que tenía, descubrió el fondo de las letras y virtudes, su talento y espíritu, y en particular el celo de la salvación de las almas, que dificultosamente podía disimularse; parecióle con particular luz del cielo, como lo mostró el suceso, sería servicio de Nuestro Señor muy agrable el detenerle en España, y así trabajó mu-

8 2 Cor. 6, 10.

cho para que mudase de propósito, asegurándole que harto había que hacer en el Andalucía, sin pasar tantos mares. El empleo que ya tenía en su jornada y los grandes bienes que de ella se prometía, no le dejaban desistir de su propósito, ni dejar la compañía del Obispo. Acudió el padre Contreras a don Alonso Manrique, arzobispo de Sevilla, Inquisidor General. Dióle la noticia de lo que había comprehendido de la persona y partes del Maestro y cuán gran fruto se podía esperar, si quedaba en su arzobispado; persuadióle que le mandase llamar y obligase por obediencia a que se quedase. Supo este gran prelado cuánto debe estimarse y procurarse un buen obrero, sin los cuales es imposible cumplir tantas obligaciones como corren por cuenta de un prelado. Hizo llamarle, comunicóle mucho, fuése aficionando grandemente, insistió por muchos días se quedase, a que resistía el Maestro: tan empeñado se hallaba en los deseos de publicar y predicar la fe a los idólatras y hacer en esto grandes servicios a Dios. Después de muchas razones que en esto pasaron, el Espíritu Santo, que por los pontífices declara muchas veces su voluntad, le mandó con precepto de santa obediencia que se quedase en su arzobispado. Obedecióle el Maestro, y levantando los ojos y espíritu al cielo dijo: «Pues vos, Señor, no os servís de que yo pase por ahora
f. 8 r. a las Indias, hágase vuestra voluntad». / Preguntándole después al Arzobispo qué le había movido a impedir con tanta instancia el viaje al padre Maestro Ávila, respondió que por no privar a las ovejas de su arzobispado de la dotrina, santidad y buen ejemplo de un tan insigne varón, y que más necesidad tenía España de virtud, santidad y letras que las Indias, donde por la mayor parte bastan unos virtuosos sacerdotes, que enseñen dotrina con buen celo.

Mandóle después el Arzobispo que predicase. Excusábase como nuevo en aquel oficio. Por la instancia y respeto al prelado hubo de animarse y predicar. El sermón fue en la iglesia de San Salvador, día de la Madalena. Quiso asistir el Arzobispo, con que se juntó un copioso auditorio, gran parte de gente principal. Fue éste el primer sermón. Hallóse antes de subir al púlpito apretado grandemente de una pesada vergüenza y encogimiento natural. Volvió en este trance

los ojos a un crucifijo, y con tierno afecto le dijo estas palabras: «Señor mío, por aquella vergüenza que vos padecisteis cuando os desnudaron para poneros en esa cruz, me quitéis esta demasiada vergüenza, y me deis vuestra palabra, para que en este sermón gane alguna alma para vuestra gloria». Y así se lo concedió Nuestro Señor. Fue uno de los grandes sermones que predicó en su vida, y de más provecho. Dejó los oyentes grandemente maravillados, viendo el espíritu y fervor con que predicó.

Prosiguió con este feliz principio con el mismo fervor y ardiente espíritu, moviendo grandemente los corazones de los que le oían, comenzó su predicación de los veinte y ocho a los treinta años de su edad. Ganó a su comunicación al padre Contreras, y algunos clérigos virtuosos, que le trataron mucho y se aprovecharon de su dotrina. Predicaba también en los hospitales; eran copiosos los auditorios. Comenzó asimismo a dar orden en las escuelas de los niños y predicar la dotrina cristiana por las plazas; y en estos ejercicios perseveró en Sevilla por algún tiempo; que, por ser el más antiguo de su predicación, se tiene poca noticia de sus efetos, que sin duda fueron grandes. / v.

Es muy digno de saberse cómo lo pasó en Sevilla en el tiempo que esperaba embarcación y comenzó a predicar y no era tan conocido. Preguntándoselo un discípulo suyo, le respondió que moraba en unas casillas con un padre sacerdote, sin tener nadie que le sirviese; y así, cuando iba a decir misa, pedía a algunos de los que allí se hallaban que le ayudasen a Misa. Y, en cuanto a la comida, dijo que comía de lo que pasaba por la calle: leche, granadas y fruta, sin haber cosa que llegase a fuego; y que algunas personas devotas le hacían algunas veces limosna, con que lo compraba. Éstos fueron los regalos del nuevo predicador; poco se mejoraron cuando más conocido y estimado: tiene su abstinencia lugar en el tercero libro.

Denuncia del Padre Maestro Ávila en el Santo Oficio y su suceso

Capítulo VI

Honroso y meritorio es el oficio de predicador, y igualmente de peligro. Consagróle con su persona Cristo Nuestro Señor, que no sabemos dijese más de una o dos veces Misa; bautizó sólo una vez o pocas más, según dicen algunos; mas en los tres últimos años de su santísima vida predicaba cada día, y en algunos muchas veces. Éste fue el oficio de los Apóstoles, de los discípulos del Señor, de los doctores de la Iglesia y es propio de lo prelados y obispos, sus sucesores, que, como pastores, han de sustentar su ganado con dotrina sana y fiel. El mérito es grande, el fin altísimo: resucitar las almas, encaminarlas al cielo, cooperar a la salvación de los hombres, alumbrar su ignorancia, sazonar las costumbres, librar de errores, animar los pusilánimes, hacer los hombres ángeles. Son los que edifican la Iglesia, pueblan el cielo. Éstas son las estrellas que *resplandecen en eternidad perpetua;*[8 bis] los que, por la enseñanza, adquieren aureolas celestiales, y obrando y enseñando, son grandes en el reino de los cielos.

Por otra parte, son los peligros igualmente grandes, porque, si el predicador no cumple con lo que pide su oficio, si procura, o no huye, el agrado de los hombres;
f. 9 r. si atiende al regalo del / oido y deleitar el entendimiento del oyente antes que a mover la voluntad, y cuida de la cultura de palabras más que de las costumbres, y, en fin, si con la agudeza de los conceptos, se predica más a sí que a Jesucristo, es evidente el riesgo y un modo de alevosía pesada. Semejable (dice nuestro gran Maestro en una carta) al que fuese a decir a una doncella que la quería por mujer el hijo del rey, si ella quería dar consentimiento; y el tal mensajero granjease para sí la que había de ganar para el hijo del rey. De esta predicación tan aseada y tan culta, sin vigor y sin espíritu, decía el venerable padre

8 bis Cf. Dan. 12, 3.

Gaspar Sánchez, de la Compañía de Jesús, ilustre intérprete de la Sagrada Escritura, varón de gran santidad, que era la mayor persecución que padecía la Iglesia de Dios en estos tiempos. Van dilatando su imperio la ambición y la avaricia, y los vicios deshonestos. La usura y la simonía, disimuladas con un honesto traje, pasan entre los contratos y donaciones lícitas, sin haber quien les diga una palabra. La profanidad, los trajes, brotan sensualidad; por no nombrarse no se reprehenden. El olvido de Dios y de sus leyes dan clamores al cielo: han pasado a muchos hombres los trajes y vicios de las mujeres. Los tiempos nunca peores; un día de escándalo, un siglo es de perdición. Todo va caminando en tinieblas; la lumbre de la razón, escurecida con el humo de la vanidad. Los sentidos atropellan las potencias. El apetito se ha alzado con el navío. Las públicas costumbres, perdidas. No hay detener el raudal de la relajación; llévase los remedios tras de sí, si Dios no pone remedio. Cada uno se busca a sí, y se halla, que es lo peor. Aquello que es sustentar con el cuidado de muchos al todo, pereció. Tratan los particulares de sus particulares; desvanécense lo público. Vase perdiendo muy aprisa todo, no sólo en lo temporal sino en lo eterno, que el dispendio de las vidas ya es poco respeto de la ruina de las almas. Crecen en las costumbres los vicios y totalmente triunfa lo insolente de lo honesto. La mentira se burla de la verdad; el cuerdo y recatado es ya risa de las gentes. Tiene la soberbia a la humildad en cadena, y errada como esclava a la razón. / Los vicios extraordinarios ya son v.
comunes. El pie se asienta seguramente sobre lo que antes tembló la tierra al pisarlo. No causa el vicio desprecio, sino aprecio; aplaudido el malo, como pudiera el bueno. Grandísimos pecados ya son galanterías, y bizarría el escándalo. Los nombres de las cosas acreditan las maldades, extenúan los delitos. La honra un tiempo embaró del pecado; ya se fue conquistada del poder, vencida por el dinero. Las ofensas de Dios se aumentan; ni los castigos nos mejoran, ni los escarmientos nos avisan. Sordos como en las riberas del Nilo sus habitadores al ruido con que desembocan sus aguas. La Corte, cabeza de la Monarquía, trae con su grandeza a sí los vicios de todo el orbe; como ríos cau-

dalosos la inundan en perdición. Al estruendo de las cosas temporales ensordecemos, y, cuando bien se siente el golpe común, pasa brevemente con el divertimiento el dolor, y con el dolor la enmienda. La religión padece gran persecución de nuestras culpas. Afligen mucho nuestros pecados la Iglesia. Perseguido de los católicos Cristo con los pecados, poco menos que de los herejes, con las armas y los libros, y con circunstancias de mayor dolor. Dejamos a Dios y déjanos a nosotros; resistimos a su voluntad y déjanos en la nuestra. Mal servido está de nosotros Dios poderoso y enojado: ni cuando nos castiga le tememos, ni cuando nos perdona le amamos.

Esto se sufre decir del estado de las cosas: la enmienda y el reparo de tan grandes males corre en gran parte por cuenta de los predicadores, sal son de esta corrupción, medicina de estas llagas, luz de tantas tinieblas. No se curan dolencias tan peligrosas con lenitivos suaves de canciones desleidas; cauterios piden, rigor, fuego. Dice Dios a cada predicador con su proporción lo que al profeta: *Ecce dedi verba mea in ore tuo, ecce constitui te hodie super gentes, et super regna, ut evellas, et destruas, et disperdas, et dissipes, et aedifices, et plantes.*[9] Y quiera Dios no alcance a nuestro siglo la lamentable voz de Jeremías: *Prophetae tui viderunt tibi falsa, et stulta, nec aperiebant iniquitatem tuam ut te ad poenitentiam*
f. 10 r. *provocarent*[10]. / Y esto por seguir el pueblo, que les dice: *Nolite aspicere nobis ea quae recta sunt, loquimini nobis placentia, vide[te] nobis errores.*[11]

Por el extremo contrario no son pocos los riesgos del predicador cristiano, si se predica de veras. Danse a muchos pesadumbres, malas nuevas, ríase con poderosos; en fin, son centinelas y atalayas, que si dan con la bocina el aviso de enemigos, suelen caer en sus manos. ¡A cuántos hemos visto arrojados por el enojo de un príncipe, o recelos del privado, y pasar en un rincón los más floridos años de su vida, defraudando a la Iglesia de talentos de importancia; castigados, mereciendo loa! ¡A cuántos han llevado al Santo Oficio oyentes ignorantes, o malévolos! Y muchos

9 Ier. 1, 10.
10 Thren. 2, 14.
11 Is. 30, 10.

más son los denunciados, a los que el Santo Tribunal no llama por el gran tiento con que en estas materias se procede. Y afirma un experimentado que, si los inquisidores hubiesen de llamar todos los predicadores denunciados por oyentes ruines, no habría quien predicase. Éstos son los más ciertos gajes de los que predican desengaños y verdades, aun cortesana y prudentemente dichas. Costóle al Bautista una verdad la cabeza, y muchas a Jesucristo la vida, y raros de cuantos han ejercitado este oficio apostólico apostólicamente, han dejado de haber padecido mucho; mas hales dado Dios muy grandes premios.

Fue el venerable Maestro Ávila insigne ejemplo de estas experiencias; predicaba con celo y espíritu del cielo; afeaba los vicios, reprendía las costumbres; decía con viveza las verdades evangélicas, las sentencias de los santos y doctores de la Iglesia, con aquella sinceridad y llaneza que ellas tienen, mas dichas con tal vigor que eran unos dardos penetrantes, arrojados con un valiente brazo. Ofendidos algunos presumidos, que acaso imaginaron que de intento se asestaban a sus vicios, le denunciaron en el Santo Oficio, en el tribunal de Sevilla. Calumniando las proposiciones, o exagerándolas, o torciendo el verdadero sentido, decían que cerraba la puerta de la salvación a los ricos (como si la facilitara el Evangelio), y otras cosas de esta calidad, y acaso más pesadas. / v.

Prehendiéronle hasta averiguar la causa: duro golpe en un hombre honrado. Piérdese de contado la opinión con muchos que no saben o no quieren distinguir entre la prisión y la sentencia, que, aun favorable, cura agramente el crédito. Lo estrecho y desacomodado de la cárcel, la soledad y otras penalidades son de mayor aflición que en el mundo pueden suceder a un hombre de discurso, mayormente tan conocido, y de tan gran opinión. Portóse en esta ocasión el varón santo con una rara paciencia y sufrimiento, y una confianza en Dios maravillosa, con tanta paz y quietud de ánimo, que espantaba a los mismos oficiales. Fuese el proceso fulminando con el tiento que usa el Santo Tribunal. La defensa que hizo fue dejar la causa a Dios, confiar que en tales manos no padecería su inocencia. Aconsejábale el maestro Párraga, de la Orden de Santo Domingo, varón de grandes letras, edad

y santidad, que tachase los testigos. Dándole muy concluyentes razones para hacerlo, no pudo conseguirlo. Respondía estaba muy confiado en Dios y en su inocencia, y que él le salvaría, pues Dios Nuestro Señor, como dice san Agustín, *no ama y desampara*[12], mayormente en el tiempo de la tribulación; antes en el psalmo, hablando del varón justo dice con él esto: *Y en la tribulación librarlo he y glorificarlo he*,[13] como se verificó en este siervo suyo.

Esforzábase la calumnia de los contrarios con tan poca resistencia; mas Nuestro Señor no faltaba; asistióle en la prisión, y le hizo señaladas mercedes: en particular, lo que estimó en gran precio, fue darle un alto conocimiento del misterio de Cristo, esto es, de la grandeza de la gracia de nuestra redención, y de los grandes tesoros que tenemos en Cristo, para esperar, y grandes motivos para amar y para alegrarnos en Dios y padecer trabajos alegremente por su amor. Estimó toda su vida por dichosa esta prisión, pues por ella aprendió en pocos días más que todos los años de sus estudios: tan grande premio tuvo el padecer por la justicia y hacer con fidelidad su oficio.

La causa se fulminó, teniendo el campo por suyo
f. 11 r. sus contra- / rios, esforzando su calumnia sin la más ligera oposición del reo. Cuentan que, estando muy adelante el pleito, le dijo uno de los jueces: «Padre Maestro, su negocio está en las manos de Dios»; queriendo decir estaba en muy peligroso estado. Él con gran confianza en la providencia y misericordia divina, con un semblante alegre respondió: «Nunca ha tenido mi negocio mejor estado; hasta aquí han hecho los hombres, ahora hará Dios». La sinceridad de sus palabras, aquella seguridad y modestia, que mostraban indicios de un ánimo inocente, obligó a reparar y preguntarle si tenía algunos enemigos. Respondió que nunca había dado ocasión que hombre alguno lo fuese con razón; mas que podía haber algunos ofendidos de las verdades del púlpito; nombró los que sospechaba, que se hallaron ser acusadores y testigos. La fama ha esparcido varias cosas, como en los casos de los hombres grandes, cerca del modo cómo el venerable varón salió libre de este trance.

12 *In Ev. Io. tr.* 49, 11; ML 35, 1749.
13 Ps. 90, 15.

En lo que más conforman es que uno de los conjurados escribió una carta a otro, exhortándole a la perseverancia en la ratificación de su dicho, con palabras que daban a entender que la delación había sido venganza. Cómo vino la carta al Tribunal también se varía mucho; lo cierto es que este caso tuvo mucho de milagro y que campeó la divina providencia que Nuestro Señor tiene de los suyos. Finalmente, a pocos lances, se descubrió su virtud y santidad de su vida, y la verdad y sinceridad de su dotrina, y que todo había sido una conjuración y calumnia.

Declaránronle por libre. *Habitaba en el amparo del Altísimo, ayudóle la protección de Dios del cielo.*[14] Decíale a Dios: *Señor, mi valedor eres tú, y mi refugio. En ti esperaré, Dios mío, porque tú me librarás del lazo de los cazadores y de la palabra áspera. Tus espaldas me harán sombra; esperaré debajo de tus alas. Tu verdad me cercará como escudo contra las saetas que vuelan de día, y el negocio que anda en las tinieblas*[15]. Por esta confianza experimentó con efecto aquellas palabras: *Porque esperó en mí le libraré; ampararéle, porque conoció mi nombre. Clamó a mí, y yo le oiré, con él estoy en la tri- / bulación; salvarle* [*he*] v. *glorificarle* [*he*], *llenarle* [*he*] *de longitud de días, mostrarle* [*he*] *mi salud*,[16] esto es, aquella salud que el viejo Simeón cantó que se había de *revelar a las gentes y ser gloria del pueblo de Israel*[17].

Ordenó el Santo Tribunal que predicase un día de fiesta en la misma iglesia donde de ordinario predicaba, que era en San Salvador, iglesia grande, y colegial de Sevilla; y, en apareciendo en el púlpito, cuando iba a comenzar su sermón, sonaron trompetas y chirimías, señales de su vitoria, con grande aplauso y consuelo de la ciudad. Mas él, por cumplir lo que el Salvador nos aconseja, comenzó el sermón, exhortando los oyentes a que hiciesen oración por los que le habían calumniado[18]. Acabado el sermón, dijo que mayor tentación había sido para su carne el haberle tocado las chirimías que todas las que tuvo estando preso. Pensó el demonio quitar, con este golpe, de la

14 Cf. Ps. 90, 1.
15 Ps. 90, 2-6.
16 Ps. 90,14-16.
17 Lc. 2, 32.
18 Cf. Lc. 6, 28.

Iglesia este gran caudillo del ejército de Dios, que dilataba el reino de los cielos; mas sucedió al contrario, porque desde este día fue mayor su opinión con los doctos, su estima con los señores, su veneración en el pueblo. Salió acrisolado en las virtudes de paciencia, resignación, fe, esperanza, amor y perdón de enemigos, conocimiento grande del valor de los trabajos.

Otra persecución se llegó a la pasada, no de tanto cuidado, mas que suele ser harto molesta. Fue la emulación y envidia de algunos predicadores, que viendo la fama y gran concurso de sus sermones, y viéndose a sí olvidados, tuvieron por injuria propia la prosperidad ajena, que procuraban desacreditar por varios modos, flaqueza que alcanza a muchos. En algunas artes fácilmente se conocen ventajas; en la de la oratoria raras veces, por lo que tienen de ingenio, en que se cede dificultosamente. De estas contradicciones padeció muchas, mayormente a los principios de su predicación, hasta que la grandeza de su virtud y eminencia en el púlpito venció la envidia, que a poco tiempo se trocó en veneración.

Nunca por estas persecuciones perdió la paz y serenidad de su alma, que conservó siempre entera.
f. 12 r. No se le oyó/ palabra contra sus émulos, antes procuró por todos medios sazonarlos y sacarlos aquella espina del corazón. Los que intentaron dañarle le dieron materia para merecer, que el justo sabe hacer de piedras pan[19] y saca de la ponzoña medicina, y las pérdidas de otros crecen sus aumentos. Dijo el venerable Maestro Ávila a unos de sus más confidentes discípulos que habían sido grandes los provechos que estas persecuciones habían causado en su alma.

19 Cf. Mt. 4, 3.

De la gran eminencia de la predicación del Padre Maestro Ávila, y de los grandes talentos que tuvo para ella

Capítulo VII

Han sido muchos los que con erudición para la enseñanza pública han formado un príncipe perfecto, un gobernador, un capitán cabal, un prelado, un sacerdote, que conste de todas sus perfecciones; empresa no dificultosa, porque juntando las partes necesarias, que componen un sujeto de éstos, pidiéndolas en grado levantado, forman unas ideas que pasan los términos de posibles, y nunca llegan a que los toquemos con las manos.

Es sin duda provincia más difícil describir cabalmente las grandes perfecciones que se juntaron en el padre Maestro Ávila en el oficio de la predicación del Evangelio, a que le llamó Nuestro Señor, porque, por mucho que se diga de su valentía en el decir, la fuerza de su elocuencia, el fervor de su espíritu, del celo de la salud de las almas, la eficacia de sus palabras, el trasegar corazones, la mudanza de costumbres, aun no puede cabalmente percibirse la eminencia de la predicación de este varón apostólico. Era forzoso tener alguna experiencia, que ya es imposible alcanzarse. Es una cosa leer las conversiones de varios pecadores, las vidas mejoradas, los hombres sensuales trocados en serafines; otra, oyendo la voz viva de aquel orador divino, sentir en sí mismo estos felices efectos, el corazón elevado, trasegarse el ánimo, hallarse el hombre mu- / dado en un momento, porque, v.
al modo que si oímos las mercedes sobrenaturales que hace Nuestro Señor en la oración a los santos, los soberanos deleites que les comunica y aquella marea divina, que es una participación de los gozos de la gloria, si bien concebimos en el entendimiento ser una cosa grande, y por mucho que vuele el pensamiento, queda corto, porque no puede alcanzar qué bien es este, sino es quien lo experimenta; así dificultosamente

puede percibirse, cómo fue la eficacia, y los efectos de esta predicación tan sobrehumana, de que sólo pudieron hacer juicio los que por su buena dicha la gozaron; mayormente en siglo que vemos tan poco de esto; mas, con la divina gracia, procuraré cuanto alcanzaren mis fuerzas juntar lo que de este gran predicador he hallado escrito, a gran peligro de que en mi pluma mengüe mucho.

Determinó, por primer fundamento, para acertar este camino, buscar una guía, a quien pudiese seguramente seguir. No halló otra más conveniente que el apóstol san Pablo, dado por predicador de las gentes, a quien procuró imitar en obras y palabras en el largo discurso de su vida. Ni esto tuvo por soberbia, pues el mismo Apóstol convida a todos los fieles a seguirle diciendo: Hermanos, *sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo*[20]. Y aunque este ejemplo es tan alto que nadie puede llegar a él, ni aun acercársele; empero, como dice Quintiliano, más alto subirán los que se esforzaren a subir más alto, que los que, perdida la esperanza, se abatieren vilmente. Con este intento hizo particular estudio en las Epístolas de san Pablo; llegó a saberlas de memoria; fue su principal caudal. Cuando comenzó a predicar había en España muy moderadas letras, y muy poca inteligencia de las Epístolas del Apóstol, de las grandes profundidades y misterios que en ellas están encerrados. Este gran padre trabajó mucho por penetrar estos secretos; comenzó a explicarlas, y citarlas en el púlpito con grande agudeza, y subtileza, diciendo cosas maravillosas. Parece
f. 13 r. que, para su inteligencia, tuvo par- / ticular luz y socorro del Espíritu Santo, muy semejante al de san Juan Crisóstomo, porque se vieron los efetos mesmos que alcanzó el Apóstol al santo doctor griego. Fue otro Crisóstomo en el púlpito en el celo y conversión de las almas, si bien muchos juzgaron el espíritu de nuestro santo Maestro haber tenido algo más de suavidad; de aquí nació la gran devoción que tuvo a san Pablo. Con un singularísimo amor y reverencia, predicaba de él cosas maravillosas; y le imitó, entre otras virtudes, en la prudencia, y en la desnudez, y amor a los prójimos, en las cartas y caminos.

20 1 Cor. 4, 16; 11, 1.

Constan las partes del predicador de lo adquirido y infuso; de lo que alcanza con su trabajo; de lo que Dios Nuestro Señor le comunica por su bondad inmensa, para hacerle perfeto en este oficio: obra toda de su mano. Las letras de nuestro predicador fueron grandes, la Teología escolástica y moral, tan necesaria al púlpito, la supo con eminencia; fue varón doctísimo, era de gran ingenio y agudeza, a que se llegó un continuo estudio. Puso el principal trabajo en adquirir conocimiento general y grande de la Sagrada Escritura, principal material de los sermones. Abríole la puerta de su inteligencia el que tiene *la llave de David*,[20 bis] que él sólo la abre a quien es servido. Sabía la Escritura con grande magisterio; tenía toda la Biblia de memoria, y cualquier lugar que oía decir, citaba el capítulo y hoja en que estaba.

Llegó con el trabajo y principalmente con la gracia y luz del Espíritu Santo a tan gran facilidad y destreza en el estudio de sus sermones, que no había menester para formarlos más que la noche precedente al día que había de predicar. Obligábanle a cuidado los copiosos auditorios, y, con durar dos horas las más veces los sermones, no le costaban más que el estudio de una noche, y parece gastaba más tiempo en predicarlos que en prevenirlos. Había hecho, como de Nepociano dice san Jerónimo, su pecho una librería de Cristo. Al grande Antonio la memoria le servía de libros y el padre Maestro Ávila tenía en su alma por libros la lumbre / del Espíritu Santo, que le enseñaba v.
lo que había de decir. Determinó en un tiempo ser más breve en los sermones y esto le costaba más trabajo: ¡tantas eran las riquezas y tanta la afluencia de las cosas que su espíritu le ofrecía, que le costaba más estudio, no el hallar qué decir, sino acortar lo que se le ofrecía!

Predicaba con tanta facilidad y claridad, que le entendían todos, explicando la Escritura y expositores de ella, y tenía tal agrado y dulzura en el decir, y fuerza en el persuadir, que, durando de ordinario los sermones, como hemos dicho, dos horas, nunca se cansaban los oyentes, ni aun los que estaban en pie; y, cuando acababa, les pesaba, pareciendo se privaban de oir un

20 bis Cf. Apoc. 3, 7.

ángel y así lo decían, y no se cansaban de alabar y engrandecer la sana dotrina que enseñaba, y por maravilla hizo sermón de que no sacase fruto y muchos mudasen de vidas.

Llevaba el sermón muy bien trazado, como persona de tantas letras y ingenio; mas tenía por estilo que, yendo de camino, prosiguiendo su intento principal, iba sacando de lo que decía algunos breves avisos y sentencias para diversos propósitos: o para esfuerzo de tentados, o consuelo de tristes, o para confusión de soberbios; y para personas de diversos estados daba varios documentos. Llamaba un hombre docto a sus sermones una red barredera, y no con menor propiedad el padre fray Luis de Granada los comparó al arcabuz cargado de mucha munición, que, de un tiro, hace mucho estrago; el santo le hacía en varios vicios, dando en todos con gran destreza y valor. Tampoco se contentaba en dar dotrina en común, o por mayor; decendía a tratar en particular, y dar los medios con que habían de adquirir las virtudes, cómo ejercitarse las buenas obras, y, por el contrario, daba particulares avisos, cómo se habían de huir las ocasiones, los vicios, y evitar los pecados. Instruía, finalmente, a sus oyentes como un Maestro de novicios en la virtud:
f. 14 r. con este magisterio cogió abundantes frutos. /

Prosigue la materia del capítulo pasado, de los dones sobrenaturales que Nuestro Señor le dio en orden a la predicación

Capítulo VIII

Entre lo sobrenatural y infuso tuvo el primer lugar, en este gran Maestro, el amor que tuvo a Dios. Fue encendidísimo; dióle grandes ayudas, grandes fuerzas, para ejercitar frutuosamente tan importante oficio. Esta llama del amor divino, que ardía en su corazón, le daba unas palabras abrasadas, que prendían en las almas este mismo fuego. Preguntóle un día un virtuoso teólogo qué aviso le daba para predicar con fruto, respondióle brevemente: «Amar mucho a

Nuestro Señor». Esto dijo por lo experiencia que tenía de las grandes fuerzas que le había dado este amor para haber llegado a tan superior eminencia. Estudiaba sus sermones, como otro santo Domingo, en el librico de la caridad; que le daba, como al gran patriarca, excelentes cosas que decir. Nacía en él de este amor una sed insaciable de la gloria de Dios; y, porque él es glorificado en la santidad y pureza de la vida de sus criaturas, de aquí se originaba un entrañable deseo de que todos tuviesen esta pureza, y así, al paso de este afecto amoroso, era incansable, sin perdonar trabajo día y noche en procurar la salvación de las almas, teniendo a suma felicidad perder la salud y vida en esta empresa. Este celo y este amor, en que andaba tan encendido y transformado, le trujeron predicando por tantas ciudades y pueblos, como veremos, sin que tratase ni pensase en otra cosa que en salvar almas, poniendo para este fin varias industrias y medios, que eran como centellas vivas, que procedían del fuego que ardía en su corazón, y le causaban estos deseos.

De este gran amor de Dios procedió el que tuvo al prójimo, que verdaderamente fue excesivo: amaba a todos con un amor ternísimo, como si fueran sus hijos; con que robaba y cautivaba los corazones, y hacía que amasen y estimasen su dotrina, por ser del Maestro que tanto amaban; porque, cuando la persona es agradable, lo son todas sus acciones. Fue ésta su benevolen-/cia un medio eficacísimo para v.
cazar las voluntades. Y es cosa que no se puede determinar fácilmente con qué ganó más almas para Cristo, si con las palabras de su dotrina, o con la grandeza de la caridad y amor acompañado de buenas obras, que a todos hacía. Porque así amaba, así se acomodaba a las necesidades de todos, como si fuera padre de todos, haciéndose, como dice el Apóstol, *todas las cosas para todos*[21]. Consolaba los tristes, esforzaba los flacos, animaba a los fuertes, socorría a los tentados, enseñaba a los ignorantes, despertaba los perezosos, procuraba levantar los caídos; mas nunca con palabras ásperas, sino amorosas; no con ira, sino con espíritu de mansedumbre. Todas las ne-

21 1 Cor. 9, 22.

cesidades de los prójimos teníalas por suyas; así las sentía, y las procuraba remedio, cuanto alcanzaban sus fuerzas. Con esto se juntaba una singular humanidad y mansedumbre, que son las virtudes que hacen a un hombre amable. Era tan especial el amor que mostraba a todos, que los que con él trataban se persuadían que cada uno era el más privado de todos y singularmente amado. Así amaba a todos, como si para cada uno tuviera un corazón; de aquí nacía que, aficionados los ánimos, se impriman vivamente sus palabras: de esta manera este prudente ministro del Evangelio, con este amor ablandaba la cera de los corazones, y con la palabra de Dios imprimía el sello de la doctrina en ellos.

Mas como no hay amor sin dolor, como el amor que tenía a sus hijos espirituales le hacía con grandes ansias procurar la salud de sus almas y se alegraba del remedio de ellas, así por el contrario sus caídas le eran de gran dolor y sentimiento: padecía su corazón un martirio lastimero en ver la muerte espiritual de cualquiera de sus hijos, porque les amaba como verdadero padre. Sabía estimar el mal de un alma que pierde a Dios, que le ofende, que aumenta el reino del demonio: lloraba por los que en su manera lloran los ángeles y el Señor de los ángeles llorara, y moriría otra vez, si posible fuese. Fue grande su celo y espíritu, y el deseo de la salvación de las almas,
f. 15 r. y a este paso sentía sus caídas. /

Junto con este amor de Dios y el prójimo, tuvo otro don especialísimo del Espíritu Santo. Fue un gran fervor y un espíritu vehemente, para mover los más endurecidos corazones. Ésta era una viveza, un espíritu ardiente, que no hay palabras que puedan bastantemente explicarle: tenía uno como imperio sobre los corazones. Provocábase este espíritu en un celo ardentísimo que tenía de la salvación de las almas, y una hambre de su conversión, don también del mismo Espíritu Santo. De aquí decía que, cuando había de predicar, su principal cuidado era ir al púlpito templado, en que daba a entender que, como los que cazan con aves procuran que el azor, o el falcón con que han de cazar, vaya templado, esto es con hambre, para que vaya más ligero tras la caza, así procuraba ir al púlpito, no sólo con actual devoción, sino

con una muy viva hambre y deseo de ganar en aquel sermón alguna alma para Cristo, porque esto le hacía predicar con mayor ímpetu, y fervor de espíritu: era grande el ardor y deseo que este gran amador de la honra de Dios tenía de engendrar hijos espirituales que le honrasen y glorificasen. Este mismo deseo le daba no sólo fervor y eficacia para predicar, sino también le dictaba cosas con que prendiese y hiriese los corazones. Salían sus palabras como saetas encendidas del corazón que ardía, y hacía también arder los corazones de los oyentes: de esta moción es materia la mayor parte de esta historia. Basten por ahora dos grandes testimonios. Dice a este intento al padre fray Luis de Granada estas palabras:

> Un día oíle yo encarecer en un sermón la maldad de los que por un deleite bestial no dudaban de ofender a nuestro Señor, alegando para esto aquel lugar de Jeremías: *Obstupescite caeli supe hoc*.[22] Y es verdad, cierto, que dijo esto con gran espanto y espíritu que me pareció que hacía temblar las paredes de la Iglesia.[23]

El doctor don Francisco de Terrones, obispo de León, predicador del rey, persona muy conocida en estos reinos por su eminencia en el púlpito, en un tratado que anda suyo del arte de predicar, dice así:

> En nuestros tiempos hemos / conocido al padre Maestro v.
> Juan de Avila y al padre Lobo, y a otros santos, que no revolvían muchos libros para cada sermón, ni decían muchos conceptos, ni esos que decían los enriquecían mucho de Escritura, ejemplos, ni otras galas; y con una razón que decían, y un grito que daban, abrasaban las entrañas de los oyentes. Y en tiempo que predicaba en Granada el padre Maestro Avila, predicaba juntamente con él otro predicador, el más insigne y de mayor fama que ha tenido nuestra edad, y cuando salían los oyentes del sermón de éste todos iban haciéndose cruces, espantados de tantas y tan lindas cosas, tan linda y gravemente dichas y tan provechosas. Mas, cuando salían de oír al Padre Ávila iban todos, las cabezas bajas, callando, sin hablarse unos a otros, encogidos y compungidos a pura fuerza de la virtud y excelencia del predicador.[24]

De los principios, que hasta aquí hemos dicho, procedía su elocuencia: del encendido amor de Dios, de

22 Ier. 2, 12.
23 *Vida*, p. III, c. IV.
24 Francisco de Terrones, *Instrucción de predicadores* (Madrid 1945), p. 24 s.

las entrañas de compasión de los prójimos, del deseo vehemente de su aprovechamiento, nacía, como de fuentes, aquella retórica divina que persuadía cuanto predicaba. Es propiedad de todos los afectos y pasiones, mayormente cuando son vehementes, hacer elocuentes a los hombres, y entre todas el amor y el dolor son los Tulios y Demóstenes que dan mayores preceptos. Su lenguaje era propio, casto y natural, sin género de artificio, ni afectación, más como si hablara la naturaleza, bastante a explicar sus conceptos, sin duda el más conveniente para persuadir y mover los corazones; acomulaba razones y ésas eficaces, sin parar hasta vencer. Fue de verdad elocuentísimo, porque, si es el mejor médico el que a más sana, éste será verdaderamente elocuente el que con mayor fuerza persuadiere la prueba de esta verdad; es la mayor parte de la historia. No careció de la retórica humana y sus preceptos, tropos y figuras, si bien no pretendida por él, porque mayor enseñanza le movía la lengua. Habiendo el padre Maestro fray Luis de Granada venido a verle a Montilla, le oyó un sermón, en que habló con levantadísimo espíritu, de que quedaron todos
f. 16 r. ad- / mirados; comiendo este día juntos le dijo el padre fray Luis: «Cierto, padre Maestro, que no ha dejado hoy vuestra reverencia piedra en la retórica, que no haya movido». Respondió el santo Maestro: «No me cuido de ello en verdad»; y, pidiéndole el padre fray Luis el sermón para copiarle, sacó del seno una dobladura de una carta, donde en pocos renglones estaban los puntos reducidos.

Procedió, en gran parte, su eminencia en el oficio de la predicación y el gobierno de las almas, que estaban a su enseñanza, de la alteza de los conceptos que tenían de las virtudes, y de todas las cosas espirituales. Entendió primorosamente este negocio de la cristiandad. Esto nació de la grandeza de su santidad, porque su vida, superiormente levantada y muy extraordinariamente del común vivir de los hombres virtuosos, le dio conocimiento de las virtudes y de las cosas divinas. Supo estimar, y ponderar la dignidad y quilates de las cosas espirituales con el juicio de Dios y de los santos, que dan a cada cosa su peso, conforme a su verdadero valor.

El fin de su predicación era sacar las almas, que

estaban caídas y muertas en pecados, ordenando todas las razones y sentencias a este intento, por tocar a tan gran parte del pueblo esta desdicha. Daba también dotrina para conservar las almas que vivían y aventajarlas en las virtudes; mas lo primero era lo que señaladadamente pretendía; y así tenía por impertinentes todas las cosas que no hacían a este intento. Y esto le impelía a hablar siempre al corazón, sin divertirse a otras materias sutiles y curiosas. Ni paraba solamente en mover los corazones al temor y amor de Dios, y aborrecimiento del pecado, sino también proveía de avisos y recetas espirituales contra todos los vicios, en especial el pecado mortal, que comprende a todos. Finalmente, no le quedaba medio, que no intentase, ni piedra que no moviese, hasta batir el inexpugnable castillo del corazón humano y rendirle para Dios; andaba siempre absorto en este pensamiento, como hombre enseñado de Dios y que conocía las veras del oficio del predicador. Mu- / chas v.
veces llevado del espíritu decía muchas cosas que no traía prevenidas. En una ocasión, dejando todo lo que traía estudiado, enderezó el discurso a la defensa de nuestra santa fe y religión sagrada, y confutó una seta, de que resultó convertirse un moro, o otra persona de la seta confutada.

Daba el alma a todos estos intentos la oración, que era, en este varón santo, la que adelante veremos. Nò predicaba sermón sin que por muchas horas la oración le dirigiese. Allí se acrisolaban los conceptos y se les infundía vida; allí se les daba corte a las razones que herían en los corazones más duros; tomaban viveza sus palabras, más penetrantes que espada de dos filos; aquí se renovaba el espíritu, y aumentaban vigor aquellos ímpetus que se ejecutaban en el púlpito; en la oración suplicaba a Nuestro Señor íntimamente diese virtud y eficacia a sus palabras, pedía la conversión de las almas, en ella negociaba el trueco de los corazones, la mudanza de las vidas; aquí, las lágrimas sobre los pecadores, los gemidos que penetraban los cielos. A esta virtud se debe lo que fue este predicador evangélico, lo que obraron sus sermones y su vida, y así afirmaba que los hijos espirtuales, que con la predicación se ganaban, más eran hijos de lágrimas que de palabras. Los frutos de esta predicación pueden di-

ficultosamente reducirse a número. ¿Quién contará los caballeros profanos, trocados en caballeros cuerdos, modestos y de loables costumbres; tantos ricos derramando sus haciendas, pasándolas donde las pudiesen gozar eternamente; tantos pobres ocupados en obras de misericordia y caridad? ¡Cuántos mercaderes ricos trataron de las granjerías verdaderas, ajustándose a lo seguro y lícito! Las mujeres que llegaron a los supremos grados de perfección, fueron innumerables; y los que entraron en religiones y salieron varones pefectísimos; no menos los clérigos que, pudiendo aspirar a prebendas y dignidades grandes, las dejaron y vendieron sus haciendas, profesando la pobreza evangélica con vida ejemplarísima, cuidando de su salvación y de sus prójimos; permaneciendo todos
f. 17 r. con una perseveran- / cia admirable. Dióle Dios tal eficacia para reducir y levantar a Dios muchas almas, que fueron raras, o ningunas, las que, una vez tocadas de sus palabras, volviesen atrás en lo comenzado.

Éste es, letor cristiano, un bosquejo no del todo bien formado de lo que fue este varón apostólico en el oficio de la predicación del Evangelio; sus efetos son materia de los discursos que se siguen; el fruto grande que con ella hizo, consiguióle la santidad de su vida, y la excelencia de sus virtudes, que tienen su lugar más adelante. Empero es de advertir en éste que sus obras fueron las que ayudaron grandemente a las palabras, porque no predicó lo que no hacía; y se ha de colegir la grandeza de su predicación por la de su santidad, dejando por cosa cierta, que la bondad de su vida, que fue en todas maneras grande, dio eficacia a sus palabras.

Parecería, por ventura, a alguno que era de este lugar celebrar con dilatados elogios el alto ministerio de la predicación evangélica, que tuvo en la Iglesia nuestro venerable maestro; la grandeza de su fin, cuán agradable es a Dios, y ser el oficio a que vino Cristo a la tierra, en cuya persona se dedicó el instituto de ser perfetos, y procurar otros lo sean; compararle con la vida solitaria y penitente, que dada a la contemplación en el retiro, sólo trata del aprovechamiento propio, acomulando razones en que pareciese que le hacía ventaja; materia en que se debate contenciosamente. Digresión fuera excusada, y en gran parte

inútil. ¿Qué edificación resulta de semejantes contiendas, sino desconformidad de voluntades, bandos, disensiones, siempre con malos efetos? El Espíritu Santo es autor de las vocaciones y reparte sus dones soberanos conforme su divino beneplácito. Él lleva a la soledad, mueve a la rigurosa penitencia, levanta a la contemplación, pone ministros en la Iglesia, no para que unos se prefieran a otros, mas para que cada cual guarde su puesto y, cumpliendo con su instituto, espere de Dios el premio de sus trabajos; que, aunque los santos doctores de la Iglesia dan a cada profesión sus grados, / no fue para contiendas, ni disensión de v.
voluntades, mas para que, reconocidos a los beneficios divinos, se alentasen al agradecimiento y correspondencia. Grande fue el padre Maestro Ávila en su ministerio, grandes en aquel tiempo muchos que habitaban los desiertos, los conventos; atendían a dar cuenta cada cual de sus talentos, formando este fortísimo escuadrón de la escogida parte de la Iglesia en una unión perfecta, en que consiste su principal hermosura.

Su predicación en Córdoba, y lo que sucedió en esta ciudad

Capítulo IX

Son los predicadores evangélicos como nubes (así los llama Isaias)[25] que, llevadas por el viento del divino espíritu, van fertilizando las almas con las lluvias de la doctrina sagrada. Tal fue el santo Maestro Ávila, que, conociendo la alteza de su vocación y los talentos que había recibido para ella, no cesó, mientras le duraron las fuerzas, de caminar por diversas partes comunicando el riego de su dotrina.

No puede fácilmente averiguarse la mudanza que fue haciendo de unos lugares a otros, ni las veces que estuvo en cada uno, ni importa mucho saberse, más que de Sevilla pasó a otros lugares de su arzobispado, Alcalá de Guadaira, Jerez, Palma, Ecija; estuvo también en el obispado de Jaén, en Andújar, en que gas-

25 Cf. Is. 60, 8.

taría nueve años, predicando en todos ellos con notable fruto y aprovechamiento, y llamamientos de muchos pecadores, por más duros que fuesen.

Trataba el negocio de Dios más que como hombre, sin interés de tierra, predicaba con espíritu de apóstol, despertaba a todos del olvido de su remedio, procuraba lo buscasen y recibiesen en la frecuencia de los sacramentos de la penitencia y sagrada Eucaristía; todo con tan admirable suavidad y eficacia, que ni perdía lance, ni se le perdía persona, que de veras gustase una vez de su dotrina.

Después de los lugares que dijimos, vino a Córdoba, donde estuvo algunas veces en tiempo de los
f. 18 r. obispos don fray / Juan de Toledo y don Cristóbal de Rojas; perseveró en esta insigne ciudad por muchos días, los concursos a los sermones fueron grandes. Tendió la red del Evangelio con notable fruto, con reducción de muchos nobles clérigos y otras personas de todos estados; viéronse conversiones milagrosas.

Aposentóse la primera vez que estuvo en Córdoba en el hospital de San Bartolomé; cúpole un aposento con ventana al altar mayor; allí asistía como un ángel humano al Santísimo Sacramento, su principal librería; gastaba lo más del tiempo en oración y contemplación, que aún para tomar la refección ordinaria bajaba molestamente. Halló en este hospital su gran caridad un continuo ejercicio de virtudes; visitaba de ordinario los enfermos, confesábalos; exhortaba a la paciencia, a la disposición para morir, quedándose muchas veces las noches enteras con los que estaban de peligro; consolábalos, confortábalos en Dios, apadrinábalos en el duro combate de la muerte, en que tantas veces valen tanto los ayudadores buenos, que parece aseguran la vitoria; regalábalos en el modo que podía. Dos piadosas mujeres, que vivían cerca del hospital, tomaron por devoción los días que predicaba enviarle algún regalo, que aumentaba la ración de los enfermos más necesitados, sin dejar que le cupiese parte su rara e indeclinable abstinencia. Aposentóse otras veces que vino a esta ciudad en casa del licenciado Alonso de Molina, su discípulo, hombre de gran virtud, como en su lugar veremos.

Demás de los sermones ordinarios, leía por las tardes en una iglesia parroquial de Córdoba las Epís-

tolas de san Pablo, o, hablando más propiamente, hacia unas pláticas espirituales, en que explicaba la dotrina del Apóstol. Era grande el concurso, hallábanse caballeros y toda suerte de gente; acudían también muchas señoras de la primera nobleza, de vida muy ejemplar, y otras mujeres pías, deseosas de su aprovechamiento. Reparó en esta lección un religioso docto de la orden de los predicadores, los grandes celadores de la honra de Dios, cuidadosos de cualquier inconveniente que pueda tenerse / en materias de la reli- v.
gión; dijo a un Maestro grave de su casa que le parecía mal aquel concurso, y leerse a seglares y mujeres lecciones de Escritura; respondióle que suspendiese el juicio y le oyese; hízolo así; volvió edificado y admirado a su convento, diciendo a voces: «Vengo de oír a san Pablo interpretar a san Pablo». Viene con esto bien lo que decía el padre fray Alonso Carrillo, catedrático de Prima de Teología, de la misma religión, que, si al apóstol san Pablo y su dotrina habían de entender dos hombres, y dar explicación verdadera, uno era el padre Maestro Ávila y el otro estaba por nacer, porque era único en el mundo en la ciencia y las virtudes.

Había en este tiempo en el Andalucía gran falta de estudios, en que con facilidad pudiesen darse a las letras muchos a quien sobra talento y falta posibilidad para ir a Universidades. Dispuso el padre Maestro, cómo en Córdoba, tan fértil de excelentes ingenios, se leyesen Artes y Teología; proveyó de lectores; persuadió al doctor Pedro López, médico del emperador, fundase en Córdoba el Colegio de la Asunción, donde se criasen clérigos virtuosos, que saliesen a predicar por los lugares vecinos, que ha sido de gran provecho en aquel obispado. Vio copiosos frutos de este utilísimo acuerdo. Llevóle un día el padre Francisco Gómez un buen número de clérigos, que habían acabado de oir el curso de Teología —eran los primeros teólogos que se habían visto en Córdoba—, para que los echase su bendición y viese cumplidos sus deseos. Recibiólos con grandes muestras de alegría y dijo las palabras de Jacob: *Iam laetus moriar*,[26] por ver sacerdotes apostólicos para acudir a los prójimos. Duraron estos estudios hasta que vinieron los padres de la Compa-

26 Gen. 40, 30.

ñía de Jesús, que en su Colegio sucedieron en este oficio.

En este tiempo se celebró en Córdoba sínodo diocesano. Juntóse gran número de clérigos; predicóles el venerable Maestro apartadamente, y se tiene por cierto fueron aquellas pláticas que para sacerdotes andan entre sus obras. Era grande el deseo que tuvo de la perfección en el estado eclesiástico, por ser los
f. 19 r. sacerdotes los ministros de los sacramentos y de / la palabra de Dios, de cuyo ejemplo depende el aprovechamiento del pueblo; y con este ardor y deseo les predicó con tan gran fervor y espíritu, que se vieron en muchos de aquella congregación muchas mudanzas: unos determinaron de mejorar la vida, otros de seguirle, y entregársele por sus discípulos; a otros, que parecieron personas de ingenios y esperanzas, envió a estudiar a Salamanca, de cuyo beneficio dicen algunos participó el cardenal Toledo. Muchos de estos sacerdotes, después de aprovechados en su dotrina y ejemplo, enviaba a confesar y predicar a muchas partes, como más dilatadamente se dirá adelante.

Entre las cosas más señaladas que obró su dotrina en esta ciudad, fue la resolución acertada de Leonor de Córdoba, doncella de calidad conocida. Era de veinte y cuatro años, estimada y querida de sus padres; trataban de casarla aventajadamente. Oyó un día al venerable Maestro, en un sermón de las Vírgenes, engrandecer la excelencia del estado virginal, la estima que hace Dios de él, y los premios que le aguardan; mudósele de tal manera el corazón, como si le pusieran otro nuevo, y era tan grande la luz que mediante aquellas palabras, daba Nuestro Señor a su entendimiento, que le parecía vía el cielo abierto, y en él las laureolas, que hermoseaban las azucenas cándidas, los coros, digo, de las vírgenes, con palmas y guirnaldas, ir siguiendo *al Cordero inmaculado, adonde quiera que va*[27]; oir aquellas canciones que cantan solos los vírgines, y, finalmente, ver todas aquellas cosas que iba diciendo el predicador. Resolvió no casarse; recogióse en casa de sus padres, donde hizo una vida digna de escribirse, para ejemplo de la Iglesia. Fue raro su encerramiento, tuvo continuas enfermedades, llevadas con admirable pacien-

27 Cf. Apoc. 14, 4.

cia; recibió grandes favores del cielo, gozó de soberanas visiones; tuvo continuas luchas con el demonio, y, adornada de todas las virtudes, llegó a los ochenta años de edad, en que, colmada de merecimientos y días, pasó, mediante una santa muerte, a recibir la corona de sus trabajos, como se puede creer piadosamente. / v.

Es digno de saberse este suceso. La tarde de un día de la Circunscisión salió del hospital donde estaba, a hora y con paso extraordinario; siguiéronle algunos devotos suyos, pensando iba a hacer alguna plática. Entróse repentinamente en un convento de monjas. Estaba llena la iglesia de gente, buena parte de caballeros mozos. Esperaban una comedia, que habían de representar las monjas. Subió en el púlpito y, con mucho modestia y mansedumbre, comenzó a reprender aquel exceso. Fue aprentando las razones con viveza, corriendo al punto las religiosas los velos del coro, y se fueron despojando de las galas y vestidos profanos, poniéndose sus hábitos religiosos. La gente se fue saliendo de la iglesia, hasta el caballero más empeñado en la fiesta. Dejaron solo al venerable Maestro, que, llorando, se llegó a la reja y continuó su plática a solas las religosas, con tan vivo sentimiento de su parte, y tan gran mudanza en ellas, que se oían acá fuera los gemidos y sollozos, con abundantes lágrimas. Adornarse una casada para agradar otros ojos es especie de traición. La esposa de Jesucristo, que es arca del Testamento, y que el velo la niega a toda vista humana, festejar ojos profanos, en hábito peregrino, género es de sacrilegio. Y dejar los santos hábitos, aun en lo interior del monasterio, no carece de pocos inconvenientes. Creyóse por cosa cierta tuvo aviso superior el venerable Maestro para esta acción tan notable; por lo menos no se supo alcanzar quién le pudo dar noticia.

La mayor hazaña que hizo en Córdoba, y por ventura no se ha visto igual en nuestro siglo, fue la conversión de una mujer muy noble, a quien el vicio, con pretexto de padecer necesidad, la había traido a estado tan miserable, que había años que yacía atollada en una amistad torpe y escandalosa con un personaje rico y poderoso, de quien tenía tres hijos, que apretaban más fuertemente el lazo. Solía el san-

to Maestro en sus sermones enderezar algunos trozos para sacar a mujeres de pecado, que de la pobreza toman color para la mala vida. Repetía aquellas palabras con que los hijos de los profetas daban voces a Eliseo diciendo: *Mors in olla, vir Dei; mors in*
f. 20 r. *olla*;[28] / y así clamaba y decía: «Pobrecita, miserable, la *muerte está en la olla, la muerte está en la olla*, de que te sustentas; rejalgar es eso que comes, que trae consigo, no muerte temporal, sino muerte eterna». Con estas palabras, y otras semejantes, dichas con aquel vehemente espíritu, hería de agudo los corazones. En uno de estos sermones trocó Nuestro Señor, cuya misericordia es infinita, el corazón de esta mujer, con un tan gran tocamiento, que resolvió animosamente salir de aquel cenagal tan asqueroso. Dio cuenta al padre Maestro del miserable estado en que vivía, la firmeza de su propósito y sus alentados deseos; mas, hallaba dificultades grandes en salir de aquel atolladero, así por su pobreza, como por ser tan poderoso el personaje, tan enseñoreado de ella con posesión de tantos años. Él dijo: «Señora, este negocio quiere tierra en medio»; la ejecución casi tocaba en imposible; mas el verdadero discípulo de Cristo, confiado en su Señor, determinó sacar esta alma de pecado. Fue menester mucha industria y fortaleza, y mucha costa, hasta llevar la empresa al cabo. El contrario poderoso bramaba, como la osa cuando le hurtan los hijos, amenazaba muertes, venganzas. Sacóla de su casa; púsola en el convento de Santa Marta, que no tuvo por lugar seguro. Llevóla a Montilla, para que la amparase la autoridad y sombra de la Marquesa de Priego: proveyó como prudente capitán de buena escolta al sacarla de Córdoba, y él en persona la acompañó hasta Montilla, valiéndose de ministros de justicia; pasóla después a Granada, donde quedó asegurada de todo punto. Tuvo esta hazaña circunstancias que la hicieron grande; rompió terribles dificultades, peligros, recelos, murmuraciones, juicios de mundo y mucha costa; en nada se embarazó; mas, poniendo su confianza en Dios, ni reparó en la costa, ni rehusó el trabajo, sino, cerrados los ojos a los juicios del mundo, y abiertos a sólo Dios,

28 4 Reg. 4, 40.

acometió y dio cabo a tan gloriosa hazaña, por sacar esta alma del miserable cautiverio en que vivía, por la cual Cristo diera su sangre, si la dada no bastara. Esta nueva Madalena, gobernada por este gran Maestro, caminando por sus pasos contados, / llegó a tan v.
gran perfección, que, por consejo de este varón santo, con ser limitadísimo en las licencias para comulgar, comulgaba cada día con mucho aprovechaminto de su alma: en esta vida ejemplar perseveró treinta años, acabándola santamente. En todo este tiempo la proveyó el venerable Maestro de todo lo necesario, mientras vivió, llevando hasta el fin con grande constancia, perseverancia y fidelidad, lo que había comenzado, sin faltar jamás a aquella alma, que, fiada en su palabra, se puso en sus manos, desamparando el regalo en que vivía, y, lo que más es, dos hijas y un hijico, que tiernamente amaba. La santidad y perseverancia de esta verdadera penitente declaran haber sido obra de Dios.

Pasa a predicar a Granada

Capítulo X

No hay cosa que así encienda a los predicadores apostólicos el deseo de aprovechar como haber aprovechado, o sacando algunas almas de pecado, o haciendo que otros caminen a la perfección a toda prisa. No puede ofrecerse lance de mayor ganancia que la salvación de un alma, ni hay trabajo más bien empleado que el que obra lo que obró la sangre de Jesucristo, porque, cebado el predicador en este tan dulce fruto de su trabajo, y alegre y animoso con ver una alma librada de las gargantas del dragón infernal y restituida a su Criador, procura en sus sermones enderezar todas las cosas a este fin, y concibe en su ánimo una nueva alegría y confianza de su salvación, esperando que no permitirá Nuestro Señor que se pierda quien a otro libró de la perdición.

Animado el venerable Maestro Ávila con el abundante fruto que había cogido en Córdoba, arrebatado

de un ardiente celo de la conversión de las almas, partió a Granada, donde fue el colmo de su mayor felicidad; parece le dobló Dios el espíritu y fue añadiendo talentos a talentos, pues vía se doblaban las ganancias.

Era, a esta razón, arzobispo de esta ilustre ciudad,
f. 21 r. don Gas- / par de Avalos, gran prelado, y gran siervo de Dios. Conoció el prudente Arzobispo muy al principio la excelencia y eficacia de la dotrina de este venerable varón, y se alegraba y daba el parabién a sí mismo de haberle enviado Nuestro Señor tal ayudador, para descargo de su obligación, tal cooperador en el ministerio de su apostolado. Aposentóle en un cuarto apartado de su misma casa y se valía de su consejo en todas las cosas de importancia del gobierno de su arzobispado y de su alma.

Comenzó su predicación con nuevo fervor y espíritu; respondió el fruto al trabajo; ofreciéronse muchos a ser sus discípulos; hizo gran provecho en los maestros y doctores del Colegio de esta ciudad; tratáronle muchos familiarmente y aprovecháronse de su dotrina, protestando nueva vida, ejemplar y santa. La copiosa clerecía y gran número de estudiantes fue mies copiosa a este labrador del cielo; a que ayudó mucho la religión y santidad del prelado, que favorecía cuidadosamente todas las cosas de virtud. Floreció la frecuencia de los sacramentos, que en aquella edad era muy poco conocida. Con esto y la dotrina y ejemplo de tal Maestro fueron muchas las personas que se señalaron en virtud. Algunos de los discípulos más familiares comían en su mesa en un pequeño refectorio que tenía.

Hízose en Granada un Colegio de clérigos recogidos, para servicio del arzobispado, y otro de niños, para que se les enseñase la dotrina cristiana y buenas costumbres. Lográronse en esta ciudad prósperamente sus deseos, y alegrándose el venerable padre con el fruto de su trabajo, cuando nombraba a esta ciudad decía: «mi Granada», por haber lucido allí tanto sus sudores. Parecía que la mano de Dios intervenía en este negocio, favoreciendo a este fiel siervo suyo, que día y noche no pensaba ni trataba sino en ampliar su gloria.

Viendo pues el religioso Arzobispo el fruto que ha-

cía en su iglesia, la dotrina y ejemplo de este varón santo, insistió mucho en tenerle siempre consigo, así por su consejo, como por el bien de las almas de su rebaño, y así decía: «Hermano Maes / tro, estaos v. aquí, con nos, mirad que aquí servís mucho a Nuestro Señor». A lo cual respondió: «Reverendísimo señor, todo lo que Nuestro Señor fuere servido, haré como es razón». Mas no contento el Arzobispo con esta respuesta general, le apretó mucho para que le diese palabra de estar en su compañía, mas ni toda esta importunidad, ni ofrecerle la canongia magistral, que había entonces vacado, fue parte para obligarle a disponer de su perseverancia en Granada, como hombre que no era suyo, sino del Señor, que le había escogido para aquel oficio: sólo a su voluntad atendía sin cuidar comodidades propias, ni llevarle el ser estimado o bien recibido en una ciudad, si verosímilmente entendía podía hacer mayor provecho en otra. Así no quiso prendarse ni dar palabra de estar en un lugar, con que su predicación hubiera sido de limitado fruto; mas, pasando de unos lugares a otros, alcanzó el riego de su celestial dotrina a innumerables almas, sin dejar ciudad, o pueblo en el Andalucía, que no participase de la gran misericordia que Dios hizo a esta provincia de darles este fervoroso Apóstol. Dejaba hijos espirituales en todas partes, que después conservaba con documentos y cartas; y volviendo una y otra vez, donde había estado primero, alentaba y consolaba aquellos queridos hijos, cuyas almas amaba más que su propia vida. Y así a muchos prelados, que procuraron retenerle en sus obispados, respondía: «No puedo dar palabra en cuanto a estar o salir, porque no soy mío, haré lo que Dios me mandare». Fue un singular retrato del apóstol san Pablo, su gran devoto, cuyos pasos y vida procuró imitar y seguir en el largo discurso de su vida.

Predica las honras de la Emperatriz y buen efecto de su sermón en el Marqués de Lombay

Capítulo XI

No es mi intento en esta historia escribir las vidas de muchos varones y mujeres que por la predi-
f. 22 r. cación del / padre Maestro Ávila, o mudaron, o mejoraron de vida, hasta llegar a la cumbre de la perfección cristiana. Ha ocupado esta materia grandes plumas, empero las acciones de este varón apostólico en las conversiones o mejoras de estas personas insignes, son materia propia de este libro, y no fuera del intento, que se sepa a qué grado de santidad han llegado almas a quien Nuestro Señor ha hecho grandes en su Iglesia, tomando por instrumento la predicación, dirección, consejos, de este gran Maestro; así, dejando lo particular a las historias propias, tocaremos solamente la parte que en estas vidas tuvo este santo varón. Los maravillosos efectos que vio y admiró el mundo en muchos hijos espirituales suyos declaran su santidad, la eficacia de sus palabras y consejos. No tuviera término este libro si hubiéramos de poner por extenso lo que en esta parte obró, mediante la divina gracia. Descubriremos con brevedad sus mayores lucimientos para que, por la santidad de los discípulos, colijamos en parte la que tuvo su Maestro.

Hallábase en Granada el padre Maestro Ávila el año mil y quinientos y treinta y nueve, cuando entristeció a estos reinos la acelerada muerte de la serenísima emperatriz doña Isabel, digna consorte del emperador Carlos Quinto, rey de España. Era entonces el sepulcro de los reyes la Capilla Real de la iglesia de Granada, adonde se trajo el cuerpo de esta gran señora. Acompañóle, de orden del Emperador, el Marqués de Lombay, don Francisco de Borja, hijo del Duque de Gandía, mozo de veinte y nueve años, en quien las partes de naturaleza igualaban a las de

su calidad. Habiendo de hacer la entrega del cuerpo, descubrieron el que pensaron ser rostro, que diera a conocer al dueño. Había hecho en él tal estrago la muerte (parece se esforzó a ostentar sus fuerzas contra el mayor poder, contra la mayor nobleza, como si temiera resistencia) que no se atrevió a jurar ser de la Emperatriz aquel cuerpo, mas de haber puesto cuidado en el traerle y guardarle. ¡Oh deidades humanas!, ¡oh soles de la tierra, cuál es vuestro ocaso, después de tantas adoraciones y lisonjas! Huyeron los demás del cuer-/po, tal era el horror que ponía v.
a todos; sólo la lealtad del Marqués y el amor grande que tenía a su señora, le tenía fijo, considerando aquellos que fueron ojos, que poco antes con un mirar suave serenaban los corazones de todos. Los ojos de don Francisco en los de la Emperatriz, los de Dios en don Francisco, mirándole con unos rayos de luz, que le fueron penetrando hasta lo interior del alma, dándole un conocimiento grande, mediante aquel espectáculo de lo poco que es cuanto admiran los hombres, y veneran por lo mayor del mundo; el miserable paradero de la grandeza del Imperio, de la hermosura de la que fue señora de dos mundos, y ocupó el corazón del mayor monarca de ellos; despertó su corazón a buscar los verdaderos bienes, en quien no tiene juridición el tiempo, ni los acaba la muerte, mas es su posesión y gozo eterno; resolvió no perdonar a trabajos ni fatigas, hasta alcanzarlos: pasó la mayor parte de aquella noche a los pies de Cristo, regándolos con lágrimas, penetrando los cielos con gemidos, pidiendo a Dios misericordia, rogándole, que admitiese sus deseos, y diese su gracia para seguirle con todas las fuerzas de su alma.

El día siguiente, se hicieron en la iglesia arzobispal de Granada las honras de la Emperatriz. Predicó en ellas el padre Maestro Juan de Ávila, y, después de las alabanzas debidas a las grandes virtudes de la Emperatriz, trató divinamente del engaño y vanidad de las cosas de la vida, de la locura y desvarío de los hombres que ponen sus ansias y deseos en pretender y conseguir unos bienes que dejan burlados al mejor tiempo a sus dueños, y muchas veces no llegan a alcanzarse, habiendo gastado el tiempo en esperanzas, que corta sin pensar la muerte; desacuerdo que trae muchas ve-

ces condenación eterna; pasó a ponderar la eternidad de gloria o pena, que se sigue a las obras de la vida, llorando el desatino de los hombres, que, en el espacio breve que vivimos, no procuran asegurar lo que sólo es necesario; habló con aquel ardor y valentía que le daba su desengañado espíritu. Penetraron las palabras al corazón del Marqués, ya tan to-
f. 23 r. cado de Dios, y confirmaron la / gran resolución que ya reinaba en su pecho: y como, si supiera lo que por él pasó la noche antes, encaminó las palabras a la obra que había comenzado el Espíritu divino.

Envió a llamar el Marqués aquella tarde al santo predicador, dióle cuenta del estado de su alma, y vigorosos deseos. Animóle el venerable Maestro, y consolóle mucho, y con aquellas palabras tan de verdad que usaba, le confirmó en su propósito; aconsejóle a que dejase la Corte, mar lleno de innumerables peligros; que se acogiese al puerto de su casa, donde sin ambición, sin envidia, sin los riesgos de los vaivenes humanos, viviese cristianamente, vacando a Dios, cuidando de su alma; allí trazaron el modo de la nueva vida, que ejecutó el Marqués para tan gran gloria de Dios, ejemplo y admiración del mundo.

De esta gran vocación, de estas verdades enarboladas con tan vivo espíritu, de estos consejos, dados con sinceridad, y sin respetos, comenzó la admirable santidad de don Francisco de Borja, duque cuarto de Gandía, que, correspondiendo a una superior luz, que fue creciendo hasta la claridad del medio día, y al amor divino, que se fue apoderando de su alma; tomó aquella heroica resolución de dejar tanto por Dios.

Volvió en el Evangelio un caballero rico las espaldas a Cristo Nuestro Señor, que le convidaba amorosamente con su compañía, por no deshacerse de su hacienda, llegando las palabras de la verdad divina a tocar en sus oídos;[29] mas don Francisco de Borja las oye y obedece, después de tantos siglos, dejando por la Compañía de Jesús y por seguirle, no sólo unas viles posesiones, que embarazaron el corazón del mancebo, mas el gran estado de Gandía, sus hijos, sus vasallos, la grandeza de su casa, la numerosa copia de criados, que en diversos ministerios acudían al servicio y estimación de su persona; dejó numerosas

29 Cf. Mc. 10, 17 ss.

rentas; deshízose de sí mismo, abrazando por voto la pobreza evangélica. Y el que virrey y duque mandó a tantos, obedece a cualquier hombre que le cupo en superior. Ciñó de tal manera su carne, que le vino a sobrar parte, según / cuentan, de la piel; y habiendo v. dejado tanto por Dios, llevado de sus promesas, nunca se llamó a engaño por falta de cumplimiento: tan poderoso y puntual es el Señor a quien servía, que pudo darle de contado cien veces tanto de lo que había dejado y llevado de tan gruesa granjería [30] y tan aseguradas ganancias. Renunció tres capelos; lo mismo hiciera del Imperio de la tierra; bebió del agua que quita la sed al que una vez la bebe[31].

¡Quién pudiera dilatarse por el extendido campo de sus heroicas virtudes! Admiró su prodigiosa humildad, tanto mayor en un grande, en un señor, que pudo y valió tanto. Igualó su penitencia a los que en los desiertos hicieron profesión de macerar sus cuerpos. Habitaba con la oración en el cielo, tan familiar a Dios, tan de su casa, como los que abrasados asisten en su presencia. Alcanzó a ver nuestro siglo, émulo de los primeros de la Iglesia, que admiró los Paulinos y Pamaquios, a un gran príncipe en el altar, en el púlpito, enseñando a los niños la doctrina, ejercitándose en todos los ministerios de una nueva religión, dedicada a la salud de las almas. Mas, si fue grande en el mundo, mayor es en el palacio de Cristo, donde ahora reina, como lo ha certificado el oráculo de Roma, que le ha declarado por beato, y debérsele culto y adoración de santo. Dichosa su nobilísima familia, su heroica decendencia, a quien ilustran más los resplandores de su diadema, que su nobleza antiquísima. Dichosa España, que gozó de su dotrina, que se edificó con su ejemplo. Felicísima la sagrada religión de la Compañía de Jesús, a quien ilustró con su persona, y la propagó con su gobierno, y la animó a la perfección con su ejemplo; la defendió y amparó con su autoridad de diferentes encuentros. Y mil veces dichosa la nobilísima villa de Madrid, corte del mayor monarca, enriquecida con el tesoro de su santo cuerpo. Sus virtudes, sus hazañas, merecieron un docto coronista. Fuera en mi referillas deslustrarlas; sólo

30 Cf. Mt. 19, 20.
31 Cf. Io. 4, 13.

ha sido mi intento que se sepa la gran estima que hizo Nuestro Señor del venerable Maestro Ávila, tomándole
f. 24 r. por instrumento / para ayudar esta gran santidad, y que la nueva vida de este príncipe renaciese en las manos de este gran Maestro de espíritu.

Prosiguen otros sucesos en Granada

Capítulo XII

Hallóse a los principios, cuando asistió en Granada, a la fundación del convento religioso de la Encarnación, de que fue fundadora y primera abadesa doña Isabel de Avalos, hermana de don Gaspar de Avalos, arzobispo de Granada. Por la amistad del prelado, y por su celo, acudió mucho el padre Maestro Ávila a esta nueva planta, regándola con su celestial dotrina. Hacía a las religiosas continuas pláticas; persuadíales la obediencia, y particularmente les encargaba el silencio, sin el cual decía que apenas se podía hallar virtud; aconsejábalas se dejasen a sí propias, y que no bastaba haber dejado el mundo, si no se dejaban a sí mismas; que advirtiesen que habían sido llamadas a un estado perfecto, y que el Espíritu Santo no permanece sino sobre corazones quietos; y así las encargaba se amasen unas a otras, y que, donde hay amor, no habría murmuraciones; que evitasen este vicio, que era perniciosísimo en las comunidades. Cuando no podía, por su salud o ausencia, hacerles pláticas, les enviaba cartas y papeles, que se leyesen en comunidad. Todos miraban a que fuesen sumamente perfectas, que olvidasen sus parientes, que sólo pusiesen su gusto en estar en oración en la presencia de Dios, de donde les había de venir todo su bien. Mirábanle las religiosas como un hombre angélico, venido del cielo; era grande el fruto que sentían en sus almas; andaban todas en aquel tiempo como fuera de sí, absortas todas en Dios; muchas llegaron a gran perfección y murieron santamente. Reconoce este convento sus bienes espirituales a la dotrina y oraciones del santo Maestro Juan de Ávila.

Acudía el santo varón a mejorar los buenos; mas su principal intento era reducir los pecadores, y a los que apenas tenían noticia de la virtud, en una vida, si no distraída, poco atenta, / encaminarlos a las v. obras virtuosas, oración, penitencia, frecuencia de sacramentos y ejercicios de virtudes.

Predicando un día en Granada, en la iglesia de los Mártires, le oyó una mujer casada de mediano estado, conocida por su hermosura y gala. Cuál fue la dotrina, lo mostró el efecto. Salió del sermón tan compungida, tan resuelta a mudar de vida, que, en llegando a su casa, arrojó por una ventana al corral la arquilla del aderezo de rostro, quebrando los botes y redomas, y aquella breve botica que tantas veces agravia la hermosura natural. Iba la resolución de veras; comenzó por lo más dificultoso: alcanzó de su marido, después de largos ruegos, que viviesen como hermanos, pues ya se hallaban con fruto de bendición; renunció todas las galas, adornóse con un vestido honesto; traía continuamente una soga apretada a raiz del cuerpo, en satisfacción de una cadena de oro que trajera, en que tuvo algún deleite; los pies descalzos, aunque cubiertos por la parte superior, acostábase sobre unas tablas, dispuestas con artificio, que no la dejaban dormir con gusto, ni mucho tiempo; redimía los pasados gustos con continuas aflicciones. Enviudó y, con el nuevo estado, se dio a velas llenas a la penitencia; aumentó más rigor en el modo del dormir, si dormía quien pasaba las noches en oración; nunca comía carne: un pedazo de pan y unas hojas de rábano, halladas en la calle, era su común sustento; confesábase, desde que se redujo, con el padre Maestro Ávila, y en todo se gobernaba por sus órdenes: en este tenor de vida perseveró con un vigor notable. Llegó la enfermedad postrera, y aquel último trance, en que se coge el fruto de estas obras. Vino el santo Maestro a confesarla, confortarla y asistirla; no desamparaba a sus hijos, hasta verlos en el cielo; pidióla, estando muriendo, le volviese a ver, quizá con particular moción del Espíritu Santo. Prometiólo, si Dios le daba licencia. Llamóse esta buena mujer, después de su reducción, la Beata Paz. Ocho días después, María de Posadas compañera de diez y seis años de la difunta, encontró al padre Maestro, y le preguntó si

f. 25 r. cumplió la palabra la beata. Arrasá- / ronsele los ojos de agua al venerable Maestro, y, diciéndole la pesaba de haberle dado pena, respondió: «Hija mía, este sentimiento no es por lo que me ha preguntado, sino porque estoy corrido que una mujercita me haya ganado por la mano. Sí me vio, hija, y me cumplió su palabra; me dio a entender la merced que Dios le había hecho en llevársela al cielo, sin entrar en purgatorio»; en vida tan penitente cosa muy probable.

Fue también fruto en Granada de esta predicación y enseñanza de este gran Maestro, la rara santidad de Constanza de Ávila (llamose así por su humildad, aunque era de gente noble). Fue desde moza discípula del padre Maestro Ávila, y por su orden y dirección hizo voto de castidad; fue un ejemplo rarísimo a Granada de todas las virtudes, en particular de un gran desprecio del mundo. Vivió ochenta y ocho años con una perseverancia admirable, y los cuarenta comulgó todos los días con orden del padre Maestro Ávila. Su oración fue levantadísima, y en ella recibió de Nuestro Señor muy singulares favores, encaminados algunos por la persona del padre Maestro Ávila, así en vida como después de su muerte. Padeció esta sierva de Dios por muchos días una vehemente tentación contra la inmortalidad del alma, que la traía con grandísima aflicción (a los grandes espíritus envía Nuestro Señor grandes pruebas); resistiólo valerosamente. Un día vio al padre Maestro de Ávila, ya difunto; y aunque sin cuerpo, mas entendió que era él, con la misma certidumbre que si le viera con los ojos corporales. Díjole: «Hermana, grados de gloria tengo». Estas palabras, que miraron derechamente contra aquella tentación, deshicieron el nublado, y la causaron una seguridad y quietud grande.

Visitaba esta santa doncella el Monte Santo de Granada, que tan magníficamente adornó y ilustró aquel gran ejemplo de prelados, don Pedro Vaca de Castro, arzobispo de Granada, y después de Sevilla, digno de eterna memoria. Andando, pues, por las cuevas, encontró a la Santísima Virgen María, que andaba en ellas como en su casa. Vio también en este San-

v. / to Monte al glorioso san Cecilio, vestido de pontifical. De estas visiones dio cuenta a su confesor, el padre Pedro de Vargas, de la Compañía de Jesús,

persona muy conocida en España por sus letras y espíritu, y por justos respetos hizo lo declarase así ante un notario y el provisor de Granada.

Contó también esta devota virgen a su confesor, estando muy cercana a la muerte, que un día, recibiendo el Santísimo Sacramento, le dijo Nuestro Señor con voz exterior que estaba predestinada, y le gozaría en el cielo.

Estando esta sierva de Dios en Granada, tenía algunas cosas que comunicar, tocantes a su espíritu y bien de su alma, con el padre Maestro Ávila, que residía por este tiempo en Montilla, donde iba algunas veces a verle. Pensando en esta ocasión en su jornada, la dijo Nuestro Señor: «Ve, que me le quiero llevar». Fue a hablarle a los primeros de otubre; el mayo siguiente fue el tránsito del venerable Maestro.

En esta ocasión, o en otra, estando el santo Maestro muy al fin de sus días, le preguntó la madre Constanza de Ávila qué quería hiciese por él. Respondió que le pedía sacase cinco niñas de cautiverio, que fuesen de tan poca edad que se entendiese ser vírgenes; y habiéndose la santa doncella ido a obligar por el rescate al convento de la Merced de Granada, se le apareció el santo Maestro Ávila, ya difunto, y le dio de palabra las gracias. Oyendo y conociendo la voz, quedó tan alegre y consolada con esta visión maravillosa, que le movió Nuestro Señor el corazón, después de haber sacado las cinco niñas de cautiverio, a obligarse por otras cinco, y volvió el santo Maestro a dar de nuevo las gracias por la segunda redención. Estuvo muchos años tullida en una cama, pasando extrema necesidad con una alegría y consuelo indecible.

Llegó la enfermedad última, que había de ser paso para su descanso; no le faltó en él su Maestro, apareciéndosele, y la aseguró de su gloria, dándole las buenas nuevas, que prestos se verían en el cielo. Trujéronle el Santísimo Sacramento por viático, presentes el licenciado Justino Antolínez, deán de / Granada, f. 26 r.
y hoy obispo de Tortosa, y el licenciado Estrada Manrique, que murió oidor de Valladolid, y el padre Pedro de Vargas, su confesor. Dio en esta ocasión tan grandes muestras de santidad, fueron tales los afectos amorosos y coloquios de esta santa virgen, que pare-

cía salir llamaradas de ella. Eran las palabras tan encendidas en amor divino, hablando con el Santísimo Sacramento, que los que se hallaron presentes estaban como asombrados, y como fuera de sí, viendo unas muestras tan maravillosas, y del cielo, donde piadosamente se cree voló su dichosa alma muy cerca de la de su Maestro, como se halló escrito en un papel suyo, que Nuestro Señor le había hecho esta merced. Yace en el convento de San Jerónimo de Granada. Hallóse a su muerte la madre Beatriz de Aguilar, grande amiga suya, mujer de superiores virtudes. Decía que la madre Constanza tenía en el cielo un eminente lugar. La santidad de las dos hace la proposición muy creible.

Estos fueron parte de los frutos de la predicación del padre Maestro Ávila en Granada, donde fue tan aceto, que se despoblaba la ciudad el día que predicaba. Eran estrechos los mayores templos a la multitud que le seguía. Todo era en sus sermones lágrimas, gemidos, compunción. Hasta los niños hacían demostración de sentimiento. Cuando se bajaba del púlpito era cosa maravillosa ver la gente que le seguía; besábanle las manos y la ropa; muchas personas se arrojaban a besarle los pies. Él con gran benignidad los alzaba, mostrando en el semblante la pena que de aquellas demostraciones recibía. Admirábanle todos, aclamábanle como a varón apostólico, y como tal le veneraban; llamábanle comunmente la Paz de Granada, porque se ejercitaba en hacer paces y amistades, acudir
v. a pobres y encarcelados, y hacer obras de caridad. /

Prosigue su estancia en Granada. Conversión del Beato Juan de Dios. Breve discurso de su vida entes de ella

Capítulo XIII

El mayor triunfo de la palabra de Dios, y de su gracia, encaminada por la predicación de este su gran ministro, fue la conversión y santa vida del beato

Juan de Dios, gloria de su Maestro, y de la Iglesia Católica.

Nació Juan en Montemayor el Nuevo, ilustre villa del reino de Portugal, en el arzobispado de Evora. Sus padres no fueron ricos, mas de buena sangre y vida; dejólos a los ocho años de su edad; pudo ser achaque de la niñez. Pasó a Castilla, vino a Oropesa, asentó con Francisco Mayoral, ganadero rico de esta villa; sirvióle y acudía a los pastores, que con su modestia y diligencia los tenía aficionados. Fueron sus ascensos con los años conformes a aquel estado; pasó de zagal a pastor, ejercicio en que se curtió para el trabajo; hízose hombre de fuerzas, robusto, y de valientes y bien compuestos miembros. Siendo de veinte y dos años, llevado de los bríos y fervor de la edad, y inclinación a la mudanza, tan ordinaria en los mozos, se fue con la gente que se hizo en Oropesa al socorro de Fuenterrabia, infestada del Francés: hecho de pastor soldado, dos extremos. Varios son los sucesos de la guerra, y Juan tuvo dos notables. Estando en la frontera de Francia faltó vitualla a sus compañeros, ofrecióse a ir por ellas a ciertas caserías, algo distantes. Subió en una yegua, que poco antes habían tomado al enemigo. A dos leguas de camino reconoció el animal el país donde había salido; dio a correr a toda furia, sin poder detenerla. Iba el buen jinete sin freno y silla; arojóle de sí; estrellóle en un peñasco, dando tal golpe en las piedras, que le privó de sentido, sin que estuvo algunas horas, echando por narices y boca mucha sangre. Volvió en sí, reconoció dos peligros: de la vida y ser cautivo; llegó como pudo a la estancia de los suyos, en cuyo amor halló reparo de su trabajo. / f. 27 r.

No fue el segundo el menor. Encargóle el capitán que guardase cierta ropa, que le hurtaron los soldados, sin culpa o descuido suyo; condenóle al punto a colgar de un árbol, apresurándose la ejecución. Encaminó Dios por aquella parte a un caballero; intercedió por su vida, ya cara al cielo.

Estos sucesos le volvieron a Oropesa a su ejercicio antiguo de pastor, en que perseveró cuatro años. No bien domados los bríos, quiso segunda vez probar el furor de Marte, como si le hubiera sido favorable la primera; es grande la propensión del hombre a la

mudanza, tal vez empeorando. Partió a Alemania en servicio de don Fernando Álvarez de Toledo, conde de Oropesa, que pasaba con el emperador Carlos Quinto a resistir al Turco, que venía sobre Hungría. La retirada del enemigo común, hizo breve la jornada, y la vuelta a España de nuestro Juan, que, en tierra de Sevilla, volvió a su antiguo ejercicio. Hallábase mejor con las ovejas que con la inquietud e incomodidades de la guerra: es el pastor un continuo bienhechor de su ganado, su médico, su proveedor, su guía. Fue ensaye en Juan este ejercicio, para beneficiar las ovejas racionales, que le había de encargar el Mayoral del cielo.

Por no quedar sin experimentarlo todo, pasó a Ceuta, en África, donde con el sudor de su rostro, jornalero en la fortificación de esta fuerza, alivió el desconsuelo y pobreza de un caballero desterrado y pobre, cargado con cuatro hijas: sustentó con su jornal esta afligida familia, obra por ventura que le mereció de Dios las grandes mercedes que veremos.

Volvió a España, acosado de una tentación vehemente, ocasionada por un compañero suyo, que apostató de la fe; acción que el demonio le achacaba, sin rastro de culpa suya: volvió con grandes deseos de mejorar de vida. Pidió en Gibraltar a sus manos el sustento; su jornal bastaba a su despensa y vestido, y le sobró, para hacerse mercader de libros, corto caudal. Traía la tienda en sus hombros, yendo de un lugar a otro, hasta que aportó a Granada, donde a la puerta de Elvira, mercader algo más caudaloso, puso
v. su tiendecita, ya de cuarenta y / dos años. Da muchas veces la divina gracia estas largas a la naturaleza, para que vea el hombre lo que puede, lo que alcanza su talento, lo que es, lo que vale para que más campee la eficacia de la divina gracia, y la vileza de la criatura, con que se asegura la humildad, y admita la bondad divina, que obra muchas veces sus mayores maravillas con instrumentos vilísimos; de los campos de Oropesa, de la fortificación de Ceuta, de las mudanzas de un hombre, ya pastor, ya soldado, de un hombre grosero en el trato, de cortísimo talento, que su mayor habilidad era comprar y vender unos librillos, saca el Artífice soberano una resplandeciente estrella del cielo de su Iglesia, un gran santo, un

gran maestro, un fundador de una religión santa, y le encomienda la salud de los cuerpos, y la salvación de inumerables almas.

Aportó Juan a Granada, cuando por su dicha predicaba en ella nuestro apostólico Maestro. Hacía la ciudad en aquel tiempo solemne fiesta al glorioso san Sebastián, en su día, en una ermita dedicada al mártir, sita en lo alto de la ciudad, frontero de la Alhambra. Para que fuese la festividad cabal, pidieron que predicase el padre Maestro Ávila. Fue, entre un numeroso concurso, Juan uno de sus oyentes, descuidado del bien que le traía. Pasó el predicador de las alabanzas del santo a lo que en todos sus sermones pretendía, el aprovechamiento de las almas; exageró el premio que el Señor había dado al santo mártir por lo que padeció por su amor, la brevedad de sus penas, la eternidad de sus glorias; sacó lo que había de hacer un cristiano por servir a tal Señor y no ofenderle, y padecer antes de cometer una culpa cruelísimos tormentos, cien mil muertes. De las saetas del mártir pasó a las del amor divino, y mediante la divina gracia, y una extraordinaria luz, que penetró lo íntimo del alma, hizo tan acertados tiros al corazón de Juan, bien dispuestos a recibir la semilla del cielo; fueron tan vivas sus palabras, arrojadas con esforzado espíritu, que le atravesaron las entrañas; tan eficaces, que mostraron prestamente la fuerza de su virtud; dejóle de tal / manera herido y abrasado en las f. 28 r.
llamas del divino amor, y con tan excesivo dolor de sus pecados, que, acabado el sermón, salió como fuera de sí por las puertas de la iglesia, clamando y llenando el aire de voces, bañados en lágrimas los ojos, pidiendo a Dios misericordia, confesando públicamente sus pecados; y, alcanzando en breve tiempo la alta ciencia del desprecio de sí mismo, se arrojaba por el suelo, dábase con la cabeza por las paredes, arrancábase las barbas y las cejas, dando saltos y corriendo, y, prosiguiendo con las mismas voces se entró por la ciudad haciendo tales extremos que le tuvieron por loco, y, como a tal, le gritaban. Llegó seguido de los muchachos, y de la inculta plebe a su posada; comenzó luego a cumplir el arduo consejo evangélico, de dejar todas las cosas, y, pobre, seguir a Cristo pobre; miren si estaba en su seso. Sacó al punto el

dinerillo que tenía, repartiólo a los pobres, dio luego tras los libros, y con un santo furor arremetió a los de caballerías y profanos, hízolos pedazos con las manos y los dientes (lo mismo hiciera con los de comedias, si entonces los hubiera), y los de espíritu dio a los primeros que por Dios se los pedían. Y como siempre hay muchos a recibir, en breve se halló con sólo el vestido; despojóse de éste, y dióle; quedó con solos los calzones y camisa, ya de todo punto pobre, desnudo y descalzo, y sin sombrero. Voló a las calles de Granada, dando las mismas voces, y seguido de la importuna cuadrilla de muchachos; llegó a la iglesia mayor y, arrodillado delante del Santísimo Sacramento, atravesado del dardo del dolor de sus pecados, dando dolorosas voces, decía: «Dios mío, misericordia; Señor, misericordia; apiadaos de este gran pecador, que os ha ofendido». Y arrancándose la barba, y dándose de bofetadas y golpes, no cesaba de llorar y dar gritos, y pedir a Dios perdón de sus pe-
v. cados. /

Llevan al Beato Juan de Dios a la posada del Padre Maestro Ávila y lo que con él pasó

Capítulo XIV

Hay dos maneras de contrición y dolor de pecados, dice tratando de este suceso el doctísimo maestro fray Luis de Granada:[32] una común y ordinaria, otra extraordinaria, cual fue la de la Madalena, que entró en medio del día, al tiempo que el Salvador estaba a la mesa con el fariseo y otros convidados, sin hacer caso de tantas cosas, como había que mirar, porque la violencia del dolor cerró los ojos a todo; de este principio nacieron los extremos que vemos en Juan de Dios, cosa rara, y que se ve pocas veces.

Algunas personas cuerdas, condolidos de lo que vían hacer, juzgaron que no era aquélla de todo punto locura, levantáronle del suelo, y con palabras blan-

32 *Vida*, p. III, c. IV, § 7.º.

das y amorosas le llevaron a la posada del padre Maestro Ávila, por cuyo sermón se había convertido; contáronle lo que había pasado después que salió de la ermita. Hizo salir la gente fuera de la pieza, quedaron los dos solos, y el bendito penitente arrodillado a los pies del ministro de Dios le habló de esta manera:

> Señor y padre mío, veis aquí al mayor de los pecadores, que en este mundo sufre la bondad divina; veis aquí al que a mayores misericordias opuso más declaradas ofensas, correspondiendo a favores con pecados; aquí está el más ingrato que sustenta el suelo, y que más ha resistido a las divinas inspiraciones, a los soberanos llamamientos; de esta verdad será prueba la breve relación que haré del disbaratado empleo de mis años. (Dióle cuenta de su vida, desde que tuvo uso de razón, hasta aquel punto). Remató así: Pudiera, padre mío, desesperarme, si no supiera que era mayor infinitamente la misericordia de Dios que mi malicia, y que más le ofendiera si desesperara; confío que no le ha de faltar piedad; prendas son este dolor, este reconocimiento de su gran misericordia, que ha de extender a este vilísimo / pecador, y pues fuis- f. 29 r.
> teis el medio de mi conversión, suplicoos que seais el médico de mi enfermedad; aquí estoy a vuestros pies, tan obediente como si estuviera a los de Dios, porque os tengo por profeta, embajador suyo; seguiré lo que me mandáredes hasta la muerte, como si lo ordenara el mismo Dios.

Alegróse en el Señor el santo Maestro Ávila con el nuevo hijo que le enviaba. Admiró, tan al principio, tan adelantado espíritu y tan grandes muestras de contrición en el nuevo penitente. Díjole:

> Esforzaos, hermano Juan, en Cristo Redentor nuestro; confiad en su misericordia, que le costastes mucho. Toda su sangre es vuestra, deramada con un amor infinito. Esperad que el que comenzó la obra la llevará hasta el cabo; sed fiel y constante en lo que conmenzastes; no volvais atrás, ni os dejéis rendir del enemigo. Sabed que los que constantes pelean hasta el fin, como buenos caballeros, en la milicia del Señor, triunfarán con Él eternamente en la gloria; empero los que, cobardes, le volvieren las espaldas, caerán en manos de sus enemigos, y perecerán con ellos para siempre; estad animoso, que estas misericordias prometen grandes aumentos. Dios es sumamente bueno; no faltó jamás al que de veras contrito aborrece su pecado, y con verdad le busca y se entrega a su servicio. En esta nueva milicia ha de haber tentaciones y trabajos que suelen suceder a los que comienzan a pelear las batallas del Señor; mas, animaos, que no os ha de faltar su Majestad piadosa. Aquí me teneis por vuestro, veníos a mi, que,

sabiendo los golpes que más os dieren pena, y las acechanzas con que más os combate el enemigo, con la gracia y favor de nuestro Señor, llevaréis medicina saludable, con que se cure vuestra alma, y nuevas fuerzas, para pelear con vuestros enemigos. Id en hora buena con la bendición de Dios y con la mía, que yo confío en el Señor que no os será negada su misericordia; yo os recibo por hijo, y os ofrezco mis oraciones y amor.

Salió Juan de la presencia del varón de Dios grandemente consolado y animoso, y prosiguió de nuevo
v. su locura, hacien-/do más desacostumbrados extremos. Por ventura este suceso es el que en el discurso de la vida del padre Maestro Ávila descubre más la gran sabiduría de que estaba enriquecido este varón del cielo, y aquella ciencia o don de discreción de espíritus, de que escribiremos adelante. Porque, si habló tan en juicio, y conoció la obra de Dios en el nuevo penitente, el conocimiento y dolor de sus pecados, ¿cómo le consintió que volviese a hacer locuras? ¿Quién no dijera que un yermo, un hospital o monasterio, aseguraban aquel arrepentimiento, comunes oficinas de la penitencia? No pasó así; antes, en saliendo de la casa del Maestro, fue corriendo a la plaza de Bibarrambla, revolcóse en el lodo, y, en presencia de multitud de gente, decía cuantos pecados le venían a la boca, asquerosa con el cieno, diciendo que era un traidor y merecedor de mayores ignominias, y con este mismo furor corría por las calles de Granada acosado de lo más vil del pueblo. Demás de que, siendo cuerdo, ¿cómo podía sin pecado fingirse lo que no era, y si no puede honestarse el mentir con las palabras, mucho menos con los hechos?

Conoció el sapientísimo Maestro el espíritu de Dios, que gobernaba a su Juan, y no ser nuevo estas locuras fingidas en los grandes santos, que para alcanzar la importante ciencia del desprecio de sí mismos, y que los tengan en estimación vilísima, han buscado estas disimulaciones, con que encubren los dones y misericordios divinas; y en Juan de Dios, demás de esto, comenzó un nuevo género de una rigurosa, y pocas veces vista penitencia, puerta común para las grandes santidades, porque, viniendo a parar a la casa de los locos, no tomaba las disciplinas de su mano; sufrió el furor o enojo de los ministros del hospital, que no les piden para el oficio más ciencia

que tener muy buenas fuerzas; eran los azotes rigurosos y continuos; la comida, el asco de un hospital; el retiro y soledad, un aposentillo, o jaula; el crédito, casi irrecuperable, pues raras veces sanea la opinión el que la ganó de loco. Redújose al más abatido puesto, a que no podía alcanzar el discurso humano, / no f. 30 r.
alumbrado del cielo: habilidades del amor divino. Están llenas las historias eclesiásticas de varones y mujeres santos, que fingieron la tontería y locura, llenos de sabiduría verdadera, con altísimos fines. Santa Domna, virgen, no hizo menores extremos que nuestro Juan, porque la tuviese por furiosa. Santa Isidora, virgen, se fingió tonta, sirviendo como tal en la cocina de un monasterio de monjas. Simón Salo, que quiere decir loco, siendo varón sapientísimo, le tuvieron por simple, y otros muchos, cuya santidad aprobó el cielo con milagros. Este espíritu, esta vocación altísima, penetró este sapientísimo Maestro en el santo Juan de Dios, y que le gobernaba una moción superior. Sabía bien, como docto, que los hechos que no son de suyo malos, ni en perjuicio de otros, el fin les da bondad, o malicia, y como los que pretendía el bendito Juan de Dios eran tal altos, no sólo hubo que temer culpa, mas esperarse un gran merecimiento. Fueron éstos unos principios raras veces vistos de una santidad heroica. Es grande la diferencia, como dicen los teólogos, en el mentir de palabra o disimular, o fingir otra cosa con el hecho, que esto es lícito con la circunstancia que hemos dicho de la intención, o fin con que se hace.

Envía el Padre Maestro Ávila a visitar al Beato Juan de Dios, y lo demás que pasó con él. Un sumario de las virtudes de este santo

Capítulo XV

Los títulos de las cajas, botes y redomas de la botica de un hospital de locos se reducen a uno solo: El loco por la pena es cuerdo. Esta medicina aplica-

ron al bendito Juan de Dios sobradamente, como es de tan poca costa. Él la admitía humilde en satisfacción de sus pecados, y como con el amor le parecían tan grandes, reprendía a los ministros del hospital de su descuido en curar los pobres, con que los irritaba, para que los azotes fuesen más crueles y continuos, que las verdades, aun dichas por un loco, escuecen v. y se vengan. /

Luego que el padre Maestro Ávila supo que su Juan estaba preso por loco, y tratado como tal, se alegró por una parte, viendo tales finezas de padecer por Dios; compadecióse, por otra, viendo pruebas tan árduas en tan reciente espíritu; teníale por constante, considerábale tierno. Envióle a visitar con uno de sus discípulos. Díjole que se holgaba mucho de su bien, y que tuviese valor para padecer algo por amor de Jesucristo; que le rogaba de su parte que, pues algún tiempo se preció de buen soldado, ahora lo pareciese, poniendo la vida por su Rey y Capitán, que iba con el estandarte de la cruz delante, que recibiese con humildad y paciencia los trabajos que su Majestad le enviase; que, si considerase lo mucho que por su amor había padecido en su pasión, cualquier tormento le parecería ligero; que se ensayase para cuando saliese por el mundo a pelear contra los tres enemigos; que confiase en el Señor no le desampararía.

Quedó consolado Juan, y agradecido a la visita de su buen padre y maestro, estimando se acordase de él en prisión tan abatida, y tan olvidado de todos. Admiró su caridad, que tuviese memoria de su vileza, enviándole a consolar en su trabajo; lloraba de alegría; agradeció a Dios esta merced, respondiéndole así:

> Decid a mi buen padre que Jesucristo le visite y le pague tan buena obra de acordarse de este su humilde esclavo, ganado por buena guerra, que me conozco por siervo malo y *sin provecho;*[33] mas que, si no se olvidare en sus santas oraciones, esperaré en la misericordia divina, que me ha de favorecer; que le suplique crezca en mi alguna virtud, y él asegure el gusto de ver que no perdió en mi el fruto de sus trabajos.

El tiempo que duró en la prisión el bendito Juan de Dios, le envió a consolar muchas veces el padre

33 Cf. Lc. 17, 15.

Maestro Ávila, y por ventura, si no fue a verle en persona, sería porque no se entendiese la inteligencia que entre los dos había, y que, viendo a un hombre tan grave y conocido discurrir con él despacio, se deshiciese la traza. Lo cierto es, que le esforzó y conhortó mucho, sin desampararle jamás. / f. 31 r.

Habiendo estado el beato Juan de Dios en esta prueba tan dificultosa el tiempo que pareció conveniente, se le dijo de parte de su Maestro que bastaba la falsa opinión de la fingida locura, para conservar la humildad, y que ahora convenía que diese a entender que estaba bueno, así porque no se desacreditasen las virtudes que Dios pusiese en su alma, como también para que le pudiese seguir a Montilla, para donde estaba de camino, para que allí más despacio tratasen lo que a sus cosas convenía.

Como la enfermedad se tomó de voluntad, no duró más de lo que quiso el enfermo. Los días que dio a la convalecencia, sirvió a los pobres del hospital, y con certificación de salud, que le dio el mayordomo, partió a Montilla, flaco, roto, mal tratado, descalzo, descubierta la cabeza. Halló al santo Maestro Ávila, que le acogió con un amor paternal, en cuya compañía estuvo algunos días, en que gozó de su ejemplo, de su dotrina, y consejos; hizo con él una confesión general; trazaron el discurso de su vida; formóse aquí como en planta el suntuoso edificio de las virtudes y empleos de Juan, del todo de Dios, porque Dios quiso.

Partió de Montilla a Guadalupe a visitar aquel religioso santuario y comenzar sus empresas con el patrocinio de María Santísima, como lo hicieron otros grandes santos. Volvió a Granada, pasando por Baeza, donde a la sazón estaba el venerable Maestro. No daba paso sin su acertada guía. Fue grande el alborozo de hallarle; y, habiéndole tenido consigo algunos días, le dijo estas palabras:

> Hermano Juan, cumple que volváis a Granada, donde fuisteis llamado del Señor, y Él, que sabe vuestra intención y deseo, os encaminará el modo como le habéis de servir. Tenelle siempre delante en todas vuestras cosas, y considerad que os está mirando; y obrad como en presencia de tan gran Señor; y, en llegando a Granada, tomad luego un confesor que sea tal cual yo os he dicho y sea vuestro padre espiritual, sin cuyo consejo no hagáis cosa que sea de importancia, y cuando se os ofreciere cosa

v. en que os parezca que habéis menester mi consejo, escribidme donde yo estuvie- / re, que yo haré con vos en todo lo que soy a la caridad obligado en el ayuda de nuestro Señor.

Partió a Granada; estuvo siempre dependiente de su santo padre y maestro; escribíale sus dudas. Dos cartas andan entre las del padre Maestro Ávila, para el beato Juan de Dios. La una comienza así: «Vuestra carta recibí, y no quiero que digáis que no os conozco por hijo, que, por ser ruín, decís que no lo merecéis, por la misma causa, yo no merezco ser padre, y así mal podré yo despreciaros a vos, siendo yo más digno de ser despreciado».[34] Y otra de esta manera: «Vuestra carta recebí, y no penséis que me dais pena porque me escribís largo, que, como el amor es mucho, no puede parecer larga la carta».[35] Exhórtale en ambas a la perseverancia y cautela en el tratar con prójimos, en particular mujeres, y a que se aventaje mucho en el aprovechamiento de su alma. Iba muchas veces a Montilla a consultar y confesarse con el padre Maestro; y, antes de entrar en la villa, le enviaba a pedir licencia, diciendo: «Díganle al gran Maestro, a mi gran padre, que aquí está aquel gran pecador Juan de Dios, que si le da licencia le irá a ver». Esperábale en el campo, descaperuzado, muchas veces a lo ardiente del sol. En teniéndola, entraba en la villa, consolábase con él y consultaba sus dudas. El tiempo que le sobraba gastaba en traer agua a cuestas de la fuente, y venderla por la villa; lo que sacaba repartía a los pobres, o daba el agua, si se la pedían por Dios. Tuvo rara veneración y respeto al santo Maestro, y de su comunicación tuvo grandes aumentos en su alma.

Éstos fueron tan grandes, y correspondió de manera a la vocación de Dios y consejos de su Maestro, que vio el mundo en este santo varón extremos grandes, finezas nunca oídas del amor de Dios y de los prójimos, de los mayores que ha gozado la Iglesia en estos siglos.

Elocuencia divina, no rudeza humana, podía dar cabal realce a las alabanzas, a las virtudes, a las haza-

34 Carta 45: I, 501.
35 Carta 46: I, 503.

ñas heróicas de este varón admirable, de este hijo primogénito de la caridad / cristiana, rayo del divino f. 32 r.
amor. Con el precio de unos haces de leña, que traía del monte, comenzó en Granada a juntar y regalar los pobres, con un fervor y diligencia increible.

Alquilóles una casa, donde juntó las miserias todas de los hombres: al que las ardientes calenturas le tienen hecho un volcán continuamente; al que, falto de los principales miembros, es tronco animado más que hombre; al otro hidrópico, que, con el vientre hinchado, anda como parto de la muerte; aquél, podrido con la tericia, sobrevive a su cadáver; éste cargado de llagas, con tantas bocas pide remedio para su necesidad; otros, podridas las cabezas y los miembros, es el destrozarlos su remedio; del otro, lleno de males, se retira la medicina por haber vencido ya a todas sus reglas; el ciego, que va extendiendo la mano, y muchas veces clama donde no hay quien le oiga; el otro, sin lengua y mudo, no tiene con qué pedir, pero ruega más eficazmente, mientras no puede rogar. Si tuviera cien lenguas, si cien voces, pudiera apenas discurrir los nombres de las enfermedades, que abrazaba la caridad de Juan. Llevaba en sus hombros los enfermos: en ellos regalaba a Cristo; con sus miserias enriquecía; acompañado de este ejército, marchaba, y festejador de los pobres, y pretendiente con los necesitados, se apresuraba al cielo.

Habiendo gastado la mayor parte del día en recoger, en regalar sus pobres, salía después, las noches, a recogerles limosnas. Su traje de muchos años fue un capote de jerga ceñido, unos zaragüelles de frisa, descalzo de pie y de pierna; rapada a navaja la barba y cabeza, no la cubrió jamás desde el día de su conversión en los ardientes soles, en los hielos, asistiese en Granada o caminase. Traía un esportón al hombro, y dos ollas en las manos, que sustentaba con una soga al cuello, diciendo con voz tierna y lamentable, que quebrantaba las más duras entrañas: «Hagan bien para sí mismos». Lo que aquí recogía llevaba a sus queridos hermanos, de cuyas almas cuidaba más que de los cuerpos, hacía se confesasen, y recibiesen decentemente los sacramentos. ¿Quién podrá contar el número de / almas que encaminó al cielo con un celo v.
ardentísimo? Y no sufriendo su caridad estrechuras,

no había necesidad en la gran ciudad de Granada, cuyo remedio no corriese por su cuenta. La viuda pobre a quien los huerfanitos piden lo que no les puede dar; la doncella, cuya necesidad ponía pleito a su honor; el enfermo, que en un aposentillo perece por la vergüenza de no verse en un hospital; el que fue rico, y con doblado dolor padece, con la memoria de la abundancia pasada y miseria presente, una continua mengua; el anciano, que sólo le quedan fuerzas para padecer y pedir; el pleiteante, que el caudal gastado viene a ser ya su principal interés; el labrador perdido tal vez de los continuos tributos; el soldado destrozado; el peregrino y innumerables mujeres a quien sacó de pecado, y otras porque no cayesen, fueron materia todas de la gran caridad de este serafín abrasado, que, imitador de la divina providencia, así cuidaba de cada uno, como si fuera solo amparado.

Los ángeles del cielo suplieron tal vez sus faltas, mejor diré sus ausencias del hospital; sirvieron a su Señor en sus pobres, en cierto modo envidiosos, tal bien tiene servir los pobres de Cristo. Este Señor gustó en su misma persona participar del agasajo de Juan. Lavaba los pies a los pobres que recibía, y un día, habiéndolos lavado y limpiado a uno, que, siendo rico, se hizo pobre por su amor, mas él pensó que lo era, yendo a besarlos, vio en ellos una llaga resplandeciente. Reclamó de su Señor, alzó los ojos y vio al Rico de cielo y tierra que le dijo: «Juan, a mí se me hace todo el bien que en mí nombre los pobres reciben,[36] yo soy el que extiendo la mano para tomar la limosna que se les da; yo, el que me visto de sus vestidos; yo, al que lavas los pies, cuando los lavas a un pobre». Con este favor quedó consolado y animoso.

¿Quién, sobre su continuo trabajar los días y las noches, podrá describir su penitencia; la alteza de su oración, en que le vieron cercado de resplandores; las luchas con los demonios; el celo de la honra de Dios y de su gloria; sobre todo, su paciencia, muchas veces
f. 33 r. provocada de aquellos a quien hizo / mayores beneficios; su castidad, su recato? Respetáronle los elementos: en el incendio del Hospital Real de Granada salió

36 Cf. Mt. 25, 40.

libre de las furiosas llamas; las aguas, en una isleta, que tuvo firme en Genil, mientras estuvo en ella, llevándosela luego que le faltaron sus pies.

Habiendo sus incesables trabajos traídole la enfermedad postrera, sabidor de su tránsito, se hincó de rodillas abrazado con un Cristo, y llamándole tiernamente, dio el alma a su Criador, quedando muerto hincado de rodillas, firme en aquella maravillosa postura, como el gran Pablo, primer habitador de los desiertos. Fue claro en milagros y en el don de profecía, y aunque sus virtudes nos hacían ciertos de su gloria, nuestro santísimo Padre Urbano Octavo nos la asegura, declarando por santo al fervoroso limosnero. Enjugáronse las lágrimas continuas, que corrían de sus ojos por sus pecados, y ajenos; y aquel pobrecito humilde, que andaba roto y descalzo por las calles de Granada, cargado de los enfermos, veneramos en altares; el que trabajaba día y noche por sustentar al menesteroso, ya descansa en el trono de la gloria, alaba a Dios en los siglos de los siglos. Allí conversa con su santo y buen Maestro, dale agradecido gracias, porque así le gobernó, porque le incitó a que venciese. Recibid, glorioso Juan, este corto y mal compuesto elogio, demostrador de un ánimo estimador de vuestros méritos, deseoso de cantaros alabanzas.

Predicación del Padre Maestro Ávila en Zafra y Extremadura, y sucesos que allí hubo

Capítulo XVI

Pasaron por Córdoba el año de mil y quinientos y cuarenta y seis, con ostentación correspondiente a su grandeza, los condes de Feria don Pedro Fernández de Córdoba y Figueroa, y doña Ana Ponce de León, señora de extremada virtud y religión, que ha de ocupar adelante gran parte de nuestra historia. Iban a vivir a Zafra, villa principal del estado de Feria, tenían gran amor y estima del padre Maestro Ávila. / Había v.

predicado una cuaresma en Montilla, y con la experiencia que sentían en sus almas de sus sermones y trato, con acuerdo del cielo le enviaron a pedir se fuese con ellos la cuaresma de aquel año a predicar a Zafra. Vino en obedecerlos. Sin embargo de la mucha contradición que le hacían sus discípulos, por la falta que había de hacer en Córdoba, o en otra población grande del Andalucía, determinó su jornada, que tan lucidos efectos tuvo.

Aposentáronle los Condes en casa de un sacerdote honrado, donde guardó tan gran recogimiento que, aún en tiempo de calores excesivos, no salía un punto de su aposento a tomar un poco de fresco y respirar un rato, aunque se lo rogaba mucho el huésped; contábalo después con admiración por muchos días.

Con los sermones y comunicación del venerable Maestro crecían los Condes en religión y virtud, a que dieron principio con una confesión general, que ambos hicieron con él. Ejemplo de los señores no solamente mueve a los criados; fuerza impele. Toda aquella familia hizo notable trueque en las costumbres, mudanza en la vida; hicieron confesiones generales, frecuentaban sacramentos con devoción y afecto. En particular las mujeres, en quien con mayor facilidad entra la devoción y persevera. Tres veces en la semana tenían ejercicios de penitencia en una sala particular para ello, y con tan gran rigor que estaban las paredes salpicadas de sangre más de vara de alto. Tenían señalados sus ratos de oración; de las raciones que les daban, contentándose con una parte moderada, daban lo restante de limosna.

Fue señalada entre otras la mudanza de vida de María de Saavedra, persona principal (usábanse entonces pocos *dones*, aún en personas nobles); dejó las galas, que eran muchas; púsose unas tocas largas, mortificación no pequeña en pocos años; acompañó siempre a la Condesa de Feria por gozar de la doctrina y dirección del santo Maestro Ávila, con quien se confesó el tiempo que residió en Montilla; vivió con notable ejemplo; fue estimada de los señores de aquella casa,
f. 34 r. por / su mucha virtud; murió en ella santamente.

Perseveró, pues, el santo Maestro Ávila en esta villa por la gran devoción que estos señores le tenían, y por ver cuán rendidos estaban a su parecer y consejo

en todo lo que tocaba al gobierno de su estado y de sus almas, y no por esto dejaba de predicar todos los domingos y fiestas. Y aquí procuró que se enseñase la dotrina a los niños, porque, en todos los lugares que podía, ponía en esto gran cuidado; y así lo encomendaba a sus discípulos cuando los enviaba a algunos lugares a predicar y confesar. Y en este mismo tiempo leía una lección de la epístola canónica de san Juan Evangelista en la iglesia del monasterio de Santa Catalina, y a esta lección, entre otros oyentes, acudían la Marquesa de Priego y Condesa de Feria, su nuera, la cual iba más alegre a oir esta lección que si fuera a todas las fiestas del mundo.

Logró copiosamente la Condesa la residencia en Zafra del venerable Maestro; aprovechó grandemente con la dotrina de este siervo de Dios, y así platicaba muchas veces con ella en las confesiones, y fuera de ellas, dándole todos los documentos y avisos que se requieren para una vida perfecta. De modo que, en el estado de casada, ya la encaminaba Nuestro Señor a la perfección de vida que pensaba tener de monja, si Nuestro Señor dispusiese de la vida del Conde antes de la suya, como lo amenazaban sus continuas enfermedades.

Discurrió predicando por otras partes de Extremadura. En Fregenal predicó otra cuaresma con gran fruto, confesando a cuantos a él llegaban. Viniendo a fundar a esta villa un Colegio los religiosos de la Compañía de Jesús, hallaron grandes memorias de la predicación de este apostólico varón, y dos sacerdotes ejemplares, que siempre le oían los sermones de rodillas, y una opinión asentada en aquel pueblo de la virtud del venerable Maestro, a quien llamaban santo.

Tuvo el padre Maestro Ávila en esta predicación algunos sucesos dignos de saberse. Habiendo predicado en un lugar de Extremadura, volviendo a la tarde a Zafra, y en su compañía, / un hombre de a pie, divi- v.
saron de lejos cuatro hombres. Dijo el mozo: «Padre, este camino no está seguro de ladrones; volvamos al lugar, que aquellos hombres me parecen muy bellacamente». El padre Maestro le dijo: «Hermano, no tema, confíe en Dios, prosigamos el camino». En llegando al puerto, donde estaban los cuatro hombres, metieron manos a las espadas, diciendo: «Paren, venga

la bolsa». Al punto, sin acabar de desenvainar, quedaron yertos, temblando, sin poder moverse. Viéndolos así, el santo Maestro les dijo: «Hermanos, ¿qué han menester?» Ellos dejando las espadas, se hincaron de rodillas, y le pidieron perdón de su acometimiento, diciendo que, yendo a desenvainar, les dio un temblor y temor tan grande que se hallaron impedidos de sus movimientos. El santo Maestro les dijo: «Gloria sea a Dios Nuestro Señor». Exhortóles mucho a que dejasen aquella vida y se volviesen a Dios, y confesasen; prometieron la enmienda; prosiguió su camino el santo Maestro, salvo y seguro, dando gracias a Dios.

Estando en Zafra el venerable Maestro, salió a predicar un día a un lugar de la comarca. Volviéndose a la noche, a media legua del lugar de donde había salido, oyeron él y un mozo, que llevaba, en una cañada cerca del camino, unas voces lastimeras, suspiros y quejas dolorosas. Dijo al mozo se llegase a ver lo que era. A poca distancia vio algunos bultos, al parecer como hombres enlutados, que, con grandes demostraciones de dolor, se lamentaban. Preguntóles la causa. Respondieron: «¿Para qué lo preguntáis, pues vais en compañía de Avililla, que con el sermón que hoy predicó en el lugar donde salistes, nos ha quitado muchas almas, que teníamos por esclavas?» El buen hombre se volvió atemorizado y temblando. Díjole el padre Maestro: «Tenga ánimo, hermano, confíe en Dios, que es todopoderoso y va con nosotros, y no hay que temer».

El sentimiento del demonio, de ver sacar las presas de las manos, que tenía por suyas, no fue sólo en el suceso pasado. Cierto caballero, mal entretenido con una deuda suya, con no pequeño escándalo, de oir un
f. 35 r. sermón del venerable Maes- / tro se halló tan trocado y resuelto de mudar vida, y no ofender más a Dios, que, luego que salió del sermón, fue a su casa, y sin pararse a comer, se encerró en una sala, y herido de un vehemente dolor de sus pecados, resolvía en la memoria las ofensas que había hecho a Dios; disponiéndose para irse a confesar con el santo Maestro Ávila. Estando todo en estas amarguras y propósito, entró en la sala un hombre de buena disposición, con apariencias que iba a tratar un negocio de importancia. A pocos lances introdujo en la plática la persona del

padre Maestro Ávila; el caballero comenzó a decir grandes alabanzas de su dotrina y santidad, y de la eficacia que tenían sus palabras para encaminar almas al cielo. El hidalgo introducido dijo: «Mucho me admira que un hombre tan ententido como vuesa merced se haya persuadido a creer esta santidad fingida de este hipócrita engañador». Añadió otras razones de este porte, para divertirle del propósito; pero el buen caballero tenía tan embebido en su ánimo el impulso del Espíritu Santo, comunicado por la dotrina del gran siervo de Dios, que con ella conoció la falsedad que le quería persuadir. Al punto se levantó, y dijo: «Váyase de mi casa, que a mí no se me ha de hablar de esa manera». Prosiguió santiguándose, diciendo: «Jesús, Jesús mil veces, válgame Jesucristo, que haya hombre que tal diga». En medio de esta admiración sonó un ruido como de un viento que sopla recio en algún humero, y dio un golpe muy grande a la puerta de la sala; todo en un punto. Quedó el caballero solo; conoció que era el demonio; con que tuvo por más cierta su vocación; y cobró más esfuerzo para proseguir su intento. Fuése luego a dar cuenta al santo Maestro Ávila de lo que había pasado. Él le aconsejó cómo había de haberse en semejantes tentaciones, aunque no fuesen tan manifiestas. Dióle el modo de disponer para la confesión, que hizo con el venerable padre, y una maravillosa mudanza de costumbres, y acabó su vida con grandes muestras de santidad.

Otro caballero en Córdoba, discípulo del padre Maestro Ávila y de los más aprovechados con su dotrina, estando un / día revolviendo en la memoria los v.
santos consejos que el padre Maestro le había dado, y las mercedes que Nuestro Señor le había hecho por haberlos admitido y ejecutado, vio entrar por la pieza donde estaba un jumento de desmesurada grandeza, negro y muy lanudo, y apenas le vio, cuando le pareció que le habían metido una mano en la boca y tirado tan recio hacia una oreja que, sintiendo gran dolor, le pareció le habían arrancado la quijada; acudió con su mano al socorro de la parte ofendida, y diciendo: «¡Ay, Jesús!» súbitamente desapareció la bestia y quedó sin género de lesión. Fue el buen discípulo al padre Maestro; contóle lo que le había pa-

sado, de quien recibió dotrina tan conveniente que nunca más fue molestado con semejantes inquietudes y tentaciones.

El sentimiento de este enemigo con los discípulos, se mostró con mayor furor con el Maestro. Fue declarada la enemistad y persecuciones que los demonios le hicieron, así atormentándole muchas veces por apartarle de sus santos ejercicios, y otras, valiéndose para sus trazas de hombres perversos y desalmados, para perturballe, inquietalle en su espíritu, y en el celo y aprovechamiento de las almas; pero el santo varón, como valeroso capitán, salía de todas las ocasiones vencedor, y no cesaba de noche y día de acudir a la salvación y provecho de las almas, y que el Señor fuese honrado y glorificado en todo.

Su predicación en Écija

Capítulo XVII

No fue menor el fruto de la predicación de este apóstol santo en Ecija, que en las otras partes. El tiempo que llegó a esta ciudad, como a las demás, ha sido dificultoso averiguarse después de tantos años, y cuando pudiéramos ajustarlo, no era la importancia mucha, como ni las veces que estuvo en cada parte; porque en las ciudades en que dejamos escrito que predicó, no fue una sola, sino muchas veces, corriendo ya a una y otra parte, volviendo adonde había estado primero, como entendía era mayor servicio de
f. 36 r. Dios y provecho de / las almas; si bien ha parecido juntar los sucesos de un lugar por mayor claridad, y evitar la confusión que resultara de escribir cada cosa en su tiempo, cuando fuera posible. Esto advierto, porque algunos de los sucesos, que hemos de escribir en Ecija, precedieron a muchas de las cosas que dejamos vistas; en tanta obscuridad hemos escogido el método que haga menos molestos los discursos. La verdad hemos procurado ajustar en todo sin atender a tiempos.

Habiendo en esta ciudad subido un día a predicar, antes de comenzar el sermón ni santiguarse, asió el rostro del púlpito con las manos, tentando si estaba firme, y pareciéndole que no, hizo que se asegurasen y dijo: «Algún fruto se ha de hacer hoy, y el demonio lo quiere impedir». En el discurso del sermón, explicando un lugar de san Pablo, en que tenía la excelencia que dijimos, se encendió con tan gran fuerza y espíritu, que muchas personas del auditorio le vieron salir centellas de fuego de la boca, y conocieron a las personas a quien habían tocado, y les vieron desde aquel día en adelante gran mudanza y trueco de vida que fue una semejanza de la conversión de san Pablo, y una de las personas dicen fue doña Sancha Carrillo, con que quedó como marcada, para la mudanza que después veremos.

Sucedió en esta ciudad un caso raro; predicó el Evangelio con la obra, que es la más eficaz elocuencia. Llegó a Ecija un comisario a predicar la bula de la Cruzada; mandó, como es costumbre, no se predicase aquel día en que había de hacer publicación. Fueron algunas personas graves, devotos suyos, al padre Maestro Ávila, y le pidieron no dejase de predicar el sermón que tenía echado, que ellos sacarían beneplácito del comisario. Descuidáronse de hacerlo. Habiendo publicado la bula con su sermón ordinario, supo que en una iglesia estaba predicando un clérigo; partió colérico y, en bajándose del púlpito el padre Maestro Ávila, le dijo: «Ha sido muy grande atrevimiento predicar hoy, habiendo yo mandado lo contrario». Y, sin esperar respuesta, alzó la mano y le dio una bofetada en el / venerable rostro. Él, con grande v.
humildad, se hincó al punto de rodillas y, con la mansedumbre de un cordero y admirable paciencia volvió el rostro diciendo: «Empareje esta otra mejilla,[37] que más merezco por mis pecados». Acudió al caso la gente, que con clamor y sentimientos advirtieron al comisario lo que había hecho. Él, sabiendo a quien había injuriado (mejor dicho herido, que el varón justo sabe convertir la injuria en gloria), se arrojó en el suelo, pidió perdón al venerable Maestro; él le alzó y abrazó con rostro alegre y risueño, besóle la

37 Cf. Mt. 5, 39.

mano, y le perdonó, diciendo que más merecía por sus pecados.

Una de las almas aventajadas, que tuvo en aquel siglo la dotrina del padre Maestro Ávila, fue doña Leonor de Inestrosa, mujer de Tello de Aguilar, ambos de la mayor nobleza de Ecija. Posaba en su casa el padre Maestro Ávila las veces que estuvo en esta ciudad, y pagóles colmadamente el hospedaje. Cumplióse en ella lo que el Salvador promete en su Evangelio, que si en la casa donde fueren recibidos sus discípulos *hubiere algún hijo de paz descansará sobre él la paz*[38], esto es, será partícipe de los bienes y gracias, que iban a comunicar al mundo. Fue rara la devoción de esta señora a la pasión de Cristo Nuestro Señor, y así se firmaba algunas veces, Leonor del Costado, por el tierno amor que tenía a esta rosa hermosísima, de donde se le comunicaron tantos bienes. Era muy temerosa de su conciencia y, aunque era lenguaje suyo muy usado, que Nuestro Señor la amaba, dudaba ella de su amor para con él, y así el padre Maestro la escribió muchas cartas, para templar estos demasiados temores y esforzar su confianza. Entre otras anda una al fin del primer tomo del Epistolario, muy eficaz para esforzar personas desmayadas y desconfiadas[39]. Comulgaba con mucha devoción y decía muy discretamente que el día de la comunión tenía gran reverencia a sus pechos, por haber recibido en ellos a tan gran Majestad. Muriósele una hija de once a doce años al mediodía; trataron de enterrarla aquella tarde, recelando la pena que, como madre, recibiría, teniendo el
f. 37 r. cuerpo difunto de la hija toda aquella / noche en casa. El padre fray Luis de Granada, que en esta ocasión estaba en Ecija, le dijo lo que pensaba hacer, y el motivo. Ella le respondió: «Padre, ¿por qué tengo yo de rehusar de tener toda la noche un cuerpo santo en mi casa, como lo es el de esta niña?» Después le dijo que fue tan grande la consolación que su alma recibió, considerando que aquella niña iba a gozar de Dios, que con ningunas palabras lo podía explicar, y que recibía gran pena con las visitas de algunas señoras, que venían a consolarla, porque le impedían algún tanto el gusto de aquella grande y verdadera consola-

38 Cf. Lc. 10, 6.
39 Carta 44: I, 490 ss.

ción, en la cual quisiera estar ocupada noche y día. Tan grande era la conformidad de su voluntad con la divina, y así la premió Nuestro Señor, pues la ocasión de más tierno dolor la convirtió en consuelo.

No es de menor admiración otro suceso. Estando doña Leonor de parto, no se halló presente el padre Maestro Ávila, que en estas ocasiones la acudía, como huésped agradecido, con el favor de sus oraciones. Viéndose desamparada de este socorro, presentóse con el espíritu a Nuestro Señor, con una profundísima humildad, y aquel Señor, que sabe agradecer el hospedaje que se hace a sus siervos, asistió en lugar del santo huésped, y en el punto del mayor dolor que se siente en los partos, ninguno sintió, porque el Señor, por su especial providencia y amor que tenía a esta sierva suya, dispensó con ella en la pena, en que están sentenciadas todas las mujeres en sus partos.

Y, con ser tantas las virtudes de esta alma tan favorecida de Dios, no quiso su Majestad que saliese de esta vida sin una gran corona de paciencia, porque, cinco años antes que falleciese, le nació un cancro en el pecho, que todo este tiempo iba siempre labrando poco a poco, con un humor tan maligno, que la carcomía hasta los mismos huesos del pecho, y, en llegando al corazón, le acabó la vida. De esta manera visita Nuestro Señor algunas veces a sus grandes siervos; de esta manera favorece a sus escogidos: págales grandes servicios, dándoles ocasión de una larga paciencia, para darles después una gloriosa corona; mas / es de ordinario a personas que tienen virtud y v.
gracia para poder con la carga.

Prosiguen sucesos de Écija. Sumario de la conversión de doña Sancha Carrillo

Capítulo XVIII

Hizo ilustre la asistencia en Ecija del santo Maestro Ávila la reducción a más acertada vida de doña Sancha Carrillo, hija de don Luis Fernández de Cór-

doba y doña Luisa de Aguilar, señores de Guadalcázar, hoy marqueses. Juntó en ella la naturaleza grande hermosura y discreción rara, y cuantas partes hacen a una mujer perfecta. Llegábanse a esto el brío que dan nobleza y riqueza, cuando acompañan superiores prendas, el talle, la bizarría y la gala, conforme a sus pensamientos, que se reducían todos a lo que aconsejan pocos años: lucir, valer, alcanzar un aventajado casamiento, gozar los intereses que los nobles y ricos logran comunmente en este estado. Estaba recibida por dama de la emperatriz doña Isabel, en el palacio de Carlos Quinto; materia de levantados designios, todo era tratar de galas, joyas y vestidos, y prevenir la jornada, sin perdonar a gastos, que muchas veces arrastran a los deudos.

Predicaba, a esta sazón, en Ecija, donde vivían los padres de doña Sancha, el santo Maestro Ávila con aquel fervor y espíritu, que hemos visto. Seguíale don Pedro de Córdoba, hermano de doña Sancha, sacerdote de ejemplar vida y costumbres. Deseaba mucho ver en su hermana más recogidos pensamientos; dolíase de su olvido de las cosas del cielo; persuadíale se confesase con el padre Maestro Ávila que, como con pasajero, podía franquear sin empacho su conciencia. Valióse de las oraciones del padre Maestro Ávila, a quien sabía deberse las reducciones de muchas almas, tanto como a sus sermones. Dióle cuenta de los designios de doña Sancha y de sus deudos, del estado de sus cosas, del divertimiento de su edad, que atiende poco a lo que más importa. Pidióle la encomendase
f. 38 r. / a Dios de veras. Encargóse el santo varón de este negocio, y alcanzó de Dios la maravillosa reducción de doña Sancha.

Persuadióla al fin don Pedro a que se confesase con el venerable Maestro; aplazó el día, prometiéndose de aquellas vistas y oraciones un gran suceso. Partió doña Sancha de su casa, acompañada de sus criados, con la gala y bizarría que si saliera a casarse, con más satisfacción de su hermosura que dolor de sus pecados. Esperaba el santo Maestro Ávila en la iglesia de Santa María (buen presagio de sus dichas); recibióla con agrado y suavidad, oyóla con paciencia, tratóla con mansedumbre y, en habiendo acabado su

40 Cf. Mt. 10, 41.

confesión, comenzó, con aquella elocuencia milagrosa y admirable eficacia que Dios puso en sus palabras, con gran blandura a descubrirla los caminos de Dios y su servicio; la hermosura de la virtud, sus premios; la felicidad de quien la busca; representóle vivamente los riesgos, los peligros del siglo, la vanidad de sus bienes, si así merecen llamarse los que solamente tienen unas apariencias vanas.

> Lastímame, señora, le decía, ver tantas partes como Nuestro Señor ha puesto en su persona, de nobleza, entendimento y hermosura, dedicadas al mundo, a un tirano que paga servicios con olvidos y, después de largos años de seguir sus fueros, corresponde con baldones. Otra cosa dan de lo que prometen, los palacios. ¡Oh, cuántas vidas consumen con largas esperanzas, que dilatadas atormentan, cumplidas no satisfacen! ¡Cuántos servicios, aun con advertirse, no se pagan! ¡Oh, si supiera lo que es la vida de los palacios, los disgustos, las rencillas, la emulación, las contiendas, las competencias, envidias! Alimentan la soberbia, las galas; los adornos ricos, la vanidad; y el fausto es el cebo de los pensamientos; pásanse los años mejores de la vida en esperanzas inciertas. ¡Oh, si supiera lo que es esperar un casamiento que arrebata el pensamiento día y noche, pendiendo de quien no le da cuidado alguno! Y cuando todo suceda al pedir de su deseo, ¿qué hallará al fin de la vida, más de haber perdido el tiempo que le ha dado Dios para negociar y alcanzar su salvación? ¿Qué olvido es este, señora, de lo que tanto la / importa? La vanidad está apoderada de su corazón, ¿cómo ha de entrar en él Cristo? A pedirle perdón viene con un manto transparente, arrastrando los ojos de cuantos hay en la iglesia. Eso delinquir es, no arrepentirse. ¿Dice con el dolor de los pecados tanta gala, tanta joya, tantos vestidos ricos, tantas guarniciones? ¿Qué lágrimas ha vertido? El tiempo de pensar las ofensas, que contra Dios ha cometido, ha gastado en aderezar el rostro. ¡Donoso arrepentimiento; buena disposición para llegarse a este sacramento! Duélale su perdición; errados lleva sus pasos; mire no paren en el infierno, como temo. Alumbre Dios, por quien es, su entendimiento, para que sepa a quien se debe dar toda. Tuerza, señora, el camino, mire que la espera Cristo con los brazos abiertos, dulce Esposo, que, con diferente amor y caricias de los que lleva el mundo, la tratará mientras viviere, y después le gozará en su gloria. Anímese, que, por el trabajo breve, le esperan premios eternos en compañía de innumerables vírgenes, que no están arrepentidas de haber servido a este Señor, con limpieza de alma y cuerpo. Breve es todo lo presente, o sea próspero o adverso, Aquel bien busque, señora; aquel mal tema, que ha de durar eternamente. v.

Éstas, o semejantes palabras, le decía el gran ministro de Dios, tan abrasado en su amor, como deseo-

so que se abrasase su penitente. Las razones salían tan abrasadas del incendio de su pecho, que pusieron fuego en el de la doncella, tan eficaz y fuerte que, desde que comenzó él a andar, comenzó ella a resolverse en lágrimas tan copiosas, que regaban el suelo. Sintió el santo Maestro la mano del Altísimo y que su gracia iba obrando eficazmente en el alma de doña Sancha, dándole una luz extraordinaria, con una vocación muy rara. Decíalo el semblante y ademanes; calló, dejó obrar al Poderoso a trastornar corazones; levantóse de sus pies casi sin aliento, atravesada de un penetrante dolor de no haber antes conocido a Dios, y de haberle ofendido. Y, sin hablarle palabra, echó el manto hasta los pechos, y dando profundos gemidos, volvió a su casa bien diferente
f. 39 r. de la que había venido. Encerróse en un retrete; / estuvo allí todo el día llorando amargamente sus pecados, condenando la vanidad de su vida, su olvido de Dios y de sus beneficios. Su comida aquel día fue dolor, las lágrimas su bebida, y, arrojada a los pies de Cristo, le pedía misericordia, que la admitiese por suya, recibiese su dolor y sus deseos, y dispusiese los ánimos de los suyos para que no le estorbasen sus intentos. Resolvióse con un firme propósito de servir a Dios toda su vida y de no admitir, ni aun pensar, en otro esposo. Despojóse, a toda prisa, de sus galas; deshizo los tocados; arrojó de sí las joyas; lavó con lágrimas el rostro; cortó el cabello; cubrió la cabeza de unas tocas bastas, el cuerpo con una saya negra, llana y sin guarnición, para que entendiesen sus padres y parientes la firmeza de su propósito, habiendo condenado al siglo con el vestido.

En este traje humilde, con un semblante modesto, muerto el brío juvenil, desfallecida de fuerzas, salió a la noche de su aposento, y, como otra Demetrias, se puso en presencia de sus padres y hermanos; quedaron todos atónicos con espectáculo tan raro y novedad tan extraña; concurrieron los deudos y, admirados, todos a porfía procuraron divertirla de su intento, multiplicando razones, representando inconvenientes, que traen resoluciones grandes, ejecutadas aceleradamente. Estuvo de mármol a sus ruegos, de bronce a sus persuasiones; satisfízoles, aplacóles con una constancia más que humana. Quisiera retirarse a un

monasterio, donde acabar sus días, sin memoria de lo que había sido. Sintiéndolo sus padres así, de acuerdo del padre Maestro Ávila, tomaron una pequeña casita que estaba pegada a la suya; acomodáronla dos aposentos y un oratorio y un patio; diéronle puerta a su casa, cerraron la de la calle. / v.

Nueva vida y virtudes de doña Sancha Carrillo

Capítulo XIX

Encerróse doña Sancha en este retiramiento tan muerta a todo lo humano que no pudo hacerla estorbo la cercanía de la casa de sus padres; no admitió en su compañía doncella o dueña que la sirviese, para hallarse más libre y poder dar a Dios todas las horas. Retirada vivió toda la vida, desde el día que se consagró a Dios hasta que partió a gozarle al cielo. Tuvo la soledad por deleite y, como otra Asela, en medio de la ciudad halló la soledad de los monjes; encerrada en esta celda, gozaba de las anchuras del paraíso. Amaba a sus padres y sus deudos, mas sin dejarse ver de ellos. Consagróse a Dios con voto de perpetua virginidad, y guardóla en cuerpo y alma, con pureza de ángel; hizo preciosa su virginidad con la santidad de sus costumbres, que correspondieron a la grandeza de su propósito. Aspiró a la perfección incesablemente, con el aliento y ardor que comenzó el día que mudó de pensamientos. Comenzó con áspera penitencia a quebrantar la lozanía de diez y ocho o veinte años, afligía con extraordinarios ayunos el cuerpo, de suyo flaco y delicado. Los manjares viles y groseros, las naranjas exprimidas, los malojos o desechos de las yerbas, que arrojaban al muladar, recogía por una puerta secreta y eran su más regalado plato, a vista de las viandas preciosas de la mesa de sus padres. Era un corcho su cama; las almohadas, unos libros de que se ayudaba para la meditación ordinaria; el sueño, muy poco y a deseo; las discipli-

nas, cruelísimas, bañadas de sangre y muy frecuentes. Su camisa, un cilicio nudoso, desde el cuello a los pies; sobre él, una túnica basta, ceñida con unas cintas de cardas, tan apretadamente que penetraba hasta la carne, y la herían sin piedad. No vistió jamás lienzo, ni usó de otro refrigerio, multiplicando asperezas, acosando su cuerpo delicado y tierno de su natural, criado en tanto regalo. Halláronle, cuando la componían para la sepultura, carpido cruelmente
f. 40 r. por la parte que la ceñía las cardas, de / manera que le entraba un hueso de un dedo por lo lastimado de la cintura.

Puso su principal cuidado en la guarda del corazón, aprisionóle dentro de su pecho con las leyes divinas, sin dejar que supiese más caminos que el del cielo, ni sus pies, que el de la Iglesia. Fue la guarda de los sentidos rigurosa, en particular los ojos; traíalos tan compuestos y humildes, que mostraban bien la pureza de su alma. En los templos, adonde sólo eran sus salidas, no los apartaba del altar, o imágenes sagradas; en su retiramiento, cerrados, porque no hiciesen estorbo en la ocupación del alma, o levantados al cielo, fijos en aquel Señor a quien amaba. Puso igual cuidado en los oídos y lengua, atendiendo vivamente que por estas puertas no entrase cosa que pudiese amancillar su pureza.

Dábale Nuestro Señor, grandes alientos, y animaba a proseguir vida tan penitente. Estando una vez comiendo, sintió un entrañable deseo de sentir algo de lo mucho que Cristo Nuestro Señor por ella había padecido; súbitamente se le apareció el Señor con su cruz a cuestas, cubierto de sudor; pero con un semblante blando y amoroso que regalaba en mirarle. Arrojóse ella a sus pies y díjole: «Señor, dadme vuestra cruz, y ayudaros he yo a llevarla». Miróla el Señor con ojos muy regalados y amorosos, y respondióla: «No doy yo mi cruz a los perezosos», y desapareció. Quedó regalada con el fervor, y herida con la respuesta, y animosa a proseguir su camino por las amarguras de la cruz.

Fue extremada su caridad para con Dios; amó a los prójimos como a hijos de este Señor y queridos de su Padre; costóle este amor la vida, como adelante veremos. Su fe fue heróica; la estima de los santos

sacramentos y veneración, admirable; sus fiestas eran cuando se publicaban indulgencias, viendo franquear la sangre de Jesucristo. La devoción al Santísimo Sacramento, no hay lengua que la explique. Comulgando, gozó de inestimables favores. Vio muchas veces a Cristo crucificado en la Hostia, diciéndola dulces y amorosísimas palabras. / Yendo a comulgar un día v. al convento de San Agustín, que estaba entonces distante de la ciudad algún trecho, hallóse cansadísima, con el sol, que era muy fuerte, y grande su flaqueza; quiso volverse del camino, vio con los ojos interiores del alma a Cristo Nuestro Señor a modo de caminante, los pies descalzos, cubierto el rostro de sudor de sangre; miróla con amorosísima y dulce vista, y la dijo: «Hija, no me cansé yo de buscarte, hasta la cruz, y di mi vida, por ti, ¿y tú te cansas de buscarme a mí, viviendo?» Con estas tiernas palabras se animó, llegó al convento tan descansada, como si hubiera ido en palmas. Recibió a su Dios sacramentado y levantando los ojos a mirarle, le parecía que todo era un inmenso fuego, que abrasaba el mundo con amor.

No la dieron estimación de sí tantas misericordias, porque su humildad fue rara, y grande la luz para conocer las manos de donde le venían las riquezas, y la miseria y pobreza propia. Desconoció ser noble, sólo se conoció mortal; su trato fue muy suave y discreto, sus palabras encendidas en el amor de Dios, que ardía en el pecho.

Su oración y contemplación fue altísima, enajenándose del uso de los sentidos, engolfándose en el mar inmenso de las divinas misericordias; recibiólas grandísimas, en especial los días de la Encarnación, Nacimiento de Cristo, misterios de la Semana Santa y Santísima Trinidad, y cuando oía hablar del amor de Dios, que con cualquier palabras brotaba el fuego. Era su ordinario manjar la meditación de la vida y muerte de Cristo, bien nuestro; representáronsele con superior luz muchos de estos misterios, con notables efectos en su alma. Sentía muchas veces, en pies y manos, dolores tan intensos que no podía moverse.

Las batallas y luchas con los demonios fueron continuas y crueles. No tiene pieza el infierno que no disparase contra la fortaleza de esta virgen; no ardid, no traza, que no se ejecutase; pero siempre en vano.

Acometióle un día el espíritu de la fornicación, so-
f. 41 r. plando aquel fuego infernal, con que hace arder / las piedras, con tal furia, que ardía en vivas llamas; esperó el demonio tener una gran vitoria y rendir la inexpugnable fortaleza. Tal fue el asalto del enemigo. Peleaba la valerosa virgen con todas las armas que en estas ocasiones tenía usadas: ruegos, consideraciones, lágrimas, clamar al cielo. Estábase en su mayor fuerza el combate. Acordándose de lo que muchos santos habían hecho en semejantes aprietos, movida de un impulso superior, se arrojó desnuda en un tinajón de agua muy fría, que estaba en el patio de su cuarto; detúvose allí largo espacio; aseguró la entereza de su alma, con gran menoscabo de su cuerpo. Huyó avergonzado el infierno. Cantaron los ángeles la victoria; quedó a la Iglesia este ejemplo por este glorioso triunfo, por tan ilustre vencimiento; lo previlegió Nuestro Señor, para no ser más molestada en esta parte; premio debido a tan heróica hazaña.

No se dio por rendido el enemigo, porque en tropas venían los demonios a espantarla y acosarla con horribles y formidables figuras, usando de varios engaños y fingimientos. Andaba a brazos partidos con los espíritus malignos. Vivía trabajadísima. Contólo don Padro de Córdoba, su hermano, al padre Maestro Ávila. Él dijo Misa sobre una cruz, y enviósela, con que sintió grande alivio. En tan reñidas batallas tuvo favorable a Dios, que la defendió con su poder y amor de padre, y a los ángeles santos que, como los imitó en la pureza, tuvo asegurado su favor, en particular al de su guarda, con quien tuvo entrañable devoción; igual a las ánimas de purgatorio, a quien favoreció mucho; tuvo frecuentes visitas de personas difuntas, pidiéndole socorro en sus terribles penas.

El don de profecía y visiones divinas fueron muchas. Las que tocan a nuestro venerable padre fueron que, cuando predicaba, vía, sobre su cabeza, un lucero de maravillosa claridad y hermosura, y que salían de su boca vivos rayos de luz, y iban a parar a las orejas de los oyentes; y, cuando oía su Misa, vía en su cabeza muchos resplandores, y, cuando volvía al pueblo a decir *Dominus vobiscum*, salían de su boca rayos
v. resplande- / cientes; como, al contrario, en dos sacerdotes vio lastimeras señales de su mal estado.

El rigor de tan áspera penitencia, las vigilias continuas, las luchas y encuentros con los demonios, la hambre y sed, los continuos martirios, con que atormentaba su cuerpo, fueron causa de gravísimas y perpetuas enfermedades. Padecía muchas fiebres, graves dolores, ordinarios desmayos, unos ardores interiores, que consumían las carnes y la abrasaban, sin que se sientiese afuera. Crecían los males con los remedios, que, como eran tan extraordinarios, más hacían los médicos experiencias que aplicasen medicinas. Favorecíala Nuestro Señor con estas enfermedades con notables favores. Estando un día apretada, oyó de lejos una capilla de dulcísimas voces; fuéronse acercando, entraron en su aposento gran número de vírgenes, y cantando la cercaron la cama. La Reina de los Angeles, María, Señora nuestra, se puso a su cabecera, repartió una de sus damas velas a todas, y prosiguieron la música; al paso que las voces regalaban su alma, se partieron huyendo los males del cuerpo fatigado; fueron después saliendo, mirándola con unos rostros risueños, haciéndola con las cabezas señas, que se fuese en su compañía. La Virgen Santísima la mostró mayor cariño, con una hermosura y extraordinaria luz, con cuya comparación la del sol, dijo, le parecía oscura. Quedó con esta visita buena; levantóse de la cama, como si no hubiera tenido mal alguno.

El último año de su vida se agravaron sus enfermedades, arrojáronla en la cama, desfallecida de fuerzas. Padecía continuos desmayos; veníanle sudores de un humor tan fuerte, que abrasaban la ropa de la cama: de manera que, cuando la levantaban, se hacía pedazos. El olor, muy molesto y como de sepultura de parroquia; llegaba a tanto la fuerza del mal humor que, con las manos, sacaba las muelas de la boca, y se le deshacían entre ellas. Su paciencia fue heróica. A dos causas atribuyeron su temprana muerte. Amenazó un año estéril al Andalucía, y la falta de agua obraba ya lastimosísimos efectos; en es- / pecial en los pobres, se temían mayores. Ofreció f. 42 r.
a Dios su vida por su remedio; el año fue muy fértil, y a doña Sancha se agravaron sus enfermedades, en especial después de aquel hecho heróico, cuando con el agua helada atajó, en el cuerpo, que el fuego no pasase al alma. Uno de los accidentes de su mal era

un frío tan grande que, cargándola cuanta ropa podía sufrir, no podía entrar en calor. Favorecida de Dios con haberla avisado, un año antes que muriese, de su último día, habiendo recibido una gran ilustración del cielo, en que con especial luz se descubrieron los misterios de nuestra Redención, recibidos los santos sacramentos, purificada aquella alma santa en tan continuos crisoles, abrasada en unas ansias ardientes de ver y gozar de Dios, partió a poseerle eternamente a los veinte y cuatro años y medio de su edad, con los méritos de una ancianidad de siglos.

Había pedido a Nuestro Señor le hiciese merced de que fuese ella arrastrada por Cristo. Sucedió que, llevando el santo cuerpo de Guadalcázar a Córdoba, a depositarle en el convento de San Francisco, cuya capilla mayor es entierro de los señores de esta casa, acompañándola el padre Maestro Ávila, que hasta este último oficio le quiso ser buen padre, al entrar en la ciudad, se espantaron las acémilas; dieron a correr con ímpetu; descolgóse el ataúd, quedando colgado por la parte de los pies; desenclavóse la tabla de la parte superior, y salió por allá la cabeza de la difunta; fue arrastrando por las calles, hasta la puerta del convento, donde pararon las acémilas, no guiadas ni detenidas por hombre; hallaron el cuerpo sin lesión, sonroseado el rostro, y los labios de risa, sin que el cuerpo y cabeza hubiese recibido ofensa alguna: *maravilloso es Dios en sus santos.*[41]

Éste es, cristiano lector, un mal formado resumen de la vida de esta esposa de Cristo. Entre otros favores que la hizo Dios, fue darle por coronista al padre Martín de Roa, de la Compañía de Jesús, que, con grave y elegante estilo, escribió las virtudes de esta virgen, gran ejemplo en la Iglesia de lo mucho
v. que / importa que en el tribunal santo de la confesión usen los confesores de la entereza que pide su oficio. Una gala profana reprendida con brío dio al cielo a doña Sancha. Decía ella a su Maestro santo, como lo refiere el padre Fray Luis en su vida,[42] después con mucho donaire, haciendo memoria de lo que pa-

41 Ps. 67, 36.
42 *Vida*, p. III, c. IV, § 5.º.

só aquel día: «¡Cuál me parastes aquel manto!» Porque, haciendo de su parte lo que deben, estará muy presente la luz divina, que concurre pronta a nuestro aprovechamiento.

Si me he alargado fuera del intento, sobre haber quedado corto, respeto del gran sujeto, sea disculpa de todo la devoción de esta virgen, y para que los que no alcanzaren el docto original, tengan siquiera esta noticia y se muevan a buscarle y leerle.

A esta esposa de Cristo escribió el padre Maestro Ávila el libro de oro del *Audi, Filia;* es muy acomodado al estado virginal. Estimábale ella tanto que le llamaba «mi tesoro»; de este libro se hará larga mención adelante.

Predicación del Padre Maestro Ávila en Baeza y sucesos de esta ciudad

Capítulo XX

Baeza, ciudad noble en el obispado de Jaén, fue sumamente dichosa por la predicación de este apostólico varón. Hallóla una selva de malezas; convirtióla en un vergel amenísimo, y donde antes nacían ortigas y cambroneras, dieron fragante olor lirios y rosas; y por el cardo espinoso florecieron la oliva de la paz, y otros árboles fructíferos.

Ardíase la ciudad, cuando vino a predicar el padre Maestro Ávila, con unos antiguos bandos entre dos linajes nobles, que dividían la demás gente de lustre en dos parcialidades, que cada cual seguía a su cabeza; el vulgo era el teatro a quien se representaba la tragedia, afligido con escándalos, insultos, muertes, derramamientos de sangre. Intentó varias veces el poder del Rey Prudente aplacar estas que llamaban comunidades; mas en vano, porque si bien, a vista de los jueces, se cubrían las brasas con una ligera capa de ceniza, con cualquier ocasión / leve, saltaban las centellas, quedando en los corazones las raíces de los odios implacables. Dolíase gravemente el varón santo de la perdición de tantas almas y f. 43 r.

que fuese hereditario el pecado y como anejo al vivir. Resolvióse de estar en Baeza muy de asiento, y poner todas sus fuerzas por remediar tantos males, y ya en sermones y pláticas particulares, rogando a unos, exhortando a otros, instando oportuna y importunamente, consiguió lo que tanto deseaba, porque dio Nuestro Señor tal fuerza y gracia a sus palabras, que allanó estas parcialidades. Dejaron de todo punto los bandos, haciéndose todos del bando de Cristo, trataron de su salvación; y de una Babilonia de confusión convirtió a esta ciudad en un Jerusalén de paz y unión. Y lo que no había podido hasta entonces acabar el brazo y poder del rey, lo consiguió un humilde sacerdote. Hubo después particulares llamamientos de caballeros y personas principales, y de otra gente del pueblo, verificándose en este caso el lugar del profeta Jeremías: *Spiritus robustorum quasi turbo impellens parietem, et quasi malleus conterens lapidem.*[43] Porque verdaderamente la palabra de Dios por boca de este gran siervo suyo, a doquiera que predicase, era fuego que encendía los corazones, y martillo que quebrantaba la dureza de muchos, que estaban obstinadísimos.

Sucedió una cosa digna de admiración, que, en la casa donde se hacían las juntas y fomentaban los odios, se fundó un Colegio, que fue como casa de una reformada religión, y donde se cometían tantos y tan enormes pecados, se han hecho a Dios grandes servicios y nacido increibles bienes, lo cual pasó de esta manera.

La fama de la santidad y predicación apostólica del santo y venerable Maestro, ocupaba ya el orbe cristiano; no se estrechaba en los límites de la Andalucía; llegó a Roma, donde le llamaban el Apóstol Español. Residía en esta corte el doctor Rodrigo López, capellán y familiar de Paulo Tercero, Pontífice Romano. Había comenzado a fundar en Baeza un Colegio, donde se enseñasen niños a escribir y con-
v. tar, la do-/trina y costumbres cristianas, de que había notable falta, con designio de fundar un Colegio, en que se leyese latinidad, Artes y Teología; y, teniendo noticia de las grandes partes, virtud, letras

43 Is. 25, 4; Ier. 23, 29.

y santidad del padre Maestro Juan de Ávila, quiso valerse de su industria, para ejecutar su intento, a lo que parece con espíritu del cielo. Así obtuvo del Pontífice bula de erección de Universidad, con facultad de graduar en Artes y Teología; propuso a Su Santidad la persona del padre Maestro Ávila por patrón y administrador de las Escuelas, por estas palabras que vienen en la Bula: *Joannem de Avila, clericum Cordobensem, magistrum in Theologia, etc. verbi Dei praedicatorem insignem.* Así le llamaron treinta años antes que muriese.

Estaba en este tiempo el obispado de Jaén y toda el Andalucía muy falta de Escuelas y Colegios; los pobres padecían grande mengua de estudios y enseñanza. Malográbanse excelentes ingenios; resultaba en los pueblos ignorancia de las cosas sagradas, por defecto de obreros, que enseñasen dotrina y buenas costumbres, y así se encargó gustosamente de esta empresa y puso el hombro con esforzado vigor a la fundación de estos estudios, de donde se prometía el reparo de estos daños. Asistía al edificio, que salió muy vistoso y capaz en las casas que dijimos.

Fue su intento, no sólo que se criasen hombres de letras, sinos también de virtud; pues las Escuelas eran sólo para formar eclesiásticos, curas de almas y clérigos ejemplares. Así hizo que las constituciones mirasen a este fin, y que los mozos comenzasen desde luego a industriarse en costumbres eclesiásticas, pues se criaban para ministros de Dios, para enseñar su palabra y predicar al pueblo el camino de la virtud, y que habían de tener desde sus tiernos años embebido en sus entrañas el espíritu evangélico, porque mal puede uno ser maestro en el arte que nunca fue discípulo. Prohibióles todo género de galas, sedas, instrumentos músicos, juegos, que no fuesen / f. 44 r.
moderados y modestos, los paseos de las calles, ir a las ferias los tiempos que se hacen en Baeza, salir de noche, y otras cosas, que forman un hombre concertado y modesto.

Y porque importa poco acumular leyes, no poniendo medios para que se ejecuten, trajo el santo Maestro Ávila por piedras fundamentales de este edificio a los venerables padres los doctores Bernardino de Carleval y Diego Pérez de Valdivia, varones

verdaderamente apostólicos, discípulos suyos, insignes en letras y virtudes. Sus acciones y sucesos tienen su lugar más adelante. Basta decir en éste que vivían como unos reformados religiosos; habitaban en las mismas Escuelas, cada cual en su aposento, sin servicio de mujeres. Su traje modestísimo: unas sotanas y manteos de paño moderado; en casa, unas ropas de paño vellorí pardo, de quien dicen las tomaron los religiosos de la Compañía de Jesús, dejando las negras que traían de Italia. Fueron estos insignes doctores, espejo de virtudes y santidad, a quien sucedieron otros, de que haremos mención más adelante. No trataban de aumentos temporales, rentas o dignidades eclesiásticas, ni salir a grandes puestos. Sacrificáronse a Dios y a criar aquella juventud en el temor santo de Dios y costumbres cristianas y eclesiásticas. Leían Teología escolástica y positiva (de Artes trujo otros maestros); predicaban en la ciudad todas las fiestas; confesaban, guiaban en el espíritu a muchas almas; hicieron ejecutar puntualmente las constituciones que hizo el padre Maestro Juan de Ávila, único arquitecto de esta fábrica. Trataron el negocio de la predicación y salvación de las almas. Apostólicamente, a imitación de su gran Maestro, los domingos por la tarde salía la Universidad, cantando la dotrina por las calles; predicaban en las plaza estos santos catedráticos. En tiempos de vacaciones, o si la necesidad lo pedía, salían a misiones por los lugares comarcanos, de que resultaban innumerables bienes; en especial dieron raro ejemplo en materias de honestidad y recato.

El modo de vivir los estudiantes es más de
v. religiosos que / de seglares. Todos los días, antes de entrar en lección, oyen Misa; los viernes tienen plática de la dotrina cristiana y otros ejercicios de penitencia. Todos los meses confiesa y comulga toda la Escuela, y los sábados acuden al hospital a servir y hacer las camas a los pobres. Hacen los maestros pláticas continuas, en que exhortan a las virtudes, y gran desprecio de las cosas humanas. No admitían a persona al grado de maestro, sin que por algunos días hubiese salido a misiones por los lugares, a enseñar la dotrina cristiana: y así se decía que en aquel tiempo, que la Escuela de Baeza parecía más con-

vento de religiosos muy perfectos que congregación de estudiantes. Habiendo en años pasados entrado un religioso grave de la Compañía de Jesús en estas Escuelas, y discurrido largamente con los doctores y maestros, que hay ahora, de aquellos doctores apostólicos, que, con vida, ejemplo y predicación evangélica, y con celo del bien común, ayudaron la salvación de tantas almas, les dijo al despedirse las palabras de Isaías: *Respicite ad petram, unde excissi estis*.[44] El padre Andrés Scoto, de la Compañía de Jesús, en su *Biblioteca Hispana* hace honorífica mención de las Escuelas de Baeza, como de un gran ornamento de estos reinos.

La utilidad de estas Escuelas ha sido grande. El obispado de Jaén es de los más ilustres de España; las letras muchas; la clerecía docta y virtuosa. Han gobernado las iglesias hombres insignes en erudición y santidad, hijos todos de estos Estudios.

Mas la ciudad de Baeza, que ha estado más cerca de la fuente y ha gozado del riego de tan apostólica dotrina, ha dado frutos copiosísimos. Antes de la venida del santo Maestro Ávila y sus discípulos, se ignoraba el camino del espíritu. Era un lugar profano, divertido, lleno de escándalos y muertes; mas el trabajo de estos santos varones, y de los que han sucedido, ha sido tan lucido que no ha habido estado que no haya mejorado de costumbres. Los sacerdotes, ejemplares, grandes siervos de Dios; y un clérigo de Baeza se conoce en toda España en la / modestia, moderación del traje, compostura y gravedad f. 45 r. de costumbres. Fueron muchas las doncellas que consagraron a Dios sus cuerpos; y en los conventos de religiosas se renovó el espíritu; y en todo género de estados ha habido personas de gran virtud. Y no hay ciudad en España que no haya gozado de más varones santos y apostólicos, que hayan enseñado más sólida dotrina; y, con haber más de ochenta años que predicó el padre Maestro Ávila y sus discípulos, permanecen hoy en día discípulos de sus discí pulos, que conservan el espíritu de este gran Maestro. Es común sentimiento de hombres cuerdos que han conocido estas Escuelas que, por la intercesión

44 Cf. Is. 51,1.

del santo Maestro Ávila, ha hecho Dios singularísimas mercedes, y casi milagros, a esta Universidad; porque verdaderamente han llegado y conservadose en gran perfección de virtud y letras, y gozado siempre de lucidísimos sujetos. De algunos se hará mención más adelante. Aquí, sólo del doctor Panduro, consumado teólogo y varón de gran santidad; pudo él solo con sus virtudes y letras hacer insigne esta Universidad y darle nombre. Tiénese por cierto está su cuerpo entero; fácil de creer a los que conocieron la entereza de su vida y ejemplo de sus costumbres.

De lo mucho que procuró que se fundasen colegios y seminarios en que se criase la juventud

Capítulo XXI

Desde los principios de la predicación del santo Maestro Ávila, reconoció que la quiebra de las costumbres cristianas y rotura de los vicios, procedía del corto conocimiento que se tiene comúnmente de las cosas de la fe y obligaciones del cristiano, y que el único remedio de que se podía esperar más asegurados bienes, era la abundancia de dotrina, para enseñar los niños, formar la juventud en costumbres cristianas, criar clérigos virtuosos; mas vía la falta que había en esto y los pocos medios que se descubrían, para remediar tan grandes daños; y así solía
v. decir con grandes ansias: «Tengo de / morir con este deseo». Así, herido de este celo verdaderamente apostólico, desde que comenzó a predicar en Sevilla, dio orden a las escuelas de los niños, y predicar en las plazas. Era su ejercicio continuo enseñar a los rudos y los niños, ministerio que continuaron sus discípulos en toda la provincia del Andalucía. Enseñaban públicamente la dotrina cristiana, acudiendo a las escuelas; procurando que prendiese en aquella nueva tierra la dichosa semilla del santo temor de Dios:

cuidado primero de los prelados eclesiásticos y de todos los que tienen cura de almas. Solía decir el santo varón que, ganando los corazones de los niños en la tierna edad, se ganaban las repúblicas, porque ellos venían después a gobernarlas, y depender de ellos el estado del pueblo, y que, comenzando bien, comunmente perseveraban; y así cuidó siempre que hubiese maestros que acudiesen a este ministerio y encaminasen la juventud con santa y verdadera dotrina.

Entre estos cuidados ejecutados por muchos años por el santo varón, y sus discípulos, con un celo apostólico y maravillosos efectos, levantó Dios en su Iglesia el instituto santo de los padres de la Compañía de Jesús, tan conforme a lo que el apostólico varón deseaba. Cuando llegó a su noticia, se alegró grandemente su espíritu, viendo que lo que él no podía hacer sino por poco tiempo y con muchas quiebras, había Nuestro Señor proveído quien lo hubiese ordenado tan perfectamente y con perpetua estabilidad y firmeza.

De aqueste mismo celo procedió el gran cuidado que puso el santo Maestro Ávila en que se erigiesen Colegios y Seminarios, donde se criase la juventud y se formasen hombres de letras y espíritu, que pudiesen ser maestros y ministros de tan importante enseñanza. Tuvo éste por tan proporcionado medio de su intento, y obra tan agradable a Dios, que, estando en Priego el conde de Feria, don Pedro Fernández de Córdoba, de quien haremos larga mención más adelante, deseando la Condesa asegurar su salud, preguntó al padre Maestro Ávila, qué obra haría más agradable a Nuestro Señor, / para pedir en re- f. 46 r.
torno y alcanzar de su Majestad lo que deseaba. Respondióle que fundar un Seminario, donde se criasen niños, y los enseñasen la dotrina cristiana, letras y virtud. Erigióse con título de Colegio; asisten rector y maestros a la crianza de la niñez; enséñanlos a leer y escribir, y, con las primeras letras, el gusto de la virtud y amor a la cristiandad. Éste dotó la Marquesa de Priego con renta bastante para empresa tan necesaria, y levantó un buen edificio, y capaz a este propósito, arrimado a la iglesia de San Nicasio, para que bajo la sombra e intercesiones del

santo, como patrón del lugar, creciesen aquellas nuevas plantas en la enseñanza cristiana.

Mas la obra, en esta parte, más digna de admiración y que debiera imitarse en todas partes, son las escuelas de niños de la ciudad de Baeza, gobernadas desde sus principios por la prudencia y cuidado de este celestial varón. Llegó en un tiempo a haber mil niños, de ordinario pasan de quinientos de la ciudad y comarca, divididos en diferentes clases, que rigen siete maestros, y les enseñan desde conocer las letras, a leer, escribir, contar, latinidad, hasta estar capaces de oir facultad mayor; pónese el principal cuidado en que sepan la dotrina y obligaciones cristianas; de estas escuelas pasan a las mayores, donde se leen Artes y Teología, todo de gracia; de manera, que desde poner en las manos a un niño la cartilla hasta subir al púlpito, o ponerse en el altar, no les cuesta a sus padres un solo real; y muchos lugares del obispado de Jaén gozan de este beneficio, enviando los padres a Baeza a sus hijos: socorro grande para la gente pobre. Gastan media hora por la mañana, otra media por la tarde, en enseñar la dotrina cristiana, con que crían a toda aquella niñez y juventud en santas y loables costumbres. Ha sido grande la utilidad de estas escuelas, por la buena crianza de estas nuevas plantas, que crecen felizmente con el riego de la sana dotrina que les enseñan.

Para esto puso el santo varón un rector y preceptores, hombres de gran virtud y ejemplar vida, imitadores de su celo.

Gobernó estas escuelas mucho saños el venerable
v. varón, / el padre fray Francisco Indigno, descalzo carmelita. Crióse en Baeza en sus primeros años al lado de los doctores Bernardino de Carleval y Diego Pérez, discípulos todos del padre Maestro Ávila; andaba en hábito clerical; fue un raro ejemplo de todas las virtudes. Salía a predicar a las plazas, enseñaba por las calles la dotrina y, con no haber estudiado, por la grandeza del espíritu que hervía en su corazón, alentado con la dotrina del padre Maestro Ávila, su maestro, decía excelentes cosas, con admiración de todos; por ventura con más fruto que las grandes elocuencias. Sobre cualquier capítulo del *Contemptus mundi* (teníale bien estudiado y practicado)

discurría largo tiempo con gran edificación y admirable doctrina. De estas escuelas sacó Dios a este varón para la Universidad insigne, donde se enseñan todas las virtudes, la perfección evangélica en su mayor rigor, la verdadera santidad de vida: a la sagrada religión, digo, de los padres descalzos carmelitas; aquí tomaron nuevos quilates sus virtudes. Descansa su venerable cuerpo en el convento de San Hermenegildo de esta villa de Madrid, en la capilla de la santa madre Teresa, en una decente urna, a que hace correspondencia otro Francisco, igualmente docto en las escuelas del cielo, el hermano Francisco del Niño Jesús, cuya admirable caridad con los pobres, sinceridad prudente, insigne humildad, y otras virtudes, le hacen digno compañero del Indigno, en el santo hábito, que vistieron, en la decente colocación de sus reliquias en el lugar que tienen, en el cielo.

Fue también rector de estas escuelas el devoto varón Pedro Sánchez, digno discípulo del padre Maestro Ávila. Fue hombre de gran oración y silencio; no hablaba sino preguntado; ni respondía sino era lo necesario; estando siempre en perpetuo recogimiento interior. En particular, las noches de Navidad, permanecía inmoble, todo el tiempo que duraban los oficios, con ser hombre que pasaba de ochenta años. Resplandeció en la pobreza de espíritu; no llevaba la renta por entero, contento con lo que bastase a su sustento. Fue rara su caridad con / los menesterosos: en años faltos recogía los niños pobres que hallaba desamparados, cuidaba de su abrigo y sustento. Fue admirable su paciencia en las injurias; murió con opinión de santo, y por tal le respeta hoy el clero y pueblo de Baeza. f. 47 r.

Otro Colegio o escuelas de niños, al tenor de éstas, fundó el santo varón en la ciudad de Ubeda, por medio del padre Diego de Guzmán, de la Compañía de Jesús, su discípulo, que hoy permanecen con igual utilidad.

Por consejo del santo Maestro Ávila fundó en Montilla la marquesa de Priego, doña Catalina, el Colegio de la Compañía de Jesús; tiene también escuelas donde crian los niños desde los cinco años; enséñase lo mismo que en Baeza; procuran que des-

de los tiernos años frecuenten los sacramentos; han resultado en esta villa y su comarca innumerables bienes; han sido causa que haya habido en Montilla doctos y virtuosos sacerdotes, y algunos sujetos han salido insignies en letras y santidad.

Ya dejamos escrito cómo en Córdoba el obispo don Cristóbal de Rojas, a instancia del padre Maestro Ávila, ordenó allí un Colegio de clérigos virtuosos, para que de allí saliesen a predicar por todo aquel obispado.

En esta misma ciudad, de su consejo, se fundó el Seminario de San Pelayo, donde se reciben virtuosos, pobres de todo aquel obispado, susténtanlos siete años, hasta que acaben sus estudios en las clases de la Compañía de Jesús, donde se leen Artes y Teología. Los días de fiesta del año asisten con sobrepellices a los divinos oficios en el coro de la catedral. Críase esta juventud en virtud y letras: salen excelentes curas de almas y ministros del culto divino.

Lo mismo pasó en Granada, donde a instancia del santo Maestro Ávila se hizo un Colegio de clérigos recogidos, para servicio del arzobispado, y otro de niños, para enseñarles la dotrina cristiana.

En algunas partes, como en Córdoba, hizo se leyesen Artes y Teología, y él proveyó de lectores, de
v. los discípulos que / tenía; y duró esto hasta que los padres de la Compañía de Jesús fundaron allí un Colegio, los cuales sucedieron en este oficio.

Finalmente cuantos Colegios se fundaron en su tiempo en toda la Andalucía, así de la Compañía de Jesús, como otros, en todo tuvo parte la diligencia, el cuidado, el consejo y el celo de este apostólico varón, que tuvo por sólido fundamento, para el aprovechamiento espiritual de los fieles y aumento de la disciplina cristiana, estos minerales ricos, que con aguas de saludable dotrina, y buen ejemplo, riegan los planteles de la Iglesia.

Su predicación y asistencia en Montilla

Capítulo XXII

Montilla, antes noble villa, y ya ciudad, en el marquesado de Priego, es estancia de sus Marqueses, dichosa por las muchas veces que gozó de la dotrina del padre Maestro Ávila, y haber sido su morada los últimos días de su vida, y poseer hoy el tesoro de su cuerpo.

Predicó a los principios una cuaresma con gran fervor y aprovechamiento de las almas; hiciéronse más de quinientas confesiones generales, no por vía de jubileo, sino por la impresión que habían hecho las palabras de este siervo de Dios en los corazones de las gentes.

La comunicación y buena correspondencia con los señores de esta nobilísima casa comenzó muy de los principios de su predicación, y continuóse con una amistad muy agradable, no sin gran bien de los Marqueses, y envidia (si así puede llamarse) de otros señores del Andalucía, viendo que los Marqueses de Priego tuviesen en esta villa tal prenda, y justamente porque fueron grandes las medras que se siguieron de esta asistencia. Fue rara la cristiandad, la religión, la bondad de estos señores, y de verdad pudo llamarse feliz aquel estado, por haber residido en él tan de asiento el padre Maestro Ávila, co- / mo f. 48 r.
tocaremos en otras partes. Las veces que vino a Montilla, antes de vivir de asiento, fueron muchas en todo el discurso de su vida.

Sus enfermedades y, lo más cierto, el acudir a la dirección y magisterio de la Condesa de Feria, le avecindaron, como hemos dicho, en Montilla; dispusiéronle los Marqueses una casa moderada cerca de la suya, no lejos del convento de Santa Clara.

Su modo de vida y de distribuir el tiempo era éste: Levantábase a las tres de la mañana (dando lugar la salud); el primer pensamiento que ocupaba su corazón era el de haber de recibir aquel gran Hués-

ped que es adorado de ángeles, rey suyo y hermano nuestro; rezaba con este pensamiento sus horas. Comenzaba luego su oración; duraba dos horas largas, como después diremos; esto, cuando predicaba y andaba cercado de negocios; mas, por el tiempo que vivió en Montilla, cuando le molestaron las enfermedades, y no predicaba tanto, fue mucho más dilatada, porque el tiempo del estudio le añadía a la oración. Gran parte de la oración de la mañana daba a las consideraciones que le dispusiesen para decir bien Misa (algunas pondremos en el libro tercero, en capítulo particular, que trata de esto). Decía Misa tan larga y tan devota, como veremos en su lugar. Daba gracias una hora por lo menos; después rezaba parte de las horas que faltaba, siempre con gran devoción y pausa; leía alguna cosa devota; de manera, que toda la mañana la llevaba Dios enteramente, hasta las dos de la tarde, sin que en todo este tiempo atendiese a otra cosa, ni admitiese negocio por importante que fuese. Rezaba las Vísperas y Completas a su hora, con un poco de oración, acordándose de aquel Señor, que aquel día había sido huésped.

Desde las dos a las seis daba audiencia a los que venían a hablarle; era siempre en negocios de importancia, y materias espirituales del concurso que había, y consuelo de los que le trataban. Hay discursos particulares adelante. Respondía algunas tardes a cartas. Salía caída la tarde (ésta era su recreación) a visitar y consolar enfermos, y otras per-
v. sonas afligidas, que le habían menester / para consuelo de sus almas, no olvidaba los presos de la cárcel, que en él tuvieron padre; acudiólos por su persona y por sus discípulos amorosa y cuidadosamente; los últimos años, por la falta de la vista, le llevaban de la mano. Desde las seis de la tarde hasta las diez de la noche se tornaba a recoger; volvía a la oración dos horas por lo menos en tiempos de ocupaciones; estudiaba después, y, cuando aquéllas cesaron, y el estudio, que obligaba a predicar, casi la noche toda daba a la oración, en que gastó casi el último tercio de su vida. Allí, el pensar en la muerte, en el juicio de Dios, haciendo cuenta que estaba delante de Él, y el cuerpo echado en la sepultura; entraba el examen

riguroso de sus obras, consideraba sus defectos y raíces de las pasiones, para que fuese fundado el edificio; consideraba los beneficios divinos, la cuenta que había de dar de sus talentos; eran sus vigilias continuas y largas, llenas de dolores y gemidos por los pecados del mundo; los jueves y viernes en la noche había particulares ejercicios, que en su lugar veremos; la intención, fervor y modo de obrar en todas estas cosas eran de un varón perfectísimo. Es materia de diferentes capítulos. Ésta es la vida de un verdadero y perfecto sacerdote, que trata de cumplir su vocación exactamente, y lo que pide su estado. Esta distribución de tiempo se colige de lo que escribe el padre fray Luis de Granada en la segunda parte de la *Vida*, tratando de la oración, y de una carta que escribió el venerable Maestro a un sacerdote (comienza «Pues que por la gracia de Jesucristo»),[45] en que le ordena cómo ha de distribuir el tiempo, sacada de sus ejercicios y modo de vivir. Es cierto no había de aconsejar varón tan santo lo que él no hacía; antes se acomodó con las fuerzas del sujeto a quien aconsejaba, desiguales a la robustez de su virtud. Éstas eran las ocupaciones ordinarias.

Predicaba muchas veces; oyóle siempre aquel pueblo, en especial los últimos años, con notable afecto y copiosos auditorios. El día que predicaba no se oía otra cosa en la villa, sino: «El Padre Ávila predica, el Padre Ávila predica». No le faltó / hombre de im- f. 49 r.
portancia, y siempre con mucho gusto. Predicó un día en el convento de Santa Clara, y por no caber la gente en la iglesia, se quedó en el patio mucha parte, entre ellos un gentilhombre del Marqués, que fue por la tarde a visitar al venerable Maestro, y le dijo: «Dos horas y media predicó vuestra reverencia hoy, y me pesó cuando se acabó el sermón, porque me parecía que entonces comenzaba». Tal modo y gracia de decir tenía que sus palabras, aunque fuesen de reprensión, iban envueltas en amor, caridad y celo del aprovechamiento de las almas, y así le oían con notable afecto.

El fruto que hizo en Montilla, con tan larga asistencia no es posible escribirse. Los eclesiásticos, en particular, mejoraron sus vidas. Hubo clérigos, en

45 Carta 8: I, 303 ss.

este tiempo, ejemplarísimos; en lo restante del pueblo, gran reformación de costumbres. De lo mucho que obró en Montilla es materia gran parte del tercero libro, que trata de sus virtudes, porque, como estuvo tan de asiento en esta villa, y los últimos años de su vida, en que se acrisolan las virtudes de los santos, fue raro el ejemplo que dio de todas. Pasemos a su mayor hazaña.

Sumario de la vida de doña Ana Ponce de León, Condesa de Feria, y la mucha parte que el Padre Maestro tuvo en sus virtudes

Capítulo XXIII

La obra que, mediante la divina gracia, más descubrió la grandeza del espíritu del santo Maestro Ávila, el primor y acierto de su magisterio, fue la virtud y santidad de doña Ana Ponce de León, condesa de Feria, hija primogénita de la enseñanza y dirección de este venerable varón. Pudo decir con Séneca a su Lucilo, cuya virtud atribuía el filósofo a sus cartas: *Assero te mihi, meum opus es. Atribuyome tu virtud, obra eres mía.* En esta proporción es cosa cierta, que el ser espiritual de esta santa señora se debe, en muy gran parte, a la doctrina y documentos de este gran devoto de Dios, porque desde sus primeros años hasta que Nuestro Señor la levan-
v. tó a tan / heróico grado de virtudes, la encaminaron siempre los documentos y avisos de este excelente Maestro.

Fue doña Ana Ponce de León hija primogénita de don Rodrigo Ponce de León, duque de Arcos y doña María Girón, hija del conde de Ureña, nobleza de las mayores de España. Excedióla la de su rara virtud. Huérfana a los tres años de su edad, se encargó de su crianza la duquesa doña Mencia, su tía, mujer de don Pedro Girón, conde de Ureña, ejemplo del valor y piedad cristiana.

Las virtudes de la primera edad de la Condesa

eran unos presagios de lo que en la mayor se aumentarían; llamábanla, por su mansedumbre, la Cordera. Comenzó a ser misericordiosa antes que pudiera saber qué era misericordia. Sus ventanas eran las tribunas; sus vistas, el Santísimo Sacramento, a quien, desde su niñez, fue por extremo devota. Era en hermosura y gentileza un ángel, más acompañada de tan rara honestidad que componía a cuantos la miraban. El cuerpecito inocente preservaba de pecados con la penitencia, con que recibió de Dios en este tiempo tiernos y dulces favores.

Quisiera de buena gana conservar el estado virginal, mas sus deudos la obligaron a admitir el matrimonio. Casó con don Pedro Fernández de Córdoba y Figueroa, hijo de don Lorenzo Suárez de Figueroa, conde de Feria, y doña Catalina Fernández de Córdoba, marquesa de Priego, señor de excelentes virtudes, digno sólo de tan rica prenda. De Osuna la trujeron a Montilla el año de quinientos y cuarenta y cinco, con alegría y estima universal de sus vasallos, que aumentaron, conociendo sus virtudes. Estando un día en el pasadizo, que de la casa de los marqueses va al convento de Santa Clara, la pidió un pobre limosna; quitóse de la mano la sortija de su deposorio y arrojósela. Admiróse ánimo tan generoso. Fue este hecho como prenda de lo mucho que dio después a los pobres; quebrantaba los collares de oro; hacía piezas las gargantillas y joyas, para venderlas, sin que fuesen conocidas, para el sustento de los miserables. Pudo decirse de esta / gran señora lo que de santa Marcela, nobilí- f. 50 r.
sima romana, refiere el gran padre de la Iglesia, san Jerónimo. Repudió el oro, hasta el anillo del sello, guardándolo en los vientres de los necesitados, antes que en los talegos y los cofres.

En el capítulo de la predicación de Zafra dejamos escrito cómo estos príncipes llevaron a esta villa al venerable Maestro Ávila, año de mil y quinientos y cuarenta y seis, y cómo confesaron con él generalmente. Recibiólo desde este tiempo la Condesa por Maestro, veneróle por santo, reconoció sus heróicas virtudes y que, por sus oraciones y avisos, le había de hacer Nuestro Señor muchas mercedes; y ya por este tiempo las recibía muy grandes y sobrenaturales,

y admirables sentimientos; mas, con grande humildad y reconocimiento de su flaqueza, no dando a cosa ningún crédito, sin haberla comunicado y tenido aprobación del venerable Maestro Ávila, a quien Nuestro Señor había dado gran luz y gracia para discernir espíritus, y encaminar las almas a la vida espiritual.

Escribió los sentimientos y favores que Nuestro Señor la hizo por este tiempo. Hallaránse en el libro que de su vida escribió el padre Martín Roa, de la Compañía de Jesús. Remitiólos a su confesor el padre Maestro Ávila; viólos, y al pie puso estas palabras:

> Heme consolado con este cuadernico, y toda la dotrina de él es verdadera, y toda merced de nuestro Señor; y debe ser muy agradecida, leída y obrada.[45 bis]

Aconsejóla el santo Maestro que, cuando entrase a rezar en su oratorio, hincase las rodillas, y pidiese a Dios limosna con el corazón; hízolo así, y libróla Su Majestad de una tentación, que la afligía contra la fe.

Habiendo tenido, entre otros, que allí cuenta, un gran sentimiento del misterio de la Encarnación, en que se le representó vivamente el amor, la bondad, la sabiduría y largueza de Dios, y deseo de la salvación de los hombres, dándonos a su Hijo por Redentor, y sus amorosísimas y dulcísimas entrañas para con nosotros, espantada, preguntó al padre Maestro Ávila,
v. cómo es posible irse hombre al infierno, teniendo / Dios tanta misericordia. Respondió el venerable Maestro que porque eran los hombres malos y pecaban, y no se querían arrepentir, ni tomar el remedio que Dios les había dado en los sacramentos.

Más adelante dice estas palabras:

> Mostróme nuestro Señor que tuviese más recogimiento, y envióme al Maestro Ávila que me lo enseñase, y mostrase de la manera que había de andar el ánima encerrada en su corazón, y morir a todos los amores del mundo.

Y en otro papel dice:

> Mostróme que a los grandes y fuertes salva Dios por otros caminos de más trabajos, y con los chicos se comunica, porque esto es su condición, tratar con los pequeños,[46] y para esto se hizo hombre; y mostróme que uno de estos

45 bis M. DE ROA, *Vida de doña Ana Ponce de León*, l. I, c. 7 (Sevilla 1615), f. 63 v.

46 Cf. Ps. 118,130; Mt. 11,25.

era el padre Maestro Avila, puesto de rodillas ante él, con gran reverencia, pidiéndole para sí muchos trabajos.[46 bis]

Después de grandes favores, por una faltilla bien ligera, que, calificada por nuestro docto Maestro Ávila, no llegó a más que a pecado venial, se le ausentó el Señor; escondió su dulcísimo semblante por un año; pasó una gran tempestad y sequedad interior, no sintiendo en los ejercicios santos la dulzura y visitación antigua; mas, en la mayor ausencia, acudió con mayor fervor a sus ejercicios, oración y penitencia, recibiendo a tercero y cuarto día el Santísimo Sacramento, hasta que volvió la misma serenidad.

Comenzó Nuestro Señor a labrar a la Condesa con trabajos, que son las mejoras de los hijos más queridos; llevóle la mejor prenda de su casa, quitándole al primogénito, que le había dado, heredero de su nombre, y de su estado. En esta ocasión la escribió una carta el santo Maestro Ávila, que guardó toda su vida para su consuelo. Díjole así:

> Si nuestro Señor hi- / ciere rey en el cielo al que de f. 51 r.
> sus entrañas salió, déle gracias, y envíele con él muy cordiales encomiendas, y téngalo allá en prendas que ella no dará su amor a otro, sino al Señor; y mire bien qué merced hace el Señor a esta criatura, que, al primer abrir de ojos, se halle viendo a Dios, y gozándole para siempre.[47 bis]

Poco después enfermó el Conde por tres años continuos, con accidentes penosísimos; sirvióle la Condesa con gran puntualidad días y noches, sin desnudarse en tan largo tiempo, mostrando las fuerzas del verdadero amor que debe tener una casada, sin reparar en los antojos de un señor enfermo, en los ascos, las quejas y destemples; cuidaba mucho de la salvación del Conde, y para este fin hizo venir a Priego, donde a la sazón se hallaba, al padre Maestro Ávila, único consuelo suyo y luz de todo su estado.

Iba disponiendo Nuestro Señor a la Condesa, para la muerte del Conde su marido, con grandes sentimientos del valor de los trabajos y padecer por Dios. Pidióla Nuestro Señor que le ofreciese al Conde, a quien tenía un excesivo amor; hízolo, y fue tanto el dolor que sintió en darlo que, como ella dijo al padre

46 bis M. DE ROA, *Vida*, l. I, c. 7, f. 63 v-64 r; l. II, c. 3, f. 71 r.

47 bis M. DE ROA, *Vida*, l. IV, c. 7, f. 114 r.

Maestro Ávila, le pareció que se le había arrancado el corazón, y sacádosele por la boca. No quiere Dios a los suyos insensibles; sujetos sí, y resignados y conformes.

La enfermedad del Conde fue agravándose, y lo penoso de los accidentes daba nuevas ciertas de su breve vida. Acosábanle unos vómitos, con una flaqueza del estómago notable. Dio orden la Condesa le trujesen el Viático, y, teniéndolo en el oratorio de frente de la cama, le dijo: «Señor, si supiesedes lo que os tengo. Allí está el Santísimo Sacramento a haceros compañía en este camino». Despidióse la Condesa; llegó en esto el padre Maestro Ávila, y dijo al Conde: «Comulgar quiero a vuestra señoría». Respondióle: «Si como Su Majestad ha dado quietud a mi alma, se sirviese de dar sosiego a mi estómago y detener
v. mis vómitos, sólo este consue- / lo me falta para esta jornada». «No tema vuestra señoría, replicó el santo Maestro, que quien de buena gana perdona sus ofensas, también suspenderá el castigo de ellas, que son las enfermedades. Yo comulgaré a vuestra señoría, y me quedaré aquí a acompañarle». Comulgóle; quedó con muy gran sosiego; quietósele el estómago por las oraciones del venerable Maestro Ávila; reconociólo el Conde de manera que, a punto, con un criado envió a decir a la Condesa: «Decidle que el Maestro Ávila me ha curado el alma y el cuerpo».

El día siguiente fue el último de la vida del enfermo; acompañóle hasta el postrer trance el buen amigo y Maestro, asistiéndole en aquella hora, de donde pende la eternidad de gloria o pena. El llanto de los criados al expirar del Conde, dieron nueva a la Condesa de la muerte; levantóse de donde estaba retirada, y a largo paso fue a entrar adonde estaba el cuerpo; mas atajóla en el camino el padre Maestro Ávila, a quien preguntó ella. «¿Cómo queda el Conde?» Llevaba en la mano el crucifijo con que le ayudó a morir, y alargándosele, dijo: «Éste es el Conde de vuestra señoría, que ya no tiene otro». Reportóse, y con un rendimiento grande a la voluntad divina, recibió el Cristo, que le daba el Maestro en lugar del Conde, y abrazada con él se recogió a su tribuna, donde en los brazos de su nuevo Esposo, templaba el dolor de la ausencia del primero.

Prosigue la materia del capítulo pasado

Capítulo XXIV

Fue el dolor de la Condesa en esta pérdida tan grande que, hablando de ella el muy reverendo padre fray Luis de Granada, que se halló a la sazón en Priego, afirma fue la mayor que vio en su vida[47]. Mereció el Conde cualquier demostración de sentimiento; fue señor de raro valor, entendimiento y virtud; gobernóle el santo Maestro Ávila, como su confesor, / algu- f. 52 r.
nos años; estimó el Conde con notable veneración y respeto a su Maestro.

Templaba este acerbísimo dolor la Condesa con la presencia de Cristo Nuestro Señor crucificado, sin exceder los límites que pide una cordura cristiana. Acabadas las obsequias del Conde, pasó de Priego a Montilla, villa principal del estado; y, por no estar sin cabeza a obedecer en una edad tan florida como de veinte y cuatro años, con parecer del santo Maestro Ávila, que nunca fue de opinión que confesores acetasen obediencias de mujeres, dio la obediencia a la Marquesa, su suegra, en quien resplandeció un alarde de las virtudes cristianas, una de las más queridas y aprovechadas hijas del padre Maestro Ávila, y que más gozó de su dotrina y consejos, por su asistencia en Montilla en tantos años.

Los cuidados de la Condesa en este tiempo eran, como desembarazada del antiguo estado, entregarse más libremente a Cristo, ser santa en el cuerpo y en el alma, guardando eternamente el grado de continencia, que tuvo los últimos tres años de casada. Trataba con el padre Maestro Ávila, encerrarse en algún monasterio, aunque sin obligación y título de monja, estado desigual a sus fuerzas, quebrantadas con enfermedades suyas y del Conde. Recogíase algunos días en el convento de Santa Clara, de la Or-

47 *Vida*, p. III, c. IV, § 3.º.

den de San Francisco, donde se entregaba a la oración largas horas; consolaba su soledad Nuestro Señor con amorosas visitas. Pensaba un día cómo le había llevado Dios las prendas que más quería; vínosele a la memoria el hijo primogénito, como primero amor. Estando en este pensamiento apareciósele el niño y, con gran alegría y orgullo, le dijo: «Madre, vengo muy de prisa a verla, porque me quiero volver luego al cielo». Desapareciόse al punto; quedó por una parte alegre de ver a su hijo glorioso, triste por otra de haber sido tan breve la visita. Sacrificó a Dios su contento; ofrecióle de nuevo al hijo, que ya le tenía dado. Pagóle Nuestro Señor este servicio, porque, estando el día del Corpus en su tribuna de Santa Clara, entró la procesión del Santí-
v. simo Sacramen- / to, de quien fue por extremo devota, y poniendo los ojos en la Hostia Sagrada, y la fe en Cristo, que venía en ella, oyó que de allí le decía: «Con mi cuerpo y sangre te he sustentado la vida del alma, y con ellos te he mantenido; ábreme tu corazón, que quiero entrarme a descansar en él». Dijo al padre Maestro Ávila, que le pareció que venía Cristo hacia su alma: *Saliens in montibus*, etc. *transiliens colles*.[48] Y sintióse llena de particular dulzura, y más estrechamente unida por amor y soberana contemplación con el mismo Señor. Dio cuenta, como solía, al padre Maestro Ávila, y preguntóle qué quería significar Nuestro Señor en aquella manera de venir a su alma. Respondióle el venerable Maestro, que era como salvar sus culpas, y disminuir sus imperfecciones, para llegar a unirse con su alma. Preguntóle cómo abriría su corazón a Dios, para que en él descansase, y ordenóle por particulares razones, que en ella concurrían, sin nota de otras, que comulgase cada día, que hasta entonces no había dado esta licencia, si bien tan santa casada; hízolo así hasta lo último de su vida.

Las grandes virtudes de la Condesa la fueron disponiendo para mayores favores de Dios. El mayor fue escogerla por esposa suya, trayéndola a la religión seráfica, con una vocación maravillosa. Habíase recogido al convento de Santa Clara de Montilla,

48 Cant. 2,8.

para darse más a Dios algunos días, donde la llamó Nuestro Señor a la alteza del estado religioso. El modo y lo que pasó en esto lo escribió al padre Maestro Ávila, su confesor, para pedirle consejo, si había de ejecutar determinación tan ardua. Sus palabras formales son estas:

> Estando yo un día en mi aposento, pasó por delante de mi nuestro Señor Jesucristo, vestido de una ropa morada y una cruz grande en el hombro, y vuelto el rostro a mi, me dijo: «¿Qué, no has querido ayudarme a llevar esta cruz?» No respondí nada; mas, dióme pena que no me contase Nuestro Señor por cruz los trabajos que había padecido desde niña, ni la enfermedad del Conde, ni la viudez presente; y quedé deseosa de entender qué quisiese hacer el Señor de mi. El sábado / siguiente, estando oyendo a una monja, que cantaba el psalmo *In exitu Israel de Aegypto*,[49] púseme en oración y, entrando en el recogimiento de mi alma, preguntéle a Nuestro Señor qué era su cruz, y díjome: «¿Quieres mi cruz?» Respondí: «Sí, Señor.» Díjome otra vez más alto: «¿Quieres mi cruz?» Respondí: «Sí, Señor; con vuestro espíritu y vuestra gracia, y con el amor que vos la llevasteis por honra de vuestro Padre, y el bien de los hombres.» Mostróme la cruz, y abrazándome con ella, comencé a gloriarme en ella,[50] y dije: «¿Quién me despreciará y terná en poco, viéndome tan honrada, con la cruz de mi Señor Jesucristo?» Miré hacia arriba a ver la cruz, y ya no tenía figura de cruz, sino de palma, con su copa muy linda. De ahí a poco comencé a pensar qué sería una cruz tan grande en cosa tan pequeña, y acordéme que, pocos días ha, predicó aquí el padre Maestro Ávila y dijo que el hábito de las monjas era cruz, y clavos los votos; mas consideraba que yo no era para monja, por falta de salud, aunque holgara mucho vivir con ellas. f. 53 r.
>
> Estando así en el recogimiento de mi oración, llegáronse cerca de mi los gloriosos santos san Francisco y santa Clara; dijéronme que les pidiese el hábito de su religión; mas excusábame diciendo que no tenía fuerzas para los trabajos de ella; pero que hiciese Dios de mi lo que fuese servido. Tornaron segunda vez a alentarme, representándome su sagrada religión en un navío, en que iba mucha gente al cielo. Dudaba todavía mucho darles el sí, por el temor a los trabajos de la religión; y díjome Nuestro Señor que, arrimada a Él, podía llevarlos. Y ofreciéronme los bienaventurados san Francisco y santa Clara, que el uno me alcanzaría de Nuestro Señor la virtud de la humildad (por la cual dije yo que daría cuanto hay) y la otra, la virtud de la religión. Rindióseme con estas promesas el corazón y dije: «Sea lo que Dios quisiere». Estuve en esta oración desde que comenzaron la *Salve*

49 Ps. 113,1.
50 Cf. Gal. 6,14.

hasta las once de la noche, unas veces en pie y otras de rodillas, otras postrada en tierra, y cuando salí, hallé a la puerta del coro a soror Juana, y no supe si había oído algo de lo que había pasado. Escribí todas estas cosas al
v. padre Maestro Avila, para que / me dijiese lo que había de hacer o creer en ellas.

Domingo siguiente, por la mañana, fui al torno, y nunca hallé criado del monasterio que llevase el papel al Maestro Avila, y dije llamasen un paje de palacio, que lo llevase, y nunca vino, ni hubo remedio que el papel se llevase. Estando yo con este cuidado, díjome nuestro Señor, que, sin dar más parte al Maestro Avila, tomase allí el hábito de monja, porque así convenía. (Fue bien menester que Nuestro Señor se lo mandase tan expresamente, porque en todas ocasiones en nada se determinaba sin el parecer y consejo del santo Maestro Avila, su confesor, y cuando de su oración resultaba algun impulso, o ilustración, que la moviese a hacer algo, decía: «Mi padre me dirá en esto lo que tengo que hacer»; tanto era el respeto que tenía a este gran varón, y esta vez tuvo particular misterio el mandarle nuestro Señor lo contrario, como adelante veremos). Fuime, prosigue la Condesa, a la oración para disponerme mejor a ir a pedir el hábito, y estuve más de una hora peleando con el demonio, y, saliendo ya del aposento, llamóme Nuestro Señor, y díjome: «Mirad, que si tomais el hábito, que no le habéis de dejar». Respondile que nunca le dejaría con ayuda de su gracia.[50 bis]

Conocida la voluntad de Dios, y con tan preciso mandamiento, salió del aposento la Condesa, tan arrebatada de su deseo que se le conoció en el semblante que iba a ejecutar alguna grande resolución; pasó por delante de la Marquesa, su suegra, que estaba hablando con la abadesa. Iba tan en su negocio, que no les hizo ningún comedimiento. Viéndola así la Marquesa, dijo: «¿Dónde va tan denodada la Condesa? Parece va a hacer alguna hazaña» Pidió a dos monjas el hábito; y, dificultando el dársele, les rogó se le diesen para ver cómo le estaba. Creyendo ellas lo hacía por divertimiento de cuidados, le dio su hábito la una religiosa. La santa Condesa dijo: «¿No me está muy bien?» Respondiéronle que sí. Replicóles: «¿No me darán ellas sus votos, para ser monja?» Respondiéronle que sí, con mucho gus-
f. 54 r. to, no creyendo iba la cosa de veras. Concur- / rieron en lo mismo otras muchas religiosas y casi todo el convento para verla; ella declaró su voluntad, y que de ningún modo dejaría aquel santo hábito; esto, con tan constante resolución y viveza en el semblan-

50 bis M. DE ROA, *Vida*, l. III, c. 2, f. 87, r-88 r.

te y palabras, que no dudaron del hecho. Admiráronle alegres de verse con tal señora y hermana, suspendiendo el ánimo a ver el paradero del suceso.

Lo que pasó el Padre Maestro Ávila con la Marquesa de Priego

Capítulo XXV

Entendiendo la marquesa doña Catalina el hecho de la Condesa, su nuera, partió al punto adonde estaba, con el sentimiento que pedía el suceso; procuró con todos los medios divertirla del intento; representó los grandes inconvenientes que de tan acelerada resolución se descubrían. Díjola cuán justo era no hacer mudanza de estado, hasta dar cuenta al duque de Arcos, su hermano, que la amaba y estimaba tanto, ya que había atropellado el respeto que la debía tener, por madre y suegra, mayormente estando de por medio la obediencia, que, con voluntad del padre Maestro Ávila, la había dado. Advirtióla su delicadeza y pocas fuerzas, desiguales a la carga de una religión tan áspera, pasando del regalo de un palacio a las descomodidades de un convento. Ponderó mucho el desamparo de una hija única, que le había quedado de cuatro años, cuyas costumbres había de reformar su dotrina, y enseñanza, dejando aquel estado sin gobierno, y tanto número de criados sin amparo.

Respondióla fácilmente la Condesa, satisfaciendo todas sus razones, que el grande amor de Dios la dio elocuencia, y valor contra la autoridad de la Marquesa. Viéndola tan resuelta en lo intentado, dijo con gran sentimiento: «El Maestro Ávila es autor de la obra y bien se parece propia obra suya; él me dará cuenta del hecho». Replicó la Condesa: «Tan ajeno está el padre Maestro Ávila del hecho, como yo de dejar de proseguir lo comenzado; no lo supo, ni lo sabe, ni creo ha caído en su / pensamien- v.
to». Previno la divina providencia, con no llevarse el

papel que dijimos al padre Maestro Ávila, la indignación podía apoderarse en el pecho de la Marquesa contra el santo Maestro, si fuera autor del caso, o, si lo supo y no dio cuenta de ello, y era muy verisímil perder la gracia de esta señora, y la Condesa tal Maestro, y tal varón su estado, dichoso por haber tenido los Marqueses tal huésped y consejero.

Mandó al punto la Marquesa le llamasen al padre Maestro Ávila, y certificada que no tenía culpa alguna, dijo: «Si el Maestro no lo hizo, el lo podrá deshacer». Tuvo por cierto que, si él ordenaba a la Condesa dejase el hábito, al punto obedecería; tal era el respeto, que tenía a su Maestro. Vino el padre con el rigor de la siesta, a los postreros de junio, sin saber para qué le llamaban. Hablóle la Marquesa con declarado sentimiento; poniéndole delante a la Condesa con el nuevo hábito, multiplicó razones, ponderó inconvenientes, valiéndose de los medios que le daban la indignación y dolor. Concluyó con decir: «Hable vuestra reverencia a la Condesa, desengáñela, o desengáñeme, que, si lo que deseo no es justo, no quiero impedir su bien: pospondré mi gusto a su provecho».

Estuvo atento el padre Maestro Ávila a las razones, a los semblantes de la Marquesa, que no menos declaraban la voluntad que tenía de que se dejase el hábito. Lo que duró el razonamiento, estuvo consultando con Dios en su interior la respuesta. Con gran serenidad la dijo:

> Mucha pena me diera ver el sentimiento grande que tiene vuestra señoría del hecho de la Condesa, a no tener conocido su grande entendimiento, sus cristianas costumbres y su celo de la honra de Dios, y sus deseos de darle gusto en todo, como lo hará en esta ocasión, sabiendo es voluntad suya. De este suceso vine muy ajeno, como lo estaba aún de pensarlo; mas persuádome que, habiendo tomado tan ardua resolución la Condesa, ha tenido muy grandes fundamentos, y sin impulso grande de nuestro Señor no se atreviera a hacerlo. En su virtud, en la luz que le ha comunicado el cielo, en su grande entendimiento
> f. 55 r. y desengaño de las cosas del siglo, fío / mucho, y que no ha sido determinación de poco acuerdo. La acción de suyo es buena, como el haber abrazado la perfección evangélica, cumbre de la religión cristiana. ¿Cómo puedo abalanzarme a reprobar una acción, a que convida Cristo nuestro Señor en su Evangelio? Tengo por premio de sus virtudes el haberla dado Dios mano de Esposo, y traídola

a su casa, vistiéndola de aquel traje humilde, mas felicísimo, de que se honraron tantas princesas y reinas. No niego que podía ser buena en el estado de viuda, en que se hallaba; mas hay grande diferencia de serlo en la grandeza de un palacio, entre las rentas y regalos, multitud de criados y vasallos, gozando de la estimación y aplauso de los suyos, o en la estrechura de una celda, en la pobreza evangélica, en penitencia y descomodidades, en el abatimiento de la cruz, pasando a súbdita de señora, de ser servida a servir, de ser señora de su voluntad, o entregarla a la obediencia. No se alcanzan fácilmente los premios que a cada cosa corresponden. Ella sin duda *escogió la mejor parte*,[51] no se la ha de quitar vuestra señoría, que así lo prometió Cristo a los que, retirados de los cuidados de la vida, pendieron de las palabras de su boca, en oración y contemplación continua. Ninguna agravio hace al Conde, su primer esposo, si en su lugar ha escogido el mejor que hay en el cielo y en la tierra. Deja el estado de Priego; halla el reino de los cielos, y trueca el título de Condesa por el de reina, porque su esposo es Rey y Rey de reyes. Viviendo vuestra señoría, que sea por largos años, no hay que darle cuidado la crianza de su hija; crecerá a vista de las virtudes de vuestra señoría y de su ejemplo. Dios es el que ha hecho este concierto; pase por él vuestra señoría; estime con su aprobación las bodas, no se agravie el desposado de que se hace menos estimación de su persona.

Templó la Marquesa el sentimiento, mitigó el dolor del corazón con las palabras del santo Maestro. Fue escudo de defensa a la Condesa; dióle ella razón de su resolución, la que podía darse en público; dejó lo particular para el secreto. Satisfecho el venerable Maestro de su propósito, dijo a la Mar- / quesa: «Se- v.
ñora, esto es hecho; *quos Deus coniunxit, homo non separet*».[52] Con esto se volvió a su posada, habiendo mostrado gran valor y entereza, con una prudencia milagrosa, disponiendo el ánimo de la Marquesa, que halló lleno de indignación y dolor, a que llevase con cristiana conformidad el mayor golpe que tuvo después de la muerte de su hijo.

La Condesa santa se retiró a su celda, donde estuvo desde los últimos de junio del año de mil y quinientos y cincuenta y tres, hasta julio del año siguiente, en que el día de santa Madalena, tomó el velo de monja, y dióle el parabien de las bodas el padre Maestro Ávila, con un sermón dulcísimo, en que tomó

51 Cf. Lc. 10,42.
52 Mt. 19,6.

por intento declarar que este suceso fue empresa del amor que tuvo Dios a la Condesa, conocido y correspondido por ella: oyóle con mucho gusto, cobró brios y deseos grandes de agradar al nuevo Esposo.

Sumario de las virtudes de la Condesa de Feria

Capítulo XXVI

Las virtudes, la santidad, las hazañas de soror Ana de la Cruz, que así quiso llamarse la Condesa, los favores y misericordias que Nuestro Señor la hizo, la grande perfección a que llegó, tienen por coronista al padre Martín de Roa, de la Compañía de Jesús, varón docto, cuya erudicción y elocuencia igualó la grandeza del sujeto, en la proporción que puede haber en lo divino y lo humano. Fuera el referirlas deslustrarlas; sólo pondré algunas acciones de esta santa señora, que tocan a la estimación de su confesor, el venerable Maestro Juan de Ávila, que le fue guía y maestro en el arduo camino de la santidad y perfección, a que la levantó la bondad divina.

Fue rara su humildad. Grande por sangre; hija y mujer de grande, mayor por las perfecciones de alma y cuerpo, favorecida de Dios con grandes ilustraciones y mercedes, llegó a desconocerse, sólo conoció que era de un frágil barro, lo demás tuvo por
f. 56 r. ajeno. /

Dióle Nuestro Señor grandes sentimientos cerca de esta virtud, que puso por escrito, para comunicarlos con el padre Maestro Ávila, que, aunque el deshacerse es tan seguro, quiso que fuese por parecer de su Maestro, que, si no era él, no daba a otra persona parte de sus sentimientos; fue profundo su silencio, en especial en las cosas sobrenaturales.

Había en aquel convento una monja, muy sierva de Dios, devotísima de Nuestra Señora; quiso esta divina Madre de misericordia, favorecer a esta religiosa por medio de la Condesa, a quien, estando en

oración, la dijo la Reina de los Ángeles: «Mira, que amo a fulana como una señora a una doncella de su casa; díselo, porque de hoy más se adelante en mi servicio». Disimuló la Condesa el decírselo, esperando la venida del padre Maestro Ávila, por no hacer cosa sin su consejo. Vino el padre Maestro a confesarla, y díjola: «Señora, ¿hanla mandado que haga o diga algo que no haya hecho?, porque algunos días ha que siento gran sequedad, cuando me pongo a rogar a Dios por ella». Declaróle lo que pasaba la Condesa. Tan correspondientes andaban en el espíritu; es muy probable, tuvo el santo Maestro revelación, o en general, o particular, de lo que la Virgen Santísima había mandado a la Condesa.

La serenísima emperatriz doña María, estando en Lisboa, envió a la Condesa una reliquia del *lignum crucis*, engastada preciosamente, pendiente de un rosario de valor, por mano del padre fray Luis de Granada. Pidióle, en retorno, le enviase alguna cosa suya. La humildad hacia sentimientos, que se le pidiese prenda, como de persona santa, teniéndose con gran sinceridad por pecadora; el ingenio de la humildad halló un excelente medio: envióle el sermón que el padre Maestro Ávila había predicado treinta años antes, el día de su profesión, con que resguardó su humildad y estimó las cosas de su Maestro.

¿Quién podrá dar fondo a su mortificación a los afectos humanos, grandes cuando interviene carne y sangre, y más de descendientes? A la Marquesa, su hija, vivo retrato suyo, no la / vía sino muy de tarde v.
en tarde. Criaba dos nietas en el monasterio, por milagro las hallaba. Recogióse allí la Marquesa, su suegra, por algún tiempo. Pasáronse once meses sin hablarla, hasta que, por obediencia, se lo mandó el padre Maestro Ávila; y fue menester expreso mandato suyo, para dejarse visitar del marqués don Alonso de Aguilar, su yerno, después de cuatro años de pretensión de deseos. Habiendo nacido el marqués don Pedro, su nieto, escribió al padre Maestro fray Luis de Granada: «El idolillo ha nacido, ruege vuestra reverencia a Dios que no tenga más lugar en mi corazón del que ha de tener». Y cuando le trujeron de bautizar, no quiso tomarlo en los brazos. Murió la Marquesa de Priego, su hija, señora de las virtudes

que diremos; fue el sentimiento de criados y vasallos del mayor que se vio en aquel estado; entre los gemidos y llantos de toda suerte de gente, no se le conoció tristeza en el semblante ni desaliento en el corazón, ni palabra que mostrase sentimiento, antes, con gran serenidad de ánimo, alabó a Dios y consolaba las monjas.

Llevó los ojos esta abstracción tan rara al venerable padre fray Luis de Granada, el cual en la dedicatoria de la *Adición al libro del Memorial* [*de la vida cristiana*], que dirigió a la Condesa, a quien estimó sobre manera, entre otras virtudes suyas que refiere, pondera este desasimiento de los suyos, tan digno de admiración, dícele así:

> San Jerónimo escribe de una señora romana que entre los desasosiegos de las ciudades, había hallado el desierto de los monjes; mas vuestra reverencia, en medio de toda esa esclarecida familia, y de la hija, y nietos, que Nuestro Señor le ha dado, ha llegado al desierto, y soledad de los monjes, y dado a entender al mundo, que la verdadera y perfecta soledad no le hacen los lugares, sino los corazones. Solo está quien está con Dios, y solo está quien vive dentro de sí mismo, y solo está quien cortó y despidió de su corazón todas las aficiones del mundo, porque fuera está del mundo quien no quiere nada de él, ni tiene por qué recibir pena ni gloria de las cosas que no ama; pues donde no hay
f. 57 r. amor, no hay pena, ni cuidado, ni ale- / gría ni turbación.[52 bis]

Hasta aquí el gran orador cristiano.

Su penitencia sobrepujó a sus fuerzas, mas alentólas la gracia y un fervoroso amor de Dios. Regaba el suelo con sangre cada día con diciplinas rigurosas, demás de las que hacía en la comunidad. Igualó su abstinencia, y rigor, con que trató su persona, los antiguos moradores del desierto. Admirable su paciencia, acrisolada con treinta años de enfermedades continuas, mostrando entre agudísimos dolores, igualdad de ánimo, y semblante, sin mostrar el más ligero sentimiento.

Su pobreza y obediencia religiosa, fueron sus más preciosas joyas; fue tan pobre como había sido rica. Acompañó estas virtudes con oración casi continua, siempre delante del Santísimo Sacramento. En una tribuna que tenía, o en el coro, pasábansele las no-

52 bis L. DE GRANADA, *Obras*, ed. Cuervo, IV, 6 s.

ches enteras en aquel sueño dulcísimo, donde el alma siempre vela. Sus luchas con el demonio fueron terribles. Erale intolerable a esta bestia infernal tan heroica virtud; permitióle nuestro Señor la atormentase para mayor corona de su paciencia, y que, vencidas las cosas de esta vida, triunfase también de los poderíos del infierno.

No padecia a solas la Condesa, ni peleaba sin ayuda; tuvo la del omnipotente Dios muy favorable. Así lo escribió al padre Maestro Avila, su confesor y Maestro por estas palabras:

> Díjome Nuestro Señor: «Yo soy tu luz, y tu paz; estáte conmigo en el corazón y tendrás paz». Diome Nuestro Señor Jesucristo a su Madre por verdadero Señora, y díjome que la debo mucho, porque dio de voluntad por mí a su Hijo a la cruz, y que, como por el cuello pasa el mantenimiento al cuerpo, así por las manos de Nuestra Señora pasan las mercedes que Dios nos hace. Mostróme que tengo un Padre en el cielo todopoderoso, que dio su vida por mí, y nunca me faltará Él, ni su Madre, que lo es mía. Mostróme que está en su cuidado mi camino, y que en el mío es hacer su san- / ta voluntad, y que me presente delante de su miseri- v.
> cordia, y que le pida lo que hubiere menester, y desconfíe de mí, y confíe mucho de Él; que, como se deshace el hielo con el fuego, así las tinieblas del alma se deshacen, poniéndose delante de Él en la oración. Mostróme el Señor el amor entrañable con que nos da todas las cosas, y los azotes, y lo menos, y lo más.[53]

Habiendo puesto los ojos en una imagen antigua de la Santísima Trinidad, le habló desde allí la persona del Padre, y la dijo: «¿Cuándo nos hemos de ver?» Humillóse tanto, y gozóse, con esta merced, que dijo a su confesor y al padre Villarás: «No pensé, padre, que era Dios Padre tan humilde».

Esta palabra tan blanda y amorosa se la cumplió la Majestad divina a los veinte y seis de abril del año de seiscientos y uno. A los setenta y cuatro años de edad, pasó al descanso eterno, como piadosamente debe creerse de tan santa y religiosa vida, a que correspondió su muerte dulce y suave, recibidos fervorosamente los santos sacramentos.

Remate este discurso el padre Martín de Roa con una ponderación, con que prueba la santidad de la Condesa, que igualmente convence la de su santo confesor y Maestro. Dice así:

53 M. DE ROA, *Vida*, l. IV, c. 7, f. 115 r.

Consulta Santa Teresa de Jesús al Padre Maestro Ávila y su respuesta

Capítulo XXVII

Es cosa tan grande un santo que, si como dijo un docto, las generaciones todas de un siglo llegan a dar un santo al mundo, es bastante causa de haber nacido innumerables hombres, un beneficio de Dios
f. 59 r. digno de eterna memoria y reco-/nocimiento; y así hace gran favor Nuestro Señor al reino a quien concede este don, y particular a aquéllos que elige para que tengan parte en esta obra.

La santa madre Teresa de Jesús, honor de España y gloria de nuestro siglo, hermosura del Carmelo, alegría de la Iglesia, la dio Nuestro Señor en estos días con acuerdo soberano, para consuelo de los fieles afligidos con las grandes pérdidas que en las partes setentrionales ha tenido la Iglesia Católica, para que, con su oración, y de sus santas hijas, y el ejemplo de su vida, se reparen tan lamentables ruinas. Favoreció Dios a varones señalados en espíritu y letras, en que fuesen como coadjutores en el edificio de este gran alcázar del Príncipe de la gloria, porque, aunque esta obra es de la mano del Altísimo, la dirección, el gobierno de los santos, el adelantarlos y guiarlos en camino tan dificultoso, cual es el de la virtud heróica, le tiene cometido a sus ministros, los confesores y padres de espíritu, sin consentir que el más sabio se gobierne por su voluntad: falaz maestro.

Entre los que escogió Nuestro Señor para consuelo y gobierno de esta santa virgen, fue el padre Maestro Juan de Ávila y, aunque por la gran distancia de lugares, no fue posible hablarla, ayudóla de la manera que pudo. Caminaba en alta mar de los divinos favores la feliz alma de la santa madre, enriquecida de soberanos dones, raptos, éxtasis, hablas interiores y otras misericordias, que la levantaron a la gran santidad que veneramos. Puso Dios por

lastre a este navío, porque los vientos de los favores, de las visiones y revelaciones no le hiciesen peligrar, un temor santo, un recelo cuerdo de si su camino iba acertado, de que nacía una profunda humildad, con que se aseguraba este viaje, de no dar en escollo de alguna vanagloria, o bajío de propia complacencia: estilo de aquel Señor que sabe gobernar nuestra flaqueza. Para humillar la soberbia que podían causar las revelaciones, dice el gran doctor de las gentes san Pablo, que se le dio aquel *estímulo* o tentación *de la carne*, que le traía continuamente acosado[54]. Esto convino al / Apóstol, para su seguridad, y v.
consuelo de los que viven tentados.

La santa madre nunca se aseguraba del todo, por grandes que fuesen las misericordias de Dios y que las mayores letras de España, los hombres más espirituales, la certificasen de su buen camino; mas, porque no quedase medio por intentar de su parte, resolvió dar de sí cuenta a la Iglesia, y estar en todo a su juicio.

Iba visitando en aquel tiempo, como es costumbre del Tribunal de la Fe, don Francisco de Salazar, inquisidor apostólico, después obispo de Salamanca. Llegó a Ávila; hablóle Santa Teresa; dióle cuenta de su espíritu, creyendo que, como hombre experimentado en casos semejantes, la podía desengañar. Oyóla con atención y respondióla que el estado de sus cosas no pertenecía a su Tribunal, a quien solamente toca castigar y enmendar lo que se peca en las materias de fe; que, si era de Dios su espíritu, era gran merced suya; si demonio, era pena que padecía contra su voluntad; y que no había que temer, como ella no se dejase llevar a mal alguno, si acaso se lo persuadiese (respuesta docta y cuerda); mas que, para seguridad, le aconsejaba pusiese por escrito todo lo que sentía y había pasado por su interior, con toda llaneza y verdad, y lo enviase al padre Maestro Ávila, que residía en el Andalucía, y florecía entonces con gran opinión de santidad y virtud, porque era hombre de muchas letras y espíritu, y la entendería mejor; que con la respuesta que él diese se asegurase, y que no tenía qué temer. Aprobaron el consejo sus

54 Cf. 2 Cor. 12,7.

confesores, en especial el padre maestro fray García de Toledo, varón docto de la Religión de Santo Domingo; de su orden puso por escrito su vida, su espíritu, lo que interiormente pasaba por su alma con gran claridad, y distinción. Esta relación envió el padre maestro fray García de Toledo, que estaba ausente, para que la encaminase donde estuviese nuestro venerable Maestro, y en la carta que le escribe con el libro, muestra la satisfacción grande que tenía del padre Maestro Ávila. Después de ha-
f. 60 r. ber dicho / lo que pasó en el escribirle, dice entre otras razones:

> Suplico a vuestra merced lo enmiende, y mande trasladar, si se ha de llevar al padre Maestro Ávila, porque podía conocer alguno la letra. Yo deseo harto se dé orden cómo lo vea, pues con ese intento lo comencé a escribir; porque, como a él le parezca voy por buen camino, quedaré muy consolada, que ya no me queda más que hacer lo que es en mí.

Esta relación de la vida de la santa envió el padre fray García de Toledo, con cartas suyas, y de otros confesores que habían sido de la santa madre, al padre Maestro Ávila, pidiéndole que las viese, y diese su parecer. Vio nuestro santo Maestro la relación y caminos por donde Nuestro Señor había llevado a su sierva, y conoció diestramente que ésta era obra de Dios; respondióle por escrito, y porque esta carta muestra la gran luz y experiencia en las cosas de espíritu, y tocar a persona de tan gran santidad, pondremos las principales cláusulas, pues los coronistas de la santa Madre se valen de ella para apoyo del espíritu de la Santa. Servirá también, a nuestro intento, para que se vea el gran juicio y talento de este varón apostólico; el íntimo conocimiento en materias tan interiores, y dificultosas. Es ésta.

CARTA DEL PADRE MAESTRO ÁVILA
PARA LA SANTA MADRE TERESA DE JESÚS

> La gracia y paz de Jesucristo Nuestro Señor sea con vuestra merced siempre. Cuando acerté el leer el libro que se me envió, no fue tanto por pensar que yo era suficiente para juzgar las cosas de él, como por pensar que podía yo, en el favor de Nuestro Señor, aprovecharme algo de la doctrina de él. Y gracias a Cristo que, aunque [no] lo he leído con el reposo que era menester, más me ha consolado, y podría sacar edificación, si por mí no queda. Y aunque,

cierto, yo me consolara con esta parte, sin tocar en lo demás, no me parece que el respeto que debo al negocio, y a quien me lo encomienda, me da licen- / cia para dejar v.
de decir algo de lo que siento, a lo menos en general.

La doctrina de la oración está buena, por la mayor parte, y muy bien puede vuesa merced fiarse de ella, y seguirla. Y en los raptos hallo las señas que tienen los que son verdaderos.

El modo de enseñar Dios al ánima sin imaginación, y sin palabras interiores ni exteriores, es muy seguro, y no hallo en él qué tropezar y san Agustín habla bien de él.

Las hablas interiores y exteriores han engañado a muchos en nuestros tiempos, y las exteriores son las menos seguras. El ver que no son de espíritu propio es cosa fácil: el discernir si son de espíritu bueno o malo, es más dificultoso. Danse muchas reglas para conocer si son del Señor, y uno es que sean dichas en tiempo de necesidad o de algún gran provecho, así como para confortar al hombre tentado, o desconfiando, o para algún aviso de peligro, etc. Porque, como un hombre bueno no habla palabra sin mucho peso, menos las hablará Dios. Y mirado esto y ser las palabras conforme a la Escritura divina, y doctrina de la Iglesia, me parece de las que en el libro están, o de las más, ser de parte de Dios.

Visiones imaginarias o corporales son las que más duda tienen, y éstas de ninguna manera se deben desear: y si vienen sin ser deseadas, aún se han de huir todo lo posible. Debe el hombre suplicar a Nuestro Señor, no permita vamos por camino de ver, sino que la buena vista suya, y de sus santos, se la guarde para el cielo, y que acá lo lleve por camino llano, como lleva a sus fieles amigos, y con otros buenos medios debe procurar el huir de estas cosas.

Mas, si todo esto hecho, duran las visiones, y el ánima saca de ello provecho, y no induce su vista a vanidad, sino a mayor humildad, y lo que dicen es dotrina de la Iglesia, y dura por mucho tiempo, y con una satisfacción interior, que se puede sentir mejor que decir, no hay para que huir ya de ellas; aunque ninguno se debe fiar de su juicio en esto, sin comunicarlo luego con quien le pueda dar lumbre. Y éste es el medio uni- / versal que se ha de f. 61 r.
tomar en todas estas cosas, y esperar en Dios, que, si hay humildad para sujetarse a parecer ajeno, no dejará engañar a quien desea acertar.

Y no se debe nadie atemorizar para condenar de presto estas cosas, por ver que la persona a quien se dan no es perfecta; porque no es nuevo a la bondad del Señor sacar de malos justos, y aun de pecados, y graves, con darles muy grandes gustos suyos, según lo he yo visto. ¿Quién pondrá tasa a la bondad del Señor? Mayormente que estas cosas no se dan por merecimiento, ni por ser uno más fuerte; antes algunas por ser más flaco, y como no hacen a uno más santo, no se dan siempre a los más santos.

Ni tienen razón los que por sólo esto descreen estas cosas, porque son muy altas, y parece cosa no creíble abajarse una Majestad infinita a comunicación tan amorosa,

con su criatura: Escrito está que *Dios es amor* [55] y si amor, es amor infinito y bondad infinita, y de tal amor y bondad no hay que maravillar que haga tales excesos de amor que turben a los que no le conocen. Y aunque muchos le conozcan por fe, mas la experiencia particular del amoroso y más que amoroso trato de Dios con el que quiere, si no se tiene, no se podrá bien entender el punto donde llega esta comunicación, y así he visto a muchos escandalizados de oír las hazañas del amor de Dios con sus criaturas; y como ellos están de aquello muy lejos, no piensan hacer Dios con otros lo que con ellos no hace. Y siendo razón que, por ser la obra de amor, y amor que pone en admiración, se tomase por señal que es de Dios, pues es maravilloso en sus obras, y muy más en las de su misericordia, de allí mismo sacan ocasión de decrecer, concurriendo las otras circunstancias que den testimonio de ser cosa buena.

Paréceme, según del libro consta, que vuestra merced ha resistido a estas cosas, y aún más de lo justo. Paréceme que le han aprovechado a su ánima; especialmente le han hecho más conocer su miseria propia y faltas, y enmendarse de ellas. Han durado mucho, y siempre con provecho
v. espiritual. Incítanle a / amor de Dios y propio desprecio, y a hacer penitencia. No veo por qué condenarlas; inclínome más a tenerlas por buenas, con condición que siempre haya cautela de no fiarse del todo, especialmente si es cosa no acostumbrada, o dice que haga alguna cosa particular, y no muy llana. En todos estos casos, y semejantes, se debe suspender el crédito, y pedir luego consejo. Item, se advierta que, aunque estas cosas son de Dios, se mezclan otras del enemigo, y por eso siempre ha de haber recelo. Item, ya que se sepa que son de Dios, no debe el hombre parar mucho en ello, pues no consiste la santidad sino en amor humilde de Dios y del prójimo, y estotras cosas se deben temer, aunque buenas, y pasar su estudio a la humildad, virtudes y amor del Señor. También conviene no adorar visión de éstas, sino a Jesucristo, en el cielo o en el Sacramento; y si es cosa de santos, alzar el corazón al santo del cielo, y no lo que se representa en la imaginación; basta que me sirva aquello de imagen, para llevarme a lo representado por ella.

También digo, que las cosas de este libro acaecen, aun en nuestros tiempos, a otras personas, y con mucha certidumbre que son de Dios, *cuya mano no es abreviada* [56] para hacer ahora lo que en tiempos pasados, y en vasos flacos, para que él sea más glorificado.

Vuesa merced siga su camino, mas siempre con recelo de los ladrones, y preguntando por el camino derecho, y dé gracias a Nuestro Señor, que la ha dado su amor y el propio conocimiento, y amor de penitencia, y la cruz, y de estotras cosas no haga mucho caso, aunque tampoco las desprecie, pues hay señales que muy muchas de ellas son de parte de Nuestro Señor, y las que no son, con pedir consejo, no la dañarán.

55 1 Io. 4,8.
56 Cf. Is. 59,1.

> Yo no puedo creer que he escrito esto con mis fuerzas, pues no las tengo, pero la oración de vuesa merced lo ha hecho; pídole, por amor de Jesucristo, Nuestro Señor, se encargue de suplicar por mí, que Él sabe que lo pido con mucha necesidad, y creo basta esto para que vuesa merced haga lo que le suplico. Y pido licencia para acabar ésta, pues quedo obligado / a escribir otra. Jesús sea glorificado f. 62 r.
> de todos y en todos. Amén.[57]

Con esta carta se quietó santa Teresa, lo que antes no había hecho, aunque personas santísimas y gravísimas lo habían asegurado.

Todos los que han escrito de las cosas de la santa Madre han hecho grande estimación de haber aprobado el padre Maestro Ávila su espíritu. En la *Vida* que escribió de esta gloriosa virgen el santo obispo de Tarazona, fray Diego de Yepes, de la Orden de san Jerónimo, confesor de don Felipe Segundo, rey de España, y de la santa Madre, varón de asentada opinión de santidad, habiendo puesto la carta del padre Maestro Ávila en el capítulo veinte y uno del libro primero, añade estas palabras en alabanza de nuestro padre Maestro:

> Esta carta de este santísimo varón anda impresa con las demás que él escribió a diferentes personas, y por el estilo de ella, por la gravedad y peso de las sentecias, por la claridad y distinción con que habla de cosas tan subidas, se echa de ver bien cuán grande fue el espíritu y santidad de su autor. Y quien más largamente se quisiere enterar de quien fue el padre Maestro Avila, lea sus libros, que son bien conocidos y estimados en toda España, y fuera de ella, y lo que en alabanza suya escribió el religiosísimo padre fray Luis de Granada, el cual a la larga trata de su vida y virtudes. Y, entre otras gracias y dones que el Señor le comunicó, dice haberle dado particular don de discreción de espíritus. Allí hace también mención como conoció y aprobó el espíritu de nuestra Santa, y de esta carta que le escribió. Todo esto se ha dicho, para que se entienda cuánto se ha de estimar la aprobación de este varón de tanta virtud, y discreción. Otra carta le escribió este santo varón en otra ocasión a la santa Madre, en la cual le vuelve a asegurar de su buen espíritu y modo de oración.

El padre fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, religioso de Nuestra Señora del Carmen, bien conocido en estos reinos, y fuera de ellos, por sus

57 Carta 158: I, 805 ss.

v. grandes talentos, virtudes y / trabajos, en el *Dilucidario del verdadero espíritu*, en el capítulo cuarto, pone también esta carta del padre Maestro Ávila, que dice tenía original, para apoyar el espíritu de santa Teresa, y añade estas palabras: «Ésta es la carta del padre Maestro Ávila, cuya vida escribió el padre fray Luis de Granada, que en sus tiempos fue de los más aventajados en espíritu que había en España».

El padre Francisco de Ribera, de la Compañía de Jesús, varón verdaderamente santo, y de los más eminentes en letras de esta sagrada religión, en el capítulo séptimo del libro cuarto de la *Vida* de la Santa, habiendo puesto una relación de ella misma, en que hace mención del suceso que hemos escrito en este capítulo, dice así: «La carta que dice tuvo del Maestro Ávila, aquel santo y sabio varón, que tanto fruto hizo siempre con sus palabras, y la hará con sus escritos».

Puede muy bien conjeturarse, que esta relación es el libro que hoy tenemos de la vida de santa Teresa, o muy poco añadido, y así lo da a entender el padre fray Jerónimo Gracián, al fin del capítulo tercero del libro que hemos citado; y el margen a la relación que dijimos que pone el padre doctor Ribera, donde a la relación que envió al padre Maestro Ávila, llama *Libro de su vida*, y hablando de ella la misma Santa en este lugar dice estas palabras en tercera persona: «Fue de suerte esta relación, que todos los letrados que la han visto, que eran sus confesores, decían que era de gran provecho para aviso de cosas espirituales, y mandaron la trasladase e hiciese otro libro para sus hijas, que era priora, en que las diese algunos avisos. Éste es el libro de *Camino de perfección*, y llamándole otro libro, supone que lo era el primero». Y el padre Maestro Ávila le llama algunas veces libro en la carta. Y más claramente el obispo don Diego de Yepes, en el prólogo a la *Vida de santa Teresa*, en que, entre las personas santas que aprobaron su espíritu, pone al padre Maestro Ávila entre los santos fray Luis Beltrán y fray Pedro de Alcántara, y, hablando del caso de este capítulo, dice: «Pues para que este san-
f. 63 r. to varón / examinase el espíritu y revelaciones de la

santa Madre, escribió ella, por mandado de sus confesores, su vida». De que se infiere una grande alabanza de nuestro santo Maestro, de haberse escrito para él sólo aquel celestial volumen, que de tan gran provecho ha sido al mundo, y juntamente tener una gran obligación a la opinión de su rara santidad, pues ocasionó esta consulta, con que gozamos de este gran tesoro, disponiéndolo así la suavísima providencia de Dios, para tan gran bien de su Iglesia.

De una carta que el glorioso San Ignacio de Loyola escribió al Padre Maestro Ávila, cerca de la razón que tuvo para defenderse en la persecución que los de la Compañía tuvieron en Salamanca

Capítulo XXVIII

La autoridad y crédito del venerable Maestro Ávila era tan grande, su santidad y letras tan admiradas y veneradas en la Cristiandad, que, en todas las cosas graves que se ofrecieron en su tiempo, se procuró su aprobación y apoyo, deseando tenerle de su parte.

Habiendo corrido muchos años que predicaba el padre Maestro Ávila, con tan prodigioso fruto, y que, por su medio, y de sus discípulos, había obrado Nuestro Señor grandes bienes en las almas, cuando parece iba disponiendo hacer una congregación de sacerdotes, que acudiesen a los ministros apostólicos, como veremos largamente en el libro tercero, tratando de su humildad, puso Nuestro Señor en su Iglesia la religión de la Compañía de Jesús, con la profesión de vida que tenía trazada en su pensamiento el padre Maestro Ávila; recibió el santo varón a los religiosos de la nueva Compañía con notable benevolencia y amor: favorecíolos cuanto alcanzaron sus fuerzas.

Habiéndose levantado en Salamanca una recia tempestad / contra los hijos de Ignacio, como es or- v.

dinario en las fundaciones nuevas, se temió que vientos tan esforzados, si no arrancasen, desmedrasen por lo menos la nueva planta. Fue esta persecución tan porfiada, y molesta, que obligó al santo fundador a dar cuenta de ella al Pontífice Paulo Tercero, cuya autoridad en cierto modo se derogaba, no admitiendo lo que él había aprobado. Para sosegar estas inquietudes despachó un breve apostólico, que pusiese el remedio conveniente.

El glorioso san Ignacio sabía por cartas de los suyos el ayuda y favor que el padre Maestro Ávila les daba, cuya santidad y autoridad estimaban en gran manera. Y aunque estaba confiado de su entereza y prudencia, recelaba, si por andar tan contrastado el crédito de sus hijos por hombres doctos y religiosos, hiciese alguna mella en su opinión, y le faltase tan gran favor y apoyo por malas informaciones. Por asegurar su amistad y darle satisfacción de lo que hacía, le escribió una carta con el breve del Pontífice, dándole razón de los motivos que había tenido para valerse de este medio, pareciéndole que, ganada su aprobación, tenía la de todos; y estando tan gran varón de su parte, hacía equivalencia al poder de sus contrarios, y dando satisfacción al Padre Maestro Ávila, la daba a toda España. Deseó que, con la carta, le visitase de su parte el hermano Villanueva, y le diese razón del instituto de la Compañía, para asegurarle más en el favor que le hacía. La visita se hizo años adelante, como en su lugar veremos; contentóse por ahora con enviar carta y breve. Y porque en ella se muestra la grande estima que san Ignacio hacía del padre Maestro Ávila, a que le obligaba la santidad de su vida, va a la letra, por ser propia de esta historia. Dice así:

Muy Reverendo mi señor en el Señor Nuestro.

La suma gracia y amor eterno de Cristo Nuestro Señor a vuestra reverencia salude y visite con sus santísimos dones y gracias espirituales. Habiendo entendido diversas
f. 64 r. veces, y por / diversos de los nuestros el continuo favor, y con tanta intensa caridad, que vuestra reverencia ha dado a esta su mínima Compañía, me ha parecido en el Señor nuestro escribir ésta por dos cosas. La primera, por dar señal de gratitud y de entero conocimiento, dando infinitas gracias a Dios Nuestro Señor, y a vuestra reverencia, en su santísimo nombre, por todo cuanto a mayor

gloria de su divina Majestad, y a mayor aumento y devoción de los que somos de vuestra reverencia, se ha empleado, y así en el tal reconocimiento, con toda la devoción a mi posible, me ofrezco como uno de los sus allegados o hijos espirituales en el Señor Nuestro, para nacer con entera voluntad cuanto me fuere ordenado en el Señor de todos, y su divina Majestad me diere fuerzas para ello, porque haciéndolo, me persuado que me será mucha ganancia en su divina bondad, así en satisfacer en alguna manera a lo que me tengo por tan obligado, como en servir a los que son siervos de mi Señor, pienso servir al mismo Señor de todos.

La segunda es, que, como vuestra reverencia habrá entendido algunas cosas de los nuestros en el Señor Nuestro favorables, me ha parecido en su Divina Majestad, que es justo que de las contrarias también entienda, aunque espero sin poder dubitar, siendo mayor ejercicio espiritual de ellos, que en todo resultará a mayor gloria divina. Y es que en Salamanca, según que nos escriben los nuestros, han pasado y pasan mucha contradición de algunos padres N. N., movidos como yo creo más de buen celo que de ciencia debida, y esta tal contradición ha que dura por espacio de diez meses, y ahora, teniendo letras de nuevo de veinte y cinco de noviembre y dos de diciembre pasado, está más en aumeto, y tan fuera de todos términos, que hemos sido forzados a proveer en ello, conforme a lo que san Agustín, y otros santos doctores nos lo muestran. San Agustín, *De viduitate*, dice: *Nobis est necessaria vita nostra, aliis fama nostra.* San Crisóstomo, sobre san Mateo: *Discamus illius exemplo nostras quidem iniurias magnanimiter ferre. Dei autem iniurias nec usque ad auditum sufferre. Santus Hieronymus, in epistola con- / tra Rufinum:* v. «*Nolo quemquam in crimine haeresis patientem esse*». Santo Tomás, 2-2, q. 27, art. 3: *Tenemur habere animum paratum ad contumelias tolerandas, si expediens fuerit, quandoque tamen oportet, ut contumeliam illatam repellamus maxime propter duo, primo propter bonum eius qui contumeliam infert, ut videlicet audacia eius reprimatur, ut de caetero talia non attentet, secundum illud Proberviorum:*[26][5] «*Responde stulto iuxta stultitiam suam ne sibi sapiens videatur*»; *alio modo propter bonum multorum quorum profectus impeditur, propter contumelias nobis illatas. Unde Gregorius, super Ezequielem, homilia 9:* «*Hi quorum vita in exemplo imitationis est posita, debent, si possunt, detrahentium sibi verba compescere, ne eorum praedicationem non audiant, qui audire poterant, et ita in pravis moribus permanentes bene vivere contemnatur.*» San Buenaventura, *in Apologetico, quaestio.* «*Cum debeatis omnia mala vobis illata patienter sustinere, et nullam super his querimoniam facere vel movere, quid est, quod non solum istud non facitis, sed etiam non contenti Episcoporum iudiciis, obtinetis a Sede Apostolica iudices, etc. conservatores, et ad illos quoslibet molestantes vos etiam leviter citatis, gravatis laboribus et spensis, donec satisfaciant vobis pro velle vestro contra Apostolum,* [1] *ad Corinthios*[6, 7]: «*Delictum est in vobis quae iudicia habetis?*»

Respondeo:«Iniurias et molestias, ex quibus aliud malum non sequitur, nisi quod illa hora sentiri potest, ut sunt verba probrosa, vel damna rerum, seu verbera, et similia, religiosi aequanimiter sustinere debent; quia nihil aliud afferunt nocumenti. Sed ubi possunt graviora damna subsequi, vel animarum gravia nocumenta, ibi non est expediens tolerare». Caietanus, in Summa: «Famam propriam falso ereptam negligere tunc est peccatum cum aliis haec nocet, seu nocere timetur, nam fama propter alios necessaria est; et in tali casu dicit Augustinus: «Qui confidens conscientiae negligit famam, crudelis est, quia aliorum animas occidit.» Así pensamos proceder por mayor gloria divina, primero con todo cumplimiento y amorosamente, enviándoles
f. 65 r. una letra de un Cardenal, que pare- / ce en alguna manera puede con ellos. Lo segundo, asimismo presentándoles una patente de su general. Lo tercero, si lo primero ni segundo, por lo que Dios Nuestro Señor y la caridad cerca de nuestros prójimos nos obliga, y por quitar fuerzas al enemigo de nuestra naturaleza humana, que así suade, y persuade a las personas, aunque sean de letras, siendo religiosas y criadas para mayor gloria divina, se procederá por virtud de un proceso fulminado, y un breve del Papa, como vuestra reverencia verá, porque estando del todo así avisado vuestra reverencia, tenga mayor materia para encomendar muy de veras a Dios Nuestro Señor en sus santos sacrificios, y santas oraciones, que su Divina Majestad se quiera dignar en dar su divino favor y ayuda a la parte de adonde su mayor gloria y alabanza pueda redundar para siempre, pues otra cosa alguna, mediante su divina gracia, ni buscamos, ni deseamos. A quien de ello, y de todo, sea gloria para siempre sin fin, y que por la su infinita y suma bondad nos quiera dar su gracia cumplida, para que su santísima voluntad sintamos, y aquella enteramente la cumplamos. De Roma, 24 de enero de 1549.

Ignacio.[57 bis]

Respondió el padre Maestro Ávila, con gran cortesía y amor, en esta sentencia: que tenía por don y beneficio divino el haber puesto Nuestro Señor en su Iglesia la religión de la Compañía de Jesús, y así lo había entendido luego desde su principio, afirmando que esta nueva planta era obra manifiesta de la divina sabiduría; y usaba de una gran misericordia y una clemencia de padre, así con los que entraban en ella, como con todos aquéllos que por su medio aprovechaban en virtud. Aprobó el consejo del santo padre Ignacio, en haberse valido de la Sede Apostólica contra los que se oponían a la obra de Dios, para que se reprimiesen las lenguas de los que, o con buena o mala intención, ponían nota en los suyos. Que

57 bis Carta 190: I, 893-895.

desde que empezó el mundo no hubo virtud que no fuese ejercitada, ni vicio que no ejercitase. Que no agra- / dan tanto a aquél Señor celestial sus siervos, v. cuando les dice prósperamente las cosas que aún hacen en su servicio, cuanto en sufrir con alegría y confianza las adversas. De otra manera, no se conocería el verdadero siervo del fingido. El águila prueba sus polluelos a los rayos del sol; el artífice, el oro en el crisol; y Cristo prueba los siervos si son de admitirse por suyos en el horno de la tribulación. Finalmente, que, por donde pasó la Cabeza, era forzoso pasasen los miembros; que, habiendo sido Cristo perseguido, lo habían de ser los que pretendían seguirle,[58] mas que a lo último prevalecería la verdad, que así esperaba se había de verificar en los de su Compañía.

Por este tiempo don Antonio de Córdoba, hijo de los Marqueses de Priego, criado con la doctrina del padre Maestro Ávila, estudiaba en Salamanca; se había aficionado mucho a los padres de la Compañía, tan perseguido[s] de muchos, por cuyo medio Nuestro Señor había comenzado a dar luz a su alma; dio cuenta al padre Maestro Ávila de sus trabajos, de la variedad de opiniones en sus cosas; escribióle el santo Maestro con gran acierto y prudencia en abono de los padres; defendió su causa nervosamente; no pongo, por no alargar tanto, la carta. Dícele:

> «Persevere en su amistad, mayormente habiendo, por su comunicación, experimentado tantas medras su alma.»

Cuán grandes fueron veremos en su lugar. / f. 66 r.

De lo mucho que el Padre Maestro Juan de Ávila se ocupó en confesar y el provecho que de ello se siguió

Capítulo XXIX

Era tan viva la fe, tan encendido el deseo de que todos se salvasen, tan abrasado el celo de la salud

58 Cf. Mt. 10,24; Lc. 6,40.

de las almas, que ardía en el corazón del venerable Maestro, que le movían poderosamente a usar todos los medios para ganarlas a Dios; no contento con el copioso fruto que hacía con sus sermones, le aseguró y acrecentó en gran manera en el confesionario, llegando a aplicar con cada particular lo que universalmente había predicado. Eran dardos sus palabras, seguía la caza que dejaba herida, hasta que de todo punto hacía la presa, y la ponía en la mesa de Dios.

En acabando de predicar, dos horas de ordinario, convidaba a todos los que quisiesen a confesarse con él, diciendo que estaba allí dispuesto a oir a todos de penitencia. Y así, cansado y quebrantado, tal vez enfermo, sin tomar algún alivio, o mudar ropa, inmediatamente, en bajando del púlpito, se sentaba en el confesionario; oía de confesión a cuantos llegaban, durando en esta ocupación, sin comer muchas veces, hasta las cinco y seis de la tarde, sin que mostrase cansancio; antes con gran afabilidad rogaba que aguardasen. Tomaba este trabajo con gusto por lograr mucha mociones, que, excitadas luego, se libran del peligro de desvanecerse por las calles. Fue grande el bien que con esto hizo a innumerables almas, o confesándose, o dando cuenta de sus conciencias, o estado peligroso de sus cosas, para tratar del remedio, o tomar mejor acuerdo en su vida; decíales con su gran espíritu palabras tan eficaces, y proporcionadas a la necesidad de cada uno, que les duraba por mucho tiempo su dotrina.

Mostraba el rostro alegre y gustoso en administrar este sacramento; no dejaba el confesonario
v. hasta que no hubiese / quien confesase, aunque fuese muy tarde. En acabando, se iba muy alegre alabando a Dios de haberle servido en esto.

Bastante prueba de cuán gran Maestro fue en el confesionario es la santa virgen doña Sancha Carrillo, pues, de una confesión sola, vimos aquella mudanza tan rara, tan admirable, tan milagrosa. La comunicación ordinaria en la confesión y fuera de ella formó aquella gran santidad de la Condesa de Feria. Decíase comunmente que ninguna persona se llegaba a confesar con él que no la redujese o a mudar o mejorar de vida.

Demás de los días en que predicaba, oía todas las

horas del día a cuantas personas se venían a confesar con él, y oíalas con notable sufrimiento, y espera, aunque se sintiese muy cansado y fatigado, conociendo la importancia de esta obra. Siempre aconsejaba a sus discípulos que nunca despidiesen confesiones ningunas, ni consejos, por muy cansados y ocupados que estuviesen, porque era mucho lo que se servía Dios Nuestro Señor en el bien que las almas recibían, y le es muy agradable ampararlas en sus apretos y trabajos en que se veían, y que era tanto el gusto que Dios recibía, que lo pagaba y satisfacía a los suyos con grandes ventajas. Quejándosele un cura de almas, que, por acudir a las ocupaciones de su oficio, no sentía la devoción que él quisiera, le dice:

> No desmaye, si no alcanzare lo que quisiere, que las ánimas, en cuyo provecho entiende, algo valen, pues costaron a Jesucristo su sangre.

Esta consideración le hacía incansable en los trabajos, y le daba fuerzas más que humanas.

Lo mucho que estimó el venir a brazos con los pecados, y como, en duelo particular, batallar y vencer al enemigo, lo mostró bastantemente en este caso. Habiendo ido a decir Misa a la iglesia parroquial de la Madalena de Córdoba, como a las once y media, se llegó a él una mujer en el traje y aliño de poca suerte, y le pidió la oyese de penitencia; sentóse / con mucho sosiego a oirla; dieron las doce; f. 67 r.
llegó el padre Villarás; dijo que era muy tarde, que viniese a decir Misa; respondióle: «No importa que sean las doce, más conviene acudir al consuelo de esta alma; y en ello se servirá más a Dios, que no en que yo diga Misa». Con esto prosiguió en su confesión hasta cerca de la una, con que quedó sin decir Misa.

Fue grande y universal el provecho que el santo Maestro hizo ejercitando el oficio de confesor, y las muchas almas que por este camino ganó, y cosa maravillosa cuán a la mano le ponía Dios la presa, que parece se la había prometido a él personalmente. Fueron muchas las personas graves y principales, que consiguieron quietud de conciencia, y muy gran aprovechamiento sus almas, y sirvieron a Dios, mejorando vidas y costumbres. Otros se convirtieron eficazmente y con perseverancia hasta el fin de su vida,

con gran olor y ejemplo de virtud, de sólo haberse confesado con él.

Son muchos los casos que prueban esta verdad; sirva por todos este suceso. En un lugar cerca de Montilla vivía un virtuoso sacerdote; tenía una hermana doncella, hermosa, pero mucho más desvanecida. Habíala recibido una señora titulada en su servicio, con que estaba más ufana que si fuera a ser dama de la reina. Su hermano más la quisiera santa que en palacio, y, aunque procuró disuadirla de su intento, era en vano, porque ella se figuraba gran señora. Con todo le persuadió que, antes de su partida, se confesase con el padre Maestro Ávila. Vino en ello; confesóse, y con tan notable efecto que, volviendo a su casa, dejó las galas, púsose un hábito honesto, vivió con un recogimiento ejemplar en compañía de su hermano; fue muy caritativa y limosnera; acabó la vida con santidad notable.

Finalmente, ninguno confesó con el padre Maestro Ávila que no sacase muy gran medra para su alma, luz, seguridad y quietud de conciencia. Grande fue el fruto que hizo predicando; no menor en el ministe-
v. rio de confesar. Sembraba la / divina palabra desde el púlpito; cogía por la mayor parte el fruto en el confesionario.

El provecho de las confesiones aun fue mayor en señoras, y otras personas de mayor calidad, cuya reducción y buena vida es de mayores efectos. Demás de la Condesa de Feria, a quien, como dijimos, confesó hasta la muerte, confesó asimismo a doña Isabel Pacheco y a sor María, su hermana, monja en el mismo convento; y a doña Teresa Enriquez, que hizo vida continente, hermanas de la marquesa doña Catalina, y a María de Cristo, monja de gran santidad. Fueron grandes las virtudes de todas estas señoras; adelantáronse en espíritu, murieron con opinión de santas.

f. 68 r. FIN DEL LIBRO PRIMERO /

VIDA,
Y VIRTVDES
DEL VENERABLE VARON
EL P. MAESTRO IVAN DE AVILA,
PREDICADOR APOSTOLICO.

CON ALGVNOS ELOGIOS DE LAS virtudes, y vidas de algunos de sus mas principales Discipulos.

DEDICADA
AL EMINENTISSIMO SEñor D. Pasqual de Aragon, Cardenal del a Santa Iglesia de Roma, del Titulo de Santa Balbina, Protector de España, Embaxador que fue de Roma Virrey y Capitan general del Reyno de Napoles Inquisidor General de los Reinos de España y agora Arçobispo de Toledo, Primado de las Españas, Canciller mayor de Castilla, del Consejo de Estado de su Magestad, y de la Iunta vniuersal del Govierno, &c.

POR EL LICENCIADO LVIS MVñOZ.

CON LICENCIA, EN MADRID. Año 1671.
A costa de Bernardo Sierra, Librero en la Puerta del Sol.

Portada de la segunda edición de la *Vida* del P. Mtro. Ávila por el Lic. Múñoz (Madrid, 1671).

CONTIENE ESTE LIBRO LOS ELOGIOS Y VIDAS DE ALGUNOS DE SUS DISCÍPULOS

LIBRO SEGUNDO

Introducción al segundo libro

Entre los medios con que el gran padre de la Iglesia san Jerónimo prueba la santidad de santa Marcela, en su epitafio, pone por muy singular el haber profesado con ella amistad la gloriosa santa Paula, y que en su aposento mismo se crió la santa virgen Eustoquio, y añade: *Ut facilis aestimatio sit qualis magistra, ubi tales discipulae.* Una de las cosas que más descubre la fecundidad y grandeza del espíritu del padre Maestro Juan de Ávila, la eficacia de sus palabras y dotrina, fueron sus discípulos, cuya santidad es el mayor testimonio de la de su Maestro. Habemos discurrido en el libro primero por los maravillosos efectos de su predicación; en el segundo trataremos de los de su enseñanza: lo que alcanzó su trato y conversación familiar, y ejemplo, con muchos sacerdotes, que sacó eminentes en la / vida v.
y espíritu apostólico. Sus virtudes y sucesos serán materia del libro en que ahora entramos, en que se insieren también muchas cosas que tocan al venerable Maestro. Pertenece a la entereza de esta historia la santa y docta escuela del padre Maestro Ávila, que, por acabarse con su vida, y no dejar familia religiosa que pudiese en *Anales* conservar su memoria, el tiempo ha puesto en olvido muchas cosas dignas de saberse, y en estos pocos pliegos tendrá este daño algún reparo, aunque corto. Fue mi intento, al principio, hacer unos elogios breves, que en dos o tres capítulos remataran el libro primero. En el discurso que esta obra se iba haciendo, han

venido a mis manos papeles tan importantes que han podido formar un libro entero; parece lo ha dispuesto así la divina providencia que tiene contados los cabellos de los buenos[59], para que virtudes tan apostólicas, hazañas tan heróicas, no quedasen sepultadas en olvido. Son los elogios más o menos largos, según ha habido la materia; no dudo que podían escribirse de muchos más dilatados discursos. Si a alguno le pareciese esta digresión muy larga, considere que es estilo en las corónicas de los santos padres de las religiones, escribirse las virtudes de sus hijos y que de esta calidad es la del padre Maestro Ávila, y que si sus discípulos perdían esta ocasión de acompañar a su Maestro, apenas podía ofrecerse otra que diese noticia de quién fueron, y de lo que obraron. Esta Historia tiene algo de universal del tiempo del padre Maestro Ávila, y los suyos, que merecen por sus virtudes y vida una memoria in-
f. 69 r. mortal. /

De los padres Juan de Villarás, doctor Bernardino de Carleval y doctor Pedro de Ojeda

Capítulo I

El fervor del espíritu del padre Maestro Ávila fue tan grande, tan raro el resplandor de sus virtudes, que desde los principios de su predicación, con una cierta violencia, movió a su imitación a muchos, en especial sacerdotes, que, movidos de su ejemplo, fueron imitadores de su vida, y siguieron sus pasos y virtudes. En Sevilla se llegaron algunos; en Granada fue la mayor cosecha de hombres doctos; muchos se dieron por sus discípulos, resignados a su dirección en todo. Algunos de los más familiares comían con él en su mesa, en un pequeño refectorio que tenía. Vivían sus discípulos apostólicamente, ocupados en

59 Cf. Mt. 10,30.

los empleos que después veremos. Tuvo sin duda intento, como insinuamos y diremos más largamente adelante, de fundar una religión de sacerdotes ejemplares, que, coadjutores de los obispos, acudiesen a cultivar las almas, enseñar a los niños la dotrina, criar santamente la juventud, ayudar a los fieles en el camino de la salvación, gobernar los más perfetos en la vida esperitual; finalmente, que predicasen por el mundo, dilatasen la verdad evangélica, manifestasen los tesoros que tenemos en Cristo crucificado; empresa que reservó Dios al glorioso san Ignacio, habiendo dado el pensamiento, el espíritu y todo el aparato al santo Maestro Ávila, como más largamente veremos adelante.

El muy reverendo padre fray Luis de Granada, por vivir los más de estos discípulos al tiempo que escribió la vida de su Maestro, reparó en referir sus nombres, mas ya que están escritos en el libro de la vida, gozando sin riesgo de vanagloria de la gloria verdadera, justo es que el mundo conozca a los que con virtud heróica abrazaron la perfección evangélica, y, siguiendo los pasos de este apostólico varón, fueron ejemplo al mundo del entero cumplimiento de las obligaciones del estado sacerdotal, ejecutadas v. con el vigor que pide dignidad tal alta.

Los que, cercanos al tiempo que vivió el santo Maestro Ávila, no le conocieron y trataron, pudieron templar su sentimiento, habiendo visto y comunicado a el padre Juan de Villarás, su discípulo y compañero, retrato vivo de su gran Maestro. Bastará para mostrar lo que fue este varón santo, que gozó diez y seis años del lado y compañía del padre Maestro Ávila; vivía con él en una casa, comían en una mesa, gozando continuamente de sus palabras y ejemplos. Sucedióle en su casa y espíritu y señaladas virtudes; representaba muy al vivo quién fue su Maestro. Fue varón perfectísimo, de una profunda humildad, raro recogimiento, encerramiento perpetuo, con admiración de cuantos le conocieron, extremada paciencia; hablaba de Dios con gran suavidad y dulzura. Estimó en tanto al padre Maestro Ávila, que, muriendo, mandó que le enterrasen a sus pies; mas, por la grande estima que de este gran varón hizo la santa Condesa de Feria, ordenó que se ente-

rrarse en su convento de Santa Clara; mas, después de su muerte, los religiosos de la Compañía de Jesús no quisieron carecer de este tesoro, ni los santos compañeros estar divididos en la muerte, habiendo estado tan unidos en la vida; trasladaron su venerable cuerpo a su Colegio, depositáronle al pie del sepulcro del padre Maestro Ávila, donde juntos esperan la inmortalidad, y levantarse gloriosos a hacerse eterna compañía en el cielo.

Remate este elogio el padre Martín de Roa, en el último capítulo de la *Vida* de la Condesa de Feria. Dice así:

> Ni es menos de consideración la particular providencia que tuvo el Señor, cuando llevó para sí al padre Maestro Ávila, de tenerle ya criado a los pechos de su dotrina al humilde y santo varón el padre Juan de Villarás, noble por sangre y mucho más por lo mucho que él se aprovechó de la de Cristo Nuestro Redentor, para enriquecer y adornar su alma de las preciosas joyas de las virtudes.
> f. 70 r. Fue maravilloso ejemplo de mansedum-/bre y humildad; padecía mucho y sabía padecer, porque supo amar. Solo Dios era su pensamiento, su cuidado, y regalo; con él hallaba compañía en su soledad, alivio en sus dolores, y remedio en sus enfermedades. Afligíanle muchas el cuerpo, más crecía el alma con ellas en merecimientos, y labrábanle coronas de admirable paciencia. De esta manera trataba Dios al Maestro y a la discípula, haciéndolos muy parecidos en la vida y trabajos de ella, para que el uno al otro se diesen la mano en el camino del cielo. Dejóle pues el Señor a la Condesa este santo varón en lugar del padre Maestro Ávila, y con maravillosa disposición le conservó la vida mientras [a] ella le duró la suya, y más el tiempo que precisamente fue necesario para que de su pecho sacase los tesoros de la santidad de su sierva, y los comunicase para ejemplo y edificación de su Iglesia.[59 bis]

Hasta aquí el Padre Martín de Roa.

Corta quedará la más feliz elocuencia que se animare a mostrar lo que fue el venerable varón el doctor Bernardino de Carleval, uno de los de mayor nombre, de mayor caudal y letras, de los discípulos que tuvo el padre Maestro Ávila. Siendo colegial y rector del Colegio Real de Granda, mozo de floridos estudios y talento, predicando en esta ciudad el padre Maestro Ávila, dijo un día a un compañero: «Vamos a oír a este idiota, veamos cómo predica». Oyó al varón apostólico las verdades evangélicas, predicadas

59 bis M. de Roa, *Vida*, l. IV, c. 8, f. 123 v-124 r.

con tal fuerza y valentía, que se halló tan trocado de la mano de Dios y de su amor, que de allí adelante le oía con suma veneración y gusto, continuando sus sermones; comenzó a tratar con el santo Maestro y frecuentar su casa, con resolución de abrazar la virtud en su mayor perfección; contaba él después este suceso con lágrimas, reconociendo la virtud divina, que iba envuelta en las palabras de este gran predicador.

Habiéndose fundado, años después, la Universidad de Baeza, le trujo el padre Maestro Ávila, para que fuese la piedra fundamental de estos Estudios, como de verdad lo fue, y el primero que se graduó de licenciado, maestro y doctor. Leyó en ellas / la sagra- v.
da Teología muchos años; dio gran ejemplo de todas las virtudes, en especial de la pobreza evangélica, con un desprecio del mundo grande, y de sus cosas; no admitió renta ni beneficio eclesiástico, contento con el estipendio de su cátedra; permaneció leyéndola lo que le duró la vida, sin aspirar a prelacías de que era benemérito; vivía pobremente en un aposento en las Escuelas y, hombre doctísimo, ejercitaba por su persona las órdenes que dejó el padre Maestro Ávila: acudía al hospital los sábados a servir los pobres y componerles las camas; hacía pláticas a los estudiantes; salía por las calles, desde la Universidad, cantando la doctrina; predicaba en la plaza, y muchas veces en las parroquias y conventos de monjas. Sucedió en el patronazgo de la Universidad al padre Maestro Ávila, y en el espíritu y celo de la salvación de las almas. Fue uno de los varones apostólicos y religiosos que tuvo la Universidad de Baeza, y aún España; plantó la virtud en las Escuelas, y en todas partes. Fue tanto su deseo de la conversión de las almas, que continuamente aconsejaba a otros predicadores que predicasen a Cristo crucificado; tema único de su gran Maestro.

De los últimos discípulos del padre Maestro Ávila fue el doctor Pedro de Ojeda, mas de los primeros en las virtudes y méritos; varón de gran talento y grandes letras. Leyó muchos años Escritura en la Universidad de Baeza, con gran aprovechamiento de la Escuela. Sucedió al doctor Bernardino de Carleval en el patronazgo y el espíritu; mantuvo con gran valor,

lo que le duró la vida, la rigurosa disciplina y el espíritu, en que fundó estas Escuelas el padre Maestro Ávila, haciendo rostro a los que con sus vicios intentaban corromper el vigor de las costumbres antiguas; padeció por esta causa pesados testimonios, injurias, contradicciones, molestias, que toleró con ánimo invencible, sin responder una palabra sola, ni alterar el tenor de su semblante y religiosas costumbres; mas pudo llevarlo todo, apoyado en la levantada oración y heróica contemplación que tuvo. Fue
f. 71 r. admirado, de cuantos le trata- / ron y conocieron, por un ejemplo raro de modestia, de desprecio de las cosas humanas, dignidades, puestos, acrecentamientos (atributo común de todos los discípulos del padre Maestro Ávila, mayor en los de más aventajadas letras y talentos). Veneráronle todos por maestro de un verdadero y desengañado espíritu, con gran aprovechamiento de toda aquella provincia. Fue muy celoso de la honra de Dios y de su gloria. Eficacísimo en la palabra divina: predicaba muchos días con tan esforzado espíritu, que atemorizaba los oyentes, con copiosísimo fruto. Los jueves todos predicaba del Santísimo Sacramento, con quien tuvo afectuosa y tierna devoción, tanto que muchas veces ponía tan fija la visita, tan elevada en la custodia santa, tan lago espacio de tiempo, que mostraba la fineza de su amor, y con cuán fuertes cadenas le tiraba. Excedía en esta acción las fuerzas de la naturaleza; cuidó del culto divino en las iglesias de su cargo, acudiendo a esto con devoción y ternura, sin que la cátedra y púlpito le divirtiesen del adorno y limpieza de los templos. Padeció grandes enfermedades y, en los mayores desconsuelos y apreturas, no hallaba otro alivio, sino hacer que le leyesen las *Epístolas* del padre Maestro Ávila, en particular las escritas a afligidos y tentados, y gravados de enfermedades penosas; llamaba a un sacerdote que le hacía compañía, y decía: «Digamos a nuestro venerable padre, que nos consuele y nos hable». Murió con opinión de santo, aclamándole por tal el pueblo, tocando rosarios a su venerable cuerpo, y llevando cosas suyas por reliquias.

Del Maestro Hernán Núñez

Capítulo II

El Maestro Hernán Núñez, natural de Granada, fue de los aventajados discípulos del padre Maestro Ávila; varón ejemplarísimo, de grande espíritu, insigne operario evangélico, admirable en el celo de aprovechar las almas; residía en la Universidad de Baeza, y con sus ardientes ansias del bien de sus hermanos, llevaba a los maestros y estudiantes mozos / de la Universidad a que enseñasen la dotrina v.
cristiana por los lugares cercanos; procuraba que los ejercicios de la disciplina, que se hacían en la capilla de la Universidad algunos días de la semana, se ejercitasen con sumo cuidado y devoción, y nadie faltase a ellos. Fue raro su espíritu de pobreza; nunca quiso vivir sino es en un aposentillo debajo de una escalera en las Escuelas, donde estaba el reloj. Conservaba con esto tan gran severidad en sus costumbres, que era temido de todos los doctores y maestros, y estudiantes, y, en sólo verle en el patio, se componían. Fue admirable en la abstinencia; era su comida ordinaria una ensalada y unas migas; solían decir los venerables doctores Bernardino de Carleval y Diego Pérez que no osaban ir a predicar donde había predicado el Maestro Hernán Núñez, viendo la abstinencia que él hacía, y lo mucho que trabajaba día y noche, y que ellos habían menester una comida ordinaria.

Por orden del padre Maestro Ávila estuvo algunos años en Almodóvar del Campo; compensó con este varón santo lo poco que asistió en su patria (no se sabe que volviese después que partió para las Indias); allí predicaba y confesaba, enseñaba a los niños la dotrina; de donde salía a predicar a los pueblos comarcanos a pie, con el manteo al hombro, sin más provisión o alforjas que la divina providencia, al modo de los Apóstoles. En este santo ejercicio gastó la restante de su vida, que fue muy larga.

He visto cartas originales suyas, en que pone algunos sucesos de estas peregrinaciones, y los trabajos grandes que padecía con los curas. En una que tengo, dice había sido veinte y ocho años criado del padre Maestro Ávila. Hallóse indigno de nombrarse su discípulo.

Descríbale y alábele su Maestro, que tenía conocido el fondo de su virtud. Aconsejando el padre Maestro Ávila al arzobispo don Pedro Guerrero que enviase predicadores y confesores por su arzobispado, hombres de gran espíritu y celo, que le ayudasen a cumplir las grandes obligaciones de su oficio, añade de estas palabras en la epístola segunda, en la nueva
f. 72 r. impresión: /

> He pensado en una buena pieza para esto, y es el Maestro Hernán Nuñez, natural de esa ciudad, y está ahora en Baeza. Ha hecho muy gran provecho en muchos pueblos; tiene una rentilla con que se mantiene, y no toma nada de nadie, porque para unas migas y una ensalada, que come, tiene harto en su rentilla; aunque como ha usado de este rigor muchos años, no sé si está algo gastado; pídenlo ahora muy aprisa en Caravaca para cierta obra buena, deseo que se emplee así en las ovejas de vuestra señoría; y con él, un confesor, y parece hay muestras del provecho que de esto resultaría en este arzobispado, en [el] que los dos de la Compañía hicieron en su casa, y este clérigo no es de menor virtud. Si a vuestra señoría esto pareciese, sería bueno escribir al doctor Carleval una carta, en que se dijese cómo tiene pensado enviar por el arzobispado hombres de gran celo de Dios, y que tiene relación del Maestro Hernán Nuñez, que le quería emplear en esto.[59 ter]

Hasta aquí el santo Maestro Ávila, de cuyas palabras se colige el crédito que tenía de este santo clérigo, de su austeridad y empleos. Hablando del mismo Hernán Núñez, el venerable doctor Diego Pérez, en una carta que escribe al doctor Pedro de Ojeda, dede Barcelona, a veinte y dos de enero del año de mil y quinientos y ochenta y dos, dice del padre Hernán Núñez:

> Tengo cada día cartas de este dichoso, que anda peregrinando como pobre; a mi me llaman el apostólico, y él tiene las obras. Hame dado gana de rogarle que nos vamos juntos, no se si querrá, porque el obispo de Zaragoza le pide que se vuelva con él; no quiere; trae razones: Rica vida por lugaricos, *ubi annuntiatur verbum Dei*, andar predicando con pobreza y con humildad.

59 ter Carta 178: I, 854.

Y en otra carta, de veinte de febrero, de quinientos y ochenta y cinco, tratando de las Escuelas de Baeza, dice: «Sabe Dios el continuo cuidado que tengo de esa casa, y las reliquias del dichoso padre Ávila y buen doctor Carleval». Y volviendo al santo Maestro Hernán Núñez, dice tiene en su poder la vida de una santa religiosa, que se llama Isabel de Baeza, que murió el año de mil y quinientos y sesenta y seis, donce- / lla santa y muy penitente. Al principio, contando su v. conversión, refiere cómo dijo a una compañera suya: «He oído que este confesor (por el padre Hernán Núñez) hace beatas a cuantas doncellas se confiesan con él, no se me da a mí nada de eso, que aunque baje san Pedro, no me hará beata». Estando en esta plática acertó a entrar el padre Hernán Núñez; al punto que lo vido, sin más hablarle palabra, vino un espíritu tan poderoso en ella, que la adormeció, y mudó el corazón, y la hizo otra, y en aquel mismo instante quedó tan llena de sabiduría de Dios, que no fue menester que la enseñasen, ni cómo había de hacer penitencia, ni cómo había de mortificarse.

Hasta aquí el venerable Diego Pérez. Éste fue el Maestro Hernán Núñez. Estos hombres salieron de esta escuela; murió con opinión de santo, y como tal le honró el pueblo con grandes demostraciones.

De otros ejemplares sacerdotes, discípulos del padre Maestro

Capítulo III

No fue de menor nombre el padre Maestro Alonso de Molina, estimado en Córdoba, de donde era natural, y su obispado, por varón apostólico, y de conocida santidad. Pasó seglar buena parte de su vida. Puso los ojos en él el venerable Maestro Ávila; aconsejóle que mudase hábito, y se hiciese sacerdote. Obedecióle; fuelo el santo, imitador de su Maestro en la modestia, pobreza, humildad y las demás virtudes que componen un ejemplar sacerdote; nunca quiso beneficio eclesiástico, ni más riqueza que la pobreza evangélica. Hospedaba al padre Maestro Ávila, cuando venía a predicar a Córdoba; dábale vestido y co-

mida, y todo lo necesario, y no era mucho, porque su casa era un refugio de pobres, con quien gastó toda su hacienda; fue treinta y seis años discípulo del padre Maestro Ávila. Tuvo tan gran don de consejo que acudían a él, como a un oráculo, religiosos, caballeros y toda suerte de personas, por gobierno de
f. 73 r. sus cosas y gozar de su conversa- / ción, que era dulcísima; fue copia del padre Maestro Ávila. Habiendo el padre Alonso de Molina llegado a los ochenta años de su edad, lleno de días, y virtudes, voló al cielo con una muerte ejemplar, correspondiente a su vida.

Fue de los discípulos de Córdoba el padre Maestro Alonso Fernández, insigne en letras y virtudes, y singular doctrina. Leyó Teología en Córdoba en el Colegio de sacerdotes, que, de orden del padre Maestro Ávila, se fundó en esta ciudad; fue humilde y docto, siguió la pobreza de su Maestro, con el rigor que pide el Evangelio a los discípulos de Cristo; no quiso admitir beneficios eclesiásticos, aun ofrecidos a su virtud y mérito. Don Cristobal de Rojas, arzobispo de Sevilla, que lo había sido en Córdoba, le envió desde Sevilla un grueso beneficio; no quiso admitirle, diciendo que le había aconsejado su Maestro no le tomase. Claro es que estos varones santos no juzgaron con este hecho haber algún defecto en tener y gozar beneficios eclesiásticos; mas, siguiendo la perfección evangélica con las veras que hemos visto, creían que las rentas eclesiásticas les podían ser algún impedimento, y su espíritu desnudo abrazó la pobreza con el rigor que enseñaron y practicaron los santos, siguiendo el Evangelio; mas en todos los grados y puestos eclesiásticos se puede conseguir la santidad en el supremo grado, y guardar la misma y mayor pobreza, de que veremos ejemplos raros. Cada cual seguía el llamamiento del espíritu de Dios, que le movía.

Cupo gran parte del espíritu del padre Maestro Ávila al licenciado Pedro Rodríguez, su discípulo. Fue natural de Sahagun, villa nombrada en Castilla, por aquella gran oficina en santidad el Real Convento de san Benito. Fue varón ejemplar y verdaderamente apostólico; gastó su larga vida predicando por las montañas de Castilla; enseñando la doctrina, administrando sacramentos, obra verdaderamente

heroica; llegó a la última vejez con extrema pobreza; / v.
jamás quiso admitir beneficio, aunque se le ofrecian los obispos. Cayó en una enfermedad gravísima, que la hacía más penosa, sobre los muchos años, el faltarle no sólo con qué curarse, más el preciso sustento de la vida. Empero la providencia divina, que nunca falta a sus siervos, le tuvo en esta ocasión prevenida la admirable caridad del varón ejemplar Jerónimo de Reinoso, canónigo de Palencia, insigne en todas las virtudes, y raro en la misericordia con los pobres. Recogióle en Usillos, donde le tuvo más de dos años, casi siempre enfermo. Para la última dolencia, que le duró seis meses, le trujo a Palencia, y en su misma casa le sirvió y regaló por su propia mano, hasta que fue a recibir el premio de sus grandes trabajos. Enterróle el piadoso canónigo a su costa en la iglesia catedral, y le hizo honrosas obsequias, como se escribe en el capítulo diez y ocho de su vida, que anda con la del gran obispo de Córdoba, don Francisco de Reinoso, su tío, prelado digno de memoria eterna.

Nuestro Señor comunicó el espíritu del padre Maestro Ávila al Maestro BERNARDO ALONSO, su aprovechado discípulo. Resplandeció en todas las virtudes, en especial en la oración y silencio, y un despego grande de las cosas de la tierra; fue visitador del obispo de Jaén, con que pudiera conseguir muy grandes puestos y prebendas; mas, obediente a su Maestro, se fue a vivir de su orden a Leruela, villa del Adelantamiento de Cazorla, a cuidar de algunas almas espirituales, que estaban a cargo del padre Maestro Ávila; de tal celo del aprovechamiento de los prójimos participaron todos.

Cuentan entre los discípulos del padre Maestro Ávila al LICENCIADO NÚÑEZ, hombre de gran bondad; fue su residencia en Baeza, donde vivió con grande ejemplo. Fundó el convento de monjas de Santa María Madalena, y el Hospital de la Concepción, que es el principal que hay en esta ciudad, en que se curan setenta enfermos, hombres y mujeres: fue gran imitador del padre Maestro Ávila, y, de- / más de la f. 74 r.
virtudes interiores con que Dios le adornó, que fueron grandes, pasó adelante en el vestido exterior; anduvo siempre vestido de un paño pardo grueso, man-

teo y sotana, humildad y mortificación notable. Su caridad con los pobres fue excesiva. Pasando un día al convento de la Madalena, una mujer pobre se le puso delante con una criatura en los brazos, y pidió le diese unas mantillas para aquella criatura, y diciendo que no tenía qué darle, instaba en su demanda con mayor porfía. Dióla el manteo, y se anduvo dos días por Baeza en cuerpo, con su breviario debajo del brazo (tan corta era su recámara). De su extremada pobreza puede colegirse fácilmente cuáles fueron las demás virtudes.

Entre los más insignes discípulos del padre Maestro Ávila, ponemos al padre licenciado MARCOS LÓPEZ, igualmente docto y santo. Fue natural de Córdoba, y, de orden del padre Maestro Ávila, leyó Teología en esta ilustre ciudad, y, después de haber vivido muchos años debajo de su disciplina, le hizo rector del Colegio, que, a instancia suya, fundó la Marquesa de Priego en esta villa. Fue varón de rara virtud. Y para reducir a una todas sus alabanzas, es común sentir de toda aquella villa que no se hallaba quien le hubiese visto hacer o decir cosa que fuese pecado venial, por espacio de cincuenta años que vivió en ella, habiendo tratado todo el lugar y ejercitado el oficio de vicario. Alentó la devoción al Santísimo Sacramento, que aprendió de su Maestro, y estima grande de las cosas eclesiásticas; celébranse en esta villa con gran decencia, que puede ser ejemplo a toda España. Enseñaba la doctrina cristiana, ejercicio común a todos los discípulos del padre Maestro Ávila. Llegó a ochenta y cinco años de edad, gastada en tan santos ejercicios.

Puede dignamente nombrarse, entre hombres tan grandes, el venerable padre JUAN SÁNCHEZ; mas, porque sus virtudes tuvieron felicidad de mejor historia-
v. dor, pondré las pala-/bras del muy reverendo padre fray Gregorio de Alfaro, de la sagrada religión de San Benito, digno coronista de aquel gran padre de pobres, perlado de los mejores que ha tenido el obispo de Córdoba, y por ventura España, don Francisco de Reinoso, en el capítulo doce del libro segundo de su *Vida*, hablando del convento de las Recogidas, a quien sustentó este santo obispo, y de los que favorecieron esta casa. Dice así:

Quien con más fervor acudió a esta obra tan piadosa, fue un sacerdote que se llamaba Juan Sánchez, varón de tan santa virtud que me obliga a que le nombre, y diga lo mucho que aprovechó en este ejercicio; primero fue casado, y, habiendo muerto su mujer, se hizo discípulo del padre Maestro Avila, que en aquel tiempo predicaba en el Andalucía. Por su consejo se determinó de estudiar hasta ordenarse de Misa, y, después que fue sacerdote, comenzó con más veras a ejercitarse en todos los oficios de piedad, en especial a los que tocan a la honra de Dios, y a sacar almas de mal estado, aunque fuese con riesgo de su persona. Sucedióle que, con su buena industria, llevó a las Recogidas una mujer que estaba torpemente entretenida con un hombre, que, en sabiéndolo, salió a buscarle, y topándole en una plaza pública, delante de mucha gente, le dio un bofetón en el rostro, sin respetar sus venerables canas. El buen viejo, con la misma paz que siempre trajo en el alma, sin hacer mudanza ni hablar palabra desentonada, se humilló en tierra y volvió el otro carrillo, para si gustaba darle otro bofetón, cumplir con el Evangelio.[60] Los circunstantes acudieron luego; el agresor, viendo un acto de tan señalada paciencia y humildad, se compungió de manera que, arrojado a sus pies, lloraba amargamente su pecado. Todo el cuidado de este sacerdote era buscar mujeres disolutas y perdidas, y recogerlas en aquel convento, y pedir limosna por toda la ciudad, porque no les faltase el sustento necesario.

Hasta aquí el padre fray Gregorio de Alfaro. En esta santa ocupación duró este ejemplar sacerdote hasta la muerte, que / sucedió a la del gran prelado f. 75 r.
a ocho días, como él lo predijo.

El licenciado Pedro Fernández de Herrera pudo gozar mucho tiempo en Montilla, de donde era natural, de la conversación y ejemplo del padre Maestro Ávila, imitador de su espíritu; fue tan grande el de este virtuoso sacerdote, que de ordinario, las temporadas de la pesca de los atunes, iba a la javegas a confesar y enseñar la dotrina a mucha gente perdida, que allí se recoge, en que hizo notable provecho a muchos, y a Dios grandes servicios.

Puédese últimamente afirmar con toda verdad, que cuantas personas de grande espíritu hubo en aquel tiempo en estos reinos, se pueden poner en el número de sus discípulos, que ya su ejemplo, ya sus cartas, sus sermones, los instruían en el camino del cielo. Cuantos perlados celosos regían las iglesias de España estimaron su comunicación y correspondencia; consultábanle sus dudas, y tenían los consejos

60 Cf. Mt. 5,39; Lc. 6,29.

y avisos de este santo varón, y los reverenciaban, como si fueran de un ángel; y él les ayudó con cartas y consejos el tiempo que predicó en los lugares de su residencia, como vimos en Granada, y otras partes. Remito al lector al *Epistolario* últimamente estampado, donde se ponen juntas las cartas escritas a perlados y sacerdotes, que el que las tomare por instrucción y guía, no errará en el gobierno eclesiástico, y vida sacerdotal.

Ayudó también a los obispos con un discurso largo, intitulado *Reformación del estado eclesiástico*, y unas *Anotaciones al Concilio de Trento;* son obras que hacen entero volumen y, a no ser tan grandes, dieran remate a esta historia; moverá Nuestro Señor a algún celoso para que las dé a la estampa.

Estimaron grandemente sus discípulos a este varón santo; reconocían sus medras, después de Dios, de su magisterio y enseñanza, y así lo publicaban. Fuéronle obedientísimos, de manera que, en la ocupación que les ponía, perseveraban hasta la muerte,
v. como si un ángel de parte de Dios les di-/jera que se ocupasen toda su vida en aquel ministerio. Vivía en Córdoba un sacerdote ejemplar, que, habiéndole el padre Maestro mandado se ocupase en servir los pobres del Hospital de San Bartolomé, donde se curan males contagiosos, y por esta parte estancia penosísima, aconsejándole que, a cabo de tantos años, por su mucha edad y falta de salud, se ocupase en otro ministerio, respondía: «Aquí me puso mi santo Maestro, aquí tengo de perseverar hasta morir, porque en esta ocupación está mi salvación».

Elogios de los venerables padres Maestros Luis de Noguera, Hernando de Vargas y Juan Díaz

Capítulo IV

Muchos de los discípulos del padre Maestro Ávila fueron hombres tan insignes, que merecían historia particular por sus hazañas, que no fueron menos

admirables que las de su Maestro. Triunfó de muchas el tiempo, poniéndolas en olvido; mas son muy conocidas en la gran corte del cielo. De tres ilustres varones discurriremos en este capítulo, no como merecía la grandeza de sus obras, mas conforme lo que ha podido juntar nuestro trabajo.

Sea el primero el Maestro Luis de Noguera, cura de la iglesia paroquial de Santa Cruz, de Jaén, que de consejo del padre Maestro Ávila ejercitó este oficio santamente. Fue este gran varón discípulo de los de mayor nombre del padre Maestro Ávila, y a voces decía en el púlpito haber sido su Maestro, y que debía la merced que Nuestro Señor le había hecho a su enseñanza; y el santo padre Juan de Ávila pudo muy bien honrarse de haber tenido tal discípulo, que fue corona y gloria suya, como de su patria Baeza, donde nació de padres virtuosos. Criáronle en temor santo de Dios, humildad, y modestia; fue a un paso aprovechando en letras y virtudes; en todo salió eminente. Graduóse en Artes y Teología en las Escuelas de Baeza, de donde le sacó el priorato / (así llaman los beneficios curados) de Santa f. 76 r.
Cruz de Jaén, tenue en la renta, desigual (hablando al modo humano) a sus estudios y letras. Fue tan rara su modestia que perseveró en él treinta y dos años, sin dejarle hasta la muerte. Y aunque los obispos de Jaén intentaron mejorarle, porque acrecentarle en renta era dársela a los pobres, fue tan fino amante de su primera esposa que no la dejó jamás; clavóse en esta cruz; perseveró en ella, aunque le pedían que bajase. El gran obispo don Francisco Sarmiento le hizo gracia de un arcedianato. Dijo el humilde sacerdote: «No me quiere vuestra señoría bien, pues quiere quitarme de mi quietud». Replicóle el obispo que así tenía más que dar a pobres; respondió que con las limosnas que su señoría y otros buenos hacían por sus manos serviría a la Majestad divina. Perseveró en el primer puesto, en que le puso su Maestro santo. Apuntaré solamente las virtudes de este varón insigne, mientras más dilatada historia le diere a conocer al mundo. Su humildad fue profundísima, de la que desprecia honores y tiene contento en un rincón a un hombre docto; esta virtud le hizo admirable y de la que más le alaban los que escri-

ben de sus cosas. La caridad con los pobres, prodigiosa: daba cuanto tenía de renta, de limosna. Víanle tan fiel dispensador de lo propio (si es de los eclesiásticos lo que sobra) que acudían a él todos los ricos, y despendían por sus manos sus haberes, ciertos de la seguridad y del acierto; despendía al año más de dos mil ducados, con que era el remediador de todo el pueblo, a todos acudía y consolaba. Padre de huérfanos, aliento de las viudas, era lince de las necesidades más ocultas. Guardó con sumo rigor la pobreza evangélica: el traje modestísimo, los adornos y homenajes de su casa, dos sillas, una camilla pobre, unos libros. Fue su abstinencia rara. De casa una señora noble se le enviaba una porción moderada, apenas lo bastante a su sustento. Tenían espías hasta que hubiesen comido, porque era muy de ordinario dar la comida de limosna, y era forzoso ha-
v. cerle algún socorro. La penitencia, / sobre las fuerzas humanas. Fortalecíanle las influencias del cielo en la oración, que fue altísima. Dio raro ejemplo en materia de recato; servíale un viejo honrado. No atravesó mujer jamás sus puertas, aun estando enfermo, ni aun su madre ni hermanas. ¿Con qué modo trataría a las que no la fuesen? Fue opinión común que murió virgen. Cumplió exactísimamente la obligación de cura; fuélo de verdad y no de nombre; no se conoció en su parroquia mujer escandalosa, muchas sí religiosas y de ejemplar virtud y penitentes; los hombres, de modestas costumbres. Velaba sobre su ganado, amonestada, reprendía, cuidaba de cada uno, como si fuera solo. No se limitó su celo al gobierno particular de sus ovejas, participó toda la ciudad de Jaén de su dotrina. Fue insigne predicador, y de encendido espíritu; reprendía los vicios, y los viciosos con vehemencia (modo de predicar del santo Maestro Ávila y sus discípulos). Eran sus sermones continuos, fervorosos; convirtió innumerables almas; oíanle como a santo; decían muchas personas que, cuando predicaba, parecía que hablaba el Espíritu Santo en él, y que sus reprensiones las hacía Dios a cada uno dentro del alma. Remedió muchas ofensas de Dios, públicas y secretas, con notable prudencia y recato. Tuvo particular gracia de componer enemistades, hizo perdonar agravios, curó odios, y

rencores sangrientos y envejecidos. Puso freno a los juegos escandalosos, persiguió los usureros. ¡Tan dilatada es la jurisdicción del verdadero predicador! Finalmente, no hubo pecado público a que no hiciese guerra. Diéronle estas obras y virtudes opinión y veneración de santo; y más, la estrecha amistad con el venerable padre Diego Pérez (correrá la pluma más dilatada en sus cosas). Fueron estos insignes varones muy parecidos condiscípulos en esta santa Escuela. Andaban en una piadosa competencia, confesando el uno al otro por más siervo de Dios, más humilde y justo. Y el humilde Luis de Noguera suspiraba con lágrimas, diciendo que daba gracias al Padre Eterno, que el santo Diego Pé- / rez era más f. 77 r.
puro y más santo, y a quien no osaba nombrar, ni merecía por su compañero; mas que tenía confianza en Dios que, por las oraciones de aquel tan grande amigo suyo, vendría sobre él su misericordia; y suspiraba, rogando al Señor le dejase seguir sus pisadas, por ser tan parecidas a las de Jesucristo, nuestro bien. Cuán gran alabanza sea del venerable Luis de Noguera el andar apareado con el doctor Diego Pérez se verá cuando hablemos de su vida. Habiendo el santo Luis de Noguera pasado una carrera felicísima, cargado de años y merecimientos, dio a Dios su espíritu el año de mil y quinientos y noventa. Concurrió toda la ciudad a su entierro, aclamándole hasta los niños por santo. Estima Jaén su venerable cuerpo, que hallaron incorrupto después de diez años, con tan fragante olor, como fue el de sus virtudes.

Fue el honor de esta Escuela, y gloria de su Maestro, el padre Hernando de Vargas, varón verdaderamente digno por sus virtudes y vida de historia entera. Nació en Granada. Fueron sus padres Fernando de Vargas y María de Rojas, ciudadanos nobles; merecen memoria eterna los que escogió Dios para ser origen en la tierra de un tan insigne varón, a quien predestinó en su eternidad, para tanta gloria suya. En diversos lugares gastó lo más florido de sus años en los estudios sagrados, en que salió suficientemente docto; la entereza y bondad de sus costumbres dieron realce a sus letras, como se deslustran y envilecen, cuando los vicios ahuyentan la virtud que aquellas persuaden. Cuando el gran capitán de Cris-

to, el santo Maestro Ávila, hacía gente para debelar el reino de los vicios, el Maestro Hernando de Vargas, movido del clamor de su dotrina, dio su nombre a esta celestial milicia, a lo que puede entenderse, cuando predicó en Granada; salió valentísimo soldado. Cuán rara fue su virtud, cuán apostólica su vida, el modo con que anduvo predicando por orden de su Maestro, lo describe el venerable Juan Díaz en una carta que le escribió, que se hallará en su elogio
v. a pocas planas. /

Por ventura para probar las fuerzas de su celo con la obstinación de los moriscos del reino de Granada, aceptó el curato de Berja, lugar populoso, distante un día de camino de aquella insigne ciudad. Fue en esta villa verdadero cura; apacentaba sus ovejas con palabras de vida; era continuo en la predicación, en las exhortaciones. Fue el amparo de las viudas, padre de los huérfanos;[61] su casa, refugio de todos los miserables; blasón glorioso del verdadero eclesiástico.

La víspera de Navidad del año de quinientos y sesenta y ocho, día destinado a la cruel rebelión de los moriscos, al salir de vísperas, le avisó un morisco, viejo criado suyo, el levantamiento que estaba prevenido aquella noche; que, si amaba la vida, sin volver a su casa, disimuladamente se fuese retirando. Temió prudente, y sin quitarse la sobrepelliz abriendo su breviario, como que iba rezando, dejó la villa; pudo entrarse en el monte sin ser visto, donde, dejando la sobrepeliz, pasó subido en una encina aquella funesta noche, viendo los sacrilegios, incendios de los templos, las lamentables voces y alaridos de los fieles, y aquellas crueldades inauditas, más teribles en el lugar de donde había salido. Así guardó Dios la vida de este varón santo, que tan agradable le era. Tres días pasó escondido en este monte, sustentado del fruto de las encinas, y agua de los arroyuelos. Aportó a Granada, donde en mano de su prelado renunció su beneficio, y cuanto poseía de la Iglesia; consagró a Dios su vida, que de nuevo había recibido; encomendó a un amigo vendiese todo su patrimonio y lo repartiese a pobres; vino al

61 Cf. Ps. 67,6.

reino de Toledo con ánimo de emplearse en la predicación del Evangelio. No se halla con cuánto detenimiento en Castilla; partió a predicar a Aragón en compañía del obispo de Sidonio, su nombre el doctor Merchante, varón de celo apostólico, que, movido del espíritu de Dios, con el mismo pensamiento le acompañó en esta jornada. Vendió el padre Hernando de Vargas los libros que había juntado; dio su precio a los pobres. Reservó dos solamente, la Bi- / blia y el f. 78 r.
Contemptus mundi, que bien entendido el primero, y bien obrado el segundo, fueron bastante librería a su abrasado espíritu. Por doce años continuos anduvo predicando a lo apostólico por diversos lugares de aquel reino; su ardiente celo le dio esfuerzo para intentar la conquista de la dureza y rebeldía de los moriscos. Dificultosa provincia, pero de gran mérito. Discurrió por todas sus poblaciones, con increibles trabajos y fatigas, y vida verdaderamente apostólica. En todos estos años afirman los que escriben los *Anales* de aquel reino, que no tocó dinero; tal enemistad profesó con aquel gran señor, que a tantos avasalla. El fruto de los fieles fue colmado; ninguno el de los apóstatas. Caía en piedras la semilla evangélica;[62] mas perseveraba la porfía de este varón constante, infatigable. Un día entre otros, en la villa de Richa, otros dicen Torrellas, población de estos rebeldes, exhortándoles a la enmienda de sus vidas les dijo estas palabras: «Pues no queréis dar en la cuenta, y arrancar de vuestros endurecidos corazones esta infernal y maldita seta de Mahoma, os hago saber que en este día ha nacido un príncipe en Castilla, que os ha de expeler de España y castigar vuestra rebeldía y dureza». Ocho horas antes el mismo dichoso día, catorce de abril de mil y quinientos y setenta y ocho, había nacido en Madrid nuestro gran monarca, el amado y santo Felipe Tercero; profecía que hemos visto cumplida en nuestros días. Hace mención de este suceso tan notable el señor don Diego de Guzmán, capellán mayor y limosnero del rey, después cardenal y arzobispo de Sevilla, en la vida de la esclarecida reina doña Margarita, en el capítulo veinte de la segunda parte. El doctor Vincencio

62 Cf. Lc. 8,6.13.

de Lanuza, en los *Anales de Aragón*, libr. 5, del último tomo, capítulo II; fray Marcos de Guadalajara, en la quinta parte de la *Pontifical*, lib. 5; el *Epitome de las historias portuguesas*, en Felipe Tercero; y más largamente en la *Corónica* de este rey el Maestro Gil González de Ávila, ilustre coronista
v. de estos reinos, haciendo / un honorífico elogio a nuestro Hernando de Vargas. Tal fue el profeta, que comenzó a dar noticia de los hechos de este glorioso príncipe.

De Aragón volvió a Castilla; aportó al obispado de Cuenca; hizo asiento en la villa de Utiel. Mil veces felicísima, gozó algunos años de la predicación y ejemplo de este varón santo, hasta que descansó en el Señor. No alcanza la facultad del decir lo que con sus sermones, administración de sacramentos, consejos saludables, aprovechó a las almas. Fue abstinentísimo en el comer y beber; su recámara, un solo vestido; abundante con la pobreza evangélica; apenas tomando lo necesario a la vida, daba cuanto alcanzaba a los pobres. Dijo un día en el púlpito, en la iglesia parroquial, que, estando previniendo el sermón de la Concepción de la Santísima Virgen, vio con sus ojos al enemigo del linaje humano: no podía sufrir los argumentos y creyó divertirle con su vista. Predicando el día del apóstol san Mateo, dijo al pueblo: «Ya os tendrán cansados mis sermones; dentro de pocos días no me veréis». Cosa maravillosa. A pocas horas le dio una calentura, y, a lo que puede entenderse, sabidor de que llegaba el fin de su peregrinación, se fue disponiendo a la última jornada. Decía muchas veces con cristiana confianza, ya cercano a la muerte: «Dadme, Señor, lo que prometistes»; aludiendo a las palabras de Cristo nuestro bien, en que promete el premio a los pobres evangélicos: *De verdad os digo a vosotros, que dejasteis todas las cosas y me habeis seguido, recibiréis ciento por uno, y poseeréis la vida eterna.*[63] Habiendo recibido devotamente los santos sacramentos, consiguió el cumplimiento de la palabra de la verdad infalible, entrando a gozar de Dios eternamente, día del gran doctor de la Iglesia san Jerónimo, treinta de setiem-

63 Cf. Mt. 19,29.

bre, año de mil y quinientos y noventa y tres, a los ochenta años, o cerca, de su edad. Enterróse el venerable cuerpo en el Seminario de San Salvador, que erigió en Utiel el doctor Gonzalo Muñoz, canónigo penitenciario de la / santa iglesia de Cuenca, a quien f. 79 r.
debe esta villa la asistencia del padre Hernando de Vargas, y poseer sus reliquias. Años después vinieron unos caballeros aragoneses, movidos de la gran santidad del varón apostólico, a visitar su sepulcro; partidos, hubo fama habían hurtado parte, o todo el cuerpo. Dio ocasión a visitarse con licencia del prelado; halláronse quebradas las tablas del ataúd; descubrieron el cuerpo falto del brazo derecho y mano izquierda, mas incorrupto y entero, despidiendo un olor suavísimo, habiendo pasado siete años de su dichoso tránsito. Al moverle, como si acabara de expirar entonces, corrió no poca sangre de las partes a que se atrevió el cuchillo, y bañó las manos de un sacerdote que le movía, viéndolo y admirándolo muchos sacerdotes, y otras personas del pueblo. Fue tanto mayor la maravilla, porque el santo cuerpo estaba cubierto ya de tierra, por la descompostura de las tablas. Son innumerables los milagros que, por la intercesión de este varón santo, obra Nuestro Señor; grande el concurso de la gente de toda aquella comarca a su capilla, donde dicen Misas, dando gracias por beneficios recibidos, o pidiéndolos por su intercesión y méritos. Adorna este Epitafio su sepulcro.

EPITAPHIUM IN MAGISTRI FERDINANDI VARGAE, PATRIA GRANATENSIS MONIMENTUM.

Conditus hoc tumulo Vargas est, ille beatus
Qui rectum docuit ducere semper iter.
Hic iacet, inquam (ne dubites), venerabile corpus,
Attamen in superis spiritus eius adest.
Is mundi laqueos fugit, mundana reliquit,
Ut sese melius traderet ipse Deo.
O felix, et pulchra domus, quod digna fuisti
Quae caperes tanto corpus honore viri! / v.

Vos qui reliquistis omnia, et secuti estis me, sedebitis super sedes duodecim, iudicantes duodecim tribus Israel. Matth. 19,[28].

Dejó escrito una elegante relación latina de la vida de este varón apostólico el Maestro Juan de Pradas,

sacerdote ejemplar, su confesor y compañero, que, con otros papeles, han dado materia a este discurso. Sacados del archivo de Utiel, donde con autoridad del ordinario se hacen informaciones de los milagros y vida, trátase de mejorarle de sepulcro, colocando decentemente el venerable cuerpo; premio debido a tan heróica virtud.

El padre Maestro Juan Díaz, deudo y discípulo del padre Maestro Ávila, gozó de su lado muchos días; sacó de aquel grande original la copia de sus virtudes, con que adornó su alma; que tanto resplandecieron en esta corte, que las estimó y veneró como fue justo. Tuvo mucha parte en la fundación del hospital de la parroquia de San Martín. Recogió las epístolas y sermones y otras obras del padre Maestro Ávila; diólas a la estampa, con que enriqueció el mundo y pobló el cielo; ejercitóse en los ministerios apostólicos que se aprendían en esta santa escuela.

Los que eran pone en una carta que escribió al padre Hernando de Vargas, su compañero y condiscípulo; hace memoria de los sucesos antiguos, como suelen los amigos que ha días que no se han visto. Servirá de su elogio, y de que se entienda cuál fue el espíritu de estos varones apostólicos, cómo iban a las misiones, y su modo y profesión de vida. Dice así el padre Juan Díaz:

> *Pax Christi.* Entendiendo que Nuestro Señor me hiciera merced, aunque yo no lo merezco, de haber visto y oído a vuestra merced, con lo cual me consolara más que con escribirlo, no he hecho esto más veces; y bien sabe Nuestro Señor el consuelo que mi alma tuviera en ver a vuestra merced, antes que me muriera, y así lo espero, que, aunque soy tan vil y pobre en su presencia, me ha de
> f. 80 r. hacer esta merced. /
>
> Dos cosas quiero decir a vuestra merced, que serán de su gusto. La primera es, que tengo un poquito de salud para poder decir Misa cada día, donde consiste todo mi consuelo, paz y riqueza. La segunda, que no nos güelen las manos a dineros, porque con tener un pedazo de pan para comer aquel día, todo nos sobra, y consumido lo. poco que teníamos en la tierra, tenemos por hermana la santa pobreza, teniendo por gran dicha no tener que ver con el mundo, ni con la honra, y de que algun rato pensamos en aqueste tesoro, que se nos ha descubierto, alabamos a Dios y estamos contentos, teniendo el corazón en la tierra de nuestro descanso, y acordándonos muchas veces de la buena memoria de vuestra merced y santa compañía; la cual tomáramos ahora para acabar esto poco

que resta, con que no fuera en Almodóvar del Campo, mas antes me holgara que fuera cerca de la mar, donde comiéramos algunas hierbas crudas o cocidas, o cáscaras de melones guisadas, como sabe vuestra merced solíamos en los tiempos pasados. ¡Oh pecador de mi, y qué vergüenza tengo de Dios y de sus ángeles, cuando me acuerdo de los años y días que gastamos con tanta hambre y sed, y trabajos, que sufrimos por predicar la palabra de Dios a los hombres, sin oro ni plata, y sin regalo! Nuestra comida eran hierbas campesinas, que las cocíamos nosotros, después de haber predicado y dicho la dotrina en la plaza y calles, y bebíamos agua del pozo de nuestra casa: y aun de esto sabe vuestra merced hacíamos escrúpulo, que nos parecía mucho regalo. A Dios sea la gloria por todas sus obras, que, castigada nuestra carne, nos era muy dulce lo que ahora nos parece, con la carga de la vejez, amargo. Por eso dijo muy bien el santo *Desprecio del mundo:* «Muchas cosas podríamos hacer ahora que somos mozos y estamos sanos, por amor de Cristo, que, cuando seamos viejos o estemos enfermos, no las podremos hacer. Grande locura es dejar lo que podríamos hacer hoy por amor de Cristo, para mañana, que ni sabemos si habrá mañana, o, si la hubiere, si la veremos nosotros; y si viéremos / ese día, no nos faltará algún trabajo o dolor, v. o enfermedad, que sufrir por amor de nuestro Señor Jesús, que tanto sufrió por nosotros». Él de a vuestra merced su gracia, para trabajar en su viña con perseverancia, hasta la hora postrera. Amén. *Tu autem confortare in Domino, et esto robustus,*[64] *et praeliare praelia Domini, opus enim ipsius operaris. Pax tecum. Amen. De Madrid, y de julio, 15, de 1589.*

Este fue el padre Juan Díaz; a este modo los demás discípulos.

De otros discípulos del padre Maestro Ávila de singular santidad. Del padre Esteban de Centenares

Capítulo V

Discurrido hemos largo tiempo por ciudades y villas; visto varios sucesos, conversiones y virtudes grandes. Bien es descansar un rato, retirándonos al yermo, donde en el silencio y soledad se quiete el ánimo, y tome para lo que resta de esta historia

64 Cf. Deut. 31,23.

algún aliento, considerando las vidas y virtudes de tres grandes solitarios, discípulos del padre Maestro Ávila, que han de dar materia a tres capítulos. Nuevo estilo pedía este sujeto, más esforzado aliento que no el mío; débeseles historia entera, mas un sumario dará noticia breve de sus cosas, mientras que un libro que está próximo a salir la dé cumplida.

Es el primero el padre ESTEBAN DE CENTENARES, varón ejemplarísimo, muy conocido por su gran santidad en el Andalucía. Fue de los más queridos discípulos del padre Maestro Ávila. Nació por el año de quinientos en Ciudad Rodrigo, del linaje de los Centenares y Pachecos, de la primera nobleza de esta ilustre ciudad. Fue paje del rey don Fernando el Católico; después, con mejor acuerdo, se dedicó a la Iglesia y, siendo canónigo de la iglesia de su patria, se dio a las letras sagradas, que consiguió felizmente en la madre de las ciencias, Salamanca. Lo bizarro del ingenio le inclinó a la Astrología, en que salió
f. 81 r. eminente. Movido con particular luz / del cielo determinó emplear grandes talentos de sabiduría e ingenio, que Nuestro Señor le había dado, en su servicio, y en beneficio de las almas. Dejó su prebenda a un sobrino; acordó pasar a predicar a las Indias. Caminando a ejecutar su intento, halló en Sevilla al padre Maestro Ávila, a quien comunicó y pidió consejo. Díjole el venerable Maestro que en España hallaría donde ejercitar su celo, que se quietase. Dejó la jornada, y alistose en la escuela del padre Maestro Ávila. El tiempo que estuvo en su compañía, gozando de su dotrina, no se sabe, más de que, en el discurso largo de su vida, pendió de su dirección, gobernándose en todo por su consejo; su modo de vivir fue raro, y los empleos tan extraordinarios, que por ventura hay pocos ejemplos en la Iglesia semejantes.

Hecho ya sacerdote, ilustre por la sangre, consumado teólogo, cuando por sus grandes prendas podía aspirar a honorosos puestos, se fue a las almadrabas, do se pescan los atunes, a predicar y enseñar la dotrina a aquella plebezuela de todo punto bárbara, que en multitud grande se ocupa en aquella pesca. Hacíales pláticas, enseñaba la dotrina, instruíales en los principios de la fe católica, haciéndose cura de tanta gente perdida, que no hay quien cuide de sus

almas, ni ellos saben si las tienen. Hizo una casa de juncos, fábrica de la pobreza, donde les decía Misa, empleo de un hombre abrasado en el amor divino. Vieron él y un mozo, que le acudía, una víbora cerca de la estancia; procuraron matarla, escondióseles en un pajar que allí estaba; pegáronle fuego; saltó a una choza en que tenía sus libros; perecieron los de Astrología, quedaron libres los teólogos, con que entendió ser voluntad de Dios que dejase aquella ciencia, como lo hizo. Saltaron turcos en tierra; cautivaron mucha de aquella gente; no toparon con el padre Centenares, con estar a la marina; retiróse, por más seguridad, la tierra adentro, y aposentado en una cueva, salía a predicar y hacer pláticas espirituales por los pueblos del condado de Niebla, con un celo y espíritu apostólico. De las almadrabas se vino a / las v. montañas de Don Martín a hacer vida solitaria; edificó una celdilla en un sitio asperísimo, que hoy día permanece, con un hornillo en que cocía su pan; perseveró aquí dos años, donde padeció grandes trabajos, hambres, necesidades; procuró echarle de aquí el demonio, fingiendo grandes temblores de tierra, y aullidos por espantarle.

Tuvo noticia el santo Centenares, que en Fuenteovejuna, y grande parte de Sierra Morena, y otros despoblados del obispado de Córdoba, habitaban cabreros, colmeneros, cazadores, pastores y otra gente poco menos que bárbara. Abríganse en chozas y cabañas, y otros que entienden en cultivar la tierra, en los cortijos, en casas mal formadas. Padecían notable falta de dotrina y sacramentos, y muchas veces peligraba el del bautismo. Habiendo reconocido el estado de esta gente, entendió que estas necesidades eran las Indias que su Maestro le dijo, y a que le llamaba Dios. Determinó hacer aquí su asiento, teniendo el cultivar estas almas por la empresa de su vocación; discurrió por estos montes y halló algunos muchachos y niñas, de nueve y más años, sin bautizar, y uno de veinte y cinco, con la rusticidad, ignorancia y poca dotrina que pudiera en el Japón. Acudió al obispo de Córdoba; lamentóse que sus visitadores quitaban la lana y no curaban la roña,[65] que aquello pedía gran remedio. Ayudado del Obispo y la Marque-

65 Cf. Ez. 34,1 ss.

sa de Priego, gobernado todo el caso por el santo Maestro Ávila, con quien comunicaba los menores pensamientos, edificó siete iglesias, y otras ermitas distribuidas a competentes distancias, con el Santísimo Sacramento y pilas de bautismo. En estas puso el padre Maestro Ávila algunos de sus discípulos, hombres de grande espíritu. Decían Misa; acudían las fiestas mucha gente de los montes, confesaban, comulgaban, oían la dotrina con notable fruto de la sierra; ganaron muchas almas con los sacramentos; bautizaban los hijos de aquella gente rústica, todo tan sin interés, que de lo que les daban de limosna
f. 82 r. repartían a los pobres. Sucedió / muchas veces decir: «En tal parte está un cabrero de peligro», y el santo sacerdote con sobrepelliz y estola tomaba el Santísimo Sacramento en una mano, y linterna en otra, muy de ordinario en el mayor rigor de los calores, cantando salmos. Llegando a la cabaña confesaba y comulgaba al enfermo, daba la extremaución, y sucedió tal vez morir el enfermo al punto. Esta obra tan heróica se debió la mayor parte al padre Maestro Ávila, digna de imitarse en muchas partes de España, que tanto necesita de ella.

Este género de vida tan raro, y de tan gran merecimiento, abrazó el padre Esteban Centenares, y perseveró en él cuarenta años, juntando con eminencia los dos grados más excelentes de la Iglesia: la vida solitaria y ministerios apostólicos. Vivió como anacoreta recogido en una iglesia en aquella soledad; gastaba la mayor parte del tiempo en oración y contemplación altísima; jamás estaba ocioso, ya en los libros, ya en ejercicios de penitencia, y trabajo de manos. Tenía junto a su estancia un huertecillo, que cultivaba, y, regando con el sudor de su rostro, le daba, con sus verduras, parca y penitente mesa. Alcanzó aquel candor de ánimo, aquella pureza de los antiguos padres del desierto; viéronle muchas veces jugar con las anguilas de los ríos, y los peces venírsele a las manos, y, halagados, los volvía al agua; ninguno se halló burlado, jamás los tomó para el sustento. A un conejillo que le comía su huerto le castigó con unas varas, y riñéndole le dejó ir libre, mandándole no volviese; obedecióle, sin que animal de aquella especie, o otra atravesase sus lindes.

Predicaba, enseñaba a la gente de aquella serranía, bautizaba los niños, instruíalos en la dotrina cristiana, hacíales pláticas después del ofertorio, con tan gran fervor y espíritu, que le vieron muchas veces levantado del suelo media vara. Las fiestas decía dos Misas, caminando leguas con una sed de almas insaciable; administraba todos los sacramentos a todas horas, con notables riesgos; mas el amor de / Dios, v. y el bien de sus hermanos, le hacía animoso. Yendo un día a decir Misa a otro cortijo, le salió al camino un mastín grande, que le acosó pesadamente; tomó por remedio el asentarse (leyó que lo era en un libro), hizo lo mismo el perro; púsose a rezar en su breviario, y el mastín estuvo quieto; pensando que eran ya amigos, prosiguió su camino, y le tornó a acometer con mayor brío, hasta que vino gente, y le libró del peligro. Lo mismo le sucedió un día de verano, que vinieron a llamarle para que fuese a dar los sacramentos a un enfermo, que estaba muy al cabo; sin reparar en la vehemencia del sol de mediodía, tomó el Santísimo Sacramento, y olio santo, partió a buscar el doliente; salióle al camino un mastín ferocísimo, que andaba con un hato de ovejas; acometióle con tal ímpetu, que, por librar la cabeza, opuso el brazo; tiraba de él con gran furia y corage por buen espacio; acudieron los pastores, que estaban lejos; divirtieron al mastín; hallaron el brazo sin lesión alguna; adoraron al Señor que llevaba el sacerdote; a él le tuvieron por santo, y el caso por milagroso.

Sucedió que una noche muy obscura llamaron a deshora a la puerta de la ermita, y, recelando no fuesen ladrones, rehusaba el abrirles; mas, vencido de la porfía de los que llamaban, salió a ellos; halló dos mancebos hermosísimos de rostro, y talle maravilloso, con dos antorchas resplandecientes en las manos; dijéronle tomase el Santísimo Sacramento y se viniese con ellos; fueron acompañando al Señor de cielos y tierra con las luces por aquella soledad y asperezas de aquel monte, como si fuera por un campo llano; lleváronle a la choza de un enfermo; confesóle; dióle el Viático; acabó la vida dichosamente. Los dos mancebos le volvieron a la ermita con la luz y guía que le habían llevado; y, después de haber puesto el Santísimo Sacramento en su lu-

gar, saliendo a dar las gracias a los dos mancebos, no los halló, ni rastro de las luces.

Estando el padre Centenares para escribir este ca-
f. 83 r. so al pa- / dre Maestro Ávila recibió carta suya, en que le dijo:

> Hermano Centenares, no tiene que dudar, que los mancebos que tal noche le acompañaron eran ángeles de los que asistían al Santísimo Sacramento.

Tuvo el santo varón revelación divina de este suceso. Así escribe que pasó el padre Martín de Roa, de la Compañía de Jesús, en el libro del Ángel de la Guarda, en el capítulo nono del libro tercero, y en el capítulo quinto del mismo libro refiere que, viniendo otra noche el padre Centenares con su compañero (dicen lo era entonces el padre Alonso de Molina) de ejercitar sus ministerios, bien necesitados ambos de algún refresco y descanso, hallaron puesta la mesa en su celda con pan blanco, una perdiz bien aderezada, y vino generoso, donde en la ocasión no tenía, ni aun dejado prevenida, cosa alguna; quedó la puerta cerrada y llevándose la llave; reconocieron ser beneficio del cielo; comieron con hacimiento de gracias. Con estas demostraciones aprobó Dios los empleos de este sacerdote tan pocas veces vistas en el mundo.

Ocupado en esta vida tan santa y tan provechosa al prójimo, sucedió vacar el obispado de Ciudad Rodrigo. Sus ciudadanos, que tenían gran noticia de la virtud y empleos del padre Centenares, pidieron al Rey Prudente, se les diese por obispo; vino fácilmente en ello, recibiendo la cédula el santo anacoreta. Agradeció la merced y excusóse, con que estaba criado en la soledad, y entre breñas, y que no apetecía dignidad alguna. Repudióla fácilmente el que habia gustado de Dios en la soledad y quietud de aquel desierto; pena juzgó intolerable volver a vivir entre hombres, y en el ruido y bullicio de los pueblos. No dejaba su puesto sino por ir a ver al padre Maestro Avila, que vivía por este tiempo en Montilla; las cartas eran más frecuentes.

Superfluo parecerá discurrir por las virtudes de este varón admirable, que, a no ser excelente, mal pudiera perseverar cuarenta años en tan singular modo

de vida. Su pobreza, la forzosa en un desierto; su traje, una loba y papirote / de paño gordo grosero; su v.
regalo, el que le daba el huerto y las limosnas; rara su abstinencia; finalmente, tuvo todas las virtudes que componen un perfecto anacoreta y un predicador apostólico.

Coronó nuestro Señor esta vida tan agradable a sus divinos ojos, con un remate felicísimo. Habiendo muerto en San Basilio del Tardón su abad, el padre Mateo de la Fuente (sujeto del elogio que se sigue), los monjes desconsolados pidieron al arzobispo de Sevilla, don Cristóbal de Rojas, que lo había sido de Córdoba, y amaba y estimaba grandemente al santo Centenares, que le mandase fuese a consolarlos. Habitaba en el cortijo de la Posadilla, seis leguas del convento. Envióle carta el Arzobispo, que obedeció el padre; enviaron un monje, que le llevase con secreto. Apenas llegado al monasterio, puso en ejecución unos grandes deseos de morir en religión, pidió el hábito, diéronsele gustosamente, pues honraban con tal nombre su casa. Vistió la cogulla negra, con barba y cabeza más alba que la nieve, comenzó a ser novicio el gran maestro de virtudes, de setenta y siete años, con la candidez, y sinceridad de un niño. Dióle nuestro Señor grandes sentimientos de esta misericordia, y así decía con tierno sentimiento: «Gran cosa es acabar el hombre en religión». Admitióle aquella comunidad santa el mes de noviembre del año de mil y quinientos y setenta y siete; dióle cuidado antes de profesar, si habían de hacerle perlado; díjole, por consolarle, un monje, con quien lo comunicó: «Mire, padre Centenares, lo que puede hacer es decir en la profesión, que no vino a ser perlado, sino a obedecer»; él le dijo: «No digas más, no digas más; dísteme la vida, dísteme la vida». En que se echa de ver la simplicidad, y candor del cielo, que había en su alma, camo si bastara decir aquellas palabras, para que no le hiciesen perlado. Andaba rogando a todos pidiesen a Dios no le llevase hasta hacer profesión; hízola el último de noviembre del año de quinientos y setenta y ocho, y a los diez y ocho de mayo del / año siguiente de setenta y nueve, le llamó f. 84 r.
nuestro Señor para el premio de sus trabajos a los setenta y nueve años de su edad. Sin tener calentura

ni otra enfermedad murió naturalmente, habiendo dicho tres días antes Misa, y recibido los santos sacramentos con la paz y tranquilidad que había vivido. Los monjes le coronoron de flores; el Señor de los monjes, con la corona inmortal. Dejó opinión de santo; por tal le tiene toda la serranía de Fuenteovejuna, que cuentan casos maravillosos, obrados por este santo varón, y raros ejemplos de virtudes.

Resumen de la vida del padre Mateo de la Fuente, discípulo del padre Maestro Ávila

Capítulo VI

Síguese un raro ejemplo de santidad de nuestros tiempos, que renovó los siglos de oro antiguos, que vieron poblados los desiertos de hombres de santidad incomparable, que en la miserable condición humana fueron émulos de la naturaleza de los ángeles, en la pureza de vida, continuo trato con Dios, en los cantares dulces de sus alabanzas. Este fue el venerable padre Mateo de la Fuente, que en la profesión de vida fue imitador de los Antonios y Paulos, varón verdaderamente grande, que, guiado por el magisterio del padre Maestro Avila, llegó al grado de santidad heroica, y mostró cuán universal fue la sabiduría del venerable Maestro en todos los propósitos de vida, en todas las sendas de perfección que hay en la Iglesia, cuán diestro cooperador del Espíritu divino en el camino por donde lleva a las almas.

Nació este santo varón por el año de mil y quinientos y veinte y cuatro en un lugarejo cerca de Tomejón, Arzobispado de Toledo, su nombre Alminuete; de sus padres, Pedro Diego y María de la Fuente, humildes como el lugar, cristianos viejos, y, lo que importa más, buenos cristianos. Criáronle como ta-
v. les. Mozo ya de buenas inclinaciones / y costumbres, fue a estudiar a Salamanca, supo bien Gramática, Lógica y Filosofía, que, con virtud se aprende fácil-

mente; a que le amaneció una luz grande, que muestra el camino de la virtud y mueve eficazmente a seguirle. Vivía en soledad cerca de Salamanca un ermitaño ejemplar, que se sustentaba del trabajo de sus manos; baste ésta por seña de su gran virtud. Trabó Mateo amistad con este siervo de Dios; estuvo algun tiempo en su compañía; practicaba los ejercicios mesmos que vía en el ermitaño; inclinóse poderosamente a la vida solitaria, a que le llamaba Nuestro Señor con una vocación muy descubierta. Por no satisfacerle este buen hombre a algunas dudas que le proponía, volvió a Salamanca, donde las comunicó con el padre fray Domingo de Soto, de la orden de Santo Domingo, catedrático de Prima jubilado, oráculo de su edad, admiración de las que le sucedieron. Trató a nuestro estudiante, descubrió el fondo de su virtud, y, de las muestras que daba, coligió lo mucho que había de ser en lo adelante; amóle tiernamente, pagóse de su bondad, aprobó sus deseos, animóle a seguirlos; gustara el padre Maestro tenerle en su compañia en un retiro que premeditaba, que en varones tan grandes puédense desear, ejecutar dificilmente, cuando tira por ellos el bien común y beneficio de las almas. Del trato de estos dos varones, el uno santo, y el otro santo y docto, sacó por conclusión cierta Mateo, que la verdadera sabiduria consiste en buscar a Dios con veras, dejar todas las cosas de la vida, facultad que se enseña (siendo Dios el maestro) en los desiertos, con el trabajo de manos, oración, mortificación y penitencia. Y así resolvió seguir este camino árduo y dificultoso. Leyó mucho en las vidas de los santos solitarios, meditaba sus virtudes, determinó praticarlas. Tuvo noticia que en las sierras de Baeza hacían vida en soledad unos ermitaños; partió en su busca desde Salamanca, con sólo una Biblia pequeña, y la *Vida de los Padres;* pidióles le recibiesen en su compañía; no duró mucho en ella; desagradóle el no trabajar de / manos; f. 85 r.
pedian limosna, con que la oración ni el recogimiento era tanto como él deseaba. Entróse por aquellas montañas, deseoso de aprender algún oficio, con que sustentarse. Deparóle Dios un hombre que andaba cortando mimbres para labrar cestas; contentóle el oficio, aprendióle con brevedad, con que se prometió

poder imitar aquellos antiguos anacoretas, que se sustentaban con la industria de sus manos; detúvose en aquellas soledades, con distancia moderada de poblado, para oír Misa las fiestas; su ejercicio, orar, leer en su Biblia, meditar las vidas de los Padres, hacer sus cestas; con su precio compraba un poco de pan y unas cebollas; la cama, el suelo duro do le tomaba la noche, o en una cueva, o arrimado [a] alguna mata del monte. En una vida tan penitente y santa andaba lleno de recelos, si iba errado, si le movía el espíritu de Dios, o el propio gusto, que en todo puede buscarse el hombre; y, si se busca, perderse (¡oh miserable condición humana!). Llegó a su noticia en este tiempo el gran nombre del padre Maestro Avila, su destreza en discernir espíritus, su magisterio en gobernar las almas; fuele a buscar a Montilla, echóse a sus pies, pidió le oyese de confesión generalmente, dióle cuenta de su alma, hasta el menor movimiento. Conoció el gran ministro de Dios las grandes prendas que el cielo atesoraba en este mozo, y los grandes bienes para que le escogía; aprobó su vocación, recibióle por hijo con una afición y amor ternísimo. El ermitaño Mateo veneró al varón de Dios, y en sus palabras, la asistencia del espíritu divino en su pecho santo, y docto; tomóle por maestro y padre espiritual, con tan grande afición y rendimiento que, lo que duró la vida del santo Maestro Ávila, no dio paso, ni hizo cosa alguna sin su orden y consejo. Dióle a conoer el padre Maestro Ávila a los Marqueses de Priego y otras personas devotas, que le ayudaron y estimaron todo el discurso de su vida. Muy consolado se despidió Mateo del padre Maestro Ávila; volvió a su soledad, fuese a la Albai-
v. da de Córdoba, donde en una cueva pasaba como / un ángel, habitando en el cielo con la mejor parte del hombre; oía Misa en el convento del Arrizafa; venía a la ciudad a vender sus cestillas y otras cosas que labraba; sustentábase con lo que sacaba de ello, sin pedir jamás limosna. No pudo estar encubierto mucho tiempo esta virtud; ganóle tanto aplauso y estimación en Córdoba, que le obligó a desamparar el puesto; pasó a las montañas de Don Martín: están en Sierra Morena, en término de Hornachuelos, sitio de notable aspereza; pasa por lo profundo de un

valle Bembejar, río de nombre, teniendo a un lado y a otro tan gran altura de riscos que se descuellan media legua en alto de camino. La aspereza de peñascos, la maleza de los montes impiden el paso humano; danle apenas a las fieras. En esta profundidad, poca distancia del río, halló una celdilla, que había habitado dos años el padre Esteban Centenares, que hoy aún dura; comenzó en esta horrible soledad a hacer vida tan penitente y áspera, cual la describe el gran padre de la Iglesia san Jerónimo de su amigo Bonoso; tal la de nuestro Mateo. Goce de aquella elocuencia, pues no puede la mía engrandecer sus virtudes. Habla el santo con Rufino; dice así:

> Tu Bonoso, digo mío, y para decir la verdad, de ambos, sube ya la mística escala en el sueño de Jacob prevista.[66] Ya lleva su cruz, ya no cuida lo que será del mañana, ni vuelve a mirar atrás. *Siembra en lágrimas para coger en gozo*, y con el sacramento de Moisén, suspende la serpiente en el desierto.[67] Cedan a esta verdad cuantos portentos con mentira han fingido plumas griegas y romanas. Veis aquí un mancebo enseñado en nuestra compañía, en las honestas artes del siglo, que gozaba riquezas en abundancia, y estimación grande entre sus iguales; despreciada su madre y sus hermanas, y un hermano amantísimo, como un nuevo cultivador del paraíso, habita en una isla, náufrago en el mar, batida por todas partes con los horribles bramidos de las olas, donde los riscos ásperos, los peñascos pelados, la soledad espantosa, ponen terror. No alcanza allí gente que cultive el campo, ni / f. 86 r.
> monje alguno; ni el pequeño Ormésimo, que tú conoces, a quien trataba con amistad de hermano, en tan dilatada soledad le es compañero. Solitario, mas no solo, porque acompañado de Cristo, ve allí la gloria de Dios, la cual aun los apóstoles, si no es en el desierto, aun no habían visto. No alcanza a ver las ciudades torreadas, mas hasc avecindado en la nueva ciudad. Están sus miembros deshechos con el horrible saco, mas así será mejor arrebatado a las nubes, saliendo a Cristo al encuentro.[68] No goza de la amenidad de las artificiosas fuentes, mas bebe del costado del Señor agua de vida. Propóngase el suceso ante los ojos, ¡oh amigo dulcísimo! Entrégate atento con todo el ánimo, con todo el entendimiento a la representación de lo que pasa; podrás entonces celebrar la vitoria, cuando hubieres conocido el trabajo del que así pelea. En contorno a toda la isla brama furioso el mar, y, hiriendo en los peñascos cóncavos de los montes, resurte con mayor es-

66 Cf. Gen. 28,12.
67 Cf. Ps. 125, 5; cf. Num. 21,9.
68 Cf. 1 Thess. 3,10.

truendo. No reverdece aquí el sitio con hierba, o flores, ni el campo en la primavera se teje de espesuras, que hagan sombras. Las quebradas peñas forman con su horror, como una cerrada cárcel. Él empero, seguro, intrépido, y todo armado con la doctrina del Apóstol, ya oye a Dios mientras lee las divinas Escrituras, ya habla con Dios mientras ora, y por ventura, a semejanza de Juan, algo ve mientras mora en aquella isla. ¿Qué lazos, piensas, no le arma el demonio? ¿Qué asechanzas, imaginas, no le pone? Quizá, no olvidado de la antigua astucia, procura persuadirle le ha de acabar la hambre; mas ya se le respondió: *No en solo pan vive el hombre.*[69] Propornále por ventura riquezas y gloria humana; mas dirásele: «Los que desean ser ricos caen en el lazo y tentación del diablo, y también para mí toda mi gloria está en Cristo». Combati[r]lá los miembros quebrantados con ayunos, con enfermedades largas, mas rebatirásele con el dicho del Apóstol: *Cuando estoy enfermo, entonces soy más fuerte, y la virtud en la enfermedad se perficiona.*[70] Amenazarále con la muerte, mas / oirá: *Deseo verme desatado de este cuerpo, y* v. *estar con Cristo.*[71] Vibrará dardos ardientes, más repararanse con el escudo de la fe; y, para no acumular más cosas, combatirále Satanás, defenderále Cristo.

Hasta aquí el Doctor Máximo a nuestro intento.[71 bis] Tal fue la vida y peleas del hermano Mateo de la Fuente. Su vestido, un saco de jerga, que le curtía las carnes, de color de ceniza; un escapulario y capilla pardo, también de jerga; para algún abrigo, aforró la capilla de pellejo crudo de becerro; descalzo de pie y pierna. Estaba todo el día en la presencia de Dios, en oración y contemplación continua, de la que hace sabrosa tan áspera soledad. Iba a Misa las fiestas, confesaba y comulgaba, costábale seis leguas de camino ida y vuelta, y en ayunas, en que padeció grandes aprietos y aflicciones; trabajaba de manos, y, teniendo acabada mucha labor, la llevaba a vender un hombre de Hornachuelos; traíale un poco de harina de cebada o trigo, sal, vinagre, cebollas, raras veces aceite; era el mayor regalo. Fueron grandes y continuas las batallas con los demonios; consultaba cuanto le pasaba con el padre Maestro Ávila, y de todos los combates del enemigo alcanzaba vitorias gloriosísimas; despertábale el demonio a la media noche puntualmente, para que se levantase a maitines, llamándole por su nombre: «Mateo, Mateo», a fin de ensoberbe-

69 Cf. Mt. 4,4.
70 2 Cor. 12,9; 12,10.
71 Cf. Rom. 7,24.
71 bis *Epist.* 3, n. 4-5: ML 22, 333 s.

cerle; estaba quedo y dormía, que no se ha de hacer el bien, si le aconseja el demonio. Hurtóle el breviario en que rezaba las horas; registró la Biblia, valíase de ella, hasta que tuvo otro. En esta vida tan ardua, tan superior a las fuerzas del hombre, en estos trances tan fuertes, le ayudaba el arcángel san Miguel, de quien fue devotísimo. Muchos ermitaños desearon dársele por discípulos; no quiso admitir alguno, teniéndose por insuficiente para gobernar a otros. Yendo por este tiempo a comunicar su espíritu con el padre Maestro Ávila, único refugio suyo, le pidió llevase consigo al hermano Diego Vidal, hombre de mucho espíritu, que tenía en casa; obedecióle; habitaron algún tiempo / junto al río; una creciente hizo inha- f. 87 r.
bitable la estancia; retiráronse cerca de una ermita de Nuestra Señora de la Sierra; hallaron unas cuevas, que hicieron su habitación. Aquí le persuadió el ermitaño Diego Vidal, como diremos en su elogio, que recibiese ermitaños, y consultándolo con el padre Maestro Ávila, le ordenó los admitiese. Por ser este sitio, para este intento, corto, subieron a la cumbre de la Sierra Morena, donde al pie de un cerro altísimo que, por abundar de cardos, le llamaron el Cardón (hoy el Tardón, mudándole una letra), halló una extendida llanura, mas vestida de un asperísimo monte, espeso de encinas y malezas y alcornoques, que nacen entre las peñas; tierra seca, inculta y áspera, que forman una extendida soledad, que, abrasada con los ardores del sol, espantosa morada es a los monjes. Comenzóse a poblar este desierto de hombres santísimos; en poco tiempo llegaron a cuarenta, sin muchos a quien echó del yermo el excesivo rigor. Vivían en unas chozas, o celdillas; formábanse de unas tapias cubiertas de jaras, y de corchas; un corcho servía de puerta, otro de cama; pendía, junto a la celda, una campanilla de la primer encina, o alcornoque; tocábanla todos a la media noche, para dar a esta hora principio a las alabanzas de Dios, si es que cesaban. Cada uno trabajaba para sí; con eso se sustentaba. Comenzaron a desbastar la tierra; labraba cada cual su pegujar; cogían trigo, regado con su sudor, beneficiado con su hazada. Edificaron una iglesia con licencia del Obispo, donde oían Misa, muy semejante a las celdas: la bóveda de corchos;

las paredes de tierra sobre piedras informes; el cáliz y demás ornamentos no valían cien reales; el retablo, un lienzo al temple de san Miguel patrón del yermo; arrodillado ante él, el padre Mateo. Gobernaba este santo varón sus ermitaños con gran cuidado, ayudábales en todas sus necesidades, hacíales pláticas espirituales, era en todo solícito y piadoso padre. Dioles regla breve y compendiosa: Perseveren los monjes en oración sin intermisión[72], coman el v. pan en el su- / dor de su rostro,[73] quien no trabaja no coma.[74] Dio la obediencia a don Cristóbal de Rojas, obispo de Córdoba, y él le dio potestad sobre los ermitaños. Advirtió el padre Diego Vidal al Obispo que el padre Mateo sabía suficientemente para ser sacerdote, cosa que no había entendido de un trato muy continuo, tal fue su mortificación; ordenóle y dio licencia para confesar, vista su suficiencia. En este desierto vivió ocho años, en la disciplina eremítica del venerable Mateo, el padre Mariano de San Benito y el padre fray Juan de la Miseria, que después, descalzos carmelitas, fue el primero una gran columna de su religión, el otro un raro ejemplo de santidad; hace mención de este desierto santa Teresa virgen, en el capítulo diez y seis del libro de *Las fundaciones,* y hablando del padre Mariano dice:

> Por estas y otras virtudes (que es hombre limpio y casto, y enemigo de tratar con mujeres) debía merecer con Nuestro Señor que le diese luz de lo que era el mundo, para procurar apartarse de él, y así comenzó a pensar en qué orden tomaría, y intentando las unas y las otras, en toda debía de hallar inconvenientes para su condición, según me dijo. Supo que cerca de Sevilla estaban juntos unos ermitaños en un desierto, que llaman el Tardón, teniendo un hombre muy santo por mayor, que llaman el padre Mateo; tenía cada uno su celda aparte, sin decir oficio divino, sino un oratorio, donde se juntaban a Misa; ni tenían renta ni querían recibir limosna, ni la recibían, sino de la labor de sus manos se mantenían; y cada uno comía por sí, harto pobremente. Parecióme cuando lo oí el retrato de nuestros santos padres; en esta manera de vivir estuvo ocho años.

Hasta aquí santa Teresa.[74 bis] Bastantemente queda acreditado este desierto. Llegó el olor de este vergel

72 Cf. 1 Thess. 5,17.
73 Cf. Gen. 3,19.
74 Cf. 2 Thess. 3,10.
74 bis *Obras completas*, ed. Efrén-Steggink (Madrid 1962), página 542.

del cielo a recrear el ánimo del santísimo Pío Quinto. Dióle noticia de él un general de la Orden de santo Domingo; dio gracias a Dios, que en su tiempo tuviese la Iglesia lo que en los pasados la Tebaida y Egipto. En esta sazón despachó en breve, para que todos los ermitaños, que estuviesen sujetos a per- / f. 88 r.
lados, eligiesen una regla de religión aprobada y se redujesen a conventos. Al punto el padre Mateo lo puso en ejecución: y él y sus ermitaños eligieron la regla de san Basilio; fundóse el venerable convento del Tardón. Juntaron la vida eremítica a la conventual, conservándose la pobreza y rigor que antes había. De estas pobres celdillas salió la sagrada religión del gran doctor y padre de los monjes, san Basilio, restituída a su primer rigor por el padre Mateo de la Fuente y sus ermitaños. Traza ordinaria de Dios, de pequeños principios levantar fábricas grandes; unas cuevas y cabañas dieron principio heróico al monasterio de Claraval, y ejemplarísimo fundamento de la Orden de san Bernardo; de una humilde choza, por sus habitadores venerables, que el glorioso san Francisco, antes de mudarse a la Porciúncula, vivía con sus discípulos con tanta desnudez y pobreza, salió la más fecunda familia de la Iglesia, a que son cortas las cuatro partes del orbe.

Eligieron los monjes por su abad al padre Mateo; dio forma a su convento al modo de los de Egipto, que pinta san Jerónimo; asentó la labor de lana; labraban paños, disponían la lana, tejían, hilaban, hasta darles perfección; labraban la tiera. Salían por la comarca los monjes; tomaban a destajo las siegas de los lugares vecinos; lo que ganaban repartían entre pobres, enviándoles pan y paño para su abrigo y sustento, con que a los monjes del Tardón los veneraban como a verdaderos santos. Fue tan grande la opinión del padre fray Mateo, que, pasando el rey don Felipe Segundo por Córdoba, le dijeron de él tantas alabanzas, que mandó al Obispo que se le trujese; holgó verle, y le ofreció si quería alguna cosa; respondió que no había menester cosa de estas vida; por ventura no pudo decirlo el Rey, que en esta parte aventajan los verdaderos pobres de espíritu a los reyes de la tierra; díjole el Rey: «Padre Mateo, lo que pude daros os ofrecía, mirad que tengais cui-

dado de encomendarme a Nuestro Señor me dé gra-
v. cia para cumplir su santa volun-/tad y cumplir con mis obligaciones, y que vuestros monjes hagan lo mismo»; mostró gusto de ir a ver el Tardón; desvióle el padre Mateo, así por la aspereza del camino, como porque sus monjes no tuviese ocasión de desvanecimiento, viendo que los visitaba el Rey.

Las enfermedades de este siervo de Dios fueron iguales a sus penitencias. Entre otras ocasiones que salió a curarse a poblado, porque en el Tardón ni un poco de carne fresca había, fue una a Montilla, a que fue más gustoso por ver al padre Maestro Ávila que por curarse; estando en esta villa sucedió la muerte de nuestro venerable Maestro, asistióle con particular providencia de Dios, consolándole, y confortándole en aquel amargo trance; y como representando a Dios en su persona los frutos de la predicación y enseñanza del santo Maestro Ávila. Dijo el padre Mateo en una carta a sus monjes:

> Al padre Maestro Avila hemos enterrado. Túvolo por muy gran dicha, por el consuelo que de ello recibió, de verme a su cabecera en tiempo de tanta estrechura, y él, que tanto lo merecía, y que tanto se lo debemos todos, como a buen doctor, que tanto ha trabajado en la Iglesia de Dios, y tanto fruto ha hecho en ella.

Éste es, cristiano letor, un breve discurso de la vida de este discípulo del padre Maestro Ávila. ¡Quién pudiera adornarle con ejemplos, y hechos particulares de sus heróicas virtudes, de las pruebas con que Dios acrisoló su fineza, los dones con que le enriqueció! Habiendo llegado a una grande ancianidad en solos cincuenta y un años, estándose curando en Hornachuelos, sintió que se llegaba su fin; envió a llamar diez de sus monjes, consolóse con ellos, exhortóles a la rigurosa observancia de su regla, a la caridad unos con otros, que se conservase el trabajo de manos, el retiro, la oración, el silencio, que de nadie recibiesen, que cuidasen de los pobres; habiendo recibido los santos sacramentos, restituyó su alma a Dios a los veinte y siete de agosto del año
f. 89 r. de quinientos y setenta y cinco; quedó su/cuerpo tratable; sintióse un olor suavísimo; lleváronle los monjes a su convento. Este se conserva hoy con gran

observancia y religión; es uno de los mayores santuarios de España; pasan los monjes de ciento, la tercera parte de sacerdotes; nunca piden limosna; conservan el trabajo de manos en la labor de la lana, con que no sólo se viste toda la comunidad; mas sacan para otras necesidades. Este insigne convento reconoce por maestro y bienhechor al venerable Juan de Ávila, por cuyo consejo y dirección encaminó Nuestro Señor esta reformación de la Orden de san Basilio. Tiene esta provincia dos solas casas, ambas fundadas por el padre Mateo con que han asegurado más su conservación.

Del padre Diego Vidal

Capítulo VII

Débesele lugar en esta historia al padre fray Diego Vidal, de la Orden de San Basilio, en el yermo del Tardón, no solo por discípulo del padre Maestro Ávila, mas por su familiar y secretario. Es verdad constante que no hubo hombre que pusiese los pies en esta casa, aunque por breve tiempo, que no saliese sujeto de singular virtud, tan fecunda fue la del padre Maestro Ávila; sea éste el segundo ejemplo, otros se hallarán más adelante.

Nació este venerable padre en Villafranca, cerca de Zafra, en Extremadura; siendo mozo pasó de Alcalá a Salamanca a refinarse en la latinidad; llegando a comprar un *arte* dijo el librero si era el *de servir a Dios;* agradóle el título (era Diego de gran bondad, e inclinación excelente), pidióle, leyó un poco y dijo: «En verdad, señor que entiendo que este arte me está mejor que el que buscaba, que si por este libro puedo aprender a servir a Dios, ¿para qué quiero yo otra ciencia?» Compróle, comenzó a poner en ejecución lo que decía el arte, que es el modo de estudiar la ciencia de los santos; dábase a penitencias, oración, mortificación, dirigiendo sus obras a fin de agradar a Dios, como su libro lo enseña- / ba. v.

La salud se le acortaba y el gusto de otros estudios, que le divirtiesen de aquel sabor que había tomado en el camino de Dios. Dejó a Salamanca; fue en peregrinación a Santiago de Galicia. Quebrantáronsele las fuerzas del cuerpo, dobláronse las del alma; siguiendo el impulso divino, y una gran luz que le guiaba a hacer vida solitaria, aportó a Sierra Morena, cerca de un monasterio de la sagrada religión de la Cartuja, que está cerca de la villa de Cazalla; hizo en lugar bien áspero una choza, donde vacar a Dios en oración y contemplación, y otros ejercicios santos; acudía al monasterio, confesaba y comulgaba, y los religiosos, viéndole tan virtuoso le acudían con lo necesario. Con deseo de mayor soledad, a imitación de los antiguos padres, que andaban siempre con ansias de más retiro, se fue a un dehesa del Conde de Palma [que] llaman el Alcornocal, donde se metió en una cueva; continuó los mismos ejercicios, labraba unas cucharitas muy curiosas y otras cosas que le daban el sustento. Iba a Misa al convento de San Luis de la Orden de San Francisco; de ida y vuelta iba cantando psalmos, con que aprendió el Psalterio. No pudo tanta virtud estar mucho tiempo oculta; estimó el Conde el huésped, ofrecióle una ración; después de laga porfía, acetó sólo el pan; gustó de verle el Conde; persuadióle que estudiase, que en su edad, y buena habilidad que descubría, podía ser su virtud más provechosa; envióle con este intento a Osuna, a la Condesa de Ureña; favorecióle mucho y ayudó a este intento; con poco efecto, porque le pareció bastaba su librito, para saber lo que solamente importa, si bien muchos le persuadían estudiase. Era en este tiempo grande en el Andalucía la fama de la santidad del padre Maestro Ávila; parecióle a Diego que ninguno como él podía darle luz en estas dudas; fue a verle, manifestóle su conciencia y deseos, y lo que le aconsejaban; púsose en sus manos para que le guiase a aquel empleo de vida en que agradase más a Dios. Contentóse grandemente el santo Maestro
f. 90 r. Ávila de la virtud y natural / del mozo; hizo que se quedase en su casa; ocupábale en varias cosas, en particular en escribirle cartas; muchas de las que había impresas, decía se habían escrito de su mano. Hallábase Diego bien en tal posada; no necesitaba ya

del libro antiguo, considerándole en la vida y virtudes del Maestro, que era arte vivo de servir a Dios. Mucho aprendió en este libro, que le hizo docto en esta gran facultad que profesaba. Estuvo más de un año en compañía del padre Maestro Ávila, deteniéndole por ventura de intento, viendo las medras de su alma. Dilataba el tomar resolución, si había de volver a soledad, a que su poca salud y flaca complexión resistía. Muchas cosas le pasaron en esta casa santa. Comunicando un día con el padre Maestro una tentación que tenía, de que no podía dormir, le dijo: «Idos a acostar, y mirad que os mando que durmáis». Fuese, durmió sin que le molestase más este desvelo. En esta sazón iba el padre Mateo de la Fuente muchas veces a comunicar su alma con el padre Maestro Ávila; pidióle tuviese a Diego Vidal en su compañía; hízolo el santo ermitaño con agrado; llevóle a aquellas asperezas de Don Martín, de donde por la causa que dijimos pasaron a habitar aquellas cuevas de Nuestra Señora de la Sierra, que estaban legua y media del Tardón; gozaba Diego Vidal de la doctrina del padre Mateo; heríanle el corazón aquellas palabras vivas, forjadas en el espíritu del cielo; la caridad le movía a no gozarlas a solas, pudiendo ser tan provechosas a muchos que andaban en pretensión. Dijo el padre Mateo: «Mira, Diego, vámoslo a consultar con el padre Maestro Ávila, y si él dijere que los reciba, lo haré, y si no, con esto se despedirán, que yo soy llamado para solitario». Fueron los dos; consultaron aquel oráculo del cielo; respondióles que Diego tenía razón, que, si por su medio se querían salvar aquellas almas, no las despidiese. Luego se pobló aquel yermo cual el de Nitria en el Egipto, como dejamos escrito.

Aquí hizo Diego Vidal su celda a la falda de un cerro; fue de los más fervorosos ermitaños; su traje, su comida, / sus ejercicios y virtudes, las del pa- v.
dre Mateo, que, como más antiguo, gozó más de su comunicación y amor. Trabajaba de día, oraba de noche, labraba su pegujar, como lo hacían los demás, cogía su trigo, jamás pidió limosna. ¿Quién podrá decir sus lágrimas, sus gemidos, la alteza de su oración? Testigos eran los ángeles, y el que lo era en la tierra, el santo Maestro Ávila, con quien se

registraba cuanto pasaba en aquella soledad. Allí los encaminaba y gobernaba, y regadas con su dotrina y consejos estas plantas, dieron tan colmados frutos. Estando en oración uno de los ermitaños (y se entiende fue el padre Diego Vidal) vio venir un bello joven, vestido de un pellico, faldas en cinta, que caminaba al oratorio, o iglesia que tenían, y, preguntándole quién era, dijo que era el arcángel san Miguel, que venía a ayudar a los ermitaños, y que él tenía su protección y amparo, y que les ayudaría; los sucesos han mostrado la verdad de esta visión; dedicósele una ermita en lo alto del cerro, que dijimos que llaman de San Miguel, donde se retiran a tiempos algunos de los monjes a hacer vida solitaria, con serlo tanto la del monasterio. Muerto el padre Mateo, eligieron los monjes por su abad al padre fray Diego Vidal, ejemplo raro de todas las virtudes, tan continuo en la oración que, siempre que le buscaban los religiosos, le hallaban de rodillas, fuese cualquiera hora de la noche, sin que jamás le viesen acostado; fue padre amoroso de sus súbditos; cualquier cosa que le pidiesen para sus necesidades, si no lo estorbaba la decencia, la quitaba de su cuerpo y se la daba, decía que a los perlados nunca les faltaba. Conservó, monje, el mismo tenor de vida que ermitaño, y la religión y observancia regular, que entabló el padre Mateo. Murió santísimamente, habiendo llegado a los setenta y cuatro años de su edad, a los siete de junio de mil y quinientos y noventa y nueve. Fue el primero pronvincial de su Orden en España. Las reliquias de estos tres varones santos, los padres Centenares, Mateo y Diego Vidal,
f. 91 r. se veneran juntas en una caja, en el hueco del / altar mayor del convento del Tardón, con particular acuerdo, que a los que juntó un espíritu en la tierra, juntos en un mismo monumento esperen la última resurrección, y, como debe creer la piedad cristiana, juntos gozan en el cielo el bien que no tiene fin.

De algunas personas religiosas, discípulos del padre Maestro Ávila; en particular, el padre fray Luis de Granada, su grande amigo

Capítulo VIII

Fueron innumerables los religiosos insignes en santidad, y extraordinaria virtud, que con gran gusto suyo reconocían a este varón santo por maestro y padre, y, después de Dios, por autor de su bien.

El venerable padre y gran maestro fray Luis de Granada, río de la elocuencia sagrada, lengua de su edad, gloria de la ilustre familia de los predicadores, no se designará, si le contáremos entre los discípulos del padre Maestro Ávila; si bien le toca igualmente el título de íntimo y querido amigo. Dio Granada a este heróico varón su suelo en que naciese; pagóselo con engastarla en su nombre, que, habiendo sido tan grande en todo el orbe cristiano, participó de esta gloria su ciudad, dichosa por haber sido madre de tal hijo. Sus padres, aunque de condición humilde, fueron la mina que produjeron este oro finísimo, que también de la tierra baja sabe Dios producir ricos metales. Mas, según el fuero del reino de Dios, fue el padre fray Luis muy noble, porque, como dice el gran doctor de la Iglesia san Jerónimo en la carta a Celancia: «Es la nobleza suma, en el aprecio divino, ser ilustre en las virtudes. ¿Qué cosa hubo entre los hombres más noble con Cristo que san Pedro, que fue pescador y pobre? ¿Qué cosa entre las mujeres más ilustre que María, y se nombra esposa de un oficial? Mas a aquel pesca- / dor, a aquel pobre. v.
confía las llaves del Reino celestial; y esta esposa del oficial mereció ser madre de aquel Señor, que confió las llaves. Eligió Dios lo ignoble y despreciado del mundo, para, que por este medio reducir más facilmente a la humildad a los poderosos y a los nobles».[74 bis, 75] De esta verdad fue ejemplo insigne el venerable maestro fray Luis de Granada.

74 bis *Epist.* 148: ML 22, 1213.
75 Cf. 1 Cor. 1,27 ss.

Hizo vano, o menos cierto, aquel célebre emblema del que, oprimido con la piedra de la pobreza, quería volar, y no podía, con las alas del ingenio, porque el suyo, desde niño, fue tan raro que pudo vencer las dificultades que comunmente trae la falta de lo necesario. A los diez y seis años de su edad (siendo los medianeros su habilidad y pobreza), le admitió a su congregación santa la Orden de santo Domingo, que sólo mira virtudes y talentos, y limpieza de sangre; la del padre fray Luis era tan asegurada que su convento de Santa Cruz de Granada le nombró por colegial de San Gregorio de Valladolid, ilustre oficina de hombres doctos. Aquí prosiguió el edificio del alcázar suntuoso de sus virtudes, de que había echado profundos fundamentos, en su noviciado ejemplarísimo, confirmando, con el lucimiento de sus virtudes y prendas, el acierto de su elección a tan calificada prebenda; con el estudio descubrió aquí su ingenio, su juicio y madurez de costumbres. No era menos penitente que estudioso. Yendo una noche dos caballeros mozos al cumplimiento de un antojo, en ofensa de Dios, pasando por el Colegio, oyeron los recios golpes de disciplina, acompañados de unos suspiros y gemidos dolorosos; repararon, cotejando lo que vían con lo que iban a hacer, desistieron de su intento, considerando su vida y la inocencia del que así se maltrataba. Inquirieron otro día por el dueño de la celda; era fray Luis de Granada, el del gran talento, el que en la virtud y estudios era la admiración del Colegio; encomendáronse en sus oraciones, con harto sentimiento suyo, de que se hubiese descubierto lo que él afectó encubrir.

Volvió a Granada docto y santo, donde comenzó
f. 92 r. a ejer-/cer el oficio de predicador, con tan grande eminencia que sus principios fueran felices remates de un curso felicísimo. Después de algunos años pasó a Córdoba a trasladar el convento de *Escala Coeli* de su Orden, sito en la sierra, una legua distante de la ciudad, donde predicó con increíble opinión. Dijo bien un varón docto que, como santo Tomás vino al mundo a alumbrar entendimientos, el padre fray Luis para abrasar corazones; alcanzó la más esencial parte de la oratoria, el mover y persuadir. Por este tiempo trató mucho con los Marqueses de Prie-

go, grandes favorecedores de hombres doctos y santos; con esta ocasión, en particular en la enfermedad del Conde de Feria, de que hablamos, trabó amistad estrecha con el padre Maestro Ávila; tratáronse familiarmente, habitaron juntos muchos días en una misma casa, comían a una mesa, como lo afirma el mismo padre fray Luis en muchas partes; oyóle muchos sermones, y sin duda aquel grande espíritu de nuestro santo Maestro puso fuego en el corazón bien dispuesto de el venerable fray Luis. Cuéntase comúnmente que, habiendo predicado este gran maestro en Montilla, aun cuando quedaban en aquel árbol feliz algunas flores, que dieron con el tiempo tan gran fruto, preguntó el conde don Pedro al padre Maestro Ávila, qué le había parecido. Él respondió, después de larga porfía (estaba presente el padre maestro fray Luis), que sermón en que no se predicaba a Cristo crucificado y a san Pablo, y traído su dotrina, no le satisfacía mucho. Imprimiéronsele tanto estas palabas al padre fray Luis que, desde aquel día, le escogió por su maestro, y le reconoció por tal; consultó con él todas sus dudas; oíale con gran gusto; resolvió escribir y predicar conforme a su censura, confesando había aprovechado mucho de la comunicación y trato del padre Maestro Ávila. Dicen también que en ésta, o otra ocasión, dijo al padre fray Luis: «Témplese vuestra paternidad». Dijo él que no le entendía. Respondióle: «Haga lo que los señores con los azores, quitándoles la comida, para que, con hambre, se abalancen / a la caza. Haga gran v.
hambre, gran sed, gran deseo de la conversión de las almas, y experimentará grandes efetos, y conseguirá copioso fruto», consejo felizmente logrado.

Refieren muchos en las informaciones, que se hallaron presentes, que, habiendo predicado el padre fray Luis en Santa Clara de Montilla, y oídole el padre Maestro Ávila, entró a verle a la sacristía; fuese a él el padre fray Luis, y le dijo: «Más debo yo a vuestra merced, a sus consejos, que a muchos años de estudio, y así le confieso y reconozco por mi verdadero maestro». El padre Maestro Ávila le respondió con grande humildad: «El verdadero maestro es Dios, a quien se debe la gloria y honra». Es opinión constante en toda el Andalucía, que el santo

Maestro Ávila dio algunas advertencias y consejos al padre fray Luis de Granada, tan importantes y con tan buena sazón, que pudo con toda verdad llamarle su verdadero maestro, y aquellos celestiales escritos, de que hoy goza la Iglesia, en muy gran parte se deben a esta comunicación, a esta correspondencia; ésta fue tan amigable, y el amor tan grande que le tuvo el padre fray Luis, que luego que el santo Maestro Ávila pasó al descanso eterno, se puso a escribir su vida, que es la mayor demostración de una voluntad finísima, con tan grande afecto, que, como escribe el padre fray Francisco Diego en su vida, cuando pidió licencia en el Consejo Real de Castilla, para sacarla a luz, con otras obras del padre Maestro Ávila, algunas personas de poco conocimiento de los méritos de nuestro apostólico varón, le escribieron que no convenía a su autoridad ser coronista de un hombre particular, y que debía desistir de ello. Respondióles que, si por autoridad lo llevaban, tenía el por medio no poco eficaz para aumentarla, escribir la vida del padre Ávila, a quien había muy bien conocido, y a cuyo conocimiento tenía en más que a la amistad y favor de los grandes de el mundo, por su mucha virtud, letras y púlpito, con que había ganado muchas almas para Dios, y que, cuando en Castilla no se imprimiese, él presentaría su obra
f. 93 r. al Sumo / Pontífice, y le suplicaría la recibiese debajo de su amparo y la favoreciese. Hasta aquí llegaron las finezas con el padre Maestro Ávila del gran maestro fray Luis de Granada.

Habiendo estos reinos de Castilla gozado muchos años de su dotrina y ejemplo, pareciendo estrechos a un varón tan grande, la providencia divina nos le llevó a fecundar los de Portugal, que poseyó este tesoro la última parte de su vida. El infante cardenal don Enrique, después rey, siendo arzobispo de Evora, buscando hombres insignes que le ayudasen a llevar el peso episcopal, movido del gran nombre del padre fray Luis, que residía en Badajoz, en la fundación de un convento de su Orden, le trajo a su compañía que, con brevedad, sintió las medras de sus ovejas; para asegurar obrero tan importante, hizo que su general le adjudicase [a] aquel reino; donde alcanzó veneración tan grande que, forastero, le eligieron pro-

vincial; en este reino pasó lo restante de su vida. ¡Oh, quién, fray Luis venerable, tuviera vuestra elocuencia para emplearla toda en vuestras alabanzas! Ella sola, que ha admirado al mundo, pudiera cabalmente engradeceros; indignos son de esta empresa los más elevados ingenios, si bien muchos en vuestro loor han levantado el vuelo, siempre corto.

Fue admirable el desprecio que el padre fray Luis tuvo del mundo y sus grandezas, que a los rayos de la luz del cielo, que ilustraba su alma, eran imperceptibles átomos. La esclarecida reina doña Catalina, hermana de Carlos Quinto, gobernadora del reino de Portugal, de quien fue confesor, le presentó en el obispado de Viseo, y por su persona misma le ofreció el arzobispado de Braga, trayéndole razones eficaces para obligarle a acetarle; ambos los despreció constantemente, y, poniéndole la reina en sus manos la elección, nombró a fray Bartolomé de los Mártires, tan excelente perlado que le ha declarado la Iglesia por beato, en que a su religión, a la ciudad de Braga y al reino todo hizo un incomparable beneficio. Sucediendo en el gobier-/no, y después en el reino v.
de Portugal, el cardenal don Enrique, su gran patrón, pudiendo esperar grandes aumentos de la grandeza y amor de este príncipe, a no tenerlos todos debajo de los pies, ni pisaba los umbrales de palacio, no llamado. El rey don Sebastián le quiso dar otros obispados; rehusólos con valor apostólico. La santidad de Sixto V resolvió dale capelo, como a tan benemérito de la Iglesia, atajó la promoción con diligencia, proponiendo su edad y enfermedades.

Alcanzó la mayor estimación que por ventura tuvo hombre en su tiempo, de personas reales, de príncipes, de perlados eclesiásticos, de sobrinos de Pontífices, Nuncios Apostólicos, y con particular agrado le trató y oyó el gran Felipe Segundo. Fue venerado de todos, como un milagro del mundo; en tanta altura de favores humanos, conservó una profunda humildad y prodigiosa pobreza; encerróse en una celda, su adorno tres sillas, las dos con respalderas de jerga, dos cruces grandes, en las paredes dos imágenes y algunas estampas de papel, una cama con mantas remendadas, como los hábitos rotos, viejos, como de un novicio; duróle cuarenta años un sombrero; no

pudo su compañero que se le comprase un argayo (así llaman una ropa de abrigo que ponen sobre los hábitos) con que se reparase en el rigor del invierno sobre ochenta años de edad y muchas enfermedades. Tenía tan vil conceto de sí, que se llamaba monstruo horrible. Su caridad con los pobres fue rarísima; lo que sacaba de la impresión de los libros, que era mucho, lo que recogía de limosnas de príncipes, que, por saber el gusto que tenía en esto, eran muy grandes, todo lo repartía a los pobres, tomando de esta manera algún desahogo su excesivo amor al prójimo. Vivió tan retirado del mundo, y de agradar a poderosos, que habiendo el padre fray Hernando del Castillo ido a Portugal a cosas del servicio del rey don Felipe Segundo, llevando en sus instrucciones el ganar la voluntad del padre fray Luis de Granada, en apoyo
f. 94 r. de sus pretensio- / nes, respondió que no dudaba de su justificación, como de príncipe tan religioso y católico, que no necesitaba de reinos que no fuesen suyos, teniéndolos tan grandes, que a él no le tocaba más que encomendar a Dios su próspero suceso, como religioso en su celda, como lo hizo sin salir de ella, ni meterse en nada.

¿Quién podrá dar alcance a la grandeza de sus heroicas virtudes, lo profundo de su espíritu? Baste decir, que obró lo que escribió, y escribió tan acertadamente, porque obraba y escribía; lo que aconsejaba en los libros ejecutaba en el rincón de su celda. Escribió de oración, túvola altísima muchas horas cada día que remataba con una áspera disciplina. Su amor a Dios le trasladó a este tratado. Escribió la *Guía de pecadores*, mostró cómo había predicado; libro tan excelente, que él mismo admiraba haberle escrito. Alabó el ayuno, sacólo de su templanza. Exhortó a las penitencias, hízolas continuamente y con rigor increíble. Engrandece castidad, copia fue de la suya. Aconseja la pobreza y desprecio del mundo, pisóle en mil ocasiones. La vida de Cristo, tan impresa en su corazón, como en los libros. Habló divinamente del Augusto Sacramento de la Misa, decíala con tan grande devoción, que desde el canon parecía estar elevado. En nueve lenguas andan traducidos sus escritos; llegaron a los turcos, pasaron a los persas, hasta los últimos chinas; son leídos hasta de los enemigos

de la fe, herejes de todas setas, moros, gentiles, judíos, todas las naciones del mundo engrandecen su estilo, su elegancia, su energía, su verdad, su dotrina; dánle justamente el nombre de Cicerón cristiano. ¿Qué virtud no se debe a su lectura? ¿A cuántos pecadores ha reducido a ser santos, a cuántos hombres ha convertido en ángeles? Pobladas tiene las religiones, y el cielo. Dispuestos con tan celestial prudencia, que igualmente convienen al hombre más distraído y más perfecto.

El prodigio de santidad de nuestros tiempos, el glorioso san Carlos Borromeo, cardenal y arzobispo de Milán, esti- / mó grandemente la dotrina, juicio y v. religión de este varón raro, amóle tiernamente; tratáronse por cartas; no sólo mostró cuánto le agradaron sus trabajos, mas escribió a la Santidad de Gregorio XIII para que calificase su importancia; instó con el Pontífice a que le honrase con capelo, y, porque esta carta no anda comunmente en obsequio del Maestro común a quien debemos tanto, rematará este elogio y suplirá mi gran cortedad y consolará mi afecto. Dice así:

Santísimo y Beatísimo Padre.

Entre todos aquellos que hasta nuestros tiempos han escrito materias espirituales, que yo haya visto, se podrá afirmar que no hay alguno que haya escrito libros, ni en mayor número, ni más escogidos y provechosos, que el padre fray Luis de Granada. Experiméntolo cada día en esta Iglesia, viendo que todos los que están escritos en su lengua ayudan grandemente a todo estado de personas a emprender el camino de la virtud y conseguirla. Y asimismo se sabe de cuánta ayuda sean los latinos, especialmente para instruir a los que han de predicar y enseñar al pueblo; de manera, que no sé que en este género haya hoy hombre más benemérito de la Iglesia que él, y más a propósito para ayudar con semejantes trabajos a las almas lo poco que le puede quedar de vida, siendo de ochenta años. Esto me ha dado aliento de poner en consideración a Vuestra Santidad, si le pareciese sería bien de hacerle escribir alguna carta, mostrando Vuestra Santidad agradecerle su caridad en las obras que ha sacado, exhortándole a que saque otras; servirá esto no solamente de dar testimonio de su virtud y piedad, que tiene tan merecido, mas serále también motivo para que disponga con brevedad otros libros, que he entendido por cartas suyas, que trae entre manos para publicar, y servirá de animar a otros hombres doctos a dejar curiosidades, y tomar aquel camino útil a las almas, que Dios les ha

f. 95 r. encomendado, para que las ayu- / den en el negocio de su salvación. Hago este oficio tanto mas gustosamente, porque, habiendo discutido sobre esto con el Cardenal Paleoto ha mostrado ser del mismo parecer, y tener el mismo crédito de los méritos de fray Luis. Demás que algunas personas graves, y de fe, que han venido de España, y le han conocido y tratado, y oídole algunos sermones, me afirman que corresponde la vida llanamente a los escritos, y a la religión de verdad grande, y santidad, que en ellos resplandece, y todos encarecen la grandeza de su bondad y del gran nombre que tiene en aquellas partes, de lo cual puede Vuestra Beatitud informarse fácilmente de los que han sido Nuncios en España. Por tanto, parece digno de otras mayores demostraciones, que la de este solo testimonio. Esto hizo la Santidad de Pío Quinto con Lorenzo Surio, y lo mismo otros Sumos Pontífices con diferentes personas, todo, empero, lo remito a su prudentísimo juicio, y humildemente le hago reverencia, besándole sus santísimos pies. De Monza, a 28 de Junio de 1582.

Humildísimo y devotísimo siervo,

Carlos, Cardenal de Santa Práxedes

Dentro de veinte y dos días expidió el Pontífice un breve con no menores alabanzas que las que contiene esta carta; no le pongo a la letra, por andar al principio de sus obras, donde se puede ver. Dícele entre otras cosas: «Cuantos han aprovechado por vuestros sermones y escritos (y es cierto que han aprovechado muchos, y que cada día aprovechan) tantos hijos habéis engendrado a Cristo y les habéis hecho mayor beneficio que, si hubierades alcanzado de Dios vista a los ciegos, vida a los muertos». En cierto modo parece canonizó en vida las virtudes, vida y excelentes libros del gran orador cristiano, que no merecieron menor calificación.

Después de haber pasado una feliz carrera, le labró Nuestro Señor con graves enfermedades y otros
v. trabajos sensi- / bles, que le sucedieron bien sin culpa suya y aumentaron mayor corona de su paciencia. Siendo de su natural corto de vista, vino a perder de todo punto un ojo a pura fuerza de estudio; encomendáronle un sermón en una noche en ocasión precisa; trabajóla toda, y reparando un rato la cabeza halló el ojo vaciado; y sin embargo, predicó otro día con un ánimo quietísimo, y, dándole por ciego, se puso a aprender a tocar tecla (rara humildad) por merecer no ocioso la comida, y lo consiguió felizmente por la mucha noticia que tenía del canto de órgano; re-

forzósele la vista del ojo que había quedado, volvió a los libros y usaba para escribir de papeles de colores. Vivió los dos años últimos con las tripas fuera de su lugar, que por una rotura se salieron, sin que la medicina, después de varios tormentos, pudiese reducirlas a su puesto. No por eso dejaba de decir Misa y acudir a todos los ejercicios santos, como si estuviera con unas fuerzas robustas. Habiendo el Adviento del año de mil y quinientos y ochenta y ocho extendido las velas a la oración y penitencia, como si se previniera a la última jornada, el postrero día de este año, recibidos los santos sacramentos con devoción y ternura, dio su dichosa alma a su Criador, que la piedad cristiana cree estar gloriosa entre los doctores de la Iglesia, y el afecto de sus devotos espera lo ha de declarar así el Pontífice Romano, honra que opinan muchos hombres graves se debe a sus heroicas virtudes y celestiales escritos. Murió en Lisboa, a los ochenta y cuatro años de edad, y sesenta y ocho de religión; hizo con su venerable cuerpo el piadoso pueblo lusitano las demostraciones que se suelen con los grandes santos. Éste es, letor piadoso, un mal formado bosquejo de la vida y virtudes de este gran padre; hallaráse retrato perfetamente acabado por la valiente mano del muy reverendo padre fray Francisco Diago, y por el venerable obispo de Monopoli en la cuarta parte de la *Coronica de la sagrada Religión de los Predicadores*, y en la de Portugal, en el libro quinto, desde el capítulo doce. / f. 96 r.

Precióse también de discípulo del padre Juan de Ávila el padre maestro fray Alonso Carrillo, de la misma religión dominicana; oía a nuestro gran predicador con gran gusto y frecuencia, y muchas veces, si tenía acetado sermón, y sucedía predicar el padre Maestro Ávila, le encargaba a otro, y iba a oirle; y reprendiéndole esto su perlado, respondía que tenía por cosa cierta era de mayor gloria de Dios oir al padre Maestro Ávila que predicar sus sermones, para que, cuando los hubiera de hacer, aprovechado de tal dotrina, hiciese más fruto en las almas.

Aumente este lucido escuadrón de los discípulos del padre Maestro Ávila, el muy reverendo padre fray Francisco de Segovia, de la Orden de San Jerónimo, profeso del convento de Granada, prior en él,

y Sevilla y Valencia y Madrid, y general de su Orden, insigne predicador, muy estimado del gran juicio de Felipe Segundo, rey nuestro. Fue varón verdaderamente santo; hablaba admirablemente de Nuestro Señor, sin que en sus conversaciones y pláticas pudiese divertirse a otra materia. Sus palabras eran siempre de espíritu, importantes al alma. Esto se originaba del trato continuo con Dios (fue su oración altísima) y del ejemplo que en esta parte le dio su santo Maestro. Decía que por consejo del padre Maestro Ávila recibió el santo hábito de San Jerónimo, preciábase de su discípulo, y, cuando hablaba de su persona, era con la veneración que si hablara de san Pablo; llamábale varón apostólico, bueno de veras, lleno de virtudes; empleaba en sus alabanzas su elocuencia, que fue grande; escríbese la vida de este gran religioso, digna de que la sepa el mundo v. por sus grandes virtudes y méritos. /

De los religiosos de la Compañía de Jesús que fueron discípulos del padre Maestro Ávila. De los padres Diego de Guzmán, Gaspar Loarte y Antonio de Córdoba

Capítulo IX

Los religiosos de la Compañía de Jesús, que por la comunicación y ejemplo del padre Maestro Avila, adelentaron su espíritu, son sin número; tratáronle muchos en Montilla, donde, recién fundado el Colegio, les leyó, como dijimos, las epístolas de san Pablo, y con rigor pueden llamarse sus discípulos; mas en este lugar referiremos algunos que habiendo vivido muchos años en su escuela, hechos varones grandes con su doctrina y ejemplo, entraron por su consejo en la Compañía de Jesús.

Sea el primero, el padre Diego de Guzmán, hijo segundo del Conde de Baylén, mas, según el espíritu, primogénito del padre Maestro Avila. Entregóse a

Dios de veras en los floridos años de su edad, fue ejemplo de virtudes; dejando la esperanza de suceder en el estado de sus padres, se hizo sacerdote, deseó correspondiese su vida a las obligaciones que pide dignidad tan alta. Halló en él su santo Maestro tan gran prontitud a la virtud heroica y un desprecio de los respetos que suele representar la nobleza en estos casos, que le traía por diversos lugares, sin algún aparato de criados, aprovechando las almas en todo cuanto podía. Iba en su compañía el doctor Loarte, su ayo, teólogo doctísimo, de igual espíritu, discípulo también del padre Maestro Avila. Repartían así los ministerios: predicaba el doctor Loarte con gran fervor y espíritu; mas el humilde don Diego enseñaba a los niños la dotrina y oía confesiones, ayudando a todos con su buen ejemplo y consejo en el camino del cielo. Catorce años, o quince, de lo mejor de su edad gastó en ejercicio santo este ejemplar caballero; éstas fueron sus pretensiones y designios; tantos años fue discípulo del / santo Maestro Ávila; tantos gozó de su f. 97 r.
consejo y doctrina. Estos empleos tan agradables a Dios quiso su Majestad realzarlos con la profesión religiosa, que los añade quilates de merecimientos. Dióle nuestro Señor grandes deseos de entrar en la Compañía de Jesús, llevado en gran parte de la bondad de aquellos primeros padres, ejemplos de santidad; comunicó su pensamiento con el padre Maestro Avila, que con fervorosas oraciones suyas y de otros siervos de Dios, se aseguraron de la vocación divina. El año de quinientos y cincuenta y dos tuvo noticia el santo Maestro Ávila, que san Francisco de Borja había venido de Roma a Oñate, en Vizcaya, de donde esparcía los resplandores de sus grandes virtudes por España. Por este mismo tiempo el obispo de Calahorra, el doctor Bernal de Luco, envió un sobrino suyo, hombre de gran virtud, al padre Maestro Avila, para que le enviase algunos de sus discípulos, para que anduviesen predicando por todo su obispado, que es muy grande (cuidado digno de un celoso obispo). El santo Maestro Ávila envió a esta misión tan importante a don Diego de Guzmán y al doctor Loarte; encaminólos con cartas a san Francisco de Borja,

76 Cf. Mt. 20,12.

que los dió los ejercicios, con que se resolvieron de entrar en la Compañía; recibiólos el santo Duque con gran benignidad y amor, y a pocos meses los envió al Obispo, que instaba por sus personas. Estuvieron la Cuaresma de aquel año en Pamplona, donde hicieron gran fruto. Corrieron después casi todo el obispado de Calahorra, deteniéndose en los lugares populosos, como Logroño, Nájara, Santo Domingo de la Calzada, Haro, y otros en que nuestro Señor favoreció sus pasos con el copioso fruto que cogieron en innumerables almas. Pasó después a Roma el padre Diego de Guzmán, donde gozó de la doctrina y amor de san Ignacio; en esta ocasión pasó entre los dos el coloquio tocante al padre Maestro Ávila, que está entre sus elogios, en el tercero libro. Anduvo por muchas partes de Italia, ejercitando los mismos ministerios de enseñar
v. la doctrina y ayudar a / la salvación de los fieles; continuó hasta los últimos años de su vida en el Andalucía, donde dura su memoria tan agradable en los corazones de todos, cuanto fue su persona, viviendo, amable, por sus excelentes virtudes, humildad rara, serviente caridad, y celo de las almas, a quien él granjeaba para Dios tanto con el agrado y alegría de su semblante, y palabras, como con el ejemplo de sus santas ocupaciones; murió en Sevilla con opinión de santo.

El padre DOCTOR LOARTE prosiguió en la predicación del Evangelio con notable eminencia; pasó a Roma con el padre Diego de Guzmán, donde, instruído de san Ignacio, su segundo maestro, gobernó los Colegios de Génova y Mesina y, después de haber trabajado muchos años en la viña del Señor, con mucha edificación de las almas, voló al cielo, donde está gozando del denario diurno, que es el premio que el Señor de la viña le prometió por concierto, por ser de los que comenzaron a trabajar en la hora prima, y sufrió el peso del calor y del día. Escribió algunos libros doctos. De todo da testimonio el padre Pedro de Ribadeneira, en el libro de los *Escritores de la Compañía de Jesús*, por estas palabras:

> Gaspar Loarte, natione Hispanus, patria Methymnensis, vir pius iuxta, et doctus, grandis iam natu, et doctor Theologus, et pietatis officiis bene versatus, authore Joanne Avila, viro apostolico, cuius discipulus fuerat, Societatem

concupivit, et in eam admissus est anno M.D.L.II. Postea Romam profectus, et ab ipso B.P. nostro Ignatio proŏe institutus, Collegi[or]um nostrorum Genevensis, et Messanensis regendorum provinciam sustinuit, denique Hispaniam rediit, et Valentiae annis gravis, et bonis operibus plenus, anno salutis M.D.XXC.II. mortus est. Scripsit: / f. 98 r.

De aflictorum consolatione. Meditaciones in Passionem Domini, et Rosarium B. Mariae. Exhortationes vitae Christianae. Remedia contra septem peccata mortalia. Tractatus sanctorum peregrinationum, et stationibus, et indulgentiis in eis. Admonitiones sacerdotum.

Quae eius opera Latino, Hispano, Italico, et Gallico ideomate, aliqua etiam Germano, excussa circumferuntur.[76 bis]

En las obras que últimamente se imprimieron del padre Maestro Ávila anda una instrucción que dio a los padres Diego de Guzmán y Gaspar Loarte, cuando entraron en la Compañía, digna de leerse y guardarse por todos los que profesan el estado religioso.[77]

El padre Antonio de Córdoba, de la Compañía de Jesús, hijo de don Lorenzo Suarez de Figueroa y doña Catalina de Córdoba, Marqueses de Priego, grande por su nobleza, mayor por sus virtudes, parte fue de los triunfos del padre Maestro Ávila, aumento honroso de su escuela; si bien en la heróica resolución de seguir en desnudez a Cristo tuvieron otros parte, que menester son muchos para sacar a un gran señor del mundo. Con ocasión de la asistencia del padre Maestro Ávila en Montilla, se crió con su dotrina, con ella fue creciendo y aumentándose en el temor de Dios, y no degenerar de las obligaciones de quien era. Estudiando en Salamanca, retor de aquella Universidad, se aficionó a los padres de la Compañía, combatidos entonces de varias persecuciones, de que le cupo harta parte por conservar su amistad, por cuyo medio le comenzó Nuestro Señor [a] abrir los ojos para conocer la vanidad y engaño de este siglo; descubriósele la hermosura de la virtud tan grande como ella es, y los medios por donde podía alcanzarla; comenzó a recogerse y darse a ejercicios de oración y penitencia, camino real por donde viene al alma el reino de los / cielos. Con esto v. le fue labrando Nuestro Señor y disponiendo con varias inspiraciones para entrar en la Compañía de Jesús, a que hacían resistencia su grandeza y las

76 bis *Illustrium scriptorum Religionis S. J.* (Amberes 1608), p. 79 s.

77 *Reglas de Espíritu*, IV: I, 1053-56.

grandes esperanzas que el mundo le ofrecía. Daba cuenta al padre Maestro Ávila de los impulsos divinos; animóle poderosamente a que lo dejase todo; escribióle en esta ocasión aquella carta que dice:

> Los peces grandes son malos de tomar; han menester muchas vueltas río arriba y río abajo, hasta que, cansados, tengan poca fuerza, y los prendan del todo con el anzuelo; por lo cual no se maraville vuestra merced, si tantos golpes nuestro Señor le da contradiciendo a lo que lleva pensado y deseado, que sin duda deben de ser la voluntad y parecer de vuestra merced recios de tomar y rebeldes a morir, y han menester que, a poder de golpes, los canse el Señor y los mate, para que no viva en vuestra merced sino la fe del Señor y la voluntad del mismo Señor, etc.[78]

Anda esta carta en el *Epistolario*. Acertó por este tiempo a comunicar don Antonio, aquel espejo raro de toda virtud y santidad, san Francisco de Borja; díjole quería tomarle cuenta de la luz que Nuestro Señor le había dado. Y le exhortó a la correspondencia, y seguir la perfección a que Nuestro Señor le llamaba. De todo era sabidor el santo Maestro Avila, que, viendo la disposición grande que en don Antonio había, le aconsejó entrase en la Compañía, donde nuestro Señor le había comenzado a llamar. Ofrecióle a un mismo tiempo Cristo nuestro señor su cruz, su abatimiento, con desprecio de todo lo temporal; enseñóle la senda por donde se va a la vida; por otra parte el mundo le ofreció un capelo, que a instancia del Príncipe de España le había hecho gracia Paulo Tercero, Pontifice Romano. ¡Oh trance a pocos ofrecido, porque se puede fiar de pocos! No los resplandores de la púrpura, no lo majestuoso del capelo, no la gran dignidad cardenalicia pudieron divertir aquel ánimo generoso y verdaderamente grande de seguir la humildad y pobreza de Cristo; dió de mano
f. 99 r. a cuanto le ofreció el mundo, animado con el raro / ejemplo de la mudanza del sacro duque de Gandía, don Francisco de Borja, que entonces ocupaba la admiración de todos. Partióse a Oñate, púsose en sus manos para serle compañero, como en la nobleza, en la escuela de Cristo; dióle el hábito de la Compañía, de que dio luego cuenta al padre Maestro Ávila, que

78 Carta 152: I, 788.

le escribió aquella admirable carta que comenzó: «Sabida la mudanza de vuestra merced».[79] Iguala la elocuencia a la ocasión; anda en su *Epistolario*. Después de su noviciado y estudios del Andalucía, desterrado de los suyas, por ventura por la estimación que de él hacían, vino a vivir a Alcalá, donde pasó lo restante de su vida. Fue un raro ejemplo de todas las virtudes; dieron mayor resplandor la humildad, mortificación, paciencia, oración y caridad con los prójimos. Andaba en su exterior tan encogido, que parecía un hombre bajo y afrentado; en sus sermones y pláticas mostraba cuanto aborrecía la soberbia, y sólo mirarle era la mayor condenación de este vicio. Padeció con sufrimiento heróico graves y continuas enfermedades, congojas de corazón, tristezas naturales y una hambre canina, penalidad intolerable en un hombre abstinentísimo, y no eran éstos los mayores combates de su paciencia. Fue pregonero de la virtud, de la oración, como tan maestro de ella; gastaba la mayor parte del tiempo en una continua comunicación con Dios, y, como le iba tan bien en este trato, eran continuas en él sus alabanzas, y así, encomendando esta virtud en un sermón, dijo que se maravillaba cómo los hombres, en vida tan acosada de trabajos y necesidades y tentaciones, podían vivir sin el socorro de esta virtud, y discurriendo por todos los estados, decía: «Mujercita, ¿cómo puedes vivir sin oración?; labradorcico, ¿cómo puedes vivir sin oración?», y repitiendo estas palabras, discurría por todas las otras calidades de personas. Acudía a confesar los pobres de los hospitales, con tanta continuación que una cuaresma estuvo a pique de perder la vida. Hallábase de ordinario a dar la limosna a los pobres de la puerta. Más largo discurso que éste pedían sus vir-/tudes; supla este corto di- v.
bujo, mientras mayor historia diere la copia entera. El último verano de su vida los Condes de Oropesa le llevaron a su villa, por gozar de su conversación y ver tan gran nobleza adornada de excelente santidad; dióle aquí su última enfermedad. Recibidos los santos sacramentos, diciendo dulcísimos coloquios a un Cristo que tenía en las manos, dio su espíritu

79 Carta 142: I, 762.

al Señor por febrero del año de quinientos y sesenta y siete. Quince años vivió en la Compañía, que premia Dios por toda su eternidad.

Ocupe el lado de personas de tan gran nobleza, aunque no haya sido de la Compañía, don PEDRO DE CÓRDOBA, hermano de doña Sancha Carrillo, sacerdote de ejemplar vida y costumbres. Fue muy rendido discípulo del padre Maestro Ávila. Aconsejóle desistiese de pretender prelacías, y que sólo cuidase de su alma, pues tenía bien que hacer en esto. Filosofía que alcanzan pocos, que pueden conseguirlas; mas don Pedro penetró la verdad de este secreto, pretendió y consiguió las virtudes, a vista de aquel raro ejemplo de su santa hermana, cuya vida escribió y imitó en gran parte.

PROSIGUE LA MATERIA DEL CAPÍTULO PASADO. DE LOS PADRES FRANCISCO GÓMEZ, ALONSO DE BÁRCENA, HERMANO GASPAR PEREIRA

Capítulo X

Uno de los discípulos de mayor nombre que tuvo el padre Maestro Ávila en Córdoba fue el padre FRANCISCO GÓMEZ, natural de Fregenal. Empleó los años de su juventud, en que tanta parte suelen tener los vicios, en loables estudios de letras humanas y divinas, que hizo más lucidos con el resplandor de sus virtudes y vida anciana en años juveniles. Dióse por discípulo del padre Maestro Ávila, que predicaba a la sazón en Córdoba, en cuya escuela creció en espíritu, y en aquel desengaño de las cosas humanas, primer fundamento de su magisterio. Conoció el varón santo las aventajadas letras y gran talento del
f. 100 r. licenciado Francisco / Gómez, y, como siempre se valía de los que tenían sus discípulos en beneficio de los prójimos, ordenó leyese Artes y Teología en Córdoba. Profesó veinte y cuatro años continuos las letras sagradas, leyéndolas públicamente con notable acetación y lustre; seglar, hasta que se fundó el Colegio

de la Compañía de Jesús en Córdoba y se encargó, como dijimos, de leer estas facultades. Aficionado el padre Francisco Gómez del instituto y vida de los padres, cuando por sus grandes letras podía ocupar alguna canongía magistral, o beneficio grueso, llamado de Dios, de consejo del padre Maestro Ávila, entró en la Compañía, a los treinta y cinco años de su edad, el de quinientos y cincuenta y nueve. Conocióse con admiración de todos la escuela en que se había criado, y cuán aventajado discípulo fue del venerable Maestro. Comenzaron, con la ocasión del nuevo estado, a dar mayores resplandores sus virtudes. Creció el fervor de su espíritu, la oración continua, fervorosa, en que tiernamente se regalaba con Nuestro Señor, sin que ocupación alguna fuese parte para divertirle de las horas de su contemplación, de que sacaba alientos para la mortificación, en que fue admirable. Declaró guerra a su cuerpo, sin perdonarle en nada; y, aunque gastado con trabajos y penitencias, jamás remitió un punto del rigor y aspereza con que se trataba. Decía Misa con gran fervor y ternura, y desde el primer memento hasta las oraciones postreras, eran sus ojos continuas fuentes de lágrimas, tan suaves, que aun en los que le miraban, engendraban tanta suavidad y ternura, y tan gran aliento para amar a su Criador, que personas graves y doctas procuraban ayudarle a Misa por gozar de esta influencia. Por excusar vanidad, se retiró a una capilla, donde a solas, a vista de Dios y de sus santos, gozaba de los regalos y gustos que no puede dar el mundo vano. La virtud que más campeó en este gran varón, fue la humildad, sin duda profundísima, tanto más admirable en un hombre venerado por la grandeza de sus partes, ciencia y autoridad. Diéronse en él las manos amigable- / mente, grande eminencia en v.
el púlpito, e inteligencia de las sagradas letras, con una continua penitencia; prudencia grande, con humildad de niño; un estudio continuo de la sagrada Teología, con aspereza de vida rigurosa; extraordinaria discreción, con una sinceridad y sencillez; gravedad, con mansedumbre; afabilidad y dulzura en la conversación, con un raro encogimiento interior; el trato íntimo con Dios entre tantas y graves ocupaciones; una encendida caridad con los prójimos, con

mortificación de pasiones admirable; gran autoridad con todos, y un amor y trato llano con los pequeñuelos; un celo abrasado de la salud de las almas y de la gloria de Dios, que fue corona de todas sus virtudes.

Su opinión y autoridad, y grandeza de su crédito, pasaron los límites del Andalucía; fue venerado su nombre y estimado su parecer en las más insignes Universidades de España. El Maestro Mancio, de la sagrada Orden de santo Domingo, catedrático de Prima de Salamanca, tan conocido en estos reinos por sus grandes letras, consultado en Salamanca de algunos de aquella provincia, respondía que, teniendo al padre Licenciado (así le llamaban comunmente), que podía dar parecer a la materia más ardua, no era menester el suyo, ni buscar otros. Y el santo Maestro Ávila decía que, estando en Córdoba el padre Francisco Gómez, no hacía él falta, para dar consejo, y así le remitió la dirección de la vida del doctor Pedro López, médico del Emperador, que se había puesto en sus manos. En esta ocasión le escribió el santo Maestro:

> Ordene vuestra merced la vida, como el padre Francisco le dirá, al cual puede vuestra merced obedecer seguramente; y podrá hacer en los ejercicios de penitencia lo que el padre Licenciado le dijere. Y vuestra merced le dirá sus fuerzas, para si es menester obrar más, o es menester quitar.[79 bis]

Don Cristóbal de Rojas y Sandoval, obispo entonces de Córdoba, después arzobispo de Sevilla, le llevó por su teólogo al Concilio provincial que se celef. 101 r. bró en Toledo / el año de quinientos y setenta y cinco; tan gran opinión tenía de su santidad y letras. Dio en esta ocasión grandes muestras de su prudencia y valor; admiró su humildad. Habiendo la Santidad de Pío Quinto prohibido en España correr toros, algunos caballeros de Córdoba, más alentados que cuerdos, se dieron por desentendidos de la obligación del *motu prop[r]io;* no les faltó pareceres (haylos para todo) que lo podían hacer sin riesgo; entre ellos el del obispo, sin duda mal informado. El padre Francisco Gómez, con el celo grande que tenía que se evitasen pecados, tuvo traza, juntando

79 bis Carta 252: I, 1034.

pareceres de hombres doctos, de reducir al prelado, con que evitó aquel escándalo. Dispuso el caso con notable prudencia, sin reparar en el disgusto de los empeñados en el regocijo; hízose se obedeciese al Pontífice.

Acudió con su prudencia y consejo, en una grande aflicción que hubo en su tiempo en Córdoba, en que la hambre y la enfermedad la iban arruinando lastimosamente. Juntó copiosas limosnas, con que remedió grandes necesidades. Salía a la media noche con algunos de sus padres a buscar pobres por las calles y las plazas, en quien la hambre y el frío hacían pesadas suertes, mostró en esta ocasión su caridad, su celo, remediando cuerpos y almas de muchos miserables.

Éranle intolerable al demonio virtudes tan heroicas, solía molestarle de mil modos. Yendo a acostarse una noche se le atravesó en la cama en figura de un fiero y horrible negro; el padre, con un ánimo y señoría notable, sin turbación, le dijo: «Hazte allá, que ambos cabremos». No pudo el enemigo sufrir tan gran aliento, huyó afrentado.

Fue dos veces rector del Colegio de Córdoba, que gobernó como padre; acetó el oficio con notable repugnancia, en especial la última vez. Deseaba, desocupado de todo lo exterior, darse del todo a Dios; usó para no entrar en el oficio de varios medios. No le aprovechando, dijo: «Pues con los hombres no puedo, yo lo negociaré con Dios». Pidió a Nues- / tro v. Señor libertad del cargo, y , en recompensa, le ofreció su vida. Parece acetó Nuestro Señor su ofrecimiento; a pocos días le sobrevino la última enfermedad, que admitió gustoso y resignado. Tuvo revelación del día de su muerte, que recibió con alegría entre los abrazos y lágrimas de los suyos. Echando a todos su bendición dio el alma a su Criador día de santo Tomás, veinte y uno de diciembre, año de quinientos y setenta y seis, con universal sentimiento de toda la ciudad, que le amaba y veneraba como a santo. Concurrió, sin ser llamados al entierro, el obispo, Inquisición, religiones, y toda la nobleza; recibió Dios su alma para estrella de su firmamento en perpetuas eternidades.[80]

80 Cf. Dan. 12,3.

Fue de los más fervorosos y queridos discípulos del santo Maestro Ávila, el padre Alonso de Bárcena, de la misma religión, hombre de grandes prendas y talentos. Trújole el santo varón predicando por los pueblos del Andalucía, evangelizando el reino de los cielos, como a los más de sus discípulos. Soldado veterano de esta santa milicia, mudó capitán, mas no ejército; pasó a la Compañía del gran patriarca san Ignacio (llamémosla así esta vez, con venia suya; no lo tendrá a mal Jesús), donde con mayor espíritu continuó los mismos ministerios. De orden de san Francisco de Borja pasó al Pirú, y a las provincias de Tucumán, y Paragua[y], donde, con celo y sucesos apostólicos, convirtió gran número de infieles a la fe de Jesucristo, llevándole este Señor muchas veces milagrosamente de unas partes a otras. En once horas anduvo el camino de ocho días. Toda su vida fue una misión, y continuada, caminando casi siempre a pie por aquellas dilatadas soledades, pasando de unos pueblos a otros, padeció inclemencias del cielo y no pensados trabajos, ordinarios en tan frecuentes caminos. Libróle Dios, y por él a muchos, de evidentes peligros de la vida. Sucedió pasar cinco y seis días con sólo la comunión santísima, sin comer otra cosa. Supo los pensamientos y las cosas más ocultas de los hombres, tuvo espíritu de profe-
f. 102 r. cía. / Hablaba en once lenguas, de que tuvo especial don. Fue perseguido y maltratado por espacio de cuarenta años de los demonios, de quien el varón santo, y por su medio otros muchos, alcanzaron ilustres vitorias. Fue muy regalado de la Santísima Virgen, de quien fue tierno devoto, y muy favorecido de su Hijo. Estando enfermo en la cama, un Niño Jesús, que estaba en un altar en la celda, se fue a él, y se le puso en los brazos con gran gozo y júbilo de su alma; testimonio de la gran santidad de este varón apostólico. Murió a los setenta años de su edad, con gran paz y serenidad de conciencia, y opinión de santo.

Digna es de eterna memoria la heróica virtud del hermano Gaspar Pereira, de la Compañía de Jesús, hijo querido del padre Mestro Ávila, de Evora de Portugal, donde nació de padres nobles. Le trujo la fama de nuestro apostólico varón a Montilla, pa-

ra asentar en la escuela de tan gran Maestro, y criarse con la leche de su excelente dotrina. Desde edad de quince años estuvo en compañía del padre Maestro Ávila, hasta que pasó a mejor vida. Sus virtudes, en un aspecto angélico, ganaron la voluntad del varón santo; llamábale su Benjamín, y como tal le trataba. Leíale a la mesa; acudía a otros servicios proporcionados a su edad; ya en años tan tiernos comenzaron a brotar las flores, mejor dijera, frutos colmados de virtudes, compostura, modestia, humildad, rendimiento, con una honestidad rara. Asistió al santo Maestro en su última enfermedad; y, estando hincado de rodillas, bañado en lágrimas entre los que cercaban el santo lecho, le pidió su bendición. Díjole el santo varón, para que la alcanzase de Dios en esta vida, con prendas de gozarle en la eterna, le convenía entrarse en la Compañía de Jesús, no apeteciendo más grado que el de hermano coadjutor; con que le dio a besar la mano, y con ella su bendición, que le alcanzó colmadísima. Usó con el santo Maestro el último oficio; diole la vela, cerróle los ojos, cuando los abrió a la eternidad. Siguió el consejo, después de mu-/chas dudas, ocasionadas de su v.
nobleza y talento, y más que medianos estudios de latinidad, y el natural apetito de vivir entre los hombres con mayor estima. Venciólo todo con la divina gracia, ayudado de los ejercicios santos de oración y penitencia, teniendo por oráculo del cielo las palabras del varón apostólico. Después de haber estado en los Colegios de Montilla y Granada, empleado en ministerios humildes, con mayor seguridad y mérito, pasó por mandado de los superiores al Pirú; residió en el Colegio de Lima con más estimación, ocupado en los oficios manuales de su grado, que si gozara de las mayores prelacías; luce la perla aun en el lugar asqueroso, y el resplandor de la piedra purísima despide sus rayos, aun en el lodo. Sobrepujó con su humildad las virtudes de otros, y cuanto más se abatía, tanto más Cristo le sublimaba. Venerábanle los inferiores, respetábanle los iguales, y los superiores le estimaban; tales fueron sus virtudes. Fue su oración continua, la contemplación elevada y fervorosa, la mortificación de todas horas, grande el amor a la pobreza, desprecio mayor de las cosas del siglo. Su

amor de Dios fue admirable; su obediencia sencilla, pronta, alegre; jamás quebrantó regla alguna; y en cuarenta años afirmó no haber tenido un cuarto de hora ocioso; la castidad, entre todas las virtudes, se descollaba ufana; junto a una gran afabilidad y blandura de condición, una entereza religiosa; con la una se hizo amable, ganó con la otra respeto.

La devoción al Santísimo Sacramento, la que aprendió en la escuela del padre Maestro Ávila, que, acabando un día de ayudarle a Misa, le dijo el santo varón: «Mire, hermano Gaspar, que el oficio que ha hecho es propio, y ha sido de ángel, tanto que los que lo son en el cielo se tienen por favorecidos en la tierra de asistir al sacrificio de la Misa». Prendió esta semilla en el corazón de este hermano; túvole hecho siempre un vergel deleitable, donde se recreaba el Cordero Soberano. Los últimos años de su vida, cuando su edad y achaques le excusaban de acudir
f. 103 r. a otros oficios, era conti- / nua siempre la asistencia al Altísimo Sacramento, festejándole con actos fervorosísimos de amor, en particular los dos días que comulagaba en la semana, dando gracias a Dios continuamente por este gran beneficio. Hallábanle muchas veces tan encendido en el divino amor, que parecía el rostro como embestido de fuego; quedaba como fuera de sí, tan enajenado de sus sentidos, que parecía no ver ni oir. Fue devotísimo de Nuestra Señora; imitóla en todas las virtudes, en especial en la humildad y pureza, que fue rara la de su alma, sin hallar de ordinario el confesor materia para absolverle. La abstinencia en el comer fue grande: unas hierbas cocidas sin sal, un poco de pan basto era su mayor regalo, sin admitirle, aun estando enfermo; las penitencias rigurosas le acabarán, la obediencia puso alguna moderación a sus fervores. Finalmente fue un retrato vivo, un modelo de un varón perfecto en obras y palabras. La virtud que más campeó en él, y le dio mayor merecimiento, fue una invicta paciencia en las enfermedades, que, como en escuadrones, le acometieron desde los cincuenta años adelante; los capitanes fueron dolor de hijada, gota, mal de orina; venían de por sí, tal vez juntas, a conquistar la fortaleza de su ánimo, siempre en vano. Fue grande su resignación, y continuas en su boca las

alabanzas a Dios. Rindiéronle últimamente, los tres años postreros de su vida, a pasarlos en la cama, menos los dos días que salía a comulgar. Apretóle el último de los males, que dijimos; padeció intensísimos dolores, con que moría por horas; los remedios violentos más que de alivio le sirvieron de martirio; recibidos los sacramentos con gran devoción, descansó en el Señor a veinte y uno de abril del año de mil seiscientos y veinte y siete, a los setenta y siete de su edad, y cincuenta de religioso. / v.

Sumario de la vida del padre Juan Ramírez

Capítulo XI

No tuvo la Corte la dicha de gozar de la predicación del padre Maestro Ávila; fueron varios sus motivos, para no dejar la Andalucía. Pudo templar este justo sentimiento la predicación del bendito padre Juan Ramírez, de la Compañía de Jesús, predicador verdaderamente apostólico, rayo abrasado en el amor divino, verdadero discípulo del padre Maestro Ávila, o, para decirlo en una palabra sola, el padre Maestro Ávila religioso. Oímos a nuestros padres la grandeza de la predicación de este varón santo, los grandes efectos de su dotrina. Eran sus palabras saetas encendidas, que penetraban los corazones más duros. Fue profeta, aceto en su patria;[81] veneróle Madrid, donde había nacido de padres nobles. Desde muy niño se crió al lado del padre Maestro Ávila; bebió la leche de su dotrina, y entre el fervor de la predicación suya, y de sus discípulos, anhelaba emplearse a este ministerio. Llegó en tanto la intención de su deseo, que un día de la conversión de san Pablo, siendo de diez y seis años, pidió con grandes ansias y igual sencillez al Padre Eterno, por su unigénito Hijo, le hiciese su predicador; tuvo prendas que fue

81 Cf. Mt. 13,57.

oído. Ordenóse a su tiempo de sacerdote con notable devoción, y habiendo dado los años de su juventud a los estudios sagrados, se graduó de doctor en Artes y Teología. Trató luego con el santo Maestro Ávila, si serviría el oficio de la predicación. Para determinarse quiso oirle una vez; dióle un sermón para que le tomase de memoria, y le predicase en un convento de monjas de Córdoba. Fue a oírle el santo Maestro. En el discurso del sermón, con la novedad, y tener delante a su Maestro, habiendo comenzado a decir una autoridad de Jeremías, hizo una digresión, y no acertando a volver al puesto donde había salido, echó-
f. 104 r. lo de ver el padre Maestro Ávila, y le dijo desde la / silla sólo esta palabra: *Aquilón*, con que le puso en camino, y volvió a aquella autoridad que decía: *Ab Aquilone pandetur omne malum.*[82] Acabado el sermón, fue a oir el parecer del padre Maestro Ávila; pensó que le había de decir que tomase otro camino; mas, como el sabio varón no juzgaba por aquella falta de memoria, o turbación, el talento del nuevo sacerdote, con resolución le dijo que estudiase y predicase, que Nuestro Señor le había escogido para predicador de su palabra. Animado con esta aprobación, impaciente del deseo de la conversión de las almas, emprendió este alto y dificultoso ministerio, a los veinte y seis años de su edad. Comenzó su predicación en Córdoba, con notable admiración y aplauso, y grandiosos auditorios. Pasó a Málaga, donde fue oído con la misma aceptación, de donde dio cuenta de sus felices principios al padre Maestro Ávila, como lo hacía en todas sus cosas. Él, como médico experto, para evitar la enfermedad de muchos predicadores peligrosa, le respondió:

> Huelgo de que tan bien le vaya a vuestra merced; pero mire haga ese oficio con tanta verdad, como si estuviera con la candela en la mano.

Trújole a Madrid la muerte de su padre, al amparo de su madre y hermanas; y, rector del hospital de la Latina (de cuyos fundadores era deudo muy cercano), hacía la vida de un perfecto religioso, según el orden que el padre Maestro Ávila le había

82 Ier. 1,14.

dado, que era estar siempre encerrado en casa, ocupado en oración y estudio, sin salir sino era a sus sermones. Predicaba con gran fervor y provecho en las parroquias de Madrid; mas, deseoso de juntar a la predicación la perfección religiosa, consultó a boca su pensamiento con el padre Maestro Ávila, que con gran resolución le dijo: «Entraos en la Compañía, que en ella Dios os amparará». Admiró al doctor Ramírez tan pronta respuesta; díjole que por qué le decía a él tan resueltamente, y no a los otros sus discípulos. Respondióle: «No penséis que todos harán lo que yo les dijere, como vos». Obedeció al punto el doctor Juan Ra- / mírez a la voz del gran siervo de v.
Dios, porque le tenía por hombre por quien hablaba el Señor. Amoldóse fácilmente al instituto de la Compañía; su modo de vivir era el mismo.

Prosiguió, por orden de la obediencia, el ministerio a que Nuestro Señor le había llamado, y como un apóstol, con extraordinario celo, corrió por toda España, Portugal, Aragón, Castilla, reino de Toledo, sin haber provincia, ciudad, población considerable, donde no esparciese la semilla del sagrado Evangelio. Tuvo todas las partes que componen un perfecto y consumado orador; era naturalmente elocuente, parecía haber derramado Dios la gracia en sus labios; el celo de la honra de Dios y de la conversión de las almas era la joya principal que le adornaba el pecho, de donde salían vivas y eficaces razones, para reprender los vicios, para exhortar a la virtud y desterrar el pecado, intento principal de sus sermones. Exageraba comúnmente la malicia del pecado mortal, cada día con nuevas ponderaciones, y al fin clamaba con una voz que hacía temblar los hombres: «Antes reventar que pecar»; palabra que hizo mudar a muchos vida. Faltárame la voz, aunque de bronce, si hubiera de referir las conversaciones, la multitud de almas, que redujo a penitencia, y cosas particulares en que se mostró la justicia divina severísima contra los rebeldes a sus amonestaciones. Poblaba las religiones: predicando en Alcalá quedaban los generales desiertos. El claustro de la Universidad, después de largo acuerdo, le envió a pedir se templase en el hablar, y poner tanta fuerza en las exhortaciones. Respondió que predicaba la dotrina de Cristo, y él era el que

traía así la multitud de estudiantes, que no les pesase de lo que su Majestad hacía; tuvo particular gracia en reconciliar enemistados, en encaminar a la perfección las almas. Apenas había sermón en que no encomendase la limosna (camino real de la salvación de los ricos); hiciéronse grandísimas en su tiempo. Y no menos insistía en el modo de vida de los pobres mendigos, gente sin ley y sin rey, cuya
f. 105 r. perdición lloraba, parte / de gobierno desamparada en la República. En los últimos años que predicó en Madrid y Alcalá, exhortaba a esta obra continuamente, y decía en los sermones: «No os espantéis, hermanos, que os repita y encomiende la limosna tantas veces, porque, cuanto más me llego a la muerte, más gana me da el Señor de encomendaros la caridad, que él tanto y tantas veces nos dejó encomendada». Tuvo grande destreza en el gobierno de las almas, profundo conocimiento de las cosas espirituales. Una buena mujer dábase mucho a ejercicios de devoción, sin guía que la encaminase, con que fue fácil perderse; vino a caer en ilusiones del demonio, que, fingiéndose ángel de luz, le persuadía a hacer exquisitas penitencias y azotarse tan cruelmente que quedaba como muerta; decíale el enemigo con unas voces muy suaves: «Date, hija, que me son tus azotes muy agradables». Con esto la pobre se batía cruelmente; íbase secando y consumiendo, de manera, que parecía un esqueleto; envióla Nuestro Señor un rayo de luz, para que reparase si iba bien encaminada. Llegó [a] aquella sazón al lugar el padre Juan Ramírez; acudió a pedirle consejo y remedio; conoció fácilmente el ardid del demonio; curóla tan diestramente que el enemigo la dejó; comenzó vida nueva, fue santa a menos costa, y Nuestro Señor la hizo particulares mercedes.

Las admirables virtudes de este venerable padre, materia son de un entero volumen y hallaránse en otros libros. Sea epílogo, que por la divina gracia conservó hasta la muerte la inocencia batismal, con la virginidad y pureza. Despidiéndose en Valladolid del padre Juan Fernández, su grande amigo, y gran siervo de Dios, le dijo estas palabras: «Ya, hermano, no nos veremos hasta el cielo, porque yo me voy a morir a la provincia de Toledo (como se cumplió),

y para que me ayudéis a glorificar a Nuestro Señor, os quiero decir, que en toda mi vida no he ofendido a Dios mortalmente, porque, cuando niño, me crié con la leche del padre Maestro Ávila, y después en la Compañía». Pasó a esta provin- / cia, y últimamente v.
a predicar a Alcalá, donde tanto provecho había hecho; consiguió su deseo de morir ejercitando su oficio. Habiendo predicado una cuaresma, aun no convaleciente de unas cuartanas, fue el último sermón la conversión de la Madalena, en que encomendó con notable espíritu la caridad y limosna; predicó con tan gran aliento, como si fuera de treinta años. Otro día le cargaron tantos males, que conoció claramente estar cercano a su muerte; pidió a Nuestro Señor le diese grandes congojas, para padecer algo por su amor, y sentir alguna parte de lo mucho que Cristo había sentido en su pasión. Dióselas Nuestro Señor tan grandes, que no le dejaban hablar ni reposar un momento; preguntándole si con ellas se olvidaba de Dios, respondió: «Téngole tan fijo en mi corazón, que no puedo olvidarme de Él». Otra vez dijo: «Yo he dicho a mi amado, que tenga el cuidado de mi alma, y se encargue de ella, porque las congojas grandes no me dejan hacer lo que quer[r]ía». Pidió a Nuestro Señor fuese servido de llevarle de esta vida en el día y hora que Cristo murió en la cruz, y, como si tuviera respuesta del cielo, lo afirmaba, que en aquel día y hora había de morir. El miércoles santo, después de tinieblas, le dieron el santísimo Viático, y regalándose con su Dios, el santo viejo le dijo: «¡Ay, amado mío de mi alma y de mi vida, si es posible Señor, si es posible, hacedme esta merced, que muera yo en el día que vos morísteis por mí». Pidió perdón de las faltas de su oficio; decía por este tiempo a voces: «Perdonadme, Señor, los excesos y demasías que hice en mi oficio, en decir algunas curiosidades, que a mí me pesa mucho de ello» (de que estuvo bien lejos). Dijo en esta sazón que entendía se habían de condenar muchos predicadores, porque tenía Dios librada la salvación de las almas en ellos, y olvidados de esto, miraban más por su honra y estimación que por el provecho y salvación de los prójimos. Mostró en la ocasión de su muerte una profunda humildad, porque, pensando los padres les dijera al-

gunas cosas de Dios, como lo hacía en vida, sólo
f. 106 r. atendió a su negocio, / mostró pena de que le pidiesen la bendición. Llegando ya a la hora deseada, se le quitaron todas las congojas, y quedó muy sosegado, y teniendo el rostro sobre la mano derecha, con tanta quietud como si durmiera, sin dar boqueada, dio el alma a su Criador, el viernes santo, a los doce del día, a los cuatro de abril del año de mil y quinientos y ochenta y seis, de edad de sesenta y seis años, habiendo gastado los cuarenta de ellos en la predicación, los treinta y uno en la Compañía. Su entierro fue tan acompañado y glorioso como lo fue la hora de su acabamiento; el sentimiento de su muerte, grande; igual, la veneración que hicieron a su cuerpo, haciendo las demostraciones que suelen hacerse con los de los santos, debidas a una santidad a todos visos grande.

Otros muchos fueron los que en aquel tiempo, de la escuela del padre Maestro Ávila pasaron a la de san Ignacio, donde vivieron con notable ejemplo de humildad y modestia, y desprecio de las cosas de la tierra, procurando parecerse a su santo Maestro. Los historiadores de esta sagrada religión lo testifican con singulares y notables elogios de nuestro santo. Sirva por todos el padre Nicolás Orlandino, que hablando del padre Maestro Ávila, dice: «Complures eius discipuli deinceps, et, quidem optimi, ad nos prodierunt, et inter nos, sancte pieque vixerunt sanctissimeque diem obierunt». Procedió esta propensión de los discípulos del padre Maestro Ávila a entrar en la Compañía de Jesús, del grande afecto que en su Maestro conocieron a esta religión sagrada, a quien en sus principios favoreció con felicísimos efectos. Dícelo así el mismo Orlandino por estas palabras: «Societati vero ipsi plurimum ille authoritatis, et gratiae, sua authoritate eximiaque in eam benevolen-
v. tia comparavit».[82 bis] /

82 bis N. Orlandino, *Historia Societatis Jesu*, lib. 14, n. 61 (Amberes 1620), p. 342.

Vida y virtudes del venerable padre el doctor Diego Pérez de Valdivia

Capítulo XII

Entre los discípulos del santo Maestro Ávila, lucidísimas estrellas de la Iglesia, resplandece con superiores luces el venerable y santo padre, el doctor Diego Pérez de Valdivia, varón verdaderamente grande, de prodigiosas virtudes, de superior espíritu, de sólida santidad. Fue el Eliseo de nuestro gran Elías, heredó su espíritu doblado, parecido en todo a su gran Maestro, a quien procuró imitar, y lo consiguió felizmente.

Fue su patria la ciudad de Baeza, dichosa por madre de tal hijo; sus padres, Juan Pérez y Catalina de Valdivia, ricos de bondad y honor, más que de otros bienes temporales, de sangre conocidamente pura, dignos padres de este varón santo. Apenas pisó los umbrales de la vida, cuando dio muestras que era elegido de Dios para una gran santidad. Comenzó la abstinencia desde el primer alimento: dicen personas de crédito que les contaba su madre que no podía con él, que los sábados le tomase el pecho; de tres o cuatro años, rehusaba los regalos que le hacían las vecinas o parientas, y los tomaba forzado; de seis años ayunaba tres días a la semana; tan temprano comenzó a imitar al gran Bautista, de quien fue devotísimo; huía las travesuras de niños, ni él lo fue más que en la edad; previnole a los primeros años el juicio, que muchos no alcanzan a los setenta; aborrecía pláticas deshonestas, amó sobremanera la pureza, conservó virginidad desde la cuna a la tumba; de doce años le llamaban el santo. *¿Quién piensas será este niño? sin duda la mano de Dios era con él.*[83]

Después de las primeras letras de latinidad, que consiguió felizmente, estudió las Artes y sagrada Teología, en que salió eminente. Conoció por su dicha en muy buena sazón al padre Maestro Ávila; diósele

83 Lc. 1,66.

f. 107 r. por discípulo; resolvió / seguir su santa vida. De su consejo recibió el grado de doctor y las órdenes sagradas, con la estimación debida a tan gran dignidad. Habiéndose fundado los estudios de Baeza, le encargó el padre Maestro Ávila la cátedra de la Sagrada Escritura; pudo muy bien fiarse a una gran virtud, a unos lucidísimos estudios. Fue de aquellos primeros padres, ejemplo de santidad, que con sumo trabajo y continuos sudores introdujeron y conservaron por largo tiempo el espíritu del padre Maestro Ávila en aquellas Escuelas. Los ejercicios y vida de aquellos primeros catedráticos los dejamos escritos; su pobreza de espíritu, su celo de la salud de la almas, el criar la juventud en virtud y letras. En todos estos ministerios apostólicos se ejercitó el padre doctor Diego Pérez con notable perfección. En un curso de Artes que leyó, entraron en el Colegio de la Compañía de Jesús de Granada doce de sus discípulos, dos de ellos fueron provinciales, y el padre Juan Jerónimo, predicador insigne.

De un hecho solo de este varón santo se conocerá su espíritu y el modo con que entonces se vivía. Avisaron al venerable Diego Pérez un día de feria, en Baeza, que en el mercado y en la placeta del agua, había por las tiendas hombres y mujeres, parlando con alguna disolución, dando mal ejemplo. Al punto hizo que un bedel tocase a juntar los estudiantes; salieron todos diciendo la dotrina cristiana, como acostumbraban. Fue en esta forma al mercado, subióse sobre una mesa, y a voces dijo: «¡Ea caballeros, damas y galanes, que vendo el cielo; lléguense acá, que le ofrezco muy barato; tres blancas me dan por él, y más barato se da, dáse por un golpe de pechos, por un suspiro, por una lágrima!, ¿quién le pierde?» Y habiendo repetido algunas veces estas y otras rezones, se acercó la gente, prosiguió su sermón con notable espíritu, todo eran lágrimas, suspiros, con una conmoción grande. Convirtió la profanidad de tanta gente en un auditorio compungido, y acabado
v. el sermón, se volvió cantando la dotrina. /

Fue eminentísimo en la predicación, con un espíritu tan vehemente y fuerte que desencajaba de su lugar las piedras, y arrancaba de cuajo los árboles de los más arraigados pecadores; unas verdades

claras, llanas, sencillas, mas dichas con tan valiente esfuerzo, con un aliento y brío de un ministro verdaderamente apostólico; las reprensiones demasiadamente rígidas, algunas veces con sentimiento de muchos, que, en lugares no demasiadamente populosos, oféndense con facilidad los que algo pueden, causa en casi todo el discurso de su vida de grandes trabajos suyos. En una carta de letra del padre Maestro Ávila, que tengo original, le dice así:

> Avisado soy de parte cierta que aquellos señores están disgustados del modo riguroso y no llano del predicar de vuestra merced, y lo darán así a entender en la obra, si otra vez les viene vuestra merced a las manos; así convendrá mirar mucho cómo predica, para que no haya causa de asirle en palabras. En sus ocupaciones le enseñe nuestro Señor lo que debe tomar y decir por su misericordia.[83 bis]

Este modo de predicar tan de veras, poco grato a los hombres, fue muy agradable a Dios, de grandes efectos y copioso fruto, como adelante veremos.

Habiendo leído muchos años en la Universidad de Baeza, con el tenor de vida y empleos de virtud que veremos, el arcediano de Jaén, deseoso de hacer de su dignidad un buen empleo en un hombre de eminentes letras y superiores méritos, puso los ojos en el doctor Diego Pérez, y le ofreció su arcedianato; rehusólo su humildad y pobreza de su espíritu. Entre otros que intervinieron, para que aceptase, fue el venerable Luis de Noguera. Díjole el doctor Diego Pérez: «Yo la recibiera, padre mío, si supiera había de dar tan buena cuenta como vos de vuestro priorato». El humilde sacerdote le replicó: «Recibidla, que querrá Dios la déis mejor». Entre estas dudas fue a consultar si admitiría este ascenso con el padre Maestro Ávila; él le dijo: «Bien podéis aceptar; mas no os faltarán trabajos, cárceles, persecuciones»; profecía / que se cumplió colmadamente. Aceptó esta f. 103 r.
dignidad.

De Baeza pasó a Jaén, a su residencia. Prebenda tan honrosa, de tres mil ducados o más de renta, no alteró su modestia, no su pobreza de espíritu, profesada tantos años con un ejemplo raro; toda la renta enteramente la gastaban los pobres, trabajaba en remediar necesidades de alma y cuerpo. Su comida

83 bis Carta 250: I, 1033.

la misma que catedrático; pasaba muchos días con pan y agua, y unas hierbas; tal vez se quedó sin el puchero de su mesa, por darlo al pobre o la viuda. Sucedió que, para responder a una carta, no hubo en su casa un maravedí para comprar un pliego de papel, como se predicó en sus obsequias; el vestido modestísimo, sin aumentar más criados, o homenaje de casa, que la que tenía en Baeza. La oración duraba hasta la doce de la noche; prevenía con muchas horas al sol en las divinas alabanzas. No se le caían los ásperos cilicios de su cuerpo. ¡Notable vida de arcediano! Continuó con su predicación con gran espíritu; cesaron en gran parte los pecados, atajáronse vicios, mejoráronse costumbres; ponía particular cuidado en evitar ofensas de Dios, fin de todos sus trabajos; ayudó grandemente a estos intentos el raro ejemplo de su vida. Dijo un hombre docto, que si hubiera de escribirla, sólo dijera: «Hubo en la ciudad de Jaén un varón santo, y perfecto, que vivió según la ley de Dios, guardando su Evangelio, sin faltar un átomo, en penitencia y caridad».

Éste su modo de vida mortificada y pobre, causó alguna ofensión en los canónigos, y se lo reprendían, que por qué no había de traer pajecillos y lacayos, y tratarse con el lustre y ostentación que otros arcedianos de Jaén. Respondía con alguna sequedad que las rentas eclesiásticas eran para mantener los pobres, y no para vanidades y ostentaciones de mundo. Renunciόse en él la dignidad contra la voluntad de un poderoso, que la quería para cosa suya. La severidad de sus costumbres y santidad de su vida desagradaban a algunos; el modo de predicar, más rígi-
v. do que agradable, fue escándalo a / los que [por] lo cancerado de sus vicios no admitían tan saludables remedios. A pocos lances, torciendo ésta o aquélla proposición del púlpito, y maliciándolo todo, acomulando calumnias a calumnias, imputándole proposiciones mal sonantes, le delataron en el Santo Oficio en Córdoba, con tan poderosos enemigos, y una persecución tan grande, que fue bien menester la robustez de su virtud para no desfallecer, y el valor de su ánimo y gran fortaleza para golpe tan pesado.

Estando en la cárcel escribió una instrucción a su abogado que original tengo en mi poder. Pondré una

clausula de ella, en que refiere un resumen de su vida; y en casos tan apretados, lícito es, y aun necesario, valerse de sus defensas, y ninguna en Tribunal tan santo, como la santidad de la vida que sanea y da el verdadero sentido a cualquier proposición, porque de cabeza sana, nunca salen proposiciones erradas. Son éstas sus palabras:

> Puedo probar mi buen nombre, dondequiera que tienen noticia de mí, de tenerme por católico y recogido, y amigo de tal, y que hago fruto; que soy particular aficionado al Papa y a la Iglesia Romana, rogando por ella, y del Santo Oficio; celoso de todas las leyes, costumbres, ceremonias de la Santa Iglesia, y de los suyos, y de la veneración de los templos, y que se tenga reverencia a todo género de religiosos y sacerdotes, y de obedecer a mis perlados y rogar a Dios por ellos; enemigo de novedades y amigo de ser emendado, y de seguir la común vida y doctrina de los santos. Como soy recogido, honesto, y doy buen ejemplo de moritificación, he obrado verdad, hombre llano, sencillo, claro, humilde, con grandes y chicos, y que soy amigo de unión y paz, y no parcial, particular, ni que trato ni hago mis cosas a oscuras, ni ando en secretos. Limosnero, y que doy cuanto tengo y no tengo a pobres, y tengo especial y gran cuidado de ellos. Que visto hospitales, y cárceles, y que suelo ir a lugares públicos a predicar [a] aquellas pobres mujeres, y acompañar y consolar a los que llevan a ajusticiar; que ha veinte y / cinco años que leo en Escuelas las Artes y santa f. 109 r.
> Escritura, y otras cosas poco leídas, y predico gratis por amor de Dios, o si dan limosna, la doy a los pobres, trabajando día y noche sin parar, y siendo mi celda como mesón de todos, y respondiendo y dando consejo a cuantos me lo piden, los cuales son muchos, y de todo género de gente, los que en mi casa y en la iglesia comunico. Que decía Misa cada día, o lo más, y ordinariamente confesaba para decirla, y que desde que me conozco, guardo este modo de vivir, sin mudarlo, aunque me vi con un cuento y más de renta; antes me recogí en mí. Que mi modo de predicar es con traza, y orden, todo enderezado a la perfección de clara doctrina, y dando razón de lo que digo. Y que he sido celoso en reprender sin aceptación; que he sido siempre aficionado a la santa Teología y santos doctores de la Iglesia, y doctrina común, piadosa y de edificación; que desde que hago los oficios de lector, predicador, confesor, y común siervo de mis prójimos, he hecho mucho y notable fruto dondequiera que he estado, siendo instrumento para conversión de muchas almas, y para que se hiciesen muchas buenas obras, comunes y particulares, en Jaén, Baeza, mayormente en Ubeda, Andújar, Caravaca, Güésca[r], Marchena y otros muchos lugares, a los cuales me han llamado e importunado fuese a predicar.

Hasta aquí la advertencia de este santo varón a su abogado; hela puesto gustosamente, porque puede

servir de instrucción a los sacerdotes, de las ocupaciones de su estado, y cómo deben vivir; y juntamente declaran quién fue el doctor Diego Pérez, a quien Dios Nuestro Señor por su mayor corona permitió esta persecución.

Todos los que conocían la virtud del arcediano confiaban mucho de su inocencia, si bien la calumnia se esforzó terriblemente. Duró esta prueba, este crisol, algunos años (así labra Dios sus siervos), que él con increíble paciencia tomó por purgatorio de sus
v. pecados; mas Nuestro Señor, / por cuya cuenta corre el honor de los suyos, por medios no entendidos de los hombres, manifestó su inocencia, sacó su virtud resplandeciente y clara después de los nublados de tantas calumnias y falsedades.

La causa tuvo felicísimo suceso; salió reconocida su inocencia, su virtud más acrisolada, su espíritu más robusto, y con mayores deseos de emplearse en el servicio de Dios. Aquel Tribunal santo le dio por libre y le laureó en testimonio de su verdad y justicia. Volvió a Jaén triunfante; fue recibido con júbilo y universal alegría de los buenos que le amaban antes por santo, ahora por santo perseguido.

Y porque la dignidad había sido la causa de la gran tempestad de sus persecuciones, aunque, pasada, podía esperar gozarla con tranquilidad, la renunció tan animosamente, como si le quedara otra tanta renta. Procuró el obispo detenerle, no fue posible. Respondióle estas palabras: «Reverendísimo señor, si vuestra señoría no gusta que yo muera en la cárcel del Santo Oficio preso, no me persuada tal». Con que dio a entender el origen de sus prisiones. Viéronse en sus perseguidores mil desdichas.

Por este tiempo, o antes de estas borrascas, el señor rey don Felipe Segundo le hizo su predicador, con orden de ir a servirle; envió la carta al padre Maestro Ávila, para que le aconsejase lo que fuese más agradable a Nuestro Señor; el padre Maestro Ávila le respondió estas palabras:

> Jesús, hijo, no le dio Jesucristo Nuestro Señor corazón para palacios, sino para salvar las ánimas, por quien nuestro Maestro dio su sangre.

Con que no aceptó este puesto, que ha sido ocasión a muchos de grandes dignidades.

Tomó resolución de seguir la desnudez de su Maestro, el padre Juan de Ávila, y desasido de todo apoyo humano, confiado en la divina providencia, predicar el Evangelio evangélicamente; determinó pasar a Roma, y con la bendición del Sumo Pontífice, y su licencia, ir a tierra de infieles a predicar el Evangelio, con vehemente deseo de ser mártir. Par-/ tió f. 110 r.
para esto a Valencia, donde, habiendo intentado su navegación, por mal temporal, no tuvo efeto; empleóse algún tiempo en predicar en esta ciudad con aquel su grande espíritu; malquistáronle algunos al principio con el patriarca don Juan de Ribera, que, conocida su gran santidad, le estimó y veneró mucho.

En esta ciudad le honró el cielo con una gran calificación, de que hacen gran estima cuantos hacen mención del venerable Diego Pérez. Florecían por este tiempo en Valencia dos resplandecientes lumbreras, los beatos fray Luis Beltrán y fray Nicolás Fator, honor de aquella ciudad y lustre de las religiosas familias de los santos patriarcas santo Domingo y san Francisco. El coronista del padre fray Nicolás, en el capítulo treinta y siete de su *Historia*, cuenta que, un día de Resurrección, el beato fray Luis Beltrán y el doctor Diego Pérez, gravísimo y famoso predicador, enviaron a decir al padre fray Nicolás, que le querían ir a dar las Pascuas; respondió que no viniesen, que él iría a casa del doctor, y juntos irían a ver al padre fray Luis Beltrán a su convento, y añadió: «Decidle al doctor, que haga gracias a Dios, que ha convertido a un gran pecador en el sermón que hizo en la iglesia mayor el viernes de Lázaro, el cual se había dado más de veinte pellizcos en los brazos entre tanto que predicaba.» Esto decía por sí mismo, conociendo cuán gran pecador era (¡oh maravillosa humildad, que no poco declara la eminencia, y energía de nuestro predicador!). Otro día fueron los santos fray Nicolás y el doctor Diego Pérez a la celda del beato fray Luis, donde gastaron hablando de Dios toda la tarde; allí, con ocasión de una grande humiliación, que intentó hacer, el padre fray Nicolás quedó elevado muy gran rato, y volviendo del rapto, alzó los ojos, y dijo al padre fray Luis Beltrán estas palabras: «Padre, ni tú ni yo aprovechamos», y, volviéndose al doctor Diego Pérez, dijo: «Éste sí,

porque le ha comunicado Dios don apostólico». Ilus-
v. tre testimonio, gran calificación de la / santidad, del acierto de la predicación del doctor Diego Pérez, dado por persona de tan gran nombre, y en ocasión tan notable.

Pasa a Barcelona, queda de asiento en esta ciudad

Capítulo XIII

No habiendo podido en Valencia ejecutar su jornada, partió a Barcelona con el mismo intento, por el año de quinientos y setenta y ocho; tres veces se hizo a la mar, tres veces por temporal le volvió el mar a la tierra, con que se persuadió, no era voluntad de Dios dejase a España, y así resolvió quedar de asiento en Barcelona, dichosísimo por haberle conocido. Fue la ocasión de que quedase en esta ilustre ciudad, el canónigo Vila, doctor en Teología, que después fue obispo de Vique; tenía conocimiento del santo Diego Pérez por haberle oído leer en Baeza; dijo a los consejeros de la ciudad que tenían allí un hombre célebre en letras sagradas, y ejemplo raro de vida, que convenía detenerle, dándole una cátedra en la Universidad; diéronle la de Escritura, con ciento y cincuenta escudos de estipendio. Comenzó luego a predicar con tanto fervor y espíritu, que le se siguía la ciudad toda, con notable aplauso y grande aprovechamiento.

Procuráronle casa acomodada las monjas de los Angeles, que les pagó con buenas obras, siéndoles confesor y padre de espíritu. Fueron grandes las medras en la virtud de estas religiosas, y hubo algunas con opinión de santidad. Malquistóle con algunas un caso que parecerá ligero, mas en la estimación de los cuerdos muy considerable: Cantaban las religiosas el oficio divino en canto de órgano, con demasiada afectación, y tono más agradable al oído que, por ventura, decente a la majestad del culto; ocasionaba que los hombres volviesen el rostro al coro por mi-

rarlas. Reprendiólo con alguna aspereza el padre Diego Pérez, y pidió se re-/mediase; siguieron algunas f. 111 r.
su consejo, y entre ellas la priora; fueron otras de contrario parecer, y por medios que se hallan fácilmente, indignaron al obispo de Barcelona, don Juan Dimas Loris, desacreditándole de suerte que, al encontrarle en la calle, le volvía el rostro por no verle. Allegaron delaciones de algunos que referían sus cosas y doctrina con torcido afecto. Fueron grandes las contrariedades y inquietudes con que el demonio procuró desacreditarle a los principios, y echarle de Barcelona. Mas, a pocos lances, informado el Obispo del raro ejemplo de su vida, virtudes y santidad, le envió a llamar, pidiéndole el santo sacerdote la mano para besársela, intentó besársela el Obispo, y de allí adelante le estimó y honró con grandes demostraciones, sin hacer cosa de importancia del gobierno eclesiástico sin su consejo, y le encomendó los negocios más graves de su obispado, y de verdad fue este perlado sobre manera dichoso, porque le envió Dios un gran coadjutor de sus obligaciones.

Otro accidente le pudo sacar de Cataluña, que parece le había cabido en suerte de su apostolado, como el Andalucía al padre Maestro Ávila. Deseó el obispo de Jaén volver a su obispado al venerable Diego Pérez, doliéndose que le faltase tal hombre. Escribiólo se volviese, moviéndole escrúpulo cerca del cumplimiento de cierta obra pía que tenía a cargo, a que él habia dejado bastantemente prevenido. Fue esta como una porfia, que duró algunos años, inventando varios medios y estratagemas para sacarle de Barcelona; últimamente envió por él un canónigo, con carta de creencia; tomó juramento el canónigo que no revelaría lo que le dijese; hecho, le intimó el mandato del obispo de que volviese a Jaén; mas, por una carta que se escribió a un padre capuchino, en que le decían respondiese con aquel canónigo, que iba por el doctor Diego Perez, avisaron al obispo Dimas, que vino en persona en casa del venerable doctor, y por obediencia le mandó que no partiese, / y el consejo de la ciudad, por salir de es- v.
tos riegos, y asegurar de una vez su apóstol, el año de quinientos y ochenta y cinco pidió a la Majestad de Felipe Segundo, que estaba en Monzón, teniendo Cortes a las tres coronas, que mandase al doctor Diego Pé-

rez no dejase a Barcelona, y al Obispo de Jaén que cesase de su intento.

Respondióles su Majestad esta carta:

> Amados y fieles nuestros: Habiendo visto una carta de catorce de octubre, y en ella nos suplicáis mandemos al doctor Diego Pérez, no haga ausencia de esta nuestra ciudad, por el notable fruto que en ella hace, con el fin que tenemos de complacer a esta nuestra ciudad en lo que se le puede dar satisfacción, habemos mandado escribir al Obispo de Jaén, que tenga por bien de que quede en esta ciudad, y al dicho doctor, que lo haga así y se os envían las dichas cartas, para que las deis y enviéis, como más convenga. Dada en Monzón, a veinte y tres de octubre de mil y quinientos y ochenta y cinco. Yo el Rey.

La carta para el doctor decía así:

> Amado nuestro, el doctor Diego Pérez: Habiéndonos hecho entender esta nuestra ciudad el mucho fruto que en ella hacéis con vuestros sermones y buen ejemplo, y que tratáis de hacer ausencia de ella, por haberos enviado a llamar el obispo de Jaén, de cuya diócesis sois, y por lo que deseamos complacer a esta dicha ciudad, y porque no falte en ella tan buen ejemplo, y doctrina, como vos los enseñáis, habemos mandado escribir al dicho obispo que tenga por bien que quedéis ahí, y de vos seremos muy servidos que así lo hagáis, por ser tan conveniente al servicio de Nuestro Señor. Dada en Monzón, a veinte y cuatro de octubre de mil y quinientos y ochenta y cinco. Yo el Rey.

Toda la estima que la ciudad de Barcelona hizo del doctor Diego Pérez de Valolivia la mereció muy bien por su doctrina, por sus virtudes y ejemplo, por las buenas obras que de él continuamente re-
f. 112 r. cibía; y dejando a los que dilata-/damente trataren de sus cosas todo el campo, pondremos como los sumarios de los capítulos, que llenará el que intentare esta empresa.

Leyó continuamente su cátedra de Escritura sagrada, con gran concurso de gente principal, y de todos estados, con grande aprovechamiento de los que le oían, porque no sólo en su lectura miraba a la erudición, más principialmente a las costumbres, y en tiempo de vacaciones, o feriados, que no se acostumbra leer, porque no estuviesen ociosos sus oyentes, leía en la iglesia de Santa Ana el Apocalipsi de san Juan, o epístolas de san Pablo, u otro libro, y un año leyó en su casa la Cosmografía.

Su principal ejercicio fue la predicación, sin faltar casi todos los domingos y fiestas de entre año, y las cuaresmas enteras. Su modo de predicar fue a lo apostólico, con un espíritu y fervor tan grande, con un celo tan de la primitiva Iglesia, que parecía un Elías; era en el púlpito un león, en la conversación familiar un ángel, en el confesionario manso como una oveja. Su tema, como la de su Maestro, Cristo crucificado, su amor, su cruz, sus trabajos, plantar la verdadera mortificación en los corazones, vocear contra los vicios, exclamar contra las ofensas de Dios, exagerar la fealdad del pecado, reprender trajes, abusos y todo aquello que aparte de la virtud e inclina al vicio. Decía que no había de predicarse, viniendo a partidos en el púlpito, ni darse licencia o permisión en cosa de que con facilidad se puede resbalar a lo que no fuere lícito; que en el confesionario se había de censurar lo que era o no pecado; en el púlpito reprehenderlo todo. Este su modo de predicar, tan rígido, hizo increible fruto, reformó aquel reino, mejoráronse costumbres, y se vió Cataluña tan llena de virtudes, cual nunca en los siglos que pasaron, ni se han visto en los que se siguieron. Ganó la voluntad de los buenos, y tan gran autoridad y crédito que, en la ciudad y todo el principado, le llamaban «el apostólico». La santidad de su vida y la verdad con / que ejercitó este tan importante oficio, le mere- v.
cieron tan honroso título. Reprendíanle algunos de que en los sermones repetía una cosa muchas veces. Respondía: «Si diciéndolo muchas veces, no se enmiendan, ¿cómo se han de enmendar diciéndoselo una vez?»

Fue celosísimo de la honra de Dios, persiguió, sin desistir de la empresa, los vicios y pecados públicos. Tenía casa de juego cierto caballero, con escándalo notable, y muchas ofensas de Dios; eran continuas las reprensiones contra este seminario de pecados; amenazáronle que le matarían si trataba más de la materia; no le permitió su celo de dejar de asestar contra este vicio. Dijo un domingo en el púlpito que le habían puesto un pistolete a los pechos, amenazándole de matarle, si no cesaba en las reprehensiones; pero que él no cesaría de reprehenderle, y de dar voces, hasta que fuese muerto, o remediado aquel daño;

remedióse, y él quedó con vida, que los valientes espíritus no se acobardan con estas amenazas.

Fue gran perseguidor de las comedias, bailes, máscaras, en Barcelona frecuentes, reprendíalas a voces, si las topaba en la calle. Escribió un libro contra ellas, y a vivir más, sin duda las quitara; hubo grandísima reformación en esta parte, y reprendió desde el púlpito al virrey públicamente, porque habiéndole rogado que no diese licencia para bailar públicamente en Carnestolendas, no lo había hecho; representóle en el sermón, con maravilloso artificio, los daños que se han seguido en el mundo de complacer a sus mujeres los que tienen cargo de gobierno público. Para evitar en parte los inconvenientes que suelen ofrecerse en este tiempo, fue el primero que introdujo que los tres días de Carnestolendas estuviese el Santísimo Sacramento descubierto en la iglesia de Belén, y en San José, de los padres descalzos carmelitas.

Introdujo la frecuencia de los sacramentos y gran veneración al Santísimo de la Eucaristía, en que
f. 113 r. había algunas / inadvertencias. Hizo que en las octavas del Corpus, y todas las veces que estuviese patente este divino Señor Sacramentado, estuviesen todos descubiertas las cabezas, ignorancia en que no se reparaba, y, predicando en Santa María de la Mar, estando descubierto el Santísimo Sacramento, y cubierto el virrey, le reprendió ásperamente, hasta que se descubrió, asentado este debido respeto. Reformó algunos abusos el día de la procesión del Corpus, a que asistían en coches y caballos con grandísima indecencia.

Fue celosísimo de la honra de los templos, en que cargó la reprehensión en los sermones; no podía sufrir se hiciese paso por ellos, ni se tratasen negocios, ni se atravesase[n] con cosas de comer, o alhajas viles, ni que delante de las puertas en días solemnes se vendiesen golosinas, ni ramilletes. Mas, en lo que era implacable, y justamente, de que hablasen hombres y mujeres, y no se estuviese con el respeto debido a la gran Majestad de nuestro Dios, que allí asiste. Si vía que algunos mozos miraban a las mujeres, o las hacían señas, no quería pasar adelante en el sermón, paraba hasta que se quitasen de allí, y ellas se cu-

briesen y retirasen. Lo mismo hacía si hallaba por la ciudad hablando a mujeres mozas; reprendíalas severamente, y hacía se apartasen los unos de los otros. Entrando un día en la iglesia de los Angeles, halló a un caballero mozo, hijo de un grande de España, hablando con una mujer de mala fama, con postura no decente; reprehendióle con notable brío, diciéndole: «Mal hombre, ¿en casa de mi amo habéis de estar vos de esta manera?» Y como el caballero tomase por la mano a la mujer, diciendo que era su hermana; le tomó por los cabezones, y le sacó de la iglesia. Tenía en estas acciones un valor, un cierto modo de imperio, que hacía que le temblasen. Estando predicando en San Justo, se andaba paseando por la iglesia un caballero forastero con sus criados; reprehendióle desde el púlpito; aguardódole el caballero a que saliese [d]el sermón, y a la puerta de la iglesia, preguntó al santo doctor si / le conocía; él, arrebatado de un celo gran- v.
de de la honra de Dios, con un brío notable le dijo: «¿Sois vos más que Dios?» Le atemorizó tanto que se hincó de rodillas, y le pidió perdón. Un día de san Antonio Abad, yendo a visitar su iglesia, para ganar las indulgencias, encontró a un noble de la ciudad que iba a caballo con el mismo intento; tomó la rienda y le hizo apear, diciéndole que era muy grande inadvertencia ir a ganar indulgencias, y no querer trabajar un poco para ganarlas.

Mirábanle todos con un respeto y veneración, que a un apóstol venido del cielo para la reformación de aquel reino. Dio muestras de tener espíritu profético, y los casos pudieron persuadirlo fácilmente. Predicando un día en Santa Ana, donde tenía la cuaresma, estaban dos señoras de lo principal de Barcelona oyéndole junto a la capilla del sepulcro, distancia grande del púlpito. Dijo la una (debía de ser culta, tan antigua es la dolencia): «¡Válgame Dios, que este hombre no se alzará dos dedos de la tierra, ni dice sutilezas!» No habiéndolo podido oír naturalmente, al mismo punto se volvió hacia ellas, y dijo mirándolas: «Yo no vengo aquí a decir sutilezas, sino a reprender vicios de los pecadores». Otro día en la misma iglesia, estando unos caballeros debajo del coro, oyéndole, muy apartados del púlpito, el santo predicador, arrebatado de aquella su vehemencia, reprendía

los vicios y pecados. Dijo con voz baja uno de los caballeros: «Este hombre parece que predica a luteranos». Al instante el santo doctor volvió hacia ellos, y dijo: «Yo no pienso que predico a luteranos, porque aquí por la gracia de Dios no los hay, sino a cristianos pecadores».

Era muy ordinario (si vía convenir al servicio de Dios, y provecho de las almas) referir en los sermones las cosas que se decían de él en las conversaciones. Dos mujeres de lustre habían una noche dicho mucho mal del padre Diego Pérez, y en particular la una, que había sido su hija de confesión y le había dejado, porque la reprendía algunas cosas que
f. 114 r. ella / pensaba que podía hacer. Dijeron hartos disparates; hubo en la conversación una buena mujer (que lo depone) que le defendió valientemente. Halláronse el día siguiente todas tres en la parroquia de San Miguel, donde predicaba, y sin haberle dicho palabra de lo que había pasado, refirió en el sermón todas las palabras que habían dicho contra él, y las de su defensa, y añadió que los que le querían bien no volviesen por él, que Dios le defendería, y remató con decir: «¡Bueno fuera que el padre Pérez les diese licencia para lo que ellas quieren!» Quedaron espantadas.

Mas lo que causó mayor admiración fue que, un día que predicaba en Santa María de la Mar, estaban en el auditorio dos mujeres muy compuestas, o por mejor decir descompuestas, haciendo ostentación y aun provocando con su gala. Viendo subir al santo doctor al altar a tomar la bendición, dijo la una a la otra: «Cubrámonos, no nos afrente el padre Pérez» Estando tan lejos, que fue imposible oirla, en subiendo al púlpito, comenzó su sermón con estas palabras: «Decid, buenas mujeres, no habéis tenido respeto a Dios, y, por haber visto este pobre viejo, habéis cubierto las cabezas». Y dando voces como un león replicó estas palabras: «¡Aquí de Dios, que me habéis tenido a mí respeto, y no a Dios; pues callad que vendrá el día de Dios!»

Profetizó la peste que el año que murió vino a Barcelona. Pasó así. Entre las cosas en que puso mayor cuidado, fue en la observancia de los días de fiesta, que se profanaban en Barcelona irreparablemente;

las tiendas abiertas, y el tratar y contratar, con poco menor publicidad que en días de trabajo. Reprendió mucho esto en los sermones, y lo remedió en gran parte. Opúsosele un boticario, que era de consejo de la casa de la ciudad, y por todos medios procuró estorbar los intentos del venerable doctor, y se dejó decir públicamente, con enojo, que, a pesar del padre Pérez, había de tener su tienda abierta, y que no había de venir él a mandarles. En un sermón que hizo día de san Juan Bautista, / dijo estas palabras: v. «Buen viejo, vos que sois de consejo, y que tenís tantas canas, decís que, a pesar mío, se abrirán las tiendas los días de fiesta. ¿No veis que yo soy ya pobre viejo, y un no nada, y que no hacéis este pesar a mí, sino a Dios? Pues yo os aseguro que en los días de hacienda las cerraréis, porque os enviará Dios una peste, que os las hará cerrar, y esto lo veréis vosotros, y no lo veré yo». Cumplióse puntualmente, porque el santo varón murió por los principios de quinientos y ochenta y nueve, y el junio y julio siguiente comenzó la peste de Barcelona, que hizo notable estrago. Mas todos los cuerdos tuvieron por mayor daño y castigo más severo el haberles llevado Dios este gran padre, que el azote de la peste, aunque muy severo, y parece le quitó Dios delante, para descargar el golpe, que su oración y santidad podían en alguna manera detenerle.

Prosigue la materia del pasado: sus escritos y virtudes

Capítulo XIV

Al continuo trabajo de leer y predicar se llegó el de sus escritos, en que, si hubiera gastado el tiempo que residió en Barcelona, le hubiera empleado fructuosamente. Son estos: un tomo, su título *Documentos saludables para las almas piadosas, que con espíritu y sentimiento quieren ejercitar las obras y ejercicios que Jesucristo Nuestro Señor, y la santa Iglesia Católica Romana enseña.* Forma en este libro un

cristiano cuidadoso, y que obra con advertencia y mérito, intencionando las obras, que, en sí buenas, por hacerse sin intención, se pierdan. Al fin de este libro pone una *Instrucción para ermitaños*, con doctrina que alcanza a todo estado de personas. Otro: unos *Discursos espirituales sobre la vida y muerte de la Princesa de Parma;* un *Tratado en alabanza de la castidad*, efecto de la que tuvo; un *Tratado de la frecuente comunión, y confesión*, muy cuerdo y grave; un libro grande, que llama *Camino y puerta de ora-*
f. 115 r. *ción,* / en que facilita este ejercicio a toda suerte de estados; un *Tratado de la singular y purísima Concepción de la Madre de Dios;* otro anda con él, que intitula *Explicación sobre el capítulo segundo, tercero y octavo del libro de los Cantares de Salomón;* otro pequeño, *contra las máscaras.* Mas, donde se excede a sí mismo, en volumen y sustancia es en el libro que llamó *Aviso de gente recogida, y especialmente dedicada al servicio de Dios*, en que trata de los peligros de personas de espíritu, y en particular de toda suerte de tentaciones con gran conocimiento de esta materia.

Estos libros, demás de ser muy doctos, están escritos con tan grande acierto, con un estilo tan sencillo y llano, que la persona de más corto caudal puede bastantemente entenderlos, sin ser necesarios comentarios y defensorios. Ostentan asimismo la profunda inteligencia que este padre alcanzó en la arte dificultosa de gobernar almas. Fue en esto tan gran maestro que por ventura en su tiempo (dejo a su gran Maestro, a quien sobrevivió veinte años) no hubo hombre de mayores noticias, ni de más acertadas experiencias. En la prefacción del último de los libros, que dijimos, dice era de sesenta y dos años, y había cuarenta y ocho estudiado estas materias, y treinta y dos tratado conciencias, y pasado por sus manos cosas innumerables, visto, leído y comunicado hombres doctísimos. Alcanzó un magisterio en esta parte y una doctrina tan sólida, que se puede seguir seguramente, y creer a quien la santidad, las letras, la edad, la experiencia, el haberse criado al lado del padre Maestro Ávila, y una gran luz de Dios, le hicieron prudentísimo. Estos talentos no los tuvo ociosos, porque, en cuantas partes estuvo, como si no aten-

diera a otra cosa, fue padre espiritual de innumerables personas; comunicólas, guiólas, mejorólas, sacó aventajadas almas; fue continuo en el confesonario, muchas veces le vieron, en acabando de predicar, sin desnudarse, sentarse en la escalerilla del púlpito, y oír de penitencia a cuantos llegaban. Todas las personas espirituales de las ciudades / donde residió, v. fueron fruto de sus manos. Su casa, oficina de virtud, abierta siempre a cuantos quisieron valerse de su espíritu, oyendo a todas las personas, por bajas y humildes que fuesen, respondiendo a todas las preguntas, con una paciencia y mansedumbre increíble. Escribió cartas y avisos a los ausentes, perseverando continuamente en un perpétuo trabajo. Mas las que participaron con ventajas del espíritu y celo de este gran siervo de Dios, fueron las monjas de casi los conventos todos de Barcelona, a quien confesaba y hacía pláticas, que, como parte más bien dispuesta, dio grandes frutos de virtudes.

¿Qué ojos podrán fijarse en el resplandor de sus virtudes? Desfallece mi vista, cuando debiera alentarse, vencida de la fuerza de sus rayos. Mayor aliento, mayor vigor pedían; mas fueron tan esclarecidas, tan heróicas, que como un sol resplandeciente vencerán las nieblas de mi cortedad y insuficiencia. Su casa fue un recoleto monasterio; tenía en su compañía buen número de clérigos; vivían religiosamente, con gran recogimiento y concierto; ocupábanse en estudiar, escribir, dados a la oración y lección y otros ejercicios piadosos; algunos ratos del día, en hacer ciertas trenzas o cuerdas de esparto, para no estar ociosos ni un momento; sustentábalos con el estipendio de la cátedra, y lo que sacaba de la impresión de los libros, y limosnas. Fueron hombres de gran virtud, en especial un padre de Calatrava era su confesor, de quien hizo mucha confianza.

Su aspecto fue de santo, venerable y grave; la composición exterior, admirable; su mesura, con gran edificación de cuantos le miraban; fue mansísimo y cortés, el trato de un ángel, sus palabras siempre espirituales, sin que jamás se le oyese alguna ociosa o inútil.

Profesó la virtud de la pobreza evangélica en su mayor rigor; su vestido, pobre y humildísimo; andu-

vo siempre a pie; las alhajas de su casa, humildes y precisas, y que, más que al uso, servían a la peni-
f. 116 r. tencia, de que fue amantísimo. La ca- / ma, un colchoncillo; él la hacía, sin que consintiese llegar a ella otras manos; una cruz de madera grande a la cabecera. No se encendía jamás fuego en su casa, ni se comía hasta el mediodía; de casa de una persona devota se le traía una modestísima comida; la salsa, la lección de libros santos y pláticas espirituales; no era la comida común, que su rara y penitente abstinencia se contentaba con un poco de carnero cocido en agua sin sal; estos eran sus platos regalados, y sainetes; jamás cenaba, con una moderada colación pasaba toda la noche. Traía de ordinario ceñida al cuerpo una gruesa cadena de hierro con unas púas que le lastimaban; diola a una persona confidente, para hacer otra por ella; derramó algunas lágrimas, por verla esmaltada con su sangre. Tenía en su casa una capilla retirada en que decía Misa; los ornamentos, en extremo pobres; un Cristo de talla que tenía en el altar, no vino en que se le diese de encarnación, pareciéndole faltaba a la pobreza. La Condesa de Miranda, siendo virreina de Cataluña, se confesaba con él, y con su piedad deseó mejorarle de ornamentos, y colgarle la capilla con algunas sedas; su espíritu pobrísimo no consintió este adorno. Fue desasidísimo de cuanto el mundo estima. Dejó el arcedinato de Jaén, la cátedra de Baeza, su patria, la estimación que tenía entre los suyos; partió a Roma, de donde, desconocido, pensó ir a predicar a infieles. No acetó ser predicador del Rey, y las medras que de puesto tan honroso podía prometerse: y es opinión constante (fácil de creer en aquel siglo) que la Majestad de Felipe Segundo le presentó en un obispado, que no admitió su humilde conocimiento.

Fue su humildad un prodigio. Léanse las prefaciones de sus libros, donde usa de términos tan abatidos y humildes, para aniquilar su persona, como si fuera un hombre lego que escribiera de cabeza. En el prólogo del *Tratado de la limpia Concepción* comienza con estas palabras: «Maravillarse ha por ven-
v. tura el cristiano letor, cuando leyere o oyere, que / un hombre tan sin devoción y letra, y teniendo por tan riguroso, haya osado tomar la pluma para escri-

bir la limpia Concepción de Nuestra Señora». Esto dijo un catedrático que leyó Escritura cuarenta años. Y en la prefación del libro *de la oración*, dice: «Bien veo que dirá el letor, pues un hombre bajuelo, ¿cómo vos os atreveis a escribir de una materia tan alta como la oración?» Y palabras equivalentes se hallan por todos los libros. Pidióle una persona grave un sermón; envió un hermano suyo estudiante a acordárselo; preguntó si estaba en casa el padre apostólico; atravesóle la palabra el corazón; bajó con aquella su santa indignación, y, después de haber dicho de su persona muchas bajezas, le dio una grave reprensión, porque le llamaba apostólico. En esta parte pudo conseguir poco: con este honoroso título le conocía aquel reino.

Su castidad y recato fue admirable. Es opinión asentada que fue virgen. Así lo afirmó el padre Lorenzo, de la Compañía de Jesús, en el sermón de sus honras, y lo afirmaba su confesor, y de esta virtud fue fruto el *Libro de la castidad*, donde habla de la virginidad tan altamente. De su recato en el hablar con mujeres (guarda de esta virtud), me valdré de una gran autoridad, que saneará mi crédito: el maestro Juan Francisco de Villava, prior de Jabalquinto, en el docto tratado de los alumbrados, que anda al fin de sus *Empresas espirituales*, en la advertencia segunda, de la doctrina de san Crisóstomo, casi al fin del libro, reprendido el poco recato de algunos en el tratar mujeres, que hacen profesión de espíritu, dice poniendo al margen al doctor Diego Pérez:

> Y si los que se defienden con decir que no es su trato con galanas, y que por tanto no es razón que de ellos se presuma cosa fea, no obstante que se ponga en la ocasión, podrán engañar a los bobos, y no a una persona que yo conocí de las mayores prendas de letras y santidad que pisó nuestra tierra, que solía decir que no se atreviera él a ponerse solo en un aposento con una disforme negra de Etiopía, porque el demonio, cuando quiere y le dan lugar, es mejor pintor, y / más diestro que Apeles y Micael Angel, f. 117 r.
> y sobre lo más disforme y feo, sabe poner matices de cielo y sombras de gloria, como cada día se ve por experiencia de personas que, dejando a sus mujeres, como unos serafines, se mueren por esclavas y fregonas.

Hasta aquí el Maestro Villava. Esto decía de sí un hombre de tan consumada santidad. Esta humil-

dad fue su mayor defensa, que confianzas indiscretas han sido despeñadero de muchos.

Su amor de Dios fue ardientísimo, igual el celo de su gloria, extremado en el amor del prójimo, para cuyo beneficio parecía haber nacido. Su oración, continua y elevada; gozó en ella muchas visitaciones divinas; tuvo muchas luchas con los demonios: sus compañeros le oían hablar con ellos; tratábanle con crueldad, ofendidos de las presas que les sacaba de las manos; apretábanle a veces de manera que el santo viejo no podía respirar; y, habiéndole una noche echado por una escalera, y pensando los enemigos que le dejaban rendido, él les decía a voces: «Aquí estoy, y si sois demonios, en el nombre de Dios volvamos a la pelea». Desaparecieron afrentados, tuvo notable imperio sobre ellos, y expelió algunos que tenazmente poseían y atormentaban los cuerpos. Pasó esta virtud a sus reliquias.

Mas la virtud que con admiración le hizo amable y campeó más en este siervo de Dios, fue la caridad con los pobres. Apenas tenía para el sustento moderado de su casa; molestábale la necesidad ajena. Fueron grandes las limosnas que hizo, las miserias que remedió; cualquier regalo que le hacían, que la prudencia cristiana obligaba a recibirle, iba a los pobres de los hospitales; era muy inclinado a remediar necesidades de religiosas; todos sus ahorros eran para tener con qué contentar al pobre; dio tal vez las sábanas de la cama. Saliendo un día del Estudio general de Barcelona, se le puso delante un clérigo forastero, sin tener cosa con que cubrirse; pidióle limosna; quitóse el manteo que tenía puesto, dióle
v. al pobre; fuése en cuerpo, nunca más bien ador-/nado en los divinos ojos. Como lo vían tan fiel dispensador de lo propio, le ayudaron muchos con grandes cantidades de dinero; nunca le faltó qué dar. Una noche, dadas las diez, tocaron a su puerta y preguntaron por él; los compañeros no le dejaban bajar, temiendo que alguna persona a quien hubiese ofendido predicando, quisiese hacerle algún daño; él respondió que le dejasen ir, que no le haría Dios tanta merced que le matasen por esa causa. Bajando a la puerta, le dieron una gran suma de dinero y mucha ropa, de que venía una carga. Reformó el hospital

general, y puso buen orden en el servicio de los pobres; servíanle franceses; hizo que todos los sirvientes fuesen naturales, y los vistió de sayal, y con las frecuentes visitas que los hacía, y sus limosnas, y lo que las encargaba en los sermones, se mejoró el partido de los pobres en número y regalo.

El año de quinientos y ochenta y uno fue estéril en aquel reino, y grande el concurso de pobres de Barcelona. Insistió se erigiese el Hospital de la Misericordia, donde se socorriesen los pobres, y se doctrinasen, y en él se recogiesen las criaturas que andaban perdidas por la ciudad. Consiguiólo; venció grandes dificultades y contradiciones; fue obra heróica. Críanse en este hospital gran número de niños, y les enseñan oficios y ser cristianos. En reconocimiento de esta hazaña se puso un retrato suyo en este hospital.

Extendióse su misericordia a los pobres de la cárcel; eran muchos, mayor su necesidad; hizo les dijesen Misa (había tiempo no la oían); reedificó una capilla y la proveyó de ornamentos; erigió una congregación de hombres píos, que cada día les llevasen una olla para su sustento. Apenas hubo obra pía que no recibiese aliento de su misericordia.

Con estas obras y vida alcanzó tan gran opinión, que le tenían todos como un apóstol, un profeta, un ángel del cielo. Llamábale la ciudad a todas las consultas graves que se ofrecían; daba su parecer sin pasión, a gloria de Dios y / provecho del bien públi- f. 118 r.
co. Su autoridad, más que de hombre. Fue árbitro de la paz pública. Componía todas las diferencias y discordias públicas y particulares. Compuso un gran encuentro entre el virrey y el obispo, sobre llevar éste una silla en la procesión del Corpus. Temiéronse grandes pesadumbres y escándalos; mas el venerable doctor, con su prudencia y autoridad, los redujo a una amigable concordia. El año de quinientos y ochenta y ocho hubo una grande discordia entre la ciudad y virrey; pasó tan adelante el desconcierto, que una compañía de quinientos hombres acometió al palacio, y comenzaban a disparar, y la gente de la ciudad les seguía. Acudió con gran presteza el venerable Diego Pérez; fue tanta su autoridad, y la opinión de su virtud, que con sus persuasiones les hizo dejar las

armas, y salir de los zaguanes de palacio; atajó aquel tumulto, sin que sucediese la menor desgracia; asentó un amigable acuerdo.

Empleado en tan heroicas obras, tan del servicio de Dios, le parecía que era siervo inútil, y no hacer nada; todas sus ansias eran de ser fraile capuchino. Intentólo varias veces; opúsose el obispo y los perlados mismos de la religión no vinieron en sus ruegos, y se lo disuadían por no impedir el gran fruto que hacía; mas murió con estas ansias. En su testamento dice estas palabras: «Deseo que los padres capuchinos lleven mi cuerpo, o le hagan llevar a Monte Calvario, y allí me entierren cerca de ellos, que ya que en vida deseé estar con ellos, y ser su compañero, y no pude, sea siquiera muerto». Favoreció grandemente a estos padres cuando entraron a fundar en Cataluña; alabábalos en sus sermones y leciones. Del mismo beneficio participaron los padres descalzos carmelitas; venció algunas dificultades.

Habiendo pasado una feliz carrera, acabado su curso, le llamó Dios para darle la corona de justicia. En su última enfermedad le faltó la habla y sentido ocho días continuos antes que muriese; algunos lo
v. atribuyen a haber pedido a Dios / no le enviase muerte con que diese contento a sus amigos; a esto llegó su humildad; que morir predicando, regalándose con Dios, dando consejos, disculpa una vida poco cuerda, aumenta grandemente el crédito de los que vivieron bien. Otros, y por ventura lo más cierto, dicen lo pidió a Dios, enfadado de ver que, estando enfermo, le viniesen a venerar como a santo, con demostraciones de estimación, intolerables al desprecio que de sí hacía. Libróle sin duda Dios de una gran molestia; todos los ocho días que duró la suspensión, vinieron a visitarle innumerables personas de todos estados; besábanle pies y manos, y hacían otras demostraciones de la opinión que tenían de su gran santidad. Por todo este tiempo salía de sus pies y manos, y de todo el cuerpo, un olor suavísimo que llenaba el aposento. No será juicio temerario pensar que esta suspensión fue efecto de la enfermedad, sino obra sobrenatural, y que Nuestro Señor, aun en esta vida, le comunicó unos vislumbres de la gloria, que tan vecina tenía. Y no es leve conjetura que, habiendo estado

estos ocho días sin moverse, se levantó después por sí mismo, llamó al padre Calatrava, y se abrazó con él, y le dijo algunas cosas en secreto, que las entendió él solo; volvió a tenderse en la cama; poco después, con grandísimo sosiego, dio a Dios su espíritu, sin accidente o señal que suele haber en aquel trance, como levantarse el pecho, o caer alguna reuma, y no echaran de ver si había muerto, si unos como resplandores que le salían del rostro, con que parecía un ángel, no testificaran su tránsito, y su gloria. Viéndole muerto se abrazó con él el padre Calatrava, y con lágrimas dijo: «¡Oh, santo varón apostólico, bien te podemos llamar mártir, por el deseo que tuviste de padecer martirio, y virgen como el día que naciste, de lo que puedo dar testimonio delante de Dios, como el que te confesó cuarenta años!» Fue esta muerte a los veinte y ocho de febrero, a las once de la noche, de mil y quinientos y ochenta y nueve (habiendo predicado once años en Barcelona), en casa de una viuda noble y devota hija espiritual suya. Hizo el / padre Calatrava salir la gente de la pieza, f. 119 r.
y dio orden a dos virtuosas matronas, hijas espirituales del padre, que compusiesen el cuerpo. Quisieron quitarle la camisa por devoción, y ponerle otra limpia, y yendo a ejecutarlo, perdieron de tal manera la vista que no pudieron ver el cuerpo virginal, ni hacer nada. Llamaron al padre Calatrava, que mandándolas salir, él solo cerrado compuso el cuerpo santo. Una de estas piadosas mujeres le cogió un bonetillo que tenía en la cabeza, con que dormía: instrumento con que ha obrado Nuestro Señor prodigiosas maravillas.

Cuán gran milagro tuvo Barcelona en el doctor Diego Pérez vivo, lo mostró en su muerte; apenas había dado su espíritu, apenas había restituído su alma debida a Cristo, cuando toda la ciudad con gran concurso acudió a la casa, en que murió, a venerar y honrar al santo difunto, procurando algunas cosas de su uso para guardar por reliquias. Fue menester poner guardas; retratáronle muerto, y hoy se conserva con estima en muchas casas del principado. Con un concurso de toda suerte de personas, con un afecto y sentimiento grande, le llevaron a Monte Calvario, y le entregaron a los padres capuchinos,

que con suma estimación le recibieron y le pusieron en la sepultura misma de los religiosos, pues lo fue con el afecto y deseos, donde es visitado de muchos. Hiciéronse en Barcelona grandes demostraciones de sentimiento y amor, reconociendo la gran pérdida. Apenas hubo iglesia o convento de monjas, donde no se hiciesen solemnísimas obsequias, las mayores que se han visto fuera de personas reales; levantáronse túmulos, humeaban los altares, resonaban las bóvedas de los templos con sus alabanzas. Pusiéronse varias poesías en lugares públicos, en que referían sus virtudes, sus hazañas, y se conservaron muchos días. Háse venerado su sepulcro como de hombre santo, y invocado su intercesión en todas necesidades, y Nuestro Señor ha obrado gran número de milagros con el contacto del bonetillo, que dijimos. Los padres capuchinos, / agradecidos del afecto v.
que les tuvo, cuanto envidiados de tener tan gran reliquia, han recibido deposiciones varias de muchos que han conseguido salud en dolencias peligrosas, enfermedades desesperadas; hanse reducido a un librico todos estos milagros, con algunas deposiciones de su vida de personas fidedignas, que por manos segurísimas han venido a las mías, de donde he sacado este sumario, que servirá de dar alguna noticia de este gran varón, mientras que sus barceloneses, obligados de tantos beneficios, nos den enteramente su vida. Si bien esta obligación toca igual y, por ventura mayor, a sus naturales de Baeza; y es de admirar que, en tantos años, una ciudad, donde ha habido tanta religión, tantos hombres insignes en letras y virtud, no haya hecho informaciones de las virtudes y vida de este varón apostólico, y sacádolas a luz; que fue gloria no sólo de la iglesia y obispado de Jaén, sino de toda España. Espero ha de enmendarse este descuido, y que unidas Barcelona y Baeza han de acudir al Pontífice Romano que nos permita públicamente venerar por santo al que tenemos por tal, manifestando al mundo sus virtudes y vida, para gran gloria de Dios y aprovechamiento de los fieles.

Vida y virtudes del siervo de Dios, el padre Hernando Contreras

Capítulo XV

El muy reverendo padre fray Luis de Granada, como dejamos escrito, no refirió en particular los nombres de los discípulos del padre Maestro Ávila, por ser los más de ellos vivos, y otras razones que pudieron obligarle al silencio. Sólo, hablando de su predicación en Sevilla, dice: «Aquí se llegó a él el padre Contreras, y algunos clérigos virtuosos, que trataron familiarmente con él, y se aprovecharon de su doctrina». Y en la predicación de Granada, añade: «Pudiera referir las personas insignes, que fueron tocadas de Nuestro Señor, que después fueron doctores en Teología, y / muy útiles a la Iglesia con su f. 120 r.
ejemplo, y doctrina». Nombró al padre Contreras, o por ser ya difunto, o por el honor grande que daba al padre Maestro Ávila, con decir que se le llegó el padre Contreras y se aprovechó de su doctrina, ora sea como compañero, como yo creo, ora como discípulo. Fue alabanza incomparable del padre Maestro Ávila, que el padre Contreras, ya de mayor edad y consumada virtud, se le allegase. Debemos a este varón santo el haber gozado España al padre Maestro Ávila. Fue la mano de que se valió Nuestro Señor para detenernos a este varón apostólico. Debémosle grande agradecimiento y honorífica memoria, dándole el último lugar entre los discípulos, aunque haya sido el primero.

Produjo esta generosa planta la nobilísima Sevilla, fecunda madre de eminentes hombres en letras, armas y santidad. Fue su padre Diego de Contreras; no se tiene noticia del nombre de su madre. Da lugar a que pensemos que lo fue la caridad, que le engendró en sus entrañas, e hizo olvidar la naturaleza. Nació el padre Hernando de Contreras cerca de años de mil y cuatrocientos y setenta. Criáronle sus padres

en todo género de virtud y ejercicios loables. Siendo de edad competente por sus grados, fue ordenado sacerdote. Sazonó los más floridos años de la vida con los estudios sagrados. Salió aventajado teólogo y muy buen predicador, conforme a la verdad y sinceridad que se profesaba en aquel siglo. Sirvió en el coro de la iglesia catedral, y con humildad es fama que se ocupaba en enseñar los mozos de coro, y clerizones de la iglesia, latinidad sin algún interés, porque se aficionase a la virtud, y a servir mejor los ministerios eclesiásticos, y aplicarse al estado clerical. Comenzaron a descollarse en él desde muy mozo todas las virtudes; dificultoso es juzgar cuál de ellas dio mayores resplandores: sacaban las unas a las otras, y, como estrellas fijas en el firmamento de su alma, la convirtieron en cielo: grata habitación de
v. Dios. Fue admirable su humildad en lo interior y / exterior; escogió para su habitación una casilla humilde y pobre cerca de la iglesia catedral, no lejos de la puerta del Hospital de Santa Marta. Solía alquilarse a alhameles para tener allí sus caballos. No alteró nada su forma; acomodó en el pesebre la cama; los colchones, unas hazas de sarmientos, y un madero por almohada; y, por evitar la nota, la cubría con un cobertedor pobrísimo. Aquí le visitaron los más doctos y nobles hombres de Sevilla, y habiendo llegado a una suma estimación, perseveró en ella hasta la muerte. Después de ella el cabildo de la iglesia catedral la incorporó en el hospital; no permitió que aquella humilde casilla, ennoblecida con la habitación de tan insigne varón, y en cierto modo consagrada en templo, sirviese más a usos profanos.

La templanza en el manjar afirman los cercanos a su tiempo que fue rara; apenas sabían cuándo comía; jamás admitió convite, aunque le porfiasen personas de autoridad, por no aventurar un solo día su abstinencia. No hay palabras que igualmente signifiquen su pobreza de espíritu, y el desinterés sobrehumano, siendo dueño de las haciendas de todos, y manejando tan grandes sumas de dinero, como después veremos. Nunca tuvo cosa propia; el menaje de su casa, correspondiente a la regalada cama que dijimos: unas sillas, una mesa con sus libros, prendas preciosas que hoy conservan doctos que los saben

estimar. Su hábito, de verdadero pobre: un manto basto de paño negro abierto por los lados, como entonces usaban los sacerdotes, un bonete redondo, un sombrero encima con que cubría la cabeza, y un báculo en la mano. Su inclinación natural era la misericordia y caridad con los prójimos; devotísimo de los pobres de los hospitales, sus queridos amigos, para ellos eran todos los regalos que le hacían. Cantó Misa un sobrino suyo, llamado Francisco de Contreras; no previno cosa alguna para la fiesta; enviáronle devotos suyos muchos regalos; acetólos sin desechar ninguno; enviólos todos al hospital de los in- / cura- f. 121 r.
bles, y generalmente cuantos socorros, limosnas y regalos le hacían, en salud y enfermedad, los repartía entre los pobres, dándose las manos la caridad y la pobreza y la abstinencia; ésta le hizo natural un sustento uniforme y moderado. Fue hombre de gran oración y meditación altísima; con ella celebraba frecuentemente, y con grande ejemplo de devoción; la contemplación, de la muy fina, y elevada; fue humanísimo: daba a todos agradable oído, acudía a las necesidades de todos, sin excusarse en cosa alguna, era afable de condición, jamás se le conoció descuido en su vida, ni una ligera imperfección. Hízole más amable ser de linda estatura y disposición corporal; fue muy devoto de Nuestra Señora, y la adoraba en su santa imagen del Reposo, que está detrás de la sacristía mayor de la santa iglesia. Cuentan que, habiéndosele causado de sus trabajos una pasión en el pecho, que le ahogaba, se vino delante de la santa imagen, y le dijo: «Virgen santísima, dadme reposo». Y al punto, echó de su boca una culebra mayor de un palmo, quedó libre de su mal. Por estas virtudes comenzó a ser conocido por los años de quinientos adelante, con notable estima de aquella gran ciudad, apreciadora de hombres de partes y méritos. Predicaba muchas veces (demás del sermón continuo del ejemplo de su santa vida); poníase una sobrepelliz muy llana, no por parecer singular, más por su humildad y el desprecio grande que de sí tenía. Estimóle en mucho el cardenal don Alonso Manrique, arzobispo de Sevilla, y haciendo una fiesta a san Ilefonso en su día, encomendó el sermón al bendito padre Hernando de Contreras; predicóle; hallóse pre-

sente el Cardenal; puesto en el púlpito puso los ojos en él; dijo: «Reverendísimo padre, vos me habéis mandado predicar este sermón de la fiesta de san Ilefonso, y yo os he obedecido como a mi perlado y señor, y me ha dado que pensar lo que he de predicar: «Él Alonso y vos Alonso, mirad lo que va de Alonso a Alonso». Yo haré lo que debo por mí, y vos haréis por vos, y encomendémonos ambos a Dios».
v. Con esto comenzó el sermón; fuése por / la vida del santo, y sus virtudes; y, como las iba ponderando, volvía al arzobispo con su tema: «Él Alonso y vos Alonso, mucho va de Alonso a Alonso». Celebró el Cardenal el sermón, y gustó grandemente de aquella gran sinceridad y bondad; desde entonces en Sevilla quedó por proverbio, y común modo de hablar; cuando se hace comparación de personas desiguales, suelen decir: «Él Alonso y vos Alonso, mucho va de Alonso a Alonso». Floreciendo en esta gran opinión de santidad el venerable Hernando de Contreras, sucedió la jornada a las Indias del padre Maestro Ávila, y con ojos en cierto modo proféticos, conoció el gran provecho que había de hacer con su dotrina; dio noticia al Arzobispo, para que le detuviese, y conociendo más cada día la gran santidad de nuestro varón apostólico, se le llegó, como dice el padre fray Luis de Granada, con cuyo trato y amistad no hay duda que recibieron nuevos quilates sus virtudes.

Coronó el santo padre Contreras esta vida tan ejemplar y santa con la obra de mayor misericordia de redimir cautivos, en que igualmente participan de libertad cuerpo y alma. Floreció la mayor parte de su vida, computado el tiempo de su muerte, cuando los moros de África, en emulación del invicto Carlos Quinto, molestaron con invasiones continuas las costas de nuestra España. Llevaban en cautiverio gran número de cristianos, y los trataban con rigor inhumano, en especial Dragud Arraez, rey de Argel, cosario cruelísimo. Llegaban por momento a Sevilla nuevas lastimosas de las continuas presas, y del fiero tratamiento; lastimaron el ánimo piadoso del santo sacerdote; resolvióse de darse a esta ocupación de redimir cautivos. El fuego grande de amor de Dios, que ardía en su pecho, le compelió en cierto modo a aplicarse a esta obra tan pía, tan santa, y con no-

table fervor vendió su patrimonio, ejemplo con que facilitó la empresa. Comenzó a juntar limosnas en Sevilla, y sus vecinos, viendo el ardor de su espíritu, estimando se ocupase en obra de tan singular misericordia, le co-/menzaron a acudir con larga mano. f. 122 r.
Juntó la mayor suma que pudo, y animoso en Dios, con un aliento gallardo, sin reparar en peligros, se encaminó la primera vez a Marruecos, donde comenzó su trato felicísimamente; y con la alegría natural de su rostro, y su modo afabilísimo, y con el ejemplo raro de su vida, ganó el amor y gracia de los moros; llamábanle «morab», que en su lengua quiere decir hombre de Dios, bueno y santo, usaron con él diferentes tratos de los que comunmente suelen con religiosos y otras personas que hacen estas redenciones; no hubo menester mudar su hábito, ni disimular su estado clerical, que con él y por él fue respetado y conocido; con él entraba, y salía, y discurría por toda la Berbería, sin peligro ni recelo. Es fama que gastó en estas redenciones, en que ocupó gran parte de su vida, más de trecientos mil ducados, mas con tal despego y desentenresamiento, mejor diría, temores del dinero, que jamás le vio o tocó; todo cuanto juntaba y llevaba a las redenciones, corría por mano de terceras personas de confianza, que, como le estimaban, le acudían. Procedió con los moros con tan gran satisfacción y fidelidad, llegó a tener tan gran crédito con ellos que, si le faltaba dinero en Berbería para redimir los cautivos que le encomendaban, y él juzgaba que convenía sacarlos de cautiverio, por algún peligro, especialmente mujeres, y gente nueva, los pedía debajo de su palabra, y cuando quería asegurar a los moros que le pedían prenda, les daba el báculo que traía en la mano, compañero de sus peregrinaciones, y se le entregaba, y prometía desempeñarle presto, y los bárbaros quedaban tan seguros y contentos, como si les dejara un joyel precioso, y tal vez hubo que dejó el báculo empeñado en tres mil ducados; la avaricia africana, a vista de tan gran virtud, perdió su naturaleza; es tradición que este báculo le desempeñó la ciudad de Sevilla, dando los tres mil ducados, y le presentó al emperador don Carlos, que le mandó poner entre sus joyas, y estimó como otra vara de Moisés, que mudó

v. naturalezas; púsole el / nombre del varón santo, cuyo había sido, y nota de quien le había dado.

Iban en la compañía del santo padre Contreras, en los muchos pasajes que hizo al África, la paciencia, la humildad, la abstinencia, virtudes que se ejercitan en estas ocasiones, haciendo a todas la guía un fervoroso amor de Dios y de los prójimos. Cuando entraba en Argel, y en otras partes de África, le recibían los cautivos cristianos como a un ángel, cantando con voz alta: *¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor.* Y los moros se lo permitían por la gran reverencia que tenían con el santo Contreras, que así le llamaban, y mientras se detenía en Argel, eran los cautivos tratados con humanidad por su respeto; era universal el consuelo de los fieles; animábalos, consolábalos, confortábalos en la fe, dando libertad a los unos y ciertas esperanzas a los que quedaban.

Cuando salía de Sevilla (caminaba siempre a pie), le iban acompañando hasta la embarcación los hombres más principales de la ciudad, y al entrar en los puertos de Berbería le salían a recibir los moros y turcos, no sólo por el interés que les llevaba (como ellos decían), sino también por que les daba salud con su bendición y toque de sus manos, y le traían sus enfermos para que los tocase y bendijese. Mas lo que no puede referirse sin lágrimas y ternura, es el ver al venerable padre volver de sus redenciones. Entraba el noble triunfador en Sevilla; no como el ambicioso emperador romano, que acompañaban el carro de su triunfo libres hechos esclavos, por solo el derecho de su espada; mas el capitán de Cristo, por el fuero de la caridad, entraba acompañado de libres, sacados de cautiverio. Salía todo el pueblo a verle y recibirle, y él, rico con tan honroso despojo, alegraba a todos con su presencia, y la de sus cautivos, y caminaba triunfante hasta el templo de la caridad, donde fijaba el estandarte del amor del prójimo, que servía de guión en esta empresa. Aumentaban
f. 123 r. este acompañamiento / muchos moros y judíos que traía convertidos, que era otra parte de sus felicísimas jornadas, que pide más larga historia. Trabajó mucho en la conversión de [in]fieles; disputaba con

84 Mt. 21,9.

ellos, sobre el engaño de sus setas, y con sus grandes letras, fervorosas y eficaces razones, trajo a muchos a la fe de Cristo.

Publicaba en Sevilla su empeño, sus necesidades; decía públicamente en las iglesias y plazas, y en las casas de los principales, eclesiásticos y seglares, que venía empeñado en tantos millares de ducados, que cada cual había de ayudarle a desempeñarse, y que, después de la honra de Dios, era de los particulares de Sevilla; y así, con la confianza en el celo, y de los ciudadanos ilustres, prometía a los moros de cumplirles su palabra con brevedad; todos le acudían largamente, pagaba lo que debía, y las sobras de unas redención era principio de otra. La mayor parte, y última de su vida, como dijimos, se ocupó en esta contratación santa, imitando al Hijo de Dios, que, por rescatar los hombres del poder del demonio, del pecado y del infierno, vino al mundo, y ganó el glorioso título de Redentor. Con los continuos pasajes del santo padre Contreras, era tan conocido en Argel, como en Sevilla, y en ambas partes estimado por santo, de manera que los moros pedían rogase al santo Alá por ellos, para que les diese buenos sucesos en sus cosas; mas su gran caridad, reputándolos, aunque infieles, por sus prójimos, pedía a Dios su conversión, y porque se aficionasen a la fe católica, suplicaba les concediese los bienes temporales, en que sucedió un caso muy notable.

Estando en Argel, en uno de estos rescates, por el mes de abril —no es cierto el año, aunque se presume sería el de quinientos y treinta y uno, que fue generalmente falto de agua—, era señor de Argel Hariademo Barbarroja, pidióle licencia para el rescate a que venía. Estaba la tierra falta de agua, preguntóle el rey si había llovido en España, respondióle el padre Contreras que sí, porque los cristianos habían pedido a / Dios con devotas oraciones su remedio, v.
y Dios les había oído; quedó suspenso el bárbaro, y le dijo si quería hacer oración a Dios por ellos, para que les diese agua. Vino el santo sacerdote en hacer lo que pedía, con que le diese para ello todos los niños menores de siete años, y los niños cautivos, que no pasasen de diez (había buen número entonces), y que si Dios le oyese y enviase agua, le había de dar

libres los niños cristianos, y que si no, recibiese la buena voluntad y deseo de servirle. Aunque la condición parecía dura, vino el rey en el concierto; creyó que no tendría efeto la promesa, porque el milagro había de ser muy grande y, conforme a las influencias del cielo y días de luna, era imposible lloviese. Mandó luego dar los niños moros y cristianos de la edad que el santo varón había pedido; pasaban los fieles de doscientos; juntólos en la plaza de Argel; ordenó con ellos, y otros eclesiásticos, que le permitieron, una devota procesión; encaminó al baño de los cautivos (así llaman un lugar donde a estos esclavos miserables se les dice Misa y administran los santos sacramentos de la Iglesia); iban cantando las letanías romanas; apenas comenzó a caminar toda aquella inocencia, cuando el cielo reconoció la fe de su ministro, ablandóse de manera, y comenzó a dar tanta abundancia de agua, que por todo aquel día no pudieron salir del baño; los moros quedaron atónitos, el rey confuso y les envió socorro de comida. Duró el agua seis días continuos, con que remediaron los campos. Cumplió el rey su palabra, con que el santo varón volvió muy rico con los gajes de su fe; afirman que aquella vez trujo más de trecientos cautivos.

Creció con esto su opinión entre los moros, y en todos sus trabajos se encomendaban en sus oraciones, y comunibábanle sus más íntimos secretos, hasta los renegados, que suelen, por la vergüenza que sienten de su apostasía, huir de los religiosos; y algunos, que conocían su yerro, le pedían sus oraciones; dá-
f. 124 r. banle algunos avisos de máquinas que se inten- / taban contra los cristianos, en gran beneficio de estos reinos, especial una salida que intentaba el rey de Argel; vino a reparar el daño, con sentimiento del moro; con que cesaron sus viajes, con gran dolor de corazón, por impedirle el uso de su caridad en obra tan heroica, aunque él la ejercitaba en otras cosas muy del servicio de Dios.

Tuvo noticia de las virtudes y viajes del santo padre Contreras el emperador Carlos Quinto, y le presentó en el obispado de Cuadix; mas el varón cuerdo, con profunda humildad y agradecimiento, se excusó de esta carga, no se pudo acabar con él que la aceptase. Cuentan personas de crédito que, el día que le

trujeron la cédula, sintió una grande y notable turbación, y que se retiró a su casa, y se dió una fuerte disciplina, como para vencer una molesta tentación, y entendido por un amigo suyo, le preguntó la causa de maltratarse así; tras haber dejado un obispado, hazaña que merecía más premio que castigo, respondió que había azotado a un diablo obispo, que le quería tentar.

Habiendo llegado con estos santos ejercicios a una grande ancianidad, causada más de los trabajos y penitencias, que de los años, se le aumentaron sus enfermedades: padecía unas llagas en las piernas ocasionadas de los caminos; andaba con dificultad y pena. La aflición de su espíritu, por no poder acudir a sus peregrinaciones, le congojó en demasía; entre estas ansias, y muchas obras buenas, le sobrevino la enfermedad postrera, en su pobre casilla, teniendo su gran pobreza por compañera, la cama en el establo, donde le visitaban los hombres más graves y principales de Sevilla; asistíale el sobrino clérigo, o un hermano del hospital de las tablas. Vino a visitarle en esta ocasión la duquesa de Alcalá, doña Juana Cortés, y compadecida de tan pobre y áspera cama, le ofreció enviarle una, en que tuviese algún descanso; acetóle de buena gana, y luego que llegó, la envió al hospital de las tablas. Con el poco regalo,y los dolores, y miseria, que voluntariamente padecía, ocupado continuamente / en la meditación de la pasión v.
de Cristo nuestro Señor, habiendo recibido con devoción cristiana todos los sacramentos, que en el discurso de la enfermedad había frecuentado diversas veces, con suma paz y tranquilidad, volvió su espíritu a su dueño, que para tan gran gloria suya le había dado, a los veinte de febrero el año de mil y quinientos y cuarenta y ocho, a los setenta y seis años de su edad. Quedó su rostro tan hermoso y ledo que parecía dormido. Las duquesas de Alcalá y de Béjar le amortajaron y vistieron con sus manos; buscábanse sus alhajas por reliquias, y con un bonete suyo, que llevaban a enfermos, obró Dios grandes milagros. El cabildo de la santa iglesia, con generoso y piadoso. afecto, se encargó de sus obsequias. Hízosele el entierro con la pompa funeral que si fuera un gran perlado; lleváronle en hombros los más graves pre-

bendados; concurrió todo el pueblo, deseoso de venerar y tocar el santo cuerpo. Diósele honorífico lugar en la iglesia catedral, señalado milagrosamente, según cuentan, por un niño, en parte que se ha negado a sus perlados. Y, a su costa, el cabildo, sobre el sepulcro, murado para mayor conservación y decencia del cuerpo, puso una losa gravada; en ella este epitafio:

> Gloriam G. D. Deo.
> Dormit hic clarus virtutis omnis alumnus Fernandus a Contreras, Guadice Episcopus designatus, qui post omnia monstra devicta pauperiem mansuefecit habuitque comitem, et captivorum in Africa redemptioni magnis exhaustus erumnis usque ad senium inservit, postquam judaeos et sarracenos ad veritatis agnitionem compulerat. Obiit anno Domini 1548, decimo kalendas Martii.

Declara esta inscripción sus virtudes, con pocas palabras comprende lo más generoso y excelente de su vida. Estos días la piedad religiosa de un gran
f. 125 r. amador de la vir-/tud, y honrador de los santos, ha hecho que se reciban informaciones de su vida, y renovado las letras de la losa, y, aunque se movió para este efeto, la veneración al santo cuerpo venció a la curiosidad, aunque parecía justa; no se llegó a descubrir el cuerpo, que sin gran causa no es bien inquietar a los muertos, si bien los que andaban en la obra, setían se encubría allí un gran tesoro. No se quedó su opinión en estos reinos, túvola igual de santidad en los extraños; el padre Nicolás Orlandino, ya citado, dice de él estas palabras en el libro octavo, número ochenta y nueve:

> Hispanus erat quidam Ferdinandus, cognomento Contreras, apprime sancus, qui charitatis studio flagrantissimus eorum sibi christianorum depoposcerat curam, sive corpora de servitute redimeret, sive ut animas a Satanae dominatu defenderet. Hic oblatum episcopatum et abbatiam simul adiunctam constanti animo recusaverat, eodemque semper tenore vitae adeo se probaverat universis ut magna apud Hispalim sanctitatis opinione decesserit. Cuius ad funus facto undique ex ea civitate concursu tanta fuit seu pie cadaveris attrectadi religio, seu reliquiarum inde aliquid asportandi cupiditas, vix ut aliquid ex barba, capillo, unguibus totoque cultu corporis superfuerit.[84 bis]

84 bis *Historia Societatis Jesu*, p. 181-182.

De los ministerios en que ocupaba sus discípulos; y en particular de las Misiones

Capítulo XVI

Puso Nuestro Señor en su Iglesia al padre Maestro Ávila por un perfecto dechado del estado sacerdotal, por capitán y guía de otros muchos a quien cupo esta dichosa suerte, y le habían de imitar en los siglos venideros. En dos cosas consiste principalmente la obligación de este estado, como consta de la carta que escribió el gran padre de la Iglesia san Jerónimo a Nepociano, en que trata de la vida de los clérigos: la primera, la perfección de la vida, excelentes virtudes, la santidad que pide traer entre las manos la sangre de Jesucristo en los santos sacramentos; la segunda, apro- / vechar al prójimo, la en- v.
señanza de los pobres de las cosas de la religión y virtud, en cuyo número entran muchos ricos de bienes temporales. El haber florecido eminentemente en estas dos partes el santo Maestro Ávila, consta en lo que habemos escrito, y resta de ver en esta historia. Su magisterio y predicación, hasta humillarse a instruir a los niños en los principios de la religión cristiana, y subiendo desde este extremo, hasta los que en la Iglesia ocupaban el grado de mayor perfección en todo género de estados.

No fue su espíritu limitado, difundióse en sus discípulos, en cuyos elogios hemos visto la excelencia de vida y doctrina, y celo de aprovechar los prójimos, cada cual en aquel ministerio, a que respondía su talento y letras, y le ocupaba su Maestro.

Una de las cosas en que más procuró se ejercitasen, fue en las misiones, que parece que en su tiempo tuvieron principio; traza divina que le enseñó su celo, para bien de innumerables almas; este santo ejercicio de discurrir por los pueblos, predicando, enseñando, administrando los santos sacramentos, es la imitación más propia de la vida y peregrinaciones

de los Apóstoles, que, siguiendo a Cristo nuestro bien, anduvieron por el mundo evangelizando el reino de Dios, y aunque ellos dieron las primeras nuevas de la venida de Cristo, en el tiempo del padre Maestro Ávila estaba en muchos pueblos, mayormente en sierras y montañas, tan poco conocidas las verdades evangélicas, y menos practicadas, que pudieron llamarse a boca llena varones apostólicos los que se ocuparon y ocuparen en estas misiones. Son sus utilidades grandes para la enseñanza de los rudos, sacar almas de pecado; hácense confesiones bien hechas, de ordinario generales; suéldanse muchas hechas sacrílegamente, por el empacho que muchas personas tienen, mayormente mujeres, de confesarse con sus curas; frecuéntanse sacramentos, y otros innumera-
f. 126 r. bles bienes, que ha mostrado la experiencia. /

Tuvo noticia el padre Maestro Ávila, que en Fuenteovejuna, y toda Sierra Morena, y otras partes, se padecía mucho por falta de sacerdotes, que enseñasen los pueblos, por la pobreza de la tierra. Para remediar estos daños juntó en Córdoba a sus discípulos. Pasaban de veinte y cuatro, muchos de los referidos, y otros cuyos nombres y virtudes, si los ha borrado el tiempo, gozan de la eternidad, y desconocidos en el mundo son nombrados en la corte del cielo. Hízoles varios razonamientos con aquellas sus palabras encendidas, para poner en sus corazones un ardor grande, y celo de la salud de las almas; representóles la ignorancia de los pueblos, las ofensas de Dios tan sin remedio, tan pocos los que con lágrimas vivas las llorasen: oficio que juzgó siempre propio de los sacerdotes; animóles a que procurasen el remedio, díjoles era su intento que se repartiesen por diferentes partes, predicando la palabra divina, moviesen los pueblos a penitencia, contrición y lágrimas, les oyesen de confesión, y administrasen el sacramento de la Eucaristía; finalmente, les ayudasen en todas las cosas de su salvación.

La instrucción fue ésta: que fuesen de dos en dos; que no acetasen posada en los lugares, de legos ni eclesiásticos; que se recogiesen en los hospitales o sacristías de las iglesias; que no recibiesen limosnas de Misas, ni regalos; que en la abstinencia en la comida, y todo el trato, diesen buen olor de hombres

desinteresados; que, si la autoridad de la persona y otros respetos corteses obligasen a recibir algún presente, llamasen al cura, o algún ministro de justicia, o señalado por ella, y lo repartan entre los pobres vergonzantes más necesitados, y enfermos; que diesen buen ejemplo, no visitasen mujeres, y evitasen otras cualesquiera visitas, que no sirviesen al intento que llevaban; que a las mujeres las confesasen de día, y a todas de manera que no hiciesen falta a sus maridos; que los pareceres que diesen fuesen en la iglesia; que trabajasen de noche, y las fiestas, confesan-/ do los labradores y demás gente del campo, v.
y que so color de esto vendrían algunos hombres de lustre embozados, los acogiesen y despachasen con agrado; que, si hubiesen algunas enemistades, las compusiesen, procurando quedasen todos concordes.

Señalóles las partes donde habían de ir. El Maestro Hernán Núñez, con otro compañero, fueron a las Alpujarras. El padre Centenares, y otro sacerdote, a las almadrabas de los atunes, y tierra de Sevilla, y en haciendo aquella misión, tornasen a las ermitas. Otros a Fuenteovejuna, y sus sierras. El obispado de Jaén cupo a los doctores Medina, Ávila, Pedro de Ojeda, y señaló lugares al doctor Gonzalo Gómez, padre Barajas, y a los dos hermanos Carlovales. En Córdoba, y sus contornos, se quedaron don Diego de Guzmán, doctor Loarte, doctor Juan Ramírez, don Pedro de Córdoba, el padre Alonso de Molina, el Maestro Juan Díaz. Otros repartió por otras partes donde entendió había necesidad.

Llevaban un jumentillo, que les aliviaba a ratos; en éste iba la recámara: contenía los manteos, unas alforjas con una caja de hostias para decir Misa en las ermitas —porque no faltase el pan que alentaba aquellos pasos—, cilicios, rosarios, medallas, estampas, tenacillas con alambre, para hacer cadenillas, que labraban con sus manos, y repartían entre los que hallaban capaces de estas armas, con que pelean los cristianos contra los enemigos invisibles; no llevaban cosa de comer, expuestos a la providencia divina, y lo que los fieles ofrecían voluntariamente; raras veces comían carne, ni más que pan y algunas frutas secas.

Partieron en esta forma, con licencia, y gran po-

testad de los obispos, fueron ejecutando sus misiones, yendo por todos los pueblos, evangelizando el reino de los cielos, haciendo grandes bienes a las almas.

El capitán y guía de esta empresa fue el santo Maestro Ávila, que, en compañía de algunos de sus
f. 127 r. discípulos, partió / ejecutando puntualmente la instrucción que dio a los suyos. Corrió gran parte del obispado de Córdoba, hasta tocar en los confines que le dividen del arzobispado de Toledo y Campo de Calatrava, visitando innumerables poblaciones, sin que su celo dejase despoblados, durmiendo en ventas, chozas y cabañas. Predicaba, confesaba, encaminaba las almas en el camino del cielo; padeció mucho, no en las incomodidades del camino, aunque fueron grandes, más en ver tanto número de almas tan faltas de doctrina y conocimiento de las cosas más precisas de nuestra sagrada religión; tocó con larga experiencia cuán necesarias son las visitas personales de los perlados eclesiásticos, que, cuando se hacen en esta forma de misiones, como las hicieron los obispos santos, descubren innumerables lástimas, que remedian con su presencia y poder.

Habiendo llegado cerca del Almadén, alabáronle un sitio donde está una ermita no lejos de esta villa; llámanla Nuestra Señora del Castillo; venérase en ella una imagen de Nuestra Señora, milagrosa; está en una sierra altísima; descúbrese de ella la Sierra Nevada, el puerto del Pico, montañas de Guadalupe, a distancias grandísimas. En esta ermita confesó muchas personas que iban en su seguimiento de las partes donde había predicado, por oír sus consejos y recibir de su boca la absolución sacramental.

Desde esta ermita descubrió la fábrica del azogue, y aquella gran multitud de miserables, que, trabajando en las minas, pagan intolerablemente sus delitos; enternecióse oyendo los trabajos de los forzados, de todas las naciones; caban unos; sacan otros el metal, para sacar el azogue; traen leña gran número de carretas para los hornos, cuyo humo parece cosa infernal. Viendo tanta multitud de gente que parte libre a jornal, y parte forzada, se emplea en tan penoso trabajo, preguntó con gran humildad: «¿Cuántos son los curas que administran estas al-

mas?» Respondióle un sacerdote que uno solo. Respondió con gravedad notable, los ojos en / el suelo: v.

> *Messis quidem multa, operarii autem pauci.*[85] Si él llora los pecados como buen pastor de sus ovejas, y imita a Cristo en el amor, y gime con los gemidos de san Pablo, mucho premio tendrá con Dios.

Palabras dignas, que las ponderen todos los que cuidan de almas. Contradiciones hechas a sus discípulos, le impidieron entrar en el Almadén. Vio algunos azogados. Con tierno sentimiento de su corazón, admiróse no hubiese hospital para curar los enfermos; dijo era falta de hombres píos que lo advirtiesen a los Reyes, pues, como católicos, mandan dar hospitalidad en los puertos y galeras, y para los de las ciudades hacen tantas mercedes. Deseó mucho hubiera gran cuidado de aquellas almas, y consuelo espiritual para tan gran número de personas que, a jornal y forzados, sirven en esta fábrica. Acabada su misión, volvió a Córdoba, donde cosas del servicio de Dios requerían su presencia.

Casi toda la vida del padre Maestro Ávila fue un continuo caminar de unas partes a otras, hasta que Nuestro Señor le recogió en Montilla. En las ciudades grandes le detenía la más copiosa mies; lo demás era andar por los pueblos, evangelizando el reino de Dios. Consta esto de muchas de sus cartas, donde promete ir en persona a esta o aquella parte; dice las ocupaciones que le detienen en otras. En la epístola primera al arzobispo don Pedro Guerrero le dice:

> Yo tengo tantas trampas, que así llamo a mis ocupaciones, que no así luego puedo desembarazarme, y es necesario visitar unos pueblos, aunque no creo me detendrán mucho, y el cuándo será, no lo sé; señalar tiempo en que vaya nunca lo suelo hacer, por no decir cosa que después no pueda cumplir, de lo cual huyo mucho; a lo que más me extiendo es decir lo que pienso hacer, dejando el efecto de ello a la voluntad del Señor, sin que me quede cerrada la puerta, para hacer lo que más conforme a ella me pareciere.[86]

De que se colige claramente la ocupación continua de andar discurriendo por los pueblos, el modo

85 Mt. 9,37.
86 Carta 177: I, 850.

de prometer, y cumplir; y como éste se hallarán otros
f. 128 r. lugares. /

Esta santa y provechosa ocupación ejercitaron, aun después de la muerte del padre Maestro Ávila, los padres Juan de Villarás, Juan Díaz y otros discípulos suyos, y sobre todos el venerable Maestro Hernán Núñez, dejando sus casas y sus tierras, por ir a predicar, y a enseñar la doctrina cristiana a los fieles, aunque estaban enfermos o con muy corta salud, viendo que esto no fue causa para que el padre Maestro Ávila dejara de acudir a este ejercicio, y así lo hacían a su imitación. Y aquellos santos doctores y maestros de las Escuelas de Baeza, que bebieron el espíritu del padre Maestro Ávila, salían muy de ordinario a estas misiones, y, como dijimos, no admitían a personas al grado de doctor o maestro, sin que hubiesen algún tiempo andado en ellas.

Y generalmente en el obispado de Jaén ha habido muchos clérigos ejemplares, y de mucha virtud, que, a imitación del padre Maestro Ávila, han salido por todo aquel obispado a predicar y confesar, y enseñar la doctrina, de que se ha seguido grande aprovechamiento.

Donde más ha durado este espíritu ha sido en Córdoba, donde se conservaron muchos sacerdotes discípulos del padre Maestro Ávila, y discípulos de éstos, que fervorosamente acudieron a este ministerio. Halló algunos don Francisco de Reinoso, cuando vino a gobernar la Iglesia de esta ciudad el año de mil y quinientos y noventa y siete, y se aprovechó de su industria para esta misma ocupación, y porque es insigne el testimonio que de esto da el padre fray Gregorio de Alfaro, de la Orden de San Benito, en el capítulo tercero del libro tercero de la *Vida* de este gran perlado, po[r]né sus palabras. Dice así:

> Uno de los más insignes varones que ha tenido el Andalucía fue el padre Maestro Ávila, predicador famoso y muy diestro en esta facultad, que, fuera de la doctrina que enseñó en los púlpitos, y dejó escrita en sus libros, con que ha mejorado el partido de la virtud, trabajó por instruir, y
> v. ense- / ñar a los sacerdotes, y otras personas devotas que se juntaron a él, los mismos ejercicios de la predicación, que él había usado; y uno de ellos, y el más principal, fue el de estas misiones, en que halló siempre conocido provecho, y así las ejercitaba ordinariamente, y encomendaba

a sus discípulos, y en ellos se fueron continuando, hasta el tiempo de nuestro Obispo. Pues aún había en Córdoba muchos clérigos de gran virtud, en quien, como por sucesión, se conservaba la doctrina y celo del padre Ávila. El Obispo se aprovechó de la industria de ellos, enviando por los lugares del obispado a algunos, y con la buena relación que tuvo de su diligencia, se alegraba mucho, y con obras, y palabras les daba las gracias por aquel trabajo.

Hasta aquí el padre fray Gregorio de Alfaro, que prosigue lo mucho que en el santo obispo fomentó esta ocupación.

El venerable Maestro Ávila juzgó por una de las principales partes del oficio episcopal estas misiones, porque, ya que los prelados por sus ocupaciones, y otras causas, no pueden por sus personar instruir a tanto número de almas en las cosas de la fe, ni guiarlas en el camino del cielo, ni tener especial noticia de cada particular, suplen grandemente esta obligación, enviando personas de gran espíritu y celo por todos los lugares de la diócesis, que ejerciten esta parte de su ministerio. En una carta que escribió a don Pedro Guerrero, arzobispo de Granada, que es la segunda del primer tratado, dice estas palabras:

Lo que he deseado decir a vuestra señoría, movido con deseo de verle aliviada su carga, que tanto le aprieta, es que convenía que vuestra señoría enviase por su arzobispado, a lo menos por los lugares donde moran cristianos viejos, y de los moriscos, si entienden nuestra lengua, a predicadores y confesores tales que se pueda decir de cada uno *confidit in eo cor viri sui*,[87] porque estos tales son los que hacen guerra al demonio armados del celo de la honra de Cristo, que tan despreciada está hoy, y de la salud de las almas, por quien él dio su sangre, etc. / *Non* f. 129 r. *est qui recogitet*.[88]

Y en la carta primera, dice al mismo prelado:

Menester era predicadores devotos y celosos para discurrir por el arzobispado a ganar almas, que tan perdidas están, mas ¿dónde los hallaremos? Saúl llamaba a su compañía a cualquier caballero fuerte de quien tenía noticia. Hágalo así vuestra señoría, para que sea en su tiempo: *Bellum forte adversus philisteos*, pues sin caballeros no se puede hacer la guerra.[89]

87 Cf. Prov. 31,11.
88 Is. 57,1; Carta 178: I, 853.
89 Carta 177: I, 852.

Lo mismo escribió, y consiguió de don Juan de Ribera, obispo de Badajoz, y después arzobispo de Valencia, y patriarca. Dícelo así en la carta segunda que alegamos:

> El Obispo de Badajoz ha enviado seis predicadores por el obispado, según él me ha escrito, y da a cada uno cuarenta mil maravedís, y cuarenta fanegas de trigo, y aun si yo le enviaría algunos, dijo que daría más, si tuviesen necesidad de socorrer madre o hermanas.[90]

Este consejo le admitió el santo y gran prelado don Pedro Guerrero, buscando, enviando estos obreros evangélicos. Califica cuáles son a propósito en la tercera carta que le escribió el padre Maestro Ávila. Dice así:

> Pláceme que a vuestra señoría se le ofrezcan muchos religiosos para la obra de doctrinar los pueblos, mas mucho temo que son pocos los que para este ministerio son aptos; porque la experiencia nos enseña que son menester hombres de mucha virtud, porque los peligros son mayores, y que tengan celo y humildad para andar por las calles con los niños, y por las plazas, y otras cosas de este modo de vivir, que hay pocos que las tengan, y los que las tienen no han de estar ocupados en otros ministerios. Por tanto si vuestra señoría hallare de estos hombres libres, acételos, y los religiosos serán para la temporada del año, ayuda.[91]

De lo referido en el discurso de todo este capítulo se conoce el grande aprecio que el santo Maestro Ávila tuvo de estas misiones, de su grande importancia, lo que las platicó en su persona, cuánto las persuadió a sus discípulos, lo mucho que las encomendó
v. a los perlados. /

De sus libros

Capítulo XVII

Fue el santo Maestro Ávila un vivo retrato del apóstol san Pablo, copiado por el que pintó el original, fue imitador de sus acciones, predicación y vir-

90 Carta 178: I, 853 s.
91 Carta 179: I, 857 s.

tudes, cumplió lo que el Apóstol pide, que seamos *imitadores suyos, como él lo fue de Cristo*[92]. No se contentaba el abrasado celo del Maestro de las gentes con aprovechar los fieles en presencia con palabras, mas también con sus cartas procuró atraer a Cristo a todos los que habitaban el orbe. El padre Maestro Ávila, humide discípulo, imitador suyo, escribió innumerables cartas a todo género de personas, para que, ausente y presente, cumpliese el ministerio a que Dios le había enviado, y no le faltase parte a esta santa imitación.

No fue el intento del padre Maestro Ávila escribir libro de cartas, como algunos han hecho, ni imaginó que salieran a luz las que escribía, antes que quedaran sepultadas en poder de sus dueños; mas la providencia divina, por medio de sus fieles discípulos, que las recogieron de diversas partes, y estamparon, dispuso cómo se perpetuasen en el mundo para que los que no pudieron oir a este gran predicador, cuya voz se limitó a su vida, gocen al menos de su doctrina para pasto espiritual de sus almas.

Casi se puede decir lo mismo del libro del *Audi filia* por haberlo escrito para la santa virgen doña Sancha Carrillo, si bien le aumentó después, y dio a la imprenta. Anda, demás de estas obras, un libro grande con veinte y siete *Tratados del Santísimo Sacramento*, otros *del Espíritu Santo*, de *Nuestra Señora y san José*. Otras muchas cosas quedaron por imprimir, con que enriquecieron otros sus escritos.

Para dar la estimación justa que se debe a estas obras, y dar a conocer su excelencia, en particular las cartas, en que parece resplandece más la grandeza del autor, era menester la pluma de un Cipriano, de un Jerónimo o Crisóstomo, o / de otro maestro de la f. 130 r.
elocuencia cristiana, o que el mismo venerable Maestro, que tanto participó del espíritu de estos doctos santos, explicara su grandeza; y de verdad pasa así, porque él mismo con su discurso divino ostenta ponderosamente lo grande, lo admirable, lo majestuoso de estas artes. ¿Quién no admira aquella doctrina sólida, enriquecida de tan doctas y graves sentencias, llenas de celo de Dios, con aquella pureza y estilo,

92 Cf. 1 Cor. 4,16.

hijo del Evangelio, y sobre todo el nervio en el decir y persuadir tan valiente? Redundan todas de un primor divino, con una viveza y eficacia tan grande que parecen dictadas del Espíritu Santo las palabras, con un ardor tan eficaz que ponen fuego a los corazones más helados, y ninguno las lee que no quede con vivos y fuertes propósitos de mudar y mejorar la vida. Y todas las personas doctas y santas tienen aquellos escritos por uno de los de mayor espíritu y santidad de cuantos tenemos entre las manos, y que por ellos merece ser llamado doctor de la Iglesia; ponderan justamente no sólo lo que dice, sino una traza y retórica tan lucida, y tan disimulada, como pudiera estar en Cicerón y Demóstenes.

Testifican asimismo estas obras la santidad, las letras, la perfección evangélica del autor, porque es verdad certísima que no son otra cosa los escritos, que una imagen donde se retrata el escritor. Síguese, normalmente hablando, que quien escribió estas obras fue hombre santísimo, y es cierto que, si se hallaran estos libros sin autor, se persuadiera cualquier grande entendimiento, que eran alguna traducción de algunos de los padres de la primitiva Iglesia, san Efrén, san Cipriano o san Ignacio, o de otro de aquellos varones apostólicos, que sucedieron a los Apóstoles, porque el modo de escribir fue de aquella edad, y de un verdadero padre de la Iglesia, que no sólo mira por el bien particular de su alma, sino por el bien común y cuerpo universal de la Iglesia, atrayendo las almas a la filiación de Cristo Nuestro Señor, para hijos queridos suyos; ambas cosas concu-
v. rren en el ve- / nerable Maestro Ávila, y esto resplandece en todas las epístolas.

Sobre todo admira grandemente la especial gracia y facultad que Nuestro Señor le dio, porque, siendo tantas y tan diferentes las materias sobre que escribió, cuantas eran las necesidades que se ofrecían, a todas respondía tan a propósito, como si en cada una hubiera hecho particular estudio. ¡Con qué viveza y fuerza de razones consuela a los tristes, anima a los flacos, despierta a los tibios, esfuerza a los pusilánimes, socorre a los tentados, llora a los caídos, humilla a los presuntuosos! Es admirable cómo descubre las artes y celadas del enemigo; qué avisos da

para defendernos de él; qué señales para conocer el hombre su aprovechamiento o desfallecimiento; cómo abate las fuerzas de la naturaleza, levanta las de la gracia; con qué palabras declara la vanidad del mundo y la malicia del pecado, y los peligros de nuestra vida; cuán copioso y continuo es en exhortarnos a la confianza en la providencia paternal de Dios, y en los méritos y sangre de Cristo; qué eficacia tienen sus palabras para movernos a la paciencia en los trabajos, para alegrar los tristes, para alentar los desconsoldos. No hay estado en la Iglesia, a que no intime sus propias obligaciones, y proponga los medios para cumplirlas; qué avisos da a señores de vasallos para gobernar bien sus estados; a los sacerdotes, para que dignamente celebren; a los predicadores, para que fructuosamente prediquen: a las vírgenes, desposadas con Cristo, para que guarden con todo estudio el tesoro de la pureza virginal. Era el pecho de este santo varón un archivo de sabiduría divina, una real armería para todos los soldados de la milicia del cielo, una espiritual botica donde el Espíritu Santo había depositado las medicinas necesarias para todas las enfermedades como padecen nuestras almas, que sin duda son más que las de los cuerpos.

Conociéronse felicísimos sucesos en sus cartas, porque nunca escribió a persona alguna, que no causase en su alma / efectos maravillosos, mudanza o f. 131 r.
mejora de vida; quien alcanzaba una, juzgaba poseer un gran tesoro.

Mas lo que pide mayor ponderación es la facilidad y presteza con que se escribían estas cartas; porque de ordinario iba dictando como se ofrecía, sin premeditación y estudio; la plenitud de su corazón en esta ciencia espiritual era tan grande, y como reducida a natural y ordinaria, que salían las razones, los consejos, los lugares de la Escritura y santos, con la facilidad que escribimos una carta familiar; enviábala como salía de la primera mano, sin borrar ni enmendar nada, sin costarle más trabajo que dictarlas; esta facilidad alcanzó por la oración que tenía luego por la mañana, como en su lugar diremos.

Sucedía muchas veces, estando comiendo, recibir cartas o consultas, y en acabando, sin más detenimiento, mandaba escribir al padre Villarás estas car-

tas, que con razón pasman al mundo. Otras veces decía: «Encomendémoslo a Nuestro Señor, y digamos Misa sobre ello». Pasaban días, y si le instaban por respuesta, decía: «No me ha dado todavía Nuestro Señor qué deciros». Y a pocos días respondía con tan gran certeza y acierto, como si con los ojos hubiera visto el suceso, y oído la respuesta de Nuestro Señor.

Es también muy de notar, que, aunque muchas de estas cartas se escribían a grandes señores, o personas de honroso estado, otras veces se escribían a personas muy humildes y ordinarias; y con la misma caridad escribía muy largo y de propósito, según la necesidad lo pedía, sin atender ser baja o ilustre la persona, estimando sólo el valor del alma, igual en nobles y plebeyos. Algunas cartas son como tratados, en que discurría altamente en materias muy profundas; ésta se enviaba a una mujer pobrecita, sin caer en su pensamiento hubiese de salir de sus manos.

Pide particular ponderación la carta que escribió al asistente de Sevilla, en que da varios avisos para el buen gobierno de una República; es digna de es-
v. tar delante de los / ojos de los que ocupan grandes puestos; feliz fuera la República que se rigiera por tan doctos documentos; muestra la gran capacidad de este santo varón en todas las materias.[92 bis]

Estas cartas han tenido grande estima cerca de todos los hombres doctos y espirituales, y se han recibido con aplauso general, y por ventura no hay libro, de tantos como han salido en estos tiempos, que con más gusto y aprovechamiento de espíritu se haya leído; hablan de ellas con grande encarecimiento, y fuera de los libros canónicos tienen sabor
. de los padres de la Iglesia, y en opinión común de sus discípulos, y cuantos doctos le conocieron, estimaron el espíritu, sermones y escritos de este santo varón, como de un doctor y padre de la Iglesia.

Han estimado las obras del padre Maestro Ávila los religiosos de la Compañía de Jesús con particular aprecio, y en algunos Colegios se leen en el refectorio gran parte del año: el *Audi filia* en cuaresma, por tratar tan altamente de la pasión de Cristo, Nuestro Señor; las octavas del Espíritu Santo y Santísi-

92 bis Carta 11: I, 311-343.

mo Sacramento, los sermones pertenecientes a estas festividades; y en tiempos del año, las epístolas, que están llenas de espiritual prudencia.

Da testimonio de esto por todos los de esta sagrada religión el padre Antonio Posevino, en el libro primero de su *Bibliotheca*, donde, hablando del padre Maestro Ávila, dice así:

> Qui donum a Deo prudentiae magnum erat consecutus Epistolas alias scripsit non tam spiritualibus quam, et ponticis hominibus percommodas, et ausim dicere pene caelestes.

Las utilidades de estas cartas han sido grandes, como lo experimentará quien con atención las leyese. Afirma el padre Alemán, de la Compañía de Jesús, hombre gravísimo, provincial que ha sido del Andalucía, en su deposición, en las informaciones del padre Maestro Ávila, que había experimentado el gran provecho y utilidad de estos libros, y que, habiendo llegado a sus pies muchos penitentes, les ha dado por consejo lean alguna cosa de los libros del venerable / Maestro Ávila, así para remedios en afliccio- f. 132 r.
nes del alma, como contra tentaciones, y otro cualquier aprovechamiento espiritual, y vía la gran utilidad que de esto se seguía.

El precioso libro del *Audi filia* fue la joya más querida de aquella santa virgen doña Sancha Carrillo, para quien le escribió el santo Maestro Ávila; compúsola estando enfermo, escribiendo al padre Juan de Villarás, cómo corría de aquella fuente perenne de su pecho. En este libro mostró la merced que Dios le hizo, y el amor que tuvo a la persona encarnada de Cristo Nuetro Señor. Estimóle grandemente la prudencia y piedad del rey don Felipe Segundo, nuestro señor; alabábale mucho; preguntándole uno de su cámara, qué libros había de llevar al Escurial, nombrando algunos, dijo: «No olvidéis el *Audi filia*», en que mostró lo mucho gustaba de su lectura. Valíase de él en sus enfermedades y dolores; decía que era todo grano, y que en él estaba toda nuestra santa fe, y era importantísimo para las almas.

El libro de los sermones del Santísimo Sacramento, de Nuestra Señora y san Josef, son merecedores del corazón de todos. Fue el padre Maestro Ávila el primero que con estos libros dio principio en Es-

paña, para escribir libros espirituales, y de oración, y hasta que él comenzó se usaba poco, y con los libros de este santo varón, y con los que, a su imitación, han escrito otros varones espirituales, se han desterrado en gran parte los libros profanos, y se puede afirmar que a este gran padre se debe esta empresa.

Hánse remitido muchos libros de estos al reino de Inglaterra, para consuelo de los afligidos católicos; ayudan a su constancia y consuelo, y ellos los han buscado con estima.

Remate este discurso un suceso milagroso a que dieron ocasión las cartas del padre Maestro Ávila. Antes que se imprimiesen, andaban muy validas entre personas espirituales; copiábanse comunmente. Sucedió que, estando en Plasencia la venerable Madre Ana de Jesús, de partida para ir a tomar el hábito
v. de carmelita descalza, entre otras pre- / venciones para la jornada, una noche se puso con una prima suya a trasladar unas cartas del padre Maestro Ávila, y unos avisos muy fervorosos, que le había dejado el padre Pedro Rodríguez, de la Compañía de Jesús, su confesor, que, por su gran espíritu, puede muy bien entrar a la parte del milagro. Entráronse las dos en su aposento, comenzó a leer la Madre Ana, a escribir la prima, que estaba algo más diestra; metieron cuatro pliegos de papel, y una vela, que podría durar hasta la media noche. La escribana caminaba muy despacio; iba la letra derramada, con que gastó más tiempo y papel que el prevenido. Salieron escritos cinco pliegos; duraron en su trabajo hasta el amanecer; no solo no alcanzó a todo la vela, antes estaba tan entera como cuando se encendió; hallaron cuatro pliegos blancos, como entraron, sobre los cinco escritos; de la tinta se cree que fue lo mismo, si bien no pudo echarse de ver tanto. Cada autor prohijará el milagro al héroe de quien escribe; bastará a nuestro intento ponderar cómo estimó las cartas del padre Maestro Ávila esta santa y venerable virgen, segunda esperanza del Carmelo, que, copiándose, obró Dios este milagro, que, partiendo a religión tan observante, juzgó le ayudarían a sus heroicos intentos.

f. 133 r. FIN DEL SEGUNDO LIBRO /

LIBRO TERCERO

[VIRTUDES Y FELIZ TRÁNSITO DEL P. ÁVILA]

Advertencias para este libro

La tercera parte de esta Historia contiene las virtudes del padre Maestro Juan de Ávila, según nuestra cortedad ha podido describirlas, y lo ha permitido la injuria de los tiempos. Fueron incomparablemente mayores; queda licencia al discurso de alargarse cuanto le pareciere, y siempre quedaría corto, por grande que forme el concepto de la santidad de este apostólico varón. El venerable padre, y gran maestro, fray Luis de Granada se valió para este mismo intento de algunos pedazos de las cartas del padre Maestro Ávila con dos fines: el primero, para que, viendo el lector el gran conocimiento y altos conceptos que este santo varón tenía de las virtudes, explicando su esencia con tan gran primor y espíritu, sacase por argumento llano, que esto procedía por la abundancia que había en su corazón, y que copiaba en el papel el original del ánimo, haciendo proporción y correspondencia justa entre las virtudes y conceptos, de donde ellas procedían, como le hay en- / tre la v.
imagen que dibuja el pintor, y la forma que él tiene concebida en su entendimiento; el segundo, para que se entendiese que todo lo que aconseja, o ordena que hagan otros, de que hay mucho en las cartas, lo hacía él con grandísimas ventajas, porque varón tan grande no es verosímil aconsejase alguna acción virtuosa, o ejercicio santo, que no lo obrase él primero. Siguiendo tan gran maestro, con los mismos intentos, pondremos algunas veces (y no muchas) pedazos de sus escritos, para que se conozca cuán ilustrado estaba el entendimiento que concibió cosas tan altas, cuán

abrasada la voluntad que les pegaba tal fuego. Servirá también para mover al que no hubiere leído las obras del padre Maestro Ávila, a que recurra a ellas, que su lectura le mostrará, sin duda, más que cuanto hemos escrito, quien fue este varón divino.

Del conocimiento que alcanzó del amor que tiene Dios a los hombres, de donde se originó el que el venerable Maestro tuvo para con Dios

Capítulo I

Fue el venerable Maestro Juan de Ávila continuo estudiante del amor; alcanzó en esta gran facultad profundos conocimientos, penetró lo más acendrado de esta ciencia. El libro fue de dos hojas; una, la divinidad; otra, la humanidad de Cristo Nuestro Señor. Dios hecho hombre, el Verbo humano, fue el libro, y juntamente maestro; el ejercicio continuo de este estudio, la oración en que se avivó su amor, con que se fue adelantando en esta divina ciencia, hasta introducirle en los secretos más íntimos en lo más primoroso del divino amor.

Es amor de este varón santo para con Dios y los prójimos se originó en gran parte de un alto conocimiento que alcanzó del amor que Cristo Nuestro
f. 134 r. Señor tuvo a su Padre, y, / por obedecerle, a los hombres; de aquí su correspondencia, y el ardor a imitación de Cristo.

Esto colegiremos fácilmente de uno de sus escritos, en que más se remontó aquella águila caudal de su abrasado espíritu. Fue un *tratado* que escribió *del amor que tiene Cristo a los hombres*. Da principio a los sermones del Santísimo Sacramento, que escribió el padre Maestro Ávila (debe andar estampado en cien mil partes). El que con atención le leyere conocerá lo que alcanzó este varón santo de esta divina ciencia, y cuán abrasado estaba en el amor divino este celestial Maestro.

Habiendo discurrido altamente del infinito amor

que tiene Dios a los hombres, probándole con eficacísimas razones, pregunta de dónde procede este tan grande amor, siendo el hombre criatura tan baja y imperfeta, según el cuerpo, y, según el alma, un vaso de maldad por el pecado, y más considerado que aquel divino amador no es ciego, ni apasionado, ni menos antojadizo. Responde que el amor que Cristo tiene a los hombres, no nace de la perfección que en ellos hay, sino de la que Él tiene, que es mirar a su eterno Padre. De este principio sacó la profunda consideración de nuestro santo Maestro el origen de este divino amor. Sus palabras prueban el intento de este capítulo; dice así:

> Has de considerar la grandeza de las gracias que por toda la Santísima Trinidad fue concedida [a] aquella santísima Humanidad de Cristo en el instante de su concepción; porque allí le fueron dadas tres gracias tan grandes, que cada una de ellas en su manera es infinita, conviene a saber: la gracia de la unión divina, y la gracia universal, que se le dio como a cabeza de toda la Iglesia, y la gracia esencial de su alma.
>
> Diósele por primero [a] aquella santa Humanidad el ser divino, y juntándola, y uniéndola con la divina persona, de manera que a aquella Humanidad se le dio el ser Dios de esta suerte, que podemos con verdad decir que aquel hombre es Dios, y Hijo de Dios, y ha de ser adorado en los cielos, y en la tierra como Dios. Esta / gracia ya se ve que es infinita por la dádiva que se da en ella, que es la mayor que se puede dar, pues en ella se da Dios, y por v.
> la manera que se da, que es la más estrecha que se puede dar, que es por vía de unión personal.
>
> También se le dio [a] aquel nuevo hombre que fuese padre universal y cabeza de todos los hombres, para que en todos ellos, como cabeza espiritual, influyese su virtud. De manera que, en cuanto Dios, es igual al Padre Eterno, y, en cuanto hombre, es principio y cabeza de todos los hombres. Y conforme a este principado se le dio gracia infinita, para que de él, como de una fuente de gracia y un mar de santidad, la reciban todos los hombres, no solamente por ser mayor de todos y, como si dijésemos, un tinte de santidad, donde han de recebir este color y lustre todos los que hubieren de ser santos. Esta gracia también es infinita, porque toda la generación humana, que no tiene número de personas determinado, si no puede, cuanto es de su parte, multiplicarse en infinito, y para todo cuanto en ella se multiplicare, hay méritos y gracia en la bendita ánima de Jesucristo.
>
> Diósele finalmente otra gracia particular para la santificación y perfección de su vida, la cual también se puede llamar infinita, porque tiene todo aquello que pertenece para el ser y condición de la gracia, sin que nada se le pueda añadir.

Diéronsele, demás de esto, en aquel punto, todas las gracias *gratis datas* de hacer milagros y maravillas, cuantas quisiese, y diéronsele todas en sumo grado y en suma perfección. Porque ésta es aquella flor de hermosura, donde se asentó la paloma blanca del Espíritu Santo, y tendidas sus alas la cobijó, y tendió sobre ella toda su virtud y gracias cumplidamente. Éste es aquel *vaso de escogimiento*,[92 bis] donde se infundió aquel río de todas las gracias con todas sus avenidas, y crecientes, sin que ninguna gota quedase sin entrar en él. Aquí hizo Dios cuanto pudo hacer, y dio cuanto pudo dar, porque aquí hizo lo último de potencia y gracia, dando todo lo que podía [a] aquella ánima dichosísima en el punto que fue cria- / da. f. 135 r.

Y sobre todo esto le fue dado en aquel mismo punto que viese luego la esencia divina, y conociese claramente la majestad y gloria del Verbo, con que era ayuntada, y así, viendo, fuese bienaventurada y llena de tanta gloria cuanta ahora tiene a la diestra del Padre.

Si te pone admiración esta dádiva tan grande, junta con ella otra circunstancia maravillosa que hay en ella, y es que todo esto se dio de pura gracia, ante todo merecimiento, antes que aquella bendita ánima pudiese haber hecho obra meritoria; todo fue junto, criarla y dotarla de todas estas gracias, no por más de porque así quiso el Señor amplificar y extender sus manos y largueza para con ella, y magnificar así su gracia; por lo cual llama san Agustín a Jesucristo dechado y muestra de la gracia, porque la bondad y largueza infinita de Dios determinó criar una nueva criatura, y usar con ella toda su magnificencia y gracia, para que con esta obra conociesen los cielos y la tierra la grandeza de ella.

Mira tú qué dádiva sea ésta tan admirable, y cuán dichosa haya sido aquella ánima bendita, a quien Dios tal gracia quiso hacer, y no tengas envidia, sino alegría, pues la gracia que Él recibió no solamente la recibió para sí, sino también para ti. Como verdadera cabeza nuestra recibió lo que recibió, no solamente para sí, sino para sus miembros también. Ahora, dime, cuando esta ánima santa en aquel dichoso punto que fue criada abriese los ojos, y se viese tal cual has oído, y conociese de cuyas manos le viniese tanto bien, y como el que se nace rey, y no lo gana con su lanza, se hallase con todo el principado de todas las criaturas, y viese ante sí arrodilladas todas las hierarquías del cielo, que en aquel dichoso punto le adoraron, como dice san Pablo;[92 ter] dime, si es posible decir, ¿con qué amor amaría esta tal ánima al que así la había glorificado?, ¿con qué deseo codiciaría que se lo ofreciese algo con que pudiese agradar y servir a tal dador? ¿Hay lenguas de querubines y serafines que esto puedan decir?

Pues añade más: que a este deseo tan grande le fue dicho que la voluntad de Dios era / querer salvar al género humano, que estaba perdido por la culpa de un hombre, y que de este negocio se encargase el Hijo bendito, por la honra y obediencia suya, y que tomase a pechos esta v.

92 bis Act. 9, 15.
92 ter Cf. Hebr. 1, 6.

empresa tan gloriosa, y no descansase hasta salir al cabo con ella. Y porque la manera que tienen todas las causas y criaturas es de obrar por amor, porque todas éstas obran por algún fin que desean, cuyo amor, concebido en sus entrañas, las hace trabajar, y por tanto, pues Él había de tomar sobre sí esta obra de la redención de los hombres, que los amase con tanto amor y deseo, que por amor de verlos remediados y restituidos en la propia gloria, se pusiese a hacer y padecer todo lo que para esto fuese necesario.

Dime ahora, después que aquella ánima, tan deseosa de agradar al Eterno Padre, esto conociese, ¿con qué linaje de amor revolvería hacia los hombres, para amarlos y abrazarlos por aquella obediencia del Padre? Vemos que cuando un tiro de artillería echa una pelota con mucha pólvora, y fuerza, y la pelota resurte al soslayo de donde va a parar, tanto con mayor ímpetu resurte cuanto mayor fuerza llevaba. Pues, si aquel amor del ánima de Cristo para con el Padre llevaba tan admirable fuerza (porque la pólvora de la gracia, que le impelía, era infinita), cuando después de haber ido derechamente a herir en el corazón del Padre, resurtiese de allí al amor de los hombres, ¿con cuánta fuerza y alegría revolvería sobre ellos para amarlos y remediarlos? No hay lengua, ni virtud criada, que aquesto pueda significar.

¡Oh amor divino, que saliste de Dios, y bajaste al hombre, y tornaste a Dios, porque no amaste al hombre por el hombre, sino por Dios! Y en tanta manera lo amaste, que quien consdera este amor no se puede esconder de tu amor, porque haces fuerza a los corazones, como lo dice tu Apóstol: *La caridad de Cristo nos hace fuerza.*[93] Ésta es la fuente, y origen del amor de Cristo para con los hombres, si hay alguno que lo quiera saber, porque no es la causa de este amor la virtud, ni bondad ni hermosura del hombre, sino las virtudes / de Cristo, y su agradecimiento, y su gra- f. 136 r.
cia, y su inefable caridad para con Dios. Esto significan aquellas palabras suyas, que dijo el jueves de la Cena: *Para que conozca el mundo cuanto yo amo a mi Padre, levantaos y vamos de aquí.* ¿A dónde? A morir por los hombres en la cruz. Cata aquí, pues, ánima mía la causa de este grande amor.

Tanto quema más el resplandor del sol, cuanto más fuertes son los rayos que lo hacen reverberar. Los rayos de este sol divino derechos iban a dar al corazón de Dios; de allí reverberaban sobre los hombres. Pues si los rayos son tan recios, ¿qué tanto quemará su resplandor? No alcanza ningún entendimiento angélico, qué tanto arda este fuego, ni hasta dónde llegue su virtud. No es el término hasta dónde llegó la muerte, y la cruz; porque, si así como le mandaron padecer una muerte, le mandaran millares de muertes, para todo tenía amor, y si lo que le mandaron padecer por la salud de todos los hombres, le mandaron hacer por cada uno de ellos, así lo hiciera por cada uno,

93 2 Cor. 5,14.
94 Io. 14,31.

como por todos, y si como estuvo aquellas tres horas penando en la cruz, fuera menester estar allí hasta el día del juicio, amor había para todo, si nos fuera necesario. De manera, que mucho más amó que padeció, muy mayor amor le quedaba encerrado en las entrañas de lo que mostró acá de fuera en sus llagas. No sin gran misterio quiso el Espíritu Santo que se escribiese, entre otras particularidades del templo de Salomón, ésta, conviene a saber, que las ventanas del templo eran saetías, que por de dentro fuesen mayores de lo que por de fuera parecían.[95] ¡Oh amor divino, y cuánto eres mayor de lo que pareces! Grande pareces por acá de fuera, porque tantas heridas y tantas llagas y azotes sin duda nos predican amor grande; mas no dicen toda la grandeza que tiene, porque mayor es allá dentro de lo que por de fuera aparece; centella es ésta que sale de ese fuego, rama que procede de ese árbol, arroyo que nace de ese piélago de inmenso amor. Ésta es *la mayor señal* que puede haber de amor, *poner la vida por sus*
v. *amigos;*[96] mas señal y no igualdad.[96 bis] /

Prosigue el santo Maestro Ávila con otras pruebas de este divino amor; pasa a su agradecimiento, y cuál le tenía su corazón este amor:

Pues, si esta muestra que es menor, hace salir a los malos de sus sentidos, y perder la vista en medio del resplandor de la luz, ¿qué harán tus verdaderos hijos, y amigos, que tan creído y conocido tienen tu amor? Esto es lo que les hace salir de sí, y quedar atónitos cuando, recogidos en lo secreto de su corazón, les descubres estos secretos, y se los das a sentir. De aquí nace el deshacerse y abrasarse sus entrañas; de aquí, el desear los martirios; de aquí, el holgarse con las tribulaciones; de aquí, el sentir refrigerio en las parrillas, el pasearse sobre las brasas, como sobre rosas; de aquí, el desear los tormentos como convites, y holgarse de lo que todo el mundo teme, y abrazar lo que el mundo aborrece.

El ánima, dice san Ambrosio, que está desposada con Jesucristo, y voluntariamente se junta con él en la cama de la cruz, ninguna cosa tiene por más gloriosa que traer consigo las insignias y librea del Crucificado.[97] Pues, ¿cómo te pagaré yo, Amador mío, este amor? Esto sólo es digno de recompensación, que la sangre se recompensa con sangre. Dulcísimo Señor, yo conozco esta obligación, no permitas que yo me salga fuera de ella, y véame yo con esa sangre teñido, y con esa cruz enclavado. ¡Oh cruz, hazme lugar, y recibe mi cuerpo, y deja el de mi Señor; ensánchate, corona, para que pueda yo ahí poner mi cabeza; dejad, clavos, esas manos inocentes, y atravesad mi corazón, y llagadlo de compasión, y amor! Para esto, dice su Apóstol, *moriste: para enseñorearte de vivos y muertos,*[98]

95 Cf. 3 Reg. 6,4.
96 Cf. Io. 15,13.
96 bis *Obras espirituales*, 2.ª ed. Apost. Prensa (Madrid 1941), II, 12-17.
97 Cf. Gal. 6,14.
98 Cf. Rom. 14,9.

no con amenazas, castigos, sino con obras de amor. Cuéntame entre los que mandares, o por vivo o por muerto, y véame yo cautivo debajo del señoría de este amor. ¡Oh maravillosa y nueva virtud! Lo que no hiciste desde el cielo, servido de ángeles, hiciste desde la cruz, acompañado de ladrones! ¡Oh robador apresurado y violento! ¿Qué espada será tan fuerte, qué arco tan recio, y / bien flechado, que f. 137 r.
pueda penetrar un fino diamante? La fuerza de tu amor ha despedazado infinitos diamantes; tú has quebrantado la dureza de nuestros corazones; tú has inflamado a todo el mundo en tu amor. ¡Oh amantísimo Señor, suavísimo, benignísimo, hermosísimo, clementísimo, embriaga nuestros corazones con este vino, abrásalos con ese fuego, hiérelos con esta saeta de tu amor! ¿Qué le falta a esa cruz, para ser una espiritual ballesta, pues así hiere los corazones? La ballesta se hace de madera, y una cuerda estirada, y una nuez al medio de ella, donde sube la cuerda para disparar la saeta con furia, y hacer mayor la herida. Esta santa cruz es el madero; y ese cuerpo extendido y brazos tan estirados, la cuerda; y la abertura de ese costado, es la nuez donde se pone la saeta de amor, porque de allí salga a herir el corazón. Desarmado se ha la ballesta, y herido me ha el corazón. Ahora sepa todo el mundo que tengo el corazón herido. Corazón mío, ¿cómo te guarecerás? No hay remedio ninguno sino morir. Cuando yo, mi buen Jesús, veo cómo de tu costado sale el hierro de la lanza, esa lanza es una saeta de amor que me traspasa, y de tal manera hiere mi corazón, que no deja en él parte que no me penetre. ¿Qué has hecho, amor dulcísimo? ¿Qué has querido en mi corazón? ¡Vine aquí para curarme, y hasme herido! ¡Vine aquí para que me enseñases a vivir, y hacesme loco! ¡Oh sapientísima locura!, no me vea yo jamás sin ti. No solamente la cruz, mas la misma figura que en ella tienes, nos llama dulcemente a amor: la cabeza tienes reclinada para oírnos, y darnos besos de paz, con la cual convidas a los culpados; los brazos tienes tendidos para abrazarnos; las manos, agujeradas, para darnos tus bienes; el costado abierto, para recibirnos en tus entrañas; los pies clavados, para esperarnos, y para nunca te poder apartar de nosotros. De manera que, mirándote, Señor, en la cruz, todo cuanto vieren mis ojos todo convida a amor: el madero, la figura y el misterio, las heridas de tu cuerpo, y sobre todo el amor interior me da voces que te ame, y
nunca te ol- / vide mi corazón. Pues, ¿cómo me olvidaré v.
de ti, o buen Jesús? *Sea echada en olvido mi mano diestra; péguese mi lengua a los paladares, si no me acordare de ti, y si no te pusiere por principio de mis alegrías.*[99]

Éstas son algunas cláusulas de este *Tratado del amor de Dios;* de ellas se colige claramente la grandeza del incendio del amor que abrasaba el pecho del santo Maestro Ávila, cuán herido tenía su cora-

99 Cf. Ps. 136,5-6. *Obras espirituales,* II, 20-22.

zón; y así advertidamente ponderó el padre Juan Díaz, su discípulo, que le conocía muy bien, al fin de este discurso, que de él se ve cuán abrasado estaba el autor de este divino amor.

De su fe y esperanza

Capítulo II

La excelencia de la fe del padre Maestro Ávila fue como de hombre apostólico, a quien por razón del ministerio parece se le debía esta virtud en grado heroico. Habiendo, pues, escogido Nuestro Señor a este venerable varón para predicador del Evangelio, le hizo muy aventajado en la fe que en él se enseña, y como esta virtud es lo firme sobre que se había de levantar el alcázar real de sus virtudes, así se echaron profundos los fundamentos. Fue hombre de aventajada fe, con una viveza y penetración grande de sus misterios; predicólos muchos años con notable devoción y sentimiento. En particular, en el misterio de Cristo, y del Santísimo Sacramento (de que después hablaremos), tuvo una luz superior, que campea en lo que de ellos dejó escrito.

La eminencia de esta virtud le movió a hacer cosas heroicas; vendió su hacienda y repartióla a menesterosos, y pobre siguió a Cristo pobre, abrazando la perfección evangélica. Es de los actos de más aventajada fe; y, arrebatado de un ardiente celo de la gloria de Dios, dejó su tierra, intentó pasar a las Indias a predicar, y dilatar la santa fe católica, con ánimo de derramar su sangre en la demanda. Halló su celo buen empleo en estos reinos, andando por
f. 138 r. tan- / tos pueblos predicando la fe católica, con tan gran vigor y espíritu, hasta humillarse a enseñar los principios de la fe a los niños. Por predicar las verdades evangélicas con la entereza y esfuerzo que ellas piden, padeció innumerables trabajos, cárceles, contradicciones, émulos, permaneciendo constante en su oficio con el celo de un Elías.

Profesó la fe católica romana, y perseveró en ella todo el tiempo de su vida, con grande afecto, en obras y palabras, observando, y guardando consuma perfección todo lo que ordena, y manda la santa Iglesia Romana, y enseñando a otros que así lo hiciesen. En todos sus sermones y pláticas, públicas y particulares, mostró siempre una gran reverencia y respeto a la Santa Sede Apostólica, y prelados de la Iglesia; obedeció a sus mandatos. Habiéndose comenzado a publicar el santo Concilio de Trento, oyó decir que tenía un decreto que prohibía andar en lengua vulgar la sagrada Escritura. Un día, con gran resolución, sin más consulta, echó en el fuego un libro que tenía escrito de las ocho bienaventuranzas en que debía de haber muchos lugares de la Escritura traducidos, con gran sentimiento y dolor de cuantos lo supieron; perdióse un gran tesoro. Respetaba los decretos de la Iglesia. De esta misma virtud nacía la gran reverencia y respeto que tuvo a las cosas sagradas, y cualquier ceremonia de la Iglesia.

Defendió la santa fe católica, como doctor de la Iglesia (si así es lícito llamarle). En su libro del *Audi, filia* probó, por muchos capítulos, que la fe católica es la verdadera, con tan fuertes argumentos, con razones tan sólidas, que convencen cualquier entendimiento; en que el venerable Maestro mostró la firmeza de su fe, y lo mucho que había trabajado en su defensa, y el estudio continuo y meditación de sus verdades, que le hicieron juntar tantos y tan graves fundamentos.

Para protestar la fe enseñaba una devoción muy buena. Aconsejaba a sus hijos espirituales que ninguna vez se acos- / tasen, sin decir, persinándose, estas v. palabras:

> Pues sin fe no hay salvación,
> sin penitencia no hay perdón,
> confiésome a ti, Señor,
> y hago protestación
> de vivir creyendo en ti,
> y morir, diciendo así:
> »Creo en Dios Padre todopoderoso», y proseguir hasta acabar el Credo.

Su esperanza y confianza en Dios, otra de las tres virtudes teologales, fue grande y firme. Su objeto

principal, la bienaventuranza, ver a Dios, gozar los bienes eternos por los méritos de Cristo. Éste era el blanco de sus esperanzas. Parecía estar sólo con el cuerpo entre hombres; habitaba con el alma y pensamiento en el cielo, siendo sus ansias dejar la vida, ver a Dios y gozarle. Hacía muy de ordinario esta oración, alzando los ojos al cielo:

Confío, Señor, de veros a vos en vos en vuestro Reino;

y otras veces:

Quando dissolvar et ero tecum in regno tuo? [100]

De aquí nacía un desasimiento grande de las cosas de la tierra, de las necesidades de la vida; de nada tenía cuidado, sustento, vestido, sueño; de que dio particular ejemplo a sus discípulos, a sus huéspedes, a todos los que con él trataban; los ojos y pensamientos de continuo en el cielo.

Fue grande la firmeza de su confianza en Dios; emprendió con ella hazañas grandes de su servicio; venció montes de dificultades en la conversión de muchas mujeres de mala vida, a quien sacó de las uñas del demonio, en que se atravesaron grandes contradicciones y peligros; a todo hizo rostro, sin que le acobardasen temores, acometiendo a lo más arduo, animoso, porque Nuestro Señor fuese glorificado y honrado. No fueron menos los encuentros de padres y parientes, en la reducción a vida más perfecta de personas conjuntas; permaneció constante en sus intentos, haciendo la causa de Dios, sin respeto ni temor humano.

Nunca quiso valerse de favores y poderes de la tierra, de grandes señores y perlados, que le pudieran ayudar y defender en sus trabajos y persecuciones, que padeció por predicar el Evangelio y estamparlo en los corazones; esperó solamente el socorro
f. 139 r. del cielo. /

Donde campeó más la virtud de la esperanza y gran confianza que en el favor de Dios tenía, fue en el suceso de la prisión del Santo Oficio. Cuando su causa estaba más desesperada, al parecer humano, tuvo más cierta y segura la confianza en Dios, de que había de saberse la verdad, y sacarle de aquel

100 Cf. Phil. 1,23.

aprieto en que le habían puesto sus enemigos; portóse con tal grandeza de ánimo, que ni aun tachar quiso los testigos, ni valerse de defensa humana, tan firme estaba en esperar la divina.

Ninguna cosa más resplandece en sus cartas que la virtud de la esperanza, de que habla altísimamente, porque, por la mayor parte, son consolatorias, le era forzoso apoyar con sólidas razones la confianza que deben tener en Dios los hombres; con ésta esfuerza los flacos, y desmayados con la carga de sus pecados y miserias; en las sequedades espirituales y ausencias de Nuestro Señor discurre divinamente en la esperanza, tomando el principal motivo de la pasión de Cristo Nuestro Señor; ésta es la víctima cordial, de que se vale para alentar cualquier descaecimiento; y como tenía la virtud de la esperanza tan dentro del corazón, así la deseaba plantar en sus devotos y discípulos.

En las cosas que intentaba del servicio de Dios, mayormente si era evitar ofensas suyas, era tal su confianza que, cuando más desemperado se veía de las criaturas, y destituido de todo socorro humano, entonces tenía más firme en Dios su esperanza. Estando en cierta villa, trató de remediar una ocasión de ofensa de Dios en una persona grave; faltábale el ayuda de quien debiera dársela, y aun remediar el pecado; tuvo sobre el caso grandes contradiciones. En presencia de quien lo depuso con juramento, dijo poniendo los ojos en un Cristo:

> Poderoso sois vos, Señor, y en vuestra misericordia confío me ayudaréis, para que evite vuestras ofensas, y no me aparte de hacerlo así, aunque me cueste mil vidas; y teniendo yo vuestra ayuda, no hago caso de ninguna potencia, ni contradicción humana.

Mas lo que causa mayor / admiración fue la gran v.
confianza que tuvo en Dios, cuando vendió su hacienda, y la repartió a los pobres (cosa que se ve tan pocas veces en este mundo moderno); confió en la divina providencia que no le había de faltar, resuelto de no admitir renta, que pudiese asegurarle el sustento.

Leyendo una vez en Córdoba la Escritura a algunos clérigos, mostró una Biblia pequeña que traía

consigo; llegando a aquel lugar del Evangelio, en que Cristo nuestro Señor dice: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás os será dado,*[101] dijo que había echado una raya en este lugar, y añadió:

> Tantos años ha que fiado de esa palabra me desembaracé de todo lo temporal, y nunca me ha faltado cosa alguna de las necesarias para la vida.

Lo mismo le pasó con el padre Juan de Villarás su compañero, que leyéndole a la mesa este Evangelio le dijo:

> Cuarenta años ha que vivo en fe de esa palabra; ni me ha faltado, ni le he faltado.

Decía muchas veces que si un hombre de negocios caudaloso le diera crédito abierto para que todos sus correspondientes le proveyeran de todo lo necesario, dondequiera que llegase, se tuviera por bien seguro, y proveído; con cuánta más confianza podía ir a enseñar y predicar por todas las partes del mundo, teniendo letra del Señor del cielo y tierra, del rico que nunca se alza, cuya promesa es tan cierta que, como él dice, *antes faltará el cielo y la tierra que alguna de sus palabras.*[102] La letra en que lo asegura dice así: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás os será dado.*[103]

Mas el apoyo mayor de su esperanza, con que se prometía alcanzar de Nuestro Señor grandes misericordias, y la mayor, de gozarle eternamente, le tenía puesto en los méritos de Cristo, mirados por el Eterno Padre, y sus ruegos en favor del hombre; y porque pone la práctica de su confianza en el remate del discurso del amor, que trujimos en el capítulo pasado, acabará también este. Será aliento a muchos desconfiados, y sabrán de adonde han de sacar su
f. 140 r. confianza. Prosigue así: /

> Cata, pues, aquí, ánima mía, declarada la causa del amor que Cristo nos tiene; porque no nace este amor de

101 Mt. 6,33.
102 Cf. Cc. 13,31.
103 Mt. 6,33.

mirar lo que hay en el hombre, sino de mirar a Dios, y del deseo que tiene de cumplir su santa voluntad. Pues, por este mismo camino, podrás entender de dónde provienen tantos beneficios y promesas, como Dios tiene hechas al hombre, para que de aquí se esfuerce tu esperanza, viendo sobre cuán firmes fundamentos está fundada. Has, pues, de saber que así como la causa porque amó Dios al hombre, no es el hombre, sino Dios; así también el medio por que Dios tiene prometidos tantos bienes al hombre, no es el hombre sino Cristo. La causa porque el Hijo nos ama es porque se lo mandó al Padre, y la causa porque el Padre nos favorece es porque se lo pide y se lo merece el Hijo. Estos son aquellos sobrecelestiales planetas, por cuyo aspecto maravilloso se gobierna la Iglesia, y se envían todas las influencias de gracias al mundo. ¡Cuán firmes son los estribos de nuestro amor!; y no lo son menos los de nuestra esperanza. Tú nos amas, buen Jesús, porque tu Padre te lo mandó, y tu Padre nos perdona, porque Tú se lo suplicas. De mirar tú su corazón y voluntad, resulta me ames a mí, porque así lo pide tu obediencia; y de mirar Él tu pasión y heridas, procede mi perdón y salud, porque así lo piden tus méritos. Miraos siempre Padre e Hijo, miraos siempre sin cesar, porque así se obre mi salud. ¡Oh vista de soberana virtud, oh aspecto de sobrecelestiales planetas, de donde proceden los rayos de la divina gracia, con tanta certidumbre! ¿Cuándo desobedecerá tal Hijo? ¿Cuándo no le mirará tal Padre? Pues, si el Hijo obedece, ¿quién no será amado? Y si el Padre mira, ¿quién no será perdonado? A un suspiro que dio aquella doncella Aja, ante su padre Caleb, le dio el padre piadoso todo cuanto le pidió; pues a los suspiros y lágrimas de tal Hijo, ¿qué se le podrá negar? De esta manera, ¿cuándo faltará mi remedio, si yo lo buscare? ¿Cuándo se agotarán mis merecimientos, pues son los tuyos? ¿Cuándo olerá tan mal el cieno de mis maldades, que
no huela / más suavemente el sacrificio de tu pasión, siendo v.
tan grande su hermosura, que todos los pecados del mundo juntos no son más parte a afearla que un lunarito muy pequeño en un rostro muy hermoso.

Pues, ánima mía, flaca y desconfiada, que en tantas angustias no sabes confiar en Dios, ¿por qué te desmayan tus culpas, y la falta de tus merecimientos? Mira que este negocio no estriba en ti solo, sino en Cristo, no son tus merecimientos solos principalmente los que te han de salvar, sino los del Salvador, porque si el demérito de aquel primer hombre, a cabo de tantos años, fue bastante a condenarte, mucho más lo serán los méritos de Cristo a salvarte; ése es el estribo de tu esperanza y no tú. El primer hombre terreno fue principio de tu caída, el segundo y celestial es principio y fin de tu remedio. Trabaja de estar uno con ése con fe, y amor, así como lo estás con el otro con vínculo de parentesco; porque si lo estuvieres, así como por el deudo natural participas la culpa del transgresor, así por el deudo espiritual comunicas la gracia del justo. Si con él estuvieres de esta manera unido, sé cierto que lo que fuera de Él, será de ti; lo que fuere del Padre, será de los hijos y lo que fuere de la cabeza, será de los miembros,

y *donde estuviere el cuerpo, allí se juntarán las águilas.*[104]
Esto es lo que, en figura de este misterio, dijo el rey David a un hombre temeroso, y turbado: *Júntate conmigo, que lo que será de mi será ti, y conmigo serás guardado.*[105] No mires a tus fuerzas, que te harán desmayar, sino mira a ese remediador, y tomarás esfuerzo. Si, pasando el río, se te desvanece la cabeza, mirando las aguas que corren, levanta los ojos en alto, y mira los merecimientos del Crucificado, y pasarás seguro; si te atormenta *el espíritu malo* de la desconfianza, suena la arpa de David,[106] y asegúrate con su providencia en medio de tus tribulaciones, y si crees de verdad que el Padre te dio a su Hijo, cree
f. 141 r. también que te dará lo demás,[107] pues todo es menos. / No pienses que, porque se subió a los cielos, te tiene olvidado, pues no se puede compadecer en uno amor y olvido. La mejor prenda que tenía te dejó, cuando subió allá, que fue el palio de su carne preciosa,[108] en memoria de su amor. Mira que no solamente viviendo padeció por ti, pero aun, después de muerto, padeció la mayor de sus heridas, y para que sepas que en vida y en muerte te es amigo verdadero, y para que entiendas por aquí, cuando dijo al tiempo del expirar: *Acabado es,*[109] aunque acabaron sus dolores, no acabó su amor. Jesucristo, dice san Pablo, *ayer fue, y hay* es también, y será *en todos los siglos,*[110] porque cual fue en este siglo, mientras vivió, para los que le querían, tal es ahora, y será para siempre, para todos los que le buscaren, amaren y quisieren. Vive, ánima mía, en perpetuo agradecimiento a tal Señor, y tal amador.[110 bis]

Hasta aquí, el Padre Maestro Ávila. Este discurso del amor de Dios, y esperanza, ha sido admirado y estimado de todos los hombres doctos y píos. El padre Rosignolio, de la Compañía de Jesús, varón doctísimo, le pone a la letra en el libro quinto, cap. 26, de la *Disciplina Cristiana,* citando a nuestro venerable Maestro, con estas palabras: «Sanctissimo viro Magistro Ioanni Avila celeberrimo in Hispania superioris saeculi concionatori».[110 ter]

104 Mt. 24,28.
105 Cf. 1 Reg. 22,23.
106 Cf. 1 Reg. 16,23.
107 Cf. Rom. 8,32.
108 Cf. 4 Reg. 2,13.
109 Io. 19,30.
110 Hebr. 13,8.
110 bis *Obras espirituales,* II, 22-25.
110 ter B. ROSIGNOLIO, *De disciplina christiana,* lib. V, c. 26 (Lyon 1604), p. 751 ss.

De su amor a los prójimos

Capítulo III

Forma Dios los varones santos, que escoge para la conversión de las almas, a semejanza de su Hijo sacrosanto, modelo y forma de los varones apostólicos, dándoles las partes convenientes a tan importante ministerio.

Enriqueció Dios el alma del padre Maestro Ávila de grandes dones, gracias y virtudes, y un alto conocimiento de sus misericordias, y en particular del misterio de la Redención humana, y del amor y estima que hace de las almas. Su amor a Dios fue sumamente grande, y encendido; conoció que estos favores, y la vocación divina, no sólo venían a pa-/rar a su per- v.
sona, mas que se los habían dado en beneficio también de sus hermanos, y para que estos talentos se empleasen en la granjería de las almas, margaritas preciosas, por quien el mercader del cielo dio el precio de su divina sangre.[111]

De aquí, pues, hemos de colegir el encendido amor que este varón apostólico tuvo a los prójimos, porque, mirando su amor derechamente a Dios con el alto conocimiento que hemos dicho, revolvió para los prójimos con tan grandes demostraciones, con tan vehemente impulso, que no hay lengua que pueda bastantemente explicarlo. Descubrió este pensamiento en aquella gravísima sentencia, de que hicimos mención en el libro primero, cuando preguntándole un virtuoso teólogo qué aviso le daba para hacer fructuosamente el oficio de la predicación, respondió: «Amar mucho a Nuestro Señor». De que colegiremos fácilmente, que el haberse empleado tan continua y fervorosamente a la predicación, y otras muchas obras santas, en beneficio de innumerables almas, fue efecto del grande amor que a Dios tenía; de manera que sus trabajos, sudores y caminos, y las maravillosas obras que hemos

111 Cf. Mt. 13,45.

visto en utilidad de las almas, prueban igualmente su amor a Dios y a los prójimos, porque de la fuerza y vehemencia del primero resultaron los grandes efectos del segundo.

Habiendo Nuestro Señor formado en el padre Maestro Ávila un predicador perfecto, en que se mirasen los profesores de este arte, era convenientísimo el conocerle en sumo grado este amor a los prójimos, sin el cual apenas puede tener la predicación y ministerio de almas, efecto considerable, porque, cuando es verdadero y eficaz, causa en el alma un cuidadoso desvelo del bien de las almas, una suave ternura, unas ansias implacables del aprovechamiento de sus hijos. Este amor da la elocuencia de palabras encendidas, la porfía hasta vencer. Si viese una madre, que tiernamente amase
f. 142 r. a un hijo único, que iba a desafiar a otro hombre, / para matarse con él, ¿qué haría en este caso?, ¿qué diría?, ¿con qué lágrimas, con qué ruegos, con qué razones, procuraría revocar al hijo de tan mal camino?, ¡y cuán ingeniosa y elocuente la haría el amor! Pues, por aquí se entenderá facilmente la importancia de este amor, cuando es de veras, y lo que obra en los grandes amadores de las almas, y el dolor de su perdición, y cuántas y cuán eficaces razones, y cuántos medios les trae para esto a la memoria de este amor.

Este atributo campeó maravillosamente en el apóstol san Pablo; fue rara la ternura del amor que el Maestro de las gentes mostraba a sus hijos, con que les robaba y cautivaba los corazones; llenas están sus cartas de afectos ternísimos del paternal cuidado, muestras del amor que le abrasaba el pecho.

Siendo, pues, este cebo del amor un medio tan eficaz para cazar las almas, no era razón que a este nuestro cazador faltase este mismo cebo. Algo dejamos escrito, en el libro primero, de este amor; cualquier encarecimiento es cortísimo; cualquier comparación no iguala; excedía al vigoroso amor de padre al tierno de la madre; cuidaba de cada uno de sus hijos con una solicitud increíble; ellos conocían en él este tierno afecto. Granjeó las voluntades de todos, medio con que ganó muchas almas, porque fue una disposición muy grande, para que obrase poderosamente su doctrina; reciben con diferente modo las verdades de quien se ama, y estima; procuró el san-

to Maestro Ávila ganar los corazones de sus oyentes, no sólo con sus palabras, sino con innumerables buenas obras, limosnas, intercesiones, socorriendo todas las necesidades de sus prójimos, teniéndolas por suyas; así las sentía, y procuraba el remedio, acudiendo por su persona y la de sus discípulos, a los encarcelados, a los enfermos y menesterosos, socorriendo todas las necesidades de la República, donde vivía, y de los ausentes, por los medios que le eran posibles.

Esta caridad y amor para con todos, muestra en el princi-/pio de sus cartas, declarando el amor v. y memoria que tiene de aquellos a quien escribe, y el deseo de su aprovechamiento, y cuidado de encomendarlos a Nuestro Señor; muestras eran éstas del espíritu de caridad, que en su corazón ardía, que hacia saltar estas centellas de amor afuera, porque lo *que abunda en el corazón sale por la boca;* [112] mostraba a los presentes por palabras, y a los ausentes con cartas, el entrañable amor que a todos tenía. Cada cual creía que era el más amado, y verdaderamente parecía que para cada uno tenía un corazón.

Trataba a todos con gran humanidad y mansedumbre, medio de que también usó en Roma el santo Felipe Neri, que con la benevolencia, y el agrado, trujo a Dios innumerables almas. La sequedad y autoridad gana pocas voluntades, y aunque veneres a un hombre por muy santo, rehusas su comunicación, si le hallas seco.

Este su amor al prójimo se apoyaba en tres grandes consideraciones, que le hacian más robusto. La primera, ponía los ojos en sí, en sus flaquezas y necesidades; ponderaba como quisiera ser socorrido en ellas, cómo sobrellevado, cómo remediado en sus trabajos, y aflicciones, y poniendo estas miserias en los prójimos, acudía con aquella compasión que él deseaba le acudiesen en las suyas. Y esta es la regla que pone el Eclesiástico, que dice: *De lo que quieres para ti entiende lo que debes hacer para tu prójimo.*[113] Desigual anda el que pide la mayor adoración, y trata con desabrimiento al negociante; no ama el que quiere que le sobre todo, y, pudiendo, no remedia al que pere-

112 Mt. 12,34.
113 Cf. Tob. 4,16.

ce; querer le disimulen sus defectos, ser censor riguroso de las más ligeras faltas. Si el amor que a sí se tiene el rico entrara a la parte el prójimo, bueno anduviera el partido de los miserables.

La segunda, ponía los ojos en Cristo, en el amor que tuvo a los hombres, el cuidado con que procuró sus bienes, de que sacaba un grande amor a los prójimos, no considerando en ellos lo que cae de fuera, como ri-
f. 143 r. quezas, linaje, digni- / dades, ni cosas semejantes, mas, como cosa conjuntísima a Cristo, como unas prendas de su corazón, como unos entrañables pedazos de su Cuerpo Místico, reputado por tan propio que dice el mismo Maestro de la verdad, que el bien o el mal que al prójimo se hiciere lo recibe como hecho a su persona.[114] Con este motivo crecía en el varón de Dios el amor de sus hermanos; conversaba con ellos con una reverencia profunda y amor entrañable, y mansedumbre blanda, con un cuidado grande de alegrarles y consolarles; miraba a Cristo él en ellos, miraba el precio inestimable de su sangre, pagado de contado por un hombre cuando le compró en la cruz, y así preciaba y honraba a los que tanto apreció y honró Dios.

Fue la tercera consideración ponderar que si bien de las mercedes y misericordias que Dios le hacía, no pide retorno al modo humano, porque es riquísimo, y no necesita de nuestras poquedades: lo que da por amor puro lo da; mas el retorno quiere que sea para los prójimos, que tienen necesidad de ser estimados, amados y socorridos. Entraba en cuenta con Dios de los grandes favores de su liberalidad recibidos, en que ponía los trabajos y muerte de su Hijo, el perdón de sus pecados y todos los beneficios divinos conocidos con una luz superior; hallaba que el desempeño era el amor a los prójimos, y que esta contratación amorosa es el firme fundamento del amor del prójimo, no mirando lo que él es, tal vez del todo intolerable, no las obras que nos hace, no su correspondencia, de ordinario corta, sino por lo que se debe a Dios, a quien se paga, a Cristo, que recibe el bien que se hace al prójimo. Estas consideraciones, sacadas de su experiencia, y de la práctica que tuvo de esta virtud, prosigue en el libro de *Audi, filia,* donde con una elocuencia divi-

114 Cf. Mt. 25,40.45.

na, con las palabras que hemos puesto, muestra cuán arraigadas estaban estas verdades en su corazón, cuán platicadas en sus obras.[115] v.

Del desprecio de las cosas de la tierra y afecto a la pobreza

Capítulo IV

Una de las virtudes que más adorna al predicador evangélico, y que mayor fuerza da a su doctrina, es la pobreza de espíritu, y el desprecio de las cosas de la tierra; porque, como el verdadero ministro del Evangelio ha de batallar continuamente contra la avaricia y la ambición, y de los vicios y pecados que brotan de estas dos fuentes, no pueden salir vivas las palabras que no van apadrinadas con las obras. El pobre y el penitente dará voces contra la riqueza y el regalo; el humilde reprenderá animosamente los desvelos por mandar. En vano persuadirá la moderación en las ganancias, el que anhela por ser rico, y despreciar los honores, el que se alimenta de este viento. Dice advertidamente san Jerónimo a Nepociano, sacerdote santo: [115 bis] «No confundan tus obras a tus palabras, porque cuando prediques en la Iglesia, no diga alguno entre sí: ¿Por qué estas cosas que dices no las haces? Delicado maestro es el que, lleno el vientre, disputa de los ayunos; aun el ladrón puede decir mal del avaricia. Concuerden la boca, alma y manos del sacerdote de Cristo». Por tanto, este divino Maestro cuando envió a predicar a sus discípulos les mandó, que no lleven bolsa, ni alforja,[116] sino sola la fe y confianza en Dios, porque con esta provisión nada les faltaría, y pobres y despreciados abatieron el reino del demonio, fundado en el tener y el mandar.

El santo Maestro Ávila, verdaderamente discípulo de Cristo fue raro ejemplo de esta verdad, varón verdaderamente pobre, y digno, por esta virtud, de admi-

115 Caps. 94-96.
115 bis *Epist.* 52: ML 22, 533.
116 Cf. Lc. 10,4.

ración, aun en los siglos apostólicos. Determinado, pues, este gran siervo de Dios de emplearse todo en el oficio de la predicación, deseando por este medio no conseguir honras ni dignidades, sino la salvación de las
f. 144 r. almas, asentó en la escuela de aquel Señor, / que dijo: *Si alguno no renunciare todas las cosas que posee no puede ser mi discípulo.*[117] Ajustóse a este arancel tan puntualmente como vimos. Vendió la hacienda que le dejaron sus padres, que se ama más cariñosamente que la que se adquiere, repartióla entre pobres, y como verdadero levita, siendo su parte Dios, pobre en lo temporal, con un solo vestido de paño bajo, empero rico por la confianza de Dios, se partió a predicar a los infieles. Alabamos justamente a los que, dejando el siglo, entran en las religiones, donde, viviendo en gran pobreza cada particular, nunca o raras veces falta lo necesario a la vida; admiten loablemente rentas para conservación de la misma religión, mas no puede dejar de arrebatar la admiración, ver que un rico se haga pobre; fuerza es que el que lo ponderare confiese ser muy robusto este espíritu. Experimentó muy de contado el santo Maestro Ávila cuán necesaria fue la fortaleza con que emprendió tal hazaña. Ido a Sevilla, como dijimos, cuando comenzó a predicar, y no era tan conocido, moraba en una casilla con un padre sacerdote, sin tener quien le sirviese. La comida (sin prevención alguna), tomar algo de lo que pasaba por la calle: leche, granadas o fruta, sin haber cosa que llegase a fuego, y personas devotas le daban limosnas, con que compraba este tan tenue sustento. Sin duda, otro manjar superior alimentaba su espíritu con abundante regalo, pues habiendo mejorado de conocimiento y estima entre los hombres, nunca mejoró de renta, ni aumentó el plato, ni mudó de intento.

Abrazó la pobreza con tan constante propósito que en todo el largo discurso de su vida, no pasó su hacienda de unos pocos de libros, y un recado para decir Misa, y unas alhajas vilísimas; y acordándose de que aquel Señor, que él tanto amaba, murió en la cruz desnudo; de esto poco que tenía hizo donación a un discípulo suyo, por escritura pública, seis años antes que falleciese. Su celda, de un humilde religioso; la

117 Lc. 14,33.

cama pobre, pero compuesta con aseo; todo el demás menaje, lo preciso para la necesidad; daba olor de po- / breza. En su oratorio, un Cristo; los adornos v.
de sus piezas, una cruz grande de palo, que hoy conserva con estima el conde de Benavente; los ébanos y marfiles, las correspondencias y variedad de pinturas, adornos son de camarines de príncipes, afrenta de los que profesan por voto la pobreza. Era tan amigo de esta virtud que, mirando la pobreza en que el Salvador, dulce bien suyo, nació, vivió y murió, decía, que deseaba grandemente pedir limosna de puerta en puerta, como verdadero pobre, si no le fueran a la mano.

Su vestido era humilde y pobre, pero muy limpio: una loba o sotana de paño bajo, o sarga muy grosera, alta un coto del suelo; un manteo, de lo mismo; todo tan despreciable y vil como pudiera el más mortificado religioso; el vestido interior, tan astroso y pobre, como el exterior de los mendigos; y esta moderación en el traje aconsejaba usasen los sacerdotes, y que fiasen en Dios, y diesen limosnas de sus bienes, aunque fuesen los principales. Esta humildad en el traje conservaron sus discípulos por muchos años; traían un vestido de paño baladí, de muy poco precio, cordellate o estameña, que para sacerdotes no puede ser más moderado ni pobre. Desagradaron siempre al venerable Maestro la gala y sedas en los eclesiásticos, cosa que desdice tanto de su profesión y ministerio. Estando un día en la iglesia mayor de Montilla, platicando con los clérigos en cosas espirituales, pasó acaso cerca de él el cura, con una loba y manteo de gorgorán, con que hacía algún ruido; asióle el santo Maestro del canto del manteo, y sonriéndose le dijo: «Con este ruido, señor cura, asombrarse han las ovejas». Estas palabras penetraron de manera el corazón del cura, que, con ser mozo y rico, mudó el vestido, mejoró de costumbres, y fue adelante un ejemplar sacerdote; suceso que prueba también la fuerza que tenían sus palabras. Traía el santo varón el cabello mortificadísimo, la corona era una coleta, cabello largo cortado. Usaba de un sombrero tan gastado y vil que, persuadiéndole sus discípulos
que tomase otro decente a su / persona, valiéndose f. 145 r.
de la Marquesa de Priego, para que se lo pidiese, le

respondió que para reprender en los púlpitos los excesos en los trajes era necesario que él diese buen ejemplo, y comenzase la moderación de ellos de su persona. Jamás llevó limosna ni estipendio por sus sermones. Decía con san Pablo: *Non quaero vestra sed vos*,[118] y en otra parte: *Nullius aurum vel argentum concupivi*,[119] y en otro:*Non quaero datum, sed fructum*;[120] en muchos el que sacan de los sermones es la propina.

Tenía tan arraigada esta virtud en el alma, que no había diligencias que pudiesen desquiciarle un punto de ella. Don Gaspar de Avalos, arzobispo de Granada, pensó con su autoridad hacer que mejorase de sotana, y, ofreciéndole una nueva, no pudo acabar con él la recibiese. Pasó a la industria. Entretúvole una noche hasta tan tarde que fue forzoso quedarse a ser su huésped; alojáronle en un aposento, donde pudo entrar un criado y coger la sotana vieja y dejarle la nueva; y yéndose a levantar, cuando conoció el engaño, no fue posible hacerle vestir, ni salir del aposento; no se le oía otra cosa que, con mucha humildad y vergüenza: «Denme mi sotana»; no se pudo conseguir que se vistiese la nueva. Una señora devota suya tuvo traza que le hurtasen el manteo viejo, y le pusiesen otro nuevo; la luz del día descubrió la estratagema; comenzó a decir: «Denme mi manteo, denme mi manteo»; no hubo nadie que en esto lo obedeciese, esperando vencerle con la necesidad; mas no bastó esto, y siendo víspera de Navidad, se vistió una sobrepelliz sobre la sotana vieja que traía, y de esta manera se fue a vísperas de la fiesta, y, como esto vieron, finalmente le volvieron su manteo.

Fue tan enamorado de esta virtud, amóla en tanto grado que si algún príncipe o persona rica le hacía algún donativo, o le ofrecía alguna cosa de precio, habiendo mostrádose agradecido, respondía que no le faltaba nada, que lo diesen a los pobres, que lo habían menester. Esto practicó muchas veces con los
v. Marqueses de Priego, que le hicieron presen-/tes de gran valor; hacía que se vendiesen y repartiese el precio a pobres vergonzantes, y viudas necesitadas de

118 Cf. 2 Cor. 12,14.
119 Cf. Act. 20,33.
120 Cf. Phil. 4,17.

la villa; hizo de esta manera grandes limosnas y remedió muchas necesidades; casó huérfanas; y, pobre, dio más que muchos ricos; y, como dijo a un familiar suyo, había Nuestro Señor cumplido con él a la letra aquella palabra en que promete, al que dejare su hacienda, ciento tanto más en esta vida,[121], pues no solamente no le había faltado cosa alguna, antes le había dado mucho más con que ayudar y socorrer muchas necesidades, y así pudo decir con san Pablo: *Vivimos como pobres, pero enriquecemos a muchos*[122] porque fue grande el cuidado que tuvo de acudir a las necesidades de los pobres, y de los hospitales. Él fue el que dio calor a aquel grande Hospital que se hizo en Granada junto al monasterio de San Jerónimo, y, además de esto, todas las personas que se querían convertir, o entregar al servicio de Nuestro Señor, hallaban en él abrigo y remedio, no sólo para sus ánimas, sino también para sus cuerpos, cuando era necesario; para todo le favorecía Nuestro Señor, enriqueciendo aquella pobreza voluntaria, que había escogido.

El motivo de esta gran virtud no fue el del otro vano, que echó su hacienda en la mar, filósofo del mundo, animal apetecedor de gloria humana, esclavo venal del aura popular y los corrillos; más alta es la mira del cristiano: la imitación y amor de Cristo, despreciada la vanidad del siglo, fue lo que arrebató el ánimo de este apostólico varón. Decíale una vez su gran amigo, el venerable padre fray Luis de Granada, que el bienaventurado san Francisco amó y encomendó tanto la pobreza por dos grandes bienes que hay en ella: el uno es cortar la raíz de todos los males, que es la codicia, y el otro, porque, contentándose el religioso con lo necesario (lo cual a pocas vueltas se halla), queda libre y desocupado, para ocuparse todo en la contemplación de las cosas del cielo, como quien no tiene ya trato ni comercio en la tierra. Respondió el santo Maestro Ávila que no era ésta la principal razón de este glorioso padre, sino el amor grande y tierno que tenía a Cristo; y / f. 146 r.
por esto, viéndole nacer y vivir tan pobre, que no tenía sobre qué reclinar la cabeza, y, sobre todo, morir

121 Cf. Mt. 19,29.
122 2 Cor. 6,10.

desnudo en una cruz, que no podía él acabar consigo de vivir y morir sino de la manera que su querido y amado Señor vivió y murió. Esta respuesta la sacó este santo varón de lo praticado de su amor, de lo que por él pasaba: imitó porque amó, y amó con el extremo que hemos visto, y adelante veremos.

De este magisterio del amor se originó en el santo Maestro Ávila un desprecio grande del mundo, sus dignidades y aumentos, teniéndolas todas por un peligroso engaño. Dijo un día Dios Nuestro Señor, quejándose, a santa Teresa de Jesús, su querida esposa: «¡Ay, hija, qué pocos me aman con verdad, que si me amasen no les encubriría yo mis secretos! ¿Sabes qué es amarme a mí con verdad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable a mí; con claridad verás esto, que ahora no entiendes, en lo que aprovecha tu alma». Esta verdad vamos viendo practicada en las virtudes todas del santo Maestro Ávila; amó de verdad a Dios, y así tuvo por mentira cuanto juzgó no le era agradable. Y teniendo por desagradable a Dios cuanto apetece el pensamiento humano en orden a sus aumentos, sin respeto a su servicio en nada, puso la mira, en cómo renunciar de corazón, cuanto impedía la mayor perfección a que anhelaba.

Los grados y dignidades eclesiásticas agradables son a Dios; constituye esta jerarquía visible de la Iglesia, que se encamina a conocer a Dios y darle el verdadero culto para salvación del alma con ejercicio continuo de la verdadera religión. La entrada a estas dignidades, los designios, pueden ser torcidos, o menos buenos, y, finalmente, los mismos con que comunmente se apetecen las dignidades del siglo. El santo Maestro Ávila, humildísimo, rehusó admitir ventajas, en que vio peligrar otros, o que, por lo menos, deshacían de la perfecta pobreza, que profesaba. Pudieran sus grandes letras y virtudes colocarle en grandes puestos; no sólo no los apeteció, antes, ofrecidos, los despreció generosamente. Desearon las principales iglesias del Andalucía tenerle por canónigo; no ad- / mitió prebenda alguna. No sólo por la oglicación que traen consigo las rentas eclesiásticas, y la estrecha cuenta que se ha de dar de ellas, cuanto porque, profesando la perfección evangélica, juzgó que, para conseguirla y conservarla, era más conve-

v.

niente la pobreza en la forma que él y sus discípulos la profesaron. El arzobispo don Gaspar de Avalos le ofreció la canongía magistral de Granada; no la aceptó. Hállase en los archivos de la santa iglesia de Jaén cómo aquel reverendísimo cabildo le ofreció la magistral, dignidad muy calificada y rica; con su profunda humildad para ninguna cosa se halló digno.

Es fama que Paulo Tercero, Pontífice Romano, gran honrador de hombres sabios, le ofreció capelo, que tenían merecido sus grandes servicios a la Iglesia. Es más cierto que el rey nuestro señor, don Felipe Segundo, que goza de descanso, le presentó en el obispado de Segovia, después en el arzobispado de Granada; no los aceptó, resistiendo a una gran porfía; esto corre con opinión constante en toda el Andalucía. Y es muy verosímil, siendo tan benemérito el sujeto, tan conocida la religión de este gran rey, y el celo de poner en las iglesias prelados de gran virtud, de aventajadas letras. A cuántos, en aquel siglo, los mayores obispados fueron a buscar a sus casas, hombres olvidados aun de sí mismos; de los rincones más retirados reverberaron en los ojos de este gran monarca los rayos de las virtudes más ocultas, de los méritos menos apadrinados. ¡Feliz príncipe, por los hombres que puso en los obispados, felicísimo por los que en su tiempo no los admitieron!

No aceptó estas prelacías el santo Maestro Ávila, por entender no ser llamado a ellas. ¿Quién duda que fuera excelente obispo quien tuvo tanto celo de la salud de las almas, tan gran santidad, tantas virtudes, quien dio tantas instrucciones a prelados, y que sabía tan primorosamente este oficio? Mayormente, no habiéndole pretendido; mas, por no hallarse con vocación de Dios, y entender ser otro su ministerio en la Iglesia, perseveró en su puesto con gran acierto y prudencia, y si un / varón tan eminente y f. 147 r.
santo rehusó, por entender no ser llamado, un puesto tan debido a sus virtudes, a gran peligro camina el que sin ellas, confiado o presumido de sí mismo, sin vocación de Dios, y con pretensión muy larga, y tal vez turbia, apetece poner sobre sus hombros una carga, a que se estremecieron los de los mayores santos. El venerable Maestro, sin duda, la tuvo grande miedo.

Diólo a entender un día, que, acabando de decir Misa, y dando gracias, de que salía con una devoción intensísima, pasó por delante del padre Maestro Juan Díaz, que estaba rezando sentado en el escalón de un aposento, y sin preguntarle nada, con aquella su mesura, le dijo: «Padre Juan Díaz, dé muchas gracias a Dios que no le ha hecho obispo»; y con esto pasó, de que coligió el padre si había acaso tenido revelación de que cierto prelado padecía por haberlo sido.

Finalmente, el santo Maestro Ávila fue obrero sin estipendio, peleó sin paga temporal, y de dos cosas que tienen los ministerios eclesiásticos, carga y premio, abrazó animosamente la primera; dejó todo lo lucroso y honorífico; y, habiendo servido tanto a la Iglesia, no recibió de ella un real. Otros, con grandes rentas eclesiásticas, no sólo no le son de servicio y de provecho, antes le son de embarazo, tal vez escándalo.

No fue prueba menor de su gran desnudez y despego de esperanzas temporales, el no haber venido a la corte, habiendo sido llamado por la fama que corría de su vida y doctrina; puesto apetecido de los talentos grandes, donde han tenido su verdadera estima, y premios justos. El santo Maestro Ávila siempre lo rehusó con suma humildad, y aunque entendía que en la corte se podía hacer más fruto, por estar en ella la fuente de la justicia y de todo el gobierno, pero él de tal manera quería servir al provecho común que no quería poner a peligro su recogimiento con el ruido de los muchos negocios que en la corte inquietan, tomando para sí el consejo que daba a sus predicadores; solía decirles: «No más hijos que le-
v. che, ni más negocios que fuerzas». /

Remate este capítulo, por ser de su materia, un hecho grande de un varón ilustre, movido por ventura de lo que era frecuente en aquel siglo, cuanto en este raro. Don Fernando de Toledo, hermano del conde de Oropesa fue varón de gran capacidad, talento y letras. Su virtud fue igual a su nobleza, con ser de las mayores de España. Dióse todo a ejercicios de espíritu y santidad, no admitió rentas y dignidades eclesiásticas, ofrecidas muchas veces a sus méritos. Su modo de vivir fue apostólico; contentóse con ser un clérigo particular y desentendido de quien era; se ocupaba en predicar, confesar y enseñar la

doctrina por los lugares, en particular los de su hermano. Arrebató tanta virtud los ojos de nuestro gran monarca Don Felipe Segundo, y sin noticia suya le alcanzó de Gregorio Decimotercero un capelo, debido premio a tan ejemplar vida. Dióle aviso el rey por cartas, y el parabién de la elección, mostrando gran gusto de ella y satisfacción de su persona, rogándole que aceptase y dispusiese su jornada a Roma. Por comenzar a descubrir desde luego su repugnancia, intervinieron los mayores ministros de aquel tiempo, persuadiéndole viniese en la voluntad del rey tan declarada, pudiendo tener su promoción por vocación de Dios, no habiendo habido de su parte pretensión ni pensamiento de ella. Prefirió don Fernando la quietud de su retiro a la eminencia de la púrpura eclesiástica; grado mayor después de la tiara. Excusóse con humildad y, aunque temió se pasase a medios forzoso, para que acetase, la clemencia y religión del rey no quiso violentar el ánimo, que con superiores motivos hizo una hazaña tan pocas veces vista. Acabó con gran seguridad en el puerto, sin los riesgos del alta mar de la corte. Sabiendo el Pontífice la resolución de don Fernando, con gran ponderación dijo: «Tenemos a mucha felicidad que en los tiempos de nuestro pontificado haya habido quien desprecie la púrpura». Andan impresas las cartas que en este caso se escribieron, dignas de toda estima. Esparce Nuestro Señor por las edades / estos ejemplos, para f. 148 r. consuelo de doctos arrinconados, y confusión de sedientos animosos.

Del celo de la honra de Dios y la salud de las almas

Capítulo V

Del amor que tuvo a Dios, y al prójimo el santo Maestro Ávila, nació el ardentísimo celo que tuvo de la honra de Dios y salvación de las almas; joyel precioso que adornó su espíritu, favor de los mayores

amigos a quien encomienda Dios la conservación de los hombres. Deseaba con una vehemencia grande que todos le amasen y sirviesen, afligíale un intenso dolor de las ofensas que los viles gusanillos hacen a majestad tan grande; de aquí, unos vivos sentimientos de que se perdiese un alma criada para gozarle, que pereciese un hijo de los que, como dijo san Pablo, había engendrado por el Evangelio.[123]

Era frecuente en sus pláticas y sermones ponderar con un tierno sentimiento, que no alcanzaba a entender cómo ningún cristiano bautizado se atrevía a ofender a Dios, conociendo por fe ser tan bueno, y haber hecho tan prodigiosas hazañas por nosotros; penetrábale un vivo dolor el corazón de tan rematado desatino de los hombres; afligíale ver tantos pecados, llorábalos incomparablemente más que si fueran daños propios.

Sentía con tanto extremo las ofensas de Dios que, en cualquier ocasión, aunque fuese estar hablando con señores, grandes o titulados, si acaso se decía que habían herido o muerto a un hombre, suspenso, alzando al cielo la vista decía:

> ¿Es posible que haya hombre que mate a otro? Bien parece que no le costó cinco mil azotes, treinta y tres años de trabajos, y una muerte de cruz, como a Cristo Nuestro Señor.

Esto decía con tierno sentimiento, y una ansia del corazón, que se partía de ver ofensas de Dios, y el trabajo de los prójimos.

De este celo y ardentísimo afecto con que deseaba la gloria y alabanza de Dios, y que se evitasen sus
v. ofensas, nacía / el odio capital que tuvo al pecado mortal; no puede encarecerse con palabras este aborrecimiento. Éste fue el tema principal de sus sermones, sus pláticas y escritos; en esto hablaba día y noche, descubriendo la malicia del pecado, plantando en las almas su aborrecimiento y el temor santo de Dios; aquí desplegaba las velas de su elocuencia, aquí las voces y la fuerza de su espíritu. Todo el discurso de su vida fue una reñida batalla contra los

123 Cf. 1 Cor. 4,15.

pecados; todo el peso de sus cuidados cargaba en sacar las almas de este infierno, como evitar ofensas de su amado; estas eran sus diligencias, sus industrias, sus trazas; para esto ponía todos los medios posibles, y con su levantado entendimiento eran singulares las veras y el conato con que este varón apostólico procuraba hacer la causa de Dios y volvía por su honor, sin atemorizarle riesgos, gastos, peligros, muchas veces conocidos; con todo atropellaba por librar un alma de las uñas del dragón infernal, por restituirla a Cristo; diera gustoso la sangre de sus venas por evitar un pecado. Este odio procuraba pegar a sus discípulos y a todas las almas que dependían de su enseñanza. Prendió de manera este aborrecimiento en un escribano público, a quien el santo Maestro redujo a vida recogida, que se iba de noche a las posadas de las mujeres expuestas, y valuando la ganancia de una noche, redimía con su dinero la torpeza; hacía cerrar la puerta, quedábase tal vez con éstas, exhortándolas a su redución, y que aborreciesen el pecado.

Siendo confesor y predicador de los Marqueses de Priego, alcanzó que en todo su estado, donde hay lugares populosos, no hubiese casas de pública deshonestidad, y aquella oficina de pecados; pensamiento, que después de muchos años, ha seguido el gobierno público del reino.

Este dolor y íntimo sentimiento se le vía muchas veces en el semblante doloroso y afligido, y en los suspiros y gemidos continuos, que salían de lo íntimo del pecho, y en las lágrimas que derramaba muchas veces en el púlpito, cuan- / do consideraba la fealdad f. 149 r. de las almas enajenadas de su verdadera dueño, por un vil interés, por una venganza infame. Clamaba de ordinario:

> ¿Cómo, Señor, siendo vos tan bueno os ofendemos tanto los hombres, en fin ingratos a tan gran Señor? Dadnos gracia, Señor, que os amemos y sirvamos a vos por vos; no miréis, Señor, a tantas ofensas, sino a nuestra miseria, y a vuestra gran misericordia; y descargad en mí vuestra mano poderosa de la justicia, con tal, Señor, que todos los hombres sean buenos y os sirvan a vos por vos, y no por otro fin. Pésame, Señor, de las ofensas y pecados cometidos, y que contra vos se cometen.

Estas palabras decía con notable sentimiento, mostrando un gran dolor de que fuese Nuestro Señor ofendido.

Esta fue la materia de su oración en gran parte, llorar y más llorar por los pecados, pedir a Dios la enmienda de los hombres; castigaba en su cuerpo inocentísimo las ofensas de Dios, para aplacar su indignación, y usase con los pecadores de misericordia; hizo por esta causa grandes penitencias.

Mas lo que no puede explicarse con palabras era el sentimiento que tenía, si alguno de sus hijos espirituales resbalaba en alguna culpa grave, con su caída entristecia a los ángeles, y alegraba los demonios; gemía y lloraba este piadoso padre las caídas de sus hijos sin admitir consuelo. Este trance que en los varones apostólicos es el mayor sentimiento, como se ve en muchas cartas del apóstol san Pablo, en que muestra el dolor íntimo de la caída de los fieles,[124] describe el venerable Maestro en una carta escrita a un predicador, que anda al principio de *Audi filia*, explicando las grandes trabajos que los verdaderos padres de las almas pasan en la educación de sus hijos, para que no mueran; pinta los afectos de su corazón, los tiernos sentimientos de su alma, dice así:

> ¡Qué oración tan contínua y valerosa es menester para con Dios, rogando por ellos, porque no mueran; porque, si mueren, créame padre, que no hay dolor que a este iguale, ni creo que dejó Dios otro género de martirio tan lastimero en este mundo, como el tormento de la
> v. muerte del hijo en el / corazón del que es verdadero padre! ¿Qué le diré? No se quita este dolor con consuelo temporal alguno, no con ver que si unos mueren otros nacen; no con decir lo que suele ser suficiente en todos los otros males: «El Señor lo dio, el Señor lo quitó, su nombre sea bendido».[125] Porque, como sea el mal del alma, y pérdida en que pierde el ánima a Dios, y sea deshonra de Dios y acrecentamiento del reino del pecado, nuestro contrario bando, no hay quien a dolores tan justos consuele. Y si algún remedio hay, es olvido de la muerte del hijo; mas dura poco, que el amor hace que cada cosita que veamos y oigamos, luego nos acordemos del muerto, y tenemos por traición no llorar al que los ángeles lloran en su manera, y el Señor de los ángeles lloraría, y moriría, si posible fuese. Cierto, la muerte del uno excede en dolor al gozo de su nacimiento y bien de todos

124 Cf. 2 Cor. 11,29.
125 Iob. 1, 21.

los otros. Por tanto, a quien quisiere ser padre, conviénele un corazón tierno y muy de carne, para haber compasión de los hijos, lo cual es muy gran martirio; y otro de hierro, para sufrir los golpes que la muerte de ellos da, porque no derriben al padre, o le hagan del todo dejar el oficio, o desmayar, o pasar algunos días que no entienda sino en llorar; lo cual es inconveniente para los negocios de Dios, en los cuales ha de estar siempre solícito y vigilante, y, aunque esté el corazón traspasado de estos dolores, no ha de aflojar ni descansar, sino, habiendo gana de llorar con unos, ha de reir con otros, y no hacer como dijo Aarón, que, habiéndole Dios muerto dos hijos, y siendo reprendido de Moisén, porque no había hecho su oficio sacerdotal, dijo él: «¿Cómo podía agradar a Dios en las ceremonias con corazón lloroso?»[126] Acá padre, mándannos siempre busquemos el agradecimiento de Dios, y pospongamos lo que nuestro corazón querría, porque, por llorar la muerte de uno, no corran por nuestra negligencia peligro los otros. De arte que, si son buenos los hijos, dan un muy cuidadoso cuidado, y, si salen malos, dan una tristeza muy triste; y así no es el corazón del padre sino un recelo conti- / nuo, y una atalaya desde alto, que f. 150 r. de sí lo tienen sacado, y una continua oración, encomendando al verdadero Padre la salud de sus hijos, teniendo colgada la vida de él de la vida de ellos, como san Pablo decía: *Yo vivo, si vosotros estais en el Señor.*[127]

Hasta aquí son las palabras de esta carta, tan sentidas, dignas de ser impresas en los corazones de todos los que gobiernan almas. Declaran bastantemente el espíritu y celo de este gran padre, y lo mismo puede colegirse de casi todas las cartas, que, si se leen atentamente, o dando consejo o persuadiendo lo que es mayor servicio de Dios, o otros intentos, se muestra un fervoroso celo del aprovechamiento de las almas.

Andaba tan encendido y transformado en este celo y deseo de salvar las almas, que ninguna cosa hacía ni pensaba, ni trataba, sino cómo ayudar y encaminar su salvación. Efectos son de este celo su peregrinar continuo, sus sudores, sus trabajos, los sermones de dos horas, las confesiones, las exhortaciones particulares, las lecciones públicas, el cuidado de cuantas personas espirituales dejaba en las ciudades y pueblos, donde había predicado, la correspondencia con tantos prelados y señores, y toda suerte de personas, todo en orden a su aprovechamiento, ayudando a todos por cuantos modos podía, no sólo

126 Lv. 10, 19.
127 1 Thess. 3, 8; Carta 1: I, 261 s.

por su persona, sino por la de sus discípulos que había criado a sus pechos, enviándoles a diversas partes, para que hiciesen los mismos ofcios. Este celo le incitó a criar ministros, que, a su tiempo, diesen fruto y pasto de doctrina al pueblo; éste le puso en cuidado que se erigiesen estudios de Artes y Teología en las principales ciudades del Andalucia; proveía de lectores para que los hijos de los pobres estudiasen con comodidad. De aquí, tantas fundaciones de Colegios, y escuelas, extendiéndose su providencia hasta cuidar de la doctrina de los niños, para que, juntamente con la edad, creciese en ellos la caridad y conocimiento de Dios. Todas estas obras, estos desvelos y industrias, eran testimonios ciertos del gran
v. celo que tenía / del aprovechamiento de sus hermanos, que le comía el corazón, y causaba estos efectos.

Olvido culpable fuera, ¡oh Carlos santo, divino Borromeo!, si en esta ocasión dejara de hacer memoria del celo de la salud de las almas, que así abrasó vuestro pecho, que tuvo atento a Dios, en admiración los ángeles, en pasmo al mundo. No cotejo mis dos santos; lumbreras son ambas tan resplandecientes, que pueden correr parejas sin ofuscarse, ni ofenderse. Este celo de la salvación de las almas (que es un don singularísimo, con que favorece Dios los obreros evangélicos) se apoderó de este santo cardenal, de este gran ejemplo de perlados, que, sobrino de Pontífice, joven, en lo más florido de sus años, cercado y servido de una floridísima familia, amado de la corte romana, seguido de cardenales, criaturas de Pío Cuarto, su tío, pendiendo de él el manejo del gobierno pontificio, puesto en el mayor colmo de las grandezas y favores, que no se atreviera a desear la ambición más libre, dejó el pegajoso cariño de la corte, retiróse a su iglesia, atiende a su residencia sin faltar jamás a ella, si no es por negocios de su iglesia, y breve tiempo, trata del gobierno de las almas, extirpar vicios, plantar virtudes, cumplir exactamente las grandes obligaciones de un perfecto perlado. Este celo le trajo continuamente visitando la ciudad y dilatado arzobispado de Milán, y su provincia, padeciendo increíbles incomodidades y fatigas indecibles, por caminos ásperos, forzado a andar a pie muchas leguas

por montañas inaccesibles, con un báculo en la mano, tal vez en tiempos fríos y calores excesivos; corría del rostro venerable gran copia de sudor, mostrando en el semblante la fatiga de tan inmenso trabajo; subía muchas veces trepando por peñascos, valiéndose de las manos en busca del pastorcico, del labradorcico, del ignorante, del zafio, para enseñarle el camino del cielo; llevábale un ardentísimo celo de la salud de esta gente miserable, que las más veces carece de las cosas más precisas para la sal- / vación. Esta sed f. 151 r.
insaciable de la salud de los suyos (llamo así a los eclesiásticos, porción primera del cuidado del obispo) fue tan grande que llegó a tener particular conocimiento de más de tres mil clérigos de la ciudad, y diócesis, atendiendo a cada uno, como si fuera él solo el empleo de su cuidado. Dióle este celo traza, cómo en ciudad y arzobispado se juntasen los domingos y fiestas más de cuarenta mil personas a aprender la doctrina cristiana, con mil y setecientos maestros, que la enseñaban en setecientas y cuarenta escuelas, donde no sólo los niños y niñas, mas toda la gente de vulgo iban a aprender lo que importa, no menos que la salvación. Dióle este celo brío para remediar abusos que habían prescrito siglos, y que a su extirpación se opuso todo el poder humano, y infundióle tal fortaleza y perseverancia que salió con todo. Este celo le hizo tan vigilante que llegó a saber el estado particular de cada alma de las innumerables de la ciudad y arzobispado, teniendo un libro de todas las personas que tuviesen particular necesidad corporal o espiritual, no cesando hasta poner el remedio. Este celo de la reformación de su iglesia, le hizo celebrar seis concilios provinciales, once diocesanos, en que dio a la Iglesia universal cuantas constituciones, reglas, avisos, parecen necesarios para el buen gobierno eclesiástico, medio único con que reformó su clero. Este deseo que abrasaba su corazón le hizo, en tiempo de la peste de Milán, no desamparar el rebaño que le encomendó el mayoral del cielo, cuidando de cada uno de aquellos miserables con un vigilantísimo afecto, y en tiempo que huyen los padres de los hijos, el esposo de la esposa, entraba con escaleras por las ventanas, buscando los enfermos, administrando los sacramentos; de su

mano los recibieron los curas, a quien tocó el contagio, asistiéndolos hasta que dieron el alma. Este peso que así hace sentirse, a quien sabe conocerle, le dio traza, cómo cada alma tuviese cura propio, que cuidase de su bien, haciendo que los padres de familias hiciesen
v. ciertas congregacio- / nes con los curas, con que reconocían todas las necesidades espirituales, y las remediaba[n]. Cuidó que los curas fuesen curas, conociesen sus ovejas, y cuidasen de ellas, sin que muriese alguno que no tuviese su cura a la cabecera. El aprieto en que le tenía este celo, le hacía velar las noches, durmiendo recostado en una silla, cortos le parecían los días para atender a este gran negocio, para conseguirle juntó gran número de ministros santos, celosos, que con su consejo, obra y industrias, le ayudaban a esta empresa. ¿Qué diré de la administración de sacramentos? Desde el alba hasta las tres de la tarde le sucedió muchas veces estar dando la comunión sagrada, y era muy ordinario cada día comulgar once mil personas. Los días enteros pasaba confirmando a gente rústica en iglesias estrechas, tal vez con un calor y olor intolerable. Este celo abrasador le tuvo en un perpetuo desvelo, en un trabajo continuo, y combatido del poder y la malicia humana, permaneció siempre firme en su propósito de reformar su iglesia, de debelar el reino del pecado, de medicinar las almas, reducir a los hombres más perdidos. Este celo santo le obligó a decir en cierta ocasión: «¡Oh, con cuanto gusto, a no estar constituído en el grado que tengo, abrazara el estado de un simple sacerdote, que, sujeto a la obediencia de un buen obispo, que enviase ya a ésta ya aquella parte, sin estipendio alguno, a ayudar a las almas, no teniendo respeto a incomodidad, o fatiga alguna!»

Estas palabras descubren grandemente el celo de san Carlos, y juntamente la estima que hizo de la profesión de vida del padre Maestro Ávila, que está pintada en ellos, pues, sirviendo a Dios este gran perlado de tantos modos, en obras tan importantes, le llevó los ojos y el afecto el andar un sacerdote discurriendo de unas partes a otras, ayudando las almas sin estipendio, y sin tener respeto a incomodidad, o fatiga alguna. Esto ejercitó el santo Maestro Ávila

por número de años con tanta perfección y espiritu y un celo tan semejante al de san Carlos. Éste les hizo tan incansables, tan / santos, tan agradables a f. 152 r. Dios, de quien gozan premio digno de este celo. Sin él no pesa una pluma el mayor arzobispado, ni ocupa más que un beneficio simple; los más numerosos pueblos se estiman por la renta, innumerables almas no cuestan un desvelo; sirven a la conversación los pecados públicos, ni causan más movimiento que si se oyesen nuevas. No se atiende a los clamores de los pobres, ni se divisan sus necesidades; la perdición de el pueblo se mira con ojos secos; prefiérese la voluntaria habitación de la corte a la forzosa residencia; quien sin este celo santo se encarga de regir almas, por su mal animoso, verá cuando le pidan la cuenta, la carga que puso sobre sus hombros.

De la humildad del padre Maestro Ávila

Capítulo VI

Gran dificultad tiene el hablar de la humildad de los santos, porque, siéndolo con toda verdad, y grandes, y conociendo que han recibido de Dios mercedes y dones soberanos, ellos se tienen por viles y miserables pecadores, y lo afirman y publican, y no podemos decir que dijeron lo que no sentían, porque esto no podía ser sin fingimiento y culpa, que ellos tanto aborrecían. Del glorioso santo Domingo se cuenta que, antes de entrar en cualquier ciudad, o villa, donde iba a predicar, de rodillas pedía a Dios que no mirase sus culpas, y que, por entrar él en aquel pueblo, no mostrase contra él su ira y le castigase. Y su seráfico amigo decía que era el peor de los pecadores, siendo las dos mayores lumbreras de santidad que tenía entonces el mundo.

Esta dificultad no es fácil de alcanzar prácticamente de los que no fuesen santos, y hubiesen alcanzado un grado altísimo de una humildad profunda,

nuestro modo de discurrir ordinario halla grande repugnancia. Los que tratan la materia dicen que procede de un claro conocimiento, de una luz sobrenatural infundida por el Espíritu Santo en el / entendimiento de los santos, con que alcanzan a entender lo que es un hombre por si mismo, y lo que ha Dios sobrepuesto en él, y lo que los dones y favores divinos han obrado en sus almas, conociendo con gran claridad lo que sin ellas fueran, que su perseverancia pende de una influencia divina, de una continua manutención de Dios. Hacen por otra parte gran reflexión en su miseria, su ingratitud, su falta de correspondencia (anda siempre nuestro Señor adelantado), y que aquellas misericordias en otros cualesquiera sacaran mayores frutos: esto les hace prorrumpir en las voces que dijimos.

De estas consideraciones, y otras que suelen traerse a este propósito, es necesario valernos para disculpar, si así puede decirse, la humildad del santo Maestro Ávila; fue sin duda a la traza de los dos santos patriarcas, obra de la mano de aquel Artífice grande, que en el taller de la Iglesia Católica labra santos, y cuando este Señor quiere levantar a una alma a grandes grados de santidad, comienza de la virtud de la humildad y conocimiento de si mismo, y deshaciendo el sujeto, donde mora, le va ya llenando de sus dones, de riquezas y tesoros de virtudes; obra toda del espíritu divino.

Fue el santo Maestro Ávila humilde de corazón, de voluntad, de entendimiento, con singular y notable extremo, y esta virtud fue de las más notables que tuvo este apostólico varón. El fondo de su humildad se descubre en sus escritos; su origen fue un continuo estudio de un profundo conocimiento de sí mismo, con que descubrió la flaqueza y malicia del corazón humano. Llámale un abismo profundísimo, que sólo le conoce aquel soberano Señor, que, estando sobre los querubines, descubre la malicia de nuestros corazones. De este principio y manantial cenagoso, nacía en él una continua ponderación de sus miserias y pecados, con un conocimiento claro de lo poco que son las fuerzas de la naturaleza. Fue el blasón de este varón venerable abatirlas, deshacer-

las, mostrar al hombre lo que es en sí, lo que puede con la di- / vina gracia; ésta es materia de muchas f. 153 r.
de sus cartas, descubrir las miserias del corazón del hombre, y hacerle por este camino humilde. Desde el capítulo cincuenta y seis del libro del *Audi filia* trata divinamente del propio conocimiento, sacando de esta mina el oro precioso de la humildad. Decía que era esta virtud tan esencial y necesaria para nuestra vida, que viene a resolver que todas las tentaciones y cegueras espirituales, ausencias y desamparos de nuestro Señor, y algunas caídas, son por él permitidas a fin de hacernos verdaderos humildes, no teniendo por cosa indigna comprar esta joya por tan caro precio.

El conocimiento de todos estos principios, y de los afectos que de ellos se originan, que son faltas y pecados, le obligaban a andar tan humilde y descontento de sí, oliéndose como él dice «a perro muerto». Pinta el estado de su interior en una carta, en que se conoce el concepto de su bajeza y vileza. Son éstas sus palabras:

> ¿Cuál es el espíritu de verdad, sino es el que hace que el hombre se descontente y se parezca mal, y de entrañas y de corazón se parezca feo y abominable, y se espante como Dios le sufre sobre la tierra? Y esta es la verdad en que debemos de vivir, y sin esto en mentira vivimos, y algunas veces, cuando más bien parece que tenemos, estamos peores, faltándonos esto, porque, confiando en esto, y en otras cosas, parécenos que somos algo, y no así delante de los ojos de Aquél que mira los corazones, y dice: *Nombre tienes de vivo, y estás muerto.*[128] Nombre tiene de vivo quien no cae en los pecados que el mundo tiene por malos; mas, si cae en los que el juicio de Dios condena, ¿qué importa que el mundo absuelva? No sabe el mundo tener por malo ni castiga a uno que se parece bien a sí mismo, y se contenta de sí con soberbia; mas en el juicio de Dios es tenido por soberbio y ciego, el que no se hiede a sí mismo, como si trajese un perro muerto a sus narices, y tiene entrañable vergüenza delante de los ojos de su Criador, como quien estuviese de- / lante v.
> de un juez de acá, habiendo hecho un feo delito.[129]

Estas palabras descubren el concepto que este santo varón de sí tenía, y juntamente muestra cuán altamente sentía de la fineza de esta virtud.

128 Apoc. 3, 1.
129 Carta 34: I, 451 s.

De aquí nacía tener de sí una vilísima estima; solía decir que el día que le menospreciaban y tenían en poco, era el día de su mayor alegría, y no esperaba que otros le despreciasen y hiciesen de él poco caso; él tomaba la mano y decía de sí lo que no cupiera en pensamiento de otro. Dijo un día en presencia de algunas personas, hablando de sí mismo: «Si Dios no nos hiciera de gente humilde, ¿quién se pudiera averiguar con nosotros?» Era común dicho suyo cuando le llamaban para consolar o acompañar algún ajusticiado, que llevasen a la horca, o al brasero: «Vamos a ver lo que fuéramos, si Dios nos dejara de su mano». De su profunda humildad, nació también el no admitir dignidades, ni obispados; para ninguna cosa se hallaba digno o capaz. Deseó Pedro Delgado, pintor de nombre en Montilla, retratar al venerable varón, por su devoción, y pedírselo personas afectas al Maestro. Fue tanta su humildad que no pudo conseguirlo, aunque lo procuró con cuidado.

Fue tan humilde que parece había rendido el juicio a esta virtud. Con ser tan eminente en el púlpito, decía muchas veces que ningún sermón oía de cualquiera que fuese que no saliese muy consolado de él. De esta misma humildad nacía hablar con mucho gusto con los novicios de la Compañía de Jesús de Montilla, y con los hermanos simples. De esta humildad fue efecto, siendo hombre tan grave, de tanto nombre y letras, ponerse por su persona a enseñar la doctrina cristiana a los niños de la escuela, en las calles y plazas, hasta enseñarles coplas y cantares santos. Fue este empleo continuo de este apostólico varón; de tanta importancia juzgó esta enseñanza; esto hizo en todas las ciudades en que predicó; en lo mismo ejercitó a sus discípulos, hombres muchos de aventajadas letras y talentos en púlpito y
f. 154 r. cátedra. /

Descubrió cuán grande fue su humildad en su muerte, y cuán profundas raíces había echado en esta virtud, porque, cuanto hace al hombre tener mayor descontento de sí, tanto más le hace temer, mirandose a sí, donde no ve sino defectos y flaquezas; de aquí los temores que tuvo en aquella hora, como después veremos.

No hay cosa alguna que así descubra la igualdad

de ánimo y humildad de este varón de Dios, como esta ponderación. De todo el discurso de esta Historia, como otras veces hemos apuntado, se muestra claramente que tuvo intento el santo Maestro Ávila en fundar congregación de sacerdotes, que ayudasen a las almas; a esto miraba tanta junta de discípulos, hombres todos tan doctos y ejemplares, empleados en ministerios de salvación de almas, predicación, misiones, introducir frecuencia de sacramentos, y conseguido con esto copiosos frutos; ensayos todos de lo que pretendía. Después de tanto aparato, fue Nuestro Señor servido de escoger un soldado (dejando los doctos y maestros), que con su nombre levantase una Compañía que se ocupase en aquellos ministerios; concedió, pues, esta empresa al glorioso patriarca san Ignacio, dejando al padre Maestro Ávila, cuando gozaba de la mayor opinión de santidad y letras, que por ventura había en toda España; y, siendo tan natural en los hombres el deseo de lograr sus pensamientos y ejecutar sus trazas, mayormente de largo tiempo meditadas, parecía mirándolo a lo humano, que podía mostrar algún sentimiento de ver prevenidos sus intentos, y que le hubiesen ganado por la mano; estuvo tan fuera de ser hombre en esta parte, que, cuando vio a los de la Compañía y su instituto de vida, se alegró con un grande gozo en demasía; adoró el varón santo la voluntad de Dios, y providencia que tiene de su Iglesia; túvola por obra de su diestra; favoreció los hijos de san Ignacio, y los mostró el amor que si fueran sus discípulos.

No deseaba el santo Maestro Ávila en sus intentos más que la gloria de Dios y provecho de las almas, y viendo esto / conseguido, su humildad y rendimien- v.
to a la voluntad de Dios fue tan grande que no llegó a su imaginación, lo que aí que no fuera tan humilde pudiera causarle sentimiento.

Realza aun esta humildad la respuesta que dio en esta ocasión, digna de toda ponderación y estima. Deseaba mucho el santo padre Ignacio, como dejamos escrito en el libro primero, que alguno de los suyos, que estaban en España, fuese de su parte a visitar al santo Maestro Ávila, porque, aunque estimaba a los de la Compañía, y con su autoridad les daba favor en cuantas ocasiones se ofrecían, no estaba bastantemen-

te informado de su modo de vivir. Escribióle la carta que pusimos, el año de mil y quinientos y cuarenta y nueve; sobrevino después una gran persecución de un prelado de grande autoridad en estos reinos; deseó que el buen concepto que el santo Maestro Ávila tenía de los suyos no descaeciese; así envió orden desde Roma el año de quiniento y cincuenta y dos, que el padre Francisco de Villanueva, hombre de gran prudencia y santidad, y de los mayores y más celosos obreros que tuvo la Compañía de estos reinos, hiciese esta jornada; en tanto estimó san Ignacio al padre Maestro Ávila, y tenerle de su parte. Tomó el religioso Villanueva su manteo al hombro, como acostumbraba, partió de Alcalá al Andalucía en busca del padre Maestro Ávila, y diole el recado de san Ignacio, y cuenta muy particular de su instituto y trabajos. El padre Maestro Ávila recibió con grande amor al padre Villanueva; holgóse mucho de oírle; quedó maravillado que Nuestro Señor hubiese encomendado a alguno lo que él tanto tiempo había deseado, y dijo:

> Eso es tras lo que yo andaba tanto tiempo ha, y ahora caigo en la cuenta que no me salía a mi, porque Nuestro Señor había encomendado a otro aquesta obra, que es vuestro Ignacio, a quien ha tomado por instrumento de lo que yo deseaba hacer, y no acababa. Háme sucedido a mi como a un hombre que empieza una obra, y luego se le
> f. 155 r. cae, o como a un niño que, a la falda de un / monte, procura con todo su poder subir una cuesta arriba una cosa muy pesada, y no puede por sus pocas fuerzas, y después viene un gigante, que arrebata la carga, que no puede llevar el niño, y la pone donde quiere.

Y añadió que todos los que viese aptos, de los que le seguían, para la Compañía, les aconsejaría entrasen en ella, como lo hizo. Trató a los de la Compañía como amigos; tuvo con ellos muy gran correspondencia, que se la han pagado, haciendo del venerable Juan de Ávila igual estima que de su gran fundador. Volvió el padre Villanueva muy edificado de la prudencia y santidad del padre Maestro Ávila, y muy satisfecho de sus sermones; solía decir que anduviera muchas leguas para oírle.

En todo este discurso campea la humildad de el padre Maestro Ávila; hízose niño, con que aseguró el

entrar en el reino de los cielos;[130] a esta sinceridad y humildad manda Cristo que nos reduzcamos, y ésta tuvo en eminente grado el santo Maestro Ávila.

De esta misma virtud de la humildad nació la pronta obediencia a sus prelados, pendiendo de los obispos, en cuyas diócesis predicaba. Por obedecer al arzobispado de Sevilla dejó su jornada de las Indias. Fue grande la observancia y reverencia que tuvo a la Sede Apostólica, y obediencia a sus mandatos.

Aunque el padre Maestro Ávila no profesó obediencia por voto, estimó grandemente esta virtud en los religiosos. Estando el padre Francisco Vázquez, de la Compañía de Jesús, rector del Colegio de Montilla, y maestro de novicios, en conversación con el padre Maestro Ávila, pendiente de aquel su razonar admirable, llegó un novicio a preguntarle qué hacía en cierta cosa, el padre rector por no interrumpir la plática, dijo: «Vaya hermano, haga lo que quisiere»; el venerable Juan de Ávila le detuvo, diciendo: «Espere hermano»; y vuelto al rector, le dijo: «No le hagan tan grande agravio a este hermanico, de dejarle en manos de su voluntad, mándele lo que ha de hacer, que yo esperaré». / v.

Decía que los que eran gobernados por obediencia, eran llevados en silla de manos, que no corrían peligro, y carecían de una gran penalidad que padecen los siervos de Dios, que no están debajo de obediencia, que es traer atormentado su entendimiento en deliberar cuál será mayor servicio de Nuestro Señor, esto o aquello; en todo fue Maestro.

Del particular conocimiento que tuvo del misterio de Cristo

Capítulo VII

Uno de los más singulares dones con que la mano liberal de Dios enriqueció este gran siervo suyo, fue una clarísima luz, un conocimiento altísimo del

130 Cf. Mt. 18, 3.

misterio de Cristo, del beneficio de nuestra redencion, de aquella invención maravillosa, llena de sabiduría y bondad, de haberse hecho el Verbo de Dios Hombre. Fue ésta una ilustración muy superior del entendimiento, con que penetró con grandes ventajas lo que abraza y comprende el misterio de nuestra reparación, la grandeza de esta gracia, las riquezas y tesoros que tenemos en Cristo.

Esta gran misericordia fue premio de haber padecido injustamente por predicar la verdad, por hacer con fidelidad su oficio (así premia Dios, aun en esta vida, a los predicadores que se aventuran por cumplir su obligación). De la prisión, que dijimos, de la Inquisición salió con estas medras, y mientras sus enemigos pensaron apagar esta hermosísima antorcha, que Dios había puesto en su Iglesia, la infinita bondad suya la acrecentó nuevas luces, dándole más claras noticias, una estima superior de este soberano misterio de Dios Hombre, abrasándole la voluntad con el amor del Verbo encarnado. Afirmaba que en aquellos pocos días de su detención había aprendido más que en muchos años de estudio, porque fue el maestro Dios, obligado de ver padecer a su ministro por su causa.

De aquí resultó un amor ternísimo que tuvo a
f. 156 r. Cristo / Nuestro Redentor, y a su Humanidad santísima; hablaba de sus gandezas y misericordias noche y día, y con guardar tan gran silencio en sus sentimientos espirituales, con este afecto impaciente, prorrumpía muchas veces y decía: «Traíganme muchos escribientes, que estaré dictando todo el día grandezas y lindezas de Dios hecho Hombre». Y si lo que abunda en el corazón, sale por la boca,[131], ¿cuál estaría el pecho de este varón divino? Estaba lleno de Cristo, de su amor, de ternísimos sentimientos de sus misterios. Esto le oían en sus sermones, en sus pláticas; ésta era su conversación ordinaria predicar, engrandecer la caridad, la misericordia de Nuestro Señor; este resplandecer en esta junta de Dios y Hombre; la grandeza del remedio, y consolación, y salud que por Él nos vino, y los motivos grandes que en Él se nos dan para amar, y servir, y confiar en

131 Cf. Mt. 12, 34.

Él; que de esta fuente manan todos nuestros bienes; que estos merecimientos son todas nuestras riquezas. Pudo decir con san Pablo: *A mí, el más pequeñuelo de los santos, se me ha dado esta gracia de predicar a las gentes las investigables riquezas de Cristo.*[132] Andaba tan actuado en esto que, cuando alguno se maravillaba de alguna merced que Nuestro Señor le había hecho, decía: «No os maravilléis de esto, sino maravilláos y espantáos de que os amó Dios tanto, que se hizo hombre por vos».

Esta verdad campea maravillosamente en sus cartas, donde, para casi todos los intentos que en ellas trata, se vale con gran destreza de este soberano misterio; todas las razones y consideraciones van fundadas en Cristo, nuestro bien. De aquí saca motivos para la confianza, para el amor de Dios, aborrecimiento del pecado; con los dolores de este Señor consuela los afligidos; con sus aflicciones alienta los trabajos, con esta sangre cura todas las heridas, remedia todas las dolencias; aquí se cifra toda la doctrina de este gran Maestro. Viénenle bien las palabras que de sí dice el Apóstol: *Que no sabía sino a Cristo y ése crucificado.*[133]

Dio a entender este mismo sentimiento en una respuesta / muy notable. Aconteció, estando en Cór- v.
doba, entrar con un sacerdote amigo suyo en un jardín amenísimo, donde la naturaleza competía con el arte. Iba el santo varón con gran mesura, sin divertir la vista, ni mudar el semblante y sosiego de su rostro; el compañero, que le quería hacer fiesta, le pedía mirase lo gracioso de los cuadros, la invención de aquella fuente, la beldad de las flores; él respondió con su acostumbrada mansedumbre: «No hace eso a mi caso». Esto dijo, como advertidamente lo pondera fray Luis,

> porque, cuando quería levantar el corazón a Dios, no se ayudaba de esta consideración de criaturas. Teniendo el misterio de Cristo por más excelente motivo para esto; porque si no podemos en esta vida conocer a Dios, si no es por sus obras, qué obra más excelente que la sagrada Humanidad, para venir por ella en conocimiento de la soberana Deidad?[134]

132 Eph. 3, 8.
133 Cf. 1 Cor. 2, 2.
134 *Vida*, p. II, § 2.º.

Y así aconsejaba a los que se dan a leer las sagradas Escrituras, que señaladamente trabajasen en aquella parte que trata de este divino misterio, por la gran ventaja que hace a todas las otras; así en ésta empleó siempre la elocuencia, llevándole un poderoso afecto a pensar, discurrir, hablar siempre en Cristo, pareciendo que no había otra cosa.

Sintió esto con agudeza el padre Francisco Arias, de la Compañía de Jesús, varón tan santo y docto como publican sus libros, que, entre varias poesías que en alabanza del padre Maestro Ávila adornaban la iglesia el día de sus honras, puso en una tarjeta solas estas palabras, aludiendo a verso antiguo:

Quidquid conabar dicere Christus erat.

Así decía el venerable Maestro que estaba alquilado para dos cosas: para humillar al hombre, y glorificar a Cristo, porque en estas dos cosas se movió toda su predicación. Su principal intento, su espíritu y su filosofía, esto es: humillar al hombre hasta darle a conocer el abismo profundísimo de su vileza; y,
f. 157 r. por el contrario, engrandecer y levantar sobre los / cielos la gracia y el remedio, y los grandes bienes que nos vinieron por Cristo; y así muchas veces, después de haber abatido y casi desmayado al hombre en el conocimiento de su miseria, revuelve luego con admirable elocuencia, y casi lo resucita de muerte a vida, esforzando su confianza con la declaración de este sumo beneficio, mostrándole que muchos mayores motivos tiene en los méritos de Cristo, para alegrarse y confiar, que en todos los pecados del mundo para desmayar.

Muestra la verdad que hemos escrito en una notable carta, que llanamente descubre las riquezas de aquel pecho, y el profundo conocimiento que tuvo de este misterio, en particular para la confianza. No la escribió a algún personaje grande, sino a una humilde mujercita, y para consolarla le dio Nuestro Señor todas estas perlas preciosas, corriendo la pluma por el papel con tanta presteza y facilidad, como si fuera otro el que dictara, y él escribiera. Al que le pareciere larga, y que con ella se interrumpe la Historia, puede pasar al capítulo siguiente. En este libro

hemos deseado dar a conocer algo del interior de este santo varón, ninguna cosa así lo explica como sus palabras. Dice así:

> No tengáis por ira lo que es verdadero amor, que así como la malquerencia suele halagar, así también el amor reñir y castigar; y *mejores son*, dice la Escritura, *las heridas dadas por qu[i]le[n] ama, que los falsos besos de quien aborrece;*[135] y grande agravio hacemos a quien con amorosas entrañas nos reprende, en pensar que, por querernos mal, nos persigue. No olvidéis que entre el Padre Eterno y nosotros es medianero Nuestro Señor Jesucristo, por el cual somos amados, y atados con tan fuerte lazo de amor, que ninguna cosa lo puede soltar, si el mismo hombre no lo corta por culpa de pecado mortal. Tan presto habéis olvidado que *la sangre de Jesucristo da voces,*[136] pidiendo para vos misericordia, y que su clamor es tan alto, que hace que el clamor de nuestros pecados, quede muy bajo, y no sea oído? ¿No sa- / béis que si nuestros pecados que- v.
> dasen vivos, muriendo Jesucristo, por deshacerlos, su muerte sería de poco valor, pues no los podía matar? Nadie, pues, aprecie en poco lo que Dios apreció en tanto, que lo tiene por suficiente, y sobrada paga, cuanto es de su parte, de todos los pecados del mundo, y de mil mundos que hubiera. No por falta de paga se pierden los que se pierden, sino por no querer aprovecharse de la paga, por medio de la fe y penitencia, y sacramentos de la Santa Iglesia. Asentad una vez con firmeza en vuestro corazón que el negocio de nuestro remedio, Cristo lo tomó a su cargo, como si fuera suyo, y a nuestros pecados llamó suyos por boca de David, diciendo: *Longe a salute mea,*[137] y pidió perdón de ellos sin los haber cometido, y con entrañable amor pidió que los que a Él se quisiesen llegar, fuesen amados, como si para Él lo pidiera, y como lo pidió lo alcanzó. Porque, según ordenanza de Dios, somos tan uno Él y nosotros, que o hemos de ser Él y nosotros amados, o Él y nosotros aborrecidos; y pues Él no es ni puede ser aborrecido, tampoco nosotros, si estamos incorporados en Él con la fe, y amor, antes por ser Él amado lo somos nosotros, y con justa causa; pues que más pesa Él para que nosotros seamos amados, que nosotros pesamos para que Él sea aborrecido; y más ama el Padre a su Hijo que aborrece a los pecadores que se convierten a Él. Y como el muy Amado dijo a su Padre: *Quiero, Padre, que donde yo estuviere, estén los míos,*[138] porque yo me ofrezco por el perdón de sus pecados, y porque sean incorporados a mi. Venció el mayor amor al menor aborrecimiento, y somos amados, perdonados y justificados, y tenemos grande esperanza que no habrá desamparo donde hay nudo tan fuerte de amor. Y si la flaqueza

135 Prov. 27, 6.
136 Cf. Hebr. 12, 24.
137 Ps. 21, 2
138 Cf. Io. 12, 26.

nuestra estuviere con demasiados temores congojada, pensando que Dios la ha olvidado, como la vuestra lo está, provee el Señor el consuelo, diciendo en el profeta Isaías de esta manera: *¿Por ventura puédese olvidar la madre de tener misericordia del niño que parió de su vientre? Pues*
f. 158 r. *si aquella se olvidare, yo no me olvi- / daré de ti, porque en mis manos te tengo escrito.*[139] ¡Oh escritura tan firme, cuya pluma son duros clavos, y cuya tinta es la misma sangre del que escribe, y el papel su propia sangre, y la sentencia de la letra dice: *Con amor perpetuo te amé, y por eso con misericordia te atraje a mí.*[140] Tal, pues, escritura como ésta no debe ser tenida en poco, especialmente sintiendo en si ser el ánima atraída con dulcedumbre de propósitos buenos, que son señales del perpetuo amor, con que el Señor la ha escogido y amado. Por tanto no os escandalicéis ni turbéis por cosa de estas que os vienen, pues que todo viene dispensado por las manos que por vos, y en testimonio de amaros, se enclavaron en cruz.

Y un poco más abajo dice así:

Y pues nos está mandado de parte de Dios que en ninguna cosa desmayemos, vamos a Él, fiados de su palabra, y pidámosle favor, que verdaderamente nos le dará. ¡Oh hermana, si viésemos cuán caros y preciosos somos delante los ojos de Dios! ¡Oh si viésemos cuán metidos nos tiene en su corazón, y cuando nosotros nos parece que estamos alcanzados, cuán cercanos estamos a Él! Sea para siempre Jesucristo bendito, que éste es a boca llena nuestra esperanza, que ninguna cosa tanto me puede atemorizar, cuanto Él asegurar. Múdeme yo de devoto en tibio; de andar por el cielo a escuridad y abismo de infierno; cérquenme pecados pasados, temores de lo porvenir, demonios que acusen y me pongan lazos, hombres que espanten y persigan; amenácenme con infierno, y pongan diez mil peligros delante, que con gemir mis pecados y alzar mis ojos, pidiendo remedio a Jesucristo, el manso, el benigno, el lleno de misericordia, el firmísimo amador mío hasta la muerte, no puedo desconfiar viéndome tan apreciado, que fue mi Dios dado por mi. ¡Oh Cristo, puerto de seguridad para los que acosados de las hondas tempestuosas de su corazón huyen a ti! ¡Oh fuente de vivas aguas para los ciervos heridos, y acosados de los perros espirituales, que son
v. demonios y pecados! Tú eres descanso entrañable, / fiucia que a ninguno de su parte faltó; *amparo de huérfanos y defensor de las viudas,*[141] *firme casa de piedra para los erizos* [142] llenos de espinas de pecados, que con gemidos y deseo de perdón huyen a ti. Tú defiendes de la ira de Dios a quien a ti se sujeta, Tú aunque mandas algunas veces a *tus discípulos que entren en la mar sin ti,*[143] y

139 Is. 49, 15-16.
140 Ier. 31, 3.
141 Ps. 67, 6.
142 Ps. 103, 18.
143 Cf. Mc. 6, 45.

que se desteten de tu dulce conversación, y estando Tú ausente se levanten en la mar tempestades, que ponen en aprieto de perder el ánima, mas Tú no los olvidas. Dícesles que se aparten de Ti, y vas a orar al monte por ellos; piensan que los tienes olvidados, que duermes, y estás las rodillas hincadas, rogando por ellos, y cuando son ya pasadas las cuatro partes de la noche, cuando a tu infinito saber parece que basta ya la penosa ausencia tuya para los tuyos, que andan en la tempestad, desciendes del monte y, como Señor de las ondas mudables, andas sobre ellas, que para Ti todo es firme, y acércaste a los tuyos, cuando ellos piensan que están más lejos de Ti, y dícesles estas palabras de confianza: *Yo soy, no queráis temer.*[144]

¡Oh Cristo, diligente y cuidadoso pastor, cuán engañado está quien en Ti y de Ti no se fia de lo más entrañable de su corazón, si quiere enmendarse y servirte! ¡Oh si dijeses Tú a los hombres cuánta razón tienen de no desmayar con tal capitán los que quieren entrar a servirte, y como no hay nueva que tanto pueda entristecer, ni atemorizar al tuyo, cuanto la nueva de quien Tú eres basta para lo consolar! Si bien y perfetamente conocido fueses, Señor, no habría quien no te amase y confiase, si muy malo no fuese. Y por esto dices: *Yo soy, no queráis temer. Yo soy aquel que mato, y doy vida, meto en los infiernos y saco de ellos;*[145] quiere decir: que atribulo al hombre, hasta que le parece que muere, y después le alivio, y recreo, y doy vida; meto en desconsolaciones, que parecen infierno y, después de metidos, no los olvido, mas sácolos, y para eso los mortifico, para vivificarlos; para eso los meto, para que no se queden allá, mas para que la entrada en aquella sombra de infierno sea medio para que, des- / pués f. 159 r.
de muertos no vayan allá, mas al cielo. Yo soy el que de cualquier trabajo os puede librar, porque soy omnipotente, y os querré librar, porque todo soy bueno, y os sabré librar, porque todo lo sé. Yo soy vuestro abogado, que tomé vuestra causa por mía, Yo vuestro fiador, que salí a pagar vuestras deudas. Yo Señor vuestro, que con mi sangre os compré, no para olvidaros, mas para engrandeceros, si a Mi quisiésedes servir, porque *fuistes con grande precio comprados.*[146] Yo aquel que tanto os amé, que vuestro amor me hizo transformarme en vosotros, haciéndome mortal y pasible, el que de todo esto era muy ajeno. Yo me entregué por vosotros a innumerables tormentos de cuerpo, y mayores de alma, para que vosotros os esforcéis a pasar algunos por mi, y tengáis esperanza de ser librados, pues tenéis en mi tal librador.

Yo, vuestro Padre por ser Dios, y vuestro primogénito hermano por ser hombre. Yo, vuestra paga y rescate, ¿qué teméis deudas, si vosotros con la penitencia, y confesión pedís suelta de ellas? Yo, vuestra reconciliación, ¿qué teméis ira? Yo, el lazo de vuestra amistad, ¿qué teméis enojo de Dios? Yo, vuestro defensor, ¿qué teméis contrarios? Yo, vuestro amigo, ¿qué teméis que os falte cuanto yo

144 Mt. 14, 27.
145 Cf. 1 Reg. 2, 6.
146 1 Cor. 6, 20.

tengo, si vosotros no os apartáis de mí? Vuestro es mi cuerpo, y mi sangre, ¿qué teméis hambre? Vuestro es mi corazón, ¿qué teméis olvido? Vuestra es mi Divinidad, ¿qué teméis miseria? Y, por accesorio, son vuestros mis ángeles, para defenderos; vuestros, mis santos para rogar por vosotros; y vuestra, mi Madre bendita, para seros madre cuidadosa, y piadosa; vuestra la tierra, para que en ella me sirváis; vuestro el cielo, para donde vendréis; vuestros los demonios y infiernos, para que los holléis, como a esclavos y cárcel; vuestra la vida, porque con ella ganáis la que nunca se acaba; vuestros, los buenos placeres, porque a Mi los referís; vuestras, las penas, que por mi amor sufrís; vuestras, las tentaciones, porque son mérito y
v. causa de vuestra corona; vuestra es / la muerte, porque os será el más cercano paso para la vida. Y todo esto tenéis en Mí, y por Mí, porque ni lo gané para Mí solo, pues que, cuando tomé compañía con la carne con vosotros, la tomé en haceros participantes en lo que Yo trabajase, ayunase, sudase y llorase, y en mis dolores y muerte, si por vosotros no queda. No sois pobres los que tantas riquezas tenéis, si vosotros con vuestra mala vida no las queréis perder a sabiendas.

No desmayéis, que no os desampararé, aunque os pruebe; vidrio sois delicado, mas mi mano os tendrá; vuestra flaqueza hace parecer más fuerte mi fortaleza. De vuestros pecados y miserias saco Yo manifestación de mi bondad y de mi misericordia. No hay cosa que os pueda dañar, si me amáis, y de Mi os fiáis. No sintáis de Mi humanamente, según vuestro parecer, mas en viva fe con amor; no por las señales de fuera, más por el corazón, el cual se abrió en la cruz por vosotros, para que no pongáis duda en ser amados en cuanto es de mi parte, pues veis tales obras de amor de dentro.

¿Cómo negaré a los que me buscáis para honrarme, pues salí al camino a los que me buscaban para maltratarme Ofrecíme a sogas y cadenas, que me lastimaban, ¿negarme he a los brazos y corazones de cristianos, donde descanso? Díme a azotes y columna dura, ¿y negarme he a la ánima, que me está sujeta? No volví la faz a quien me la hería,[147] ¿y volverla he a quien se tiene por bienaventurado en la mirar, para adorarla? ¿Qué poca confianza es esta, que, viéndome a mi voluntad despedazado en manos de perros, por amor de los hijos, estar los hijos dudosos de Mí, si los amo, amándome en ellos? Mirad, hijos de los hombres, y decid; ¿A quién desprecié que me quisiese? *¿A quién desamparé que me llamase?*[148] ¿De quién huí que me buscase? Comí con pecadores, llamé y justifiqué a los apartados y sucios. Importuno Yo a los que no me quieren, ruego Yo a todos conmigo; ¿qué causa hay para sospechar olvido para con los míos, donde tanta diligencia hay en amar, y enseñar el amor? Y si alguna vez lo disimulo, no lo pierdo,
f. 160 r. mas encúbrolo por amor de / mi criatura, a la cual ninguna cosa le está tan bien como no saber ella de sí sino remi-

147 Cf. Is. 50, 6.
148 Eccli. 2, 12.

tirse a Mi. En aquella ignorancia está su saber; en aquel estar colgada, su firmeza; en aquella sujeción, su reinar. Y bastarle debe que no está en otras manos sino en las mías, que son también suyas, pues por ella las dí clavos y cruz, y más son que suyas, pues hicieron por el provecho de ella más que las propias suyas. Y por sacarla de su parecer, y que siga el mío, le hago que esté como en tinieblas, y que no sepa de sí. Mas si se fía, y no se aparta de mi servicio, librarle he, y glorificarle he,[149] y cumpliré lo que dije: *Se fiel hasta la muerte, y darte he la corona de vida.*[150]

Hasta aquí son palabras de la carta, que declaran muy bien el intento para que se han traído.

De su penitencia y abstinencia

Capítulo VIII

Trató el santo Maestro Ávila su persona, no como pedían sus estudios y continuo trabajo de predicar, y otros ministerios de almas, que piden fuerzas robustas, mas como si solamente se hubiera ofrecido a Dios, hostia viva, para pasar retirado en una celda, haciendo vida austerísima; porque verdaderamente excedió el rigor de los más reformados religiosos y muchas personas cuerdas atribuyeron su falta de salud (supuesta su templanza, y buena composición natural) al rigor con que trató su cuerpo; castigábale, *reducíale a servidumbre, porque, predicando a otros, no quedase él reprobado*;[151] domábale con cilicios, disciplinas, armas de esta milicia. En una carta que escribe a un sacerdote (comienza «La enfermedad»), en que le da algunos avisos, le aconseja que, antes de recogerse, lea algún libro devoto, y también tome una disciplina; no aconsejó lo que él no hacía.[152]

La falta de una comodidad ordinaria en las cosas precisas para la vida, continuada por mucho nú-

149 Ps. 90, 15.
150 Apoc. 2, 10; Carta 20: I, 380-382, 384-387.
151 Cf. 1 Cor. 9, 27.
152 Carta 162: I, 817.

mero de años, en un hombre de perpetuos estudios, y quebrantado de un púlpito ordinario, es penalidad
v. tan grande, como lo sabe quien lo ha / experimentado, si hay alguno. El santo Maestro Ávila, profesando la pobreza en el rigor que hemos visto, expuesto a la providencia divina, que tal vez prueba a sus más fuertes soldados, es cierto padeció terribles menguas, y luchó continuamente con lo más duro de la necesidad y pobreza. Contaba el padre Molina que entraba algunas veces en su casa, en Córdoba, cansado de predicar, o de acudir otras obras santas, y le decía: «Hambre traigo, ¿tiene alguna cosa que darme de comer?» Tan al caso vivía, tan descuidado de cosa tan necesaria a la vida.

Hermana muy familiar y conjunta es de la pobreza la abstinencia, porque el pobre no tiene manjares ricos, ni la abstinencia los consiente. Practicó toda la vida la extrema moderación que escogió para sí el apóstol san Pablo, cuando dijo: *Teniendo alimentos, y con qué cubrirnos, estamos contentos.*[153] Imitó nuestro segundo Pablo con gran rigor al primero. De la modestia de su vestido, hablamos en el capítulo cuarto, tratando de su pobreza. No fue más costoso en los manjares; raras veces comía carne; su mantenimiento ordinario, hemos dicho, era alguna frnta, higos, pasas, granadas, hierbas o cosas semejantes, que se venden por las calles; decía que la comida era sólo para conservar la vida, para servir a Dios, y no para ofenderle con glotonerías y demasías.

Entró en su casa un sacerdote grave; vio los dos buenos compañeros, nuestro santo Maestro y al padre Juan de Villarás, sin más cuido de ama, ni criado; preguntado cómo estaban solos, y quién les guisaba la comida, dijo el venerable Maestro que no se comía nada guisado, que bien lo pasaban con unas granadas, o naranjas que pasaban por la puerta, y que de esto cuidaba muy poco, que lo que le lastimaba era que Nuestro Señor fuese ofendido con tantos pecados como se hacían.

Estaba tan firme en esta su gran templanza que no le descomponían ocasiones, en que suelen alargar

153 1 Tim. 6, 8.

algo la rienda aun los más austeros. Comiendo un día con los duques de / Arcos, sirviéndose a la mesa f. 161 r.
los platos que suelen en las casas de los príncipes, el venerables Maestro con un donaire santo comenzó a decir: «Venga la cocina, venga la cocina», y pasó con poco más. Decía esto ordinariamente las veces que era convidado. En las comidas ordinarias con los suyos jamás dijo: «Quiero esto, o quiero lo otro»; comía lo que le ponían delante, no siendo cosa curiosa o regalada.

Cenando en un convento de Santo Domingo, le pusieron un plato con cierto manjar, en otro unas sardinas, que él holgara de comer, acabado el primer plato; mas un niño, que servía a la mesa, ignorantemente levantó el plato de las sardinas; acudió el santo Maestro con su acostumbrada mansedumbre, diciéndole: «Sea así como vos queréis». Esta palabra tan sencilla y blanda es mucho de ponderar, porque declara cuán resignado estaba este santo varón, cuán sin voluntad, y tan ajeno de querer y no querer, pues no se atrevió a decir a un niño: «Deja el plato», porque siendo hombre el que servía, no había que maravillar tanto, de no querer dar nota de que tenía gusto en algo; mas guardar esta moderación con un niño es lo que más admira.

Estando enfermo mitigaba algo el rigor, mas no en cuaresma, que, apretado de males muy pesados, nunca quiso comer carne; decía que predicando a otros no la comiesen, no había de dar contrario ejemplo. Y si sus achaques le daban lugar a predicar, aunque flaco y muy falto de salud, jamás quiso admitir el comer carne, esperando más las fuerzas de la providencia de Nuestro Señor que de los medios humanos. Estando en Granada, algo flaco y con necesidad de comer carne, la marquesa de Mondejar, viendo por una parte el fruto de sus sermones, y por otra el impedimento de la flaqueza, le dijo que le habían de obligar a comer carne en cuaresma, porque no se perdiese lo más por lo menos. Respondió que el predicador testificaba y predicaba que hay favores y socorros de Dios sobrenaturales, que es razón que testifique por obra lo que dice con la palabra, fiándose en muchos ca- / sos de Dios, cuando de los me- v.
dios humanos se siguen algunos inconvenientes que

tienen apariencia de mal, como es comer carne en cuaresma quien predica la abstinencia de ella. Confusión verdaderamente grande de los que por levísimos achaques, de ordinario imaginados, o temidos, quebrantan el precepto de la Iglesia, con informaciones hechas por el amor desordenado de la vida, que muchas veces se pierde tempranamente en pena de lo poco que de Dios le fía. El santo Maestro Ávila con rigurosa abstinencia llegó a la última edad; es Nuestro Señor dueño de la vida.

Bebía el vino muy templado, y probándolo por ver si estaba bastatemente aguado; examinaba primero lo que había de meter en casa, para quedar perfectamente señor de sí, y no faltar en sus estudios, y ejercicios, para que, como aconseja san Jerónimo, después pueda el hombre leer y orar. Demás que el santo Maestro aconsejaba que, después de la refección ordinaria, se tuviese silencio, considerando que suelen los hombres desmandarse en palabras o porfías con el calor de la comida; finalmente, su vivir fue un continuado ayuno.

El sueño fue moderado, desde las once a las tres de la mañana. La cama, como las demás alhajas, humilde, mas bien compuesta, como dijimos. Las noches de los jueves y los viernes casi las pasaba en oración, y si tomaba algún sueño, jamás en cama, por haber padecido Cristo Nuestro Señor tanto el jueves en la noche, y haber muerto el viernes. Tenía detrás de la cama unos haces de sarmientos, cubiertos, porque no se viesen, con un paño; aquí se recostaba estas dos noches; esta devoción aconsejó a sus discípulos, y que ellos lo aconsejasen a otros. En la carta que escribió a un sacerdote, en que le dá la instrucción que dejamos escrita en el libro primero, casi al fin, le dice así:

> Jueves y viernes es bien dormir en alguna tabla, por acompañar al Señor, que padeció aquellos días.[154]

Y en el capítulo setenta y dos del *Audi filia*, aconsejando a la santa doña Sancha la meditación de la pasión por todos los días de la semana, remata así:

154 Carta 8: I, 305.

Y par- / ticularmente os encomiendo que en la noche del f. 162 r.
jueves toméis cuan poco sueño fuere posible, por tener compañía al Señor, que después de los trabajos del prendimiento, y largos caminos a casa de Anás y Caifás, y después de muchas bofetadas y burlas, y otros males que le fueron hechos, pasó lo más de la noche muy aherrojado, y en cárcel muy dura, y con tal tratamiento de los que le guardaban, que ni a él vagaba dormir, ni habría quien cesase de llorar si bien supiese lo que allí pasó. Lo cual es tanto, como san Jerónimo dice, que hasta el día del juicio no se sabrá. Pedidle vos a él parte de sus penas, y tomad vos por él cada noche del jueves alguna en particular, la que Él os encaminare. Porque gran vergüenza es para un cristiano no diferenciar aquella noche de otras; y una persona decía que quién podía dormir la noche del jueves y aun también creo que tampoco dormía la noche del viernes.[155]

Hasta aquí el santo Maestro Ávila. La persona que lo decía y hacía era el venerable varón; así lo dice el padre fray Luis de Granada, tratando de los largos espacios de su oración; dice el gran orador:

Y en estas vigilias entraban las del jueves y viernes, ca decía él que quién se acostaba y podía acabarla consigo de dormir toda la noche el jueves, habiendo sido preso en este día nuestro Salvador, y pasado tal noche, y el viernes, estando muerto, que no correspondía a la grandeza de este beneficio.[155 bis]

De su compostura y modestia exterior, templanza en sus palabras

Capítulo IX

Una de las cosas que hizo más admirable a este varón apostólico, fue la modestia y compostura exterior de su persona, porque verdaderamente fue maravillosa, y al modo que del concierto de tantas ruedas y partes que componen un reloj, da testimonio la muestra, así las innumerables virtudes que enriquecían el alma de este gran siervo de Dios, todas se descubrían en lo exterior de su rostro, en la compostura de sus ojos, en la templanza y moderación de

155 *Obras espirituales*, I, 227 s.
155 bis *Vida*, p. II, § 1, f. 41 r.

v. sus pa- / labras. Víase en él una gravedad acompañada de humildad, mansedumbre y una blandura natural. No hay exageración que pueda bastantemente explicar la rara suavidad, la apacibilidad con que a todos oía; la caridad con que satisfacía a todas las preguntas que le hacían; el afecto amoroso, el gusto con que acogía aun a los más extraños; mas en esta apacibilidad de palabras puso Dios tanta eficacia y virtud que con ellas convirtió, redujo y levantó a grado de perfección a innumerables almas. Sus palabras eran todas muy cuerdas, muy ejemplares, y de grande edificación para los prójimos, sin que jamás saliese de su boca palabra que fuese menos grave; juntó la humildad y gravedad con sigular y peregrina modestia. Finalmente era mirar un apóstol, y su vista componía, aun a los más distraídos.

Su semblante, siempre el mismo, y entre tanta variedad de negocios y de personas, con quien trataba, nunca mudaba la constancia y serenidad de su rostro; parecía haber llegado a tener una participación de la inmutabilidad de los bienaventurados; procedía esto del recogimiento y composición del hombre interior, que redundaba en el exterior, porque, a no tener tan firmes raíces dentro, fácilmente se alterara y destemplara y mudara, con tanta diversidad de negocios y sucesos que se ofrecían. Andaba tan en presencia de Dios que, aunque estuviese en negocios de mucha importancia, nunca la perdía. Acaeció estar diez o doce días en el Colegio de la Compañía de Montilla, y nunca en todo este tiempo perdió esta su acostumbrada mesura y suavidad; notó esto uno de los padres del Colegio; pensó que esta mesura y gravedad la conservaba allí por darles buen ejemplo, y así lo dijo a uno de sus discípulos; mas él le desengañó diciéndole que esto era perpetuo en el padre Maestro Ávila en todo tiempo y lugar, de modo que, aun andando por su casa, y lo que es más, estando enfermo en la cama, o encerrado a solas en su aposento, siempre conservaba esta misma serenidad y gravedad; tan grande era el hábito que tenía
f. 163 r. adquirido.[156] /

La mesura y compostura de sus ojos fue un milagro, y era cosa rarísima el verlo ir por las calles.

156 *Vida*, p. II, § 2.º, f. 41 v-43 v.

Yendo en Córdoba en la procesión del Corpus, con una vela en la mano, iba con tan grande mesura y gravedad, y tan rara modestia, que un caballero principal de esta ciudad se arrodilló y le besó la mano. Era su aspecto venerable y tan compuesto que apenas levantaba los ojos. Practicó la doctrina de san Vicente, que aconseja que el religioso no extienda la vista más de cuanto ocupa la estatura de un Crucicifijo; así lo guardó el padre Maestro Ávila, porque poco más que esto extendía comunmente la vista. Dijimos, a otro propósito, que en Córdoba entró con un sacerdote amigo suyo en un jardín muy ameno, donde había muchas cosas que mirar y que admirar; el venerable padre ni mudaba semblante ni aquella hermosura, pompa mayor de la naturaleza, atrajo a sí los ojos; tan enfrenado tenía este sentido indómito.

La templazan y gravedad de sus palabras fue admirable. Donaire nunca se vio en su boca, y así entendía aquellas palabras del Apóstol: *Scurrilitas, quae ad rem non pertinet.*[157] Explicábalas así: que palabras de chocarrería no pertenecían a la gravedad del instituto cristiano. Afirmaba el padre Alonso de Molina que, habiéndole conocido y tratado muchos años, nunca le oyó una palabra ociosa, y el padre Juan de Villarás, que en más de treinta años que le trató, diez y seis de ellos en una casa, nunca le vio reir, y el sonreir era tal que, como dice san Bernardo, más tenía necesidad de espuelas que de freno. No consentía que en su presencia se hablase de manera que la fama ajena padeciese el más ligero daño; y, si alguna persona se desmandaba en esta parte, impedía con brevedad la plática, y dando una palmada en la silla decía: «Basta, démosle treinta días de término para que responda por sí».

No permitía, aunque se sospechase mal de una persona. Estando un día en conversación con unas personas espirituales, comenzó a cantar una vecina con voz alta que no les / dejaba entender. El santo v.
Maestro previniendo a los oyentes, para que no juzgasen mal, dijo con gran sinceridad: «Sirve esta doncella con alegría a Nuestro Señor».

Fue muy cortés con todos, y decía que la santidad y urbanidad corren a las parejas. A príncipes segla-

157 Eph. 5, 4.

res trató con notable cortesía; tal vez se juzgó a exceso. Dicéndole sus discípulos que por qué había hecho una humillación demasiada a cierto duque, respondió: «Quieren paja, démosles paja»; con cada uno usaba del cebo que gustaba para ganarle.

Ésta su compostura y gravedad, mezclada con humildad, suavidad, y alegría, causó admiración tan grande en el padre fray Luis de Granada, habiéndole comunicado muchos días continuados en una misma casa, en una mesa, que afirma que no vio en él una hora más que otra; y aun en acabando de comer, en que suele la lengua desmandarse en palabras alegres, o risas, no vio en él otro semblante que el que se ve en un hombre que sale de una larga y devota oración, lo cual dice no podía perpetuamente conservarse, si no fuera por el recogimiento y unión interior que tenía siempre con Dios, con la cual procuraba tener siempre el horno de su corazón caliente, y para que, al tiempo del recogimento, no fuese menester mucha leña de consideraciones, para meterle en calor.

Esta compostura de su rostro, tan severa, humilde y alegre, era de suerte que cuantos le miraban se compungían y aficionaban a darle la obediencia, y seguir sus consejos. Tuviéronle los que le comunicaron una singular reverencia, y todos los señores y prelados con que trataba le veneraron y respetaron grandemente, porque su rostro era un sobrescrito, que declaraba lo que en el hombre interior estaba secreto. Decían algunos: «Este hombre con solo verle nos edifica».

Algunos de sus discípulos fueron eminentes en esta mesura y compostura santa, y salieron muy pa-
f. 164 r. recidos a su Maestro. /

De la virtud de la castidad

Capítulo X

La castidad de padre Maestro Ávila fue como de ejemplar, quiero decir, de persona que puso Dios en su Iglesia por ejemplo, y dechado en que se mirasen

muchos, y por él se gobernasen. Cuando la divina providencia, para gran bien del mundo envía algún varón santo para reformador de algún estado, o para plantar alguna virtud, o reparar algún abuso, o para que sea ejemplo del gobierno, sobre las virtudes que concurren todas en los santos, campea en particular aquella para cuyo magisterio les puso Dios en su Iglesia. El seráfico padre san Francisco fue ejemplar de la pobreza y humildad; santo Domingo, de la predicación evangélica; san Luis, para que se entendiese que pueden ser los reyes santos; san Carlos fue modelo a los perlados en el gobierno de la Iglesia; san Pedro de Alcántara, de la penitencia. Admiramos en estos santos, y en otros que pudiéramos traer para este intento, aquellas virtudes particulares, para que fueron ejemplo.

Dio Nuestro Señor al santo padre Juan de Ávila a los sacerdotes, en especial de estos reinos, por Maestro y guía del estado clerical; alabamos en él todas las virtudes que adornan un perfecto sacerdote; mas, como la castidad y la limpieza de alma y cuerpo es la virtud más propia, y que más adorna a los profesores de este estado, y es el ornamento máximo, el honor, la gloria del sacerdocio católico, Nuestro Señor concedió al venerable Maestro esta virtud en grado heróico; resplandeció en él con tan notable excelencia que arrebató los ojos y admiración de todos, y el santo varón, conociendo su importancia, por ventura fue en la cosa en que puso más intenso cuidado, más vigilante desvelo.

Túvose por cosa cierta que fue virgen, y es fácil de persuadir esta verdad al que con atención hubiere leído el discurso de su vida. Tomóle Dios para sí desde la cuna; previ- / nole con bendiciones de dulzu- v.
ra desde los primeros años; con él nacieron, con él fueron creciendo, el recato, la penitencia, la severidad de costumbres, el uso de sacramentos; no halló entrada el enemigo; estaba defendido de tantos baluartes; escogióle Dios para predicación de la castidad y Maestro de las vírgenes; enamoróse de esta virtud sobremanera, para que, tomando tan desde los principios la corriente, fuese el amor mayor, más poderoso el afecto.

La virtud de la castidad en el santo Maestro Ávila

fue rara, fue admirable, fue angélica; en el mirar, en sus palabras, en toda la compostura exterior parecía la castidad misma; comunicaba en la naturaleza con los hombres, en la pureza con los ángeles, sin que jamás se le oyese palabra que fuese menos recatada o advertida. Es maravilloso en sus libros; tocando en materias de castidad, el río de su elocuencia divina va creciendo más claro que el cristal, mayormente hablando con sacerdotes de la pureza y castidad que deben tener para cumplir con las obligaciones de su estado; remóntase sobre sí mismo, y la grandeza del afecto da aumentos a la elocuencia. Algunas cartas hay para vírgenes, exhortándolas o a emprender o a perseverar en este estado. Dictaba la castidad, el padre Juan de Ávila escribía; y el libro de oro del *Audi filia* por muchos capítulos habla de esta virtud, y del vicio, su enemigo, con tan gran magisterio, con tal conocimiento de la materia, que se muestra su cuidado en la conquista de esta virtud, la destreza en pelear con su contrario, la vigilancia en su conservación.

Fue predicador de la castidad, mostrando los deseos que tenía de que todos la guardasen; fueron grandes las conversiones de personas entregadas al vicio sensual, que vivieron, no solo casta, mas ejemplarmente. Redujo a muchas doncellas a que se consagrasen a virginidad perpetua; sus palabras, tan vivas, salidas de un pecho casto, infundían castidad. Fue tan eminente en esta virtud que jamás, por enemigos que tuvo, padeció calumnia de ella; y fuera
f. 165 r. cierto valerse de / esa nota, si la hubiera, aun imaginada, en un hombre que predicaba de las verdades que duelen; mas el gran crédito de su castidad enmudeció a la intención más depravada.

El recato en el trato con mujeres fue grandísimo, por grave que fuese la persona, de cualquier edad y buena fama. Habiendo de hablar o tratar con él cualquier negocio, jamás consintió pisase los umbrales de su casa (siempre era en materias de conciencia); remitíalas a la iglesia; allí las hablaba y no en confesonario; si acaso era negocio, sentábase con ellas en un banco raso a vista de la gente, oíalas, y con suma brevedad las despedía; acrecentaba la compostura en los ojos, mostrábase más severo en el

semblante, grande la concisión en las palabras, y aquella su mesura, que dijimos, en estas ocasiones se afinaba.

Teníanle todos en opinión tan grande que jamás en su presencia se atrevió hombre humano a hablar o hacer ademán que no fuese honestísimo, y cualquier descuido que se cometiese lo reprehendía ásperamente. Componía su presencia los concursos de los hombres y mujeres, en verle pasar por una calle, o entrar en la iglesia, haciendo con un mirar lo que no alcanzan mandatos y censuras. Enseñó este espíritu a sus discípulos; hubo alguno que arriesgó tal vez la vida por volver por la honra de Dios, reprehendiendo con un celo de Elías unos personajes graves, que con poca modestia hablaban con mujeres.

Esta virtud de la castidad plantó en sus verdaderos discípulos, con tan hondas raíces, con tan continuo riego de doctrina, que dio copiosos frutos; por ella sola los podían conocer, pues, a imitación de su gran Maestro, eran recatadísimos, y muchos de ellos se servían de hombres, o de amas tan ancianas que cesase todo inconveniente. Algo tocamos de aquellos primeros padres fundadores del Estudio de Baeza; fueron ejemplo raro de castidad y recato; hablamos de la virginidad del venerable Diego Pérez y del Maestro Noguera, todo fruto de la continua enseñanza del padre Maestro Ávila, del ejemplo, / de la vigilancia v.
que en él vían. Aconsejábales fuesen recatadísimos en la comunicación con mujeres; que le imitasen en aquel modo de hablarlas en la iglesia, y, si en el confesonario, con poquísimas palabras, y las que solamente pidiese la necesidad de la materia. Habíale enseñado la experiencia de muchos años, y continua práctica del confesonario, que muchas mujeres principales, no atreviéndose a desdecir de su honor, gastan mucho tiempo parlando con los confesores, satisfaciendo en esto a su apetito, y tomando esto por sensualidad, y se acusaban de ello; esto lo hizo recatado, y así aconsejaba a sus discípulos, por obviar estos inconvenientes, la breve comunicación del confesonario, que se diga lo preciso y con cautela, no salte alguna centella. Lo mismo aconsejó a doña Sancha Carrillo. En algunos capítulos, y en ella a todas las almas castas y que desean evitar peligros (en todo

lo hay, si falta la advertencia), trata del modo de confesarse y portarse en estas ocasiones, en que se imagina algún riesgo. El venerable Diego Pérez, en el libro de *Aviso de gente recogida* hace un largo tratado del peligro que es la imprudencia en la confesión.

Cuéntase en las informaciones de su vida que cierto sacerdote forastero le vino a pedir consejo, si tedría en su casa una ama que fuese de mucha edad. Respondióle que otro día, por la mañana, le daría la respuesta, y que fuese aquella noche su huésped. Ordenó al criado que le servía, que en el manjar que les diese a cenar echase algo más de sal de la ordinaria, y retirarse las vasijas del agua, que tenían su puesto, conocido, y que dejase en una vacía grande el agua en que lavase el vedriado, con que servían la mesa. Despertó el huésped, pasada parte de la noche, fatigado de la sed; fuese a buscar agua; no la hallando en los cántaros, echóse a beber en la vacía, sin reparar si estaba limpia o sucia, y satisfizo su sed. Preguntóle el venerable Maestro cómo le había ido; contó el huésped lo que le había pasado; entonces el santo varón le dijo que eso le daba por consejo,
f. 166 r. que es el apetito tan / bruto, y tal vez tan desenfrenado, que se abalanza a la torpeza, sin reparar en deformidades, y así, cuando no hay gran seguridad en la persona, juzgaba por inconveniente el tener mujer en casa, que esto le daba por consejo. Así lo cuentan; es la doctrina por lo menos cierta.

Todas las personas, y son muchas, que han depuesto en su causa en Montilla, donde el santo Maestro vivió de asiento algunos años (en las demás ciudades fue siempre peregrino), contestan casi todos en estas palabras: «Fue grande su recato, jamás se lo oyó palabra que no fuese muy casta, y honesta, ni permitía se pronunciase o dijese en su presencia». Dio raro ejemplo a los sacerdotes en el modo con que vivió. Su casa parecía un convento muy observante, la puerta siempre cerrada, al que llamaba respondía de dentro un criado: «Deo gratias»; y, sabiendo el recado, le llevaba al padre Maesro Ávila, y si daba licencia, entraba la persona, y no consintió entrase mujer ninguna por su puerta, y las que iban por consejo, o otra necesidad, las remitía a hablarlas en la

iglesia; allí las daba audiencia, nunca a solas y aparte. Fue recatadísimo en la vista, traía los ojos de tal manera bajos que componían a los que le miraban aunque fuesen personas distraídas; y cuando venía por la calle, los que le veían venir de lejos, decían; «El Maestro Ávila viene, mudemos de conversación»; y así lo hacían, y se componían en lo exterior, y decían de él grandes alabanzas, ponderando su santidad, modestia y compostura y buen ejemplo, diciendo: «Este es verdadero siervo de Dios; todo es predicar con palabras y obras». Quedó como proverbio en Montilla, si alguien reprehendía alguna falta o vicio a otro, decir: «Mirad quien reprehende, ¿es por ventura el gran Maestro Ávila?» dando a entender que él solo pudo reprehender, por no haber cometido cosa digna de reprehensión. / v.

Del don de consejo y de prudencia

Capítulo XI

Tuvo este varón, con singular alteza, los dones de consejo y discreción de espíritus, con una prudencia más que humana, y por eminente en esta ciencia fue conocido y tenido en toda España de todas las personas santas que en su tiempo florecieron. Estos atributos fueron como debidos a la facultad y oficio que profesó, de perfecto predicador y guia, y padre de almas, a quien habían de ocurrir innumerables casos, en que era forzoso valerse de estos dones.

Fue un oráculo en su tiempo; acudían a él de muchas partes a pedirle consejo y determinación en dudas de conciencia, y de otras muchas materias. Pudo decirse por él lo que la Escritura santa de Alquitofel, aquel gran consejero de David, aunque de diferente virtud, que era tal su consejo que se acudía a él como si se consultara a Dios;[158] por ventura de ningún santo se dicen tantos casos, en que con tan

158 Cf. 2 Reg. 16, 23.

gran acierto aconsejase lo conveniente. Diole Nuestro Señor una exelente y singular prudencia, y una maravillosa virtud en conocer las inclinaciones y sujetos de las personas que le comunicaban, y pedían consejo, mayormente sobre la elección de estado, o eclesiástico o seglar, mostrando la experiencia que los que no habían seguido su consejo se habían perdido. Sus consejos como se vía por el efecto, no eran consejos de hombre, sino de Espíritu Santo.

Fué sin duda la persona más consultada que hubo en España en su tiempo, y por no faltar a tantas cartas, que sobre todas materias se le escribían, usaba de esta providencia, que tenía en su aposento un ovillo hincado con clavos a trechos en la pared con los títulos de las personas y ciudades de donde le escribían, y así trabajaba por satisfacer a todos. Otros acudían por oir alguna palabra de edificación. Y por este concurso tan continuo dijo una persona discreta
f. 167 r. que / este gran varón, entre los siervos de Dios, era como señor de salva, por la mucha gente que con él negociaba y pendía de su consejo, porque de más de cien leguas venían a él para determinarse en el estado y manera de vida que tomarían. A unos aconsejaba, que fuesen religiosos de esta o de aquella religión; a otros que se casasen; a otros que tomasen órdenes sacros, o quedasen solteros, o de otra manera; o ejercicio de vida, según la información que le daban. Finalmente, este don de consejo fue el más particular que se ha visto ni leido en Historias eclesiásticas, porque a los que aconsejó el estado que habían de tomar para alcanzar la salvación, o la perfección, parece que un angel se lo había aconsejado, y así perseveraban en aquel puesto que el santo Maestro les señaló, por cuarenta y cincuenta años, como si fuera el primer día que este varón prudentísimo les había dado aquel consejo. Ya admiramos la gran perseverancia de aquel devoto sacerdote de Córdoba, que permaneció tantos años en el hospital de San Bartolomé, sin que la edad ni el tiempo le sacasen de aquella penosa ocupación, sólo por haberselo aconsejado su buen Maestro.

Fueron inumerables los casos y sucesos en hombres, que sin conocerlos, de sólo una visita les decía este varón iluminado lo que debían hacer, con tanto

acierto, que fueron varones insignes en las religiones, y fuera de ellas; y lo que es más de admirar, que muchas de las personas que venían a pedir consejo para tomar estado, viniendo inclinados a casarse, les aconsejaba que fuesen religiosos, y otros, con ánimo de entrar en religión, les decía se casasen. Ninguna persona le consultó y hizo lo que le ordenaba, que errase; fueron muy acertados sus consejos, y todos los que le siguieron vivieron alegres y contentos, fueron muy virtuosos, dieron buen ejemplo y dejaron loable fama. Movió con su consejo a muchas personas para obras grandes del servicio de Dios; emprendieron muchos animosos la perfección, que consiguieron felizmente. / v.

No vimos pocos ejemplos de esta verdad, tratando de sus discípulos; los más, o todos, eligieron estado por su consejo, siguieron sus pisadas, fueron hombres eminentes; dijo a muchos estudiasen latinidad, y se hiciesen sacerdotes; intento a que, por la edad y modo de su vida precedente, repugnaba la prudencia; el suceso mostró que un espiritu divino movía aquella lengua.

Vino de las Indias don Pedro de la Cerda con grande hacienda, que gastaba más como mozo que como indiano. Súpolo el padre Maestro Ávila, y por todos caminos procuró su reducción; persuadióle que era mejor gastar su dinero con pobres que con mujeres. Fue una de las más raras mudanzas, la de ese caballero, que se vio en Granada, empleóse en ejercicios de todas obras buenas; resolvió ser religioso, en que no vino el padre Maestro Ávila, antes hizo se casase; procedió en este estado santamente, y dos hijas que en él tuvo, las dedicó a Dios, aunque muy ricas. Fue larguísimo en limosnas; llevaba a sus hijas, cuando crecidas, a las casas de los pobres enfermos vergonzantes; dábales en su presencia limosnas, para que ellas hiciesen lo mismo con las religiosas menesterosas; murió ejemplarisimamente; fruto de los consejos y dirección del padre Maestro Ávila.

Un mancebo de Córdoba le fue a consultar, si sería ermitaño; estaba muy inclinado a este modo de vida, y aún persuadido tenía vocación de Dios, y señales de ello. El santo padre Ávila dijo no le convenía. Entristecióse el mozo, y le pareció que el consejo no era

bueno; discurrió porfiadamente, llevado por ventura de alguna melancolía. El santo Maestro le respondió con frío: *Numquid tantum est Deus solitariorum?* Poco después perdió el juicio.

En otra ocasión le consultó una persona sobre cierto negocio, y no le agradó su respuesta; más, el día siguiente este hombre confesó, y comulgó, y acabando de comulgar, estando recogido, sintió que interiormente le decían: «A mi tu voluntad, a mi siervo tu
f. 168 r. parecer; y esto no es engaño». Enten- / dió el hombre esto, y otro día fue al padre Maestro a pedirle se determinase en lo que le había de aconsejar, porque él venía determinado a cumplirlo, y no le dijo por entonces nada de aquel movimiento que había sentido en su corazón, más después se lo vino a declarar. Este caso pone el padre fray Luis de Granada.[159]

Estando un día en oración, llamó al padre Villarás y le dijo: «Si llegare algún hombre a preguntar por mí, aunque esté recogido, llámeme». Era esto fuera de su estilo, porque las horas que tenía señaladas para la oración no se habían de interrumpir por graves negocios que se ofreciesen; poco después llegó a la puerta un hombre que venía de camino; preguntó por el padre Maestro, entró y hablóle; después de haber salido, dijo el forastero: «Yo he venido desde Roma a tomar parecer con el padre Maestro Ávila del estado que me conviene tomar, para que mi alma se salve, y me ha dicho algunas cosas cerca de dudas que yo tenía, que sólo las sabía Dios y yo». Después de ido, dijo el santo Maestro al padre Villarás: «Lástima tengo a este hombre, el trabajo que ha pasado: pero será Dios servido que no sea perdido, hemos de acudir unos a otros.»

El doctor Pedro López, natural de Valladolid, médico insigne del emperador Carlos Quinto, vino desde Alemania hasta el Andalucía a poner en manos del santo Maestro Ávila su persona y hacienda, para que dispusiese de ello, como entendiese ser más agrado y servicio de Dios. Estaba persuadido que con su rara prudencia, y luz que Nuestro Señor le daba, acertaría en lo que acordasen. El santo Maestro le aconsejó que hiziese asiento en Córdoba, y fundase

159 *Vida*, p. II, § 1.º.

un Colegio de estudiantes, donde se criasen buenos sacerdotes. Vino fácilmente en ello; hízose un muy bastante edificio, cercano al Colegio de la Compañía de Jesús, a cuyo estudio acuden los colegiales, y están al gobierno de los padres. En esta obra tan santa empleó toda su hacienda y gajes, que tiraba del emperador, y grandes ganancias, que hizo / con señores v. del Andalucía. Vio y gozó de esta fundación en vida, que son las obras pías que se logran y favorece más Dios, y después de muchos años murió santamente.

Siendo mozo, el ilustrísimo cardenal Toledo le consultó la facultad que estudiaría; él se inclinaba a la Jurisprudencia, para socorrer sus padres, que necesitaban de su ayuda; el santo varón le aconsejó que estudiase Teología, que su ingenio era aplicado a esta ciencia, y le aseguró que había de lucir en esta facultad. Envióle a Salamanca, donde le acudió en los alimentos necesarios; el suceso mostró el acierto del consejo en la eminencia y letras de este gran Cardenal.

Residiendo en Montilla, vino un forastero a pedirle consejo en un negocio importante, preguntando en la posada por la casa del Maestro, le dijeron que estaba para predicar en la iglesia parroquial; fuese a oírle; en acabando el sermón, salió diciendo: «El padre Maestro parece me había leído el corazón, y sabía lo que venía a consultar; en el sermón me ha respondido a las dudas que traía, y satisfecho a mi deseo, vuelvo muy contento, mayormente por haber oído predicar a un varón santo».

Vivía en Montilla un Diego López, hombre virtuoso; tuvo intento de hacerse religioso; consultólo con el padre Maestro Ávila; no le salió a ello; él porfió en su intento; negoció le recibiesen en el convento del Tardón, aquel gran santuario, que está en Sierra Morena, de que hablamos. Fue a despedirse el buen hombre el día de su partida del padre Maestro Ávila; pidióle consejo de cómo se había de haber; el santo varón le dijo: «Vaya hermano, que cuando venga se le dirá lo que ha de hacer». Tomó el hábito, a pocos meses cargaron sobre él tantas enfermedades, que le fue forzoso dejarle, y vuelto a Montilla visitó al padre Maestro Ávila; holgó de verle y le dijo que no le convenía el ser religioso, que su vocación era estado

de continente, que no se casase, que tomase algún oficio honesto de manos para sustentarse; hízolo así;
f. 169 r. vivió con mucha virtud y buen ejemplo. /

Tuvo el santo Maestro en su servicio a Juan Rodríguez, hombre virtuoso. El año último de su vida, pocos meses antes que muriese, le dijo: «Hermano Juan, yo le puedo aprovechar poco en poco tiempo, y así le aconsejo, si quiere servir mucho a Nuestro Señor, tome estado de religioso, que en él le honrará Dios, y esto le conviene para salvarse». Juan Rodríguez siguió este consejo, tomó el hábito y profesó en la sagrada religión de nuestra Señora del Carmen; resplandeció en toda virtud, y fue muy observante religioso, y estimado en su religión, y con el tiempo fue provincial en el Andalucía; cumplióse a la letra lo que el santo Maestro le predijo.

Vivían en un lugar cerca de Montilla dos casados afligidos, porque en ocho o diez años de matrimonio no habían tenido hijos; resolvieron de hacerse religiosos; fueron a consultar su determinación con el padre Maestro Ávila; discurrió con ellos en la vocación; díjoles, que se volviesen a su casa, y encomendasen a Dios sus deseos, y que de allí a dos meses volviesen a darle cuenta de cómo les iba de propósitos. Hiciéronlo así. A poco más de un mes volvió el marido muy alegre de que se sentía preñada la señora. El santo Maestro dijo: «Hermano, vaya con Dios, haga vida conyugal, que eso le conviene para su salvación». Exhortóle a que sirviese a Dios con su mujer en aquel estado, y que al hijo que naciese, que sería varón, le criasen con cuidado en santo temor de Dios, y buenas costumbres, porque sería religioso, y hombre de letras y gobierno; sucedió así como lo dijo.

No puedo dejar de referir con ternura las admirables virtudes, loables trabajos y sudores del venerable padre Juan del Águila, de la Compañía de Jesús, maestro y guía de mis primeros años. Merecían mejor pluma; suplirá por la elocuencia el afecto. No trato de la nobleza de su casa, que la dejó por Cristo, donde mejoró de calidad, siendo la suya tan bue-
v. na. Residiendo en Salamanca, graduado de licenciado / en derechos, oyendo un sermón al padre doctor Juan Ramírez, aquel varón apostólico, de quien tan corta-

mente hablamos, se movió de manera que, quitándose el cuello de la lechuguilla, le fue siguiendo llorando; trató de mejorar vida y mudar de pretensiones; comenzó a emplearse en obras de caridad, hasta hacer en su casa un hospital de hasta treinta enfermos, a quien curaba y servía. Dejando la facultad primera, se puso, ya hombre, a estudiar Artes, y inflamado en deseos de mayor perfección, tomó, para su acierto, por intercesora la Virgen santísima. Fue en peregrinación a Guadalupe, y otros santuarios; anduvo por diversos monasterios, mirando el modo de vida que más ajustase a sus intentos, en que anduvo a pie más de doscientas leguas; y como por este tiempo llenase a España el gran nombre de santidad del padre Maestro Ávila, y el singular don que tenía de Dios para encaminar las almas en el estado de vida que a cada uno convenía, acordó ir al Andalucía a tomar consejo del padre Maestro Ávila. Dióle cuenta de sus intentos; aconsejóle entrase en la Compañía de Jesús, con que tuvo por cierta su vocación. Dio la vuelta a Salamanca; allí recibió el hábito de esta sagrada religión, donde vivió santamente, ocupado en los ministerios que profesa. Después de haber sido rector de Valladolid y Medina del Campo, vino a vivir a Madrid, donde fue el empleo de sus mayores trabajos. Tenía partida la semana, sin tener un día de descanso, en cárceles, hospitales y escuelas de los niños. Hablo como testigo de vista de muchos años. Dióle Nuestro Señor particular talento para enseñar la dotrina a los niños; y por ventura en este ministerio fue de los más eminentes que tuvo su religión. Tenía una voz de bronce, una gracia y agrado extraordinario, que hacía más amable o venerable de la persona. Predicaba todos los domingos en la plaza por la tarde. Las fiestas y los jueves, que no había estudios de latinidad, en compañía del padre Miguel de Reino, inseparable compañero suyo, varón digno de memoria eterna por sus so- / lidísimas virtudes, iban a hacer f. 170 r.
la dotrina, ya a una ya a otra parte, y, las más veces, por los arrabales de la villa. Sacaban los niños de una escuela; iban cantando la dotrina a la primera plazuela; allí la enseñaba y predicaba; a que se juntaba mucha gente. En esto se empleó muchos años, con edificación grande de la corte. Y el rey

don Felipe Segundo deseó oírle; su grandeza y achaques no dieron lugar a ello. Dábanle personas devotas algunas limosnas para el agasajo de los niños; ocupado en estos ministerios le halló la muerte; pasóle a mejor vida a veinte y cinco de mayo del año de quinientos y noventa y nueve, a los setenta y tres años de su edad. Probó bien el suceso el acierto del consejo del santo Maestro Ávila.

No daba estos consejos acelerada y repentinamente, mas con gran madurez y advertencia; porque ordinariamente, en todas las preguntas de cosas graves, siempre acudía a la oración, y la pedía también a la persona que pedía el consejo, porque, como prudente y visto en las sagradas Escrituras, sabía que estaba escrito que *los pensamientos de los mortales son temerosos, y sus providencias inciertas*[160], y dudosas, y que dijo Salomón que es grande la aflicción del hombre, porque ignora las cosas pasadas, y por ningún mensajero puede tener noticia de las venideras[161]. Entendiendo, pues, esta verdad el varón prudentísimo, y que el suceso de los negocios que se esperan, y están por venir, nadie sabe cuál será, sino sólo Dios, tenía por cosa peligrosa dar parecer en cosa alguna, sin encomendarlo mucho a Nuestro Señor, así por su parte, como del que pedía el consejo, y para esto traía aquellas palabras del rey Josafad, que, viéndose en un aprieto, hablando con Dios, decía: *Cómo no sabemos, Señor, lo que nos conviene hacer, sólo este remedio nos queda, que es levantar nuestros ojos a Vos.*[162] Por defeto de esta diligencia engañaron a Josué, y a los príncipes del pueblo, los gabaonitas. De la oración, y de la luz particular, que en ella le daba Dios, nacieron los aciertos de los con-
v. sejos del padre Maestro Ávi- / la, a que ayudó su prudencia, que fue la que veremos.

La prudencia del padre Maestro Ávila fue celestial, y más rara, y en más heróico grado de cuantas se han conocido ni oído en nuestros tiempos, ni en muchos de los pasados; y manifiestamente parecía sobrenatural y divina, porque la presteza y destreza tan general, con aciertos tan grandes, en todo género de

160 Sap. 9, 14.
161 Cf. Sap. 8, 8.
162 2 Par. 20, 12.

materias, pedían causa muy superior, como era el Espíritu Santo, que gobernaba a este apostólico varón. Fue su prudencia por todas maneras excelente en todo, y para todo. Decía el conde de Feria, don Pedro Fernández de Córdoba y Figueroa, que, si le preguntaban quién era bueno para rey, dijera que el Maestro Ávila; quién bueno para Papa, que el Maestro Ávila; quién bueno para capitán, el Maestro Ávila; quién bueno para asistente de Sevilla, el Maestro Ávila, y es común sentimiento de hombres doctos y espirituales, que el don de sabiduría, y consejo que tuvo el santo Maestro Ávila, fue de lo muy raro que ha habido en la Iglesia de Dios.

En el tiempo que vivió en Montilla, la marquesa doña Catalina, gobernó sus estados de Priego y Aguilar por el consejo y prudencia del padre Maestro Ávila, con singular paz y quietud, y satisfacción de sus vasallos. Llamaban aquel tiempo el siglo de oro; estuvieron los vasallos ricos, prósperos y obedientes; excusábanse pecados, castigábanse los públicos, remediábanse los secretos, y esto con gran caridad. Es la mayor felicidad de los príncipes, buenos lados; enferma muchas veces la salud pública de dolor de costado.

Tuvo tan gran concepto de la prudencia y consejo del padre Maestro Ávila, don Pedro Guerrero, arzobispo de Granada, que, habiendo de ir al Concilio de Trento, donde este insigne prelado mostró sus grandes letras, santidad y talento, le deseó llevar consigo; excusóse el venerable Maestro con sus grandes enfermedades; dióle un memorial con avisos divinos, para reformación de la cristiandad, en especial del estado eclesiástico. Refiriéndolos en sus ocasiones / a f. 171 r.
los padres del Concilio, los recibieron con aplauso, y el humilde Arzobispo dijo llanamente ser del padre Maestro Ávila. Cuentan también que le escribieron cartas para que informase en diferentes materias; tan grande fue el concepto que se tuvo de su consejo y prudencia.

Sea última prueba de su prudencia un consejo que importará a muchos el tomarle. Aconsejaba comunmente a todos el huír ocasiones, en que son pocos los cuerdos. Tuvo amistad con don Juan Manuel, caballero de los más principales de Córdoba; decíale

muchas veces: «Señor don Juan, si quiere ahorrar dineros y pecados, haga casa y vivienda en el campo»; tomó el consejo, hizo algunas en diferentes partes, donde se recogía, y afirmaba le había sido el consejo de gran provecho.

De la gracia de discreción de espíritus y don de profecía

Capítulo XII

Esta gracia de discreción de espíritus, dicen los que tratan de ella, que es especie de profecía, y un don muy excelente y de mucho provecho en la Iglesia. Dale Nuestro Señor comunmente a personas que gobiernan almas. El oficio de esta gracia es discernir, si la moción interior es inspiración de Dios, o del buen ángel, o instigación del demonio, o moción del propio espíritu o alma del hombre, conociendo por los efectos, y otros principios y reglas, y principalmente por una luz superior, el origen verdadero de lo que pasa en el alma. Y asimismo juzga de muchas obras que en la apariencia pueden ser muy buenas, y proceder de muy torcido principio. Tiene también por oficio sobrenatural, y maravilloso, el penetrar y conocer los pensamientos que están más secretos y escondidos en el corazón, y ver como con los ojos corporales lo que en aquel secreto retrete pasa, y juzgar por aquí los quilates de oración y perfección que una alma tiene. Este don no reside siempre en el alv. ma, sino / al tiempo que Dios es servido, porque, en las ocasiones que son de su gloria y voluntad, suele ilustrar con luz sobrenatural el entendimiento de sus amigos, para que, mediante esta luz, conozcan tan grandes secretos.

Es cosa certísima que tuvo con singular alteza el venerable Maestro Ávila este don de discreción de espíritus, y esta luz extraordinaria y grande. En esta opinión fue tenido y conocido en toda España de todas las personas santas de su tiempo. Varios testimonios de esto pornemos más adelante, cuando es-

cribamos los elogios del santo padre Maestro Ávila. Basta por ahora el del padre fray Luis de Granada, que afirma haberla tenido, y que podía referir varios casos en que declaró con una luz admirable no ser de Dios muchas cosas que, en la apariencia, se tenían por buenas.[163] De esta verdad quedaron estos sucesos.

Acudía a la capilla de la Vera Cruz de San Francisco de Córdoba un hombre de exterior bueno; la continuación y el tiempo que gastaba en oración le dieron fama de santo; del ademán y elevamiento creían todos estaba arrobado. Estando en esta postura llegó el santo Maestro Ávila, y tocándole con la mano, en voz baja le dijo: «Hermano, déjese de eso, mire que le entiende Dios; deje ficciones, vaya a la verdad». Levantóse el buen hombre, como víbora pisada, y furioso, con una cólera grande, y no menor soberbia, le dijo: «Mal cristiano, demonio, inquietador de los siervos de Dios, que están en oración, ¿qué me quieres?» Tras esto le cargó de otras injurias, con que se descubrió hasta dónde llegaba la santidad del hipócrita. El venerable Maestro llevó las palabras con gran modestia y mansedumbre.

Madalena de la Cruz, monja de Córdoba, ocupaba la primera opinión de santidad de España; es cierto que le llevaron los primeros paños, y mantillas del príncipe don Carlos, primogénito del señor rey don Felipe Segundo, para que los bendijese. Nuestro santo Maestro conoció que sus cosas eran del demonio, y, estando en Córdoba, nunca se pu-/ do alcanzar de f. 172 r.
él que la visitase; antes le envió a decir que presto se descubriera quién era, y esto pasó cuando su fama volaba por el mundo; a pocos años el Santo Oficio averiguó el fingimiento de su santidad y la castigó, como es público.

Por el contrario fue maravilloso el acierto que tuvo en juzgar del espíritu de santa Teresa de Jesús, cuando su humildad y recelos aún la tenían tan dudosa, que fue a dar cuenta de sí al inquisidor, como vimos. El venerable Maestro, con una seguridad admirable, calificó sus cosas por de Dios, y como un sol clarísimo ahuyentó todas las dudas, y aseguró que en aquella alma santa reinaba Dios, y cuanto en

163 *Vida*, p. III, c. I, § 12.º.

ella pasaba eran cosas suyas, y no había en ellas el menor engaño. Débese a esta calificación gran parte de la opinión que tuvo la santa en aquel tiempo, que después fue creciendo en la opinión del mundo, hasta calificarla la Iglesia.

Tuvo en tan heróico grado esta gracia, que, viendo a cualquier persona, que le pedía consejo, para mejorar de vida o estado, o tratar de virtud, parece le leía el corazón, y así le aconsejaba con notable acierto lo que le convenía para su salvación, o el camino que había de tomar para servir a Dios.

Francisco Ruiz de Aguilar, vecino de Montilla, instaba a Francisca de Aguilar, su hija, se casase, a que ella resistía, resuelta de ser monja; intentó reducirla a su deseo, por medio de diferentes personas; valióse entre otras de la madre Agustina de los Ángeles, beata profesa de la Orden de San Agustín, mujer de mucha virtud, hija de confesión del padre Maestro Ávila. Un día que la apretó mucho el padre, se fue la doncella a la casa de la beata, que, juntas con otras buenas mujeres, fueron a casa del padre Maestro Ávila; bajó al zaguán, y en viendo a la Francisca de Aguilar, volviendo el rostro a la beata le dijo: «¡Oh, madre Agustina, que linda esposa de Cristo trae aquí en su compañía; váyanse a la iglesia y, espérenme allí». Envió a llamar a Francisco de Aguilar, hablóle
v. con aquella su elocuencia blanda y eficaz, alla- / nóle para que no diese a su hija estado contra su voluntad, ni le impidiese el perfecto a que Dios la llamaba; de allí se fueron al convento de Santa Clara, donde aquel día, hechas las escrituras, la recibieron por monja. Fuélo muy ejemplar, y decía que jamás le había pesado del estado que escogió, y cuando, en algunos trabajos interiores, se acordaba de haber sido monja por medio del padre Maestro Ávila, se hallaba con gran paz y quietud en su espíritu.

Confesaba en Córdoba a cierto caballero que vivía muy atormentado con tentaciones sensuales; por su ausencia, o ocupaciones, le encomendó al padre Alonso de Molina, su discípulo; díjole que tuviese gran cuidado de aquel caballero, que, aunque le había tratado poco, había de ser un gran siervo de Dios; sucedió así; pasado algún tiempo, fue un ejemplar cristiano.

Remate este capítulo el don de profecía. Comunicó Nuestro Señor a este gran siervo suyo esta gracia, con que la bondad divina ha enriquecido a muchas personas de gran santidad, que con espíritu divino revelan lo que está lejos de nosotros, porque no falte adorno alguno a la Esposa de Cristo, la santa Iglesia Católica. Uno fue el venerable Maestro Ávila, como lo mostraron diferentes casos.

Hallándose en Priego, en la enfermedad del Conde de Feria, el padre Maestro Ávila, el padre fray Luis de Granada, y don Diego de Guzmán y doctor Loarte, comiendo un día juntos, sobre mesa se ofreció tratar de las herejías, con que comenzaba a arder el reino de Francia, y se abrasaba el de Alemania; comenzaron los tres a arquear las cejas y encoger los hombros, diciendo: «Guarde Dios a nuestra España». El santo Maestro Ávila se suspendió un poco, y dando una palmada en la mesa, dijo estas palabras con gran aseveración: «Demos gracias a Nuestro Señor, que su voluntad determinada es que las herejías no entren en España». Más ha de ochenta años que lo dijo, y el efecto ha mostrado haber sido profecía; no permita Nuestro Señor, por su clemencia, que por nuestros pecados falte. / f. 173 r.

Habiendo ofrecido al venerable doctor Diego Pérez el arcedianato de Jaén, fue a tomar consejo con el padre Maestro Ávila. Respondióle:

> Bien le podéis tomar; mas no os faltarán trabajos y persecuciones, y prisiones.

Túvolas tan grandes, como vimos, cinco años que tuvo la prebenda, que, para quietud de su alma, hubo de dejarla; suma felicidad de Barcelona.

Estando el venerable Maestro viejo y enfermo en Montilla, salía alguna vez en el año a la heredad de San Lorenzo, que tienen para recreación los padres de la Compañía. Allí tendía las velas a la oración, sin embarazo, y descansaba algunos días de sus continuos trabajos y enfermedades. Cuidaba de esta heredad el hermano Francisco López. Llamóle un día el santo Maestro, y díjole: «Hermano Francisco, dése mucho a amar a Dios». Respondióle que lo deseaba. Replicó el venerable Maestro: «Pues, mire, mi herma-

no, ¿sabe cuándo le amará? Cuando sufra a un mozo de esta heredad que le dé muchos palos, y ande tras él dándoselos, y él calle su boca, y no lo diga a nadie, y no sólo los sufra, sino que también le procure su bien». Como lo dijo sucedió después, y el buen hermano afirmó el fracaso, sin despegar su boca. Murió en la Compañía con grandes muestras de virtud, y colmo de merecimientos.

Siendo el doctor Diego Pérez mozo ordenado de Evangelio, comenzaba a predicar. Fue a Sevilla; deseó oír algunos sermones (como lo hacen todos los principiantes); oyó, entre otros, en la iglesia mayor, al doctor Constantino. Fue todo predicar de la pasión de Cristo, con notables afectos, haciendo gran ponderación en cada punto, con gran moción de los oyentes; vio que, acabado el sermón, le aguardaba una mula muy apuesta con pajes y lacayos, y él crujiendo seda. Fue a visitarle a la tarde, vio la casa adornada de colgaduras ricas, el menaje precioso, los diurnos y breviarios hechos una ascua de oro sobre ricos bufetes. Como estaba hecho a la pobreza de su Maestro,
v. y muy enseñado / por él, que habían de concertar las obras y palabras del predicador, reparó que sermón de tanta pasión de Cristo, y tan poca mortificación en la persona y casa, olía a hereje luterano. Vínose por Montilla, donde estaba el venerable padre Ávila, preguntóle qué predicador había oído; dijo que al canónigo Constantino. Replicó: «¿Qué os ha parecido?» Respondió: «No me ha parecido bien, porque el sermón fue todo predicar pasión de Jesucristo, y luego tanta relajación en su vida, y tan poca mortificación, discípulo me parece de Lutero». Respondió el padre Maestro: «Hijo, en la vena del corazón le habéis dado». Pocos días después prendieron al Constantino por hereje luterano, y como tal le castigó la Inquisición.

Residiendo en Córdoba, sobrevino un año falto de agua. Los cabildos eclesiástico y seglar ordenaron se hiciesen rogativas, una procesión solemne a nuestra Señora de Villaviciosa, imagen milagrosa. Estaban los sembrados casi secos. Convidaron al padre Maestro Ávila predicase en esta ocasión; hízolo el día de la fiesta, entre los dos coros de la catedral, oyéndolo una multitud grande de gente; exhortólos a

tener gran confianza en la misericordia de Dios, y acabó su sermón con estas palabras: «Hermanos, confiad en Dios, que yo de su parte os prometo y doy palabra que este año ha de ser muy fértil, y que tiene de llover antes de veinte y cuatro horas». Cumplióse como lo dijo, y estando el día muy claro y sereno, antes de tocar a vísperas, llovió, y el resto del día, y los dos siguientes; fue el año abundantísimo.

Viviendo el santo Maestro en Montilla, vinieron cartas a la marquesa doña Catalina, que su hermana, la Duquesa de Arcos, estaba a lo último de la vida, y se la daban por horas. Mandó aprestar el viaje muy aprisa, y llevada del afecto, por parecerle que tardaban lo criados, mientras se disponían, salió a pie camino de Marchena. Súpolo el padre Maestro Ávila, fue en su seguimiento, alcanzóla junto a una ermita, que está al salir de la villa; persuadióla entrase / en ella a hacer oración a Nuestra Señora. Habién- f. 174 r.
dola hecho, le dijo estas palabras:

> No parta vuestra señoría tan aprisa y de esa suerte, que yo le aseguro y doy palabra de parte de Dios que vuestra señoría halle viva a la señora Duquesa, su hermana; vaya vuestra señoría con sus criados y autoridad, que no es tan acelerada la muerte de la señora Duquesa como dicen, vuestra señoría la hallará viva, y la verá hacer su testamento.

Sosegóse con esto la Marquesa; esperó su gente; tardó dos días en el camino. Halló viva a la Duquesa su hermana; otorgó testamento en su presencia, y vivió cuatro días después, habiéndose cumplido a la letra lo que dijo el padre Maestro Ávila.

En el capítulo donde tratamos del don de consejo, referimos muchos casos, en que profetizó algunas cosas que se hallaron verdaderas; mas por haber sido, dando consejo, tocaron a aquel lugar.

Del particular don que tuvo de consolar y de quitar tentaciones

Capítulo XIII

Entre otros dones con que Nuestro Señor enriqueció al venerable Maestro Ávila, fue el de consuelo; habitaba en su alma el Espíritu Santo con gran plenitud de gracia y, como ese divino espíritu es el consolador verdadero, comunicó con abundancia grande esta misma propiedad a este santo varón, como a instrumento suyo. Teníase experiencia cierta, que todas las personas afligidas y desconsoladas, acosadas de graves y vehementes tentaciones, en llegando a sus pies, hallaban remedio, aliento y consuelo en todos los trabajos interiores, de ordinario molestísimos; consolábales, confortábales, encaminábales para que saliesen de sus miserias y lazos del demonio. Pudo decir con Isaías: *El Señor me ha dado una lengua discreta, para que sepa yo con mis palabras sustentar a los flacos*[164], para que no caigan. Como hemos
v. dicho, igualmente acudía al confesonario como / al púlpito, y su casa estaba abierta a cuantos querían valerse de sus talentos. Salían todos mejorados, consolados, instruídos del modo de gobernarse en el camino del espíritu; en esto procedía con aquella su eficacia y suavidad, y con un acierto grande en penetrar la enfermedad de cada uno y aplicarle conveniente medicina, sin que, por incurable que pareciese la llaga, por implacable el dolor, dejase de alcanzar salud eterna. Y en todas estas importunidades, no sólo no se cansaba o recibía fastidio o molestia, mas antes, como solícito obrero, decía que ésta era la gloria del predicador, ofrecérsele materia en que pue- - da aprovechar; y a veces, cuando acertaba a venir alguna persona, aunque fuese de humilde condición, estando él comiendo, se levantaba de la mesa a oírle, y a los que de esto se maravillaban decía que él no

164 Is. 50, 4.

era suyo, sino de aquellos que le habían menester. Finalmente, todas las personas que se sentían congojadas y afligidas en cualquier género de tentación y desconsuelo, tenían librado su remedio en el padre Maestro Ávila, porque les daba camino con que saliesen de sus miserias y tentaciones. Tuvo particular eminencia en remediar los tentados de la sensualidad.

Confesábanse con el padre Maestro Ávila algunas religiosas del convento de la Encarnación de Granada; comunicábanle algunas tentaciones y trabajos interiores que padecían; preguntándoles algunos días después cómo les iba, afirmaban que se hallaban libres de aquellas tribulaciones, y reconocían este bien a los consejos y oraciones del padre Maestro Ávila.

Decía ordinariamente: «La tentación a vos y vos a Dios». Dejamos escrito cómo remedió a doña Sancha Carrillo una tentación que le afligía demasiado, dándola una cruz sobre que había dicho Misa, con que ahuyentaba los demonios.

Estando un día en oración, el santo Maestro Ávila salió de su oratorio y dijo al padre Juan de Villarás: «Si viniere / aquí un clérigo forastero, avíseme al mo- f. 175 r.
mento»; volvióse a su oración; poco después llegó un clérigo; quedó con el santo a solas, y le dijo: «Padre Maestro, vengo afligidísimo a que vuestra merced me dé remedio en una vehemente y molesta tentación del pecado (su enormidad le ha quietado el nombre); aflígeme de manera, que me trae sin sentido; he usado muchas remedios para librarme de esta gran molestia: Misas, limosnas, oraciones, penitencias, porque Dios me libre de ella; a más remedios más persevera, y aprieta el enemigo; confío en Dios, mediante su misericordia, y las oraciones de vuestra merced, que ha de librarme de este peligro». Consolóle el padre Maestro Ávila; díjole que se estuviese con él, y se previniese para hacer una confesión general, y que confiase en Dios le ayudaría en su trabajo. Entretúvole en su casa algunos días; gozó de su conversación y trato; confesóse con el padre Maestro generalmente; dióle muy buenos consejos y advertencias, y consolado le envió a su tierra. Este clérigo, vino después de la muerte del padre Maestro Ávila, a Montilla, a visitar su sepulcro; decía que debía a aquel gran santo la quietud de su conciencia,

y que, mediante sus oraciones y consejos, le había Nuestro Señor librado de una gran aflicción, que tanto le había molestado, de que se hallaba libre; y afirmaba que nunca le había afligido más el demonio con aquella tentación nefanda.

No es menos peligrosa la tentación de la ira y la venganza, antes, cuanto la apadrina el honor, carece de aquel horror que causa la sensual. Viviendo en Montilla, supo que había dos personas honradas encontradas con odio capital y vengativo. Entrando un día el padre Maestro Ávila en la iglesia de Santiago, vio a uno de los dos enemigos, el más ofendido, y por esta parte más incontrastable; llegóse a él y con muchos ruegos y humildad procuró atraerle a que se reconciliase con su contrario, y fuese su amigo; estuvo el hombre de bronce, sin poder hacerle mella; multiplicaba ejemplos y razones con singular modes-
v. tia y suavidad; perseveraba / inexorable, era una obstinación terrible: Díjole: «Por lo menos, señor mío, haga una cosa por amor de Dios, éntrese en aquella capilla de las ánimas, delante del santo crucifijo, que allí está, rece un *Pater noster*, y una *Ave María*, pidiendo a Dios le alumbre el entendimiento». Vino en ello, postrado delante de una imagen santa de Cristo crucificado, comenzó su oración y, antes de acabar el *Pater noster*, se levantó muy aprisa, y salió perdido el color, temblando y muy turbado, y dijo al padre Maestro: «Digo que quiero ser amigo del señor N. (nombrando por su nombre al enemigo)»; y echándose a los pies del venerable Maestro decía: «Padre, suplico a vuestra reverencia, por amor de Dios, no deje este caso de la mano, hasta que muy aprisa nos haga amigos. Yo desde luego le perdono todos los agravios y injurias que me ha hecho, así de obra como de palabra, y lo hago puramente por amor de Cristo, Dios y redentor nuestro, que padeció muerte de cruz, y en ella pidió perdón por los que le quitaban la vida. No quiero, padre, que se muestre enojado en el día de mi muerte, porque, según me pareció que vi su imagen en aquella cruz airada contra mí, temo su ira, y pido misericordia a su divina Majestad, y perdono a mi enemigo, y a vuesa reverencia le suplico, disponga de manera que seamos muy amigos, y ruegue a Dios por mí, que me tenga de su ma-

no». Decía descolorido y temblando. El padre Maestro Ávila le echó los brazos, y agradeció lo que hacía; hízolos amigos; fuéronlo con amistad muy estable de allí adelante. Decía esta persona que lo que el padre Maestro Ávila no había acabado con ruegos, lo alcanzó con la oración; decía de él grandes alabanzas.

Casi del mismo modo libró a otra persona de una aflicción bien grande. Un hombre principal estaba tentado de matar a su mujer, por celos que tenía, con bien poco fundamento. Fue a hablar con el santo Maestro Ávila, y comunicarle su tentación; entráronse en una iglesia cercana, oyóle cuanto le dijo en el caso; el padre Maestro le dio muchas ra- / zones f. 176 r. para desengañarle y sacarle de aquella imaginación; no se convencía el personaje, díjole: «Mucho me duele que se aprovechen tan poco los consejos que os doy, y, pues todavía quedáis tan fatigado, os ruego os vais delante de aquella imagen de Nuestra Señora, que está allí, y le supliquéis os remedie en tan gran aflicción, como tenéis». Hízolo así, y sintió luego en su corazón remedio y alivio en su tentación, y se lo fue luego a decir al padre Maestro, y ambos glorificaron a Dios por esta merced de haberles librado de tan grande aflicción y engaño que tenía de su mujer.[165] Esto sucedió en Sevilla, y lo cuenta así el padre fray Luis de Granada.

Contra tentaciones sensuales daba el santo varón por remedio la devoción con la limpia Concepción de Nuestra Señora. El padre Pedro de Ribadeneira, de la Compañía de Jesús, en el día de esta fiesta, a ocho de diciembre, dice estas palabras:

> Y así el padre Maestro Ávila, predicador apostólico de nuestros tiempos, en Andalucía, tratando de las tentaciones sensuales, cuando son importunas y molestas, y cuánto vale para vencerlas la intercesión de los santos, y particularmente de la Virgen, dice estas palabras: «Especialmente he visto haber venido provechos notables por medio de esta Señora a personas molestadas de flaqueza de carne, por rezarle alguna cosa en memoria de la limpieza virginal con que concibió al Hijo de Dios, y es cierto que Nuestro Señor ha hecho algunos milagros para testificar esta verdad».

165 *Vida*, p. II, § 7.º.

Esta misma virtud de quitar tentaciones parece quedó en los libros. Una persona espiritual en Granada vivía afligidísima con varias tentaciones y notables dudas sobre el acierto del camino que llevaba; los confesores no la entendían, ni se atrevían a resolver, o ya aprobando o reprobando el camino; encomendábase a Nuestro Señor, pedíale luz para elegir lo que más le agradase. En esta ocasión tomó el libro de las *Epístolas* del venerable Maestro Ávila, leyó en la primera que se le ofreció abriendo el libro; habiéndola leído, se halló / enseñada, y consolada, y con v. luz particular de lo que debía hacer; cesaron todas sus dudas permaneció con notable fortaleza, sin poderse olvidar un punto de lo que una vez había aprendido; quedó muy agradecida a la merced que Nuestro Señor le había hecho; comunicó su camino con hombres doctos y el medio con que Nuestro Señor le había alumbrado; asegurándola todos iba bien; tuvo toda su vida por Maestro al venerable Juan de Ávila.

Otra buena mujer estaba casi determinada de dejar el camino interior, que llevaba, pareciéndole que éste le ocasionaba aquellas aflicciones y trabajos, y decía: «¿Para qué quiero yo estos caminos, sino rezar mi rosario, y encomendarme a Dios, sin meterme en estas dificultades?» Padecía mil recelos, si iba errada o había de padecer algún engaño, con que peligrase; en estas dud is leyó el libro del *Audi filia;* cesaron con esto todos los nublados; quedó con particular luz y fortaleza para no dejar lo comenzado, por cuantos temores le pusiese el enemigo, padeciendo cualesquiera tentaciones que le acosasen. A estas dos personas, que fueron muy virtuosas y ejemplares, llevó Nuestro Señor por camino de trabajos interiores, en que padecieron mucho, y no aprovecharon menos, como suele suceder.

De su oración

Capítulo XIV

Uno de los dones que con más larga mano comunicó Nuestro Señor a su gran siervo fue el de la oración; derramó sobre él espíritu de gracia y oración, como lo prometió por su profeta.[166] Fue el riego continuo, con que crecieron sus virtudes; el fuego, con que se forjó su santidad; el aliento, con que sonó su voz. Fue opinión común haber sido una de las almas más regaladas de Dios, que en esta centuria de años ha habido en España, con haber, por la bondad divina, florecido tantos varones y mujeres santas célebres en esta virtud. / f. 177 r.

Su oración fue levantadísima, pura, sin engaños y ilusiones, de gran seguridad y certeza; prueba esto manifiestamente la alteza de sabiduría y superior conocimiento que tenía de las cosas espirituales, y acierto en el gobierno de almas; una superior luz, una prudencia rara en cuanto escribía y hacía, unas palabras abrasadoras de los corazones en grado superior, a que moralmente no podía haber llegado, si en la oración y contemplación no le hubiera Nuestro Señor enseñado lo que tan bien supo aprender.

Fueron extraordinarios los favores y mercedes que el santo Maestro Ávila recibió de Nuestro Señor en la oración; mas, como era tan prudente, discreto y moderado y humilde, callólos todos; mas su grandeza la publican sus virtudes, el sufrimiento en los trabajos y dolores, el desengaño y desprecio del mundo, con que vivió, y otros dones que nunca se hallan sino en hombres de muy grande oración.

Fue muy regalado de la Virgen santísima, de quien fue muy devoto, recibió muchos consuelos y ilustraciones del Espíritu Santo. Tuvo muchos raptos y éxtasis y arrobos. Depone con juramento Hernando Ro-

166 Zach. 12, 10.

dríguez del Campo, en la información de Montilla, que, pasando un día cerca de su oratorio, le vio en oración arrobado alto del suelo en el aire más de una vara, fijos los ojos en un crucifijo, que parecía inmóvil, y diciéndolo a un cuñado suyo, criado del santo, por cuya causa tenía entrada en su casa, le respondió: «Esos raptos y arrobos son muy ordinarios en nuestro santo Maestro Ávila». Y yendo yo a hablarle algunas veces, llamándole, no responde, y tocándole, le hallo inmóvil en el aire, de rodillas; y acabada la oración me llama, y dice: «Hermano, ya sé lo que quería, no sea molesto otra vez, vaya a fulano y dígale esto», con que le respondía a su pregunta.

También cuentan que, yendo camino, llegó de noche a la posada; recogióse a un aposento a tener oración; estando en ella acertó a entrar en la pieza un niño, y salió diciendo: «Madre, que se está que-
v. mando un clérigo»; subieron al apo- / sento y hallaron al santo Maestro, hincado de rodillas en oración; presumieron que el fuego que vio el muchacho eran resplandores que salían del santo.

Vivía de oración, en que gastó la mayor parte de la vida. En el mismo tiempo que predicaba, cercado de tantos negocios, tenía cada día dos horas de oración por la mañana, y otras dos en la noche. El día que había de predicar era la oración más prolija; esto era a costa del sueño, porque, como dijimos, se acostaba a las doce y levantaba a las tres de la madrugada. Después que sus enfermedades le impidieron el predicar tanto, el tiempo que quitaba a la predicación acrecentaba a la oración, gastando en ella la mayor parte del día y de la noche. Entrábase en su oratorio, pasaba su tiempo en alta contemplación; y las horas, que tenía señaladas a este ejercicio santo, no admitía negocios, ni le entraba a hablar familiar o discípulo, si la importancia de la cosa no pidiese dispensación del orden; sucedía raras veces.

Su modo ordinario de estar en oración era hincado de rodillas, delante de un Cristo, con ambas manos puestas en el clavo de los pies. Allí recibió singulares favores y mercedes, y alcanzó los altos misterios que predicó y enseñó a las almas. Afirmaban sus discípulos que, estando de esta manera en oración, le habló el santo crucifijo, y le dijo: «Juan,

perdonados te son tus pecados».[167] Y esta merced, como muy cierta, corría entre todos sus amigos y confidentes más íntimos, y con juramento deponen muchos haberlo oído a sus discípulos.

Éranle tan dulces los ratos que gastaba en este ejercicio santo, que, cuando salía de su casa a confesar, o negocios de caridad o bien del prójimo, que no tenía otras ocupaciones, ni gastaba el tiempo en visitas, que no fuesen del servicio de Dios, estando confesando en la iglesia, decía: «¡Ay, Dios si fuera mejor estarme en mi dulce rincón, llorando mis pecados, y los del pueblo, y ocuparme en la contemplación de las perfecciones divinas, y en sus alabanzas!». Y así tenía grande envidia a los religiosos, que, por medio de sus su- / periores y obediencia, saben con certidum- f. 178 r.
bre cuándo es voluntad divina se ocupen en las alababnzas de Dios, y en la oración, y cuándo deben acudir al bien de los prójimos.

Cuando salía de la oración reparaban sus discípulos que traía en su rostro un género de novedad o inmutación, como quien había tratado con Dios, y había recibido mercedes en esta conversación; víanle inflamado como un serafín; parece sacaba unos nuevos resplandores, que obligaban a mirarle con gran veneración y respeto.

Rezaba el oficio divino con notable atención, reverencia y devoción, en que dio raro ejemplo a los sacerdotes; poníase a rezar algunas veces en parte donde le pudiesen ver los clérigos de Montilla, con deseo le imitasen. Reformáronse con este ejemplo muchos, y en los años que vivió en aquella villa se adelantaron los clérigos en virtud y buen ejemplo.

La grandeza del don de la oración, que tuvo el padre Maestro Ávila, fue como debido a tres grandes ministerios, que ejercitó en la Iglesia, siendo estilo de la Majestad divina dar el caudal a sus santos, proporcionado al oficio, para que los escoge. Puso al venerable Maestro Ávila para ejemplar sacerdote y predicador apostólico, maestro de oración; y a cualquiera de estos tres oficios era convenientísimo concederle este soberano don en grado muy levantado.

Es el principal oficio del sacerdote ofrecer conti-

167 Cf. Mt. 9, 2.

nuas oraciones a Dios, y ser medianero entre Dios y el pueblo, y como persona pública que se encarga de las necesidades de todos, representando la persona de Cristo Nuestro Señor, parecer en el trono soberano, interceder por el universo mundo, aplacar la indignación divina, impetrar el perdón de los pecados, hacer propicio a Dios a los hombres, detener los castigos, alcanzar misericordias con la fuerza de su oración. El sacerdote ha de pelear con Dios, vencer al Omnipotente, para que no ejecute su enojo, y levante los castigos, y, como abogado en el tribunal divino, hace la causa del pueblo, que él no sabe hacer por
v. su ignorancia; es ministro de la / casa de Dios, que es casa de oración, y así su ocupación ordinaria es interceder y orar, y este orar e interceder ha de ser más con gemidos y sentimientos del corazón que con palabras, y igualmente con santidad de vida y ejercicio de virtudes, para que sea grata y impetratoria la oración. Palabras son todas éstas de nuestro santo Maestro en la plática segunda a los sacerdotes, donde los exhorta eficazmente al ejercicio continuo de esta virtud santa, y no sólo en las pláticas, más en las cartas y en las conversaciones ordinarias que tenía con los sacerdotes, era continuo exhortarles que tuviesen oración. Suspiraba por sacerdotes que, con su oración y vida santa, hiciesen las amistades entre Dios y los hombres, pidiendo con lágrimas y gemidos misericordia, y decía muchas veces, y aun lloraba, viendo cuán pocas viudas había en Naín, que llorasen los hijos muertos;[168] esto es, cuán pocos sacerdotes que llorasen tantas almas muertas en pecado. Habiendo, pues, colocado la providencia divina al padre Maestro Ávila en el candelero de su Iglesia, por un modelo de un sacerdote perfeto, y dándole por ejemplo de virtudes a este estado, fue convinientísimo que su oración fuese altísima, como parte tan principal de su profesión de vida.

Es el segundo título el de predicador, oficio que, sin fervorosa y continua oración, apenas puede hacerse con provecho; dióla así a entender con las obras y palabras, porque como dijimos, sus sermones igualmente los prevenía con estudio y oración; dis-

168 Cf. Lc. 7, 13.

puesto su sermón, y puntos que había de tratar, conforme al Evangelio, en una cubierta de una carta; se entraba en su oratorio, y de rodillas, delante de un Cristo, gastaba gran parte de la noche en oración. Salía de allí a decir Misa, y dadas gracias, subía inmediatamente al púlpito. Con esto tenía absorto y admirado al pueblo; de aquí las grandes conversiones y moción del corazón. Esta oración era más larga, si había de hacer plática a sacerdotes o estudiantes; en éstas ponía mayor estudio y tenía más horas de oración.

Un predicador de nombre hizo en la cátedra de Grana- / da un sermón, admiración del auditorio, lle- f. 179 r.
no de lugares de la Escritura y santos, traídos con erudición y delgadeza; tuvieron los oyentes un buen rato. Pidió don Pedro Guerrero, arzobispo de Granada, a nuestro Maestro, que predicase otro día; excusábase con falta de libros y de tiempo, y haber de ser el sermón en fiesta a que había de concurrir lo docto y noble de la ciudad; hubo de obedecer el mandato del prelado; encerróse en su aposento, sin pedir libro ninguno; descubrió la curiosidad de los que acecharon por los canceles de las puertas, que pasó de rodillas la mayor parte de la noche en oración; predicó otro día un sermón grandioso, tan lleno de espíritu, y de Dios, que salieron todos compungidos, mirándose unos a otros con gran demostración de conversión. Hallóse a ambos sermones don Francisco de Terrones, colegial entonces en el Colegio Real de Granada, después predicador de reyes, y obispo de León, de quien dejamos hecha mención; era frecuente, en su boca este suceso, cuando reparaba en el modo de predicar presente tan docto, tan erudito, tan deleitable, de que se saca o poco, o ningún fruto, y verdaderamente, a menos costa, el venerable Maestro Ávila cogió los colmados frutos que hemos visto.

En la carta primera a un predicador le dice el santo Maestro:

> Más importa una palabra, después de haber estado en oración, que diez sin ella; no en mucho hablar, mas en devotamente orar y bien obrar, está el aprovechamiento, y por eso, así hemos de mantener a otros, como nunca nos apartemos de nuestro pesebre, y nunca falte el fuego de Dios en el altar. No sea pues muy contínuo en darse

demasiadamente a otros, mas tenga sus buenos ratos deputados para sí, y crea en esto a quien lo ha bien probado.[168 bis]

Debíasele asi mismo este don, por el ministerio y oficio para que nuestro Señor le escogió de maestro de la oración, para introducir este ejercicio santo en el mundo, y guiar innumerables almas, que muchas llegaron a gran perfección y santidad, encaminadas
v. por este gran Maestro; y era preciso saber / los primores de este arte y ser muy docto en ella, y tener gran conocimiento de esta ciencia. Predicó la fuerza de esta virtud, y su importancia, deseaba grandemente que todo el mundo se ocupase en este ejercicio santo. Afirman cuantos le conocieron que fue el maestro del espíritu y oración de la provincia del Andalucía, y reino de Granada, y, por sus escritos, en toda la cristiandad. Y hasta que Dios trujo al mundo a este santo varón, poco era lo que se sabía y practicaba esta materia en estos reinos, y con sus sermones y libros fue el maestro común de esta ciencia; y fue tan fervoroso en su oración y trato con Dios, lo pegaba de manera a todos sus discípulos, y a cuantos trataba, que quedaban presos del amor de esta virtud, y les aconsejaba se retirasen del bullicio del mundo y del trato ordinario, y recogerse a tratar a solas con Dios, porque asi ahorrarían pecados.

Acudían a él muchas personas religiosas, y otros de diversos estados, a tratar con él cosas particulares de esta virtud, y era cosa muy notable ver la satisfacción con que se apartaban de su presencia, glorificando a nuestro Señor por haberle dado tanta luz y discreción en estas materias, dando consejos y enseñando caminos de grande seguridad, y avisando de los peligros que en ellos puede haber.

Vino un día a comunicarle algunas cosas de espíritu el padre Centenares, su discípulo; preguntóle cómo gastaba el tiempo; respondióle: «Tanto gasto en rezar las horas y oficio canónico, y decir Misa, tanto en oración, tanto en estudio». El padre le dijo:

> Hermano, quite del tiempo del estudio y póngalo en la oración, porque ésta es el maestro que más enseña, y en ella se aprende más en poco que con el estudio en mucho, y en la oración se alcanza a conocer mejor a Dios, y saber ejercitar la caridad con los prójimos.

168 bis Carta 4: I, 285.

Y así le encargó lo uno y lo otro, que es cadena de fuertes eslabones; y era ordinario consejo a todos sus discípulos, quitar del estudio y ponerlo en la oración. Haciendo una plática espiritual en Granada a unos estudiantes les dijo:

> Hijos / míos, más querría ver a los estudiantes con f. 180 r.
> callos en las rodillas de orar, que los ojos malos de estudiar.

El modo de oración que enseñaba se hallará en el libro del *Audi filia*, en los capítulos que trata del propio conocimiento, y en particular desde el sesenta y ocho, en que habla del conocimiento de Cristo y sus misterios con notable alteza. Anda también un discurso de esa materia; comienza: «Así que mi hermano». Está en la nueva impresión, a folio docientos veinte y uno, es de lo mayor que escribió el padre Maestro Ávila; contiene una *doctrina admirable* y avisos importantísimos.[169]

Remate este discurso el padre fray Luis de Granada, que [en] el capítulo de la oración dice así:

> Y es familiar consejo, y doctrina suya, que nos lleguemos a la oración más para oír que para hablar, y más para ejercitar los afectos de la voluntad, que especulación del entendimiento; antes me dijo él una vez que lo ataba como a loco para que no fuese parlero en la oración. Por donde, en una carta que escribe a un sacerdote, le declara esto por una comparación, diciendo que una cosa es hablar con el rey, y otra estar con acatamiento y reverencia, en presencia de él; y así decía que una cosa es hablar con Dios, y otra estar con este acatamiento y reverencia, y una voluntad amorosa, y temerosa delante de Él, que es un modo fácil y devoto, y aparejado para recibir particulares favores de Nuestro Señor, poniéndose el hombre, como aquel hidrópico del Evangelio, delante de Nuestro Salvador, esperando humildemente el beneficio de su salud.[170]

169 Carta 184: I, 868-885.
170 Cf. Lc. 14, 2; *Vida*, p. II, § 1.º.

De la devoción que tuvo al santísimo sacramento del altar y particularmente en la Misa

Capítulo XV

La santidad del venerable Maestro Ávila, como al principio dijimos, comenzó por la devoción al Santísimo Sacramento del Altar; con ella se fue aumentando hasta la alteza que vemos, y así, reconociendo
v. sus medras a este di- / vino Señor Sacramento, le respondió con un indecible afecto. Procuró extenderla entre los fieles, éste fue uno de los principales intentos de su predicación; consiguiólo felicísimamente.

Dijimos algo de la especial lumbre y conocimiento que tenía del misterio de Cristo. Esta misma luz y gracia le concedió nuestro Señor de este divino Sacramento del Altar: misterios entre sí tan enlazados y unos, que el mismo Señor que fue sacrificado en el Calvario es el que se sacrifica en la Misa, diferenciándose en el modo, y aunque ambos misterios eran para él de grande ternura y consuelo, pero del primero tenía fe, aunque muy viva, mas del segundo, juntamente con la fe tenía gusto y experiencia. Fueron grandes y cotidianas las consolaciones y favores que recibió de este soberano Sacramento, tan sobrenaturales los júbilos y dulzuras, que, predicando una vez, dijo que por la gran experiencia que tenía de la virtud y efectos que este divino Sacramento obra en las almas, no sólo no le era dificultosa la fe de este misterio, sino antes muy fácil y suave, y como el torrente de los deleites divinos que inundaban su alma, cuando recibía este divino Sacramento, eran con tanta abundancia, predicaba de él cosas altísimas, y con grande espíritu y fervor. Dejó escrito un tomo grande de *sermones del Santísimo Sacramento*, donde habla con tan gran alteza que el que con atención los leyere, verá que palabras tan fervorosas y encen-

didas no podían salir sino de un pecho abrasado.

Era tan grande su afecto y devoción a este misterio que, cuando alguna persona decía: «Voy a comulgar», era tanta la suavidad que sentía en su alma, pues prorrumpía en estas dulces palabras: «¡Qué golpe de amor!»

A este conocimiento correspondía la reverencia y amor. Su modo de entrar en la Iglesia era éste. Entrando por la puerta, en descubriendo el sagrario del Santísimo Sacramento, hincaba la rodilla profundamente en el suelo, luego iba a tomar agua bendita y hacía oración con suma reverencia. / f. 181 r.

Su sello tenía esculpido con la figura del Santísimo Sacramento, con él cerraba sus cartas, tan llenas de sacramentos. Era de metal, de hechura y tamaño muy humilde. Esta era su empresa y divisa, a cuya Deidad reconocía cuantas mercedes recibió de la mano liberal de aquel Señor, que en él está con su divina presencia.

Era tan grande la devoción que tenía a este soberano Sacramento que tomó por linaje de recreación y alivio de sus enfermedades, escribir cosas devotísimas de este misterio: y afirmaba, que aunque toda su vida quisiera estar escribiendo de él, jamás le faltaría materia.

Decía que toda su vida deseó morar en una casa que tuviese una ventana para el Santísimo Sacramento; este deseo era efecto propio del amor, que es su centro estar con la cosa amada.

Díjole una vez uno de sus discípulos: «Señor, ¡si fuera Jerusalén de cristianos, para que nos fuéramos poco a poco a vivir y morir en aquellos lugares santos, donde el Salvador obró nuestra redención!» Oyendo esto, con su acostumbrada serenidad, respondió: «¿No teneis ahí el Santísimo Sacramento?; cuando yo de él me acuerdo se me quita el deseo de todo cuanto hay en la tierra». Sentencia verdaderamente digna de grande admiración, que pueda la fe viva, la experiencia dulce, la particular lumbre del Espíritu Santo, a que con verdad dijese ese santo varón que, acordándose del Santísimo Sacramento, se le quitase el deseo de cuanto hay en la tierra; ya era esto una como participación de la vivienda del cielo.

Escribió cartas a los Sumos Pontífices, suplicándo-

les ordenasen que todos los jueves del año se rezase del Santísimo Sacramento.

Predicó las grandezas de este soberano Sacramento cuarenta y seis años; así lo afirma el padre Juan Díaz, su discípulo, en el prólogo del tomo de los sermones; introdujo su frecuencia, dio a conocer al mundo sus tesoros, la grandeza de la caridad que el
v. Salvador nos mostró, que-/riendo aquella soberana Majestad, que beatifica los ángeles del cielo, morar con los pecadores de la tierra y aposentarse dentro de nuestro cuerpos y ánimas, para santificarlas y hacerlas semejantes a sí en la pureza de vida, y después en la alteza de la gloria.

Estando en Granada, predicaba todos los jueves en el sagrario de la iglesia mayor, donde acudía mucha gente con ser día de trabajo. Predicaba, las octavas del Santísimo Sacramento, cada día su sermón; sucedía de ordinario estar gravado con sus enfermedades, sin poder volverse en la cama; hallábase entonces con buena disposición corporal, que parecía del todo sano, mas luego, pasados los ocho días, volvía como antes a la misma enfermedad y esto duró muchos años, y en particular fue más notable su fervor y eficacia en los sermones en lo último de su vida.

No hay palabras que justamente signifiquen la devoción, la ternura, el sentimiento, el afecto amoroso. con que decía Misa, con una profundidad y silencio que causaba devoción. Preveníase largo tiempo, y con devotísimas consideraciones, de que pondremos adelante algunas. Concedióle Nuestro Señor un singular don de lágrimas, mientras decía Misa; era con tanta abundancia, derramaba tantas, que mojaba los corporales, que era necesario ponerlos a enjugar. En especial era raro el respeto y sumisión en el elevar la Hostia; víase una profunda humildad y reverencia, que causaba los mismos afectos en quien se hallaba presente. Tardaba de ordinario dos horas en la Misa, y al decir la oración: *Domine Jesu Christe*, antes de consumir, era mayor la avenida de las lágrimas, los afectos y ternuras.

Contaba el padre Alonso Fernández, su discípulo, que, habiendo ido a visitarle a Montilla, le había oído una Misa; díjola con tan notable y extraordinaria de-

voción que duró tres horas, y había visto unas luces del cielo en ella, con que se había consolado mucho, y dejó los corporales y manteles tan mojados con lágrimas que se pudieran torcer. / f. 182 r.

Con decir de esta manera la Misa, dijo una vez a uno de sus discípulos: «Deseo decir bien Misa un día». Y otra vez dijo al mismo: «Cuando acabo de recibir a Nuestro Señor en la Misa, no quisiera abrir la boca». Esto lo podrá interpretar cada cual como quisiere, o porque juzgaba ser bien tapar la boca del horno, porque el fuego de amor, que en este Sacramento se enciende, no saliese fuera, o porque le pareciese ser cosa indigna entrase otra cosa por la boca, por donde había entrado Dios.

Deseaba tan libre la voluntad y afecto para decir Misa que, cuando estudiaba alguna materia de Teología, que obligaba a mucha especulación, no se atrevía a decir Misa; decía que el entendimiento se entretenía y embebecía en aquella agudezas especulativas, y que la voluntad quedaba con alguna sequedad.

En acabando de decir Misa, se recogía a su oratorio, o retrete, a tener larga acción de gracias, y significando el tesoro que llevaba consigo decía: «Ángeles, quedáos a fuera».

Deseaba esta devoción en todos los sacerdotes; hacíales pláticas familiares, declarándoles la devoción y reverencia con que se habían de disponer para celebrar, y en algunas cartas toca maravillosamente esta materia, y sentía mucho cuando en esta obligación faltaban.

Estando diciendo Misa un sacerdote en el monasterio de santa Clara de Montilla, en un altar de la puerta de la sacristía, yendo a entrar en ella el venerable Maestro, vio que el sacerdote hacía los signos, en particular sobre el cáliz, muy aprisa y con poca reverencia; llegóse a él disimuladamente, como que iba a enderezar una vela, y le dijo con voz baja: «Trátelo bien, que es Hijo de buen Padre». Y acabada la Misa se llegó al sacerdote, y con mucha modestia y cortesía le exhortó a la devoción y reverencia de aquel santo sacrificio; díjole tales palabras que el buen sacerdote comenzó a llorar, mostrando gran sentimiento, y prometió enmienda, y seguir su consejo; el santo Maestro le abrazó con gran afabilidad. / v.

Las enfermedades en los últimos años le impedían decir Misa, y una flaqueza de estómago tan grande que era forzoso comer algo a las dos, o a las tres de la mañana; carecía de un gran consuelo en sus males, y el deseo de recibir el pan de los ángeles le hacía más penoso su trabajo. El Papa Paulo Cuarto, el año de mil y quinientos y cincuenta y ocho, informado de los méritos y enfermedades del siervo de Dios, le concedió que, después de las doce de la media noche, pudiese decir Misa, o comulgar, de mano de otro que se la dijese; alcanzóle este breve el padre Salmerón, de la Compañía de Jesús, uno de los primeros compañeros de san Ignacio.

Lo grato que eran a Dios sus sacrificios lo da a entender este suceso. Contaban los doctores y maestros antiguos de las Escuelas de Baeza, discípulos del padre Maestro Ávila, que tenía devoción de ir un día en la semana a decir Misa a una ermita, algo distante del lugar donde moraba; yendo un día fatigado, se le puso al lado Cristo Nuestro Señor en traje de peregrino, preguntándole dónde iba; respondió que a decir Misa, mas que iba tan cansado que entendía no poder llegar a la ermita, ni decirla; animóle el peregrino que perseverase en el camino y que no le faltaría buen premio; replicó el siervo de Dios que no podía, porque estaba fatigado. Entonces descubrió el pecho el peregrino, y mostrando la llaga del costado, y sus heridas, dijo: «Cuando a mí me pusieron de esta manera, ¿no estaba yo más fatigado?», y diciendo esto desapareció, y él prosiguió su camino.

Con la devoción del Santísimo Sacramento corría igual la que tuvo el venerable Maestro al Espíritu Santo. Fue una rara ternura, un amor intenso el que arrebataba sus afectos a esta divina persona. Experimentaba su alma a la continua unas influencias divinas, unas avenidas soberanas de su liberalidad, de que procedía hablar de este Divino Espíritu con notable alteza. Es la devoción, dicen los santos, la lengua del alma, y como la del padre Maestro Ávila estaba tan envestida en este incendio amoroso, decía
f. 183 r. que nunca le faltara / qué decir por mucho que dictara y escribiera. Cinco sermones andan en la tercera parte de sus obras, que prueban bastantemente este intento; toca con gran destreza doctrinas provechosas

y admirables de la persona del Espíritu Santo, y de los efectos que causa en el alma, y cómo pueden conocerse. Estos sentía el varón de Dios, particularmente los ocho días antes de la solemnidad de Pentecostés, de cuya festividad fue devotísimo. Dice en el sermón segundo:

> Tenga cada uno el gusto que quisiere, el mío harto ruín es por cierto, mas uno de los tiempos en que mi alma está más consolada, y en que mayores mercedes espera recibir de Dios, es esta semana antes de Pascua, llamadla por nombre Semana Santa.[170 bis]

Predicó siempre que debía vivirse en ella con el recogimiento y devoción que en la semana mayor, en que la Iglesia celebra la muerte de Cristo, nuestro bien; discurre en varias partes de los sermones y cartas, ponderando la importancia de disponerse estos días, de la Ascensión a la Pascua, con obras de piedad, oración, ayunos, limosnas, frecuencia de sacramentos, para gozar de los dones y riquezas que trae al alma la venida del Espíritu Santo. Deseaba grandemente que todos los fieles fuesen muy devotos de este Divino Espíritu. Así en el sermón primero dijo con gran afecto:

> ¡Oh si os pudiese yo pegar la devoción del Espíritu Santo! Pégueosla Él por su infinita misericordia.[170 ter]

Conocía la importancia de esta devoción, y así la encargada tanto. Encomendóla también santa Teresa, virgen, en algunas partes de sus obras; hablaron estos santos de experiencia.

Cuatro misterios fueron, en los que el venerable Maestro decía que no le faltaría qué decir días y noches; sujeto principal de su predicacióny su elocuencia: el misterio de Cristo, el Santísimo Sacramento, el Espíritu Santo, la Virgen santísima María. La devoción que tuvo a la Madre de la gracia, Madre de misericordia, fue tan tierna y afectuosa, como lo muestran los sermones que de sus festividades dejó escritos. Fue predicador fervorosísimo de la devoción de Nuestra Señora; no quedó sólo en referir sus grandezas y virtu- / des, sino en imitarlas y persuadir que las imitasen otros. A las doncellas aconsejó la virgini- v.

170 bis *Obras completas*, II, 400.
170 ter *Obras completas*, II, 393.

dad, y que en este estado santo siguiesen a la Reina de las vírgenes; muchas, por su medio, dejaron el mundo y se dedicaron a virginidad perpetua, y hicieron voto de castidad, o entrando en religión, o fuera de ella. Pidieron al venerable Maestro, en Granada, que en un sermón ecomendase al pueblo, ayudase con sus limosnas a la fábrica de la iglesia mayor, que entonces se comenzaba, con advocación de Nuestra Señora; y, entre otras razones y persuasiones, dijo: «Yo iré allí, y tomaré una piedra sobre mis hombros, para poner en la casa que se edifica a honra de la Madre de Dios». Y dio Nuestro Señor tanta eficacia a ésta y a otras palabras, que sobre esto dijo, que se llegó una copiosa limosna, mayor de lo que se puede encarecer. Y los pobres que no tenían dinero vendían en almonedas sus alhajas para dar limonsa para la obra. Y todas las veces que la encargó, fue ayudada de muchos con increíble largueza. Las misericordias que este santo varón recibió de Dios, por medio de la santísima Virgen, fueron muchas; basta haber dicho que fue muy devoto suyo, que en la recompensa no puede nadie dudar. Escribimos cómo sosegó el ánimo alterado de un ciudadano de Sevilla, haciendo que, postrado delante de la imagen de Nuestra Señora, pidiese remedio a su aflicción. Sabía cuán buen despacho tienen todos los negocios en manos de tan piadosa valedora.

De cuánto procuró se celebrase con decencia la procesión del Corpus y la aparición notable

Capítulo XVI

Una de las cosas, en que por ventura comete mayores inadvertencias mucha parte del pueblo cristiano, es el modo de celebrar la gran festividad del día del Corpus, que, siendo toda espiritual, la tienen los hombres convertida en vanidad; dice en un sermón el padre fray Luis de Granada. Trabajó mucho el santo Maestro Ávila en que este día se venerase, y festejase con espíritu, y procuró estorbar los abusos y
f. 184 r. pecados que suelen cometerse. /

Instituyeron los Pontífices Romanos y concilios sagrados esta fiesta por revelación divina, hecha a algunos católicos, mandando se celebrase universalmente en la Iglesia el jueves próximo al domingo de la octava del Espíritu Santo, en memoria de aquel estupendo beneficio, de exceso de amor, de aquella libertad prodigiosa, de aquel favor soberano, de aquella misericordia incomprehensible de haber Cristo, nuestro bien, quedádose con nosotros hasta la consumación del siglo; de habernos dado su carne por comida, por bebida su sangre, para hacernos participantes de su ser, instituyendo este venerable, admirable, suave, deleitable y divino Sacramento, en que renovó todas las maravillas, en que mostró los extremos de su bondad, dejándonos un memorial insigne de su amor, y un compendio de cuanto hizo por el hombre, donde depositó todos los deleites, toda la suavidad de los sabores. Éste es el memorial dulcísimo, memorial sacratísimo, en que se renueva la gracia de nuestra reparación, con que nos libramos de los males, nos confortamos en el bien, con que crecemos en aumentos de gracias y virtudes, en que gozamos de la presencia corporal de nuestro Salvador. En otras festividades del año hacemos sólo memoria en el espíritu, y fe de otros misterios, mas en esta conmemoración de Cristo Sacramentado, celebrámoslo presente, y debajo de otra forma, mas en su propia sustancia, anda entre nosotros. ¡Oh memoria felicísima, digna de que nunca se interrumpa, en que cantamos nuestra muerte muerta, y aquel renuevo de Dios hombre injerto en el árbol de la cruz, habernos dado el fruto de la salud! Ésta es la memoria gloriosísima, que llena los ánimos de los fieles de un gozo inenarrable, y de una alegría infusa de lo alto, que les obliga a derramar dulces lágrimas. Saltamos de placer, haciendo memoria de nuestra libertad; y celebrando la pasión del Señor, por la cual salimos de cautiverio, apenas podemos detener las lágrimas. En esta sacrosanta conmemoración concurre un gozo suavísimo, y unas lágrimas devotas; / porque, llenándose v.
el corazón de una alegría dulcísima, derraman suave licor los ojos. ¡Oh inmensidad del divino amor, oh superabundancia de la divina piedad, donde el donador se da en don, y lo dado es lo mismo que el da-

dor! ¡Oh excelentísimo Sacramento, digno de ser adorado, venerado, glorificado, celebrado con continuas alabanzas! Festejámoste, Señor, con todos nuestros corazones, nuestros entendimientos, nuestras fuerzas, dedicando a tu servicio cuanto somos.

En alguna demostración de tan grandes obligaciones, instituyó la Iglesia Católica esta fiesta, y aunque su día era el jueves santo, en que Cristo Nuestro Señor instituyó este divino Sacramento, ocupada la Iglesia en llorar su pasión y sus dolores, en la consagración del olio y crisma, y oficio del mandato, dedicó este día para que, desocupada de otras cosas, celebrase esta gran festividad. Ordenó se trujese la Hostia santa en procesión por las calles, con la mayor honra que puede la cortedad humana, en alguna recompensa de los pasos afrentosos que Cristo anduvo en Jerusalén, llevado de unos a otros tribunales, y últimamente con la cruz a cuestas de la cárcel al calvario. Sale la santa fe católica triunfando de la herejía, y la verdad vencedora, para que sus enemigos, a vista de tan gran resplandor, y de la alegría de la Iglesia universal, quebrantados y debilitados, se consuman, o, confundidos, vuelvan sobre sí. Pretende también la Iglesia que las negligencias y descuidos que entre año se cometen en el oír Misas, y asistir en las iglesias, se supla este día y sus octavas, y así exhortan los Pontífices a que acudan los fieles a las iglesias, se entreguen todos a las alabanzas divinas, y que los corazones, las lenguas y los labios resuenen himnos y cánticos, y paguen el tributo de alabanzas. Cante, dicen, la fe; regozíjese la esperanza; dé saltos la caridad; haga el son la devoción, correspóndanse los coros, alégrese la pureza, y todos, con ánimos alentados y unas voluntades fervorosas, celebren tan gran solemnidad, y inflamados con un ardor divino, reconozcan a Cristo nuestro bien, tan inesti-
f. 185 r. ma- / ble beneficio. A esta festividad exhortan los pontífices se dispongan los fieles con la confesión, y comunión, con derramamiento de lágrimas y limosnas, con toda obra de piedad, para que puedan conseguir copiosos frutos.

De esta breve descripción de la institución del Corpus, se ve cuán fuera van de celebrarla con el espíritu que la Iglesia pide los que impíamente, para fes-

tejarla, corren toros, tal vez por voto, malbaratando la sangre de Cristo, que celebran, en las almas de los miserables que allí mueren, ofendiendo aquel Santísimo Cuerpo, con entregar a una fiera que despedace los cuerpos de un cristiano, que ha de resucitar el día postrero. ¡Oh tiempos!, ¡oh costumbres!, ¡oh festejo cruel, y en esta ocasión sacrílego! ¿Festéjase por ventura a simulacros gentílicos, en que los demonios que allí moran se brindan con sangre humana y banquetean con la perdición del hombre? Sacrificaron, dice la Escritura, sus hijos y hijas a los demonios.[171] Mas, fiesta instituída a la salud de las almas, ¿ocasiona que se pierdan?; ¿que el día de remisión de pecados sea causa que se cometan? ¡Oh, destiérrese del pueblo cristiano semejante atrocidad; no tengan tanta parte los demonios en las fiestas de Cristo!

Hacen a este propósito unas palabras del padre Maestro Ávila, dichas a intento no muy diferente, en el tratado trece del Santísimo Sacramento, Dice él así:

> Hablemos nosotros a los que corren toros. Mas, decidme, cristianos, por caridad: ¿Habéis oído decir que mandase el Señor que le matasen hombres delante de su arca? Diréis: No, por cierto, porque el amador de los hombres y dador de la vida, no le son agradables los matadores de los hombres; porque escrito está: *Al varón de sangres, y engañoso, el Señor lo aborecerá.*[172] Mas, ya que esto no hayáis oído, ¿por ventura sabéis si ha mandado que le maten ánimas, delante de su arca? Diréis que esto muy menos, y que cuán lejos está la alteza del cielo de la profundidad del infierno, tanto y muy más está del corazón del Señor querer muerte de almas, que se causa por / el v. pecado. Nunca tal hemos oído, mas esto sí, que el arca de Dios, Jesucristo Nuestro Señor, murió en la cruz delante de mucha gente, porque las almas no muriesen en el acatamiento de Dios. ¿Cómo ha de mandar, o se ha de holgar, que le maten las ánimas en su presencia, pues es padre de ellas, criador y redentor y glorificador? Y cuando la Escritura quiere dar a entender cuánto desagrada a los ojos de Dios *ofrecerle sacrificio de hacienda que roban* al pobre, no halla otra cosa más fea con que la comparar, que *sacrificar un hijo delante de su padre.*[173] Cosa ajena es esta de Nuestro Señor, y muy propio del demonio, y de sus servidores, que adoran ídolos, los cuales matan, o ven matar delante de sí a sus propios hijos, y sacan-

171 Cf. 4 Reg. 17, 17.
172 Ps. 5, 7.
173 Eccli. 34, 24.

> doles los corazones y así ensangrentados, untan con ellos los bezos del ídolo, de lo cual el demonio, que en ellos mora, recibe gran contentamiento, de ver que tal crueldad hagan los hombres para honra de él y mal de ellos, como quien los aborrece de corazón, y les desea todo mal, que les puede venir. Eso hemos oído; mas Nuestro Señor en ninguna manera, mas todo lo contrario de aquesto. Pues tened por cierto que, cuanto esta verdad es más cierta, y el Señor más amador de las almas, que no sólo no ha mandado que se las maten, mas halo vedado.[174]

Hasta aquí el santo Maestro, hablando de algunos que ocasionan pecados este día. Lo que le pareció imposible vemos hoy hacer en algunas partes, matar cuerpos y almas, para hacer fiesta a Dios.

Mal también se celebra este solemne día con comedias lascivas, bailes deshonestos y otras representaciones profanas, que no contengan alabanzas y memorias de este soberano beneficio. No se celebra con galas, con paseos, con vistas y entretenimiento deshonestos, que son grandes ofensas de Dios, y aunque, en otros días del año, son éstos pecados graves, en la ocasión de esta festividad son gravísimos, porque cuando es corto el hombre, sin con cien mil corazones se entregase todo a Dios, a su servicio, a las alabanzas divinas y al agradecimiento de tan inefable
f. 186 r. beneficio, ¿cómo sentirá cometer de nuevo ofensas ocasionadas de las mismas fiestas?

Dio a entender esto claramente Cristo Nuestro Señor en una aparición que hizo al santo Maestro Ávila, que, como a tan celoso de esta fiesta, le dio an entender el gran sentimiento que de esto tiene. Pasó así: Un día del Corpus, yéndose el siervo de Dios a retirar al convento de la Cartuja de Granada, y yendo recogido en oración, junto a la puerta de Elvira, se le apareció Cristo Nuestro Señor con la cruz a cuestas, su corona de espinas, corriendo sangre por su divino rostro, con aquel amarguísimo semblante, con aquella agonía y aflicción, cuando por las calles de Jerusalén iba a morir. Admirado el venerable Maestro le dijo: «Señor, ¿en día tan solemne trae vuestra Majestad traje tan doloroso?» respondióle: «Así me ponen los hombres con los pecados que este día cometen». Desapareció, dejando al santo Maestro lastimado.

174 Sermón 36: II, 557 s.

Otra visión semejante tuvo otro día del Corpus doña Sancha Carrillo, que para mayor comprobación de la verdad que escribo, la pondré a letra, como la escribe su docto coronista, en el libro segundo, capítulo cuarto.[174 bis] Dice así:

> Salió un día de Corpus Christi a la iglesia mayor, muy de mañana, para oir la Misa y adorar el Santísimo Sacramento; estando allí, pareciéronle los juegos y regocijos de aquel día instrumentos de la pasión del Señor, a quien se ofrecían. Acabada la Misa, y saliendo el sacerdote del altar vio en él a Jesucristo Nuestro Señor, que le llevaban preso, maltratado, corriendo sangre y gran golpe de gente, que, con mucho ruido y voces, escarnecían de él, y le decían mil baldones y afrentas. Oyó también pregonarle por malhechor, y vióle tan afeado por una parte, y tan lastimado, que despertaba gravísimo dolor en quien le miraba; por otra, con tan increíble mansedumbre y paciencia, que causaba grandísima compasión. Preguntó a uno de los que andaban a vista de tan doloroso espectáculo, qué tropel de gente / era aquel, qué prisión y justicia, v.
> y qué persona, en la que se hacía. Respondióle: «Hoy llevan preso y maltratado por las calles públicas a Jesu Nazareno, hijo de María Virgen». Palabras fueron estas para ella, no palabras, sino cuchillos, que hirieron y que rasgaron su corazón , y le atravesaron de dolor tan agudo que enmudeció la lengua, y hechos fuentes los ojos dieron sentida muestra de lo que pasaba en el alma.
>
> Volvióse luego a casa, arrebatada toda en este sentimiento, de manera que en sus ojos y lágrimas, y en otros semblantes, todos conocieron particular misterio y visita de Nuestro Señor. Recogióse aprisa en su aposento, hincó las rodillas y cerró los ojos, para atender sin estorbo a lo que Dios le comunicaba. Estando así recogida y atenta, sintió que le tiraron del brazo, abrió los ojos, y vio junto a sí a Cristo Nuestro Señor, atadas las manos, abofeteado el rostro, lleno de cardenales y muy sangriento. Corríanle hilo a hilo por las mejillas y barba muchas lágrimas, pero con un semblante tan piadoso y tan tierno, que sólo verlo bastara para derretir en amor y dolor los corazones más rebeldes y endurecidos. Animóse su sierva, y con humildad juntamente, y ternura, le preguntó: «Señor, ¿cómo estáis así? «Miróla su Majestad amorosamente, y respondióle: «Hoy me trata así el mundo, y me pone tal cual me ves». Dicho esto él se ausentó de su vista, y, quedó ella tan lastimada de la respuesta que, por más de veinte o treinta días, todo era gemir y derramar muchas lágrimas, sin admitir otro género de consuelo. Y en los años que le restaron de vida, nunca más salió de su casa en tal día, porque no le bastaba el ánimo para ver ofendido a quien amaba más que a sí misma. Gastaba después de haber oído Misa, todo aquel día, cerrada en su aposento, supli-

174 bis *Vida de doña Sancha*, lib. II, c. 4 (Sevilla 1615), f. 29 v-30 r.

cando a Nuestro Señor por el pueblo, pidiéndole favor para que no lo ofendiesen, y perdón para quien le ofendía.

Hasta aquí el padre Martín de Roa.

Semejante aparición a éstas tuvo el siervo de
f. 187 r. Dios Fran- / cisco de Santa Ana, ermitaño del Albaida, varón de santa vida. Un día del Santísimo Sacramento, se le apareció Cristo Nuestro Señor con la cruz a cuestas, y le dijo: «Francisco, de esta manera me tratan hoy los hombres». Léase en el capítulo veinte y ocho de su vida. Grande es sin duda el sentimiento de Cristo Nuestro Señor, de las ofensas de este día, pues a tantos siervos suyos le ha manifestado.

De la visión que el padre Maestro Ávila tuvo, a que por ventura se llegó noticia de la de doña Sancha, se engendró en el pecho del varón de Dios un ardientísimo celo, de que esta fiesta se celebrase con gran veneración y decencia, y evitasen cuantos inconvenientes suelen ofrecerse. En cuantas partes estuvo, adelantó grandemente esta festividad, y así en Montilla, donde vivió más tiempo, es de las cosas grandes que hay en el Andalucía. Hizo poner en metro castellano los himnos del *Pange lingua* y *Sacris solemniis*, para que los niños, vestidos de angelicos, fuesen cantándole en la procesión del Corpus.

Y aunque en las demostraciones exteriores pedía se hiciese cuanto las fuerzas alcanzasen; pero en la que principalmente insistía, era que se celebrasen con devoción y espíritu cristiano; reprendía todas las seglaridades, galas demasiadas, festejos y paseos, vistas peligrosas, con que muchos celebran esta fiesta, y de verdad la profanan. Habla en esta materia en algunos sermones, en particular, en el décimotercero, predicando víspera de la fiesta (comienza: «Toda la ley»), en que, después de una introducción muy docta, y del intento, reprehende a las mujeres que, con galas demasiadas, se ponen este día donde puedan ser vistas, sirviendo de tropiezo a los livianos; reprehende a los mancebos que, con ojos lascivos, pasean las calles, y van en la procesión ofendiendo aquel Señor, a quien dicen que acompañan. Es de las cosas más altamente y bien escritas que hay en la materia; y, si alguno quiere saber cómo predicaba el padre Maes-
v. tro Ávila, cómo eran los sermones que volca- / ban corazones, y sacaban a los hombres dando voces, y

hacían que las mujeres mudasen vidas y trajes, lea este sermón, y considere aquellas razones dichas por un hombre santo, y con viveza y espíritu, y verá que no han sido encarecimientos todo lo que hemos escrito. ¡Oh, qué elocuencia cristiana qué viveza y energía en las razones, qué multiplicar argumentos, qué insistir, responder, porfiar, hasta vencer y rendir! De bronce habían de ser los corazones, en quien no hiciesen mella verdades tan evangélicas. De que se verá claramente que una reprehensión ligera, apenas tomada cuando dejada, qué poca moción puede hacer en los oyentes, muchas veces de piedra; mas sí el seguir el intento con cuantos preceptos pone el arte, y la retórica, para dejar un ánimo rendido y convencido. Pusiera de buena gana algunas cláusulas, porque es materia que nunca o raras veces oímos en los púlpitos, estando el mundo perdido por las galas y paseos de todos los días. Remato con unas palabras de este gran orador, al intento de este capítulo, en el sermón que he citado:

> ¡Oh día de Corpus Christi, instituido par honra de Dios, Nuestro Señor, y para espiritual alegría y aprovechamiento de los fieles! ¿Quién te ha vuelto tan al revés, que te ha hecho día de muerte de ánimas, de guerra cruel contra ellas, que de muertas o heridas no hay cuento? Hízote Nuestro Señor Dios convite para darte espiritual vida con este pan que vino del cielo, y haste tornado banquete de ponzoña, con que las almas mueren. Y lo que fue ordenado para alegrar a los ángeles, y para tristeza de los demonios, has tornado tan al contrario, que se regocijan los enemigos con la mucha ganancia de almas, y los ángeles, que allí va acompañado de ellos, llorarían, si pudiesen llorar, porque se pierden las almas, que con el precio de su preciosísima sangre Él compró. ¡Oh fiestas tan falsamente dichas fiestas, para los que de esta manera las celebran, y que con más razón serían llamadas para ellos día de muerte; / pues con miserable descuido mueren en ellas f. 188 r.
> y muerte de alma!
>
> Desdicha grande de tiempos tan faltos de temor de Dios, y de amor de virtud, que no hay junta de hombres sin que haya contenciones, rencillas, malquerencias y algunas veces llegan a muerte; y cuando se juntan mujeres y hombres, se han de hacer o codiciar tales cosas que salga el diablo con mucha ganancia, y Jesucristo, Nuestro Señor, con mucha pérdida, sin que se tenga respeto a santidad de fiesta ni a la misma presencia de Dios.
>
> Dadme, Señor mío, licencia para que os pregunte quién os metió entre gente tan descomedida, y que tan mal os sabe servir, y tan desacatadamente os trata, y atrevidamente os ofende. Señor, mirad el amoroso corazón con que vais en

la procesión, deseando afectuosamente el bien de todos, y holgándoos de haber muerto por ellos, y determinado de, si menester fuera, pasar otra vez por ellos lo que primero padecistes; y, por otra parte, mirando el corazón de éstos, con que os van acompañando tan irreverentemente, desagradecidos de vuestros mandamientos, y que tienen en más el pecado que a vos. Si no fuese porque vos sabéis todas las cosas, yo os diría que vais como vendido entre aquesta gente, como de otro Judas, y que, debajo de alegrías y reverencias exteriores, os dan bofetadas y os ponen espinas, y os hieren con caña, como lo hicieron los soldados en casa de Pilato, y os dan a beber hiel y vinagre, como en el Monte Calvario. Allí, Señor, la malquerencia y deshonra era en descubierto; no os creían, no os amaban, y así concordaban las obras de fuera con lo de dentro del corazón. Mas creer, Señor, que vos vais allí, y que sois Dios y hombre, y no hacer caso de vuestra presencia, ni darse nada por ofenderos, y llevando corazones vacíos de vuestro amor verdadero, y llenos de desobediencia, ir con vos en lo de fuera, y cantaros, acompañaros, y bailar delante de vos, matando sus propias almas, renovando vuestra pasión, v. espantable cosa es de oír, lastimera de ver y, con muy justa causa, amargo sentimiento en el corazón de quien bien os quiere. / [175]

Estas doctrinas, y las apariciones, concuerdan en todo; prosigue el venerable Maestro con dolorosos sentimientos, sin haber ocasión en que no renovase esta materia importante sin duda, así en las procesiones, como cuando se asiste en las iglesias, estando Nuestro Señor descubierto. Es copioso este lugar, a él remito al que con el espíritu del santo Maestro Ávila pudiere remediar los desacatos que suelen cometerse en estas ocasiones.

De lo que el venerable Maestro Ávila sentía de la frecuencia de las comuniones

Capítulo XVII

Fueron varios los estilos que los santos guardaron en sus comuniones, notable la diferencia, como parece de las historias eclesiásticas. Unos, de vida santísima, se contentaron con una frecuencia moderada,

175 Sermón 36: II, 559 s.

comulgando cada ocho días, como se escribe del seráfico padre san Francisco, san Diego, santa Lutgarda, santa Gertrudis, y otras muchas. Comulgaron cada día santa Catalina de Sena, santa Teresa y algunas otras santas. No es materia que puede ponerse en disputa cuál parte de estos santos eligió mejor camino, porque la verdad es que todos acertaron. A los primeros comunicó Nuestro Señor un alto conocimiento de la grandeza de este Sacramento, de las grandes disposiciones que se requieren para recibirle cada día, y con profunda humildad conocieron su bajeza, y, llevados de esta consideración, que preponderó tanto en ellos, escogieron para sí lo más seguro de esta moderada frecuencia, conforme al dictamen que tenían, y al espíritu por donde Dios les gobernaba. Los segundos obraron con diferente dictamen, a que el espíritu de Dios les movía, de otras consideraciones que en ellos hicieron mayor peso, y que debían seguir, ordenándolo así la providencia altísima de nuestro Dios, para que, con estos ejemplos, los animosos se detuviesen, los tímidos se animasen, y se tuviese el medio conveniente. / f. 189 r.

Con esta mesma consideración se ha de hacer juicio de los padres espirituales, que dieron reglas para la menor o mayor frecuencia; porque, según el espíritu divino que los gobernaba, en unos preponderaron estas consideraciones a las otras; y ésta puede ser la causa de haber permitido Nuestro Señor estas diferencias en la Iglesia, para que las unas opiniones reciban moderación de las otras, y se elija un buen medio, como lo pidiere el estado de las almas, gobernadas por la prudencia y juicio de un confesor discreto y docto.

Es verdad constante que el santo Maestro Ávila, con la gran devoción que tuvo al Santísimo Sacramento, y experiencia de sus efectos, no se contentando de comer este bocado a solas, sin partirlo con sus hermanos, introdujo en estos reinos la frecuencia de la comunión en tiempo que no la había en el mundo, y con sus sermones y consejos adelantó el uso de este divino Sacramento. Padeció por esta causa muchas pesecuciones, así de los prelados, como de otras personas que extrañaban este negocio, no porque fuese nuevo, pues nació con el mismo Evangelio en tiem-

po de los Apóstoles, sino porque la malicia y negligencia de los hombres había hecho nueva la cosa más antigua y más provechosa de toda la religión cristiana; mas, como el venerable Maestro no se movía por el sentido del mundo, sino por el espíritu de la verdad, que en su corazón moraba, se opuso contra todo el torrente común, teniendo por dichosas las tempestades que, por esta causa, contra él se levantaron. Valióse también para este intento de sus discípulos, que eran predicadores; aconsejábales que en sus sermones exhortasen a la frecuencia de este Sacramento, con que adelantó grandemente esta costumbre.

> Mas de tal manera, dice el padre fray Luis, exhortaba él a esta frecuencia, que se tuviese respeto a la vida y costumbres, y aprovechamiento de los que lo frecuentan, y que, conforme a esto, el prudente confesor alargase o estrechase la licencia para comulgar, como parece por las cartas que él escribió a algunos predicadores sobre esta
> v. mate- / ria, llenas de prudencia y descrición como quien tanta experiencia tenía de estas cosas.[176]

Fue sumamente difícil en dar licencia para comulgar cada día; dióla a raras personas de muy gran virtud; el gobierno, en esta parte, con que guió sus hijos espirituales, pónele en tres cartas; referiré sus palabras, para que se entienda su sentimiento; seguirále quien tuviere su espíritu.

En la carta primera del *Epistolario* del año de noventa y cinco (es a un predicador, y comienza: «Las señas que vuestra merced me da»), le dice estas palabras:

> Sabido he que se usa mucho la comunión por allá, y en algunas tierras más que lo que yo querría, aunque no hay cosa que a mí más alegría me dé que este ejercicio, cuando es como se debe hacer. Visto he algunos que, siendo flojos en el cuidado del aprovechar, piensan que, con comulgar muchas veces y con sentir un poco de devoción entonces, que dura poco, y no deja fruto en el alma de aprovechamiento, les parece comulgan bien, y después vienen a perder aun aquella poca devoción, y quedan tales que no sienten ya más de la comunión que si no comulgasen; lo cual se causó de la frecuentación de este sacrosanto misterio, sin haber vida digna de ello. Por tanto, esté sobre aviso, que no todas veces abra la puerta de este sagrado y divino Pan; mas, mirando la conciencia de cada uno, así dispensarlo. No querría que hubiese quien más frecuente-

176 *Vida*, p. II, § 8.º.

mente lo tomase que de ocho a ocho días, como san Agustín lo aconseja, salvo si hubiese alguna tan particular necesidad, o particular hambre, que pareciese hacer injuria a tanto deseo quitarle su deseado, y a los demás, o de quince a quince días, o de mes a mes, se les dé, avisándolos que, si les deleita este convite, que les ha de costar algo en la enmienda de la vida, que si viven flojamente, no quieran recibir el pan que para los que sudan y trabajan en resistir a sus pasiones, y en mortificar su voluntad, se ordenó. Cierta sentencia es la de san Pablo, en el un pan y en el otro, que *quien no trabaja no coma*,[176 bis] que de otra manera el pan come de valde, y este santísimo pan ¿quién sin trabajar y pelear lo tiene en su alma? [177] / f. 190 r.

Y en una carta muy notable, que anda en todas impresiones, al principio del libro del *Audi filia*, y comienza: «Dos cartas de vuestra reverencia», entre otros avisos importantísimos que da a un predicador, dice:

No les suelte la rienda a comulgar cuantas veces quisieren, que muchos comulgan más por liviandad que no por profunda devoción y reverencia, y acaece a éstos venir a estado que ninguna mejoría ni sentimiento sacan de la comunión, y esto es grande daño, y se debe evitar. Téngalos siempre debajo de una profunda reverencia a este misterio, y al que sin ésta viere, repreh éndale, y quítele el pan, hasta que mucho lo desee, y se conozca muy digno de él. Al vulgo basta comulgar tres o cuatro veces en el año; a los medianos, nueve o diez veces; a las personas religiosas, de quince a quince días, y, si son casadas, se pueden esperar a tres semanas o un mes, y a los que muy particularmente viere tocados de Dios y se conociese casi a los ojos el provecho, comulguen de ocho a ocho días como aconsejó san Agustín. Y más frecuencia de ésta no haya, si no se viese una grande hambre y reverencia, o alguna extrema tentación o necesidad, que otra cosa aconsejase; en lo cual se tenga miramiento de algunas personas cerca de esto. Y creo que hay muy pocos que les convenga frecuentar este misterio más que de ocho a ocho días. Y san Buenaventura dice que, en todos los que él conoció, no halló quien más a menudo de aqueste término lo pudiese recibir. San Francisco de Paula primero comulgaba cuatro o cinco veces en el año, después de muy santo, cada domingo. Aprendan en pago de aquella celestial comida a hacer algún servicio a Nuestro Señor, o en ir quitando alguna pasión cada día, o en otra cosa alguna, que corresponda, cada vez que comulgaren, que llegarse a los pies del confesor, y luego al altar, tornarse ha en tanta costumbre a algunos, que casi ninguna cosa hay más para aquello que aquel ratico que están allí.[178]

176 bis 2 Thess. 3, 10.
177 Carta 4: I, 286.
178 Carta 1: I, 257, 263 s.

En otra carta, que comienza: «La continua falta de mi salud», trata por toda ella esta materia con admirable prudencia, y habiendo tocado casi todos los cabos de la intención y disposición en común, discurre de la comunión de los casados. Va a la letra; merece andar estampada en muchos libros; dice así: /

v.

En lo que vuestra merced pregunta de la frecuencia de comuniones que en esa ciudad hay, me parece que ninguno debe poner tasa absolutamente en la comida de este celestial Pan; pues, mirándolo así, es bien y gran bien tomarlo cada día, si hay cada día aparejo para lo recibir. Todo el negocio ha de ser ver no haya engaño en el aparejo, pensando que lo hay, donde no lo hay; y, cierto, se engaña alguna gente de la devota en ello, así como los que solamente son movidos a lo hacer porque su amigo, y vecino o igual, lo hacen, y algunas de estas personas se afrentan por ser tenidas por menos santas de los confesores, si ven que dan licencia a la compañera que comulgue, y a ella no. A estos no los llama Dios a su mesa, su liviandad los lleva, y lo que habían de imitar para tener igual llamamiento divino, quererlo imitar con igualdad de carne. Y claro es que, aunque una persona sea menos buena que otra, puede la menos buena tener alguna causa justa de comulgar alguna vez, y más a menudo que la otra más buena, por haber mayor necesidad, o por estar alguna temporada con más aparejo, o por otras particulares causas, que no concurren en las más buena. Así que este error se debe mucho reprehender, que, cierto, es dañoso y usado ir al celestial convite, sin llevar llamamiento del Señor de él. Verdad es que aprovecha, y no poco, ver comulgar a otro; y uno de los provechos, es gana de imitar tan santa obra. Mas han de entender que han de imitar el aparejo, si quieren imitar la obra. Así como si uno se va a soledad o vive vida en virginidad, o es predicador, o cosas semejantes, no es bien, porque aquél lo hizo, hacerlo yo, sin mirar que llevó aquél espíritu bueno, y me lleva a mí espíritu humano. Quísose Dios servir de aquél por allí, y no de mí; y así acá quiere el Señor que uno llegue a su celestial mesa más veces que otro, y por esto no ha de ser regla lo que unos hacen, para que lo hagan los otros. Otros se engañan en pensar que es aparejo suficiente una gana tibia de hacerlo, más fundada en costumbre que tienen que en otra cosa; y si a esto se junta, que / echar alguna lagrimilla, al tiempo de recibir al Señor, tienen por muy bien hecho su negocio, y el engaño de éstos consiste en no mirar al provecho, que reciben de comulgar, que es ninguno, o de no saber que la verdadera señal del bien comulgar es el aprovechamientno del alma, y, si éste hay, es bien frecuentarlo, y pues no lo tienen, no lo frecuenten. Vienen éstos a un mal grande, del cual había de temblar todo hombre que lo oyese, que es recibir al Señor, y no sentir provecho de venida de huésped tan bueno, y que

f. 191 r.

ordena esta venida para bien de la posada, y cuando los remedios, y tan grande como éste lo es, no obran su operación, es cosa muy peligrosa, y que mucho se debe huir, con condición que se mire que algunos, que, aunque no parece que crecen, sacan este bien de la comunión, que no tornan atrás, teniendo experiencia que, si no lo frecuentan, caen en cosas que no caen cuando lo frecuentan; a éstos bien les está hacerlo con frecuencia, pues se sigue provecho de evitar caídas con la frecuencia del comulgar. Mas hay otros que ni van adelante ni evitan males, sino con una vida como de molde, no habiendo más ni menos, así como así. A éstos se les debe predicar cuán terrible cosa es meter el fuego divino en el seno, y no calentarse, gustar el celestial panal y no sentir su dulzura y eficacísima medicina, y quedarse tan enfermos; y débeseles quitar el manjar, como a gente ociosa, para que, lastimados con verse apartados de bien tan grande, aprendan a estimarlo en algo, y pasen algún trabajo para ir mejor aparejados, castigando con rigor las faltas en que caen, deseando con ardor el remedio de ellas, orando y haciendo el bien que pudieren, para que así vayan al pan celestial con hambre interior. Porque, como san Agustín dice: *Panis hic interioris hominis esuriem desiderat.*[179] Aunque algunos hay que tan mal se saben aprovechar de quitarles la comunión, que no por esto se aparejan mejor, sino paréceles que es aparejo el ir más de tarde en tarde que solían; lo cual no es aparejo, como san Jerónimo dice muy bien,[180] que de esa manera mientras / más tarde fuesen, mejor aparejo v.
llevarían. Como lo dicen y hacen los que por desamor y pereza, y gana de estarse en sus pecados, dilatan la comunión para una vez en el año, pareciéndoles que, por ir tarde, van con más reverencia que si fueran más veces, aunque llevaran menos pecados, y mejor aparejo. Llaman reverencia a un temblor de esclavos y turbación que de la gran pesadumbre de pecados llevan, y aún gana de huir de la comunicación del Señor, si no fuera por miedo del mandamiento de la Iglesia. Quien dilata la comunión halo de hacer por algún día, o días, para en aquéllos andar aparejándose con diligencia, y castigando sus caídas, y procurando todo bien, para que así vaya con alguna mejoría al Señor todo bueno, que el sólo pasar el tiempo no mejora a nadie.

Viniendo a lo particular que vuestra merced escribe de la mucha gente del estado de casados, que en esa ciudad comulga cada día, digo que me engendra sospecha no ser Dios agradado de ella, por decir que son muchos los que lo hacen; porque, como este negocio de comulgar cada día pida muy grande aparejo y tanto, que los teólogos, como vuestra merced sabe, especialmente santo Tomás [181] y san Buenaventura,[182] hablan de ello más como de cosa

179 San Agustín, *In Io. Evangel.* c. 6, tr. 26, 1: ML 35, 1.606.
180 San Jerónimo, *Epist.* 48, 15: ML 22, 506.
181 *Summa theol.* III, q. 80, a. 10; *In IV Sent.*, dist. 12, q. 3, a. 1.
182 San Buenaventura, *In IV Sent.*, dist. 12, p. 2, a. 2, q. 2.

posible que de *in esse;* y esta dificultad de aparejo crece en el estado del matrimonio, así por los continuos cuidados que distraen el alma, como por el uso conyugal, que en gran manera la embota. No entiendo que en muchos haya tan grande santidad que en tan grandes impedimentos haya aparejo cual quiere Dios para que cada día le reciban. Tengo creído que éstos no sólo [no] saben qué es comulgar, más ni aún qué es orar; porque el Apóstol aconseja que, para orar, se aparten los casados, teniendo por impedimento de ello el usar el conyugal ayuntamiento. Y cuando teme que hay peligro de parte de la carne, dice que, *revertantur in idipsum.*[183] Y conozco yo casados, que él y ella se dieron a la oración, y como fueron entrando en ella, entendieron que no venía bien uso de matrimonio,
f. 192 r. y familiar plática y comunicación / con Dios, y movidos y enseñados con sola esta experiencia, apartaron la comunicación de la carne, por tenerla con el Señor, que es espíritu, y ha tres años que viven así, lo cual concuerda asaz bien con el dicho de san Pablo, porque el espíritu que le hizo a él hablar aquello, hizo a éstos hacer esto otro. Pues, si es dotrina de Dios no venir bien uso de carne con uso de oración, ¿cómo le parecerá bien que se junte en uno cuidados que impiden la oración, y carne que impide la elevación del espíritu, y lo embota para recibir al Señor, que quiere ser recibido con sentido, que *diiudicet corpus Domini,*[184] y lo discierna de todo lo que no es Él; y esté pronto para conocerle en la habla, como san Juan,[185] y en la fracción del pan, como los dos discípulos? [186]

Si me dijeran que algún casado, o casada, hacían esto cada día, aún me maravillara, mas no mucho; más que muchas, no alcanza mi fe a creer que el Señor es de ello contento; ni me mueve para aprobarlo lo que en la Iglesia primitiva se hacía, pues los casados de entonces eran tan sin cuidados temporales, tan devotos y llenos de Espíritu Santo, que con mucha abundancia en ellos se derramó, que no tienen los de agora, por la mayor parte, que defenderse con la sombra de aquellos en el comulgar cada día, pues no les imitan en la vida. Y pues de los decretos que entonces se hacían, se ve que pedían mucha limpieza en la carne a los casados para comulgar, y el dicho de san Pablo, ya alegado, no era tenido en poco, alguna moderación debía de haber en el comulgar cada día, en lo que toca a los casados en general. Ni me mueve autoridad de hombre devoto que ahora aconseje a todos los que confiesa, o van a él, que hagan lo mismo porque pienso que dice de la feria como le van en ella, y no mira a muchas partes que en esto hay que mirar, y aunque parezca esto temeridad, juzgar sin oír, no valga por juicio sino por una vehemente sospecha y temor, causado con mucha razón de dichos de Escritura sagrada y de santos,

183 Cf. 1 Cor. 7, 5.
184 Cf. 1 Cor. 11, 29.
185 Cf. Io. 21, 7.
186 Cf. Lc. 24, 35.

y de mu / chas experiencias que tengo. Incitar a que vivan v.
de arte que merezcan comulgar cada día, esto sí, san Ambrosio lo aconseja; [187] mas creer que hay muchos casados que hacen esto que es menester para cosa tan alta, yo no lo creo, y absténgome de no lo juzgar. De sólo san Apolonio se lee, entre los padres de los monasterios del yermo, que hacía comulgar cada día a sus monjes; [188] mas habíalo con monjes, y tales como los había en aquel tiempo, y no con casados de éste, y creo yo sería el cuidado del buen abad tan ferviente, por el aprovechamiento de sus monjes, que con su oración y diligencia les haría andar aparejados para la alteza de la obra que les aconsejaba. Ni hay agora aquellos padres, ni aquellos discípulos, ni aquel aparejo, ni aquella vida, que llama san Jesónimo vida de ángeles, y que por oraciones de ellos el mundo le sustentaba. ¿Qué mucho que éstos comulgasen cada día? Júntase a esto lo que toca a terceros, que es la inquietud causada en los maridos por la tardanza continua de las mujeres en la iglesia, y los males que acaecen en casa por la ausencia de la señora. Cosas claras son éstas no ser de espíritu bueno, pues contradicen a los mandamientos de Dios, dicho por la boca de san Pablo, que en una parte manda que *obedezcan las mujeres a sus maridos, como a Cristo, y les sean sujetas*,[189] y en otra que: *Sint curam domus habentes*,[190] o, como el original griego: *Domus custodes*. Débeles vuestra merced predicar que cumplan con la obligación que a su estado tienen, y que lo que aquí les sobrare den a su devoción, y no harán poco si reciben al Señor bien de ocho a ocho días, y esto no todas, y algunas más a menudo, que, como he dicho, no hay una regla para todos.

En lo que toca a esa persona que confiesa sentir provecho de la frecuencia de la comunión, y daño del haber pasado a ocho días, no se rinda vuestra merced luego, pruebe, si con añadir cuidado, si le va bien con este modo de comulgar, que hay gente que el día que no comulgan no se saben tener en pie, ni hay más devoción y aliento, sino de haber comulgado. ¡Bien lejos estaban éstos de aquellos padres pasa- / dos (ejemplo de verdadera f. 193 r.
santidad), que estaban días y meses sin comulgar, mas no por eso desaprovechados, porque la diligencia del aprovechar suplía el favor que de comulgar recibían! Y a este espejo es bien que miremos, y hagamos a otros que miren, especialmente a mozas, que les va la vida en tratar sus negocios con Dios a solas, sin medio de hombres; y si fuesen tales cuales Dios quiere, con pocas comuniones se pasarían, y no alegarían para su andar y hablar: «Siéntome mal sin comulgar cada día.» Niñerías son éstas de gente que pide alfeñique, y no son para comer pan de destetados. Trabajen y revienten por poderse pasar con

187 San Ambrosio, *De Sacramentis*, lib. V, c. 4, n. 25: ML 16, 471.
188 Rufino, *Hist. Monachorum*, c. 7: ML 21, 418.
189 Cf. Eph. 5, 22-24.
190 Tit. 2, 5.

poca plática de hombres, y si lo hacen así veran a cabo de poco tiempo otro fruto en sus ánimas; mas si hay pereza y liviandad, no me aleguen que la falta de la comunión lo hace. Lo que me parece que se debe predicar es los grandes bienes que de la frecuencia se recibn, y que ninguno juzgue a otro por comulgar cada día, pues se puede bien hacer, antes se compunga y acuse de flojo e indevoto, pues él no es para hacer bien hecho lo que el otro hace. Y con esto se avise a los que comulgan de los peligros que hay, si bien no lo hacen, y que por no poderse dar una regla para todos, ni para uno en diversos tiempos, se remite el cuándo al juicio del confesor, con que sea prudente y devoto; y que parece ser término razonable para gente medianamente aprovechada, comulgar de ocho a ocho días, salvo si no se ofrece algún caso particular en la semana; y que quien más que esto quisiere, que le hable a vuestra merced en particular, y le dirá su parecer, y a quien viere claro que hay provecho de ello, concédalo, y esto a pocos, y a los otros quítelo, pidiendo primero lumbre a Nuestro Señor para acertar. Y puede ser más largo en esto con personas no casadas, que casadas; y con personas de edad, que mozas; porque la madurez de seso y reverencia y peso es gran parte para fiarles la frecuencia de la comunión. Ya sabe que san Francisco, el de Asís, no comulgaba cada día, ni san Francisco de Paula,
v. aun después de viejo, sino de ocho a ocho / días. Y con esto entiendo que a los no tan santos es bien comulgar de ocho a ocho días, y también más a menudo, porque entiendo que la gran necesidad que la malicia de tiempos y engaños del demonio, y propia flaqueza, causan ahora, pide mayor recurso al remedio y mesa, que contra todos los males acá Dios nos dejó, yendo a ello no como tan santos como aquéllos, mas porque no lo somos, y como más necesitados vamos al médico más veces, para que nos cure. Y así concluyo que, en púlpito, se favorezca mucho la comunión, y se dé un poco de aviso, para que no se yerre cuando comulgan muchas veces, de arte que queden los tardíos en ella confundidos, y los que la frecuentan favorecidos, aunque avisados. Y es muy bien tratar esto en particular con los confesores, y Cristo lo trate con unos y otros por su gran bondad, para que cosa en que tanto va se use mucho, y bien usada.[191]

Hasta aquí el santo Maestro Ávila, que con tan gran peso, y tiento habla en esta materia, que muchos tienen por corriente y fácil.

191 Carta 3: I, 277 ss.

Exórnase con algunos lugares la doctrina del padre Maestro Ávila cerca de las comuniones, en particular la cotidiana

Capítulo XVIII

No dudo que habrá alguno que, leído el capítulo pasado, piense que el santo Maestro Ávila no favorece la comunión frecuente, o no aprueba la de cada día; aprehensión sin duda errada, porque fuera oponerse a las resoluciones de los santos padres y concilios, que alientan a los fieles al frecuente uso de la sagrada comunión; fuera oponerse al espíritu de la Iglesia, derivado desde sus principios, que ha sido siempre exhortar a la comunión de cada día, sin que haya autor católico que haya afirmado por escrito lo contrario; fuera oponerse a sí mismo, porque es cierto que fue el que en España, en sus sermones y pláticas, por medio de sus cartas y discí-/pulos, introdujo la devoción al Santísimo Sacramento, y su frecuencia, casi en los más de todo punto dejada, y se le debe en gran parte el bien que todos gozamos. Su intento fue solamente, con su gran experiencia, señalar las personas, declarar la disposición y el modo, y las circunstancias que se requiere para ser acertada esta frecuencia, como lo hicieron los antiguos padres de la Iglesia, por evitar grandes inconvenientes, desaciertos e irreverencias, que suelen cometerse; no es la materia de tan poca importancia que deba tomarse por mayor e inconsideradamente; pan es de entendimiento, porque le da, y le pide. f. 194 r.

No es desfavorecer la comunión sagrada solicitar aciertos en su frecuencia. Y aunque la doctrina del padre Maestro Ávila, con su autoridad, corre bastantemente acreditada, o para adorno o para mayor firmeza (porque no falta quien vaya por diferente camino), pondré algunos lugares de santos y sus motivos, a quien siguió el padre Maestro Ávila, sacados de dos tratados que andan entre las manos, que resumiré en este discurso, en gracia de los que siguen la doctrina del santo Maestro Ávila; y servirá de

instrucción a los que desean acertar en la frecuencia de sus comuniones; no es este lugar de disputas, sacaré las conclusiones.

Ha habido en esta materia dos opiniones que han tocado los extremos. Los unos negaban totalmente la comunión de cada día a los legos, juzgando ser esta frecuencia propia de los sacerdotes, poniendo parte de la veneración de este divino manjar en recibirse con alguna dilación de tiempos. Fueron muchos los perlados, como dijimos, que se opusieron al padre Maestro Ávila, aun en menor frecuencia de la de cada día. Contra ellos batalló el santo Maestro Ávila y el venerable Diego Pérez, en el libro que escribió de esta materia; conquistaron a los seglares este bien de comulgar cada día, mas con las circunstancias que enseñaron. ¡Dichosos mil veces los que gozan de tan gran felicidad, la mayor que hay en la tierra! Otros, por el extremo contrario, persuaden la comunión cotidiana a toda suerte de personas, sin distinción alguna, perfe-
v. tos, imperfetos, tibios / fervorosos, mozos, ancianos, casados, mercaderes, tratantes, ocupados, ociosos, sin excluir edad, estado o disposición, sólo piden no tener conciencia de pecado mortal, sin reparar mucho en otras disposiciones.

En cualquier de estos extremos, tan universalmente tomados, pueden considerarse inconvenientes grandes. Es cierto que, si a los de la primera opinión se les propusiesen muchas almas, por la bondad divina, de aventajada virtud, raro recogimiento, muy dadas a la oración, mortificación y penitencia, y que su vida es un ejercicio continuo de virtudes, sin ser otro su cuidado que de agradar a Dios, y de servirle, privadas de todo gusto y entretenimiento humano, encerradas en sus casas o conventos, cederían a aquel rigor, y vinieran en dar a tan valientes soldados este manjar sacrosanto cada día, que les esforzase en las continuas peleas con sus enemigos, y les animase a correr por las sendas estrechas de la virtud, a la flaqueza humana tan difíciles.

¿Quién duda que a los segundos, que con tan larga mano franquean el Pan del cielo, movidos con tantas razones como juntan, repararan en dar esta licencia cada día a muchas personas, que, por poco fundadas en humildad, les fuera ocasión de desva-

necimiento, o de torcer la intención con algún mal siniestro? En otras hay tan limitados caudales, que faltarían a la disposición condigna que se pide, ocasionando desacatos y indecendias, desestimas, daños, que, con una moderación prudente, podían repararse. Finalmente, son innumerables los casos que podían darse, que, considerando las particulares circunstancias, juzgarían hombres doctos y cuerdos que, en tan continua frecuencia, podían darse muchos inconvenientes, y es cierto que cada particular pide especial conocimiento y discurso.

En medio, pues, de estas opiniones el santo Maestro Ávila, con aquella gran prudencia y experiencia suya, huyendo de estos extremos, da reglas convenientísimas a los que desean con acierto llegar a esta soberana mesa con aprovechamiento de sus almas, y agrado de Nuestro Señor, que es lo que principalmente debe pretenderse; a esto miran tan varios documentos, / como da en estas cartas; la materia es f. 195 r.
gravísima, va mucho o en acertarse o errarse; para este mismo intento servirá lo que en este discurso propusiéramos, siguiendo los maestros que citaremos al fin.

En lo que concuerdan los de una y otra opinión es, que se ha de favorecer la frecuencia de las comuniones, exhortando a ella a los fieles en los sermones y pláticas, reprehendiendo gravemente a los que por flojedad, o causas ligeras, no se llegan frecuentemente a esta mesa, pues es verdad divina que, si los hombres no *comieren la carne del Hijo del hombre y bebieren su sangre* en este divino Sacramento, no *tendrán vida* en sus almas.[192] De este argumento hay libros enteros, y en varias partes de estas cartas lo aconseja a todos el venerable Maestro; mas, después de persuadirlos a la frecuencia de este Sacramento, entra el encaminar cómo se haga bien, y con provecho, y, pues la acción es tan grave, se haga gravemente, con el juicio y ponderación que pide; a eso miran las advertencias y avisos del santo Maestro Ávila, no a estorbarla, y éste es también mi intento en este discurso, así lo protesto una y muchas veces, sujetando a la censura de la Iglesia, y al que mejor sintiere, todo lo que escribo, si algo es mío.

192 Io. 6, 54.

De la dotrina del padre Maestro Ávila se colige claramente que la comunión de cada día, o la de poco menor frecuencia, no se ha de permitir a todos igualmente, y que se ha de atender a la virtud particular de cada uno, su modo de vivir, su aprovechamiento, sus ejercicios, motivos y ocupaciones, la edad, el estado, la capacidad, los inconvenientes que pueden resultar si se faltasen a las obligaciones del estado, o del recogimiento; para esto señala varios plazos, respecto de las personas; finalmente, que se han de regular las licencias por la virtud mayor o menor del que comulga, midiendo por ella la frecuencia, remitiéndolo todo, no al juicio propio del que ha de comulgar, sino al del padre espiritual, discreto y docto, porque es certísimo que, aunque de parte del Sacramento, que es la fuente de la gracia, es absolutav. mente conveniente el recibirle; mas, de / parte del que llega, tiene gran dificultad darle el punto cual conviene, porque los efectos que obra corresponden comunmente a la disposición mala o buena de cada uno.

Esto suenan en rigor las palabras de san Agustín y san Ambrosio, tan repetidas en estas ocasiones: «Así vive que merezcas comulgar cada día»; de manera que no una hora o más recogimiento, no éste o aquél ejercicio, mas la bondad de vida hacen disposición de este manjar celestial. Y la palabra «merezca» eso suena; méritos piden trabajos y servicios. Y si lo que se ha de merecer (ya se entiende con respecto del caudal corto del hombre) es un bien tan grande, muchos han de ser los méritos, las virtudes y obras del que pretende el grado mayor de la frecuencia.

Esto mismo da a entender el angélico doctor, santo Tomás, que, poniendo la regla de a quiénes conviene comulgar cada día (y es el norte del acierto en la materia), no da licencia indiferentemente a todos, sino que ha de hacerse diferencia por el aprovechamiento que sacan de las comuniones, que viene a ser las mejoras de la vida a quien permite la frecuencia. Dice así:

> Si alguno hallare por experiencia que con la comunión de cada día se le aumenta el fervor, y no se le disminuye la devoción, a éste le conviene el comulgar cada día;

> pero si, por el contrario, siente que con la demasiada frecuencia le va faltando la reverencia, y el fervor no crece mucho, sería más conveniente el abstenerse para llegar después con mayor reverencia y devoción.

Hasta aquí el santo doctor. De manera que a unos conviene más frecuencia que a otros. Cuál sea la causa de desmedrar algunos con el Pan del cielo frecuentado, se dirá a la larga en el discurso.

Fue de este mismo sentimiento, y con mayor claridad, el doctor seráfico san Buenaventura, que en esta materia habló con luz especialísima. Son éstas sus palabras:

> Si se pregunta si conviene alguno frecuentar más o menos veces el Sacramento, digo que vea si se halla en su modo de vivir en el estado de la primitiva Iglesia; loable es que comulgue cada / día, pero si se halla en el estado f. 196 r.
> de la Iglesia final, conviene a saber, frío y negligente, loar se debe si comulgare raras veces; si en un estado medio entre los dos extremos, reduzga al mesmo medio sus comuniones.

Que es decir, que correspondan las comuniones, o al fervor o a la tibieza de la vida, y el que quisiere mejorarse de frecuencia, trabaje por mejorar de estado, y como aquella vida primitiva es hoy tan rara, dijo el mismo doctor que apenas hay hombre tan religioso y santo, a quien no basta comulgar una vez cada semana, de costumbre.

El venerable Juan Rusbroquio, que intitulan en sus obras doctor divino y excelentísimo contemplativo, a quien el Cartujano llama el Dionisio Areopagita de su edad, en un tratado que intitula *Espejo de la eterna salud*, desde el capítulo diez al diez y seis, pone siete grados de personas que dignamente pueden frecuentar la comunión, y en cada grado va calificando la vida y estado de virtud de cada uno, y conforme a él le da la mayor o menor frecuencia, respectiva a su caudal. Son los discursos muy largos; allí los podrá ver el padre espiritual, a quien toca esta censura.

Esta verdad se hace evidente con la semejanza del manjar corporal, que ha de tener proporción con la flaqueza o robustez del estómago, sin cargar más de lo que sufre su calor; consérvale el moderado sustento, ahógale el demasiado.

De esta razón sacó la mayor o menor frecuencia Tomás de Argentina, teólogo insigne, general de la Orden de San Agustín, que ha que falleció más de doscientos años. Son éstas sus palabras:

> Unos dicen que no se ha de recibir la santa comunión cada día; otros afirman que sí; haga cada uno lo que su conciencia le dictare que debe piamente hacer; y esto es conforme a razón, porque, como en el alimento natural vemos que un hombre ha menester comer más que otro, y más veces, porque unos tienen más fuerte y apresurado el calor del estómago para la digestión, y otros más débil y tardo; / por tanto no podemos regular la virtud de la templanza en todos los hombres, respecto de una misma cantidad, porque lo que en uno es templanza, sería destemplanza en otro, como cuentan de Milón que comió en un día un buey; porque tenía tan fuerte y activo el calor natural, y la digestión, que había menester mucho más alimento que los demás. De la misma manera en la comida espiritual del cuerpo de Cristo, en el venerable Sacramento de la Eucaristía, a aquéllos les conviene comulgar más veces, que tienen más fuerte digestión, esto es aquellos que tienen más vigorosa la caridad, y más fervoroso deseo de recibir el Sacramento; porque Dios es fuego consumidor, y así a todos aquellos que tienen el calor ígneo, derivado del fuego ardiente del Espíritu Santo, y no se les apaga ni entibia con la frecuencia del Pan del cielo, antes crece y se aumenta, les conviene comulgar cada día; pero, por el contrario, a todos aquellos en quien falta esta fuerte digestión, más les importa abstenerse hasta que crezca en ellos la hambre; y dije, con particular advertencia, que este calor había de proceder y derivarse del fuego del Espíritu Santo, porque hay muchos hombres que no cuidan de guardar bien los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia, y pensando que gozan de la libertad de espíritu, comulgan cada día, diciendo sienten gran deseo y devoción; este calor y deseo no procede del Espíritu Santo, sino del demonio meridiano.

v.

Hasta aquí el Maestro Argentina.

Así que más devoción, más santa vida, ha menester más alimento; menos hambre, menor virtud, menos comida, pena de ahogarse el calor con la demasía; y ésta es la doctrina de todos los teólogos, de que después hablaremos, cuando dicen, que a muchos, con la frecuencia demasiada, se les estraga la devoción y pierden la reverencia del Sacramento, cuando no llegan con la preparación debida.

Esto de parte del hombre que recibe, mas de parte del Señor, que es recibido, aun es mayor la razón. Toda esta disposición y santidad de vida se ordena a

hospedar en el al- / ma, con el decoro y respeto que f. 197 r.
se debe, a tan gran rey como es Cristo, que con su real presencia está en el Sacramento, y la razón dicta que, para recibir a este Señor cada día, es menester más adorno y más respeto que para una vez al año. Un príncipe, cuando va camino, se hospeda en una aldea, tal vez en una choza de paja; acomódase en lo que halla; mas el palacio en que reside de asiento en su corte, ha de ser majestuoso, dispuesto con el ornato y grandeza debida a su persona. A las almas, templos vivos en que ha de entrar cada día el príncipe de la gloria, justamente se les pide gran adorno. han de ser unos palacios capacísimos, en que residan todas las virtudes que han de cortejar al rey del cielo, llenos de olor de obras buenas, de raro ejemplo de vida; mas el que llega una y raras veces en el año, choza de ordinario tosca, se le puede tolerar menos aliños.

Remate este discurso el venerable padre fay Luis de Granada en el *Sermón de los escándalos*, que anda al fin del libro de oro de la *Doctrina cristiana;* fue el canto, al despedirse aquel cisne suavísimo; acabóle el último mes de su vida. Dice así:

> Dicho ya del aparejo para este divino Sacramento, digamos ahora de la frecuencia de él, lo cual en parte se puede entender por lo que hasta aquí está dicho, pues para esto no se puede dar regla general que cuadre a todos, no más que una medida de vestido para todos los cuerpos. Porque en este negocio se ha de tener respeto al estado y a la manera de vivir, y aprovechamiento de cada uno, y al aparejo que tiene para llegarse a este Sacramento con menos nota, y a la condición de la persona, y otras circunstancias semejantes. Y porque la principal regla se debe tomar del mayor aprovechamiento, o menor, del que comulga, según esto a algunos bastará comulgar las principales fiestas del año, a otros cada mes, a otros cada quince días, y a otros cada semana, como san Agustín lo aconseja.

Y más abajo:

> Y así queda el negocio reducido al prudente y experimentado confesor, el cual, / según el estado de las personas, la v.
> pureza de la vida, el ejercicio de la oración y buenas obras, y el aprovechamiento en la mortificación de todas las pasiones, pueda alargar o estrechar las licencias.[192 bis]

192 bis *Obras*, ed. Cuervo, XIV, 567.

Con el mismo temor habla en el capítulo diez del tratado de la comunión; concuerda en todo con la doctrina del padre Maestro Avila en estas cartas. Síguele su religión y practica su doctrina. Es del mismo sentir el santo varón Francisco de Salas, obispo de Ginebra, en el libro de oro de la *Introducción a la vida devota*, segunda parte, en el capítulo veinte. Todos los escritores de la Compañía de Jesús, que tratan esta materia, distinguen entre personas más o menos aprovechadas: el padre Luis de la Puente, en el tomo cuarto de sus obras; el padre Alonso Rodríguez, en el tomo segundo; el padre Juan Arias, en un tratado de utilidades de la frecuencia de la comunión, siguiendo los santos antiguos, que enseñaron esto mismo; y más largamente, el padre Hernando de Salazar, en el libro de la *Práctica de la frecuencia de la comunión*, cuya doctrina, palabras y conclusiones seguimos en gran parte por todo este discurso; el padre fray Tomás de Aoiz, de la Orden de Santo Domingo, en un tratado que anda de esta materia. Y éste ha sido el sentido común de la Iglesia, que es de grande autoridad.

Mas, para descubrir lo firme de esta doctrina, y el fundamento sólido, en que estriba, es de saber (servirá de instrucción a los que frecuentan sacramentos), que para honestar la acción de la comunión, y que se haga como es justo y conveniente, son necesarias cuatro circunstancias, conviene a saber: rectitud de intención, atención, reverencia, hambre y deseo del Sacramento; ora se comulge cada día o una o muchas veces en el año; esto, demás de la pureza de conciencia de pecado mortal, que es la disposición necesaria.

La rectitud de intención, que es la que califica las obras, mira al fin para que se recibe el Sacramento. El principal ha de se dar gloria a Cristo, que la
f. 198 r. recibe muy grande de in-/corporarse y unirse con las almas, por medio del Sacramento de la Eucaristía. El segundo, el fruto espiritual que se recibe en la comunión, unión con Dios, refección de las perdidas fuerzas, aumento de la gracia, y otros efectos. Puede también mirar a varios intentos: o de alcanzar esta o aquella virtud, desterrar algun vicio o siniestro, conseguir alguna merced o gracia, o darlas de algún

beneficio recibido. La comunión es medio universal para alcanzar todos los bienes.

La segunda circunstancia que piden los santos, es la atención, esto es, dar a esta acción el aprecio y estima que ésta pide, obrándola seria y gravemente, y ya que esta atención no sea como se debe a Cristo (porque ésta pedía la suspensión de los ángeles, y los bienaventurados), sino mirando la flaqueza humana, por lo menos ha de considerar ponderosamente el que comulga el Señor que ha de recibir, recibe y ha recebido, por algún tiempo, por lo menos el que baste para excluir la irreverencia y distración, y dar el justo espacio a acción tan grave, no partiendo de la conversación al altar, ni volver al punto las espaldas a la comida usual.

La tercera, es reverencia, esto es, que se reciba el Sacramento con devoción, y humildad, y temor y temblor santo; este es un acto de la virtud de la religión, que se llama adoración; incluye la sumisión que se debe a tan gran Señor, y príncipe, cuando viene a aposentarse en el pecho de una criatura vilísima, dichosa por tal favor. Pide la razón misma natural y divina que el que comulga le adore y haga reverencia con la sumisión que se debe a tan gran huésped; esta adoración ha de ser interior y exterior, y cuando el hombre inclina el cuerpo a la tierra, con postura devota y humilde, incline también el alma, y haga sumisión al escabel de los pies de Dios, que es su carne en el Sacramento.

La cuarta, es un deseo y hambre de este Sacramento, y llegar sin ella parece se hace injuria a tan divino bocado, co-/ mo también sería un cierto modo v.
de desprecio del manjar corporal el comerlo sin apetito y sin hambre.

Todas estas circunstancias piden los santos en varias partes de sus obras. Baste para cada una un lugar. Dice san Buenaventura:

> Endereza tu afecto a la debida intención, y al propósito necesario. Mira lo que deseas, no comulgues por vanidad o vanagloria, o por costumbre, o por alguna complacencia humana, o por respeto de algún favor temporal, como muchos lo hacen en estos tiempos, usando mal, para su perdición, lo que el Señor dejó para salud de las almas.

Todo esto prueba la rectitud de la intención, que suele tal vez torcerse, como dice el santo, por algún fin siniestro, temporal y humano. El que más puede temerse (porque suele más veces ingerirse) es el de la vanidad, detenerse, y desear el ser tenidos por buenos, mayormente en mujeres, y no es poca la ocasión, si se les admite a una frecuencia extraordinaria, porque se les da a entender que tienen sus confesores gran satisfacción de su virtud y espíritu, y así, no habiendo asegurado humildad, aconsejan los que hablan con más seso se vaya con gran tiento en la materia; no se han de dejar las obras buenas por temor o tentación de vanidad, mas repararse mucho si se conoce el peligro de tropezar en ella.

De la atención, dice san Buenaventura:

> Porque nuestra capacidad para recibir a Cristo con saludables efectos, no está en la carne sino en el espíritu, no en el estómago sino en el alma, y el alma no toca a Cristo sino es por el conocimiento y amor, y por la fe y caridad, de manera que la fe alumbra para el conocimiento, y la caridad inflama para la devoción, por tanto, para llegarse dignamente al Sacramento, es menester comerle espiritualmente, de manera que, con la memoria y recordación de Cristo, se mastique, y por la devoción y amor, le reciba y incorpore. De lo cual se colige manifiestamente que él que se llega a comulgar con tibieza, sin devoción y consideración (que es lo mismo que sin atención), *come y bebe el juicio de Dios*,[193] porque hace in-
> f. 199 r. ju- / ria a tan gran Señor; juicio, se entiende, proporcionado a la ofensa.

De la reverencia, dice san Ambrosio así:

> Hase de llegar a comulgar con temor y devoto corazón, de suerte que sepa el alma que debe reverencia a aquel Señor, cuyo cuerpo se llega a recibir.

Y el santo Concilio de Trento, en la sesión trece, capítulo séptimo dice:

> Si no es cosa decente que nadie llegue a ejercer cualesquier acciones sacras sino es santamente, sin duda que cuanto más sabida tiene el cristiano la santidad y divinidad de este celestial Sacramento, más diligentemente se debe guardar de llegarse a él sin grande reverencia, y santidad.[193 bis]

De la hambre y deseo, dice san Crisóstomo:

> Ninguno llegue con tedio, ninguno desganado, sino todos encendidos, todos fervorosos y despiertos.

193 Cf. 1 Cor. 1, 29.
193 bis DENZ. 880.

Y san Buenaventura:

> Mucho se ha de guardar el hombre de llegar con tedio y fastidio al Sacramento en que está la santidad y dulzura.

Y el santo Maestro Ávila atiende mucho a este afecto, y asi dice se alargue la licencia por la particular hambre, y porque sería hacer injurias a tanto deseo, quitarle su deseado.

Juntólo todo en un lugar san Isidoro por estas palabras:

> Algunos dicen que se ha de comulgar cada día, y dicen bien; con tanto que lo hagan con religión, devoción, y humildad, porque no acaezca que fiando de su santidad, lo hagan con alguna presunción soberbia.

Para probar estos intentos se hallan a cada paso otros muchos lugares en los santos, y libros que tratan de esta materia, y esto se requiere ora se comulgue una, o raras veces en el año, o cada día; la diferencia está en la intensión y fineza de estas circunstancias, o ser en grado remiso y tibio.

De todo lo referido se saca la razón fundamental de requerirse aventajadas virtudes, gran santidad de vida, en los que comulgan cada día de costumbre, porque ha de juntar y acaudalar todos los días las disposiciones que hemos dicho, que es sin duda muy dificultoso, y no puede conseguirlo, si no es / persona v. que sea muy perfeta. Lo primero, para asegurar la rectitud de intención con tanta continuación, sin que tengan lugar los fines y motivos siniestros, es menester un alma muy habituada a obrar por respetos superiores y divinos. Lo segundo, para alcanzar aquel grado de atención tan continua, como es menester para comulgar cada día, defendiéndose de la distración e inconsideración, así voluntaria como involuntaria, que es la puerta rasgada por donde se entran todos los inconvenientes, como después diremos, es necesario que el que ha de seguir esta frecuencia sea hombre muy ejercitado en oración y contemplación, y con el ejercicio y vitorias de sí mismo vaya alcanzando una atención para las cosas divinas, tan libre de distracciones cuanto sufre la fragilidad humana, y cuanto es posible alastrar la instabilidad de nuestro entendimiento. Lo tercero, para conservar la re-

verencia interior y exterior, sin que el trato tan usual y continuo la menoscabe, se requiere mucha humildad y modestia, y uso de la presencia de Nuestro Señor, que es la que causa y conserva el afecto reverencial del alma. Lo cuarto, para que no falte la hambre y los deseos de la comunión para cada día, es menester mucho y muy continuo fervor, esto demás de la pureza del alma, no solamente sin remordimiento de pecados mortales, sino también con libertad de pecados veniales deliberados y muchos, para lo cual es menester muy grande cuidado con la conciencia. Estas disposiciones, por razón de la mayor frecuencia, en que probamos era menester más santa vida, se piden en los que comulgan cada día en grado tan subido, como conviene para tan gran frecuencia. Y la mayor dificultad está en la continuación y uniformidad, que no falten cada día, sin que, con las mudanzas y variedades, que son tan naturales a los hombres, él se mude y se trueque; esto pide gran mortificación de pasiones, que son los vientos que causan las olas de mudanzas en los corazones, y hacen que los hombres sujetos a ellos sean tan diferentes de sí
f. 200 r. mismos un día de otro, que a-/penas se pueden conocer. Todas estas cosas no se pueden hallar juntas en grado conveniente, si no es en personas de virtud muy singular y de vida muy perfecta, y por esto los santos que exhortan a la comunión cotidiana reducen la disposición a las ventajas de la vida, no porque la vida en sí misma sea la disposición necesaria para comulgar con tanta frecuencia, sino porque las cosas que directamente son necesarias para ella no se pueden moralmente juntar con tanta continuidad en el grado conveniente si no es en hombre de vida y costumbres perfectas. Y así dice san Ambrosio: «Recibe el Sacramento cada día, porque te aproveche cada día, y vive de manera, que merezcas recibirle cada día».

Todo lo referido pide un hombre perfecto, superior a las cosas humanas, y de excelente virtud, cual le pinta el venerable Juan Rusbroquio en el capítulo doce del libro que citamos, del *Espejo de la eterna salud*, donde escribe el espíritu y vida de los que pueden comulgar cada día. Pondremos algunas cláusulas.

Son estos unos hombres recogidos a lo interior de su alma, que por la gracia de Dios, con levantado y libre espíritu, en este recogimiento interior andan siempre en presencia de Nuestro Señor, y tiene tanta fuerza en ellos el espíritu recogido que tira en pos de si y recoge al interior el corazón, el alma, el cuerpo, todas las fuerzas corporales. Estos hombres han alcanzado señorío de si mismos, y así viven en grande paz interior, y aunque a veces sientan algunas impugnaciones y tentaciones, pero con mucha brevedad salen vencedores de ellas, porque, como están mortificados, no pueden durar en ellos mucho tiempo los movimientos de los vicios. Han alcanzado una gran luz y conocimiento verdadero de Cristo Nuestro Señor, así de su Divinidad como de su Humanidad, y ejercitan este conocimiento en el retiro interior de su alma con un espírtiu libre de imágenes y representaciones extrañas, y con un amor desnudo de amores de criaturas se levantan al amor de la Divinidad, y en las accio- / nes exteriores, v. con un íntimo amor del corazón, conformado con las virtudes y acciones de Cristo Nuestro Señor; y cuanto más conocen y aman, tanto más gustan y sienten, y cuanto más sienten y gustan, tanto más apetecen, desean, buscan y experimentan que aman a Dios con todo su corazón, alma y espíritu. Estos son unos hombres que cuando consideran sus vicios, sus yerros y imperfecciones, y cuanto les falta para llegar a la perfección adonde caminan, se desagradan a sí mismos, y se ejercitan en amoroso temor de Dios, y en desprecio humilde de si mismos, y en verdadera esperanza, y en cuanto de esta manera se bajan con humildad verdadera y desagrado, y desestimación de si mismos, tanto más agradan a Dios y suben a estar con singular respecto, reverencia y veneración en su presencia. Su ejercicio continuo es recogerse dentro de si a Dios, y salir afuera al conocimiento de sí mismos, de manera que, cuando se retiran a lo interior, es para conocer a Dios y ponerse en su presencia con amorosa reverencia y temor; y cuando salen afuera, es para despreciarse y desagradarse de sí mismos; de suerte que todas las buenas obras que hacen, y lo que padecen, asi exterior como interiormente, no solo estiman en nada, ni lo tienen por de valor ni precio alguno en el acatamiento de Dios. Los que entienden estas cosas, y viven de esta manera, bien podrán comulgar todos los días, porque son gente muy bien ordenada, llenos de gracia y de virtudes todos sus ejercicios ora se retiren adentro, ora salgan fuera. Cuya vida consiste en cuatro cosas: la primera, es gran pureza de conciencia de cualesquiera pecados graves; la segunda, es sabiduría y noticia sobrenatural; así en la contemplación como en la acción; la tercera, es verdadera humildad de corazón, de voluntad y de espíritu, en costumbres palabras y acciones; la cuarta, es el estar muertos a toda propiedad de su misma voluntad, resignados del todo en la voluntad de Dios.

Esto es parte de lo que requiere el venerable Juan Rusbroquio en los que comulgan cada día. A que se

f. 201 r. añade / que, aunque una persona haya llegado a este grado de vida, o otro más superior, no luego se le ha de conceder comulgar cada día, porque esto depende del camino y espíritu diferente, por donde Nuestro Señor lleva a las almas, moviendo a unas a mayor frecuencia que a otras. Es doctrina de san Buenaventura que el uso de la comunión cotidiana no sólo reduce a sólo santidad y perfección, sino al temple particular del espíritu que cada uno experimenta en sí, y a la hambre que siente del Sacramento. De lo dicho hasta aquí se colige claramente con cuánto acierto el santo Maestro Ávila regula la mayor o menor frecuencia por la disposición que uno tiene, y ésta la pone en la santidad de la vida. Y no hay que espantarnos de esto, que en las Universidades se dan diferentes grados, cada cual pide diverso caudal de ciencia en el graduado: para el de doctor se hacen en algunas partes grandes pruebas, exámenes, disputas, tentativas y otros ejercicios literarios por gran discurso de días, y piden un hombre consumado; no es mucho que para el grado supremo de la frecuencia se pidan grandes ejercicios de virtudes, recogimiento, oración y penitencia, mortificación, una vida dedicada toda a Dios. Ésta fue la opinión del padre Maestro Ávila, de quien dice el padre fray Luis de Granada, en el § séptimo de la tercera parte de su vida, que era muy limitado para dar licencias, y que fueron raras las personas a quien permitió la comunión de cada día; una fue la santa Condesa de Feria después que llegó a gran santidad de vida.

Esto se entiende de la comunión de costumbre, que el comulgar cada día por alguna temporada, por causa de alguna tentación, o otro respeto, tiene diferente consideración; permítese, aunque la persona sea de menos quilates de los que pide el venerable Rusbroquio.

De lo que hasta aquí hemos visto, consta claramente con cuán justa causa el santo Maestro Ávila entró en admiración de que en una ciudad hubiese muchos casados que comulgasen cada día; y, en sos-
v. pechas que de ello no era / agradado Nuestro Señor, pondera seriamente la gran dificultad que este estado tiene para juntar tan gran disposición como él juzgó ser necesaria en los que comulgan cada día.

En todo este discurso, que es admirable, si se mira atentamente, junta las cuatro circunstancias que dijimos, porque habiendo tratado de los muchos que faltan en la rectitud de intención, comulgando, como él dice, porque su amigo o vecino, o igual, lo hace, o porque se afrentan por ser tenidas por menos santas de los confesores, en que echa menos el fin por que debe hacerse; reconoce en los casados los continuos cuidados que distraen el alma para la buena disposición, que se oponen a la atención y reverencia, que se piden grandes en tanta frecuencia, y el uso del matrimonio dice embota la devoción, con que es muy contingente menoscabarse la hambre y el deseo de este pan; y que estas disposiciones las quiera muy acendradas, lo insinúa en aquellas palabras:

> No entiendo que en muchos haya tan grande santidad (santidad pide, y grande), que en tan grandes impedimentos haya aparejo cual quiere Dios, para que cada cada día la reciban.

Y más abajo:

> Mas creer que haya muchos casados que hacen esto que es menester para cosa tan alta, yo no lo creo.[193 bis]

Y el traer los monjes de san Apolonio, y hallar sólo aquella vida angélica merecedora de esta frecuencia, muestra bien que en su concepto es necesaria virtud de aquella esfera;[193 ter] todo ello aumenta la gran dificultad de hallarse en los casados la disposición conveniente para la comunión de cada día, pues, en hablando de ella en general para todos, dice que los santos tratan de ella, más como posible en la especulación, más que en la práctica.

A que se añade quue el uso matrimonial, aun en menor frecuencia, en que las disposiciones no se requieren tan acendradas, juzga el venerable Maestro por muy considerable impedimiento para llegar a comulgar con decencia, valiéndose de aquel argumento fuerte que pondera con tanta destreza, de que, si para la oración, que es menos, pide san Pablo abstinencia, [194] cuanto más la aconsejará antes de recibir el Sa- / cra- f. 202 r.

193 bis Carta B: I, 2805.
193 ter Cf. Rufino, *Hist. monachorum*, c. 7: ML 21, 418.
194 Cf. 1 Cor. 7, 5.

mento; y, en la opinión de algunos doctores, la pide llanamente. Porque el lugar del Apóstol, que aconseja a los casados se abstengan para tener oración, con que concuerda otro del apóstol san Pedro, lo entienden algunos santos de la comunión, y que en estos lugares exhortan los Apóstoles a que por algún tiempo se aparten los casados antes de recibir el cuerpo de Cristo; dicen que aquellas oraciones eran públicas en la Iglesia, en la Misa, en que los fieles comulgaban, y decir que los casados se abstengan del uso del matrimonio para la oración fue lo mismo que para la comunión. Así Orígenes. Y san Ambrosio, explicando el lugar del Apóstol dice:

> San Pablo aconseja a los casados en estas palabras a que se conviertan a Dios, absteniéndose del uso conyugal, para que puedan recibir más dignamente el cuerpo de Cristo; y si es bien seguir el consejo del padre espiritual, para el acierto de las comuniones, consejo es de san Pablo esta abstinencia.

Según el parecer de san Ambrosio, acertado andará el que le siguiere.

El exhortar a los casados esta continencia, por lo menos por veinte y cuatro horas, para disponerse para la comunión, es dotrina que trae su origen desde los príncipes de los apóstoles, recibida en la Iglesia, aconsejada por muchos concilios y santos y últimamente por el *Catecismo Romano*, señalando tres días por lo menos, como acción más perfecta; [195] y asi lo contrario de ninguna manera puede serlo. No afirma esto, porque en ello haya pecado, mas porque, habiendo de llegarse con pureza de alma, y cuerpo, es una indecencia grande, conforme la aprehensión común de los hombres, y contiene una deformidad que desdice de acción tan santa. Horror causa el pensar que haya persona, que, habiendo quebrantado los mandamientos divinos, con pecado deshonesto, no del todo apagados los ardores sensuales, se atreva desmesuradamente a llegar al altar santo, aunque haya confesado su delito, pues aun la inmundicia involuntaria defienden doctamente muchos padres es impedimento de decencia para no comulgar el día siguiente, de que están los libros llenos.

195 *Catecismo Romano*, Parte II, c. 3.

Por estos mismos principios, en particular por la atención / tan apretada que dijimos, se excluyen de la v. frecuencia demasiada todos los hombres de muchos negocios, dados a ocupaciones domésticas, divertidos con gobiernos públicos, que arrebatan de manera el ánimo de los hombres, que con mortal certidumbre pueden presumir de sí que no tendrán tiempo cada día para prevenir todas las disposiciones que hemos dicho, y que con dificultad pueden aplicarse antes y después a acción tan grande, y a quien los mismos negocios les tienen tan inquietos y tan divertidos, que pueden asimismo presumir que, dejándose llevar de la instancia que les hacen, se distraerán voluntariamente con tal irreverencia del Señor que reciben que sea culpa venial el mismo comulgar, ocasionada de esta distración, y así es saludable consejo que los hombres ocupados y divertidos dilaten el comulgar, tasando el número de sus comuniones más o menos, según les pareciere que podrán acaudalar una razonable atención, tal que no se reputate por irreverencia e indecencia la falta de ella. Y esto mismo se dice cuando no llegase a pecado venial la distración que causan estas ocupaciones, sino sólo en consideración de la falta que hace la atención en la comunión para dar la reverencia que se debe a la Majestad de Dios, y fruto que se pretende.

Hácese tanta instancia en esta atención y reverencia, que ahuyenta de ordinario la multitud de ocupaciones y negocios, por los grandes inconvenientes que de omitirla se siguen, y es la razón, porque las cosas que se quieren tratar con estima y reverencia piden actual y viva consideración de las razones que la causan, y de aquí procede que, si una vez en el trato de estas cosas tiene lugar la distración (ora sea volutaria o involuntaria) bastante a divertir el entendimiento de la consideración actual de las cosas de estima y veneración, el mismo ejercicio y continuación del trato viene a causar desestima y desprecio, y al paso también que va tomado posesión de un hombre esta desestima habitual, que nació de la distración o divertimiento, va aumentando su mis- / ma causa, con que va f. 203 r. creciendo a un tiempo desestima y distracción, dándose las manos la una a la otra, [y] vienen a destruir

la atención y la reverencia. Y como lo que no se estima no se desea ni apetece, de la desestima nace el fastidio y el tedio, y por aquí se viene a depravar la intención que, entre distracciones y desestimas y tedios, fácilmente nace este mayor contrario, que tiene la buena disposición. Porque, como el ratificar la intención no se puede hacer sin atención actual, para ordenar la obra a fin honesto, bueno, en medio de tanta distración, no se advierte en ello, y con el no reparar y advertir, viene a ser que, en lugar de los fines buenos y honestos, insensiblemente se entran los fines viciosos y malos, y de esta manera, de un grado en otro, se viene un hombre a hallar en estado en que, por la frecuencia del comulgar no se medra, porque en ninguna virtud se hace hábito virtuoso por mucho que se frecuente, si no se obró por el motivo propio de aquella virtud, con que se viene muchas veces a riesgo de perderse, más que no a ganarse, de que hay muchas experiencias. Y verdaderamente no hay cosa que así esté sujeta a este riesgo como el frecuente uso del comulgar, porque, como lo que hay que estimar en este divino Sacramento, está tan retirado y encubierto, pide mucha fe y atención actual, para que no se pierda la veneración, y de ahí se venga por sus pasos contados al último paradero, que es comulgar por sola costumbre, cosa que reprenden los santos severamente. Y por cuanto están más expuestos a estos inconvenientes los que tienen ocupaciones forzosas, y negocios obligatorios, aunque bastasen a excusar de la culpa, si no se diese tanto tiempo a la reverencia interior y exterior, como se requiere para comulgar, y esto muy ordinariamente, sin poderlo evitar, por cumplir con sus obligaciones, sin duda, como dijimos, les convendría el moderar la frecuencia de la comunión, porque aunque se excusa la culpa, no se quita del todo la indecencia, y si la hay, ésta basta para que la comunión no sea tan frecuente.

Sácase, lo tercero, la razón por qué el padre Maestro Ávila repite tantas veces que no quisiera que hu-
v. biese quien co- / mulgase más frecuentemente que de ocho a ocho días, como san Agustín lo aconseja.

Varios son los términos que se usan en las comuniones: los que comulgan una vez al año, o las pas-

cuas, o raros días; merecen por su flojedad, y tibieza severas reprehensiones, porque, por no frecuentar más este divino manjar, se privan del mayor bien que hay en la tierra; sus daños lo[s] muestran el estrago de sus costumbres y vida; aborrecen sus almas, que de muertas o enfermas escapan raras veces. También merecen censura los que comulgan cada mes, pues, pudiendo con facilidad acercarse a una saludable frecuencia, pierden innumerables bienes, y evitaran frecuentes caídas. La comunión cotidiana pide las disposiciones que dijimos, no fáciles de hallarse en muchos.

Entre estas dificultades el santo Maestro Ávila aconseja la frecuencia de una vez cada semana, que tiene muchas convenencias para todos aquellos que, o por humildad o por no tratar de perfección, no hallan en sí, o no alcanzan, aquel grado de disposiciones tan subido de punto, que pide la comunión cotidiana, y las que confinan con ella (como es el comulgar un día sí, y otro no, o dos veces cada semana, que son términos que se acercan al comulgar cada día, y así no admiten generalmente a todos por vía de costumbre) hallan en ella facilidad y provecho. La facilidad la hallan en la prevención de las disposiciones para comulgar, porque, siendo verdad que en la gente imperfecta las dilaciones largas aumentan la dificultad, y las cortas y medidas sirven para la facilidad en disponerse; el medio más natural, y más bien medido, donde se halla la facilidad, sin la dificultad, es la comunión de cada semana, porque este plazo tiene bastante distancia para que la reverencia no se menoscabe con el demasiado trato, y para que la dilación excite el deseo, sin que el mucho uso cause fastidio, y para que la novedad despierte la atención, sin que la costumbre menoscabe la consideración. Y asimismo para que las ocupaciones den tiempo con- / veniente para recogerse, y para que la sin- f. 204 r.
gularidad no dé ocasión de que se tuerza la intención con respetos de vanidad. Y asimismo tiene bastante vecindad y cercanía para que el examen de la conciencia, y la confesión de las culpas se haga facilmente, y para que, alcanzándose a ver la una comunión a la otra, el calor y fervor de la que precedió dure hasta la que se sigue, que éstas, y no más, son las dis-

posiciones necesarias para comulgar; las cuales saliendo de término y plazo, hacia cualquier extremo que camine, cobran dificultad, porque si se aparta a la longitud de días, tomando más largos plazos, cuanto estos son mayores, se van sintiendo en proporción todas aquellas dificutades que trae consigo la dilación; y si se inclina hacia la brevedad de los días, acortando los términos, se experimenta el otro género de dificultades, que trae consigo la continuación, y la obligación a mejorar las disposiciones. De manera que el medio, en que reside la mayor facilidad, más libre de dificultades, es el comulgar una vez cada semana, y lo que toca al provecho y medra espiritual; basta decir que se aseguran más las disposiciones, para que se entienda que se asegura más el fruto. Concuerda con este sentimiento el uso antiguo de la Iglesia, en la cual, por muchos años después de la muerte de Cristo, floreció la costumbre de que todos los fieles que los domingos asistían al sacrificio santo de la Misa comulgasen al fin de ella. San Buenaventura dice que apenas se hallará persona, por santa y religiosa que sea, a quien no bastase el comulgar una vez cada semana. Y san Agustín lo aconseja a todos los que estuviesen libres de pecado, y sin propósito de pecar.

Dirá alguno: «Pues, ¿qué inconveniente hay, qué riesgo puede temerse de comulgar cada día, aunque no se junte tanto aparato de disposiciones, tantas circunstancias y realces, vida excelente, virtudes acrisoladas? Cierto es que no puede faltar la gracia del Sacramento al que comulga sin conciencia de pecado mortal. ¿Por qué se ha de perder una tan gran ga-
v. nan-/cia, que al fin de la vida hace un caudal inmenso, sin otros muchos efectos que causa la frecuencia del Sacramento?»

Esta dificultad tiene varias respuestas, que hallará el docto en los libros, bástenos por ahora la razón del santo Maestro Ávila, que, por su mucha experiencia, afirma que, [por] llegarse con frecuencia sin vida digna de ella, en muchos se experimenta más desmedro que provecho.

Para entender esto es de saber que en la comunión sagrada hay dos intereses, o dos méritos, el uno que llaman los teólogos *ex opere operato*, quiere decir:

aquella gracia que corresponde a los méritos de Cristo, por la institución del Sacramento, y promesa divina; de esta gracia participan todos los que comulgan en buen estado. Otro interés, llaman *ex opere operantis*, que es la gracia que corresponde a la disposición del que comulga. Es doctrina corriente de teólogos que, si en el acto de recibir el Sacramento falta alguna de las circunstancias que dijimos, si se tuerce la rectitud de intención, o va tan menguada la atención y reverencia, de suerte que llegue a ser culpa venial, se pierde este segundo interés, que corresponde a la disposición del que comulga; porque, siendo el acto por falta de cualquiera de las cosas dichas pecaminoso, no puede ser meritorio, y se incurre en alguna pena temporal que se ha de pagar en purgatorio.

No se pierde, empero, en este caso el primer interés, o fruto correspondiente a los méritos de Cristo, según la opinión más recibida, mas esta gracia no es en todos igual, porque es mayor o menor, según la disposición de los que comulgan, de manera que el que llega con más reverencia, atención, rectitud de intención, hambre y deseo, le corresponde mayor gracia por la aplicación de los méritos de Cristo que el que llega a comulgar con menor disposición tibieza o distraimiento; cuál sea ésta, sábelo aquel Señor que da la gracia, y la mide, y proporciona a la disposición del que comulga. / f. 205 r.

Y los santos y experimentados dicen que suele ser poca. San Bernardino lo dio a entender en estas palabras:

> El recebir el Sacramento sin devoción actual y preparación conveniente, es causa que sea muy poco el fruto, como se ve por la experiencia en muchos.

Y san Buenaventura dice:

> Mayor eficacia creo que recibe un hombre en una comunión con buena preparación, que en muchas, si no se prepara diligentemente.

Y en otra parte:

> A lo que se pregunta, si el hombre justo recibe siempre la gracia del Sacramento, digo que si se prepara dignamente, la recibe; pero, si por tibieza o por negli-

gencia, o por distracción, no se prepara debidamente, o no recibe ninguna, o poca gracia sacramental, aunque no cometa pecado mortal en ello, y puede ser tanta y tan continuada la falta de disposición, que venga a ser el riesgo y pérdida conocida, y muy incierta la ganancia.

Es conclusión llana del santo Maestro Ávila, que los que comulgan cada día, sin tener vida digna de tanta frecuencia, vienen a perder más que a medrar; que pueda suceder supónelo así el angélico doctor santo Tomás en aquellas palabras, que trujimos:

> Pero si, por el contrario, sintiere que con la demasiada frecuencia le va faltando la reverencia, y el fervor no crece mucho, sería más conveniente el abstenerse para llegar después con mayor reverencia y devoción.[195 bis]

Luego supone que puede ir faltando el fervor y reverencia, que es harta pérdida, no cierto por parte del Sacramento, sino por no llegarse a él con la disposición conveniente. Siguen al Doctor Ángel todos sus discípulos, sacando por conclusión, como dijimos, que a muchos con la frecuencia demasiada se les estraga la devoción, y pierden la reverencia del Sacramento, cuando no llegan con preparación debida.

Nuestro venerables Maestro dice:

> Visto he a muchos que, siendo flojos en el cuidado de su aprovechamiento, piensan que con comulgar muchas veces, y sentir un poco de devoción entonces, que dura poco, y no deja fruto en e lalma de aprovechamiento, les
> v. parece que comulgan bien, y des- / pués vienen a perder aun aquella poca devoción, y quedan tales que no sienten más la comunión que si no comulgasen, lo cual se causó de la frecuentación de este Sacrosanto Misterio, sin haber vida digna de ello.[195 ter]

Y en una carta:

> Muchos comulgan más por liviandad que por profunda devoción y reverencia; y acaece a estos venir a estado que ninguna mejoría ni sentimiento sacan de la comunión.

Y en otra parte:

> Otros se engañan en pensar que es aparejo suficiente una gana tibia de hacerlo, más fundada en costumbre, que tienen, que en otra cosa, y si a esto se junta que echan alguna lagrimilla al tiempo de recibir al Señor, tienen por muy bien hecho su negocio, y el engaño de estos consiste en no mirar el provecho que reciben en comulgar, que es ninguno, o de no saber que la verdadera

195 bis *Summa theol.* 3, q. 80, a. 10.
195 ter Carta 5: I, 286.

señal del bien comulgar es el aprovechamiento del alma, y si éste hay, es bien frecuentarlo, y pues no le tienen, no le frecuenten. Vienen estos a un mal grande, del cual había de temblar todo hombre que lo oyese, que es recibir al Señor, y no sentir provecho de la venida de tal huésped tan bueno, y que ordena la venida para bien de la posada; y cuando los remedios, y tan grande como éste lo es, no obran su operación, es cosa muy peligrosa, y que mucho se debe huir.[196]

Hasta aquí el padre Maestro Ávila, que puso a la letra la doctrina de santo Tomás.

Y porque nadie piense que faltar a las disposiciones que hemos dicho es cosa ligera, vean las que mucho frecuentan, sin gran consideración y examen, al venerable Diego Pérez, y si les toca algo de lo que oyeren, procuren enmendarlo. Dice así, con aquel su santo brío:

No comulguen por costumbre; no comulguen porque se usa; no comulguen por hacer como las otras hacen; no comulguen a envidia, ni porfía; no comulguen, porque no pierdan el nombre bueno que tienen; no comulguen porque las estimen por santas; no comulguen por interés ninguno humano; no usen del Santo Misterio para pretensiones bajas y ruínes, o no buenas, que son éstos graves pecados en los / ojos de Dios. Guárdense del diablo f. 206 r.
que las castigará Dios, y no digo corporalmente, que sería gran misericordia castigarlas exteriormente, aunque enfermasen y muriesen, o las atormentase el diablo en solo el cuerpo, como se ha visto en la Iglesia, y yo lo he visto esto, y lo que voy a decir, sino guárdense no las ciegue y endurezca Dios, como a Faraón, y no permita que caigan en pecados, y se vuelvan insensibles, incorregibles, casi irremediables y enemigas de lo bueno, y amigas de la tierra, y que no saben decir verdad, ni cumplir lo que dicen, ni saben conocerse, ni sienten sus faltas, ni confiesan verdad, ni admiten corrección, ni reprehensión, sino todo quejas, todo chismes, todo revueltas y consejas, todo juzgar y murmurar, y envidias y pendencias, sospechas y discordias. Guárdense de todo esto, y créanme que por eso están algunas tan castigadas por no comulgar como Dios quiere, que lastiman, y quebrantan los corazones a los que aman a Nuestro Señor de verlas parleras, incompuestas, sin sosiego, ni paz, murmuradoras, juran, maldicen, deshonran, no aciertan ir a la oración, y huyen de ella, impacientes, airadas, presuntuosas, reñidoras, y con otras mil faltas, y tan ajenas de santidad y perfección, que no se contentan con no buscarla, sino pasan adelante mofando de ella, y aun persiguiéndola, y aun examinando a otras, dando a entender que a ellas y a las demás es casi imposible ser santas, y no creyendo que hay verdadera santidad en nadie.

196 Carta 3: 1, 278.

> Todo esto ¿quién duda que puede permitir Dios sobre ellas, porque no comulgan bien?

Hasta aquí el santo Diego Pérez.

El Maestro Juan Francisco de Villava, en su docto tratado de alumbrados, que anda al fin del libro de sus *Empresas*, en el capítulo quince, en el cuarto fundamento, en que prueba que no cualquiera manera de dar y recibir sacramentos hace prueba cierta de santidad, discurre admirablemente en el intento de este capítulo, y favoreciendo la frecuencia, insta principalmente en las disposiciones, y entre otras cosas dice, hablando de esta materia, que no se han de mi-
v. rar / en ella los verbos, sino los adverbios, quiere decir: «No está el punto en el confesor, sino en el bien confesar; no está el punto en el comulgar, sino en el bien comulgar». Puso esta sentencia en una chanzoneta, que resume lo dicho:

> Carrillo, aquel Pan de tomo,
> mira bien cómo le tomas,
> que no está el punto en que comas,
> sino en cómo.[196 bis]

Y si alguno dice que hay quien le aconseje lo contrario de lo que aquí hemos escrito, le respondo con las palabras del santo Maestro Ávila:

> No me mueve autoridad de hombre devoto, que agora aconseje a todos los que confiesa, y van a él, que hagan lo mismo, porque pienso que dice de la feria como le va en ella, y no mira a muchas partes, que en esto hay que mirar.

Torno a protestar que lo contenido en todo este discurso no lo he escrito para desanimar a la comunión cotidiana; sé que por la bondad divina hay muchas personas a quien debe darse; sólo ha sido mi intento que se entienda la verdad de la doctrina del padre Maestro Ávila, que afirma, que la frecuencia de cada día no es para todos, y exhorta a los que aspiran a tan gran bien, trabajen por disponerse, y entiendan cuán importante es el último documento de este gran Maestro, que dice que se les avise, que si les deleita este convite, que les ha de costar algo en la enmienda de la vida; que si viven flojamente, no

196 bis *Empresas espirituales y morales* (Baeza 1613), c. V, fund. 4, f. 51 v, 59 r.
196 ter Carta 3: I, 281.

quieran recibir el Pan que para los que sudan y trabajan en resisitir sus pasiones, y en mortificar su voluntad se ordenó. Cierta sentencia es la de san Pablo en el un pan y en el otro, que *quien no trabaja no coma;*[196] que de otra manera el pan come de valde, y este santísimo Pan, ¿quién sin trabajar y pelear lo tiene en su alma? Hasta aquí el santo Maestro.

Reconozco hay varias objeciones y argumentos contra lo que hemos escrito; satisfacen doctamente a ello los au-/ tores que citamos, en particular el pa- f. 207 r.
dre Hernando de Salazar, en el libro referido, que hemos reducido a este discurso. Si pareciere a alguno que nos hemos acercado al un extremo, vea que otros han llevado el contrario; por tanto, se escriben libros, porque los contrarios se curan con sus contrarios.

De lo que sentía el padre Maestro Ávila de la disposición para celebrar, y de las consideraciones que él usaba para ello

Capítulo XIX

La experiencia grande que el santo Maestro Ávila tenía de la importancia de la preparación para decir Misa, le hizo sentir altamente de esta parte, por ventura la principal del oficio sacerdotal, porque depende de ella ser uno bueno y perfecto sacerdote. A una digna preparación, digna, digo, proporcionada a la cortedad humana, digámosla diligente, cuidadosa y advertida, sigue el decir la Misa fructuosamente; de aquí pende todo el hombre, porque el sol de justicia, que se recibe, causa unas influencias tan divinas que hacen a un hombre divino, un Dios por participación, si de su parte no pusiere impedimento; como, por el contrario, si esta acción, la más grave que corre por cuenta de los hombres, se hace al modo que algunas cosas humanas, desairada e inadvertidamente, o como de costumbre, puede ser mayor el daño que el provecho, y hacerla con poca más advertencia que la refección del mediodía, con esta dife-

197 2 Thess. 3, 10.

rencia, que se gaste en la una lo que se ganó en la otra.

El santo Maestro Ávila gastaba gran parte de la oración de la mañana en estas prevenciones (es gran Señor el huésped que se ha de recibir), y así correspondían los afectos, los fervores, los sentimientos tiernos, y embestir el sol divino su alma santa, y volverla un sol clarísimo, y al paso que conocía la necesidad de esta prevención, así la aconsejaba a todos; habla de ella en algunas de sus cartas, de que se coli-
v. ge có-/mo él se prevenía para el santo sacrificio; pues un varón tan perfecto no había de enseñar a otros lo que él no hacía, como hemos dicho otras veces, antes excedía incomparablemente a lo que a otros aconsejaba, como los excedía en la vida y las virtudes. Pondremos algunas cláusulas que prueben ambos intentos, y porque, como este libro se ha dispuesto para los sacerdotes, los que desean serlo buenos, tengan a mano estas consideraciones, y el modo con que se han de disponer para celebrar; y aunque de esta materia hay libros enteros, píos y doctos, espero que, por ser estas palabras del santo Maestro Ávila, se han de abrazar y estimar en mucho, mayormente acompañadas de su ejemplo. En la carta que comienza: «Pues que por la gracia de Jesucristo», dice así:

> Sea, pues, la primera regla, que en recordando de noche del sueño, le parezca que oye en sus orejas aquella voz: *Ecce sponsus venit, exite obviam ei*,[197] y pues el haber de recibir a un amigo, especialmente si es gran señor, tiene suspenso y cuidadoso al que lo ha de recebir, cuánto más razón es que del todo nos ocupe el corazón este Huésped, que aquel día hemos de recibir, siendo tan alto y tan a nosotros conjunto, que es adorado de ángeles, y hermano nuestro? Y con esta consideración rece sus horas, y después póngase de reposo y espacio, a lo menos por hora y media, a más profundamente considerar quién es el que ha de recibir, y espantarse de que un gusano hediondo haya de tratar tan familiarmente a su Dios, y pregúntele: «Señor, ¿quién te ha traído a mano de un tal pecador, y otra vez a destierro y portal y pesebre de Belén?»; acuérdese de san Pedro que no se halló digno de estar en una navecica con el Señor,[198] el centurión no le osa meter en su casa,[199] y otras semejantes considera-

197 bis Mt. 25, 6.
198 Cf. Lc. 5.
199 Cf. Mt. 8, 8.

ciones, por las cuales aprenda a temer hora y obra tan terrible, y reverenciar a tan gran Majestad.

Piense que esto es un traslado de aquella obra cuando el Padre Eterno envió a su Hijo al vientre virginal para que salvase el mundo, y de la vida y muerte del Señor, y así viene ahora a aplicarnos la medicina y riquezas, / que f. 208 r. entonces nos ganó en cruz, y aplicarnos aquella paga. Acuérdese de este misterio de la pasión y muerte del Señor, y agradézcasela. Luego presente delante de su Majestad los pecados que toda su vida ha hecho en general, y particularmente las pasiones y defectos que de presente tiene, y, como enfermo que enseña sus llagas al médico, pídale conocimiento y salud para ellas. Luego ofrezca al Eterno Padre este sacrificio, que es su Hijo, por las personas particulares, que tiene obligación, y por la Iglesia Católica, acordándose de cómo se ofreció el Señor en la cruz por todo el mundo, y pídale una poquita de aquella encendida caridad, para que el ministro sea conforme con el Señor. Luego suplique a nuestra Señora, por el gozo que hubo en la Encarnación, que le alcance gracia para bien recibir y tratar al Señor que ella recibió en sus entrañas, y lea algo que habla de este santísimo Sacramento, así como *Contemptus mundi* en el cuarto libro, o otros, si hallare. Mas, si con la oración estuviere muy recogido y devoto, no cure de leer. Acabada la Misa, recójase media hora, o una, y dé gracias al Señor por tan gran merced de haber querido venir a establo tan indigno. Pídale perdón del ruín aparejo y suplíquele le haga mercedes, pues suele dar gracia por gracia.[200]

Hasta aquí las palabras de la primera carta; en otra, que comienza: «Plega a Nuestro Señor», enseña a un sacerdote la manera de este aparejo. Dice así:

La primera cosa que se debe considerar, es mirar que aquel Señor con quien imos a tratar es Dios, y hombre, y junto con esto considerar la causa, por qué al altar viene. Cristo, señor, eficacísimo golpe es para despertar a un hombre considerar de verdad: «¡A Dios voy a consagrar, y a tenerlo en mis manos, y hablar con Él, y a recibirle en mi pecho!» Miremos esto y, si con espíritu del Señor, esto se siente, basta y sobra para que de allí nos resulte lo que hemos menester para, según nuestra flaqueza, hacer lo que en este oficio debemos. ¿Quién no se enciende en amor con pesar: «Al bien infinito / voy v. a recibir»? ¿Quién no tiembla de amorosa reverencia de Aquél de quien tiemblan los poderes del cielo y no de ofenderle, sino de alabarle, y servirle? ¿Quién no se confunde y gime por haber ofendido aquel Señor que presente tiene? ¿Quién no confía con tal prenda? ¿Quién no se esfuerza a hacer penitencia por el desierto con tal viático? Y, finalmente, esta consideración, cuando anda en ella la

200 Carta 8: I, 303 s.

mano de Dios, totalmente muda y absorbe al hombre, y le saca de sí, ya con reverencia ya con amor, ya con otros afectos poderosísimos, causados de la consideración de su presencia, los cuales, aunque no se sigan necesariamente de la consideración, nos son fortísima ayuda para ello, si el hombre no quiere ser piedra, como dicen. Así que, señor, ejercítese en esta consideración, y enciérrese dentro de su corazón, y ábralo para recibir aquello que de tal relámpago suele venir.

Y habiendo puesto otras consideraciones admirables, dice más abajo:

¡Oh, señor, y qué siente un ánima cuando ve que tiene en sus manos al que tuvo nuestra Señora, elegida y enriquecida en celestiales gracias para tratar a Dios humanado, y coteja los brazos de ella, y sus manos, y sus ojos con los propios! ¡Qué confusión le cae! ¡Por cuán obligado se tiene con tal beneficio! ¡Cuánta cautela debe tener en guardarse todo para Aquel que tanto le honra en ponerse en sus manos, y venir a ellas por la palabra de la consagración! Estas cosas, señor, no son palabras secas, no consideraciones muertas, sino saetas arrojadas del poderoso brazo de Dios, que hieren y transmudan el corazón, y le hacen desear que, en acabando la Misa, se fuese el hombre a considerar aquella palabra del Señor: *Scitis quid fecerim vobis?* [201] ¡Oh señor, quien supiese: *Quid fecerit nobis Dominus* en esta hora! ¡Quién lo gustase con el paladar del ánima! ¡Quién tuviese balanzas no mentirosas para lo pensar! ¡Cuán bienaventurado sería en la tierra! ¡Y cómo, en acabando la Misa, le es gran asco ver las criaturas, y gran tormento tratar con ellas, y su descanso sería estar pensando: *Quid fecerit ei Dominus*, hasta otro día que tornase a decir / Misa! Y si alguna vez diere Dios esta luz, entonces conocerá cuanta confusión y dolor debe tener, cuando se llega al altar sin ella, que quien nunca la ha sentido no sabe la miseria que tiene cuando le falta.

f. 209 r.

Prosigue con otra consideración ternísima de la causa por qué el Señor viene al altar, y remata:

Concluyamos ya esta plática tan buena, y tan propia de ser obrada y sentida y supliquemos al mismo Señor, que nos hace una merced, nos haga otra, pues dádivas suyas, sin ser estimadas, agradecidas y servidas, no nos serán provechosas; antes, como san Bernardo dice, que el ingrato *eo ipso pessimus, quo optimus*.[202] Miremos todo el día cómo vivimos, para que no nos castigue el Señor en aquel rato que en el altar estamos. Y traigamos todo el día este pensamiento; «Al Señor recibí, a su mesa me senté, y mañana estaré con Él», y con esto huiremos todo mal, y esforzaremos al bien.[202 bis]

201 Io. 13, 12.
202 Cf. San Bernardo, *Sermon in diversis*, 27, n. 6: ML 183, 615.
202 bis Carta 6: I, 296-299.

A estas cláusulas del santo Maestro Ávila añade el padre fray Luis de Granada las siguientes:

> Estas palabras nos declaran por una parte lo que este varón de Dios sentía del aparejo para tratar este tan alto Sacramento, y por otra, nos da materia para llorar, considerando con cuán diferente aparejo celebra el día de hoy la mayor parte de los sacerdotes. Y pues, por falta de este aparejo y reverencia, dice el Apóstol que castigaba Dios a los fieles de Corinto,[203] no es maravilla que por esta misma culpa, castigue hoy Dios con tantos azotes al pueblo cristiano, pues los que tienen por oficio aplacar a Dios, y ofrecerle sacrificio por los pecados del pueblo, lo hacen de tal manera que han menester quien aplaque a Dios por ellos, y así viene a cumplirse lo que amenaza Dios por su profeta, diciendo: *Busqué entre ellos algún varón que interviniese por ellos, y me fuese a la mano, para que no destruyese a la tierra, y no le hallé; y por esto derramé sobre ellos mi ira.*[204]

Hasta aquí el senti- / miento de este gran Maestro. v. Dios nos dé el sentimiento que piden cosas tan graves.

Capítulo XX

De lo que sentía de la dignidad del sacerdocio

Alcanzó el santo Maestro Ávila un conocimiento grande, un justo aprecio de la dignidad y excelencia del oficio sacerdotal. Reverenció este grado tan levantado en la Iglesia, con una gran estima, penetró sus obligaciones, al modo que lo alcanzaron los santos y doctores de la Iglesia. Colígese de varias cartas suyas, escritas a sacerdotes, en que les pone delante las obligaciones de su estado, la pureza de vida y santidad que pide, y lo que abraza ser sacerdote de Dios, cuya ponderación tan excelente y grave, no pudo salir sino de un pecho muy lleno de un alto conocimiento, conseguido con la práctica y con superior luz de Dios, para alumbrar a muchos que ignoran la gravedad de este estado.

203 Cf. 1 Cor. 11, 30-32.
204 Ez. 22, 30-31; *Vida*, Parte I, c. 3, § 5.º.

Fue muy celoso, con deseos y afectos ardentísimos, de que se conociese la perfección que pide el estado sacerdotal, que se tomase con los fines, para que le instituyó el sumo Sacerdote Cristo; procuró con grandes ansias, y trabajó mucho para que todos fuesen perfetos sacerdotes. Hacíales muy de ordinario pláticas, en especial a sus discípulos, y a otros que se juntaban, viniendo tal vez cansado de los ejercicios del día; y a algunas personas pías, que, compadecidas de sus enfermedades, le decían que para qué predicaban tanto a unos pocos sacerdotes, respondió, porque aquellos habían de ser los que en diferentes partes habían de predicar la ley evangélica. Gemía con tierno sentimiento que no hubiese muchos sacerdotes que llorasen los pecados del mundo, y muy de ordinario le vieron en la iglesia parroquial de Montilla aconsejar a los clérigos que tuviesen dolor de
f. 210 r. las ofensas que contra Dios se hacían, procu- / rando en esto su remedio, aconsejaba y persuadía esto a los sacerdotes, y de verdad éste es su oficio, no pretensiones, no escribir libros profanos, no novelas ni comedias, no llenar los teatros de quimeras, que estraguen las costumbres.

Tuvo muy gran reverencia y respeto a este ministerio santo, y generalmente a todas las cosas de la Iglesia, y decir que el culto divino y cosas sagradas se habían y debían honrar con gran perfección y verdadera estimación, como cosas dedicadas al servicio de tan gran Dios y Señor; y que con particular reverencia y humildad se debían tratar, respetar y obedecer a los sacerdotes, por el alto oficio que tienen, y ser relicarios del mismo Dios.

Llegó a hacer tanto aprecio de esta dignidad, que decía que los cabellos y barba del sacerdote, no los había de tocar hombre seglar, sino otro sacerdote, y guardarlos con gran recato, y así lo hacía este siervo de Dios, y algunas veces le igualaba la barba el licenciado Juan Alonso del Moral, clérigo presbítero de Montilla, que lo contaba.

Al paso que reconoció las obligaciones del sacerdote, temía el rigor de la cuenta que de ellas le han de pedir. Murió en Baeza un sacerdote ejemplar, de quien jamás se entendió haber hecho cosa indigna de su estado; dejó gran fama de sus virtudes y vida;

mandó en su testamento le dijesen un gran número de Misas por su alma; consultaron al padre Maestro Ávila por orden del obispo de Jaén, si sería bien, atento que el sacerdote había sido de tan loables costumbres, repartir alguna parte del dinero de las Misas entre pobres (apretaban las necesidades), estuvo un poco suspenso, y respondió: «Díganle Misas, pues que dijo Misa». Coligióse en la respuesta el don de consejo y el aprecio y estima que hacía del orden sacerdotal.

No lo declara menos otro caso. Un clérigo de Montilla, llamado Lorenzo García, muy recogido y virtuoso, murió el día que había hecho un año que había dicho la primera Misa; visitóle en su enfermedad el padre Maestro Ávila, mereció-/ lo su virtud. Habiendo v. muerto, vinieron dos o tres clérigos de la villa y le dijeron: «Padre Maestro, ahora acaba de expirar el buen Lorenzo García; hoy hace un año que dijo la primera Misa». Respondió: «¿Un año que es sacerdote? gran cuenta tiene que dar, recojámonos a rogar a Dios por el difunto, y supliquémosle nos dé gracia para que nosotros demos cuenta buena de tantos años como ha que somos sacerdotes». Despidiéronse los clérigos, y él se recogió a su oratorio; así lo cuenta quien se halló presente al caso.

Empero, ninguna cosa así declara el concepto que el gran ministro de Dios tenía de la dignidad sacerdotal, como sus palabras mismas. Pidióle consejo un mancebo si tomaría órdenes de Misa; servía en un hospital; respondióle estas palabras:

> En otros tiempos, cuando se estimaba el sacerdocio en algo de lo mucho que es, no lo recibía nadie, sino era para ser obispo, o tener cura de ánimas, o alguna persona eminente en la predicación de la palabra de Dios; y los demás, que eran eclesiásticos, quedábanse en ser diáconos o subdiáconos, o de los otros grados más bajos, y entonces tenían grados bajos y vida altísima, todo lo cual está ahora al revés, que los que tienen el grado supremo del sacerdocio no tienen vida para buenos lectores o ostiarios; creed hermano que no otro, sino el diablo, ha puesto a los hombres de estos tiempos en tan atrevida soberbia de procurar tan rotundamente el sacerdocio, para que, teniéndolos subidos en lo más alto del templo, de allí los derribe;[205] ca la enseñanza de Cristo no es ésta,

205 Cf. Mt. 4, 5 ss.

sino hacer vida que merezca la dignidad, y huir de la dignidad, y buscar más santa y segura humildad, aun en lo de fuera, que ponerse en lo alto, a donde más y mayores vientos combaten.

¡Oh, si supiésedes, hermano, que tal había de ser un sacerdote en la tierra, y qué cuenta le han de pedir cuando salga de aquí! No se puede explicar con palabras la
f. 211 r. santidad que se requiere para ejercitar ofi- / cio de abrir y cerrar el cielo con la lengua, y, al llamado de ella, venir el Hacedor de todas las cosas, y ser el hombre hecho abogado por todo el mundo universo, a semejanza de nuestro maestro y redentor Jesucristo en la cruz. Hermano, ¿para qué os queréis meter en tan hondo piélago, y obligaros a cuenta tan estrecha para el día postrero, pues, por bajo estado que tengáis, aun os parecerá aquel día gran carga, cuánto mas si os cargais de carga que los hombros de los ángeles temblarían de ella?

Buscad el modo de vivir que más segura tenga vuestra salvación, y no que más honra os dé en los ojos de los hombres, que al fin este consejo os ha de parecer bien algún día a vos, y a cuantos lo contrario os dijeren; los cuales, como no saben qué cosa es ser sacerdote, y como tienen los ojos puestos no en la cuenta que se ha de pedir, sino en cómo vean un poco honrado en los ojos del mundo a su hermano, primo o pariente, o amigo, meten al pobre en lazo tan temeroso y paréceles que quedan ellos en salvo, y que el otro allá se lo haya con Dios. Consejo es hermano éste averiguadamente de carne, y de aquí vienen muchos a tomar y hacer tomar este sacrosanto oficio por tener un modo con que mantenerse y hacerse entender que lo quiere[n] para servir a Dios. ¡Oh abusión tan grande de evangelizar y sacrificar por comer, ordenar el cielo para la tierra, y el pan del alma para el del vientre! Quéjase de esto Jesucristo nuestro Redentor, porque no le buscan por él, sino por el vientre de ellos, y castigarles ha como a hombres despreciadores de la Majestad divina. Cierto, mejor sería aprender un oficio de manos, como muchos santos de los pasados lo hicieron, o entrar en un hospital a servir a los enfermos, o hacerse esclavo de algun sacerdote, y así mantenerse, que, con osadía temeraria, atreverse a hollar el cielo, para pasar a la tierra, estándonos mandando nuestro Dios y Señor lo contrario.

Veis aquí, hermano, lo que os aconsejo que hagáis, si
v. queréis agradar a Dios y per- / manecer en su santo servicio. Y esto es lo que siento del santo sacerdocio, al cual querría más que reverenciásedes de lejos, que no abrazásedes de cerca, y que quisiésedes más esta dignidad por señora que por esposa; y, si algo hubiéredes de hacer, sea tomar grado de epístola, y después de dos o tres años, de Evangelio, y quedaos allí, si no hubiere unas grandes conjecturas del Espíritu Santo, que es Dios servido a levantaros al grado más alto, y estáis muy bien donde estais, sin blanca de renta, mucho mejor que en Roma con cuanto tiene el que os convida con ella. Sabed conocer la dignidad de los enfermos, a quien servís, y

sabed llevar las condiciones de aquellos a quien tratais, y haced cuenta que estáis en escuela de aprender paciencia, y humildad y caridad, y saldréis más rico que con cuanto el Papa os puede dar.[205 bis]

A esto añade el padre fray Luis estas razones:

Hasta aquí son palabras de la carta, en las cuales se ve claro cuán diferente concepto y estima tenía este padre de la dignidad sacerdotal de lo que los hombres ahora tienen; los cuales, tan sin escrúpulo y aparejo, procuran esta dignidad, como si fuese algún oficio mecánico, más para buscar mantenimiento para sus cuerpos que remedio para sus ánimas. Y cual es la entrada en este santuario, tal es la devoción y reverencia con que lo tratan. A algunos por ventura parecerá riguroso este parecer, tomando para esto por argumento la costumbre de los tiempos presentes, mas este padre pesa las cosas con el peso del santuario que dijimos, esto es, con la estima que de la dignidad tuvieron los santos antiguos, por cuyo parecer él se regía, y no por el que la malicia o la mudanza de los tiempos tiene. San Cipriano, en una de sus epístolas, declaró al pueblo que había hecho lector a un mancebo, porque había sido muy constante en la confesión de la fe en medio de los tormentos; y por esto se excusa de no haber tomado su parecer para esto, como era costumbre, diciendo que no era necesario el testimonio y aprobación / de f. 212 r.
los hombres, donde intervenía el de Dios. Digo, pues, que si para dar a uno el grado de lector, que es de las órdenes más bajas, tanto consejo era menester, ¿qué se necesario para la dignidad de sacerdote, la cual rehusó san Marcos evangelista, y el glorioso padre san Francisco, y acetó san Agustín, mas no por su voluntad, sino forzado por obediencia de su obispo? Pues por el parecer de estos se gobernaba este padre, y no por el juicio, y estilo de los tiempos.[206]

PLÁTICAS DEL PADRE MAESTRO ÁVILA PARA SACERDOTES

Capítulo XXI

Dijo un hombre de gran porte que no podía hallarse más eficaz remedio para sacar a los sacerdotes de tibiezas, y hacerlos muy devotos y ejemplares, y

205 bis Carta 7: I, 300-302.
206 *Vida*, Parte I, c. 3, § 4.º.

que dijesen Misa con el fervor y espíritu que tan alto Sacramento pide, como leer y ponderar las dos pláticas que el santo Maestro Ávila hizo para sacerdotes; es de lo mejor que escribió este varón apostólico; comunmente no andan en sus obras; pusiéronse en la impresión última, que alcanza a pocos; y, porque este libro de su vida se ha escrito principalmente para los sacerdotes, ha parecido conveniente ponerlas en este lugar. Al que no las tuviere, habrémosle hecho un gran bien, y ellas son tales que no en muchos libros, más en láminas de oro, debieran estar escritas en los sagrarios de las iglesias, y que sirvieran de espejo en que se mirasen los sacerdotes. Hízolas en ocasión de un concilio diocesano en Córdoba; imprimiéronse para que las ponderasen y rumiasen continuamente todos los sacerdotes; son bastantísimo libro.[206 bis]

PLÁTICA PRIMERA

Grande es la alteza del beneficio que Dios nos ha hecho en llamarnos para el alteza del oficio sacerdotal; pues que, habiendo tantos a quien lo poder encomendar, *elegit*
v. *nos ab omni viventi*.[207] Si elegir sacerdotes enton- / ces era gran beneficio, ¿qué será ahora en el Nuevo Testamento, cuyos sacerdotes somos como el sol en comparación de la noche? ¡Oh divina bondad, que tanto se manifestó en levantar hombres a tal alteza, que ponga en las manos de ellos su poder, su honra, su riqueza y su misma persona. ¿Quién no se tendrá por muy beneficiado de Dios con ser poderoso en la tierra para hacer descender el fuego del cielo? Mas, que Dios le elija para le consagrar y cuán presto venga su Majestad, siendo llamado; mayor beneficio es que lo que se cuenta de Josué, cuando hizo estar quedo el sol, como dice la Escritura, que no hubo día tan largo, *obediente Domino voci hominis*.[208] Más grande día es éste y mayor, pues allí se quedó el Señor donde estaba y aquí toma ser sacramental donde no lo tenía.

¿Quién con tanta ligereza obedece a su mayor, con cuanta Cristo a sus sacerdotes? ¡Oh gran lección nuestra! ¡Oh admirable ejemplo, del cual cierto, se puede con mucha razón decir: *Si ego Dominus et magister!* [209] Si estando glorioso, y en tiempo de ser servido de tantos ángeles en el cielo, como lo estoy, me bajo yo a os obedecer con tanta presteza y de buena gana, ¿cuánta más razón será que vosotros me obedezcáis a mí y a todos por mí?

206 bis *Obras completas*, II, 1284-1294,1295-1312.
207 Cf. Eccli. 45, 4.
208 Ios. 10, 14.
209 Cf. Io. 13, 14.

¿Quién, después que ha comulgado, no queda atónito y con profunda humildad no dice al Señor con san Juan: *¿Tú, Señor, vienes a mí?*[210] ¿Qué sacerdote, si profundamente considerase esta admirable obediencia, que Cristo le tiene, mayor a menor, rey a vasallo, Dios a criatura, tendría corazón para desobedecer a Nuestro Señor y sus santos mandamientos, y para no perder antes la vida que su obediencia? ¿Quién alzaría el cuello contra su mayor, quién no se abajaría a su igual y menor? Viendo esto, san Juan se espantó y dijo: *Ego a te debeo baptizari et tu venis ad me?*[211] Y así podríamos nosotros decir: «Yo Señor, había de ir a ti y obedecerte, ¿y Tú vienes a mí?» Y así ha de tener el sacerdote vergüenza de ser soberbio.

Acordémonos, padres, cuando alguna cosa de los mandamientos de Dios se nos hiciere dificultosa, de esta obediencia, humildad y amor con que Dios / obedece a la f. 213 r.
voz del hombre en la consagración. Allí representamos su sagrada persona, y decimos las palabras en persona de Él; y aquella honra que, antes de encarnado daba a los ángeles, que decían en persona de Dios: *Ego Dominus*,[212] ya se ha pasado a los sacerdotes, los cuales dicen: *Ego te absolvo; Hoc est corpus meum, in persona Christi*.[213]

¿Quién contará el alteza de honra donde nos sube? ¿Cúyo corazón no se regala, como el de Simeón,[214] tratando a Cristo con sus manos, mirándole con sus ojos, y siendo traído tan de lejos mediante la lengua, ser abrazado y metido tan cerca de sí, tan dentro de sí, en el mismo pecho? Quien quisiere honrar a Cristo, acuérdese de esta honra que recibió de Él. Quien fuera del altar quisiere andar compuesto y con el peso que debe, acuérdese de cuán engradecido estuvo, cuán importante negocio trató en el altar. Si el demonio, la carne o el mundo le tentare fuera del altar, acuérdese de cuán preciado beneficiado fue de Dios en el altar, y diga con Josef: *¿Cómo puedo hacer este mal, y pecar contra el Señor Dios mío?*[215] Mas, si los sacerdotes no somos piedras o demonios, viendo que el Señor se ata con nuestras palabras, se deja prender con cadenas de amor de nuestras indignas manos, ni te[r]nemos corazón ni lengua, ni ojos, ni manos, ni pecho, ni cuerpo para le ofender, porque nos veremos todos enteros consagrados al Señor con el trato y tocamiento del mismo Señor.

Los moros que van a Meca a ver el zancarrón de Mahoma, se tienen por tan bienaventurados en lo ver, que muchos de ellos se sacan los ojos, porque habiendo visto con ellos cosa tal, les parece que le hacen desacato si, con los mismos ojos, miran otra cosa. ¿Cómo, rey mío, emplearé mis ojos en mirar vanamente faz de mujeres y cosa que sea indecente, pues se emplean en mirarte a ti que eres limpieza y hermosura infinita? Con mucha razón,

210 Cf. Lc. 5, 8; Mt. 3, 14.
211 Cf. Mt. 3, 14-15.
212 Ex. 10, 12 *passim*.
213 *Rit. Rom.*, tit. 3, c. 2, 2; *Miss. Rom.*, Ordo Missae, canon.
214 Cf. Lc. 2, 28.
215 Gen. 39, 9.

por cierto, mandaste Tú que todos los tuyos se saquen los ojos que los escandalizan,[216] y con mucha más razón nos los debemos sacar los sacerdotes. Quiero decir que
v. los mortifiquemos, por el acatamiento que se debe a / la vista de tu sagrada persona. La lengua del sacerdote llave es con que se cierra el infierno y se abre el cielo, y se alumbran las conciencias, y consagra a Dios. Si quisiéremos, padres, pecar con la lengua, pidamos otra lengua prestada; que esta con que consagramos a Dios, y hacemos tan admirables efectos, en ninguna manera se sufre emplearla en servir al diablo con ella. *Nugae in ore sacerdotis blasphemiae sunt, consecrasti os tuum Evangelio, talibus aperire non licet. Si nugae blasphemiae sunt, inquit Bernardus.*[217]

Mirémonos, padres, de pies a cabeza, cara y cuerpo, y vernos hemos hecho semejables a la sagrada Virgen María, que, con sus palabras, trajo a Dios a su vientre, y semejables al portal de Belén, y pesebre, donde fue reclinado, y a la cruz, donde murió, y al sepulcro, donde fue sepultado. Todas estas cosas son santas, por haberlas Cristo tocado, y de lejas tierras las van a ver, y derraman de devoción muchas lágrimas, y mudan sus vidas, movidos por la gran santidad de aquellos lugares. ¿Por qué los sacerdotes no son santos, pues es lugar, donde Dios viene glorioso, inmortal, impasible, como no vino a los otros lugares? Y el sacerdote lo trae con las palabras de la consagración, y no lo trajeron los otros lugares, sacando la Virgen. Relicarios somos de Dios, casa de Dios y, a modo de decir, criadores de Dios; a los cuales nombres conviene gran santidad. ¿Quién será aquel tan desventurado, que, siendo de Dios tan preciado y honrado, dé consigo en el lodo y hediondo cieno de los pecados? ¡Oh padres míos! Bienaventurados somos, si sabemos conocer y nos queremos aprovechar del gran precio y estima con que somos honrados por Dios. Y ¡ay!, y ¡ay!, ¡ay de nosotros si siendo tan preciados de Él, ni nos preciamos a nos, ni le preciamos a Él.

¡Oh palabra, que hiere más que afilada espada, la que dijo Dios a los sacerdotes pasados por el profeta Malaquías: *Filius honorat patrem, et servus dominum suum. Si ergo Pater ego sum, ubi est honor meus? et si Dominus ego sum, ubi est timor meus? dicit Dominus exercituum. Ad vos, o sacerdotes, qui despicetis nomen meum.*[218]
f. 214 r. ¡Que te des- / precian, Señor, tus sacerdotes, los tan preciados de Ti, los que te deben tan justamente servicio, los levantados por ti sobre la dignidad de los ángeles; siendo Tú honra de ellos, ellos deshonra de Ti! ¡Nunca cosa tan fea se oyó, vio ni obró! Y si de aquéllos se queja Dios, y con mucha razón, ¿qué harán de nos, que somos más beneficiados que aquéllos, y era razón que escarmentáramos en el castigo de aquellos? Conozcamos, padres, que no respondemos al Señor con el precio y

216 Cf. Mt. 5, 29.
217 S. Bernardo, *De Considerat.*, lib. 2, c. 13, 22: ML 182, 756.
218 Cf. Mal. 1, 6.

honra, que era razón. No añadamos pecados sobre pecados, como aquellos que respondieron: *In quo despeximus te?*[219] No plega a Dios que sobre nuestros pecados, se añada también ceguedad de conocerlos.

Muy lejos estamos, padres, de aquella santidad que nuestro oficio demanda; y, si esto no conocemos, ciegos estamos. Más limpios y resplandecientes habemos de ser, dice Crisóstomo, que los rayos del sol.[220] *Luz del mundo y sal de la tierra* nos llama Cristo.[221] Lo primero, porque el sacerdote es un espejo y una luz en la cual se han de mirar los del pueblo, para que, viéndola, conozcan las tinieblas en que ellos andan, y les remuerda el corazón, diciendo: «¿Por qué no soy yo bueno, como aquel sacerdote?»; y llámanse sal, porque han de estar convertidos en un sabrosísimo gusto de Dios, tanto que el que tocare sola su habla y conversación, por derramado que esté y disgustado de las cosas de Dios, cobre gusto de ellas y pierda el gusto de las cosas malas. La gente del pueblo, con sus ocupaciones, ni tiene luz ni gusto de las cosas de Dios. Para esta olla de carne proveyó Dios que fuesen los sacerdotes fuego, lumbre y sal, como gente que ha de tener tanto de esto, que haya para sí y para otros.

Y, considerando esta alteza de santidad, que aquel santísimo oficio demanda, ha habido muchos, aunque de muy buena vida, que no se han atrevido a recibir tal dignidad, quiriéndola mas por señora que por mujer. San Marcos fue uno de aquestos, y san Francisco otro; el cual, siendo rogado de muchos que, pues era ordenado de diácono, se ordenase de Misa y yendo él por un camino pensando en esto y enco- / mendándose a Dios, le v.
apareció un ángel con una redoma muy clara, llena de un licor más claro y resplandeciente, y le dijo: «Francisco, tan clara como este licor ha de ser el ánima del sacerdote.» Y era tan grande el resplandor de este licor que san Francisco, con ser san Francisco, cotejando la limpieza de su ánima con aquel resplandor, le pareció no tener suficiente disposición para ser de Misa, y nunca jamás lo osó ser. Otros muchos hubo, en los padres del yermo, de excelente santidad y venerables canas, que oliendo que los querían echar esta dignidad encima, se iban huyendo de sus monasterios a tierras extrañas. Veían estos la alteza de este estado y cuán gran santidad pide; y, aunque mucha tenían, parecióles poca para oficio tan alto. Y nosotros no conocemos la dignidad sacerdotal; y por esto no sólo no huímos de ella, mas, lo que mucho es de llorar, que, siendo faltos de santidad, la buscamos y pretendemos y, como gente ignorante, corremos a ella, poniendo los ojos a lo honroso de ella y no en la obligación que consigo trae de gran santidad.

Para bien alcanzar esto, padres, es ser sacerdotes: amansar a Dios cuando estuviere enojado con su pueblo; tener experiencia que oye Dios sus oraciones, y que les da lo

219 Cf. Mal. 1, 7.
220 San Juan Crisóstomo, *De Sacerdot.*, lib. 6, 4: MG 48, 681.
221 Mt. 5, 14.13.

que piden; tener íntima familiaridad con él; y tener virtudes más que de hombres y que pongan en admiración a los que los vieren. Hombres celestiales o ángeles terrenales han de ser los sacerdotes; y aun, si pudiera ser, mejor que ellos, pues tienen un oficio más alto que ellos.

Y porque con más autoridad entendamos cuales hemos de ser, miremos a nuestro padre san Pedro, al cual, en figura de Leví, dice Dios, por Malaquías: *Pactum meum cum eo fuit vitae, et pacis.*[222] Y como quien nos conocía, nos amonesta a los sacerdotes qué tales debemos ser: *Vos, autem, genus electum.*[223] No de carne y sangre, mas nacidos de Dios, hijos suyos, semejables en las costumbres a Él. No viene bien ser hijo del diablo, como lo es el pecador, para ser sacerdote. Hijo adoptivo de Dios y muy amado de Él, que tal es razón que sea el que ha de
f. 215 r. consa- / grar al muy amado e Hijo natural de Dios Padre. Sois *sacerdocio real;* reyes santos que regís vuestra voluntad y pasiones conforme a la ley de Dios, y rigiéndoos bien a vosotros, regís al pueblo, dándole mayores beneficios y ejercitando cosas de mayor poder que los reyes de la tierra sobre sus vasallos. Reyes sois de la tierra, porque la despreciáis; reyes de los hombres, porque los regís según Dios. A los demonios mandáis; con Dios podéis tanto que lo traeis a vuestras manos, y de airado le volvéis manso. ¿Quién hay que reino tan conforme, rico y preciado posea? Y, en testimonio de esta verdad real, está mandado que los sacerdotes traigan corona, la cual no es rasura que traemos encima de la cabeza, más los cabellos cercenados por las orejas, aunque ahora, con la costumbre tan usada, no se parece esta corona, por andar sin cabellos. *Reyes somos y gente santa,* dice san Pedro, el cual aun a los legos pide que lo sean. ¡Cuánto más a nosotros, a los cuales dice el Señor: *Sancti stote quoniam ego sanctus sum!*[224]

Diciendo voy esto y hiriéndome el corazón, mirándome que habiendo de tener santidad, no creo que tengo el principio de ella. *Gente santa, pueblo que Dios ha ganado,* y se llama heredad y hacienda de Él, porque es la principal posesión de Dios en la tierra, en la cual ha de coger fruto en sí y en los otros. Los sacerdotes somos particularmente diputados para honra y contentamiento y guarda de sus leyes en nos, y en los otros. Y si algún tiempo vivimos en las tinieblas de nuestros pecados, ya el Señor *nos llamó,* dice san Pedro, de aquella ceguedad y nos trajo *a su admirable lumbre,*[225] dándonos su gracia y su lumbre de su divina dotrina, con que nosotros enderecemos nuestros pasos conforme a la voluntad de Dios y hechos lúcidos, anunciemos a los que están en tinieblas, las virtudes y bondades de aqueste Señor, que las ejercitó con nosotros.

Tales, padres míos, y tan calificados, debemos ser los

222 Cf. Mal. 2, 5.
223 1 Petr. 2, 9.
224 Lev. 19, 2.
225 Cf. 1 Petr. 2, 9.

que oficios tan calificados tenemos; y la poca estima en que este oficio es tenido, y la mucha facilidad con que se toma, / y la poca santidad con que se trata, no son bas- v.
tantes causas para que, en el juicio de Dios, se les deje de pedir la buena vida que el tal oficio demanda; no es oficio que, por santo y muy santo que sea un gran hombre, se deba atrever a buscarlo. Enviado ha de ser de Dios para ello, y por revelación invisible, u obediencia de perlado, o consejo de persona, a quien deba creer. Y aun entonces debe temblar con el peso que le echan a cuestas, que basta para hacer temblar hombros de ángeles. Y si hasta aquí habemos sido poco cuidadosos en mirar la grandeza del beneficio que Dios nos ha hecho y negligentes en el servir, sea su santo nombre bendito, que nos ha esperado hasta ahora, sufriendo los desacatos que le habemos hecho, y en el mal tratamiento de su cuerpo santo y sangre y los otros pecados y negligencias que habemos cometido. Y no sólo sufriendo mas, con deseo de nuestra enmienda y salvación, nos ha enviado perlado, que por la misericordia de Dios, trae celo de nos ayudar a ser los que debemos. No trae gana de *enriquecer, no de enseñorearse en la clerecia,* como dice san Pedro,[226] mas de apacentarnos con buena doctrina y con buen ejemplo y ayudarnos con todo lo que Él pudiere, así para el mantenimiento temporal, que es lo menos, como para que seamos sabios y santos, los más sabios y santos del pueblo, como san Isidoro dice.[227] A los perlados manda san Pedro que hagan estas cosas con la clerecía, y [a] la clerecía manda que sea humilde y obediente a su perlado. Y, si cabeza y miembros nos juntamos a una en Dios, seremos tan poderosos, que venzamos al demonio y que libertemos al pueblo de los pecados; porque, así como la maldad de la clerecía es causa muy eficaz de la maldad de los seglares, así hizo Dios tan poderoso al estado eclesiástico, que, si es el que debe, influye en el pueblo toda virtud, como el cielo influye en la tierra. Y de esta manera cobraremos la estima que habemos perdido con el pueblo; *cobraremos los años* perdidos *que la langosta* de nuestra negligencia nos *ha comido;*[228] seremos agradables a los / ojos de aquel Señor que, pues- f. 216 r.
tos los ojos suyos sobre nosotros, quiso elegirnos, entre todos, para su alabanza, familiar trato y servicio; y ganaremos nuestras ánimas y las de muchos; y seremos dignos de este excelente nombre de sacerdotes de Dios, y mereceremos, con su gracia, reinar con él en su gloria. Amén.

PLATICA SEGUNDA

Para tratar lo que conviene a la dignidad del altísimo oficio sacerdotal que tenemos, de manera que tan grande bien no se nos torne mal, me parece traer aquí en medio

226 Cf. 1 Petr. 5, 3.
227 San Isidoro de Sevilla, *Sent.*, lib. 3, c. 35, 1: ML 83, 707.
228 Cf. Ioel 2, 25.

las palabras del profeta David, que en sí mismas nos enseñen y muevan a lo que conviene saber y tener, para que, viendo nosotros que un rey temporal, con tanto cuidado sabe tan bien pedir lo que ha menester, y el mucho afecto con que lo pide, nos esforcemos nosotros, pues nuestra dignidad y peligro es mayor, a pedir y desear lo que nos conviene. Las palabras son: *Bonitatem, et disciplinam, et scientiam doce me,*[229] que parecen ser una cosa con los *tres panes* que el Señor dice que habemos de pedir a nuestro vecino, para *poner delante de nuestro amigo, que viene de camino*[230] cansado.

¡Válame Dios, si los hubiesen ya dado en rostro las vanidades de este mundo, que, como sombras, se pasan; los placeres sucios de la carne, que, durando tan poco, se escotan con tormentos eternos; y si oyésemos con interior oreja la justa amonestación de David: *Filii hominum, usque quo,*[231] etc.! *Básteos,* dice por Ezequiel Dios, *los pecados que habéis hecho, casa de Israel.*[232] ¡Oh qué justa demanda! ¿Hasta cuándo, padres míos, habemos de hallar gusto en pecar? Ahítase un hombre de comer perdices y otros buenos manjares; y esle pesado continuar un ejercicio, aunque sea bueno; ¿por qué no nos dará en rostro el manjar que mata, el ejercicio que es la misma maldad? Sentia esto san Agustín cuando decía llorando: *¿Cuándo será, Señor, el fin de mis suciedades?*[233] y quejábase reciamente de la tardanza que había tenido en desengañarse
v. en los engaños de las criaturas y en / venir en conocimiento de Dios: *Sero te cognovi, pulchritudo tam nova; sero te cognovi, pulchritudo tam antiqua.*[234] ¡Ay de aquel que no está cansado de ofender a su Criador, y que, después de haber gastado su vida andando fuera de sí, no recibe descontento de ello y no entra en sí y tiene hambre de la enmienda de su vida, viendo cuán poco contentamiento ha hallado en la pasada! Y quien esto hiciere, y con amargas lágrimas hubiere purgado su corazón de las malas aficiones en que recibía gusto y hartura, podría decir a Nuestro Señor de verdad: *Mi amigo ha venido de fuera, y no tengo qué ponerle delante; préstame, Señor, tres panes*[235] para remedio del cansancio y hambre que trae, pues la vida pasada, ni verdadera hartura ni verdadero contentamiento le ha podido dar.

Y porque David, aunque en algún tiempo pecó, otro lloró, y le fue muy más amargo el lloro que sabroso el pecado, y tuvo interior hambre de la virtud y gracia del Señor, pídele con todas sus entrañas que le dé pan de *bondad,* y pan de *disciplina,* y pan de *ciencia;* en las cuales palabras nos enseña lo que debemos pedir y el orden con que lo debemos pedir. La bondad es mejor y lo primero; y el segundo lugar, tiene la disciplina; y el

229 Ps. 118, 66.
230 Cf. Lc. 11, 5-6.
231 Ps. 4, 3.
232 Cf. Ez. 44, 6.
233 San Agustín, *Confess.,* lib. 8, c. 12, 28: ML 33, 795.
234 San Agustín, *Confess.,* lib. 10, c. 27, 38: ML 32, 795.
235 Cf. Lc. 11, 5.

tercero, la ciencia. Si no hay bondad, ¿qué aproveha la ciencia, ni buen ejercicio, ni profecía, ni hacer milagros? ni, aunque todo lo tengas, si la caridad, que hace bueno a un hombre, le falta, osadamente dice san Pablo: *Nihil sum.*[236] No se engañe nadie en pensar que ha de poner otra cosa en el primer lugar de su cuidado y de su deseo, sino procurar de ser el que debe, y que, por entender en la salvación de los otros, él no se pierda. Muy usada sentencia es, mas plegue a Dios sea tan entendida, cuanto común: *¿Qué aprovecha al hombre que gane todo el mundo si pierde su ánima?*[237] Esto nos quiso decir aquel sabio luchador y patriarca Jacob en los grandes sudores y trabajos que pasó por alcanzar a Raquel. Y después viniéndole su hermano al encuentro y temiendo no le matase su gente, puso en la frontera la mujer e hijos menos amados, y par / de sí a Raquel y al hijo querido,[238] f. 217 r. con intento que, si peligro hubiese, alcanzase a lo que menos valía y quedase guardado lo que más. José deja la capa en las manos de la mala mujer por escapar la vida;[239] y Susana se ve en aprieto de pecar, o de perder la vida, y escogió perder la vida del cuerpo antes que ofender a Dios, y libróla Dios de lo uno y de lo otro.[240]

He dicho esto para que tengamos hambre de alcanzar la virtud, la gracia del Señor, el ser siervo suyo, como David, que *pedía una cosa,*[241] y espiritualmente entendida es estar en la gracia del Señor. Y con este corazón pide aquí bondad primero que todo. Mas, si como fue rey fuera sacerdote, no se contentara con decir: *Señor, dadme bondad, sino dadme santidad.*[242] Porque el peso con que se pesaban las cosas del templo, que se habían de ofrecer a Dios, era mayor que el peso común que se usaba fuera del templo, para que entendamos que el peso de las virtudes de los que tratamos con Dios y andamos en su casa y le ofrecemos sacrificio, ha de ser mayor que el de la gente común; y le debemos exceder tanto en la santidad, cuanto en la dignidad; la cual no es invención mía, sino verdad de la Iglesia; en el ofertorio de la misa del Santísimo Sacramento, dice: *Sacerdotes Domini incensum, et panes offerunt Deo, et ideo sancti erunt Deo suo.*[243]

Yo, padres, tiemblo de aquellas palabras; cuchillo me es y causa de gran confusión, viendo que me pide santidad, y, por ventura, no tengo bondad. ¡Oh cuán presto pasamos por esto! y ¡cuán poco sentimos la altísima alteza de esta dignidad! Y por eso ni tenemos temor de meternos en ella ni de administrarla después, ni aun por ventura tenemos compunción de cuán bajos quedamos para ser los que debemos, según lo pide tal dignidad.

236 Cf. 1 Cor. 13, 2.
237 Mt. 16, 26; Mc. 8, 36.
238 Cf. Gen. 33, 2.
239 Cf. Gen. 39, 12.
240 Dan. 13, 22 ss.
241 Ps. 26, 4.
242 Cf. Ps. 118, 66.
243 Cf. Ier. 21, 6; *Miss Rom.*, Fest Ssmi. Corp. Christi, offertor.

No era este oficio, padres míos, sino para gente escogida de Dios, que excediese a los otros en virtud, como el rey Saul excedía a todo el pueblo de los hebreos.[244]
v. Y / San Isidro dice que el más santo y más docto que hubiere en el pueblo, aquél sea elegido en sacerdote.[245] Somos, padres míos, no sólo sacrificio de Dios, cuya parte se quemaba en honra de Dios y otra parte comían los hombres; todos enteros habemos de ser encendidos con el fuego del amor divinal, como el holocausto, que todo era quemado en honra de Dios, sin que llevasen nada los hombres. Y a quien le pareciere esta santidad mucha, y dificultosa, oiga la causa, y, por ventura, le parecerá que aun no se pide tanto cuanto ella merece.

Pedís, Madre Iglesia, que seamos santos vuestros sacerdotes. ¿Por qué es carga tan grande, que sólo oirlo hace temblar? Vos lo declaráis diciendo: *Incensum, et panes offerunt Deo.* ¿Tan gran cosa es ofrecer incienso, y ofrecer panes, cuanto más, si son los de la proposición, que en el templo de Salomón se ofrecían? ¿Para incensar y para ofrecer unos panes, pedís santidad? Pues ¿qué será para incensar espiritualmente y ofrecer un *pan que del cielo vino*,[246] Jesucristo Nuestro Señor, figurado en aquellos panes, y que, siendo uno, vale más que todos juntos, y más que el mundo y el cielo y cuanto en él está criado?

¡Oh, qué gran negocio es incensar y ofrecer este santo sacrificio, y andar estas dos cosas juntas, porque para hacer bien y ser valerosos no se ha de partir una de otra! El incienso es orar; y aquel ha de tener por oficio el orar, que tienen por oficio el sacrificar, pues que es medianero entre Dios y los hombres, para pedirle misericordia; no a secas, sino ofreciéndole el don que amansa la ira, que es Jesucristo Nuestro Señor. De este cargo, que el sacerdote tiene de orar, dice san Crisóstomo las siguientes palabras: «El que tiene oficio de legado por una ciudad —mas ¿qué digo por una ciudad? antes por todo el mundo universo— y ruega que Dios se amanse a los pecados de todos, no solamente de los que viven, mas de los muertos,
f. 218 r. ¿qué tal piensas que debe de ser? Y no pienso que / la confianza de Moisén y Elías es bastante para tal oración; porque, como hombre, a quien le es encomendado el universo y que es padre de todos, así se ha de llegar, rogando se deshagan los alborotos; y que se pacifiquen todas las cosas; y que se ponga fin y remedio a todos los males, privados y públicos; de manera que tanto ha de exceder a todos con ifluencia de virtud este tal rogador, cuanto excede y se diferencia en el mismo oficio. Pues, cuando llamare al Espíritu Santo, y sacrificare aquella Hostia digna de reverencia, y tocare al Señor de todos, díme, ¿dónde pondremos a este tal con vuestra estimación? Dime, ¿cuánto resplandor pediremos que tenga y cuán gran reli-

244 1 Reg. 10, 23.
245 S. Isidoro de Sevilla, *Sent.* lib. 3, c. 35, 1; *De eccles. offic.*, lib. 2, c. 5, 15-16; c. 4: ML 83, 707; 785, 788.
246 Cf. Io. 6, 42.

gión? Párate bien a pensar qué tales conviene que sean aquellas manos que son ministras de cosas tan grandes; qué tal ha de ser la lengua que pronuncie tales palabras, o qué cosa ha de haber más limpia y más santa, que el ánima de aquel que ha de recibir tal espíritu».[247]

A mí, padres, espántanme mucho estas palabras, que piden tan gran fuerza de oración, que aproveche a todo el mundo; para lo cual dice este santo que le parece es pequeña la confianza de Moisén y de Elías, el uno de los cuales con la fuerza de su oración alcanzó perdón para aquel grande ejército que por el desierto iba,[248] el otro cerraba el cielo cuando le parecía para que no lloviese, y abríalo cuando quería, y con su oración traía fuego del cielo, y mataba vivos, y también, con su oración, daba vida a los muertos.[249] ¡Ay de mí, si la confianza de estos aun no basta para la oración que el sacerdote ha de hacer por todo el mundo; pues que, siendo mi oficio mayor, no llego, ni con mucho, a la fuerza del orar, ni a la santidad de aquellas personas! ¡Oh! Cuando seamos presentados en el juicio de Dios y nos hagan cargo de las guerras que hay, de las pestilencias, de los pecados, de las herejías, y de todos los males espirituales y corporales que hay en el / mundo; y por ventura amargará entonces v.
haber sido sacerdotes, y les parecerá la honra de besarles la mano, de las ricas vestiduras, de la honra sacerdotal y aun de la renta, carga tan pesada que, por todo el mundo, no la quieran haber tomado sobre sus hombros.

Cosa recia de pensar que, no siendo yo para orar por mi, y que he menester ayuda de mis vecinos, para que me amansen a Dios, a quien yo he provocado a ira con mis pecados, y siendo tan poco espiritual que ni siento, ni lloro mis defetos ni pecados, me pidan tan vivos sentidos y entrañas tan encendidas en caridad, que sienta los males de todo el mundo, como si fuera padre de todo el mundo; y tenga tal santidad, que me ose oponer a la ira de Dios y tornarle, de enojado, pacífico, y de castigador, perdonardor. De Aarón cuenta la Escritura que, andando el fuego del castigo de Dios quemando la gente de los reales, tomó el incensario en la mano y se puso entre los muertos y los que quedaban vivos; llorando, incesando al Señor e hizo que parase su ira.[250] Padres, ¿háles acaecido esto algunas veces? ¿Han peleado tan fuertemente con Dios, con la fuerza de la oración, que queriendo Él castigar y suplicando que no lo hiciese, haya dicho Dios: *¡Déjame que ejercite mi enojo!*[251] y no querer vosotros dejarle, y, en fin, vencerle? ¡Ay de nos, que ni tenemos don de oración ni santidad de vida para ponernos al encuentro de Dios, estorbándole que no derramase su ira!

Y aun no sé si entendemos el mismo don de oración; porque, como san Jerónimo dice, este negocio de oración

247 S. Crisóstomo, *De Sacerdot.* lib. 6, 4: MG 48, 680 ss.
248 Cf. Ex. 32, 10-14; Núms. 14, 13 ss.
249 Cf. Reg. 17, 18.
250 Cf. Núms. 16, 47-48.
251 Cf. Ex. 32, 10-14.

más se hace con gemidos que con palabras;[252] y aquél solo sabe gemir como debe para que su oración tenga fuerza, a quien el Espíritu Santo le enseñare este modo de orar. De esto nos avisa san Pablo, diciendo: *Nosotros no sabemos qué ni como habemos de orar; mas el Espíritu Santo ora por nosotros con gemidos que no se pueden contar.*[253] El Espíritu Santo en sí mismo ni padece ni
f. 219 r. gime; dícese que / pide con gemidos, que no se pueden contar, porque hace gemir a nuestros corazones gemidos que no se pueden contar. ¿Qué andamos pidiendo que nos digan cómo habemos de orar en el «memento»: quién pondré primero, quién pondré después, para que, en espacio de dos o tres credos, pasemos aquellos por la memoria? ¡Y con esto pensamos que habemos bien obrado, y procedemos luego a la consagración! ¡Oh dolor grande! ¿Y así se ha Dios de amansar? ¿Y así se ha de alcanzar la paz de las guerras, la fe para los infieles, la conversión para los pecadores y el estar los justos en pie? ¿Con cosa que tan poco cuesta pensamos alcanzar cosa de tanto precio? ¿Y oración que parece de burla ha de alcanzar cosas de tanto tomo y verdad? Gemidos, gemidos nos son pedidos, y no que salgan de sentimiento de cosa temporal, ni que salgan de voluntad guiada por razón, mas inspirados por el Espíritu Santo, tan imposibles de ser entendidos por los que no los tienen, que aun los que los tienen no los saben contar.

Padres mios, ¿saben qué tales han de ser los gemidos que debemos dar los sacerdotes en el acatamiento de Dios, pidiendo remedio para todo el mundo? Como dice san Basilio, que así como en el oficio sacerdotal representamos la persona de Jesucristo Nuestro Señor, así la habemos de representar, e imitar en los gemidos, y oración que el oficio sacerdotal pide.[254] Párense bien a pensar en su rincón, cuando se aparejan para decir Misa, con qué afecto, compasión, gemidos y lágrimas, puesto el Señor en la cruz, derramando la sangre de fuera, oraría de dentro por todo el mundo; y procuren de le pedir semejanza de aquel espíritu, parte de aquel corazón tan espinado, para que, pues nos llegamos a rogar en su nombre por todo el mundo, y le tenemos en el altar en las manos, tengamos en el corazón la semejanza de sus gemidos, para que como Él, ofreciendo con lágrimas, como dice san Pablo, *fue oído* del Padre *por su reverencia*,[255] así nosotros, orando
v. y gimiendo a semejanza de Él, seamos oídos / por Él.

Y si algunos, entre los cuales soy yo, se atemorizaren y confundieren de ver la sequedad de su corazón en la oración, del poco sentimiento que tienen de los males ajenos, la poca fuerza y poca santidad para que en su oración hagan fuerza al Omnipotente, y que sus gemidos son tan breves y fáciles, que quienquiera los puede contar; y, en fin, si se ve lejos de tener aquel don de ora-

252 Cf. Pseudo-Agustín. 47, 1: ML 39, 1.838.
253 Rom. 8, 26.
254 Cf. San Basilio, *Moral.*, reg. 56, c. 5: MG 31, 186 s.
255 Hebr. 5, 7.

ción infundido por el Espíritu Santo, tan necesario para bien ejercitar el oficio sacerdotal de ser abogado por los hombres en el tribunal de Dios; y si este tal, así atemorizado y confundido, me preguntase: «Padre, ¿qué haré, que muy lejos estoy de tener y saber los negocios de esta oración?» decirle he que, si no es sacerdote, que no tome oficio de abogar, si no sabe hablar. Y diría yo que no sé con qué conciencia puede tomar ese oficio quien no tiene don de oración, pues que de la doctrina de los santos y de la Escritura divina parece que el sacerdote tiene por oficio, según habemos dicho, orar por el pueblo; y este orar, para ser bien hecho, pide ejercicio, costumbre y santidad de vida, apartamiento de cuidados, y, sobre todo, es obra del Espíritu Santo y don suyo particular, no dado a todos, mas de a quien Él quiere; y a quien lo daba en el principio de la Iglesia oraban y gemían, como dice san Crisóstomo, y enseñaban a los otros a orar. Quien no tiene estilo de abogar en la audiencia divina, distintísima de la audiencia de acá, y que, puesto de rodillas, cuando no haya oración vocal que rezar, está como un mudo delante de Dios, ¿con qué desvergüenza tomó el oficio de orar sin lengua del cielo? Y aunque este tal lo hace muy mal, no sé si lo hace peor el perlado que ordena sin examinar en esta calidad al que ha de ser ordenado; porque, como maestro y guía, y por la mucha experiencia que ha de tener de la fuerza y provecho de la oración, como san Gregorio dice, ha de tener experiencia que su oración es tan poderosa delante de Dios que alcanza lo que le pide;[256] debe este tal desengañar al que, / sin f. 220 r.
tener este don, se quiere ordenar, porque no caya sobre él la falta del otro.

Mas ¿qué hará quien es ya sacerdote? Que llore, porque inconsideradamente lo fue, sin pararse a contar muy despacio, como el Señor dice, si tenía *suficientes expensas para edificar en sí la torre* altísima de la majestad sacerdotal; y tema, y mucho tema, no le acaezca lo que el Señor dice, que, viendo que no tuvo la que era menester para la edificación de la torre, hagan burla de él y digan: *Este hombre comenzó a edificar y no lo pudo acabar.*[257]

Libra, Señor, por tu misericordia a cuantos estamos aquí y a todos los que son tus ministros, no mofen de nosotros los demonios en el infierno, dándonos en rostro que, teniendo alteza de sacerdocio, tuvimos vida muy baja, indigna y desproporcionada de tal dignidad. Temamos, padres, temamos; que juez tenemos a quien dar cuenta, y cuenta más estrecha que la gente del pueblo, la cual, como ha recibido menos, dará menos cuenta; mas a nosotros se endereza de en lleno en lleno aquella terrible y verdadera palabra que dijo el Señor: *A quien mucho es dado, mucho le será pedido.*[258] Y en un psalmo que David cuenta de la venida de Dios a juzgar, lo primero que cuenta es que dijo Dios al pecador: *¿Por qué cuentas mis*

256 San Gregorio Magno, *Reg. pastor.*, p. 1.ª, c. 10: ML 77, 23.
257 Cf. Lc. 14, 28-30.
258 Lc. 12, 48.

justicias por tu boca?[259] Si rezar los psalmos, las oraciones, si las palabras de Dios, es cosa indigna del pecador, que ha de entrar en juicio sobre ello, ¿qué será tomar en la boca, sin el debido aparejo, a Jesucristo Nuestro Señor, y consagrarle, y faltar en las cosas principales que el sacerdote debe hacer?

No sé, padres, cosa más lastimera; y, pensando algunas veces en ella, casi me faltan las fuerzas y enflaquece el corazón. ¡Que un sacerdote, tan honrado de Dios que, a su llamado, venga del cielo y se ponga en sus manos y lo aplique para bien del mundo; y, aunque su obra se hace en la tierra, su negocio se hace en el cielo y sube su voz hasta el trono de Dios y se despachan por ella negocios importantísimos en persona de la Iglesia, aunque él sea malo; que éste, con tanta alteza de honra y reverenciado de príncipes y / reyes de la tierra y de ángeles v. del cielo, y conocido de Dios por ministro, descienda al infierno por su mala vida y sea atormentado de los demonios el que acá a ellos atormentaba, y que sea desamparado de Dios, y dejado de Él para siempre en tormentos enternos! Quien cotejare la honra de acá, el estar en el altar vestido con vestiduras benditas y ricas, tan cercado de Dios, tan familiar a Él; y cotejare, de otra parte, la escuridad, bajeza, hedor, tormentos, demonios, que nunca se acabarán para siempre jamás, del infierno, no sé si tendrá fuerza para considerar la grandeza de tanto mal después de haber pasado por tanto bien.

Despertemos, padres, despertemos con tan recio tronido: «¡Que van al infierno sacerdotes de Dios!» Beda cuenta en su *Historia*, de un hombre, que fue llevado al otro mundo y vio el purgatorio y el infierno, y que, estando allá, vio que los demonios llevaban tres ánimas, dando ellos grandes gritos y risa, y ellas amarguísimos gemidos; y una de ellas conoció ser de mujer, y otra de lego, y otra de clérigo.[260] Más cuentos muchos más de estos, que dan testimonio de condenación de ministros de Dios, que nos deben poner cuidado de mirar cómo vivimos, y entender que, si el sentarnos a la mesa de Dios es cosa dulcísima y de mucha honra, que debemos tener vida conforme a la dignidad, y estar *vestidos de justicia*, como dice David,[261] y como se representa en las vestiduras sagradas que nos vestimos; porque no nos diga el Señor: *Amigo ¿cómo entraste aquí sin tener vestidura de boda?*[262] y nos echará en aquellas tinieblas de fuera de la sala de Dios, donde está la lumbre, y paguemos allí el escote del manjar celestial que aquí comimos con *comer allí asensios*, y beber *hiel de dragones*, según dice la Escritura,[263] y, aunque tarde, llegará el castigo de lo que aquí poco caso hicimos. *El que come, y bebe indignamente*, come y bebe *juicio*, que quiere decir, come con-

259 Cf. Ps. 49, 16.
260 Beda el Venerable, *Hist. eccles. Gentis Anglorum*, lib. 5, c. 12: ML 95, 249.
261 Cf. Ps. 131, 9.
262 Mt. 22, 12.
263 Ier. 9, 15; Deut. 32, 33.

denación, *y bebe para sí*.[264] Súfrenos el Señor y calla, esperandonos a penitencia; mas líbrenos su misericordia de cuando se enoja con un oficial / suyo, que el tiempo f. 221 r.
que le da para penitencia lo gasta en hacer más pecados. *Sabe* muy bien, porque es sapientísimo; *podrá*, porque es poderosísimo, sin haber quien lo resista; *querrá*, porque es justísimo, castigar al tal oficial, o dejándole morir sin penitencia verdadera, aunque tenga lugar y tiempo para lo hacer, o matarlo ha súbitamente, estando hablando o haciendo otra cosa.

Cosa cierta es, y no creo ha un mes que acaeció, que yendo un cura de un lugar a otro, bueno y sano, encima de su mula que llevaba, se le adelantó un poco el mozo, al cual le pareció que la mula salía de camino, y corrió para lo alcanzar; y violo echar espumarajos por la boca, sin poder hablar, y a cabo de poco le quitaron de la mula, y sin más hablar expiró; y contómelo otro cura, en cuyas manos murió. En otras partes, pocos días ha, me cuentan que han muerto otros dos; y agora, una legua de aquí, súbitamente se cayó uno muerto en la sacristía. Y aunque estas muertes son recientes, no son nuevas; que cosa es ésta muy usada; y, por esto, señal de mayor ira de Dios con sus ministros: *Si repente interrogat, quis respondebit ei?*[265] Y, como san Gregorio dice, dar Dios término, y aprovecharse de él el hombre para aparejar la conciencia y responderle en su estrecho juicio, señal es de su misericordia, y consuelo para el que ha de ir a juicio;[266] mas de llevar a uno súbitamente, es preguntar a deshora; cosa terrible para quien lo pasa y de mucho escarmiento para quien lo oye.

Tornando, pues, al propósito, los que esta carga tomamos sin medir nuestras fuerzas para si la podíamos llevar o no, lloremos nuestro atrevimiento; lloremos los males que habemos hecho, los malos ejemplos que habemos dado; y aun no basta esto: lloremos los males que han venido por nosotros, la santidad de vida, la fuerza en la oración que era menester para ir a la mano del Señor y recabar de Él misericordia y perdón en lugar de castigo; que, si hubiese en la Iglesia corazones de madre en los sacerdotes que amar- / gamente llorasen de ver muertos en pecados v.
a sus espirituales hijos, el Señor, que es misericordioso, les diría lo que a la viuda de Naím: *No quieras llorar*,[267] y les daría resucitadas las ánimas de los pecadores, como a la otra le dio su hijo vivo en el cuerpo. Bajemos, padres, nuestras cabezas y nuestras obras se llenen de confusión. Y atraviese dura espina de dolor nuestro corazón, y pidamos perdón a Dios y al mundo, de que a Él no le habemos servido conforme a la alteza y honra en que nos puso, y al mundo, de que no le habemos evitado muchos males y alcanzándole muchos bienes; que, si nosotros fuéramos

264 1 Cor. 11, 29.
265 Cf. Iob 9, 12.
266 Cf. San Gregorio Magno, *Moral.*, lib. 11, c. 42, 57: ML 75. 978 s.
267 Lc. 7, 13.

los que debíamos, le hubiéramos librado de mal con nuestra oración y sacrificio y alcanzándole muchos bienes de cuerpo y de ánima.

Así pasa, padres, así pasa; y, si esto bien se sintiese, no nos vagaría gastar tiempo ocioso, ni osaríamos hablar palabras ociosas, ni traeríamos los ojos altos, ni daríamos lugar a otros cuidados, porque éste nos tendría y traería tan poseídos, que, por dar buena cuenta de él, aflojaríamos de las otras cosas. San Pablo dice a los legos: *Fornicatio aut omnis immunditia, aut avaritia, nec nominetur in vobis, sicut decet sanctos; aut turpitudo, aut stultiloquium, aut scurrilitas, quae ad rem non pertinet; sed magis gratiarum actio.*[268] Mírese que aun lo que llaman acá gracias, no consiente decirse. Y la causa es, porque *no hacen al caso*, a nuestro negocio. ¿Y cuál negocio es este de tanta importancia, que ni admite malas palabras ni vanas glorias? Cierto, el cumplir la voluntad de Dios entre tantas ocupaciones de quebrantarla. Siendo nacido en la tierra, procurar hacerse violencia y combatir y ganar el cielo, cosa es que no admite burlería ninguna; y quien esto no siente, no procura de ir allá. Y si al propósito de un buen lego no convienen estas cosas, ¿cuán lejos conviene que estén del negocio que el sacerdote tiene entre manos, pues tiene oficio que le pide más santidad y cuidado de aprovechar a los otros?

Muy buena respuesta es, para cuando la maldad o vanidad combatiere, o la negligencia o pereza nos amo-
f. 222 r. nestaren, o hol- / ganza, acordarnos del negocio que entre manos tenemos, que es de oponernos a Dios, para que hiera a nosotros y derrame su misericordia y perdón sobre los culpados.

No es esta, padres, invención mía; palabras son de Dios, y de aquel Dios que nos ha honrado con hacernos ministros suyos, que nos ha de tomar en cuenta y ponernos los cargos de nuestra residencia, entre los cuales declara uno: *No os pusistes por muro en favor de la casa de Israel, para estar en pie en la guerra, en el día del Señor.*[269] Y en otra parte dice: *Yo busqué entre ellos un varón que se interpusiera, y estuviera contrario a mí en favor de la tierra, que no la destruyera, y no lo hallé; y derramé sobre ellos mi enojo, y consumílos con el fuego de mi ira.*[270] Quiere el Señor que, aunque el pueblo consuma la vida, esté tan atemorizado de Dios, que no ose parecer delante de Él ni alzar los ojos al cielo, que su sacerdote, con la limpieza de su vida, con la familiaridad amigable y trato particular entre él y el Señor, esté derribado con temor como los otros, mas tenga una santa osadía para estar en pie, y llegar al Señor, y suplicarle e importunarle y atarle y vencerle, a que, en lugar de azote pesado, envíe su deseada misericordia. Y esto quiere decir lo que cada día hacemos en el sacrificio de la Misa; que, estando el pueblo arrodillado y humillado, el

268 Cf. Eph. 6, 3-4.
269 Cf. Ez. 13, 5.
270 Cf. Ez. 22, 30-31.

sacerdote está en pie en el altar, negociando con Dios, en testimonio de la santa osadía y de lo que mucho vale para estar en pie en el día de la guerra del Señor, cuando quisiere castigar a su pueblo.

Padres míos, por este arancel habemos de vivir, y estos cargos se nos han de poner cuando muriéremos; y de estas palabras de Dios entenderemos que la causa de haber derramado Dios su enojo sobre su pueblo y habernos consumido enviándonos pestilencias, y infieles que nos venzan, herejías que han nacido, y tanta abundancia de pecados como hay, y, finalmente, males de cuerpo y ánima, ha sido porque buscó Dios varones de oración que se le pusieran delante, y no los halló ¡Quién pensara que tanto importara el ejerci- / cio de la oración en la Iglesia! ¿Quién v. contará los daños que por falta de ella han venido? Y plega a Dios que, estando nosotros tan ajenos de ella, sepamos llorar los males que por nuestra falta han venido, y entendamos que nosotros somos los ojos de la Iglesia, cuyo oficio es llorar todos los males que vienen al cuerpo. Y, para hacer bien este oficio, pongamos ya fin a nuestros malos placeres, y llorémoslos, y andemos con entrañable cuidado, como gente que trae sobre sus hombros una carga en gran manera pesada.

Si un hombre, con cuatro o cinco arrobas de peso, anda acorbado, ¿qué haría si le echasen encima una casa entera?, ¿qué, si un pueblo entero?, ¿qué, si grandes ciudades?, ¿qué, si un reino? Pues, si todo el mundo estuviese encima de él ¿tendría fuerza para saltar?, ¿tendría gana de reír? ¿No le apesgaría tanto aquel peso, que, para podello bien llevar, procuraría de alivianarse de todos los otros, y pediría a sus vecinos que le ayudasen, y a Dios, con lágrimas, que le socorriese? Pues, cuando nosotros entendamos que está sobre nuestros hombros la carga de nuestros pecados, bastantísima para hacernos gemir, y la de nuestro pueblo, y, según san Basilio dijo, la de todo el mundo,[271] entonces comenzaríamos a sentir qué cosa es ser sacerdotes, y diremos, como dice la Escritura, *a nuestro padre y a nuestra madre: No sé quién sois; y a nuestros hermanos: No os conozco;*[272] y andaremos cuidadosos de libertarnos de todo, para dar buena cuenta de esto. Y conociendo que mucho nos falta, andaremos rogando a los buenos y a los sabios que nos enseñen a orar, y bien vivir, y que rueguen a Dios por nosotros; y heridos del gemido de no haber sido los que debemos, quitaremos los regalos del cuerpo y el sueño a los ojos; con penitencia rigurosa y amargas lágrimas, pediremos al Señor perdón de haber sido malos ministros y de no haber entendido la honra del alteza en que nos puso, y por eso habemos sido *comparados con los jumentos, y hechos semejables a ellos;*[273] porque el Señor, que, por su misericordia, nos escogió para su servicio y culto divino, nos haga dig- / nos y santos, para ofrecerle incienso de f. 223 r.

271 Cf. San Basilio, *De Baptismo*, lib. 2, q. 12: MG 31, 1.623 s.
272 Cf. Deut. 33, 9.
273 Cf. Ps. 48, 13-21.

limpia y eficaz oración, y para consagrar y ofrecer el cuerpo de su santísimo Hijo, de manera que quede nuestra conciencia confortada y por bastantes conjeturas consolada de que de las tres cosas que al Señor pedimos: *bondad, disciplina y ciencia,* nos ha dado la primera; y si no con aquella perfección que a los santos sacerdotes pasados, a lo menos aquella con que en su gracia vivimos; y ejercitemos aqueste dignísimo y santísimo oficio con aquella diligencia que nuestra flaqueza, ayudada con el favor de Dios, pudiere.

Porque una cosa es usarlo casi sin ningún respeto, como muchos lo hacen, a los cuales está aparejada la eterna damnación, como gente que fue desacatada al mayor misterio y oficio que hay en la tierra; y otra cosa es que, ya que un sacerdote no vela toda la noche en oración, a lo menos tiene sus ratos diputados para ella. Y una cosa es no tener cuenta con su conciencia, o tan poca, que es casi nada, y otra tener su rato diputado y señalado para examinarse y juzgarse, y traer mediano cuidado para no ofender al Señor mortalmente, antes aprovecha de bien en mejor, aunque en estas cosas no alcance aquello que desean ni lo que otros mejores que él; porque, así como tiene el Señor en su pueblo miembros suyos que están en gracia, aunque imperfectos y flacos, también entre sus ministros, ninguno es razón que haya malo; mas sufridora cosa es que haya flacos, con condición, que lo que les falta de la medida que habían de tener, lo suplan con el conocimiento de sus defectos, y con lágrimas, con que se laven, y con el propósito y deseo de se mejorar; porque esta moneda, aunque parece de poco valor, recibida es en el tribunal de Dios; y como san Bernardo dice: *El deseo y cuidado de la perfección, por perfección se reputa.*[274] De manera que, desterrada toda tibieza, procurando cada día ser más leales y agradables al Señor, que nos escogió, le sirvamos en su santo altar, como debemos, para que pasemos al cielo,
v. a gozarlo en su gloria, Amén. /

De sus enfermedades

Capítulo XXII

Grande estima hace Dios de las enfermedades, que, si bien son pensiones de la vida, mayormente si se alarga, dan materia de paciencia, y ésta de grandes merecimientos, haciendo los dolores de forzosos vo-

274 San Bernardo, *Ep.* 254, 3: ML 182, 460.

luntarios. Parece las da Dios a sus mayores amigos por premio de señalados servicios, porque sin duda labran muy preciosa la corona, y son, en los varones santos, un ejercicio continuo de todas las virtudes, a que corresponde el premio; y esto se ha visto aun con ventajas mayores en hombres de letras, que han gastado la vida en continuos trabajos en beneficio de las almas. San Juan Crisóstomo, en algunas partes de sus obras, hace alarde de sus calenturas continuas, vómitos, dolores de cabeza, desganas de comer, falta de sueño, flaqueza de estómago y desmayos. San Agustín glorioso refiere en algunas de sus cartas, que sus enfermedades eran muy ordinarias, y que no podía andar, ni estar en pie, ni sentado, por las muchas hinchachones y aberturas de los pies, y de otras partes. San Gregorio Papa escribe de sí que, por el mal de la gota, tenía ya el cuerpo seco, y que pocas veces podía andar en pie, y que no tenía otro consuelo, sino la esperanza de la muerte. Y en una carta escribe ser tantas y tan graves sus enfermedades, principalmente de la gota, que por dos años no se había podido librar de la cama, y en ella apenas había podido interrumpir los gemidos, ni sufrir tan grande afán. Y añade: *Ut cruciatum meum non possim gemitu interrumpente tolerare, quotidie in morte sum, et repellor a morte.* Sus dolores de estómago, tan sabidos, dan motivos a intercesiones a los que padecen este trabajo. El gran doctor san Jerónimo estuvo por los años últimos de su vida tan quebrantado que no podía moverse en el lecho, sino asiéndose a una soga que pendía del techo de la celda. San Bernardo es consuelo general de enfermos, así por las razones que da para la to-/ lerancia como por las enfermedades que escri- f. 224 r.
be haber padecido. El venerable Beda tuvo muchos años asma, falta de respiración, tos continua y un perpetuo hastío de la comida. San Isidro, arzobispo de Sevilla, padeció intolerables dolores de estómago; largo fuera referir los santos varones y mujeres que gran parte de su vida padecieron gravísimas dolencias, y apenas hay persona de espíritu, que no haya sido probada con dolores. Porque es gran verdad la que dijo san Honorato, obispo de Arlés, a quien, enfermo, visitaba san Hilario, que, viéndole padecer tan excesivos dolores, afirmó que le tenía más com-

pasión por ellos que por la muerte; respondióle el santo obispo: «¿Qué sufro yo en esta hora para lo que los santos padecieron? Los grandes varones sufren muchas cosas, y nacieron para dar ejemplo de paciencia». Otros muchos santos pudiéramos añadir a los dichos.

No quiso Nuestro Señor que el santo Maestro Ávila saliese de este mundo sin semejante labor, sin prueba de tan heróica paciencia, ni que caminase por otro camino que el que llevó Cristo nuestro bien, que fue de cruz; puede con verdad llamarse varón de dolores, y que supo qué eran enfermedades; y si fue grande en la predicación, mayor en el sufrimiento de dolores, cierto crisol de la fineza del corazón humano; puede ponerse al lado de los santos antiguos, que más padecieron. Verificóse en esta parte la visión que tuvo la santa Condesa de Feria, como dijimos:

> Mostróle Nuestro Señor al santo Maestro Ávila, puesto de rodillas en su acatamiento, pidiéndole para sí muchos trabajos, porque a los grandes y fuertes salva Dios por fuertes medios.[275]

Del continuo trabajo de predicar, y más tan largos sermones, con tan gran fervor y espíritu, que hacía estremecer los corazones, se le estragaron todos aquellos miembros interiores que gobiernan nuestro cuerpo, a que ayudó mucho la total falta de regalo, y el áspero tratamiento con que maceró su cuerpo. Estragósele totalmente el estómago, quedándole muy
v. perdido; naturalizáronsele fuertes dolores de / hijada y de riñones, gota artérica, con dolores agudísimos en las conjunturas de los brazos y piernas; dábanle con esto recísimas calenturas. Éranle éstas aun más molestas que los dolores, con ser en extremo grandes, porque, como dijo a un su discípulo, que en sus dolores le era alivio verse parecido a Cristo, que los padeció tan grandes; pero las calenturas le ocupaban muchas horas del día, sin darle lugar a más que a padecer y sufrir, demás que lo recio de los dolores duraba cuando más seis horas y, pasadas, podía rezar y leer, y dar audiencia a los prójimos que venían a aconsejarse con él. Por esta causa solía llamar a las calenturas «impedimentos y estorbos», no haciendo

275 M. DE ROA, *Vida*, lib. II, c. 3, f. 71 r.

caso de la fatiga y quebranto con que le tenían, sino del tiempo que le ocupaban, y no poder emplearse todo en tantos ejercicios de oración ordinaria, enseñanza de prójimos y otros ministerios de almas, teniendo esto por mayor mal que lo molesto de aquel fogoso accidente.

La paciencia y sufrimiento y conformidad con la voluntad de Dios, del padre Maestro Ávila en estos trances fue admirable; duráronle estas enfermedades largos diez y ocho años con muy poca intermisión. En tanta desigualdad de males, conservó tal igualdad de ánimo que ni en el corazón hubo caimiento, ni se vio disgusto en sus palabras, ni enfado en el semblante. La cama no era lugar de dscanso, sino de tormento; no pidió alivio en dolores continuos, antes los deseaba, y en medio de la mayor falta de salud, estaba más sobrado de sufrimiento. En lo apretado de los intensos dolores, en particular de hijada, que, cuando aprietan de veras, parece que son de muerte, la mayor demostración era decir con tierno sentimiento: «¡Señor, ay, ay!», de que colegían los que le curaban la vehemencia del dolor, porque comunmente era el silencio y tolerancia grande. Gozábase en los trabajos, como el labrador en la cosecha, porque cogía frutos para el cielo; teníalos por ganancia para la vida eterna.

Era ordinario en su boca, cuando más le apretaban los do-/ lores: «Señor, más dolor, y más paciencia»; y otras veces: «Señor mío, crezca el dolor, y crezca el amor, que yo me deleito en el padecer por vos». Y otras decía con gran ternura y devoción, en lo fuerte del dolor: «Señor, habeos conmigo, como el herrero, con una mano me tened, y con otra dadme con el martillo». Invocaba de ordinario los dulcísimos nombres de Jesús, María, Josef. Contaban los hermanos, que le asistían, que todos sus suspiros eran por padecer más y más. f. 225 r.

Un día estuvo apretadísimo, y muy angustiado con los dolores, y decía: «¡Ah, Señor, que no puedo!» Aplicábanle en este tiempo remedios, y algunas personas devotas que allí estaban decían la letanía, y el dolor no cesaba. Él, con gran conformidad, les dijo: «Hermanos, esto ha de ser así, hasta que Nuestro Señor quiera».

Otra noche se embraveció la tempestad de los dolores, y con un aprieto grande estaba como anegado; los hermanos que le servían, cansados del trabajo se rindieron al sueño; apagóse la luz, que no deja de ser algún alivio. Iba creciendo la angustia, no quiso despertar los enfermeros, pasaba su aflicción a solas; y, vencido de la fuerza del dolor, pidió a Nuestro Señor se le quitase, y luego durmió un poco, y despertó sin dolor y sin angustia. Dijo entonces a uno de sus discípulos: «¡Oh, qué bofetada me ha dado Nuestro Señor esta noche!» Palabra digna de gran ponderación, lenguaje que no le entenderá la carne y sangre, mas entendíalo este varón de Dios, porque conocía el valor y mérito de la paciencia en los dolores, y veía que con su petición había perdido parte de este mérito, y, junto con esto, reconocía que Nuestro Señor le había humillado y dado conocimiento de su flaqueza, pues rehusó, como flaco, llevar la carga. Mas, comúnmente, así padecía como si gozara, así gozaba como si padeciera, y, como quien tenía todo su bien puesto en el cumplimiento de la divina voluntad, nunca le pareció estar con mayor bonanza que en la mayor tempestad de sus tribulaciones.

No predicó menos desde el lecho que había predi-
v. ca-/do en el púlpito, porque todos los que le visitaban salían muy edificados de verle padecer, y aquella grandeza de ánimo en el ofrecer a Dios lo que padecía; y así lo dijo un día, filosofando sobre esta materia, cuando le apretaban estas enfermedades: «Tan admirable es Dios con el enfermo en el rincón, como con el predicador en el púlpito».

Comenzaron estas enfermedades poco después de los cincuenta años, y, a lo que se ha podido colegir, llegaron a los sesenta y nueve, o setenta y uno, según la cuenta que después haremos, casi continuadamente, con bien moderadas treguas, cosa verdaderamente digna de admiración, y que se cargue ponderosamente el juicio en ella, porque es argumento claro de cuánto agradan a Nuestro Señor los trabajos llevados con paciencia, pues habiendo este gran siervo suyo trabajado tantos años en oficio tan agradable a Dios, como es la predicación, y ganado tantas almas, criado y enseñado tantos discípulos, fundado tantos estudios, trabajando días y noches, y ganando tantas coronas

cuantas almas sacó de pecado, y a cabo de tantos merecimientos, cuando en la vejez hubiera de descansar de tantos trabajos, le proveyó Nuestro Señor de otros incomparablemente mayores que los pasados, pues en aquellos había gusto y consuelo, y en éstos gravísimos dolores. Prueba es ésta bastante de cuán grande sea el mérito de las enfermedades y dolores, pues tan a manos llenas colmó Nuestro Señor a este varón tan santo, a quien sin duda amaba tiernamente. Prueba Séneca, que los trabajos y infortunios de esta vida no son malos, porque los padeció Catón, que él tenía por hombre virtuoso. Con cuánta mayor verdad podemos afirmar que las enfermedades y dolores no son malos, pues el santo Maestro Avila, que tanto sirvió a Dios y le fue tan agradable, los padeció tan grandes. No consiente Dios Nuestro Señor que su gracia y sus dones estén ociosos; donde ve que hay mucho de este caudal da materia en que se emplee, y siendo la mayor de las ganancias la de las tribulaciones, llevadas / con paciencia, en este trato quiere que negocien sus amigos; gánase mucho con poco, porque las tribulaciones de esta vida, que duran un momento, son materia de un eterno e incomprehensible galardón, como lo dice el Apóstol.[276] f. 226 r.

Tenía bien entendida esta filosofía el santo Maestro Ávila. Habiendo ido a visitarle un religioso de la Compañía, y preguntándole el santo Maestro cómo se hallaba, respondióle que la noche pasada había sido para él muy mala. Preguntándole por qué, dijo el religioso que por los muchos dolores y congojas que había padecido, causados de sus achaques. Díjole el venerable Maestro: «No diga vuestra merced que ha sido mala, sino muy buena, muy buena», dando a entender en esta repetición lo mucho que se grangea con Nuestro Señor, padeciendo y conformándose con su voluntad, y las grandes ganancias que él sacaba de sus enfermedades. Concuerda con esto lo que dice en una carta:

> A lo que me pregunta de mi salud, mal me va, pues soy flaco, que, si no lo fuese, no me quitaría Dios los dolores tan presto, como me los quita.

276 Cf. 2 Cor. 4, 17; Rom. 8, 18.

No estaba en las enfermedades ocioso, porque en lo más penoso de ellas, los ratos que se sentía con algún alivio, no dejaba de ayudar las almas en todo lo que podía, consolando y enseñando a muchas personas las cosas necesarias a su salud. Escribía cartas de celestial doctrina, que eran única medicina para cualquier suerte de enfermedades espirituales y trabajos; tenían especial gracia y espiritual eficacia las que se dictaban en estas ocasiones. Cuando se sentía más aliviado, hacía pláticas en monasterios de monjas, de quien tenía particular cuidado, por ser esposas de Cristo; y en las fiestas grandes, en especial del Santísimo Sacramento, predicaba con aquella maravilla, que dijimos, de sanar y enfermar pasados los ocho días.

Y aunque el sufrimiento en las enfermedades tiene gran merecimiento, es incomparablemente mayor el de la paciencia en las injurias; por tanto no quiso
v. Nuestro Señor que el ve-/nerable Maestro Ávila careciese de la segunda corona, de más alta paciencia, y así le quiso sellar con su sello, dándole a beber el cáliz, que él bebió, porque dijo: *No es mayor el siervo que su Señor, si a mí me persiguieron, a vosotros perseguirán, si calumniaron mis obras, también calumniarán las vuestras.*[277] En algunas partes de esta Historia hemos tocado la gran tolerancia que tuvo en las injurias, mayormente en la prisión del Santo Oficio, persecuciones de otros predicadores, y por la irritación de muchos, a quien ofendieron las verdades dichas con tanta energía y celo; diéronle gran materia de sufrimiento, y de gran mérito, cuyo premio ahora goza.

De su feliz tránsito

Capítulo XXIII

Con tan continuos trabajos y largas enfermedades, tengo por cierto pasó este santo varón de los setenta años de edad, porque, aunque no sabemos el año de

277 Io. 15, 20.

su nacimiento, parece bastante prueba decir el padre fray Luis de Granada que comenzó su predicación de los veinte y ocho a los treinta años, y afirmar el padre Juan Díaz, su discípulo, en el prólogo de los sermones del Santísimo Sacramento, que predicó este misterio cuarenta y cinco años, llegan a setenta y tres, aun contando desde los veinte y ocho; otros le da sesenta y nueve, como dijimos en el capítulo pasado. Larga vida, si consideramos un trabajar incansable, frecuentes caminos, predicación continua, rigurosa penitencia, y, lo que más admira, diez y ocho o veinte años de enfermedades. Es Dios Señor de la vida, dala larga a quien la pone en sus manos; mueren muchas veces mozos los que con mayor industria trabajan por conservarla.

Con la edad y enfermedades vino a estar delicadísimo, y, como él dice en la carta primera a un predicador, aconsejándole trabaje moderadamente:

> Y no querría verle como estoy de indiscretos trabajos, que a cada sermón me da una calentura.[278]

Hizo también la edad suerte en la vista, ayudada de un fuerte corrimiento. Dice a don Pedro Guerrero en una carta:

> Desde principio de octubre me ha ido de salud tan flacamente de un dolor de / cabeza y corrimiento a los ojos, que no he podido hacer esto, aunque lo he deseado, y aunque ahora ha cesado el dolor, no el corrimiento, que según dicen va a más andar a hacer catarata. *Sed Domini sumus sine vivimus, sive morimur.*[279] f. 227 r.

Si bien el cuerpo padeció estos ultrajes, el ánimo se fue siempre mejorando, sin que le alcanzase parte de debilidad y de flaqueza, que suelen padecer los viejos, tal vez doctos. Las veces que sus enfermedades le daban alguna tregua, predicaba los últimos años sentado en una silla, mas con la voz tan entera y sonorosa que se oía en cualquier parte de la iglesia; el fervor y la eficacia siempre mayor, y en lo último de la vida cantó con mayor suavidad este divino cisne. Había ya algunos años que residía en

278 Carta 4: I, 285.
279 Carta 178: I, 853.

Montilla, como dejamos escrito, así asistiendo a la Condesa de Feria como detenido de sus enfermedades, en que le acudieron con liberalidad y piedad notable los señores de esta casa.

Habiendo pasado una feliz carrera, peleado varonilmente con los vicios, vencido el mundo, ganado grandes despojos del infierno, quiso Nuestro Señor sacar a su gran siervo de este destierro, y darle la corona merecida por tanto número de almas como encaminó a su servicio, por tantos triunfos como alcanzó del pecado y del demonio, por la palabra divina, tan fielmente predicada, por tan continuos sudores en beneficio de las almas, por tantas enfermedades padecidas con tan singular paciencia; mas no quiso el gran remunerador de trabajos que la muerte careciese de nuevos merecimientos, con los acerbísimos dolores que en ella padeció, a imitación de aquel Señor, que en una cruz murió a sus manos, pareciendo en el morir a quien tanto procuró imitar viviendo.

Por marzo del año de mil y quinientos y sesenta y nueve le apretaron dolores de hijada y los riñones con notable vehemencia; fue pasando el mes de abril, hasta que a los principios de mayo, día de la aparición del Arcángel san Miguel, su gran devoto, le
v. sobrevino un dolor en el hom- / bro y espalda izquierda. Parecióle al padre Villarás que, como fiel amigo, le asistía, que la disposición era muy peligrosa y muy diferente de las pasadas, y así preguntó: «¿Siente vuestra merced que Nuestro Señor le quiere llevar para sí?» Respondió que no. Otro día, por la mañana, vino el médico, y después de haberle visitado le pareció que estaba muy de peligro, y así lo dijo al padre Villarás, y le advirtió que, si tenía que hacer testamento, lo hiciese con brevedad; respondióle el padre que no tenía de qué hacerlo, porque, como había siempre vivido pobre, moría pobre (suma felicidad de un sacerdote). Llegóse el médico al santo Maestro, y le dijo: «Señor, ahora es tiempo en que los amigos ha de decir las verdades, vuestra merced se está muriendo, haga lo que es menester para la partida». Entonces el venerable padre levantó los ojos al cielo, y dijo: *Recordare, Virgo Mater, dum steteris in conspectu Dei, ut loquaris pro nobis bona. Acuérdate Virgen Madre en el acatamiento de Dios*

de alegar en mi favor.[280] Dijo luego: «Quiérome confesar», y añadió: «Quisiera tener un poco de más tiempo para aparejarme mejor para la partida». Habida la nueva del peligro, con notable sentimiento, vino la Marquesa de Priego a visitarle; parecíole que era bien que el padre Villarás le dijese Misa. El le preguntó de quién quería que la dijese, si del Santísimo Sacramento, o de Nuestra Señora, que eran sus especialidades devociones. Respondió que no, sino de la Resurreción, como hombre que comenzaba ya a consolarse con la esperanza de ella. Entonces la Marquesa mandó traer hachas para darle el Santísimo Sacramento por viático y, cuando se lo traían, decía con tierno y amoroso afecto: «Denme a mi Señor, denme a mi Señor». Llegando con el Santísimo Sacramento el padre Villarás, que le traía, le pidió que, por consuelo suyo, y los que estaban presentes, dijese alguna cosa de edificación. Respondió el venerable Maestro que el Señor, que había de recibir en aquel Santísimo Sacramento, había descendido de los cielos a la tierra para remedio, sanidad y consuelo de / pecadores arrepenti- f. 228 r.
dos; que él era uno de ellos y, como tal, pedía se le diesen. Quedaron los presentes edificados de tan grande humildad, recibióle con gran ternura y reverencia. Sería esto entre las ocho y nueve de la mañana, y el dolor que había comenzado la tarde antes se pasó a la hijada izquierda, y subió al pecho y al corazón. Pasada casi media hora, después que recibió la sagrada comunión, pidió la Extremaunción, y diciéndole que aún no era tiempo, que podía esperar algo más, respondió que todavía fuese luego, porque él quería estar en todo su acuerdo para oir y ver lo que en este sacramento se decía y hacía; diéronsele al medio día, estando en todo como había deseado.

El dolor iba creciendo y apretándole el pecho, porque ni en este breve espacio quería nuestro Señor que careciese de merecimieto, pues no había de carecer de galardón eterno. Preguntóle entonces la Marquesa qué quería o madaba que hiciese por él; respondió: «Misas, señora, Misas y aprisa». Palabra que casusó grande admiración en los presentes, y

280 *Miss. Rom.*, offtert. fest. 15 Sept. Septem Dolorum B. M. V.; cf. Ier. 18, 20.

decían: «Si este gran siervo de Dios pide Misas, y muchas, y que se digan aprisa, ¿qué será de nosotros, que tanto hemos ofendido a Dios?». Acudieron sus grandes amigos los religiosos de la Compañía a consolarle y apadrinarle en el último combate. Díjole el padre rector: «Muchas consolaciones tendrá vuestra reverencia de Nuestro Señor». Respondió: «Muchos temores por mis pecados». Palabras que piden el mayor entendimiento para su ponderación.

> Gran jornada, exclama el padre fray Luis de Granada en este paso, debe de ser la postrera, pues un varón tan santo, que tan dispuesto estaba, confesando y diciendo Misa, o comulgando cada día, dice que quisiera tener más tiempo para aparejarse, y gran juicio debe de ser el de esta hora, pues este varón, tan grande siervo de Dios, y que así le había servido, teme el entrar en él, y pide socorro de Misas que sirven para alivio de las penas del purgatorio, porque ya que tuviese algo que purgar, lo cual no se debe creer de tales virtudes y vida, ¿no bastaban vein- / te años de enfermedades, tan agudos dolores, llevados con heroico sufrimiento?, mayormente valiendo mas un día de los trabajos padecidos voluntariamente en esta vida que muchos en las penas de purgatorio, que tienen más de necesidad, que de voluntad.[281]

v.

¡Oh demasiadas confianzas nuestras! Vidas estragadas, desacompañadas del temor que pide aquel momento, que mira una eternidad, a vista de aquella puerta formidable, por donde pasa el alma a padecer o gozar siglos sin fin, de aquel paso en que va la suma de las cosas. ¡Denos Dios luz para acertar en lo que va perder o ganar a Dios eternamente!

Con varios afectos ha dispuesto Nuestro Señor la salida de este mundo de sus siervos, segurísimos de la confianza temerosa y del temor confiado. Fue sin duda el crisol último en que se purificó el alma santa del venerable Maestro Ávila; estos temores de su salvación, la mayor probanza de su virtud y santidad. Aquel grande Arsenio, grande en el mundo, ejemplo y admiración de los yermos, hombre sólo en el aspecto, serafín en el espíritu, llegándose la hora última, comenzó a llorar copiosamente, y a temblar con movimientos notables. Dijéronle sus discípulos: «¿Qué es esto, padre, y tú lloras? ¿Acaso temes?» Él respondió: «De verdad

281 *Vida*, p. III, c 6, f. 72v-73 r.

temo, y este temor, que asi de mi se apodera, siempre le tuve desde que comence a ser monje.» San Armulfo obispo, estando a la muerte, dijo a un amigo suyo que le enconmendase a Dios, porque estaba muy apretado y no le parecía que había satisfecho por sus pecados antiguos, que anudados en un poderoso ejército le acercaban. San Agatón abad, después de una santa vida en un desierto, tembló al morir, por los sobresaltos y congojas de su salvación, y extrañando este temor sus discípulos, les dijo que temía porque sabía que eran muy altos los juicios de Dios y muy diferentes de los nuestros. Abenner, padre de san José, después de cuatro años de penitencia en la soledad, se vio al tiempo de la muerte con grandes congojas y miedos, hasta que su santo hijo le quietó. San Hilarión, / espejo de toda santidad, viendo que su al- f. 229 r.
ma recelaba la partida, la esforzaba diciendo: «Sal, alma mia, ¿qué temes? ¿Setenta años ha que sirves a Cristo, y temes la muerte?» El pacientísimo y inocentísimo Job, que no tenía par ni semejante en la tierra, cuánto mostró el temor que tenía de este juicio, cuando decía: *¿Qué haré cuando se levantare Dios a juzgar?, y cuando me hiciere cargo de mis culpas, ¿qué le responderé?* [282] De esta manera temieron los que con gran luz de Dios penetraron las veras de este juicio, y asi los temores del santo Maestro Ávila, no sólo no son argumento de imperfección, sino de gran perfección y prudencia.

Entre las virtudes que más resplandecieron en el santo Maestro Ávila, con la ocasión de su muerte, fue la humildad que, profunda en la vida, al morir fue profundísima. Esta dio materia a sus temores, porque, mirándose a si con los ojos claros, no halló sino defectos y flaquezas, y descontento de sus obras, por suyas, si bien grandes y de incomparable mérito. Cercaban al santo lecho los religiosos de la Compañía, y como a varón tan santo le decían consideraciones delicadas, muy altas y divinas; él con mucha humildad les dijo: «Padres míos, díganme qué es lo que suelen decir cuando acompañan a los que van a morir por sus delitos». Respondiéronle que les decían tuviesen gran confianza en la misericordia de Dios, porque

282 Iob 31, 14.

era infinita, y se apiadaba de los más rematados pecadores, que de corazón piden perdón. El les dijo: «Padres mios, diganme mucho de eso», con que mostró sentir alivio en sus congojas. Con este santo temor acabó la vida este varón apostólico, dejándonos con este clarísimo ejemplo de su temor, la razón que todos tenemos de vivir y morir con él.

Preguntóle la Marquesa dónde quería se sepultase su cuerpo, mostrando sería su gusto y de la señora sor Ana, Condesa de Feria, que le tenían por padre de sus almas, se enterrase en Santa Clara, mas él respondió que no, sino en el Colegio de los padres de la Compañía de Jesús, a los cuales, como había ama-
v. do en vida, quiso darles esta prenda en muerte. /

Era ya tarde, y el dolor iba subiendo al pecho, y uno de sus discípulos, que tenía un crucifijo en las manos, se lo entregó, y él le tomó con ambas manos, y le besó los pies, y la llaga preciosa del costado, con gran ternura y devoción, y abrazólo consigo; púsole también en la mano una cuenta de indulgencias que el tenía consigo, para que pronunciase el nombre de Jesús; pronunciólo muchas veces con el de Nuestra Señora. Era ya noche, y apretábale mucho el dolor, y él decía a nuestro Señor: «Bueno está ya, Señor, bueno está». Llegó el dolor a las once y doce de la noche, y él perservaba diciendo con voz muy flaca: «Jesús, María, José.»

Poco antes que muriese le dio cierta cosa congojosa, y aunque no dijo qué, dio muestras de estar con pena; volvió los ojos a un cuadro pequeño de un *Ecce Homo*, que estaba colgado en la pared, y habiendo estado mirándole algún espacio, volvió con suma seneridad, y dijo: «Ya no tengo pena alguna de este negocio». El dolor no cesaba, ni él de invocar a Dios y repetir los tres nombres dulcísimos de Jesús, María, José, y cuando le fue faltando la habla, en el movimiento de los labios se conocía decir las mismas palabras. Un padre le tenía el crucifijo en la mano derecha, y otra persona la vela en la izquierda. En todo este tiempo ninguna mudanza hizo en su rostro, ni en los ojos, de las que suelen hacer algunos enfermos, mas antes la serenidad de rostro, que siempre tuvo en vida, conservó en muerte, y apenas estuvo un cuarto de hora sin habla; y con esta paz y sosiego

dio su espíritu a Nuestro Señor. Eclipsóse este gran sol, que alumbraba nuestra España con su esclarecida vida y ejemplos, y aunque fueron tan grandes sus trabajos y dolores, no le quedó aquel día a deber nada su Amo; púsole, como piadosamente debe creerse, en posesión eterna de si mismo, con tanta pujanza de gloria cuanta fue la gracia de que, para su ministerio apostólico estaba lleno, y de aquel pobre aposentico partió rico, vestido de inmortalidad, a ser rey en el reino de la vida./ f. 230 r.

Y cuán grande fue el premio de gloria que allí recibió, decláralo Cristo, nuestro bien, en su Evangelio, diciendo *que el que hiciere, y enseñare*, esto es el que guardare sus mandamientos, y los enseñare a guardar a otros, *será grande en el reino de los cielos.*[283] Y este oficio de doctor tiene en el cielo especial premio, como el de virgen y mártir, que todos concurren en este gran varón, si los dolores pueden hacer mártires, y el deseo denodado de ir a padecer martirio. Los justos, dice Daniel, *resplandecerán como el cielo, mas los que enseñan a otros a serlo, resplandecerán como estrellas en perpetuas eternidades.*[284]

Sucedió esta muerte a los diez de mayo del año de mil quinientos y sesenta y nueve, día del santo Job, según la cuenta del *Martirologio Romano*, en que se nos da a entender que este gran siervo de Dios, no sólo recibió corona de doctor sino también de paciencia, que conservó veinte años de enfermedades.

Entierro y sepulcro del padre Maestro Ávila, y sentimiento que hubo por su muerte

Capítulo XXIV

Como quebrado el alabastro del precioso nardo por la religiosa Madalena a los pies del Salvador, se llenó toda la casa de olor, asi, quebrado el vaso de tierra del frágil cuerpo del santo Maestro Ávila, se sin-

283 Mt. 5, 19.
284 Dan. 12, 3.

tió un olor suavísimo que llenó toda la casa, tan fragante que en el aposento en que murió, y el oratorio, duró más de cuarenta años, y aunque admirable y divino, no igualó al de sus virtudes, con que llenó todo el orbe.

Luego, al punto, la Marquesa envió orden a los conventos de San Agustín y San Francisco, y Colegio de la Compañía, para que se dijesen Misas, confiada eran más gloria accidental del difunto, que sufragio de su alma; la misma diligencia mandó hacer con
v. la clerecía de las iglesias / de Montilla, que es copiosa, y en los demás lugares de su estado.

Fue extraordinario el sentimiento de toda aquella villa, de la muerte del Apóstol que gozaban, y asi, conforme al dolor, fueron las demostraciones. Concurrió todo aquel pueblo eclesiástico y seglar a acompañar y venerar el cuerpo. Fue copioso el concurso, aumentando con gente que vino de la comarca, de manera que no podía pasar el clero y religiones con el venerable cuerpo; todos procuraban tocarle y tomar parte de sus vestidos por reliquias, y besarle los pies, y hacer otras demostraciones, con que ostentaban la gran opinión de santidad que tenían del difunto. Dificultosamente podía caminar la pompa fúnebre, aun defendida de los ministros de justicia, que reparaban del tropel y multitud la gran reliquia. Acompañóle el clero y religiones con cantos eclesiásticos, el pueblo, con lágrimas y llantos, doliéndose de la gran falta que les había de hacer tan gran varón y maestro.

Llegaron apenas a la iglesia del Colegio de la Compañía, corta para la multitud que quisiera asistir al oficio del entierro; poca parte la ocupó, respeto de la que quedó afuera.

Acabados los sufragios y demás ceremonias de la iglesia, hechas con gran devoción y sentimiento, los religiosos de la Compañía, agradecidos de la demostración de voluntad que el venerable Maestro hizo de su religión, y buena correspondencia, no le dieron sepultura en la forma que se suele; diferenciáronle de los demás muertos, como él los diferenció en la vida. En la capilla mayor del Colegio, que es de los Marqueses de Priego, al lado del Evangelio abrieron en el arco un hueco, donde, elevado en una caja, aco-

modaron el cuerpo, y delante de él una gran losa engastada en la pared; en ella con letras grandes, grabado este epitafio, composición del padre Jerónimo López, de la Compañía de Jesús, tan religioso como gran poeta. / f. 231 r.

MAGISTRO IOANNI AVILAE, PATRI OPTIMO,
VIRO INTEGERRIMO, DEIQUE AMANTISSIMO
FILII EIUS IN CHRISTO P.

Magni Avilae cineres, venerabilis ossa Magistri
Salvete, extremum condita ad usque diem
Salve, dive parens, pleno cui flumine coelum
Affluxit, largo cui pluit imbre Deus,
Coeli rore satur, quae mens tua severat intus
Mille duplo retulit foenore pinguis ager.
Quas Tagus, ac Betis, quas Singilis aluit oras
Ore tuo Christum buccina personuit
Te patrii cives, te consulturus adibat
Advena, tu terris numinis instar eras.
Quantum nitebaris humi reptare pusillus,
Tantum provexit te Deus astra super.

IPSE LECTORI.

Avila mi nomen, terra hospita, patria coelum,
Quaeris quo functus munere? messor eram.
Venerat ad canos falx indefessa seniles,
Quae Christi segetes messuit innumeras.

Animóse a volverle así nuestra lengua:

Salve, marmol sagrado, en quien ahora,
Urna feliz hasta el supremo día,
Cenizas del gran Ávila atesora.
Salve, padre y maestro,
En quien el cielo todo, por bien nuestro, / v.
Innundaciones de su amor llovía,
Fecundó, pues, con celestial rocío
Lo que en tu pecho mismo había sembrado,
A Dios dio fruto veces mil doblado,
Que en mieses ya maduras
Lo que te fía cobra con usuras,
Cuanta espaciosa vega
El Tajo, y el Genil, y el Betis riega,
Llenó tu voz del nombre,
Que el Evangelio aclama, de Dios Hombre.
El santo desengaño,
El natural buscaba, y el extraño
En ti como espejo,
Oráculo era al mundo tu consejo,
Y cuanto procuraste
Ser pequeño en la tierra, en que dejaste
De tu humildad tan soberanas huellas,
Tanto mayor subiste a hollar estrellas.

El mismo venerable padre al lector:

Avila fue mi nombre, mi camino
La tierra en que pisaba peregrino;
El cielo era mi patria verdadera
¿Qué oficio ejercité? Segador era,
De la incansable mano
Nunca dejé la hoz por muy anciano,
Antes a Cristo dí siempre constante
Cosecha de sus mieses abundante.

En las palabras de este epigrama mostró la sagrada religión de la Compañía de Jesús la gran veneración y estima que hizo de este varón apostólico, que ha sido siempre igual a la que ha dado a su gran fundador san Ignacio, imitando el efecto y aprecio que el santo patriarca hizo de nuestro gran Maestro, como
f. 232 r. hemos visto, y veremos adelante. /

Hiciéronsele obsequias en Baeza, y predicó el doctor Bernardino de Carleval, su discípulo, donde mostró el justo sentimiento de esta Escuela. Hizo alarde de las grandes hazañas y virtudes de su venerable Maestro.

Fue muy sentida esta muerte en toda la provincia del Andalucía, donde apenas había ciudad o lugar grande, donde no tuviese discípulos, y muchas personas de aventajado espíritu, que justamente sintieron la soledad, y falta de este gran Maestro, padre y guía de sus almas.

Tocó el dolor más de cerca a la Marquesa de Priego, púsole a riesgo la vida, con una enfermedad peligrosa; teníale por padre, y vió acabarse el consuelo único suyo, y luz de todo su Estado. La soledad fue mayor, y igual el sentimiento de la santa sor Ana de la Cruz, Condesa que fue de Feria; debía, después de Dios, al padre Maestro Ávila los grandes aumentos de santidad a que llegó aquella alma felicísima.

Mas la grandeza de esta pérdida súpola ponderar y sentir quien tenía íntimamente conocida la santidad, y importancia de la vida de nuestro santo Maestro. La gloriosa santa Teresa de Jesús derramó por esta muerte copiosas lágrimas. Escribe advertidamente lo que en esto pasó el santo obispo de Calahorra, fray Diego de Yepes, en el libro tercero, capítulo veinte y cinco de su vida, donde ponderando lo que estimaba la Santa los hombres que se empleaban en ministerios de almas, lo que rogaba a Dios por su salud, lo que sentía su muerte, añade estas palabras:

Cuando murió el padre Maestro Ávila, de quien tantas veces habemos hablado en esta Historia, súpolo luego la Santa en Toledo, que entonces estaba en casa de doña Luisa de la Cerda; pues, como ella vio que faltaba tan grande santo de la tierra, comenzó a llorar con grande sentimiento y fatiga. Causó a sus compañeras grande novedad este llanto, no acostumbrado en muerte de nadie, y la que, habiendo sabido la muerte de su hermano, no había echado una lágrima, sino que, puestas las manos, bendecía al Señor, viendo ahora / con tan nuevo senti- v.
miento, les ponía grande espanto y admiración, y habiendo sabido de ella la causa de su llanto, le dijeron, que por qué se afligía tanto por un hombre que se iba a gozar de Dios. A esto respondió la santa: «De eso estoy yo muy cierta, mas lo que me da pena es, que pierde la Iglesia de Dios una gran columna, y muchas almas un grande amparo, que tenían en él, que la mía, aun con estar tan lejos, le tenía por esta causa obligación».

Hasta aquí el santo obispo. Estas palabras, este sentimiento, estas lágrimas son el mayor elogio que puede escribirse del padre Maestro Ávila.

De las revelaciones de su gloria y estimación de sus reliquias y sepulcro

Capítulo XXV

Sin duda es gran día para Dios el que entra un santo en el cielo, que aunque aquel mar de infinita felicidad está en contínua creciente, cuando a él vuelven los ríos de santidad que de él salieron, parece da muestras en el cielo de cuan maravilloso y glorificado es en sus santos. De su venida da cuenta muchas veces, como de cosa de gran gusto suyo, a los amigos que tienen acá en el mundo, o para consuelo suyo o manifestación de la gloria de sus siervos. De la del padre Maestro Ávila hubo algunas revelaciones, que se tuvieron por ciertas.

Doña Inés de Hoces, monja profesa en el monasterio de Santa Marta de Córdoba (cuya madre recibió del santo Maestro Ávila el mayor beneficio de encaminarla a la salvación muy al seguro) fue muy estimada del padre Maestro Ávila, para quien son algunas cartas de su *Epistolario*. Después de su

muerte, la gobernó el padre Juan de Villarás, a quien se la encomendó. Su trato con nuestro Señor fue muy íntimo y familiar; aprobaron su espíritu hombres doctos y espirituales. Cuenta que, antes de su muerte se le apareció Cristo Nuestro Señor y la con-
f. 233 r. soló en una grande aflición / que tuvo; llegó con un ejemplar tenor de vida a noventa años de edad, y acabó en el Señor con muy gran loa. Muerto el padre Maestro Ávila esta sierva de Dios se puso a discurrir si el alma del padre Maestro Ávila había pasado por purgatorio, o se fue derecha al cielo. Parecíale que de la pureza y perfección de su vida se debía píamente creer así. Estando un día en aposento, embebida en este pensamiento, inclinándose mucho a que desde la cama había entrado en el cielo, se le puso delante un mancebo muy hermoso, y le dijo: «¿Pues no había de ser así?» Esto discurría con su piedad, que inquirirlo con curiosidad fuera cosa digna de reprehensión. Esta visión contó el padre Francisco Gómez, de quien dejamos hecha mención muy larga.

Otra vez, estando en su aposento esta misma religiosa, vió pasar al santo Maestro Ávila, después de su muerte, vestido de ornamentos sacerdotales, con gran luz y resplandor, y dijo al pasar: «Vos allí habéis de ir también»; penetró la pared del aposento y desapareció.

Estas visiones se pueden tener por ciertas, según las circunstancias de la perfección de vida de doña Inés, y fidelidad que siempre se le conoció, y aprecio que de ella hicieron tanta gente docta y grave, mayormente en confirmación de la santidad de un varón tan señalado y tan gran siervo de Dios.

Pertenece a esta parte lo que dejamos escrito de la madre Constanza de Ávila, que, estando con aquella tentación contra la inmortalidad del alma, vio al santo Maestro Ávila en visión intelectual, y le dijo: «Grados de gloria tengo», y se apareció a esta sierva de Dios al tiempo de su muerte, dándole la buena nueva, que se verían juntos en el cielo.

El año de mil y quinientos y ochenta y nueve, día del apóstol san Mateo, hubo una gran tempestad en la villa de Montilla y su comarca; al anochecer fue mucho mayor; temióse había de asolar la villa; en Córdoba hizo notable estrago. Fray Bartolomé de Je-

rusalén, religioso descalzo de / la Orden de San Fran- v.
cisco, estando en el convento que esta religión tiene extramuros de esta villa, se puso a conjurar el nublado desde el claustro alto del convento. Antes de empezar los exorcismos se halló cercado de demonios, y le decían: «No te canses, que Montilla tiene fuertes muros, y así no recibirá daño»; y replicando que era lugar abierto: «Cómo ¿decís que tiene fuertes muros?», respondieron los demonios: «¿Qué más fuertes muros que Avililla, el que está enterrado en la Compañía, y sus discípulos? ¡Pobre de Montilla, si no tuviera tales muros!» Vivían aun los dos últimos. Este caso fue muy público en Montilla, y deponen de él número grande de testigos.

Vivía en Montilla la madre Agustina de los Ángeles, beata profesa de la Orden de San Agustín, de quien hemos hablado, mujer de gran virtud, vida ejemplar y muy contemplativa. Confesaba con el padre Maestro Ávila, y la gobernaba en las cosas del espíritu. El día que el santo varón murió, se le apareció el demonio y le dijo: «Agustina, ya es muerto Avililla, no tendrás quien te confiese y aconseje como él; ahora nos lo habremos los dos».

Estos casos que suelen ser muy frecuentes en las muertes de las personas que dejan opinión de sa tidad, piden a la piedad cristiana entero crédito, mas lo que lo necesita es la aprehensión común, mayormente de personas doctas y espirituales, que con asentimiento uniforme tienen por varón de singular santidad al que ha faltado, mayormente concurriendo la aclamación del pueblo.

Este género de testificación de santidad la ha tenido el venerable Maestro Ávila, igual a cuantos hombres y mujeres santos han muerto en este siglo último, muchos ya canonizados, porque no se abre libro en que se ponga su nombre sin encarecidas alabanzas y encomios. Jamás le nombró persona que no sea llamándole a boca llena el santo Maestro Ávila. Jamás se oye su nombre que no se regalen los / oídos, f. 234 r.
y enternezca el corazón; y ha poseído los de toda España, con notable aceptación y crédito, no sólo teniéndole por santo, sino por muy gran santo, y de los grandes que reinan en el cielo.

Desde el día que entró en el descanso eterno, se

estimaron y procuraron sus pobres alhajas y vestidos, y todas las cosas de su uso, teniéndolas por reliquias, como de hombre santo, y aunque esto ha sido común en todos, en especial los religiosos de la Compañía de Jesús tienen y estiman sus reliquias en suma veneración, poniéndolas en nóminas, comunicándolas a personas afectas al santo, dándoles todo el culto que se puede a las prendas de los que dejan opinión de gran santidad.

Hanse copiado muchos retratos suyos, y se veneran como de persona santa, y aunque muestran un rostro de hombre grave, no llenan con mucho lo venerable y divino que tenía.

El padre Juan de Villarás guardaba sus reliquias como de hombre santo, y dio a personas devotas letra suya, pelos de su barba, pedazos de su vestido, y algunos libros en que había estudiado los dio, como preciosas joyas, para la librería de la Asunción de Córdoba. Don Pedro Fernández de Córdoba, marqués de Priego, preguntó al padre Villarás, si había quedado alguna cosa de las que usaba el padre Maestro Ávila. Respondió que hasta unos zapatos viejos habían llevado, y que sólo había quedado el cáliz en que decía Misa, con que celebraba él. Dijo que, en faltando, le había de llevar a su palacio, como lo hizo. Tiénenle aquellos señores en gran estima y veneración, por haber celebrado en él tantas veces el padre Maestro Ávila.

El Duque de Arcos guarda algunas cartas del varón santo con suma veneración, y con la misma conservaba cuatro cartas de letra del padre Maestro Ávila el doctor Francisco Yáñez de Herrera, patrón, y catedrático de Prima que fue de la Universidad de Baeza, varón grande en la virtud y letras, sucesor
v. dignísimo de aquellos primeros santos ca-/tedráticos, que fundaron esta Escuela. Prometió escribir la vida del santo Maestro Ávila, de quien era devotísimo. Mayores ocupaciones nos privaron de este bien; tenía ya recogidas muchas cosas: algunas quedaron en la deposición jurada, igualmente docta y pía, que componen gran parte de los capítulos siguientes. Para animarme a esta obra me favoreció con una de las cartas, que estimo como es justo. Llevóle Nuestro Señor a descansar a tiempo que pudiera ayudar mu-

cho a esta empresa tan desigual a mis fuerzas.

El conde de Benavente y Luna, don Antonio Pimentel, guardaba con gran veneración dos firmas del venerable Maestro, la cruz grande de madera, único adorno de su aposento, los manteles con que decía Misa, parte de un dedo, y otras reliquias suyas, con tanta estima y amor que afirma en su deposición jurada que, habiendo dado muchas reliquias de santos a personas devotas, nunca ha podido vencerse a apartar de sí las del venerable Maestro Ávila, pareciéndole que quedara muy solo sin ellas; y afirma que, en sus necesidades espirituales, tiene en ellas una gran compañía, y un inestimable tesoro, y que de ellas se ha valido en sus enfermedades y trabajos, y ha sentido particular fervor y auxilio de Nuestro Señor, y que ha oído que a otras personas ha sucedido lo mismo.

El aposento donde murió se tuvo en grande veneración, como lugar donde había muerto un varón de tan grande santidad, y de cuya gloria no dudaban. Es opinión constante de Montilla, y lo deponen muchos testigos jurados, que por más de cuarenta años, después de la muerte del padre Maestro Ávila, se sintió en este aposento, y en especial en el oratorio, un olor muy suave y confortante, que alegraba y vivificaba el espíritu, y consolaba a los que en él entraban. Muchas personas han venido a visitar este aposento. San Francisco de Borja, pasando por Montilla, habiendo venerado el sepulcro del padre Maestro Ávila, preguntó por la casa donde había vivido; y, estando en ella, entró de rodillas desde la puerta del aposento donde más asistía hasta la parte donde murió, con gran veneración y respeto. / f. 235 r.

Quedó en esta casa el padre Juan de Villarás, y mientras vivió, las estimó el marqués don Pedro, ni consintió las habitasen sino clérigos virtuosos; el tiempo alteró esto, con que cesó el olor.

Habiendo venido a Montilla el duque de Arcos con el conde de Luna, su yerno, después de Benavente, por el año de mil y seiscientos y seis, a la muerte del marqués don Pedro, un día, saliendo a acompañar al Santísimo Sacramento, que llevaban a un enfermo, y dejándole en la custodia, pasando por la casa del padre Maestro Ávila, dijo el duque

al conde, su yerno: «Hijo, vamos a ver un santuario digno de toda veneración, que es la casa donde vivió y murió el siervo de Dios el padre Maestro Ávila». Llegando a ellas se hincaron de rodillas a la puerta de la casa, y con grande humildad besaron los umbrales de ella, diciendo: «Esta veneración y mayor se debe a esta casa por haber vivido en ella aquel santo y insigne varón». Vieron esta acción muchas personas que los acompañaban.

No fue menor el afecto del conde del Castellar, señor de raro ejemplo de vida; vino desde Sevilla en compañía del licenciado Francisco de Cervantes, hombre de gran espíritu, y otros piadosos caballeros, a visitar al santo cuerpo; preguntó el conde por las casas, y él, y los demás veneraron y besaron los umbrales, con actos de mucha religión y reverencia.

La veneración mayor ha sido al santo cuerpo. Hase visitado su sepulcro con gran frecuencia de los fieles de toda suerte de personas, ofreciéndole dones, y votos en hacimiento de gracias, por mercedes recibidas por su intercesión.

Decía el padre Villarás Misa junto a un altar que está cerca del sepulcro de su santo Maestro. Cuando la acababa de decir, hacía una humiliación al altar donde la había dicho. Volvía luego la cabeza al lugar donde estaba el santo cuerpo, y la tornaba a bajar, haciéndole esta veneración, mostrando la que de él tenía. Ya dijimos la gran reverencia que hizo
v. a este sepulcro san Francisco de Borja / cuando pasó por Montilla, reconocido del bien que recibió por su medio.

La marquesa de Priego, doña Catalina, hija de la santa Condesa de Feria, señora de la ejemplar virtud, que escribimos, dejó el convento de San Francisco de Montilla, sepulcro de sus pasados, y se mandó enterrar en el Colegio de la Compañía, a los pies del padre Maestro Ávila.

Este sepulcro le estima la universal Compañía de Jesús, teniendo a gran felicidad que el Colegio de Montilla tenga este tesoro, que no le trocaran por cuantos tiene el mundo, y como ufana de poseer esta prenda, lo publicó, en su nombre, su historiador el padre Nicolás Orlandino, lib. 14, núm. 61, donde hablando del padre Maestro dice:

Ad extremum supremo vitae suae die corpus suum Montillae iussit suae voluntatis benevolentiaeque pignus in Aede nostra sepulturae mandari.[285]

Entre las personas que con mayor afecto han visitado el sepulcro del venerable Maestro Ávila, ha sido don Mateo Vázquez Leza, arcediano de Carmona, canónigo de la santa iglesia de Sevilla, varón de ejemplar virtud. Vino de muchas leguas a venerar el cuerpo del beato Maestro Ávila, y velar en oración junto a su sepulcro, como lo hizo algunos días, morando para este efecto en el Colegio de la Compañía, Hablaba con gran veneración y estima del santo Maestro Juan de Ávila; parecióle que su santidad y fama pedía más descubierto sepulcro; dio al padre rector del Colegio una suma competente, para que se hiciese una urna de jaspe, en que se trasladase y colocase más decentemente el santo cuerpo. Hízose la urna, de siete pies de largo, con su cubierta con muy buenas labores, y sobre ella unas pilastras y carteles, cornisa y frontispicio, todo el jaspe fino con vetas coloradas, blancas y amarillas. Entre las dos pilastras, como entre guarnición, se puso un cuadro, con el retrato del venerable Maestro, que envió el mismo arcediano. Trasladóse el cuerpo a la urna, en el lugar que antes estaba, dentro de un arco, que de nuevo se hizo en la pared sobre uno como altar, a / que f. 236 r.
sirve de frontal la losa donde está grabado el epigrama, añadiendo por guarnición unas fajas de mármol negro. Cuando se abrió la caja, en que estaba, se hicieron grandes diligencias para tomar algunas reliquias del santo cuerpo por los padres y hermanos del Colegio; y, a satisfacer la devoción de todos, no hubiera qué poner en la urna; y aunque se defendió mucho, lograron la ocasión algunos, llevando algunas reliquias. En este sepulcro está hoy el santo cuerpo, venerado y frecuentado de todos.

Parece que podía tener justo sentimiento la noble villa de Almodóvar de carecer del tesoro del cuerpo de este gran padre, que, por haber nacido en su suelo, puede llamar hijo suyo; mas Nuestro Señor la ha consolado, dándole muy justa recompensa. El venerable padre fray Francisco de Montilla, natural, o

285 *Historia Societatis Jesu* (Amberes 1620), p. 342.

naturalizado en esta villa, como lo da a entender el apellido, que tomó en la religión, según su estilo, de la casa de los marqueses de Priego pasó a la de San Francisco, en la provincia de los descalzos de San José. Fue varón de tan heróicas virtudes, que tenía en la oración arrobos, éxtasis, visiones, revelaciones divinas, y otros favores del cielo, premio comunmente de grandes penitencias y trabajos. Habiendo vivido en su provincia con raro ejemplo de santidad, arrebatado de un celo apostólico pasó a predicar a las Indias (parece suplió los afectos, y deseos del padre Maestro Ávila), aportó a las Filipinas, llegó a las islas del rey de Cauchin, de allí a la China, al reino de Syan; predicó el Evangelio en estas partes, y dicen bautizó de su mano cinco mil infieles, [de] donde padecidos infinitos trabajos y peligros por mar y tierra, volvió a España. Residiendo en Almagro, salió a un negocio de la Orden; sobrevínole una dolencia grave en el camino, en término de Almodóvar, donde hizo le llevase el compañero; murió allí santísimamente. Enterráronle, después de una gran contienda, en la iglesia parroquial, en el lugar de los sacerdotes, sepulcro que tuviera el padre Maestro Ávila, a morir
v. entre los suyos, / como diciendo: «Aquí vengo a estar por él». ¿Quién no admira la disposición de la divina providencia? Dio Almodóvar un cuerpo santo a Montilla; pagó Montilla a Almodóvar con otro cuerpo santo. ¿Quién duda que trujo Dios de los últimos fines del Oriente, por tantos mares, por tantos climas, al bendito fray Francisco de Montilla, para honrar este sepulcro, y soldar aquella pérdida? Un apóstol, maestro de la verdad, le recompensa con otro predicador, también apostólico. Dióle por un virgen otro virgen, de pureza incomparable; por un mártir en el afecto otro mártir de voluntad, que no faltó al martirio; el martirio le faltó, fue traído cargado de prisiones de unos a otros tribunales por diversas ciudades de la China, tragando la muerte a cada paso. ¿Quién no dirá que la santidad de este perfectísimo religioso la predestinó la atención divina a suplir las veces del padre Maestro Ávila? Puede decir Almodóvar con Eva: *Posuit mihi Deus semen aliud pro Abel.*[286] Que el carecer de un justo, sólo otro jus-

286 Gen. 4, 25.

to puede compensarlo. Las maravillosas virtudes de este insigne varón, sus jornadas, sus peligros, los lances que pasaron en su entierro, refiere en mejor estilo el muy reverendo padre fray Juan de Santa María, en su *Corónica de la provincia de San José*, en el libro segundo de la primera parte, desde el capítulo cuarenta y tres con los siguientes.

De la estima y crédito de santidad que el padre Maestro Juan de Ávila ha tenido cerca de hombres graves y santos

Capítulo XXVI

Resplandecieron en este santo varón las virtudes todas en tan heróico grado, que le hicieron admirable al mundo; y así, por su singular santidad y hechos heróicos, y celo apostólico, y el espíritu de un san Pablo, fue tenido en su vida, y después de su muerte, por grande santo, y por tal es venerado comunmente por todos, y no se oye su nombre sin ternura y espiritual sentimiento, en particular en los pue- / f. 237 r.
blos donde predicó, y todas las personas que le comunicaron le reverenciaron como apóstol, y veneraron como a un varón divino; y crece cada día esta opinión.

Fue verdaderamente varón apostólico, y discípulo, en el ejemplo de su vida, y fuerza de su palabra y espíritu, verdadero imitador del apóstol san Pablo, cuya doctrina parece que el mismo Maestro de las gentes, con particular favor y intercesión suya para con Dios, se la declaró y explicó, de manera que oírle en un púlpito, y en las conversaciones, y cuando explicó sus epístolas, parecía que hablaba el mismo Apóstol.

Fue grande la estimación que de él hicieron las personas reales, arzobispos, obispos, consejeros y todos los eclesiásticos de España, estimándole más que si fuera obispo o cardenal, procurando su amistad, valiéndose de su consejo. Fue amado y respetado de

cuantos príncipes y señores hubo en su tiempo, y tenían a dicha hablarle y llevarle a su casa, comunicarle y gozar de su espiritual conversación. En tanto grado, que muy grandes señores del Andalucía envidiaban a los marqueses de Priego de tener en su villa un tan insigne y santo varón; y estos señores reconocieron esta dicha, estimáronle tanto que compraron una casa do viviese, arrimada a la suya, para poder tratarle y comunicarle con frecuencia; en sus manos pusieron sus estados y, lo que más es, sus almas, que en su tiempo aquéllos gozaron de gran felicidad, y éstas de grandes mejoras

Con esta estimación y aprobación común concurrió la de los particulares. Sea la primera la que resulta de la bula de la erección de las Escuelas de Baeza por la Santidad de Paulo Tercero en 19 de enero de 1540. En la narrativa de la misma bula, cuando hubo de nombrar administradores de las Escuelas, se le propuso a Su Santidad a nuestro varón apostólico por estas palabras: «Ioannem de Ávila, clericum Cordobensem, Magistrum in Theologia, et verbi Dei praedicatorem insignem». Esto fue treinta
v. años antes que muriese. /

El santo fray Tomás de Villanueva, gloria de la religión de San Agustín, arzobispo de Valencia, verdadera centella del amor divino, que reverberó en los pobres, de quien fue verdadero padre, decía y afirmaba, que, desde los apóstoles acá, no sabía quién hubiese hecho más fruto que el venerable Maestro Juan de Ávila; este testimonio del santo fray Tomás publicaba un religioso descalzo, varón de santa vida.

El glorioso patriarca san Ignacio estimó, con obras y palabras, al padre Maestro Ávila. Fue el espíritu de estos dos santos varones uniforme, los intentos los mismos, y los ministerios, el deseo de fundar congregación de sacerdotes, que ayudasen las almas; concedió Nuestro Señor el efecto a san Ignacio, y al padre Maestro Juan de Ávila, los intentos. Fue el Juan que señaló aquel Jesús, que levantó san Ignacio, y así le enviaba sus discípulos, para que los recibiese; pero, como la autoridad y santidad del Bautista pudo dar crédito a Cristo, así el santo Maestro Ávila le dio a la Compañía, ayudando su intro-

ducción, y a la fundación de los Colegios, favoreciendo sus hijos. Así lo afirma Nicolás Orlandino, en el lib. 14., de su *Historia*, núm. 26, donde, hablando de nuestro santo Maestro, dice: «Societati vero ipsi plurimum ille, et auctoritatis et gratiae sua auctoritate eximiaque in eam benevolentia comparavit». Para esto fue conveniente, que el espíritu fuese muy conforme. Pareólos advertidamente el mismo padre Orlandino en el lugar citado, núm. 59, donde, habiendo puesto los consejos que el santo Maestro Ávila dio a don Diego de Guzmán, y doctor Loarte, y otras semejantes de san Ignacio al padre Olave, dice: «Ut intelligas quam geminum illud Evangelicae sapientiae lumen Ignatius et Avila consentirent».[287] En que se ve la estima que este historiador tuvo de nuestro santo Maestro, mas superior incomparablemente fue la de san Ignacio, como lo prueba este suceso.

Llegó a Roma el padre Diego de Guzmán con el padre Nadal; quiso san Ignacio, que estaba a la sazón enfermo, ce- / nasen con él los huéspedes. Sobre f. 238 r.
cena dijo el santo: «Díganos nuestro hermano don Diego algo del santo Maestro Ávila». Respondió: «Ya ha años que no le veo, porque tantos ha que nos envió al padre doctor Loarte (estaba también allí presente) y a mí a Oñate, para que el padre Francisco de Borja nos recibiese en la Compañía, y nos dijo: «Andad hijos, que quizá seré yo como Jacob, que envió sus hijos delante, y después fue tras ellos». A esto añadió el padre Nadal: «Muchas veces trató conmigo el padre Maestro Ávila esta materia de entrar en la Compañía; pero, como humilde, parécele que, estando ya tan viejo y tan gravado de enfermedades, no ha de ser de provecho, sino de carga a la religión». A esto dijo san Ignacio: «Quisiera el santo padre Ávila venirse con nosotros, que le trujéramos en hombros, como al Arca del Testamento, que diferencia se ha de hacer de las personas». Palabras dignas de aquella prudente santidad, y que declaran el crédito y grande estimación que tenía de nuestro santo Maestro.

El padre fray Diego de Yepes, de la Orden de San Jerónimo, obispo de Tarazona, confesor del rey don Felipe Segundo, nuestro señor, y de santa Teresa de

287 *Historia Societatis Jesu* (Amberes 1620), p. 342.

Jesús, varón de gran talento y juicio, y reputado por santo, de quien dejamos hecha mención, y nunca se puede hacer, sin gran alabanza suya, en el catálogo de las personas santas, que aprobaron el espíritu de santa Teresa, pone a nuestro santo Maestro por estas palabras:

> El padre Maestro Ávila, bien conocido en nuestros tiempos por varón evangélico, y ministro de los más fieles y celosos que ha tenido en la Iglesia en muchas edades, cuya vida y virtudes son tales que el padre fray Luis de Granada escribió de ella un libro. Pues, para que este santo varón examinase el espíritu y revelaciones de la santa Madre, escribió ella, por mandado de sus confesores, su vida, lo cual hizo muy despacio, y escribió una carta, aprobando con algunas razones la revelaciones y espíritu de la Santa.

Inmediatamente pone la aprobación del santo fray
v. / Pedro de Alcántara, y remata el santo Obispo con estas palabras:

> Son estos dos varones, que he dicho, personas de tan alto espíritu, y de tan admirable santidad, que tienen virtudes y vida para ser canonizados: del uno escribió la vida el padre fray Luis de Granada; del otro, que es el padre fray Pedro Alcántara, la santa Madre, donde en breves palabras describe sus virtudes.

El padre Maestro fray Luis de Granada, a cuya santidad y celestiales escritos es corta la mayor alabanza, varón tan conocido en Europa por maestro común de cuantos desean salvarse, hizo suma estimación y apecio del grande y superior espíritu del venerable Maestro Ávila, y cuando no hubiera otro argumento para probar cuál él fue, sino haberse puesto tan de propósito un varón tan grande a escribir su vida, bastaba para entender cuán admirable fue, y cuánto le trató y estimó, y cuán de veras se hallaba obligado a quien tanto provecho le había hecho con su enseñanza y ejemplo, y así hacen todos gran fundamento para probar la santidad de este apostólico varón, el estar su vida escrita por tan excelente maestro, tan grave, tan docto, de tan grande verdad, y que no escribió por relación solamente, sino por comunicación y trato que tuvo con nuestro santo, como él dice; y éste es bastante testimonio para que se entendiese su gran santidad y heróicas virtudes; y, aunque todo el discurso de su historia está

lleno de elogios y alabanzas del santo Maestro Ávila, pondré solamente unas palabras del prólogo, que muestran más que otras el alto concepto que el padre fray Luis tenía. Después de decir la dificultad que hallaba en esta empresa, que él con suma humildad dice es superior a sus fuerzas, dice así:

> Porque después que me puse a considerar con atención la alteza de sus virtudes, parecióme cierto que ninguno podía competentemente escribir su vida, sino quien tuviese el mismo espíritu que él tuvo, porque sus virtudes son tan altas que claramente confieso que las pierdo de vista, y como me hallo insuficiente para alcanzarlas, así /también f. 239 r. para escribirlas. Mayormente, que para esto tengo de desviar los ojos de las comunes virtudes que ahora vemos en nuestros tiempos, y subir a otra clase mas alta de otros nuevos hombres, en quien, por estar la carne más mortificada, reina el espíritu de Dios más enteramente, el cual hace los hombres semejantes a sí y diferentes de los otros, que de la alteza de este espíritu carecen; y para decir algo de lo que siento, leyendo las vidas de los santos pasados y mirando la de este siervo de Dios, que Él quiso enviar en nuestros tiempos al mundo, aunque confieso que en ellos habría más altas virtudes, pues están puestos por un perfetísimo dechado de ellas en la Iglesia, me parece que trató de imitarlos con todas sus fuerzas. Porque ví en él una profundísima humildad, una encendidísima caridad, una sed insaciable de la salvación de las almas, un estudio continuo, y trabajo para adquirirlas, con otras muchas virtudes suyas, que adelante se verán.

Hasta aquí el padre fray Luis.[288]

El muy reverendo padre fray Juan de Santa María, religioso descalzo de San Francisco, coronista de esta santa reformación, en el capítulo treinta y uno de la primera parte de su *Historia*, tratando de las personas insignes que hicieron grande estima de las virtudes del santo fray Pedro de Alcántara, pone a nuestro santo Maestro por estas palabras:

> Dio también testimonio de su santidad el padre Maestro Juan de Ávila, hombre de grande espíritu, experiencia para discernir lo verdadero de lo falso, y lo bueno de lo no tal, bien conocido en nuestros tiempos por varón evangélico y ministro muy celoso de la honra de Dios, conoció mucho al santo fray Pedro, y le trató con particular caridad.

Y dice que, en la común estimación de todos, era el más calificado en el ministerio de tratar cosas de espíritu, y conocerlas.

288 Al cristiano lector, f. 1 r-2 r.

El padre Maestro fray Agustín Salucio, de la Orden de santo Domingo, insigne en letras y todo género de virtud, y gran predicador, hacía grande aprecio de la santidad y virtud del santo Maestro Ávila, y
v. decía que había muchos siglos / no se había conocido predicador verdaderamente apostólico, como él lo había sido, y que Nuestro Señor le había enviado a la provincia de Andalucía, para reformación de ella.[289]

El padre don Antonio de Molina, de la sagrada religión de la Cartuja, que la grandeza de su espíritu, y dotrina muestran sus dos libros de *Oración*, y *Instrucción de Sacerdotes*, en el capítulo séptimo del tratado segundo de este libro, trae un pedazo de una de las pláticas para sacerdotes; alégale con estas palabras, que muestran la gran estima que aquel religioso y docto varón hizo de nuestro gran Maestro; dice así:

> Tratando este mismo punto de la oración un santo y venerable varón, que es el padre Maestro Ávila, hombre de grande perfección, y altísimo espíritu, y rara sabiduría, en una plática que hizo a los sacerdotes, dice unas palabras muy notables, que, por ser a nuestro propósito y de varón tan calificado, las quiero referir aquí entre las demás sentencias de los santos, y honrar con ellas este libro, y confirmar y autorizar lo que voy tratando.

Y después de las palabras de la plática, añade:

> Hasta aquí son palabras de aquel santo y apostólico varón, el cual con el altísimo espíritu que tuvo, y la gran luz con que el Espíritu Santo le alumbró, echó bien de ver cuán importante y necesaria cosa es a los sacerdotes ser muy dados al ejercicio de la oración.[290]

El padre fray Antonio Daza, de la Orden de San Francisco, en la cuarta parte de su *Historia universal*, en el lib. 4, cap. 44, escribiendo la vida de la Condesa de Feria, hablando de nuestro santo, dice: «El padre Juan de Ávila, clérigo andaluz, luz de aquellos siglos en santidad y doctrina». Y antes había dicho:

> Con la enseñanza de tan gran Maestro como el padre Juan de Ávila, de quien ella y la Marquesa, su suegra, oyeron públicamente la declaración de la epístola canónica de san Juan en el monasterio de Santa Catalina de Zafra.

289 *Avisos para los predicadores del santo Evangelio*, ed. Huerga (Barcelona 1959), p. 130, 143 s., 172, 203.
290 *Instrucción de sacerdotes*, lib. II, c. 7 (Burgos 1612), p. 148, 143.

Y después, hablando de la misma dice:

> A ninguna cosa dio crédito sin haberla primero comunicado, y tenido aprobación del Maestro Ávila, su confesor, a quien Nuestro Señor dio tanta / luz y gracia, como se f. 240 r.
> sabe, para discernir espíritus, y encaminar las almas a la vida espiritual.

El padre Pedro de Ribadeneira, de la Compañía de Jesús, varón igualmente pío y docto, en el capítulo séptimo del libro primero de la *Vida de san Francisco de Borja*, hablando del sermón de las honras de la serenísima emperatriz doña Isabel, dice así:

> Predicó el Maestro Juan de Ávila, varón eminente y predicador apostólico de aquel tiempo en el Andalucía; y en el sermón discurrió divinamente del engaño y vanidad de esta vida, y como si hubiera oído las voces y gemidos del Marqués, cuando la noche antes, hablando consigo mismo y con Dios, así parece que le hablaba al corazón y echaba el sello a sus propósitos, que el Marqués había hecho, y después los confirmó más a la tarde, porque el Marqués le llamó y le dio cuenta de sus deseos, y le consoló y animó, y aconsejó lo que había de hacer para retirar a puerto seguro.

El padre Jerónimo de Acosta, de la Compañía de Jesús, en una carta que anda al principio de las *Empresas espirituales* del Maestro Juan Francisco de Villava, hablando del comentario de la primera empresa, que trata de los alumbrados (libro conocido de pocos, y es la cosa mayor de aquél género, que hay escrito), dice calificando este tratado:

> A mi parecer es obra digna del gran Maestro Ávila, o de cualquier otro varón, que en letras y espíritu más se haya señalado en nuestra edad.

El padre Martín de Roa, provincial de la Compañía de Jesús en el Andalucía, varón de gran talento y letras, cuyos escritos tan doctos, tan elegantes, tan graves, se leen con admiración, en las dos *Vidas* que escribió de la Condesa de Feria y doña Sancha Carrillo, en varias partes hace honorífica mención de nuestro santo. En el libro primero, capítulo primero de doña Sancha, dice así:

> Aquel apostólico varón, a quien el Andalucía debe celestial enseñanza y reformación de costumbres, el cielo muchas conversiones y ilustres / almas ganadas a Dios para v.

> suplir las menguas que, por ciega altivez, trocaron la alteza del estado que poseían en la bajeza del que hoy tienen, sin esperanza de mejorarlo, trataba el negocio de Dios más que como hombre, sin interés de tierra, predicaba con espíritu de apóstol, despertaba a todos del olvido de su remedio, procuraba lo buscasen y recibiesen en la frecuencia de los sacramentos de la penitencia y sagrada Eucaristía, todo con tan admirable suavidad y eficacia, que ni perdía lance, ni se le perdía persona que de veras gustase una vez de su dotrina.

Y más abajo, dice de nuestro padre que, como tan codicioso del bien de las almas ninguna cosa de mejor gana hacía siempre, que deshacerse por rehacerlas en lágrimas de penitencia y oración. Y en el capítulo catorce del libro segundo dice:

> Los padres maestros Juan de Ávila y fray Luis de Granada, varones tan conocidos en toda la Cristiandad por sus escritos, como en toda España por su religión y virtud.[291]

Y en la dedicatoria del libro de la vida de la condesa de Feria dice:

> El padre Juan de Ávila, varón de conocida santidad y prudencia.

Y en el capítulo ocho, del libro segundo, dice:

> Quiero acabar con una muy clara muestra de la gran estima que hizo y del tierno amor que tuvo el mismo Señor a esta su fiel esposa; pues, teniendo encendida en aquellos tiempos una antorcha tan hermosa y resplandeciente como el padre Maestro Ávila, que, puesta sobre el candelero, pudiera ser muy copiosa luz en la Iglesia, con los rayos de su doctrina, la encerró en el lugar de Montilla, para que fuese guía y maestro de la vida espiritual de la Condesa.[292]

El padre fray Jerónimo Gracián de la Madre Dios, en su *Dilucidario del verdadero espíritu*, en el capítulo cuarto, donde pone la carta que el santo Maestro escribió a santa Teresa, dice:

> Esta es la carta del padre Maestro Ávila, cuya vida escribió el padre fray Luis de Granada, que en su tiempo fue de los más aventajados en espíritu que había en España.

El muy reverendo padre fray Tomás de Jesús,
f. 241 r. descalzo / carmelita, cuyos admirables escritos testi-

291 *Vida de doña Sancha*, lib. I, c. 1, f. 2 v; lib. II, c. 14, f. 48 v.
292 *Vida de la Condesa*, ded., f. 53 r; lib. IV, c. 8, f. 123 v.

fican su erudición y espíritu, en el lib. 2, cap. 15, del libro precioso que intituló *Práctica de la vida fe, de que el justo vive y se sustenta*, citando al padre Maestro Ávila dice cómo aconseja, tratando de esta misma materia aquel gran padre y Maestro de espíritu, Juan de Ávila, en el cap. 45, del *Audi filia*.

El maestro Francisco de Castro, el primero que con gran sencillez y bondad, escribió la vida del beato Juan de Dios, tratando de la conversión de este siervo de Dios, dice de esta manera:

> Y fue así, que el día del bienaventurado mártir san Sebastián, en la ciudad de Granada, se hacía entonces una fiesta solemne en la ermita de los Mártires, que es en lo alto de la ciudad, frontero de la Alhambra, y sucedió predicar un excelente varón, maestro en Teología, llamado el Maestro Ávila, luz y resplandor de santidad, prudencia y letras de todos los de aquel tiempo, y tal que, por su buen ejemplo y dotrina en toda España, hizo Nuestro Señor gran fruto en las almas, en todos géneros de estados de gentes, tanto que de esto requería muy particular historia, y, como sus sermones fuesen tales y tan famosos, seguíale con mucha razón gran número del pueblo, y así fue aquel día, y entre los demás fue Juan de Dios a oílle.

Prosigue con el suceso de su conversión que escribimos en el libro primero.

El doctor Navarro, canónigo magistral de Granada, después de Córdoba; el licenciado Núñez; el licenciado Gómez de Ávila, canónigos de San Salvador, hombres de mucha virtud y letras, decían comunmente:

> Nadie sabe quién es el Maestro Juan de Ávila; tiempo vendrá en que se sepa quién es.

Palabras con que declaraban la gran estimación que hacían del padre Maestro Ávila.

El Maestro Bartolomé Jiménez Patón, en su *Historia de Jaén*, en el capítulo veinte, en que trata de las Escuelas de Baeza, fundadas por el padre Maestro Ávila, dice:

> De toda esta perfección fue administrador y ejecutor el evangélico predicador, el Maestro Juan de Ávila, varón de perfectí- / sima virtud, verdadera ciencia, ejemplar vida v.
> y ejemplar predicación, que, por ser tal, le llamaron evangélico. Para decir su perfección basta haber dicho que fue maestro verdadero de tales discípulos como el doctor Diego Pérez, y el Maestro Noguera, y siendo cosa cierta

que no enseñó cosa que no la obrase primero, los que no alcanzaron su doctrina en voz leánla en sus escritos y conocerán el apostólico espíritu que le dio el divino. Los que no gozaron del efecto que con su predicación hacía lean la *Instrucción de predicadores* que hizo el doctor Terrones, obispo que fue de Tuy y de León, predicador de su Majestad, catedrático de estas Escuelas, y conocerán como fue milagroso. Fuélo en todas sus acciones, mortificación, penitencia, afecto piadoso de la conversión de las almas, en que trabajaba de noche y de día incesable e incansablemente, y aunque con falsas calumnias, como a su discípulo Diego Pérez, le llevaron a la Inquisición, de donde salió como dicen del sol, después de nublado, más claro, limpio, puro y hermoso. Después de haber peleado muy bien y legítimamente en la palestra de Cristo, corrido su carrera sin desmayar, hasta coger la joya, y guardado la fe,[293] le guardó Dios para dalle la corona que da a los justos, privándole de la vida temporal para la envestidura de la eterna, en el año del Señor de 1569, a diez de mayo, y así tenemos por cierto le goza en su gloria para siempre.

El padre Andrés de Ayala, de la Compañía de Jesús, en un sermón panegírico que predicó en alabanza del padre maestro Fernando de Vargas, de quien dejamos hecha mención, dice así:

> Un nuevo Eliseo resucita al mundo en el fervor alentado y fervoroso aliento del venerable Maestro Fernando de Vargas, discípulo en todo, y heredero legítimo de los redobles de espíritu del nuevo y antiguo Elías; nuevo llamo al Elías de nuestros tiempos, aquel gran predicador apostólico el Maestro Juan de Ávila, honra y enseñanza de
> f. 242 r. España, lustre / del Andalucía, reformador del mundo, sol en su ejemplo, fuego en sus palabras, luz en sus escritos, incansable en la vida, venerable en la muerte, cuyo querido discípulo y diligente imitador fue nuestro Fernando, para que, en ausencia suya, sirviese al mundo de consuelo y ejemplo, como lo fue Eliseo en la de Elías.[294]

Don Pedro Fernández de Córdoba, en la *Vida de doña Sancha Carrillo* su hermana, que anda manuscrita, dice: «Un gran siervo de Dios, letrado, con quien yo deseaba que se confesase, que era el padre Maestro Juan de Ávila», y en otro lugar afirma que decía esta devota virgen que, veía, cuando predicaba el padre Maestro Ávila, sobre su cabeza, un lucero lleno de luz y resplandor grande, y que le salían por la boca unos rayos de luz, que iban a parar en las orejas de los oyentes; y en otra parte dice del

293 Cf. Mt. 13, 45; 2 Tim. 4, 7.
294 *Panegírico de las virtudes, méritos y excelencias del V. Mtro. Fern. de Vargas* (Cuenca 1634), f. 3 r.

alivio que sintió, cuando andaba a brazo partido con los demonios, con la cruz sobre que dijo Misa el padre Maestro Ávila, de que dejamos hecha mención.

Y habiendo dado primer lugar a la Iglesia, bastará por el estado, seglar, que hizo igual estimación del santo Maestro Ávila, el testimonio del conde de Benavente y Luna, don Antonio Pimentel, cuya virtud iguala a su calidad, en la deposición jurada, que ha hecho en esta causa; dice así:

> Que después de los santos canonizados, a los cuales en primer lugar por serlo, y por la fe que tiene, como hijo de la Iglesia Católica Apostólica Romana, venera y estima, en cuanto puede y debe, la dotrina, ejemplo y reliquias, nombre de santidad y memoria del bendito y venerable padre Maestro Juan de Avila, apóstol del Andalucía, maestro de tantos espirituales, y voz eficaz de la palabra de Nuestro Señor, que con mucho fruto predicó y enseñó, y tiene por cosa muy justa que se haga particular instancia con Su Santidad, que se digne de beatificar y canonizar este apostólico varón, y que el Estado eclesiástico debe instar en esto, por honra suya y de estos reinos de España, que tan beneficiados han sido / con su dotrina y ejemplo, v. y porque de esto se siguiría el principal fin, que es el servicio y honra de Dios, en el que se le hace en sus fieles amigos y escogidos siervos, que con tanta asistencia, viviendo, buscaron su mayor gloria a costa de sus trabajos, y el cumplimiento de su santa ley.

Esto entre otras muchas alabanzas, dice el Conde.

La estimación que tuvo con las naciones extranjeras el padre Maestro Ávila

Capítulo XXVII

No se ha estrechado la gran opinión de la santidad del padre Maestro Ávila en los límites de España, igual ha sido en toda la Cristiandad. En Roma le llamaban comunmente el Apóstol español. Aquí juntaremos los testimonios de personas gravísimas, a quien la grandeza de su fama obligó, aun en regiones remotas, a publicar grandes y singulares elogios del santo y apostólico varón Juan de Ávila, hablando de él con grande estima y alabanza.

El padre Nicolás Orlandino, historiador de la Compañía de Jesús, hablando de la noticia que dio san Ignacio al padre Maestro Ávila de la persecución que padecían los suyos en Salamanca, dice así:

> Florebat per id tempus in Baetica sanctitatis et eloquentiae apostolicae nomine, totaque celebrabatur Hispania, Ioannes Avila, experientissimus virtutis magister, idemque scriptor egregius, cuius quantum voci eius provinciae aetatisque populi, tantum stylo posterae totius pene Christiani Orbis debent aetates. Hunc Ignatius, pro ea charitate quae sanctorum inter se animos nectit, consulendum putavit de Salmanticensibus turbis, quidque ipse pro maiori Dei gloriae providendum contra censuisset, allatis undique ex sanctis Patribus atque Doctoribus testimoniis, ostendens prorsus fuisse curandum, ut fama huius ordinis, quae necessaria, et causas animarum tractantibus, quantum fieri posset, integra servaretur.[295]

Quiere decir:

> Florecía por aquel tiempo en el Andalucía, el Maestro Juan de Ávila, experimentadísimo maestro de la virtud,
> f. 243 r. y / excelente y escogido escritor, y era celebrado en toda España por su santidad y elocuencia apostólica, a cuya voz aquella Provincia, y de los pueblos de su edad, deben lo que las edades que se le siguieron de todo el orbe cristiano a sus escritos. A este gran varón, Ignacio, con la caridad que enlaza los ánimos de los santos, le consultó y dio parte de las persecuciones que los suyos padecían en Salamanca, y lo que, por mayor gloria de Dios, había resuelto hacer en su defensa. Y, trayendo algunos testimonios de los santos Padres y Doctores de la Iglesia, mostró que en todas maneras se debía cuidar que el buen nombre y reputación de esta religión, que es tan necesaria a los que tratan cosas de almas, cuanto fuese posible se conservase entera.

El padre Bernardino Rosignolio, varón de gran santidad, provincial de las provincias romana, veneciana y mediolanense de la Compañía de Jesús, en el libro quinto de la *Disciplina christianae perfectionis*, en el cap. 26, al principio, dice: «Sanctissimo viro Magistro Ioanni Avilae, celeberrimo in Hispania superioris saeculi concionatori».

El padre Juan Lorino, ilustre escritor de nuestros tiempos, escribiendo sobre los Actos de los Apóstoles, en el cap. 6, ver. 2, dice: «Ioannes Avila vir nostro saeculo apud Hispanos magni nominis propter vitae sanctimoniam et efficaciam praedicationis».

295 *Historia Societatis Jesu*, lib. 9, n. 58-59 (Amberes 1620), f. 201.

El padre Andrés Escoto, de la misma Compañía de Jesús, en su *Bibliotheca Hispana,* hace un largo y elegantísimo elogio a nuestro santo Maestro; comienza así: «Ioannes Avila, theologus, et saeculi sui Ecclesiastes sumus, si utilitatem spectes in desseminando Dei verbo ne, inter spinas cadens, suffocetur». Hace un grave compendio de su vida, hablando de él como de persona santa.

El padre Antonio Posevino hace frecuentemente honorífica mención del santo Maestro, en su *Aparato sacro;* dice:

> Ioannes Avila, Hispanus, in Baetica Provincia concionator vir optimus, et qui vitae sanctitati doctrinam adiunxit. Generale / Epistolarium, in quo, inter alias epistolas, v. scripta est Praetori Hispalensi, qua agitur accuratissime de ratione administrandi ecclesiastica et saecularia.

De esta carta hizo tan grande estima este autor, que insta los hijos de los príncipes, y cuantos tratan las cosas públicas, la lean muchas veces; dice así en su *Bibliotheca,* en el cap. 45:

> Sed non pigeat id repetere, id ipsum quod nunc de Principum filiis diximus. Nimirum Ioannis Avila epistolam, quae Hispalensi Assistenti scripta fuit, saepe, ac sedulo esse legendam ab as qui Respublicas tractant. Nam, etsi ad praefectos civitatum ea in primis attinet, spectat tamen ad eos quoque qui cum praefectis, principibus, et regibus agunt de communibus rebus.

Inmediatamente alaba en general todas las epístolas, y el gran don de prudencia que recibió de Dios:

> Et sane idem ipse Avila, qui donum a Deo prudentiae magnum erat consecutus, epistolas alias scripsit, non tantum spiritualibus quam et politicis percommodas, et (ausim dicere) pene caelestes.

Y el padre Orlandino, otras veces citado, en el libr. 9, núm. 61, le da nuevos elogios, haciendo grande aprecio del concepto que de su religión hacía el padre Maestro Ávila; hablando de él dice así:

> Praestans hic doctor actorque virtutis usque eo erat noster, et tam praeclare de hoc Ordine sentiebat, et loquebatur, ut affirmaret nihil se tam dolere quam, quod per aetatem, et valetudinem, ut sese adiungere cum eius usu fructuque non posset.

Y hablando de lo que se regocijó cuando los padres de su religión vinieron a fundar en Córdoba, añade en el lib. 13, núm. 42:

> Agebat Cordubae cum alumnis suae disciplinae tunc Avila, qui simul nostros in ea urbe conspexit, pro qua re egregie laborarat; magnitudine gaudii elatus in canticum Simeonis erupit: *Nunc dimitis servuum tuum Domine.*[296]

El padre Miguel Turriano, de la Compañía de Jesús, escribió una carta a san Ignacio; dice lo que había visto en el padre Maestro Ávila; contiene un ilustre testimonio de su gran santidad; refiérela el
f. 244 r. Orlandino en el núm. 60; dice así: /

> Quam de patre ac Magistro Ioanne Avila conceperam animo opinionem, eam confirmavi vehementer, in hominis congressum unumque veni. Fuitque maximum mihi sinceritatis ac veritatis eius spiritus argumentum, cum vidi quam ex animo complectatur, et excipiat spiritum Societatis, et cuncta eius instituta, idque ait se facere naturali quadam quasi proprii amoris illecebra, quod omnia plane congruunt cum ea forma quam in animo suo ipse descripserat, id esse quod suo spiritu sentiebat, et sentit verum se paranymphum instar sancti Ioannis fuisse, et gaudio gaudere propter sponsum.

Los muy reverendos padres fray Juan de San Jerónimo y fray Juan de Jesús María, carmelitas descalzos, en el compendio latino de la vida de santa Teresa, que hicieron en Roma para su canonización, en el núm. 17, ponen el sentimiento que esta sagrada religión tiene de nuestro santo Maestro. Hablando del padre fray García de Toledo, dicen así:

> Qui illi praecepit ut anteactae vitae suae actiones omnes perscriberet, ut mitti possent ad praenominatum magistrum Avilam, virum singulari sanctitate praeditum, praesertim vero spirituum discretione conspicuum; cuius vita adeo evangelica et spectabilis fuit, ut eam pater Ludovicus Granatensis conscripserit; qui cum virginis Theresiae progessum vitae, et omnia alia legisset, probavit, et tuta incidere via existimavit.

Estos elogios latinos serán para los que entiendan esta lengua; no he tenido por necesario volverlos en la nuestra en que está los primeros, que contienen la misma o equivalente sentencia.

296 Lc. 2, 29. *Historia Societatis Jesu* (Amberes 1620), p. 201, 316.

Algunos milagros que Nuestro Señor ha obrado por la intercesión del padre Maestro Ávila

Capítulo XXVIII

La grandeza del amor que tiene Dios a los santos no cae en pensamiento de hombres; es a la medida de su ser sin medida. Son las criaturas en quien más resplandece la semejanza de la divina bondad, y así es excesivo el amor, y sus demostraciones. ¿Quién podrá explicar las honras, los favores que los hace, poniendo muchas veces toda la naturaleza / en sus v. manos para que dispensen y dispongan de ella como si fueran su autor? Y esto no solamente en su vida, mas, después de muertos, honra su cenizas y reliquias. En los harapos, en las más humildes alhajuelas y vasijas que usaron, parece quedó depositada su virtud, con su tocamiento; invocando su favor se obran milagros y prodigios estupendos, que testifican su santidad, y cuán agradables fueron a Dios sus vidas, y cuánto los favorece en el cielo.

La santidad del padre Maestro Ávila no ha carecido de estos testimonios, si bien su vida tan llena de virtudes, sus escritos y documentos, tan celestiales y admirables, milagros pueden llamarse. Y reconociendo la proporción de vida, podemos decir de sus escritos lo que el papa Juan Veinte y Dos, que canonizó al Doctor Angélico, santo Tomás de Aquino, afirmó: que no tenía necesidad de milagros para canonizarle, porque tantos milagros había hecho cuantas cuestiones había escrito. Cualquiera de las cartas del padre Maestro Ávila es un gran milagro, porque se echa de ver claramente, que andaba allí el espíritu del Señor.

Mas de los que llamamos milagros comunmente, pondré algunos, que he hallado probados; no dudo haya habido algún descuido en escribir otros muchos, como en las demás cosas de su vida.

Estando doña Luisa de Oviedo, vecina de Montilla, muy enferma de un sobreparto, y sin ninguna leche,

pidió al santo Maestro Ávila la encomendase a Dios que la favoreciese en aquella necesidad; otro día le envió el padre Maestro a pedir con un criado un poco de leche de sus pechos, porque tenía necesidad de ella; respondió doña Luisa que no tenía ninguna, que esa era la causa de su desconsuelo, al mismo punto sintió llenársele los pechos de leche, que se derramaba por los poros y pezones, y en un vaso envió un poco de leche y las gracias al padre Maestro, teniendo por cierto que, por su intercesión, Nuestro Señor la había favorecido en aquel trabajo.

Corriéndose un día toros en Montilla, en el llano
f. 245 r. del pala- / lacio, había juego de cañas; entraba en ellas Antonio de Figueroa. Teniendo el caballo aderezado y a punto para salir al juego, se subió la bestia por una escalera angosta, y se metió en un aposento alto, y en él comenzó a dar grandes bufidos, y dar saltos, tirar coces, que parece ser le había embestido algún demonio, y aunque algunas personas intentaron entrar para sacarle, no se atrevieron, porque acometía el caballo con un furor terible; juntóse a esto mucha gente con notable alboroto. Estaba a la sazón el padre Maestro Ávila retirado en oración en su oratorio; llamó al padre Villarás y le dijo: «Pase en casa de Antonio de Figueroa (vivía cerca) y remedie el daño que hay en ella». Llegó el padre Villarás; hizo bajar la gente que estaba en la escalera y puerta del aposento, diciendo que el padre Maestro le enviaba. Subió donde estaba el caballo haciendo las bravezas que dijimos; en entrando el padre Juan de Villarás, se sosegó; cogióle por la rienda; bajóle con grandísimo sosiego, y manso como un cordero le entregó al dueño. Tuviéronlo todos por caso milagroso, obrado por la oración del padre Maestro Ávila; confirmándose en la opinión que tenían de su santidad.

Martín Gómez, vecino de Montilla, se halló presente cuando sacaron el santo cuerpo del padre Maestro Ávila para ponerle en la urna de jaspe. Diéronle un poquito de paño del manteo o sotana que tenía el siervo de Dios, que estimó por gran reliquia; en llegando a su casa lo puso sobre una inflamación oculta que tenía, de la cual había muchos días que padecía grandes dolores, que no se le mitigaban por

muchos remedios que aplicaba; aquella noche sosegó, y pasó sin dolor; a la mañana se halló sano, sin hinchazón alguna, y mirando la parte donde estaba, la halló buena, y que de ella cayeron unas escamas o pellejos en partes pequeñas, y nunca más sintió dolor; túvolo por caso milagroso.

El licenciado Juan Ramírez de Mesa, colegial del Colegio de la Concepción de la ciudad de Sevilla, estando estudiando en este Colegio el año de mil y seiscientos y veinte / tres, por el mes de noviembre, v. se halló debilitado y achacoso, y casi sin fuerzas, de tal manera que en cualquier movimiento, aunque fuese despacio, se cansaba mucho y se hallaba sin respiración; tenía un continuo dolor del pecho, y escupía sangre. Viéndole tal el rector del Colegio, que lo era a la sazón el padre Gonzalo de Peralta, religioso de la Compañía de Jesús, llamó al doctor Francisco Jiménez, insigne médico, de grande experiencia y letras; hallóle con una calentura continua, y habiendo hecho algunas experiencias por muchos días, declaró que estaba ético y tísico confirmado, y así le mandó apartar de la comunidad, ordenóle dejase los estudios, y se fuese a Montilla, de donde era natural, y dispusiese sus cosas, porque, según reglas de Medicina, podía vivir cuando mucho hasta la cuaresma siguiente. Tenía noticia de la santidad del venerable Maestro Ávila, y que estaba su cuerpo en Montilla; encomendóse a su intercesión, hizo cierto voto, y aunque se apartó de la comunidad en mesa y ropa, no usó de medicina alguna; sólo se encomendaba de veras al santo Maestro Ávila, pidiéndole intercediese con Nuestro Señor le diese salud, o lo que más le convenía para servirle y salvarle. Al cabo de quince o veinte días vino el médico al Colegio a visitar otro enfermo, y viendo al licenciado Juan Ramírez, reparó en el buen color del rostro, ojos alegres; tomóle el pulso una y otra vez, y hallóle limpio de calentura y bueno, y admirado le dijo: «Vuestra merced está sano, y Dios milagrosamente la ha querido dar salud». Díjole cómo se había encomendado al siervo de Dios Maestro Ávila, y cómo desde el punto que hizo el voto, no había escupido más sangre, y se le quitó el dolor de pecho; y el doctor Jiménez dijo: «Verdaderamente es milagro sobrenatural, y así lo juraré en jui-

cio», y lo juró en presencia de muchos, diciendo que, según la disposición que halló en el enfermo, declaró estaba ético y tísico, y según las circunstancias de la enfermedad era imposible vivir, y así lo tuvo por milagro obrado por Nuestro Señor, por los méritos
f. 246 r. y intercesión del santo Maestro Ávila. No le / quedó rastro de enfermedad; quedó más robusto y con más fuerzas, pasó adelante con sus estudios con trabajo continuo, como si nunca hubiera tenido mal alguno.

El doctor Francisco Yáñez de Herrera, catedrático de prima de Baeza, cuya deposición en las informaciones que se hicieron en esta ciudad casi equivale a este libro, y él se ha adornado de la erudición de este doctísimo varón, dice que, después que comenzó a deponer en servicio de este gran santo, pidió por su intercesión una merced, y manifiestamente la halló obrada el día siguiente, como la había pedido a Nuestro Señor; lo que fue calla, por ventura, por su humildad.

Si a alguno le parecieren pocos estos milagros, júntelos a los que se esparcen por todo el discurso de esta historia. Júntelos, digo, a las conversiones de pecadores insignes, a tantas mudanzas maravillosas de vida errada a la más perfecta, y hallará cuánto crece el número, que si las obras de Dios nos admiran, mas, cuando son milagros, ¿en quién, como en sus santos, es admirable?[288] ¿A cuántos muertos en el pecado redujo nuestro predicador a nueva vida de gracia? Algunos vimos, muchos se ignoran. Si hubieran resucitado los cuerpos, supiéramos sus nombres, de los que resucitó en el alma, admiramos las virtudes, y así deben tenerse por milagros todas estas resurrecciones. Cuantos leprosos en los vicios sensuales cobraron entera salud, tantos fueron milagros del gran Maestro. Cuantos poseídos de mal espíritu, o acosados de tentaciones horribles, libró con su consejo y predicación, sanó otros tantos endemoniados. Los que abrieron los ojos al desengaño, ciegos eran a quien dio vista. Los que apenas sabían dar un paso, y después caminaban tan ligeros por las sendas de la virtud, cojos fueron, o impedidos, a quien sanó milagrosamente. Cierre el libro, y esta cláusula, un testimonio ilustre de san Gregorio,[297] gran padre y doc-

297 S. Gregorio, *Dialog.*, lib. 3, c. 17: ML 77, 265.

tor de la Iglesia, que comprueba esta verdad, en el libro tercero de sus *Diálogos*, en el capítulo diecisiete. Pregunta cuál es el milagro mayor; dice el que introduce la duda que el primero y mayor de todos / v. es que los muertos vuelvan a la vida, y que otra vez el alma se una al cuerpo; y responde el santo Pontífice estas palabras:

> Si atendemos a lo que ven los ojos, así es forzoso que lo creamos, mas si ponemos la consideración en lo que no percibe el sentido, infaliblemente es mayor milagro con la palabra de la predicación, y con el consuelo de la oración, convertir al pecador, que resucitar al muerto. En este revive la carne, que ha de volver a morir, en aquel resucita el alma que ha de vivir para siempre. Propóngote dos ejemplos. ¿En cuál juzgas de dos varones, que obró la virtud divina mayor milagro: Lázaro, a quien creemos que estaba en gracia, y el Señor le resucitó en la carne, o a Pablo, a quien resucitó en el alma? Después de la resurrección de Lázaro, no se habla de sus virtudes; después de la resurrección de Pablo, no alcanza nuestra flaqueza cuantas grandezas de sus virtudes cuenta la Sagrada Escritura.

Desde aquí prosigue el santo, haciendo de ellas un alarde, y concluye así brevemente:

> Veis aquí de qué modo vive el que del sepulcro de los pecados vuelve a la vida de la virtud; luego menos es resucitar el cuerpo si no es que acaso, después de haber dado vida a la carne, se le dé también al alma, y lo que se obra por milagro exteriormente en el cuerpo, se obra en la conversión interiormente en el alma.

De estos milagros que juzgó el santo Pontífice por mayores, hizo tantos el venerable Maestro Ávila cuantos fueron los pecadores que resucitó a la gracia por su doctrina.

Y vos, varón perfectísimo, a quien la piedad cristiana constantemente cree gozáis de inmortal gloria, pues, mejorando de región, no se os ha menoscabado la caridad, volved, volved los ojos a este devoto vuestro, que ha deseado serviros, obrad con su alma un milagro de éstos, pues sabéis sus miserias y enfermedades, y haced lo mesmo, piadoso, con todos los que invocaren vuestra intercesión necesitados.

LAUS DEO

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Aarón, 39, 431, 553.
Abel, 584.
Abenner, 571.
Academia Española, R. 1.
Academia de la Historia, R. 3.
Acosta, P. Jerónimo, 591.
Adán, 62, 128.
África, 208, 380, 382, 386.
Agatón, S., 132, 571.
Aguila, Juan del, 466.
Aguilar, estado, 469.
Aguilar, Alonso de, 263.
Aguilar, H. Antonio de, 13.
Aguilar, Beatriz de, 206.
Aguilar, Francisca de, 472.
Aguilar, Luisa de, 228.
Aguilar, Tello de, 116, 226.
Agustín, S., 21, 55, 89, 94, 135, 153, 176, 271, 277, 278, 404, 505, 507, 514, 517, 528, 543, 550, 561, 574.
Agustín (Pseudo), 554.
Agustín, Orden de S., 149, 152, 472, 516, 579, 586.
Agustina de los Angeles, M., 472, 579.
Aja, 413.
Alá, 383.
Alba, casa, 3.
Alba, duque, 109.
Albaida de Córdoba, 314, 500.
Albani, cardenal A., 9.
Albigenses, 143.
Alcalá de Guadaira, 104, 189.
Alcalá de Henares, 28, 152, 165, 166, 321, 339, 349, 350, 351, 440.
Alcornocal, dehesa del Conde de Palma, 322.
Alderete, Bernardo, 8, 13.
Alemán, P. Francisco, 13, 399.
Alemania, 143, 208, 464, 473.
Alfaro, P. Gregorio de, 294, 295, 392, 393.
Almadén, 390, 391.
Almagro, 2, 584.
Almagro, Pedro de, 161.
Alminuete (Toledo), 312.
Almodóvar del Campo, 12, 13, 15, 16, 27, 158, 160, 161, 162, 163, 165, 166, 167, 289, 305, 583, 584.
Alonso, Bernardo, 293.
Alonso del Moral, Juan, 540.
Alonso Palomino, Juan, 14.
Alpujarras, 389.
Alquitofel, 461.
Álvarez de Toledo, Fernando, 208.
Amberes, 337, 342, 583, 596, 598.
Ambrosio, S., 33, 406, 509, 514, 520, 522, 526.
Ana, 162.
Ana, Sta., 365.
Ana de la Concepción, sor, 5.
Ana de Jesús, 13, 400.
Anás, 453.
Andalucía, 4, 7, 10, 15, 17, 33, 46, 79, 103, 140, 144, 145, 148, 152, 154, 155, 158, 170, 191, 197, 220, 235, 238, 239, 242, 246, 247, 295, 306, 322, 327, 336, 339, 342, 344, 361, 399, 424, 425, 432, 440, 464, 465, 466, 467, 469, 486, 500, 576, 586, 591, 594, 595, 596, 597.
Andújar, 8, 12, 13, 189, 357.
Anotaciones al Concilio de Trento, 296.
Antioquía, 8, 21.
Antolínez, Justino, 205.
Antonio abad, S. 46, 181, 312, 365.
Antonio, Nicolás, 10.
Aoiz, Tomás de, 518.

Apeles, 371.
Apolonio, S., 509, 525.
Aponte, Lorenzo de, 152.
Apostolado de la Prensa, 9, 406.
Aquilón, 348.
Aragón, 301, 302, 349.
Aragón, card. Pascual de, 154.
Arazón, Pedro de, 154.
Arcos, duque de, 250, 259, 580, 581.
Arcos, duques de, 451.
Arcos, duquesa de, 475.
Árgel, 216, 380, 382, 383, 384.
Argentina, Tomás de, 516.
Arias, Juan, 518.
Arias, Francisco, 444.
Arnulfo, S., 571.
Arraez, Dragud, rey de Argel, 380.
Arriaga, G. de, 2.
Arrieta, Francisco de, 153, 154.
Arrio, 143.
Arroyo, Sebastián de, 13.
Arsenio, S., 132, 570.
Asela, 231.
Audi, filia, 9, 45, 58, 81, 82, 116, 128, 237, 395, 398, 399, 409, 418, 430, 437, 452, 458, 480, 487, 505, 593.
Ávalos, Gaspar de, 87, 105, 196, 202, 422, 425.
Ávalos, Isabel de, 202.
Ávila, Alonso de, 361.
Ávila, Constanza de, 204, 205, 206, 578.
Ávila, Diego de, 389.
Ávila, Gracia de, 13.
Ayala, Andrés de, 594.
Ayala, Diego de, 13, 14.

Babilonia, 29, 95, 238.
Badajoz, 328, 394.
Baeza, 12, 13, 15, 16, 107, 150, 215, 237, 238, 239, 241, 244, 245, 290, 293, 294, 297, 313, 353, 354, 355, 356, 357, 360, 376, 459, 540, 576, 602. Colegio-Universidad, 10, 12, 149, 161, 240, 241, 287, 289, 291, 297, 355, 370, 392, 492, 534, 580, 586, 593. Hospital de la Concepción, 293.
Baeza, Isabel de, 291.
Bailén, conde de, 2, 122, 334.
Balbina, Sta., 154.
Barajas, P., 389.
Barbarroja, Hariademo, 383.
Barcelona, 2, 5, 6, 291, 360, 361, 362, 364, 365, 366, 367, 369, 372, 373, 374, 376, 473; convento de los Ángeles, 360; Hospital de la Misericordia, 373; iglesia de Sta. Ana, 362; iglesia de Belén, 364; iglesia de S. José, 364; iglesia de Santa María del Mar, 366; iglesia de S. Miguel, 366.
Bárcena, Alonso de, 340, 344.
Barriotafur, Gaspar de, 13.
Bartolomé, S., 190.
Bartolomé de Jerusalén, Fr., 578, 579.
Bartolomé de los Mártires, 5, 10, 150, 329.
Bascapé, Carlos, 148.
Basilio, S., 143, 152, 319, 321, 554, 559.
Beda el Venerable, S., 556, 561.
Belcebub, 95.
Belén, 56, 162, 536, 546.
Béjar, duquesa de, 385.
Bembejar, valle, 315.
Benavides, bando de Baeza, 107.
Benito, S., 115, 294.
Benito, Orden de S., 392.
Berbería, 381, 382.
Berja, 300.
Bernardo, S., 57, 65, 85, 99, 114, 455, 531, 538, 546, 560, 561.
Bernardo, Orden de S., 319.
Biblia, 86.
Bonoso, 315.
Braga, 5, 150, 329.
Bravo de Laguna, 152, 153.
Brígida, Sta., 162.
Briviesca, Francisco de, 14.
Buenaventura, S., 146, 277, 505, 507, 515, 519, 520, 521, 524, 530, 531.

Cabrera, Ramón, 3.
Cabrera Chirinos, Gonzalo, 14.
Cacegas, Luis de, 150.
Cayetano, T. de V., 279.
Caifás, 453.
Calahorra, 335, 336, 576.
Calatrava, campo de, 158, 390.
Calatrava, P., 369, 375.
Caleb, 413.
Calvino, Juan, 143.
Camilo de Lelis, S., 10.
Canaán, paso de, 23, 51.

Caravaca, 290, 357.
Cardona, 154.
Cardón o Tardón, 317.
Carleval, Dr. Bernardino, 15, 16, 239, 244, 284, 286, 287, 289, 290, 291, 576.
Carleval, hermanos, 389.
Carlos Borromeo, S., 10, 149, 329, 331, 332, 380, 384, 432, 434, 435, 457.
Carlos V, emperador, 198, 208, 228, 381, 464.
Carlos, príncipe, hijo de Felipe II, 471.
Carmelo, 268, 400.
Carmona, 583.
Carnestolendas, 364.
Carranza y Cárdenas, Juan de, 14.
Carrillo, Alonso, 191, 333.
Carrillo, Sancha, 113, 225, 227, 228, 230, 231, 235, 280, 340, 395, 399, 452, 459, 499, 500, 591, 594.
Cartagena, 141.
Cartuja, Orden, 322, 590.
Cartujano, 515.
Carvajal y Mendoza, Luisa de, 10.
Carvajales, bando, 107.
Casas, Diego de las, 13, 15.
Castellar, conde del, 582.
Castelo Branco, 6.
Castilla, 137, 139, 154, 155, 159, 207, 292, 301, 302, 328, 349.
Castillo, Hernando del, 330.
Castro, Francisco, 593.
Castro Sastre, Antón de, 13.
Catalina de Portugal, hermana de Carlos V, 329.
Catalina de Sena, Sta., 503.
Cataluña, 361, 363, 370, 374.
Catecismo Romano, 526.
Catón, 96, 565.
Cauchín, Islas del rey de, 584.
Cazalla, Cartuja de, 322; convento de San Luis de los franciscanos, 322.
Cazorla, 293.
Cazorla, Andrés de, 8, 14, 16.
Cecilio, S., 204.
Celancia, 325.
Cerda, Luisa de la, 577.
Cerda, Pedro de la, 463.
Centenares, P. Esteban, 305, 306, 307, 308, 310, 311, 315, 324, 389, 486.
Centenares, Pacheco, linaje, 306.
Cervantes, Lic. Francisco de, 582.
Ceuta, 208.
China, 384.
Cicerón, 35, 186, 331.
Cipriano, S., 54, 395, 396, 543.
Ciro, el mayor, 29.
Cisneros, Juan de, 14, 16.
Citta del Vaticano, Archivo Castel Sant' Ángelo, 12; Archivo Segreto Vaticano, 2, 12; Archivo Congregación Ritos, 12.
Ciudad Rodrigo, 306, 310.
Clara, Sta. 257, 286, 572.
Claraval, monasterio de, 114, 319.
Compañía de Jesús, 2, 10, 13, 14, 105, 108, 120, 121, 122, 133, 135, 149, 150, 159, 160, 173, 191, 192, 200, 201, 204, 221, 236, 240, 241, 243, 245, 246, 252, 262, 274, 275, 276, 278, 279, 286, 290, 310, 334, 335, 336, 337, 338, 340, 341, 344, 345, 347, 349, 351, 352, 354, 371, 398, 399, 400, 414, 438, 439, 440, 441, 444, 465, 466, 467, 473, 479, 492, 518, 565, 570, 571, 572, 575, 576, 579, 580, 582, 586, 587, 591, 594, 596, 597, 598, 601.
Concilio Cartaginense IV, 21.
Consejo Real, 10, 328.
Constantina, 1.
Constanza, 9.
Contemptus mundi, 244, 305.
Contreras, Diego de, 377.
Contreras, Hernando de, 103, 169, 170, 171, 377, 379, 380, 382, 383, 384, 386.
Contreras, Francisco de, 379.
Córdoba, 1, 7, 8, 12, 14, 15, 16, 79, 83, 86, 105, 109, 118, 119, 141, 155, 160, 189, 190, 191, 192, 193, 194, 195, 219, 220, 223, 236, 246, 291, 292, 293, 294, 296, 307, 311, 314, 318, 319, 326, 340, 341, 342, 343, 348, 356, 388, 389, 390, 391, 392, 393, 411, 443, 450, 455, 462, 463, 464, 469, 471, 472, 474, 544, 578, 593, 598; Colegio de la Asunción, 191; Colegio de la Compañía de Jesús, 340, 341, 343; convento del Arrizafa, 314; convento de Escalaceli, 1, 2, 326; convento de las Recogidas, 294, 295; convento de San Francisco, 236,

471; hospital de S. Bartolomé, 296, 462; monasterio de Sta. Marta, 119, 577; Ntra. Sra. de Villaviciosa, 474; parroquia de la Magdalena, 281; seminario de S. Pelayo, 246; sínodo de, 104.
Córdoba, P. Antonio, 118, 120, 279, 334, 337, 338.
Córdoba, Juan de, 16.
Córdoba, Leonor de, 16, 192.
Córdoba, Pedro, 228, 234, 340, 389.
Cortés, Juana, duquesa de Alcalá, 385.
Costado, Leonor del, cf. Inestrosa, Leonor de.
Critana, Antonio, 160.
Cuenca, 302, 303.
Cuervo, Justo, 2, 3, 5, 264, 517.
Cuvellier, M., 9.

Daniel, 133, 573.
David, 48, 62, 71, 80, 414, 461, 550, 551, 556.
Daza, Antonio, 590.
Delgado, Juan, 13.
Delgado, Pedro, 438.
Demetrias, 230.
Demostenes, 35, 44, 48, 186, 396.
Denzinger, 520.
Diego, Francisco, 2, 328, 333.
Díaz, Juan, 3, 4, 8, 9, 25, 148, 296, 300, 304, 305, 392, 389, 408, 426, 490, 567.
Díaz, Pedro, 14.
Díaz de Luco, Juan Bernal, 335.
Díaz Reyes Carleval, Alonso, 14, 15, 16.
Diego, S., 503.
Diego, Pedro, 312.
Diez de Morales, Juan, 14.
Dimas Loris, Juan, 361.
Dionisio Aeropagita, 515.
Domingo, Sto., 35, 143, 183, 359, 435, 457.
Domingo, convento de Sto., 451.
Domingo, Orden de Sto., 2, 3, 5, 19, 175, 270, 313, 319, 326, 333, 342, 451, 518, 590.
Domna, Sta., 213.
Don Martín, montañas de, (Sierra Morena), 307, 314, 323.

Ecija, 11, 104, 113, 116, 118, 189, 224, 225, 226, 227, 228; iglesia de Sta. María 228; convento de S. Agustín, 233.
Eclesiastés, 597.
Eclesiástico, 417.
Efrén, S., 396.
Efrén de la Madre de Dios, 318.
Egipto, 257, 319, 323.
Elías, 155, 353, 363, 408, 459, 552, 553, 594.
Eliseo, 118, 194, 353, 594.
Enrique, Cardenal Infante, 5, 328, 329.
Enríquez, Teresa, 282.
Epifanía, 134, 162.
Epistolario, 196, 304, 338, 339, 395, 396, 397, 398, 399, 400, 469, 480, 484, 491, 493, 504, 511, 513, 518, 541, 577, 597, 599.
Escabias, Sebastián de, 14, 16.
Escobar, Antonio de, 13.
Escorial, El, monasterio, 6, 399.
España, 12, 122, 139, 141, 143, 144, 152, 154, 155, 158, 160, 165, 169, 170, 180, 198, 201, 205, 208, 241, 250, 268, 273, 276, 287, 294, 295, 301, 306, 308, 324, 332, 335, 337, 338, 342, 349, 360, 365, 376, 377, 380, 383, 399, 400, 414, 426, 439, 461, 462, 467, 470, 471, 473, 481, 511, 573, 579, 584, 585, 592, 593, 594, 595, 596.
Escoto, Andrés, 241, 597.
Espinola, Card. arzobispo de Granada 140, 141.
Estrada, Manrique, 205.
Etiopía, 371.
Europa, 159, 588.
Eustoquio, 283.
Evora, 5, 207, 328, 344.
Eva, 584.
Extremadura, 219, 221, 321.
Ezequías, 45.
Ezequiel, 277, 550.

Factor, Nicolás, 359.
Faraón, 35, 533.
Felipe II, 245, 273, 319, 329, 330, 334, 358, 361, 370, 427, 468, 471, 587.
Felipe III, 301, 302.
Felipe Neri, S., 417.
Feria, conde de, cf. Fernández de Córdoba, D. Pedro.
Feria, condes de, 219.
Fernando III, el santo, 154, 155.
Fernando V el católico, 306.

Fernando, Card., Infante, 12.
Fernández, Antonio, 13.
Fernández, Juan, 160, 350.
Fernández de Abendaño, Luis, 14.
Fernández de Córdoba, Alonso, 16, 292, 490.
Fernández de Córdoba, Catalina, marquesa vieja de Priego, 13, 119, 120,130, 131, 133, 194, 221, 243, 245, 251, 259, 263, 266, 282, 294, 307, 308, 337, 421, 469, 475, 469, 576.
Fernández de Córdoba, Catalina, marquesa joven de Priego, 259, 261, 263, 264, 266, 267, 582.
Fernández de Córdoba, Luis, 227.
Fernández de Córdoba, Luis Manuel, 14.
Fernández de Córdoba, Pedro, marqués de Priego, 263, 267, 581.
Fernández de Córdoba y Figueroa, Pedro, conde de Feria, 1, 14, 109, 219, 243, 251, 327, 469, 473, 580, 594.
Fernández de Herrera, Pedro, 295.
Fernández Montaña, J., 17.
Fernández de Portillo, Juan, 161,
Figueroa, Antonio de, 600.
Figueroa, Gaspar de, 13.
Figueroa Trillo, Teresa de, 13.
Filipinas, islas, 584.
Flandes, 114.
Flors, Juan, 6.
Francia, 143, 159, 207, 473.
Francisco de Asís, S., 55, 88, 115, 135, 146, 257, 319, 359, 423, 457, 503, 510, 543, 547, 574, 584, 589.
Francisco, Orden de S., 5, 6, 28, 159, 165, 256, 322, 579, 590.
Francisco de Borja, S., 3, 120, 155, 159, 198, 199, 200, 335, 338, 344, 581, 582, 587, 591.
Francisco Indigno, Fr., 244, 245.
Francisco de Montilla, Fr., 583, 584.
Francisco del Niño Jesús, 245.
Francisco de Paula, S., 505, 510,
Francisco de Sales, S., 518.
Francisco de Santa Ana, 500.
Fregenal, 221, 340.
Fuente, Dr. Constantino de la, 474.
Fuente, Juan Bta. de la, 13.
Fuente, María de la, 312.
Fuente, Mateo de la, 311, 312, 314, 315, 316, 318, 319, 320, 321, 323, 324.
Fuenteovejuna, 307, 312, 388, 389.
Fuenterrabía, 207.

Gablaonitas, 78.
Gadea, Melchor de, 13.
Galicia, 322.
García, Lorenzo, 541.
García de Molina, Pedro, 13, 15.
García Moreno, Alonso, 13.
García Xirón, Antonio, 13.
Garnica, Dr., 166.
Genil, 135, 219, 575.
Gertrudis, Sta., 503.
Génova, Colegio de la Compañía, 336, 337.
Gibraltar, 208.
Giménez del Arcediano, H. Antonio, 13.
Ginebra, 518.
Girón, María, 250.
Girón, Pedro, 250.
Gómez, Francisco, 191, 340, 341, 342, 578.
Gómez de Ávila, Lic. 593.
Gómez del Baño, Juan, 14.
Gómez de Espejo, Hernán, 13.
Gómez Godoy, Luis de, 14.
Gómez, Gonzalo, Dr., 389.
Gómez Muñoz, Martín, 13, 600.
Góngora, María de, 13.
González de Ávila, Gil, 302.
Gracián de la Madre de Dios, Jerónimo, 272, 274, 592.
Granada, 1, 12, 13, 15, 28, 87, 89, 96, 99, 105, 106, 107, 108, 119, 123, 140, 141, 144, 148, 160, 165, 185, 194, 195, 196, 197, 198, 199, 202, 203, 204, 205, 206, 208, 209, 210, 212, 215, 216, 217, 218, 219, 246, 266, 284, 286, 289, 296, 299, 300, 303, 326, 354, 377, 393, 422, 423, 425, 451, 463, 469, 480, 485, 486, 487, 490, 494, 593; Alhambra 209, 593; Colegios de, 345; Colegio Real, 485; convento de la Cartuja, 498; convento de la Encarnación, 13, 477; convento de la Merced, 205; convento de S. Jerónimo, 206, 333, 423; convento de Sta. Cruz, 326; convento de Sta. Isabel

la Real, 13; Hospital Real, 218, 423; plaza de bibarrambla, 212; puerta Elvira, 208, 298; Sacro Monte, 204; Universidad, 3.
Granada, Luis de, 1, 2, 3, 4, 5. 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 19, 23, 120, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 151, 182, 185, 186, 210, 226, 236, 249, 255, 263, 264, 273, 274, 285, 325, 326, 327, 328, 329, 330, 331, 332, 359, 377, 380, 401, 423, 443, 453, 456, 464, 471, 473, 479, 487, 494, 504, 517, 524, 539, 543, 567, 570, 588, 589, 592, 598,
Grecia, 29, 44.
Gregorio, S., 22, 52, 65, 277, 555, 557, 561, 602.
Gregorio XIII, papa, 147, 331, 427.
Guadalajara, Marcos de, 302.
Guadalquivir, 135, 175.
Guadalquivir, 135, 175.
Guadalcázar, 113, 236.
Guadalcalzar, señores, 113, 228.
Guadalupe, 16, 215, 390, 467.
Guadix, 384, 386.
Guerrero, Pedro, arzobispo de Granada, 28, 165, 266, 290, 391, 393, 394, 469, 485, 569.
Guesca, cf. Huéscar.
Guisano, Juan Pedro, 149.
Gutiérrez, Martín, 159.
Gutiérrez Serrano, Bartolomé, 14.
Guzmán, Diego de, S. I. 3, 16, 118, 121, 245, 334, 335, 336, 337, 389, 473, 587.
Guzmán, Diego de, 301.

Haro, 336.
Hernández, Melicia, 5, 6.
Herrera, Agustín de, 13.
Herodoto, 29.
Hilario, S., 561.
Hilarión, S., 132, 571.
«Hispania» 2, 16.
Hoces, Inés de, 16, 577, 578.
Hoces, María de, 16, 118.
Honorato, S., obispo de Arlés, 561.
Hornachuelos, 314, 316, 320.
Hortigosa, Bernabé de, 14.
Hoyos, M. de los, 2.
Huerga, Alvaro, 2, 6, 590.
Huéscar, 357.
Hungría, 208.

Ibáñez de Herrera, Francisco, 14.
Ignacio de Loyola, S., 2, 150, 275, 276, 278, 336, 337, 344, 396, 439, 440, 576, 586, 587, 596, 598.
Ildefonso, S., 379, 380.
Indias, 102, 168, 169, 170, 306, 307, 380, 408, 441, 463, 584.
Inestrosa o «del Costado», Leonor de, 116, 226, 227.
Inglaterra, 400.
Inquisición, Sto. Oficio de la, 6, 12, 13, 14, 79, 93, 174, 175, 356, 357, 358, 410, 471, 474, 566, 576, 594.
Isabel, emperatriz, esposa de Carlos V, 198, 228, 591.
Isaías, 29, 71, 104, 189, 241, 476.
Isidora, Sta., 213.
Isidoro, S., 521, 549, 552, 561.
Israel, 257, 303, 550, 558
Italia, 240, 336.
Iturrizarra, Lorenzo de, 152.

Jacob, 37, 191, 315, 551, 587.
Jaén, 12, 13, 16, 108, 148, 189, 237, 239, 241, 244, 298, 299, 355, 356, 357, 358, 370, 376, 389, 392, 473, 541, 593; catedral, 425; priorato de Sta. Cruz, 297.
Jaén, obispos de, 293, 297, 361, 362.
Japón, 160, 307.
Jabalquinto, 371.
Jeremías, 35, 64, 95, 104, 107, 174, 185, 238, 348.
Jerez, 104, 189.
Jerónimo, S., 87, 89, 181, 251, 264, 277, 283, 302, 315, 316, 319, 325, 387, 395, 419, 452, 453, 507, 509, 553, 561.
Jerónimo, Orden de S., 273, 333, 334, 587.
Jerónimo, Juan, 354.
Jerusalén, 80, 95, 100, 238, 489, 496.
Jiménez, Francisco, médico, 601.
Jiménez de Halao, Francisco, 13.
Jiménez Patón, Bartólome, 593.
Job, 68, 83, 104, 132, 134, 571, 573.
Jodar Pacheco, Diego de, 14.
Josafat, 78, 468.
José, 545, 551.
José, S., 571.
Josué, 78, 468, 544.

Juan XX, papa, 599.
Juan Bautista, 162, 175, 353, 367, 545, 586.
Juan Bta. de la Concepción, 160.
Juan Clímaco, S., 123, 135.
Juan Crisóstomo, S., 180, 277, 371, 395, 520, 547, 552, 553, 555, 561.
Juan de Dios, S., 118, 123, 155, 209, 206, 207, 208, 210, 212, 213, 214, 215, 216, 217, 218, 219, 593.
Juan Evangelista, S., 34, 110, 221, 316, 362, 508.
Juan de Jesús María, 598.
Juan Manuel, caballero de Córdoba, 469, 470.
Juan de la Miseria, Fr., 318.
Juan de Ribera, S., 8, 21, 359, 394.
Juan de S. Jerónimo, 598.
Juan de Sta., María, Fr., 585, 589.
Juan de Toledo, Fr., 104.
Juana, sor, de Sta. Clara de Montilla, 258.
Juana de S. Gregorio, 13.
Juana de S. Sergio, 13.
Juana de Santiago, 13.
Julio III, papa, 121.
Justo, S., 365.

Landulfo, 114.
Lanuza, Vicencio, 301, 302.
Lázaro, 114, 359, 603.
Lechuga, Alonso, 14.
León, 137, 139.
León, obispos de, 185, 485, 594.
León, S., 22, 125, 126.
León, Ana de, 13.
León, María de, 13.
León, Pedro Luis de, 14, 15.
Leruela (Cazorla), 293.
Leví, 548.
Lima, Colegio de la Compañía, 345.
Lisboa, 2, 3, 4, 5, 112, 263, 333; monasterio de la Anunciada, 6; monasterio de Ntra. Señora de la Esperanza, 5.
Llaneza, M., 5, 9.
Loarte, Gaspar, 2, 334, 335, 336, 337, 473, 587.
Lobo, Alonso de, 159, 185.
Lobo, Juan, 13.
Logroño, 336.
Lomas, Pedro de, 14, 16.
López, Ana, 13.
López, Diego, 465.
López, Francisco, 473.
López, Gregorio, 10.
López, Jerónimo, 575.
López, Juan, 5.
López, Marcos, 294.
López, María, 13.
López, Pablo, 13.
López, Pedro, 191, 342, 464.
López, Rodrigo, 238.
López de Guadalupe, Marcos, 13.
López Rico, Antonio, 13.
Lorenzo, S., 92.
Lorenzo, P., S. I., 371.
Lorino, Juan, 596.
Lozano Albañil, Miguel, 13.
Lucas, Andrés, 150.
Lucilio, 111, 250.
Luis, rey de Francia, S., 457.
Luis de Beltrán, L., 274, 359.
Luna, conde de, cf. Pimentel, Antonio.
Luque Ayala, Cristóbal de, 13, 16.
Lutgarda, Sta., 503.
Lyon, 414.

Madrid, 2, 4, 5, 6, 7, 12, 13, 15, 17, 137, 140, 142, 147, 152, 153, 154, 201, 245, 301, 305, 318, 334, 347, 348, 349, 350, 406, 467; Congregación de Presbíteros Naturales de, 12, 143, 145, 147, 155; convento de S. Hermenegildo, 245; Imprenta Real, 17; parroquia de S. Martín, 304.
Madrid, Bartolomé de, 13.
Madrigal, Pedro, 4.
«Maestro Ávila», 5.
Magdalena, Sta., 103, 120, 123, 170, 195, 210, 261, 293, 294, 351, 573.
Magdalena de la Cruz, 79, 471.
Mahoma, 301, 545.
Málaga, 348.
Malaquías, 546, 548.
Maldonado de Tarasquilla, Pedro, 14.
Mancio de Corpus Christi, Mtro., 342.
Manrique, Alonso, 103, 170, 179, 380.
Marcela, Sta., 251, 283.
Marcos, S., 55, 543, 547.
Marchena, 357, 475.

Marcianez, Alonso de, 14.
Margarita, reina, 301.
María, emperatriz, 263.
María de Cristo, 282.
María de la Visitación, 6.
Mariana de S. José, V., 10.
Mariano de S. Benito, 318.
Maroto, Eufrasio, 14.
Marruecos, 381.
Marta, Sta., 194.
Marte, 207.
Martín Pimienta, Miguel, 13.
Martín, el Rubio, Antón, 14.
Martín de Zárate, Juan, 13.
Martínez Mascarcñas, Fernán, 5, 6.
Martínez Xixón, Lucía, 13.
Martirologio Romano, 134, 573.
Matco, S., 277, 302, 313, 578.
Mayoral, Francisco, 207.
Meca, 545.
Medina, Dr., 389.
Medina del Campo, 467.
Melchora de Jesús, 13.
Mellado, Andrés, 14.
Mencía, duquesa Da. 250.
Mendoza, Elvira de, 5, 6.
Meneses, Cecilia de, 6.
Merchante, Dr., 301.
Mesina, Colegio de la Compañía, 336, 337.
Mesía, Cristóbal, 13.
Miguel Ángel, 371.
Miguel arcángel, 130, 154, 317, 318, 324, 568.
Miguel de S., Jerónimo, 13.
Milán, 17, 149, 331, 432, 433.
Milón, 516.
Miranda, condesa de, 370.
Mirantes, Andrés de, 13.
Moisés, 35, 39, 315, 381, 431, 552, 553.
Molina, Alonso de, 16, 190, 291, 292, 310, 389, 450, 455, 472.
Molina, Antonio de, 590.
Molina, Luis de, 14.
Mondéjar, marquesa de, 89, 451.
Monópolo, obispo de, 333.
Montemayor el Nuevo, 123, 207.
Montilla, 1, 12, 13, 14, 15, 16, 83, 109, 119, 155, 186, 194, 205, 215, 216, 220, 245, 246, 247, 248, 249, 250, 251, 255, 256, 266, 282, 295, 310, 314, 320, 327, 334, 337, 344, 391, 421, 438, 460, 461, 465, 466, 469, 472, 473, 474, 475, 477, 478, 482, 483, 490, 500, 540, 541, 568, 574, 578, 579, 581, 582, 584, 592, 599, 600, 601; clero de, 14; Colegio de la Compañía, 16, 83, 131, 133, 345, 441, 454, 473, 574, 582, 583; convento de S. Agustín, 14; convento de S. Francisco, 582; convento de Sta. Clara, 110, 133, 247, 249, 251, 255, 256, 327, 472, 491; iglesia de la Compañía, 267; iglesia de Santiago, 478.
Monza, 332.
Monzón, 361, 362.
Moral, Rodrigo de, 14.
Moya, Juan de, 14.
Muñoz, Gonzalo, 303.
Muñoz, Juan Bta. 3.
Muñoz, Luis, 1, 2, 7, 8, 10, 11, 12, 17, 137, 152, 153, 155.
Muñoz Cañasveras, Acisclos, 13.
Muñoz de Cañasveras, Juan, 13.
Muñoz Cejudo, Francisco, 13, 15.
Muñiz, Juan Antonio, 14.
Murcia de la Llana, Lic., 153.

Nadal, Jerónimo, 587.
Naim, 82, 484, 557.
Nájera, 336.
Nápoles, 152, 153.
Navarrete, Juan Bta. 13.
Navarrete, Francisco.
Navarro, Dr. 593.
Nepociano, 181, 387, 419.
Niebla, condado, 307.
Nilo, 173.
Nitria, 323.
Noguera, Mtro. Luis de, 296, 297, 299, 355, 459, 593.
Núñez, María, 13.
Núñez, Lic. 593.
Núñez, Hernán, 289, 290, 291, 293, 389, 392.
Nueva España, 10.
Nuevo Testamento, 544.

Ojeda, Pedro de, 16, 284, 287, 290, 389.
Olave, P. 587.
Olmo, Alonso del, 13.
Olmo, Catalina del, 13.
Olmo, Pedro del, 13.
Oñate, 335, 338, 587.
Oriente, 584.
Orígenes, 526.

Orlandino, Nicolás, 352, 386, 582, 587, 596, 597, 598.
Ormésimo, 315.
Oropesa, 207, 208.
Oropesa, condes, 208, 339, 426.
Osma, 141, 166.
Osuna, 251, 322.
Oviedo, Luisa de, 599, 600.

Pablo, S., 30, 31, 32, 38, 39, 41, 67, 75, 134, 147, 180, 191, 197, 219, 225, 269, 327, 334, 347, 362, 394, 404, 414, 416, 422, 423, 428, 430, 431, 443, 450, 455, 505, 508, 509, 525, 526, 534, 539, 551, 554, 558, 565, 585, 603.
Pablo ermitaño, S., 312.
Pacheco, linaje, cf. Centenares, Pacheco, linaje.
Pacheco, Isabel, 282.
Pacheco, María, 282.
Palencia, 293.
Paleoto, Card., 332.
Palma, conde de, 322.
Palma del Río, 104, 189.
Palma, Martín de, 13.
Pamaquio, 201.
Pamplona, 336.
Panduro, Dr., 242.
Paraguay, 344.
Pareja, Felipe de, 13.
París, 9.
Parma, Princesa de, 368.
Párraga, Mtro. 93, 175.
Paula, Sta., 283.
Paulino, 201.
Paulo III, papa, 238, 276, 338, 425, 586.
Paulo IV, papa, 100, 492.
Paz, beata, 203.
Pedro, S., 56, 123, 325, 526, 536, 548, 549.
Pedro de Alcántara, S., 155, 274, 457, 588, 589.
Pelagio, 143.
Peñalosa Gómez, Juan de, 14.
Peralta, Pedro de, 13.
Peralta, Gonzalo de, 601.
Pereira, Gaspar, 340, 344, 346.
Pérez de Aguilar, Diego, 14.
Pérez de Aguilar, Juan, 14.
Pérez de Andrada, Alonso, 14.
Pérez Cabello, Juan, 14.
Pérez del Campo, Francisco, 14.
Pérez de Torres, Fernán, 13, 16.
Pérez de Valdivia, Diego, 15, 239, 244, 289, 290, 299, 353, 354, 355, 358, 359, 360, 361, 362, 366, 371, 373, 375, 459, 460, 473, 474, 512, 533, 534, 593, 594.
Pérez de Velasco, Rodrigo, 14.
Perú, 344, 345.
Picardía, 143.
Pico, puerto del, 390.
Pío IV, papa, 432.
Pío V, papa, 319, 332, 342.
Pilato, 95, 502.
Pimentel, Antonio de, conde de Benavente y Luna, 13, 421, 581, 595.
Plasencia, 400.
Platón, 49, 120.
Plutarco, 126.
Ponce de León, doña Ana, condesa de Feria, también sor Ana de la Cruz, 2, 8, 23, 109, 133, 135, 219, 220, 221, 247, 250, 262, 266, 280, 282, 285, 286, 524, 562, 568, 572, 576, 582, 590, 591, 592.
Ponce de León, don Rodrigo, 250.
Porciúncula, 319.
Portugal, 5, 8, 148, 207, 328, 329, 330, 333, 344, 349.
Posadas, María de, 203.
Posadilla, 311.
Posevino, Antonio, 399, 597.
Pradas, Juan de, 303.
Práxedes, Sta., 332.
Pretel, Juan, 13.
Priego, 1, 3, 7, 110, 243, 247, 253, 255, 261, 469, 473; iglesia de S. Nicasio, 243.
Priego, marqueses, 155, 247, 260, 279, 314, 326, 337, 422, 429, 574, 580, 584, 586.
Puente, Luis de la.

Quadros Alferez, Francisco de, 14.
Quintana, Jerónimo de, 12.
Quintillano, 180.
Quirós, P.

Ramírez, Francisca, 13.
Ramírez, Jerónimo, 13.
Ramírez, Juan, 118, 122, 347, 349, 350, 389, 466, 601.
Ramírez, María, 13.
Ramírez de Mesa, Juan, 14, 601.
Ramiro, Cristóbal, 14.
Raquel, 551.

Reformación del estado eclesiástico, 296, 469.
Reino, P. Miguel de, 467.
Reinoso, Francisco de, 292, 293, 294.
Reinoso, Jerónimo de, 393.
«Revista española de Derecho Canónico», 12.
«Revista de espiritualidad», 6.
Reyes, Baltasar de los, 16.
Ribadeneira, Pedro de, 4, 150. 336, 479, 591.
Ribera, Dr., 149, 274.
Ribera, Francisco de, 274.
Richa, villa, 301.
Río, P., 2.
Roa, Martín de, 2, 236, 252, 253, 258, 262, 265, 266, 286, 310, 500, 562, 591.
Robledo, Isabel de, 13.
Robres Mesía, Luis de, 14.
Rodríguez, P. Alonso, 518.
Rodríguez, Juan, 16, 466.
Rodríguez, Pedro, 292, 400.
Rodríguez del Campo, Hernán, 14, 16, 481, 482.
Rodríguez de Pancorbo, Blas, 14.
Rojas y Sandoval, Cristobal de, 104, 190, 246, 292, 311, 318, 342.
Rojas, María de, 299.
Roma, 3, 9, 12, 54, 140, 144, 148, 154, 159, 201, 238, 178, 335, 336, 359, 370, 417, 427, 440, 542, 587, 595, 598; Archivo de la Curia S. I., 12.
Romero, Cristóbal, 13.
Rosignoli, Bernardino, 414, 596.
Rubio de Valdivia, Juan, 14.
Rufino, 277, 315, 509, 525.
Ruiz, Ana, 13.
Ruiz, Bernabé, 13, 15.
Ruiz, Juana, 13.
Ruiz, Pedro, 14.
Ruiz de Aguilar, Diego, 14.
Ruiz de Aguilar, Francisco, 472.
Ruiz de Bartolomé Ruiz, Diego, 13.
Ruiz Burgueño, Bartolomé, 13.
Ruiz Hidalgo Cubides, Antonio, 14.
Ruiz de Mesa, Martín, 147.
Ruiz de Negreda, Isabel, 13, 15.
Rus Calatrava, Bernardino de, 14.
Rusbroquio, Juan, 515, 522, 523, 524.
Saavedra, María de, 220.
Sahagún, 292.
Sahagún, real convento de S. Benito, 292.
Saint-Jure, P., 9.
Sala Balust, Luis, 12, 16, 118.
Salamanca, 27, 105, 120, 164, 192, 269, 275, 277, 279, 306, 312, 313, 321, 322, 337, 342, 465, 466, 467, 596.
Salazar, Francisco, 269.
Salazar, Hernando de, 518, 535.
Salcedo, Juan de, 14.
Salmerón, P., 100, 492.
Salomón, 45, 70, 78, 84, 132, 368, 406, 468, 552.
Salón, Miguel, 149.
Salucio, Agustín, 590.
Samuel, 162.
Sánchez, Gaspar, 173.
Sánchez, Juan, 15, 294, 295.
Sánchez, Pedro, 245.
Sánchez de Avendaño, Hernán, 14.
Sánchez Arriero, Pedro, 13.
Sánchez Cargador, Francisco, 13.
Santiago de Compostela, 322.
Santo Domingo de la Calzada, 336.
Santuario, peso del, 23, 51, 54.
Sarmiento, Francisco, 297.
Satanás, 316.
Saul, 552.
Schuyler, sister John Emmanuel, 6.
Sebastián, rey de Portugal, 329.
Sebastián, S., 123, 209, 593.
Sede Apostólica, Sta., 124, 151, 277, 278, 409, 441.
Segorbe, 154.
Segovia, 425.
Segovia, Francisco de, 333.
Séneca, 51, 92, 95, 250, 565.
Sermones, 304, 395, 398, 399, 402, 484, 485, 488, 490, 492, 493, 494, 497, 500, 511, 544, 567, 595.
Sevilla, 1, 2, 11, 12, 49, 87, 93, 94, 97, 102, 103, 104, 169, 171, 175, 177, 189, 208, 242, 252, 284, 292, 306, 318, 334, 336, 342, 377, 378, 380, 381, 382, 383, 385, 386, 389, 398, 420, 441, 469, 474, 479, 494, 499, 561, 582, 583, 597, 601; Almadrabas, 306, 317, 389; Colegio de la Concepción, 601; Colegio de Sto. Tomás, 93; hos-

pital de Sta. Marta, 378; iglesia de S. Salvador, 103, 170, 177.
Sevilla, arzobispos de, 170, 204, 292, 301, 311, 379.
Siam, 584.
Sidonio, obispo de, 301.
Sierra, Bernardo, 155.
Sierra Morena, 307, 314, 317, 322, 388, 390, 465.
Sigüenza, 12.
Simeón, 132, 177, 545.
Simón el Loco o el Salo, S., 213.
Sión, 45.
Sixto V, papa, 329.
Soto, Domingo de, 28, 165, 313.
Sousa, Luis de, 150.
Steggink, Otger, 318.
Suárez de Figueroa, Lorenzo, 251, 337.
Surio, Lorenzo, 332.
Susana, 551.

Tajo, 135, 575.
Tarazona, obispo de, 149, 587.
Tardón, monasterio de S. Basilio, 311, 317, 318, 319, 320, 321, 323, 324, 465.
Tlaxcala, obispo de, 102, 169.
Tebaida, 319.
Teresa de Jesús, Sta., 79, 109, 149, 155, 160, 245, 268, 369, 270, 273, 274, 318, 424, 471, 493, 503, 576, 587, 588, 592, 598.
Terrones del Caño, Francisco de, 185, 485, 594.
Tesalónica, 40.
Texada, Francisco de, 13.
Toledo, 12, 27, 158, 301, 342, 349, 350, 390, 577.
Toledo, arzobispo de, 154, 312.
Toledo, Fernando de, 426, 427.
Toledo, Card. Francisco de, 192, 465.
Toledo, Fr. García de, 270, 598.
Toledo, Juan de, 190.
Tomás de Aquino, Sto., 146, 277, 326, 343, 507, 514, 532, 533, 599.
Tomás de Jesús, 592.
Tomás de Villanucva, Sto., 149, 586.
Tomejón, 312.
Torrellas, 301.
Torres, Miguel, 598.
Torres Navarro, Jerónimo de, 13.
Tortosa, obispo de, 205.
Trento, Concilio de, 296, 409, 469, 520.
Tucumán, 344.
Tuy, 594.

Ubeda, 245, 357.
Ugento, obispo, 152, 153.
Urbano VIII, papa, 141, 219.
Ureña, condes, 250, 322.
Usillos, 293.
Utiel, 302, 303; archivo de, 304; parroquia de, 304; Seminario de S. Salvador, 303.

Vaca de Castro, Pedro, 204.
Valcárcel, Miguel de, 14.
Valdivia, Catalina de, 353.
Valencia, 8, 21, 334, 337, 359, 360.
Valencia, arzobispos, 8, 149, 394, 586.
Valenzuela, Juan Policarpo de, 14.
Valerio, 21.
Valladolid, 2, 5, 159, 205, 326, 350, 464, 467; casa profesa de la Compañía, 160; Colegio de S. Gregorio, 1, 2, 326.
Vargas, Lic., 125.
Vargas, Fernando de, 299.
Vargas, Hernando de, 296, 299, 300, 301, 303, 304, 594.
Vargas, Juan de, 4, 6, 13, 15, 16.
Vargas, Pedro de, 13, 204, 205.
Vázquez, Francisco, 441.
Vázquez Leza, Mateo, 583.
Velado Graña, Bernardo, 6.
Venecia, 125.
Venegas de Saavedra, Benito, 13.
Veracruz, obispo de, 161.
Vicente Ferrer, S., 83, 123, 455.
Vich, obispo de, 360.
Vicuña, Juan de, 14.
Vida de los Padres, 313.
Vidal, Diego, 317, 318, 321, 322, 323, 324.
Vila, canónigo, 360.
Villafranca, 321.
Villanueva, H. Francisco, 266, 440.
Villarás, Juan de, 3, 4, 6, 7, 8, 15, 16, 25, 148, 265, 281, 284, 285, 286, 392, 397, 399, 412, 450,

455, 464, 477, 568, 569, 578, 580, 581, 582, 600.
Villava, Juan Francisco de, 371, 534, 591.
Viseo, 329.
Vives Farfán, Alonso de, 13.
Vizcaya, 335.
Vozmediano, José de, 13.

Xenofonte, 29.
Ximénez, Pedro, 13.
Ximénez Romero, Juan, 13.
Xixón, Alonso, 13.
Xixón, Ambrosio, 13.
Xixón, Catalina, esposa de Alonso de Avila, 161, 162, 163.
Xixón, Catalina, Viuda de Ambrosio Xixón, 13.
Xixón, Fernando, 13.
Yáñez Dávila, Martín, 14.
Yáñez de Herrera, Francisco, 580, 602.
Yepes, Diego de, 149, 273, 274, 576, 587.

Zacarías, 80.
Zafra, 1, 3, 109, 219, 220, 221, 222, 251, 321, 590; monasterio de Sta. Catalina, 110, 221.
Zamora, Juan de, 13.
Zaragoza, 290.
Zurrillo de Vaca, Pedro, 13.

ÍNDICE BÍBLICO

ANTIGUO TESTAMENTO:

Gen. 3, 9: 318; 4, 25: 584; 28, 12: 315; 29, 34: 37; 33, 2: 551; 39, 9: 545; 39, 12: 551; 40, 30: 191.
Ex. 8, 19: 35; 10, 12: 545; 32, 10-14: 553.
Lev. 10, 19: 39, 431; 19, 2: 548.
Num. 14, 13 ss.: 553; 16, 47-48: 553; 21, 9: 315.
Deut. 31, 23: 305; 32, 33: 556; 33, 9: 559.
Jos. 9, 14: 78; 10, 14: 544.
I Reg. 1, 1 ss.: 162; 2, 6: 73, 447; 10, 23: 552; 16, 23: 414; 17, 18: 553; 22, 23: 414.
II Reg. 16, 23: 461.
III Reg. 6, 4: 406.
IV Reg. 2, 13: 414; 4, 40: 118, 194; 17, 17: 497.
Tob. 4, 16: 417.
II Par. 20, 12: 78, 468.
Job. 1, 21: 39, 430; 7, 7: 68; 9, 12: 557; 14, 2: 68; 21, 15-17: 31; 29, 24: 83; 31, 14: 132, 571; 34, 15: 68; 37, 12: 104.
Ps. 1, 3: 102; 4, 3: 62, 550; 5, 7: 497; 17, 5 s.: 68; 21, 2: 71, 445; 26, 4: 551; 44,2: 48; 48, 13-21: 559; 49, 16: 556; 67, 6: 300, 446; 67, 36: 236; 79, 2: 64; 90, 1: 167; 90, 2-6: 177; 90, 14-16: 177; 90, 15: 74, 94: 176, 449; 93, 19: 94; 96, 10: 62; 103, 18: 446;113, 1: 257; 118, 14: 129; 118, 66: 550, 551; 118, 130: 252; 131, 9: 556; 136, 5 s.: 407; 142, 6 s.: 81.
Prov. 20, 10: 59; 21, 5: 70; 21, 13: 59; 27, 6: 70, 445; 27, 19: 84; 28, 14: 132; 31, 11: 393.
Cant. 2, 4: 51; 2, 8: 253; 3, 11: 45.
Sap. 7, 22: 49; 8, 8: 78, 468; 9, 14: 78, 468.
Eccli. 2,6: 132; 2, 12: 74, 448; 17, 30: 65; 19, 26: 84; 27, 12: 68; 31, 15: 65; 31, 18: 58, 68; 34, 24: 497; 39, 6-7: 50; 39, 8-12: 50; 42, 18: 65; 45, 4: 544.
Is. 9, 6: 157; 25, 4: 238; 30, 10: 174; 49, 15: 71; 49, 15 s.: 446; 50, 4: 48, 69, 476; 50, 6: 448; 51, 1: 241; 55, 11: 46; 58, 1: 393; 59, 1: 272; 60, 8: 104, 189.
Ier. 1, 10: 174; 1, 14: 348; 2, 12: 104, 185; 9, 15: 556; 17, 9 s.: 64; 18,20: 569; 21, 6: 551; 23, 29: 107, 238; 31, 3: 71, 446; 33, 3: 95.
Thren. 2, 14: 174.
Ez. 13, 15: 558; 22, 30 s.: 58, 539, 558; 34, 1 ss.: 307; 44, 6: 550.
Dan. 12, 3: 133, 172, 343, 573; 13, 22 ss.: 551.
Ioel. 2, 25: 549.
Zach. 12, 10: 80, 481.
Mal. 1, 6: 546; 1, 7: 547; 2, 5: 548.

NUEVO TESTAMENTO:

Mt. 3, 14: 545; 3, 14 s.: 545; 4, 3: 178; 4, 4: 316; 4, 5 ss.: 541; 5, 14-13: 547; 5, 19: 133, 573; 5, 29: 546; 5, 39: 225, 295; 5, 44: 94; 6, 33: 86, 412; 7, 2: 59; 8, 8: 536; 9, 2: 483; 9, 37: 391; 10, 24:

279; 10, 25: 95; 10, 30: 284; 10, 41: 228; 11, 25: 252; 12, 34: 76, 417, 442; 13, 31 s.: 108; 13, 45: 415, 597; 13, 57: 347; 14,27: 447; 16, 26: 551; 18, 3: 441; 19, 6: 261; 19, 20: 201; 19, 28: 303; 19, 29: 86, 302, 423; 20, 12: 335; 21, 9: 382; 22, 12: 556; 24, 28: 414; 24, 35: 86; 25, 6: 55, 536; 25, 12: 68; 25, 40: 218; 25, 40 45: 418; 27, 18: 95.

Mc. 6, 45: 446; 6, 46: 72; 6, 50: 72; 8, 36: 551; 9, 17-21: 68; 10, 17 ss.: 200.

Lc. 1, 66: 553; 2, 28: 545; 2, 29: 598; 2, 32: 177; 5: 536; 5, 5: 124; 5,8: 545; 6, 28: 177; 6, 29: 295; 6, 40: 279; 7, 13: 484, 557; 8, 6-13: 301; 9, 4: 30; 10, 4: 85, 168, 419; 10, 6: 116, 226; 10, 42: 261; 11, 5: 550; 11, 5 s.: 550; 11, 21 s.: 129; 12,48: 555; 13, 31: 412; 14,2: 487; 14,28-30: 555; 14, 33: 168, 420; 14, 44: 30; 17, 15: 214; 24, 35: 508.

Io. 4, 13: 201; 6, 26: 54; 6, 42: 552; 6, 54: 513; 8, 44: 65; 12, 26: 445; 13, 12: 57, 538; 13, 14: 544; 14, 31: 405; 15, 13: 406; 15, 20: 92, 566; 17, 24: 71; 19, 30: 414; 21, 7: 508.

Act. 6, 4: 21; 9, 15: 404; 20, 33: 422.

Rom. 1, 14: 25, 49; 7, 14: 127; 7, 24: 316; 8, 18: 565; 8, 26: 554; 8, 32: 414; 8, 37-39: 32; 9, 3: 32; 14, 9: 406; 15, 4: 47, 69.

I Cor. 1, 27: 157, 158; 1, 27 s.: 123; 1, 27 ss.: 325; 1, 29: 520; 2,2: 75, 443; 4,15: 85, 428; 4, 16: 31, 180, 395; 6, 20: 73, 447; 7, 5: 508, 525; 9, 22: 41, 183; 9, 27: 449; 11, 1: 31, 46, 180; 11, 29: 508, 557; 11, 30-32: 57, 539; 13, 2: 551.

II Cor. 2, 4: 37; 4, 17: 92, 565; 5, 14: 405; 6, 10: 31, 87, 169, 423; 6, 11-13: 40; 11, 29: 430; 12, 7: 269; 12,9: 316; 12, 10: 316; 12, 14: 422; 12, 15: 32; 12, 20: 38; 4, 19 s.: 38; Gal. 6, 1: 41; 6, 14: 257, 406.

Eph. 3, 8: 443; 5, 4: 85, 455; 5, 22-24: 509; 6, 3 s.: 558.

Phil. 1, 9: 43; 1,23: 410; 2, 17 s.: 32; 4, 1: 40; 4, 17: 422.

I Thess. 2, 7 s.: 40; 3, 8: 39, 431; 3, 10: 315, 318; 4, 13-18: 117; 5, 17: 318.

II Thess. 3, 10: 505, 535.

I Tim. 6, 8: 88, 450.

II Tim. 2, 10: 33; 4, 7: 594.

Tit. 2, 5: 509; 2,14: 76.

Hebr. 1, 6: 404; 4, 12: 113; 5, 7: 554; 12, 24: 445; 13, 8:

I Petr. 2, 9: 548; 5, 3: 549.

I Io. 4, 8: 272.

Apoc. 2, 10: 74, 449; 3, 1: 65, 437; 3, 7: 181; 12, 2: 34; 12, 9: 57; 14, 4: 192.

NIHIL OBSTAT: *José Gómez Lorenzo*, censor. IMPRIMATUR: *Fr. Francisco, O. P.*, Obispo de Salamanca. Salamanca, 24 de abril de 1963.

ESPIRITUALES ESPAÑOLES

Biblioteca patrocinada por el "Centro de estudios de espiritualidad" de la Universidad Pontificia de Salamanca.

Dirigida por:

PEDRO SÁINZ RODRÍGUEZ
De las RR. Academias Española y de la Historia.

LUIS SALA BALUST
Catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca.

Espirituales Españoles pretende dar a conocer las obras maestras, inaccesibles hoy, que en su día estuvieron en gran aprecio y dejaron de entrar hace tiempo en la rutina de los editores. La colección se titula así porque abre los brazos con generosidad a todos los autores cristianos, ascéticos o místicos, especulativos o experimentales, tratadistas o devotos, que en los diversos climas hispanos y en distintos tiempos se afanaron en levantar su espíritu y el de los lectores hasta Dios.

La colección constará de dos series: una (serie A) de TEXTOS, con las obras de nuestros místicos olvidados, a veces inéditas todavía. Incluirá libros escritos en cualquiera de las lenguas de España y se dará siempre en versión castellana. En la otra (serie B) se publicarán las LECTURAS de nuestros mejores autores. En esta serie, además del texto original de las obras no españolas que, leídas por nuestros místicos, influyeron, sin duda, en nuestra espiritualidad, se dará también traducción castellana, y, a ser posible, aquella misma versión clásica, si la hubo, que manejaron nuestros autores.

Cada volumen va precedido por una introducción jugosa y al día, en que un especialista presenta al autor y su obra. Los tomos son manuales y nítidamente presentados. Y para facilidad del lector actual la ortografía ha sido discretamente modernizada según criterio uniforme.

Princeton Theological Seminary Speer Library
1 1012 01038 8389